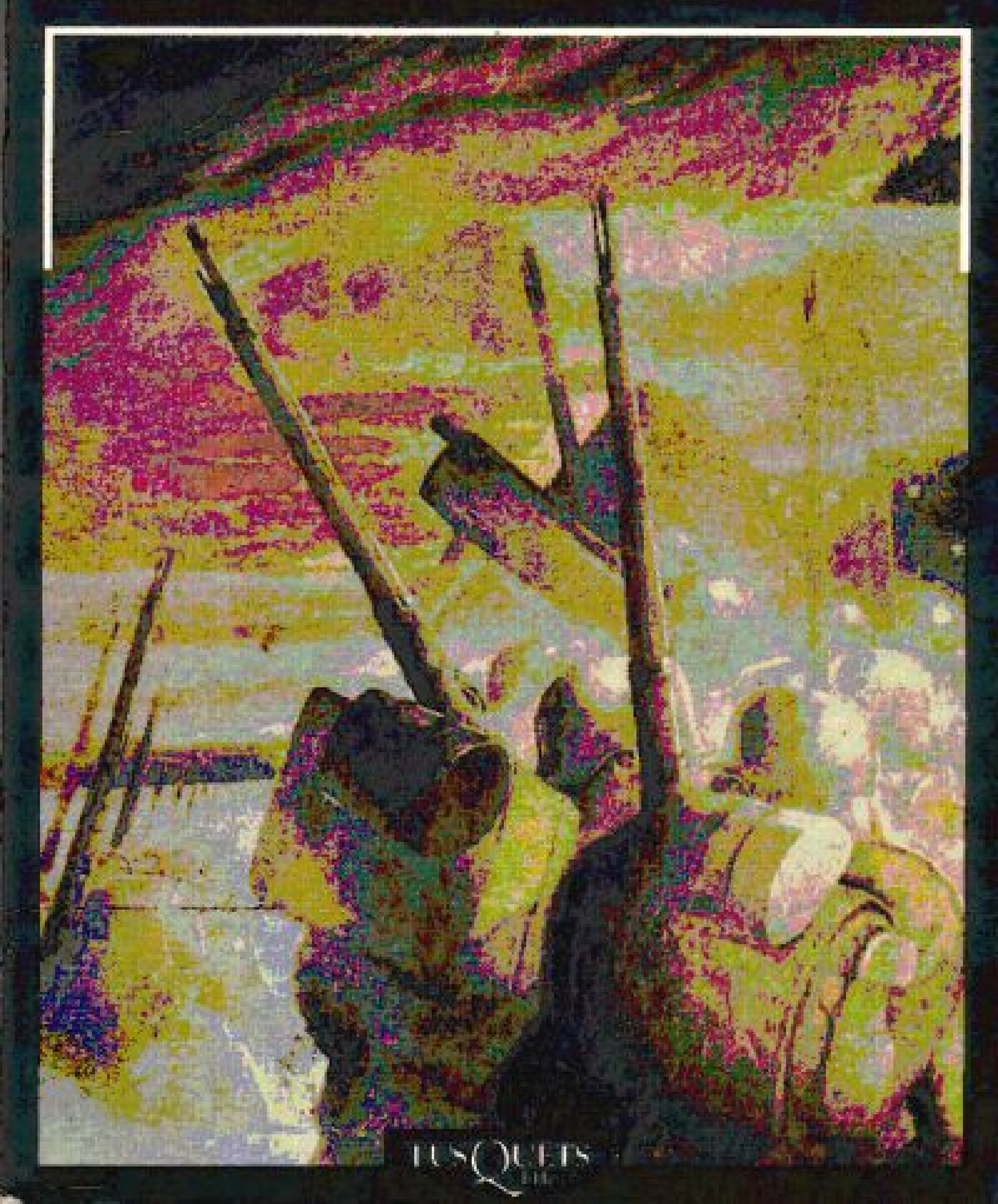
Ernst Jünger

TEMPESTADES DE ACERO

colección andanzas



Ernst Jünger

TEMPESTADES DE ACERO

seguido de

EL BOSQUECILLO 125 y

EL ESTALLIDO DE LA GUERRA DE 1914

Títulos originales: *In Stahlgewittern*
Das Wäldchen 125
Kriegsstausbruch 1914
Ilustración de la **cubierta**: detalles del tríptico *La guerra* (1929-1932) de Otto Dix. Gemälde Gallerie Neurmeister (Albertinum), Dresden.

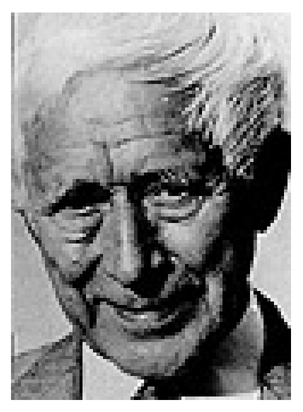
1ª edición: septiembre 1987
2ª edición: octubre 1993
3ª edición: marzo 1998

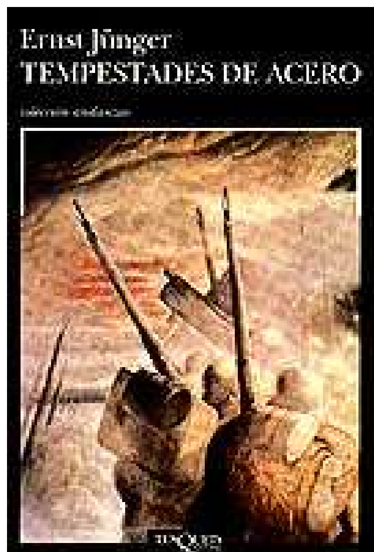
la base de esta edición es el texto de las *Obras completas*
de Ernst Jünger *(Sämtliche Werke, Bd. L. Der Erste Weltkrieg)*

Traducción del alemán de Andrés Sánchez Pascual
Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Tusquets Editores, S.A. — Cesare Cantó, 8 — 08023 Barcelona
ISBN: 84-7223-253-0
Depósito legal: B. 10.798-1998
Impreso sobre papel Offset-F Crudo de Leizarán, S.A. — Guipúzcoa
Liberduplex S.L. — Constitución, 19 — 08014 Barcelona
Impreso en España

INDICE





Andanzas

Novedad de Septiembre de 1987

Tempestades de acero

Jünger, Ernst

BIOGRAFíAS, AUTOBIOGRAFíAS Y MEMORIAS (NF). Memorias
FILOSOFíA (NF). Biografías, autobiografías y memorias
HISTORIA (NF). Biografías, autobiografías y memorias
España (01/09/1987)
ISBN: 84-7223-253-0
132 pág.

"¿La guerra ?…¿Qué es eso ? preguntaban los niños al ver desfilar los primeros voluntarios de la guerra de 1914, cuenta el gran escritor y pensador alemán **Ernst Jünger**, quien, a los 19 años, se encaminaba también entre éstos hacia el frente. Por mucho que nosotros sepamos hoy de aquel infierno que llamaron la Gran Guerra, no conoceríamos el auténtico horror que fue de no ser por estos **diarios** escalofriantes, escritos desde la primera línea de combate, en trincheras, hospitales y subterráneos. No sólo seguimos de cerca el desarrollo de una guerra que se convirtió en campo de prueba de hasta entonces desconocidas armas mortíferas, —creando el moderno concepto de Exterminio— sino que nos adentramos en los tortuosos sentimientos que van apoderándose del soldado corroído poco a poco por la implacable mecánica de la muerte organizada. Difícilmente un documento escrito ha sabido transmitir, con tanta estremecedora lucidez, el espanto de semejante experiencia.

Nota aclaratoria

*Los tres escritos que componen este volumen —*Tempestades de acero *(primera edición, 1920),* El bosquecillo *125 (primera edición, 1925) y* El estallido de la guerra de *1914 (primera edición, 1934)— representan, junto con un cuarto texto, el titulado* Fuego y sangre *(primera edición, 1925; no incluido en este volumen por voluntad del autor), la totalidad de la obra de índole narrativa dedicada por Ernst Jünger a la primera guerra mundial.*

Para muchos millones de europeos constituyó esa guerra un acontecimiento central en sus vidas. Para la generación de Jünger, cuyos últimos supervivientes aún habitan entre nosotros, fue no sólo un suceso capital, sino el verdadero cimiento de sus existencias. La primera guerra mundial representó el nacimiento, doloroso y ensangrentado, del siglo XX; es, pues, también la base, muchas veces interesadamente sumida en el olvido, de nuestro propio vivir.

Como tantos otros centenares de millares de adolescentes en casi todos los países de Europa, Ernst jünger se presentó voluntario para acudir al frente el mismo día en que estalló la guerra (véase en El estallido de la guerra de *1914 el vivo relato que hace de esa jornada). Además de las armas, llevó consigo al campo de batalla una libreta de apuntes; en ella se proponía fijar, para su rememoración posterior, aquellos acontecimientos.*

Catorce fueron las libretas que consiguió llenar con frases breves, croquis, exclamaciones, relatos detallados, durante los cuatro años de lucha; de ellas ofrece una precisa descripción al comienzo de El bosquecillo *125. Basándose en los mencionados apuntes, Jünger publicó en 1920, a su propia costa, su libro más famoso y divulgado:* Tempestades de acero. *De los millares de «recuerdos de la guerra» editados en todos los países después del conflicto, muy pocos han resistido el paso del tiempo. Por parte alemana,* Tempestades de acero *es de hecho el único que ha permanecido, y sin duda permanecerá en el futuro, como el documento literario y artístico de aquel acontecimiento.*

Según sus propias declaraciones, Ernst Jünger había leído poco antes de la guerra, con gran entusiasmo, el libro de Stendhal El rojo y el negro; *por ello decidió inicialmente dar a su propia obra el título* El rojo y el gris, *pues éstos, añade, fueron efectivamente los colores de aquella guerra; no hubo en ella, como en las anteriores, uniformes rutilantes. Hoy el autor piensa a veces que debería haber conservado este título. Pero, mientras redactaba su obra, Ernst Jünger leía los antiguos poemas islandeses, y en uno de ellos tropezó con la expresión «tempestades de acero», que dio título definitivo al libro.*

Tempestades de acero *es la «primera» obra de Jünger, y lo es en los varios sentidos de ese adjetivo; es también, en consecuencia, una obra primeriza. En su larga historia editorial —sesenta y ocho años de continua presencia pública y varias decenas de ediciones en su idioma original , este libro ha sido sometido por su autor a varias revisiones. Es preciso subrayar este hecho, ya que existen seis «versiones» distintas de esta obra.*

La primera versión es, claro está, la edición original de 1920. Dos años más tarde, la segunda edición (1922) fue ya revisada por su autor. Lo mismo ocurrió con la quinta edición (1924) y con la décimo cuarta (1934); a ésta la calificó el propio Jünger de «versión definitiva». Sin embargo, sólo un año después, la décimo sexta edición (1935) fue otra vez corregida y revisada. En 1961, por fin, al incluir esta obra en la primera edición de sus Obras completas *en diez volúmenes, volvió Ernst Jünger a realizar una detalladísima revisión y mejora de su obra.*

La lectura comparada de las seis versiones de este libro deja claro su sentido: hay algo que no ha sido nunca Jünger en su vida, un oportunista. Más bien cabría decir que ha sido siempre un inoportuno o, si se quiere, un intempestivo, en el sentido que a esta palabra daba Nietzsche.

La primera versión del libro (1920) era un híbrido de partes narrativas y partes reflexivas; en estas últimas hacía el autor consideraciones de índole teórica sobre la conducción de la guerra. Muy pronto se dio cuenta Jünger de la escisión que ese método introducía en su obra y por ello procedió a eliminar en las sucesivas versiones tales partes reflexivas, que concentró en un libro célebre: La lucha como vivencia interior *(primera edición, 1922). Siempre intempestivo, Jünger dio a la tercera versión de su obra (1924) un giro nacionalista. En un momento en que los alemanes pretendían «reprimir», en sentido freudiano, el concepto de Alemania, el autor de* Tempestades de acero *agregó a su obra esta frase final: «Aunque la violencia del exterior y la barbarie del interior se amontonen formando oscuras nubes, mientras en la oscuridad brillen y flameen las espadas habrá que decir: Alemania está viva, Alemania no perecerá». Retroactivamente, esta frase (que únicamente figura en esa versión) desteñía sobre todo el texto anterior y lo coloreaba con un matiz muy concreto. Algo similar, en el mismo sentido de la inoportunidad, hizo Jünger en la quinta versión, la de 1935: eliminó del libro su retrato, la reproducción facsimilar de su firma, la dedicatoria y los prólogos que habían figurado en todas las ediciones anteriores; extirpó, además, todos aquellos elementos que pudieran dar pie a su aprovechamiento por los nazis y agregó frases que hacían imposible su obra para éstos. Un verdadero y peligroso desafío.*

Las versiones cuarta (1934) y sexta (1961) representan sobre todo un esfuerzo estilístico para corregir la inmadurez literaria de la primera edición; puede decirse que en su versión actual y definitiva no hay ni una sola frase que no haya sido revisada y mejorada.

La traducción que aquí se ofrece está hecha, claro está, sobre la versión que su autor establece como de «última mano» en la segunda edición de sus Obras completas *en dieciocho volúmenes (Klett-Cotta, Stuttgart, 1978).*

Así como Tempestades de acero *abarca en veinte capítulos la totalidad de la primera guerra mundial, el segundo de los libros incluidos en este volumen, y nunca antes traducido al castellano,* El bosquecillo 125*, está consagrado exclusivamente a un mes del conflicto. Publicada por vez primera en 1925, como antes se dijo, también esta obra fue sometida por el autor a una profundísima revisión en su sexta edición (1935). La versión definitiva, que ha servido para esta traducción, es la incluida por Jünger en la última edición de* sus Obras completas.

En un apunte que aparece manuscrito en su Diario *el 18 de marzo de 1946, pero que luego no fue incluido en la obra* Años de ocupación *(perteneciente a los* Diarios *de la segunda guerra mundial), dice Jünger: « Una página de prosa revisada una y otra vez para hacer mejoras en ella se asemeja a una herida a la que no dejamos cicatrizar». De esta herida sin cicatrizar, que halló su expresión artística en* Tempestades de acero, *dejó escrito André Gide en su* Diario *(1 de diciembre de 1942) estas significativas palabras:* «Le livre d'Ernst Jünger sur la guerre de *1914, Orages d'aceir,* est incontestablement le plus beau livre de guerre que j'ai lu; d'une bonne foi, d'une véracité, d'une honnêteté parfaites».

A.S.P.

Tempestades de acero

A los caídos

En las trincheras gredosas de Champaña

El tren paró en Bazancourt, pueblo de Champaña. Nos apeamos. Con un respeto incrédulo escuchamos atentamente los lentos compases de la laminadora del frente, una melodía que había de convertirse por largos años en algo habitual para nosotros. Allá muy lejos se diluía en el cielo gris de diciembre la bola blanca de una granada de metralla, un *shrapnel.* El aliento de la lucha soplaba hacia nosotros y nos hacía estremecer de un modo extraño. ¿Presentíamos acaso que, cuando aquel oscuro ronroneo de allá atrás creciese hasta convertirse en el retumbar de un trueno incesante, llegarían días en que todos nosotros seríamos engullidos — unos antes, otros después?

Habíamos abandonado las aulas de las universidades, los pupitres de las escuelas, los tableros de los talleres, y en unas breves semanas de instrucción nos habían fusionado hasta hacer de nosotros un único cuerpo, grande y henchido de entusiasmo. Crecidos en una era de seguridad, sentíamos todos un anhelo de cosas insólitas, de peligro grande. Y entonces la guerra nos había arrebatado como una borrachera. Habíamos partido hacia el frente bajo una lluvia de flores, en una embriagada atmósfera de rosas y sangre. Ella, la guerra, era la que había de aportarnos aquello, las cosas grandes, fuertes, espléndidas. La guerra nos parecía un lance viril, un alegre concurso de tiro celebrado sobre floridas praderas en que la sangre era el rocío.

Kein schönrer Tod ist auf der Welt...
[No hay en el mundo muerte más bella ...]

¡Ah, todo menos quedarnos en casa, todo con tal de que se nos permitiese participar!

—¡A formar en columna de a cuatro!

La enardecida fantasía se iba serenando mientras caminábamos a paso de marcha por el suelo legamoso de Champaña, un suelo difícil de andar. Como plomo pesaban las mochilas, los cartuchos, el fusil.

—¡Acortar el paso! ¡Los de allá atrás no dormirse!

Por fin llegamos a la aldea de Orainville, lugar de descanso del 73? Regimiento de Fusileros y uno de los villorrios más míseros de aquella región; lo formaban unas cincuenta casuchas construidas con ladrillos o con adobes agrupadas en torno a una mansión señorial que estaba rodeada por un parque.

El tráfago existente en la calle de la aldea resultaba extraño a los ojos, habituados al orden imperante en la ciudad. El personal civil que por allí se veía era escaso, huraño y andrajoso; por todas partes había soldados, soldados vestidos con guerreras gastadas, deterioradas por el uso, y cuyos rostros, curtidos por la intemperie, se hallaban casi siempre encuadrados en grandes barbas. Estos, los soldados, deambulaban a paso lento o estaban parados en pequeños grupos delante de las puertas de las casas; a los novatos nos

recibían con bromas. En el portón de un edificio se hallaba encendida una cocina de campaña, que desprendía un aroma a sopa de guisantes; a su alrededor se amontonaban los encargados de repartir el rancho, metiendo ruido con las marmitas. Aquí la vida parecía estar aletargada, moverse con lentitud. El ya iniciado desmoronamiento de la aldea hacía más honda esa impresión.

Tras haber pasado la primera noche en un pajar de enormes dimensiones, el teniente von Brixen, oficial ayudante del regimiento, nos fue distribuyendo por compañías; esto se realizó en el patio de la citada mansión señorial. Yo fui destinado a la novena.

Nuestro primer día de guerra no acabaría sin dejar en nosotros una impresión decisiva. Estábamos sentados desayunando en el edificio de la escuela, que era el alojamiento que nos habían asignado. De pronto retumbaron sordamente cerca de allí, como truenos, varios golpes seguidos; a la vez salían corriendo de todas las casas soldados que se precipitaban hacia la entrada de la aldea. Sin saber bien por qué, seguimos su ejemplo. De nuevo resonó por encima de nosotros un aleteo, un crujido peculiar, que nunca antes habíamos oído y que quedó ahogado por el estruendo de una explosión. Con asombro veía que a mi alrededor la gente se agachaba mientras corría, cual si un peligro terrible la amenazase. Todo aquello me parecía un poco ridículo; era como si estuviera viendo a unas personas hacer cosas que yo no comprendía bien.

Inmediatamente después aparecieron en la desierta calle unos grupos oscuros; en lonas de tienda de campaña o sobre las manos entrelazadas arrastraban unos bultos negros. Con una sensación peculiarmente opresiva de estar viendo algo irreal se quedaron fijos mis ojos en una figura humana cubierta de sangre, de cuyo cuerpo pendía suelta una pierna doblada de un modo extraño, y que no cesaba de lanzar alaridos de «¡socorro!», cual si la muerte súbita continuara apretándole la garganta. La llevaron a un edificio en cuya entrada pendía la bandera de la Cruz Roja.

¿Qué era lo que estaba sucediendo? La Guerra había enseñado sus garras y se había quitado la máscara amable. Qué enigmático, qué impersonal resultaba todo aquello. Casi no pensaba uno en el enemigo, en aquel ser envuelto en el misterio, lleno de perfidia, que quedaba por algún lugar allá atrás. Era tan fuerte la impresión producida por aquel acontecimiento —un acontecimiento que quedaba enteramente fuera del campo de la experiencia— que resultaba difícil entender lo que estaba pasando. Era como la aparición de un fantasma en pleno mediodía luminoso.

Encima del portón de la mansión señorial había estallado una granada y había lanzado una nube de piedras y metralla en el preciso instante en que, asustados por los primeros disparos, salían en tropel por el pasadizo de entrada quienes se hallaban en el interior. Aquella granada se cobró trece víctimas; una de ellas fue Gebhard, el músico mayor, a quien yo conocía bien de los conciertos al aire libre en Hannover. Antes que los seres humanos barruntó el peligro un caballo que allí estaba atado y que, pocos segundos antes de la explosión, logró soltarse y penetró al galope en el patio; no recibió la menor herida.

Pese a que en cualquier momento podían repetirse los disparos, un sentimiento de curiosidad compulsiva me arrastró hacia el lugar de la desgracia. Junto al sitio en que había estallado la granada se balanceaba un pequeño cartel; la mano de un bromista había escrito en él estas palabras: «El rincón de las granadas». Era ya cosa sabida, por tanto, que aquel edificio era un lugar peligroso. Grandes charcos de sangre enrojecían la calle; cascos y correajes yacían dispersos por el suelo. La pesada puerta de hierro de la entrada se hallaba destrozada, acribillada por fragmentos de metralla; el guardacantón estaba salpicado de sangre. Sentí como si un imán fijara mis ojos en aquello que estaba viendo; simultáneamente se producía dentro de mí un cambio profundo.

Hablando con mis camaradas pude notar que, en bastantes de ellos, aquel incidente había enfriado mucho su entusiasmo por la guerra. Que también en mí había producido un fuerte impacto lo demostraron las numerosas alucinaciones auditivas que padecí; por culpa de ellas, el ruido causado por las ruedas de un vehículo al pasar a mi lado se transformaba en el aleteo fatal de aquella granada siniestra.

Ese sobresalto que cualquier ruido súbito e inesperado provocaba en nosotros fue, por lo demás, algo que nos acompañó durante toda la guerra. Ya fuese que pasara con estrépito un tren junto a nosotros, o que cayese al suelo un libro, o que un grito resonara en la noche — siempre se detenía un instante el corazón, oprimido por el sentimiento de un peligro grande y desconocido. Era un indicio de que durante

cuatro años estuvimos en la zona de sombra proyectada por la Muerte. Tan hondo fue el efecto causado por aquella vivencia en el oscuro territorio situado detrás de la consciencia que, cuando se producía una perturbación cualquiera de la normalidad, la Muerte salía de un salto a la puerta, como un portero que nos dirigiese amenazas, cual ocurre en esos relojes en cuya esfera aparece, al sonar cada hora, la Muerte con su reloj de arena y su guadaña.

Al atardecer de aquel mismo día llegó el momento tanto tiempo anhelado de salir hacia la posición de combate, cargados con un pesado equipaje. Tras cruzar las ruinas de la aldea de Bertricourt, que se alzaban fantasmagóricas en la semioscuridad, nuestro camino seguía hacia una solitaria casa forestal que llevaba el nombre de «La Faisanería» y que estaba oculta en una espesura de abetos. Allí se hallaba acantonada la reserva de nuestro regimiento; de ella había formado parte también, hasta aquella noche, la Novena Compañía. La mandaba el alférez Brahms.

Nos dieron la bienvenida, nos distribuyeron en pelotones, y pronto nos encontramos en medio de unos tipos barbudos, cubiertos de costras de barro, que nos saludaban con una amabilidad un tanto irónica. Nos preguntaron cómo seguían las cosas por Hannover y si no se iba a terminar pronto la guerra. Luego la charla, que nosotros escuchábamos con avidez, empezó a girar, con frases breves y monótonas, en torno a las labores de fortificación, la cocina de campaña, las trincheras, los bombardeos con granadas y otros asuntos propios de la guerra de posiciones.

Ante la puerta del lugar, parecido a una choza, en que estábamos alojados, resonó poco después este grito:

—¡Afuera!

Formamos por pelotones; luego se oyó una voz de mando que ordenaba:

—¡Cargar y poner el seguro!

Con secreta voluptuosidad introdujimos entonces en el cargador del fusil un peine de cartuchos puntiagudos.

A continuación comenzó una silenciosa marcha hacia delante, en hilera, por un paisaje nocturno sembrado de oscuros bosquecillos. De vez en cuando, un tiro aislado, cuyo sonido se extinguía a lo lejos; o una bengala luminosa, que ascendía siseando y que, tras haber producido un resplandor breve y fantasmal, dejaba luego una oscuridad más espesa todavía. Tintineo monótono de los fusiles y de los útiles de zapa, interrumpido por la advertencia:

—¡Cuidado! ¡Una alambrada!

Luego, de repente, una caída estrepitosa y una maldición:

—¡Maldita sea, abre el hocico cuando venga un embudo!

Interviene un cabo:

—Silencio, coño, ¿o es que se creen ustedes que los franchutes tienen tapadas con mierda las orejas?

El avance se hace más rápido. La incertidumbre de la noche, el centelleo de los proyectiles luminosos y la lenta llamarada del fuego de fusil producen una excitación que mantiene despiertos de un modo extraño a los hombres. A veces pasa junto a nosotros, cantando un canto frío y delgado, una bala disparada a ciegas, que se pierde a lo lejos. Tras esta primera, ¡cuántas otras veces he ido caminando hacia la primera línea, atravesando paisajes muertos, en un estado de ánimo a medias melancólico y a medias excitado!

Al fin desaparecimos en uno de los ramales de aproximación que avanzan ondulantes, cual serpientes blancas, hacia las posiciones. En una de éstas me encontré luego; estaba solo, tiritando, entre dos traveses, con los ojos esforzadamente fijos en una fila de abetos que se alzaba delante de la trinchera y en la que mi imaginación me hacía ver toda clase de figuras fantasmales. De vez en cuando un bala perdida atravesaba las ramas con un chasquido que acababa transmutándose en una especie de gorjeo. La única variación habida durante este tiempo que parecía no tener fin consistió en que vino a buscarme un camarada más veterano; él y yo fuimos luego trotando, por un corredor largo y estrecho, hacia un pozo de centinela situado en una posición avanzada. Y otra vez nos dedicamos allí a observar el terreno que ante nosotros se

extendía. Por dos horas se me permitió intentar conciliar el sueño del agotamiento en un pelado agujero cavado en la greda. Al rayar el alba me encontraba pálido y cubierto de barro, igual que todos los demás; tuve la sensación de que llevaba ya varios meses haciendo aquella vida propia de topos.

La posición que ocupaba nuestro regimiento se extendía, haciendo eses, por el gredoso suelo de Champaña, frente a la aldea de Le Godat. Por la derecha se apoyaba en una destrozada arboleda denominada «Bosque de las Granadas»; luego seguía zigzagueante por en medio de inmensos campos de remolacha azucarera, en los que brillaban los pantalones rojos de soldados caídos mientras se lanzaban al asalto, y acababa en la hondonada de un arroyo; el enlace con el 74° Regimiento lo mantenían, a través de aquel barranco, patrullas nocturnas. El arroyo murmuraba al saltar sobre la presa de un molino derruido, que se hallaba rodeado de árboles sombríos. Las aguas de aquel arroyo venían regando desde hacía meses los cadáveres de los soldados de un regimiento colonial francés; sus rostros parecían estar hechos de pergamino negro. Era aquél un lugar siniestro cuando por la noche la luna, atravesando los desgarrones de las nubes, proyectaba sombras movedizas, y con los murmullos del agua y los susurros del cañaveral parecían mezclarse sonidos extraños.

El servicio era agotador. La vida comenzaba al anochecer; a esa hora la guarnición tenía que hallarse ya levantada en la trinchera. Desde las diez de la noche hasta las seis de la mañana siguiente sólo podían dormir, por turnos, dos hombres de cada pelotón, de manera que cada uno de nosotros disfrutaba de dos horas de sueño en total. Sin embargo, ese espacio de tiempo quedaba reducido la mayoría de las veces a unos pocos minutos, ya porque nos despertasen antes de tiempo, ya porque fuera preciso acarrear paja o realizar otras tareas.

O bien hacíamos guardia en la trinchera misma, o bien íbamos a uno de los numerosos pozos de centinela, los cuales se hallaban unidos a la posición por largos caminos de enlace abiertos en el terreno. En el transcurso de la guerra de trincheras se abandonó muy pronto este dispositivo de seguridad, ya que el sitio ocupado por los centinelas estaba expuesto a mil peligros.

Estas noches de guardia agotadoras, inacabables, todavía se podían soportar cuando el tiempo era bueno, e incluso cuando helaba; pero si llovía, lo cual ocurrió casi a diario en aquel mes (le enero, resultaban atroces. Cuando la humedad atravesaba primero la lona de tienda de campaña que uno se había puesto sobre la cabeza, luego el capote y el uniforme, y escurría después cuerpo abajo durante horas, era tal la depresión en que uno se hundía, que no lograba aliviarla ni siquiera el murmullo producido por los hombres del relevo al aproximarse chapoteando por el barro. La amanecida iluminaba unas figuras extenuadas, llenas de manchas de greda, que daban diente con diente y tenían pálidos los rostros, y que a esa hora se arrojaban sobre la podrida paja de los goteantes abrigos.

¡Y qué abrigos! Eran unos agujeros excavados en la greda; su entrada estaba en el talud de la trinchera y su suelo se hallaba cubierto por unos tablones y unas pocas paladas de tierra. Si había llovido, aquellos abrigos goteaban días y días; ésta era la causa de que con cierto humor negro se hubiera colgado delante de ellos unos apropiados carteles como «La caverna de las estalactitas», «El baño de caballeros» y otros parecidos. Si varios hombres a la vez querían entregarse al descanso en uno de aquellos agujeros, veíanse obligados a dejar las piernas fuera, en la trinchera; para todo el que por allí pasaba constituían esas piernas unas zancadillas que nunca fallaban. En tales condiciones, tampoco cabía decir que fuera posible dormir durante el día. Teníamos que realizar además dos horas de guardia diurna, limpiar la trinchera, traer la comida, el café, el agua, y hacer muchas otras cosas más.

Es comprensible que nos resultara muy dura una vida tan desacostumbrada como aquélla, sobre todo porque, hasta aquel momento, sólo de oídas conocía la mayoría de nosotros lo que era trabajar de verdad. A esto se sumaba el que allí en el frente no nos habían recibido con la alegría que nosotros esperábamos. Antes al contrario, los veteranos aprovechaban cualquier motivo para enseñarnos a «hacer bien la instrucción», y todas las misiones molestas o inesperadas se encomendaban sin más a los «voluntariosos

de guerra»[*]. Esta costumbre, llevada desde los cuarteles a los campos de combate, no contribuía a mejorar nuestro humor; por lo demás, desapareció tan pronto como luchamos juntos la primera batalla. Después de ella, también nosotros nos tuvimos por veteranos.

Los días que la compañía pasaba descansando no resultaban mucho más agradables. Durante ellos vivíamos en La Faisanería o en el Bosquecillo de Hiller. Aunque nos alojábamos en chozas de tierra revestidas con ramas de abeto, allí al menos el suelo, que estaba cubierto de estiércol, desprendía un calorcillo muy grato procedente de la fermentación. A veces se despertaba uno en medio de un charco de agua de una pulgada de hondo. Sólo de oídas conocía yo hasta entonces lo que era el «reumatismo»; pero a los pocos días de estar así, continuamente empapado de pies a cabeza, empecé a notar dolores en todas las articulaciones. En mis sueños tenía la sensación de que por los miembros me subían y bajaban bolas de hierro. Tampoco aquí las noches servían para dormir; se empleaban en ahondar aún más los numerosos ramales de aproximación. Si uno no quería perder el contacto y andar luego vagando durante horas de un lado para otro en la maraña de las trincheras, se veía obligado a pegarse a los talones del hombre que le precedía, actuando con la seguridad propia de un sonámbulo. Y todo ello en medio de una completa oscuridad, si es que a los franchutes no les daba por disparar proyectiles luminosos. Por lo demás, resultaba fácil trabajar aquel suelo; sólo una delgada capa de barro y de humus cubría el poderoso estrato gredoso. El zapapico cortaba con facilidad aquella formación blanda. A veces saltaban chispas verdosas; ocurría cuando el acero tropezaba con alguno de los cristales de pirita de hierro, del tamaño de un puño, que se hallaban diseminados en la roca. Aquellos conglomerados estaban compuestos de numerosos dados apelotonados en forma de bola, y cuando se los golpeaba resplandecían con destellos como de oro.

La llegada, cada atardecer, de la cocina de campaña representaba un rayo de luz en aquella monotonía insípida. La cocina venía hasta la esquina del Bosquecillo de Hiller; allí, cuando se levantaba la tapadera de la marmita, se esparcía un apetitoso olor a guisantes con tocino o a otras cosas exquisitas. Pero también en esto había un punto flaco: eran las legumbres secas, que los decepcionados amantes de los buenos guisos llamaban despectivamente «alambradas de pinchos» o «plaga de los campos».

Con fecha del 6 de enero encuentro en mi diario esta irritada observación: «Al anochecer llegó, bien removida, la cocina de campaña; nos trajo una bazofia que probablemente había sido confeccionada cociendo nabos congelados de los que se echan a los cerdos». En cambio hay allí, con fecha del día 14, esta exclamación de entusiasmo: «Sabrosa sopa de guisantes, sabrosas cuatro raciones. Suplicios de la hartura. Nos dimos una gran comilona y estuvimos discutiendo acerca de la postura mejor para engullir grandes cantidades. Yo defendía la postura de pie».

Nos repartían con abundancia un aguardiente de color rojo pálido, que recibíamos en las tapaderas de las cacerolas y que sabía fuertemente a alcohol; no era de despreciar, sin embargo, dado el tiempo tan húmedo y frío que hacía. También era de la clase más fuerte el tabaco que nos daban, pero recibíamos grandes cantidades. La imagen del soldado que desde aquellos días tengo grabada en la memoria es la del centinela que, con la cabeza cubierta por el puntiagudo casco forrado de tela gris y con las manos metidas en los bolsillos del largo capote, está de pie tras la aspillera y sopla contra la culata del fusil el humo de su pipa.

Lo más agradable de todo eran los días de descanso pasados en Orainville, que dedicábamos a dormir a pierna suelta, a limpiar nuestro vestuario y a hacer instrucción. Nuestra compañía se alojaba en un pajar inmenso; tanto para entrar como para salir disponíamos únicamente de una escalera parecida a las que existen en los gallineros. Aunque aquel edificio estaba aún lleno de paja, en su interior se encendían hornillos. Hasta uno de ellos me deslicé rodando una noche; sólo lograron despertarme los esfuerzos de algunos camaradas que muy enérgicamente intentaban sofocar el fuego. Con espanto comprobé que mi uniforme había quedado carbonizado de mala manera, y durante bastante tiempo me vi forzado a ir de un lado para otro vestido con algo que se parecía a un frac.

[*] Expresión burlona con que, recurriendo a un juego de palabras («voluntarios de guerra» *[Kriegsfreiwillige]*, «voluntariosos de guerra» *[Knegsmutwillige])*, designaban los veteranos a los jóvenes voluntarios en las trincheras alemanas de la primera guerra mundial. (N. del T.)

Tras una breve permanencia en el regimiento habíamos perdido por completo las ilusiones con que habíamos marchado a la guerra. En vez de los peligros que esperábamos, lo que allí encontramos fue suciedad, trabajo y noches pasadas en claro; sobreponerse a todo esto requería un heroísmo que no nos atraía mucho. Todavía peor era el aburrimiento; para el soldado es éste más enervante aún que la cercanía de la muerte.

Teníamos la esperanza de participar en un ataque; sólo que para hacer nuestra aparición en el frente habíamos elegido un momento muy poco propicio, en el que habían sido suspendidos todos los movimientos. También habían quedado paralizadas todas las pequeñas operaciones tácticas, en la misma proporción en que se había reforzado la construcción de trincheras y había ganado potencia exterminadora el fuego de los defensores. Unas semanas antes de llegar nosotros, una de nuestras compañías había osado aún realizar en solitario un ataque parcial sobre una franja de terreno de unos centenares de metros, tras una ligera preparación artillera. Los franceses habían abatido a los atacantes como si disparasen contra un blanco fijo; sólo unos pocos consiguieron llegar hasta las alambradas enemigas. Escondidos en agujeros, los escasos hombres que sobrevivieron aguardaron a la noche para, al amparo de la oscuridad, volver a rastras hasta la posición de partida.

El permanente exceso de cansancio de la tropa se debía también a que la guerra de posición, en la cual era preciso utilizar las fuerzas de un modo diferente, seguía constituyendo para al mando un fenómeno nuevo e inesperado. El número enorme de guardias que se hacían y el incesante trabajo de excavación resultaban en su mayor parte innecesarios e incluso perjudiciales. Lo importante no son los atrincheramientos gigantescos, sino el coraje y el vigor de los hombres que tras ellos se encuentran. Hacer cada vez más hondas las trincheras ahorraba tal vez algunos heridos por tiro en la cabeza, pero al mismo tiempo propiciaba que los hombres se aferrasen a las instalaciones defensivas y reclamasen seguridad; de mala gana renunciaban luego a esas cosas. También eran cada vez mayores los esfuerzos que era preciso dedicar al mantenimiento de las obras. El caso más desagradable que podía presentarse era la aparición del deshielo; éste hacía que los gredosos taludes de la trinchera, resquebrajados ya por la helada, se vinieran abajo en masa, cual si estuvieron hechos de papilla.

Es cierto que en las trincheras oíamos silbar los proyectiles y que hasta ellas llegaban también de vez en cuando algunas granadas disparadas desde los fuertes de Reims; pero estos minúsculos acontecimientos bélicos quedaban muy por debajo de nuestras expectativas. Con todo, algunas veces ocurrían incidentes que nos recordaban que detrás de aquellos sucesos, que parecían carecer de todo propósito, se encontraba acechante la cruenta seriedad de la guerra. Así, el 8 de enero cayó en La Faisanería una granada que mató al alférez Schmidt, ayudante de nuestro batallón. Se decía, por lo demás, que el jefe que dirigía los disparos de la artillería francesa era el propietario de aquel pabellón de caza.

La artillería seguía aún emplazada inmediatamente detrás de las posiciones; incluso en la primera línea se había instalado un cañón de campaña, que a duras penas se conseguía mantener oculto bajo unas lonas. Durante una charla que mantuve con los sirvientes de aquella pieza, los denominados «cabezas de pólvora», me llenó de asombro el oírles decir que a ellos les ponía mucho más nerviosos el silbar de los disparos de fusil que no la explosión de una granada al caer. En todas partes pasa igual; los peligros propios de nuestra profesión nos parecen menos terribles y más razonables.

A las doce de la noche del 27 de enero, nada más comenzar ese día, lanzamos tres hurras en honor del Kaiser y entonamos a lo largo de todo el frente el himno *Heil dir im Siegerkranz [*Gloria a ti, que llevas la corona del vencedor]. Los franceses respondieron disparando sus fusiles.

Por aquellos días tuve una experiencia desagradable que a punto estuvo de poner un fin prematuro y deshonroso a mi carrera militar. Nuestra compañía ocupaba el ala izquierda de la posición. En una ocasión, tras haber pasado toda la noche en vela, tuve que ir, al amanecer, a hacer una guardia, junto con otro camarada, a la hondonada del arroyo. Aunque estaba prohibido, yo, en vista del mucho frío que hacía, me había echado la manta por encima de la cabeza y me había recostado en un árbol, tras haber dejado el fusil en un matorral situado a poca distancia de mí. De repente oí a mis espaldas un ruido y quise echar mano al fusil — ¡había desaparecido! El oficial de guardia se había acerca do sigilosamente hasta el sitio donde me hallaba y se había llevado mi fusil sin que yo me diera cuenta. El castigo que me

impuso fue enviarme unos cien metros adelante, en dirección a los apostaderos franceses, sin otra arma que un zapapico — una idea que sólo se les ocurre a los indios y que a punto estuvo de costarme la vida. Durante aquella extraña guardia de castigo ocurrió que una patrulla nuestra formada por tres voluntarios se fue adentrando en el extenso cañaveral que crecía a orillas del arroyo; y era tal el ruido que en los altos tallos producía aquella patrulla al caminar con total despreocupación que los franceses lo notaron enseguida y comenzaron a disparar en aquella dirección. Uno de los componentes de la patrulla, de nombre Lang, fue alcanzado y nunca más se lo volvió a ver. Puesto que yo me encontraba muy cerca de allí, también a mí me tocó una parte de las salvas disparadas por los franceses —una forma de tiro que entonces estaba muy en boga—, de modo que las ramas de la mimbrera junto a la que me hallaba me silbaban en las orejas. Apreté los dientes y por terquedad permanecí de pie. Al caer la tarde vinieron a recogerme.

Todos nos alegramos mucho cuando nos dijeron que íbamos a abandonar definitivamente aquella posición. En Orainville celebramos nuestra partida con una fiesta nocturna en el gran pajar, durante la cual ingerimos cantidades enormes de cerveza. El 4 de febrero de 1915 llegó a relevarnos un regimiento sajón y nosotros volvimos a pie a Bazancourt.

De Bazancourt a Hattonchâtel

En Bazancourt, un aburrido pueblo de Champaña, el acuartelamiento asignado a nuestra compañía era el edificio de la escuela; el asombroso sentido del orden de nuestra gente hizo que al poco tiempo adquiriese toda la apariencia de un cuartel en tiempos de paz. Teníamos un suboficial de guardia que por la mañana nos despertaba con puntualidad, teníamos también un servicio de limpieza de las habitaciones, y todas las tardes nos pasaba revista el cabo mayor. Cada mañana salían las compañías a hacer instrucción durante varias horas en los terrenos baldíos de los alrededores. Al cabo de pocos días me vi libre de tales ejercicios, pues mi regimiento me envió a Recouvrence a realizar un cursillo de perfeccionamiento.

Recouvrence era una aldea pequeña y apartada, escondida entre amenas colinas gredosas. En ella se concentró un buen número de gente joven, procedente de todos los regimientos de nuestra división, con el fin de recibir un adiestramiento riguroso en las materias militares bajo la dirección de oficiales y suboficiales escogidos. En este aspecto, y no sólo en él, es mucho lo que los hombres del 73° Regimiento tenemos que agradecer al alférez Hoppe.

La vida que en aquel apartado rincón del mundo se hacía era una curiosa mezcla de disciplina cuartelera y libertad estudiantil; la explicación de esto se halla en que la mayor parte de aquella tropa poblaba pocos meses antes las aulas y los laboratorios de las universidades alemanas. Durante el día se pulimentaba a los alumnos según todas las reglas del arte para transformarlos en soldados; por la noche los educandos se reunían con sus profesores en torno a gigantescos toneles de cerveza traídos de la cantina de Montcornet y se dedicaban a empinar el codo con igual metodicidad. Cuando a primera hora de la mañana las diversas secciones iban saliendo en tropel de los locales en que habían estado be biendo, las pequeñas casas construidas con ladrillos de greda ofrecían el inusitado aspecto de una bacanal de estudiantes. El director del curso, un capitán, tenía, por lo demás, la pedagógica costumbre de hacernos practicar con redoblado celo la instrucción en las mañanas siguientes a aquellas orgías.

Hubo incluso una ocasión en que estuvimos en danza durante cuarenta y ocho horas seguidas. El motivo fue el siguiente. Una vez terminadas las libaciones, teníamos la respetuosa costumbre de dar una escolta segura a nuestro capitán hasta el lugar en que se alojaba. Una noche encomendamos esta importante misión a un tipo que estaba borracho como una cuba y que a mí me recordaba al *magister* Laukhard.* Regresó poco después y, radiante de alegría, nos anunció que, en vez de dejar al «viejo» en la cama, lo había depositado en el establo de las vacas.

No se hizo esperar mucho tiempo el castigo. Acabábamos de llegar a nuestros alojamientos y nos disponíamos a acostarnos cuando los tambores tocaron generala delante del edificio del cuerpo de guardia. Lanzando maldiciones volvimos a ponernos el correaje y salimos al galope hacia el lugar de la alarma. Allí se encontraba ya el viejo; estaba del peor humor imaginable y desplegaba una actividad poco común. Nos recibió a gritos:

—¡Alarma de incendio! ¡El edificio del cuerpo de guardia está ardiendo!

Ante los ojos de los asombrados vecinos del pueblo hubimos de traer rodando, desde el depósito en que se hallaban, las bombas de incendio, ajustar las mangueras e inundar el cuerpo de guardia con chorros primorosamente dirigidos. El viejo se hallaba de pie en lo alto de una escalera de piedra y a medida que

* Friedrich Christian Laukhard (1758-1822), escritor de vida aventurera, cuyas *vicisi*tudes narró en la obra autobiográfica en seis volúmenes titulada *Vida y sucesos de Laukhard, escritos por él mismo.* (N. del T.)

pasaba el tiempo se ponía cada vez más furioso; desde allá arriba dirigía el ejercicio y nos espoleaba a gritos a que no interrumpiésemos nuestra actividad. De vez en cuando lanzaba rayos y centellas contra alguien, militar o paisano, que excitaba especialmente su cólera y daba orden de que en el acto se lo quitaran de la vista. Los desgraciados eran llevados a rastras, con la mayor rapidez posible, detrás del edificio, y de ese modo quedaban sustraídos a sus miradas. Al rayar el alba continuábamos dándole a las palancas de la bomba; las rodillas nos temblaban. Finalmente pudimos largarnos de allí a fin de prepararnos para los ejercicios.

Cuando llegamos al campo de instrucción, allí estaba ya el viejo, afeitado, despejado y bien despierto, dispuesto a entregarse con especial ahínco a nuestra formación.

El trato entre nosotros era el propio de buenos camaradas. Allí fue donde inicié una estrecha amistad, que luego se consolidaría en numerosos campos de batalla, con varios hombres jóvenes de destacadas cualidades; por ejemplo, con Clement, que caería en Monchy; con Tebbe, el pintor, que moriría en Cambrai; con los hermanos Steinforth, que lo harían en el Somme. Vivíamos juntos en grupos de tres o cuatro y el rancho lo preparábamos en común. En especial sigo conservando un buen recuerdo de nuestras cenas de diario, que se componían de huevos revueltos y patatas asadas. Los domingos nos procurábamos un conejo campero o un pollo. Como yo era el encargado de hacer las compras para la cena, la mujer que nos proporcionaba los comestibles me presentó cierto día un buen número de bonos que habían ido entregándole los soldados que hacían requisa. Eran un florilegio del humor popular; su contenido era en la mayoría de los casos del tenor siguiente: el fusilero N. N. había tenido algunas gentilezas con la hija de la casa y para recobrar fuerzas había requisado una docena de huevos.

Los vecinos de la aldea estaban muy extrañados de que todos nosotros, que no éramos más que soldados rasos, habláramos francés con mayor o menor fluidez. Esto dio ocasión a algunos incidentes muy divertidos. Así, una mañana me encontraba sentado con Clement en la barbería del pueblo cuando uno de los que allí aguardaban, hablando con aquel sordo acento dialectal que es propio de los campesinos de Champaña, le dijo a gritos al barbero, que justo en aquel momento tenía a Clement bajo su navaja:

—*Eh, coupe la gorge avec!*

Mientras pronunciaba estas palabras se restregaba el cuello con el canto de la mano extendida.

Grande fue el espanto de aquel hombre cuando Clement contestó con toda tranquilidad:

—*Quant a moi, j'aimerais mieux la garder.*

Clement demostró con ello la calma que tan bien sienta al guerrero.

A mediados de febrero nos llegó por sorpresa a los hombres del 73° Regimiento la noticia de las grandes bajas que nuestra unidad había sufrido en Perthes. Haber pasado lejos de nuestros camaradas aquellos días nos dejó consternados. La enconada defensa del sector asignado a nuestro regimiento en la Marmita de las Brujas nos proporcionó el honroso título de «Leones de Perthes», que a partir de entonces nos acompañaría en todos los sectores del frente occidental. También se nos conocía por «Les Gibraltars», a causa del brazalete azul con la inscripción «Gibraltar» que llevábamos en recuerdo de nuestro regimiento de origen, el Regimiento de la Guardia de Hannover. Este regimiento estuvo defendiendo contra franceses y españoles la citada fortaleza desde 1779 hasta 1783.

La noticia de aquella desgracia nos llegó en plena noche, mientras nos hallábamos entregados a las habituales libaciones bajo la presidencia del alférez Hoppe. Uno de los bebedores, llamado Behrens, un hombre larguirucho, precisamente aquel que había depositado al viejo en el establo, quiso marcharse, una vez pasado el primer momento de horror, «porque ya no le sabía bien la cerveza». Hoppe lo retuvo, sin embargo, haciéndole ver que aquello no se compadecía bien con los usos propios del soldado. Hoppe tenía razón; él mismo cayó unas semanas más tarde en Les Eparges, cuando marchaba en cabeza de la línea de tiradores de su compañía.

El 21 de marzo, después de pasar un pequeño examen, nos reincorporamos a nuestro regimiento, que de nuevo se hallaba acantonado en Bazancourt. Por aquellas fechas, tras un gran desfile y una arenga de despedida pronunciada por el general von Emmich, nuestro regimiento quedó segregado del Décimo

Cuerpo de Ejército. El 24 de marzo nos cargaron en vagones y nos transportaron a la zona de Bruselas; allí nos agruparon con los Regimientos 76 y 174 para formar la 111á División de Infantería, unidad en la cual pasaríamos la guerra hasta su final.

Nuestro batallón fue acantonado en Hérinnes, pueblo situado en medio de un paisaje que respiraba el bienestar de Flandes. El día 29 de marzo cumplí allí, muy feliz, los veinte años.

Aunque los belgas disponían de espacio suficiente en sus viviendas, nuestra compañía fue metida en un gran pajar que quedaba expuesto a las corrientes de aire; a través de sus paredes silbaba, durante las frías noches de marzo, el rudo viento marino propio de aquella zona. La estancia en Hérinnes nos proporcionó, por lo demás, un buen descanso. Es cierto que hicimos mucha instrucción, pero también era bueno el rancho y resultaba posible comprar víveres por poco dinero.

La población, compuesta a medias de flamencos y a medias de valones, fue muy amable con nosotros. Yo charlaba frecuentemente con el propietario de una cantina; era un socialista y librepensador muy exaltado, de los que existe en Bélgica una clase muy especial. El domingo de Pascua me invitó al festín propio del día, y no conseguí que me aceptase dinero ni siquiera por las bebidas consumidas de su establecimiento. Todos nosotros tuvimos muy pronto algunos conocidos y en las tardes libres encaminábamos nuestros pasos hacia alguna de las casas de labor que se hallaban diseminadas en la campiña; allí, en unas cocinas bien encaladas y bien resplandecientes, nos sentábamos alrededor de uno de los bajos hornillos sobre cuya plancha circular estaba colocado el gran puchero de café. La apacible charla se desarrollaba en flamenco y en alemán de la Baja Sajonia.

Hacia los últimos días de nuestra estancia allí hizo un tiempo muy hermoso que invitaba a dar paseos por los alrededores, tan amenos y abundantes en aguas. Numerosos hombres de guerra engalanaban pintorescamente el paisaje, en el cual habían crecido de la noche a la mañana las amarillas flores de las caltas; se habían desnudado y, sentados a la orilla de los arroyos, con la ropa blanca en el regazo, se dedicaban con ahínco a la caza de piojos. A mí aquella plaga no me había afectado demasiado hasta entonces; sin embargo, ayudé a mi camarada de guerra Priepke, un exportador de Hamburgo, a envolver con su chaleco de lana una pesada piedra. Aquel chaleco estaba tan poblado de piojos como lo habían estado en otro tiempo las ropas del aventurero Simplicissimus; para exterminar por completo los parásitos introdujimos el bulto en un arroyo. Como nuestra partida de Hérinnes ocurrió de repente, allí se habrá podrido sin duda aquel chaleco, sin que nadie lo haya molestado.

El 12 de abril de 1915 nos cargaron en vagones en Hall y, para despistar a los espías, nos llevaron hasta la zona del campo de batalla de Mars-la-Tour dando un gran rodeo por el ala norte del frente. Como de costumbre, nuestra compañía se alojó en un pa jar en la aldea de Tronville; ésta era uno de los habituales y aburridos poblachos de Lorena, compuestos de unas cuantas casuchas de piedra que carecían de ventanas y tenían el tejado plano. Por culpa de los aviones nos veíamos forzados a permanecer casi siempre dentro del pueblo, que estaba abarrotado de gente; algunas veces visitamos, sin embargo, los famosos parajes de Mars-la-Tour y Gravelotte, que caían muy cerca. La carretera que llevaba a Gravelotte quedaba cortada, a unos centenares de metros del pueblo, por la frontera francesa; junto a ésta yacía destrozado en el suele el mojón francés. Al anochecer nos permitíamos a menudo el melancólico placer de dar un paseo hasta Alemania.

Tan ruinoso era el estado en que nuestro pajar se hallaba que era preciso andar haciendo equilibrios para no ir a parar a la parte de abajo a través de los podridos tablones. Nuestro pelotón estaba dedicado una noche a repartir encima de un pesebre las raciones del rancho; presidía la operación Kerkhoff, nuestro cabo, un hombre a carta cabal. Justo en aquel momento se desprendió de la armadura del techo una gigantesca viga de encina y se vino abajo en medio de un gran estrépito. Por suerte quedó prendida entre dos paredes de barro, casi encima mismo de nuestras cabezas. No sufrimos otros daños personales que el susto, pero nuestras hermosas raciones de carne yacían bajo la polvareda que se había levantado. Tras este mal augurio, acabábamos apenas de meternos entre la paja para dormir cuando retumbaron en la puerta unos golpes y la voz del sargento mayor, que daba la alarma, nos arrojó de nuestras yacijas. Primero, como ocurría siempre en tales sorpresas, un instante de silencio; luego, una confusión de ruidos y movimientos:

—¡Mi casco!

—¿Dónde está mi morral?

—¡No encuentro mis botas!

—¡Me han birlado mis cartuchos!

—¡Idiota, cierra la boca!

Por fin estuvimos todos listos y marchamos a pie hasta la estación de Chamblay; desde allí, en tren, llegamos en pocos minutos a Pagny-sur-Moselle. A primera hora de la mañana escalamos las alturas del Mosela y nos quedamos en Prény, encantadora aldea de montaña dominada por las ruinas de un viejo castillo. En esta ocasión nuestro pajar era un edificio de piedra y estaba lleno de oloroso heno de montaña. Por sus tragaluces podíamos contemplar las colinas del Mosela, plantadas de viñedos, y el pueblo de Pagny, situado en el valle. Sobre aquel pueblo caían con frecuencia bombas lanzadas por los aviones, así como granadas de artillería. Algunas veces los proyectiles iban a dar al Mosela y entonces levantaban columnas de agua altas como torres.

El cálido tiempo de primavera producía en nosotros un efecto vivificante y nos animaba a dar en nuestras horas libres largos paseos por aquella espléndida región de colinas. Estábamos de tan buen humor que por las noches, antes de entregarnos al descanso, todavía nos dedicábamos durante algún tiempo a gastar bromas. Entre otras, una de las más frecuentes consistía en verter con una cantimplora agua o café en la boca de quienes roncaban.

Al anochecer del 22 de abril salimos de Prény y fuimos a pie hasta la aldea de Hattonchâtel. Aunque tuvimos que andar más de treinta kilómetros y portábamos un pesado equipaje, nadie sufrió la menor dolencia por causa de la marcha. Plantamos nuestras tiendas en el bosque, a la derecha de la famosa Grande Tranchée. Todos los indicios señalaban que al día siguiente entraríamos en combate. Recibimos varios paquetes de vendas, dos latas de carne en conserva y banderines para hacer señales a la artillería.

Al atardecer estuve largo tiempo sentado en el tronco de un árbol a cuyo alrededor proliferaban las anémonas azules. Me hallaba en ese estado de ánimo lleno de presentimientos del que hablan los guerreros de todos los tiempos. Después, pasando por encima de mis camaradas, me arrastré hasta el lugar que me correspondía en la tienda. Aquella noche tuve un sueño confuso, en el que el papel principal lo desempeñaba una calavera.

Priepke, al que a la mañana siguiente conté aquel sueño, me expresó su esperanza de que se tratase del cráneo de un francés.

Les Eparges

El verdor nuevo del bosque resplandecía en la mañana. Serpenteando por caminos ocultos nos dirigimos hacia un angosto barranco situado detrás de la primera línea. Nos habían comunicado que el 76° Regimiento se lanzaría a un asalto, tras una preparación artillera de sólo veinte minutos, y que nosotros, que éramos la reserva, debíamos estar listos para intervenir. A las doce en punto inició nuestra artillería un violento cañoneo que producía múltiples ecos en los barrancos del bosque. Por vez primera escuchamos allí la palabra *Trommelfeuer,* «fuego de tambor», cargada de un sentido tan grave. Inactivos y excitados, permanecíamos sentados sobre nuestras mochilas. Un ordenanza de campaña se precipitó hacia el capitán de nuestra compañía. Palabras dichas a toda prisa.

—¡Han caído en nuestras manos las tres primeras líneas de las trincheras enemigas! ¡Hemos capturado seis cañones!

Un ¡hurra! se alzó como una llamarada. Nos sentíamos dispuestos a lanzarnos contra cualquier obstáculo.

La anhelada orden llegó por fin. Fuimos avanzando en una larga columna hacia el lugar en que crepitaba un confuso fuego de fusilería. Empezaba la parte seria. Por el lado del sendero del bosque retumbaban en un intrincado abetal unos golpes sordos; una lluvia de ramas y tierra caía al suelo con estrépito. Un miedoso se tiró al suelo, provocando con ello en sus camaradas una risotada forzada. Luego pasó resbalando entre nuestras filas el grito de advertencia de la Muerte:

—¡Camilleros, adelante!

A poco pasamos junto al sitio en que había caído el proyectil. Ya habían evacuado a los heridos. De las malezas que crecían en torno al lugar de la explosión colgaban ensangrentados trozos de material y piltrafas de carne. Era un cuadro extraño, opresivo; a mí me hizo pensar en el alcaudón dorsirrojo, que ensarta sus presas en los espinos.

En la Grande Tranchée las tropas avanzaban a paso rápido. Los heridos se amontonaban al borde de la carretera; pedían agua. Prisioneros que portaban camillas caminaban jadeantes hacia la retaguardia. Ruidosamente pasaban al galope las baterías, atravesando el fuego. Las granadas apisonaban el blanco terreno a derecha y a izquierda; pesadas ramas caían al suelo. En medio del camino yacía muerto un caballo; tenía unas heridas gigantescas y a su lado humeaban sus intestinos. Entre aquellas imágenes grandiosas y sangrientas reinaba una jovialidad salvaje, inesperada. En un árbol estaba apoyado un hombre barbudo perteneciente a la *Landwehr,* la segunda reserva.*

—¡Muchachos, a por ellos, que se escapan los franchutes!

Llegamos al reino de la infantería, que estaba revuelto por la lucha. Los disparos habían dejado pelados los árboles de la zona de donde había partido el ataque. En el lacerado terreno situado entre las trincheras yacían las víctimas del asalto, con la cabeza orientada hacia el enemigo; apenas se destacaban del suelo las guerreras grises. Una figura de gigante, con una gran barba roja manchada de sangre, miraba fijamente al cielo; sus manos aferraban como garras la tierra blanda. Dentro de un embudo se retorcía un hombre joven; en su rostro había ese color amarillento que precede a la muerte. Nuestras miradas no

* Las constantes referencias que en este libro hace Jünger a los soldados «voluntarios», así como a los hombres de la «segunda reserva» y de la «tercera reserva», encierran de ordinario una alusión a la edad de los combatientes. los «voluntarios» eran jóvenes que se ofrecían para ir al frente antes de que les llegase el momento de incorporarse obligatoriamente a filas, es decir, que solían tener entre 18 y 20 años (es el caso del propio Jünger). Los hombres de la «segunda reserva» *[Landwehr]* habían cumplido ya el servicio militar y su edad oscilaba entre los 27 y los 39 años. Por fin, los hombres de la «tercera reserva» *[Landsturm]* tenían una edad superior a los 39 años y eran también, normalmente, voluntarios. (N. del T.)

parecieron agradarle; con un movimiento de indiferencia se cubrió la cabeza con el capote y dejó de moverse.

Rompimos la formación de columna de marcha. En trayectorias largas, netas, se aproximaban constantemente hacia nosotros, siseando, las balas; una especie de relámpagos lanzaba a lo alto, en remolinos, el suelo del claro del bosque. No pocas veces había oído yo delante de Orainville el chirriante sonido de flauta que producen las granadas de campaña; tampoco allí me pareció especialmente peligroso. El orden en que nuestra compañía, con las secciones desplegadas, se movía ahora sobre el terreno batido por los disparos producía, por el contrario, una sensación tranquilizadora; pensaba para mis adentros que aquel bautismo de fuego presentaba un aspecto más trivial del que había esperado. Con un extraño desconocimiento de los hechos volvía en redondo la cabeza para mirar con atención los blancos contra los que aquellas granadas podían ir dirigidas; no adivinaba que nosotros mismos éramos los objetivos contra los que con tanto ahínco se disparaba.

—¡Camilleros!

Teníamos nuestro primer muerto. Un balín de un *shrapnel* había desgarrado la carótida al fusilero Stölter. En un abrir y cerrar de ojos quedaron empapadas por completo las vendas de tres paquetes. El herido se desangró en pocos minutos. Cerca de nosotros estaban desenganchando en aquel momento dos cañones, que atraían hacia allí un fuego aún más nutrido. Un alférez de artillería andaba buscando heridos en el terreno situado delante de la trinchera; lo tiró al suelo una columna de vapor que se alzó ante él. Se levantó con lentitud y regresó hacia nosotros con una calma acentuada. Nuestros ojos brillaban al mirarlo.

Empezaba a oscurecer cuando recibimos la orden de seguir progresando. Nuestro camino atravesaba un terreno de sotobosque muy espeso, sobre el que llovían los disparos, e iba a dar a uno de los innumerables ramales de aproximación; los franceses, mientras huían, habían ido dejando esparcidos en él sus equipos. Cerca de la aldea de Les Eparges, sin tener ya delante de nosotros tropas de ninguna clase, nos fue preciso cavar una posición en un duro terreno rocoso. Acabé derrumbándome encima de un matorral y allí me quedé dormido. Medio en sueños, veía a veces cómo las granadas disparadas por una u otra de las dos artillerías enfrentadas trazaban, muy por encima de mí, estelas con sus espoletas encendidas.

—¡Arriba, hombre, que nos marchamos!

Me desperté sobre una hierba que estaba húmeda del rocío. Las ráfagas de una ametralladora que pasaban zumbando por el aire nos obligaron a meternos precipitadamente otra vez en nuestro ramal de aproximación; allí ocupamos una posición francesa que había sido abandonada y que se encontraba en la linde del bosque. Un olor dulzón y un bulto que colgaba de la alambrada despertaron mi curiosidad. En medio de la niebla matinal salté fuera de la trinchera y me encontré ante el cadáver doblado sobre sí mismo de un francés. La carne putrefacta, parecida a la del pescado, brillaba con un color verdiblanco en el destrozado uniforme. Al darme la vuelta, retrocedí espantado; junto a mí se hallaba en cuclillas una figura. Estaba apoyada en un árbol, llevaba puesto el reluciente correaje francés y aún tenía a la espalda la mochila; ésta se hallaba cargada hasta arriba y una cazuela redonda le servía de coronamiento. Que no me las había con una persona viva me lo revelaron las vacías cuencas de sus ojos, así como los escasos mechones de pelo de su cráneo, el cual era de un color gris negro. Había allí otra figura que se encontraba sentada; la parte superior de su cuerpo estaba doblada hacia delante, sobre las piernas, y parecía como si acabara de derrumbarse. Alrededor yacían docenas de cadáveres putrefactos, calcificados, resecos como momias, petrificados en una siniestra danza macabra. Los franceses tuvieron que aguantar meses enteros junto a sus camaradas caídos, sin poder enterrarlos.

A lo largo de la mañana consiguió el sol atravesar la niebla, enviándonos entonces un agradable calorcillo. Estuve durmiendo un rato sobre el suelo, pero luego la curiosidad me empujó a echar un vistazo a la desierta trinchera que el día anterior había sido tomada al asalto. Su suelo estaba cubierto por montañas de víveres, municiones, pedazos de armamento, armas enteras, cartas y periódicos. Los abrigos tenían el aspecto de ropavejerías saqueadas. En medio de todo aquello yacían los cadáveres de valientes defensores; sus fusiles estaban aún emplazados en las aspilleras. De entre unos maderos destrozados sobresalía un torso que había quedado aprisionado entre ellos. Cabeza y cuello habían sido arrancados; en

la carne, que era de un color negro rojizo, brillaban los cartílagos blancos. Me resultaba difícil comprender nada. Al lado yacía, tendido de espaldas, un hombre joven; sus ojos estaban vidriosos; sus puños, congelados en la posición de disparar. Mirar aquellos ojos muertos, inquisitivos, producía una sensación extraña — jamás dejé de sentir en la guerra un escalofrío en estos casos. Los bolsillos de aquel joven estaban vueltos hacia fuera y junto a él se hallaba su desvalijado portamonedas.

Fui caminando lentamente a lo largo de la devastada trinchera sin que en ningún momento me importunase el fuego. Era el breve tiempo de descanso de las mañanas; con mucha frecuencia fue luego ése el único momento de respiro que tuve en los campos de batalla. Aquel día lo aproveché para examinar bien todo; no sentía la menor preocupación y me encontraba en un agradable estado de ánimo. Las armas extrañas, la oscuridad de los abrigos, el variopinto contenido de las mochilas — todo me resultaba nuevo y enigmático. Me metí en el bolsillo munición francesa, abrí la cremallera de una lona de tienda de campaña, que era suave como la seda, y cogí como botín una cantimplora envuelta en un paño azul; a los tres pasos arrojé todo aquello. Una hermosa camisa rayada que estaba en el suelo junto al destrozado equipaje de un oficial me indujo a despojarme con rapidez de mi uniforme y a cubrirme de pies a cabeza con ropa interior nueva. Me sentí muy contento al notar en la piel el agradable cosquilleo de la fresca tela.

Equipado de esta manera, anduve buscando un rincón soleado en la trinchera; allí me senté sobre un madero y para desayunar abrí con la bayoneta una redonda lata de caldo de carne. Luego me cargué una pipa y estuve hojeando las numerosas revistas francesas que por allí andaban desparramadas; por las fechas pude ver que algunas de ellas habían sido enviadas desde Verdun a las trincheras el día anterior.

No consigo dejar de sentir un ligero escalofrío cada vez que recuerdo que, durante aquel descanso que me tomé para desayunar, estuve intentando desatornillar un pequeño y extraño artefacto que yacía delante de mí en el piso de la trinchera; por razones imposibles de averiguar, creía ver en él una «linterna de asalto». Hasta mucho más tarde no caí en la cuenta de que aquel objeto con el que había estado jugueteando era una granada de mano que tenía quitado el seguro.

Al irse aclarando el día comenzó a disparar una batería alemana desde un bosquecillo situado inmediatamente detrás de la trinchera. El enemigo no tardó mucho tiempo en dar respuesta. Un fuerte estampido a mis espaldas me sobresaltó de repente y vi cómo se elevaba vertical una bola de humo. Aún no estaba familiarizado con los ruidos de la guerra y esto hacía que fuera incapaz de discernir los silbidos, siseos y estruendos producidos por nuestras bocas de fuego de los estampidos crepitantes causados por las granadas enemigas, que iban cayendo a intervalos cada vez más cortos; de nada de aquello lograba hacerme una idea. Sobre todo me resultaba imposible encontrar una explicación al hecho de que los proyectiles viniesen hacia mí desde todos los lados, de modo que sus zumbantes trayectorias se entrecruzaban por encima de la maraña de los elementos de trinchera por los que nosotros nos encontrábamos diseminados sin que en nada de aquello hubiera aparentemente un plan. Este efecto, del cual no veía la causa, me inquietó y me dio que pensar. Seguía enfrentándome al mecanismo de la guerra como una persona sin experiencia — era un recluta. Las manifestaciones de la voluntad de lucha me parecían extrañas e incoherentes, como si fueran sucesos que ocurrieran en otro planeta. En medio de todo aquello, no era propiamente miedo lo que yo sentía; tenía la impresión de que no me veían y por ello tampoco podía creer que me tomasen como blanco ni que pudieran herirme. Y así, una vez que me reuní con mi pelotón, me dediqué a observar con gran indiferencia el terreno que ante nosotros se extendía. Era el mío el valor propio de la inexperiencia. En mi libreta de bolsillo iba apuntando los tiempos en que decrecía o aumentaba el tiroteo; también más tarde solía hacer esto en días como aquél.

Hacia el mediodía el fuego de artillería se incrementó hasta llegar a convertirse en una danza salvaje. Continuamente se alzaban llamaradas a nuestro alrededor. Nubes blancas se entremezclaban con otras negras y amarillas. En especial aquellas granadas que en su trayectoria iban dejando un humo negro, y que los guerreros veteranos denominaban «americanas» o «cajas de carbón», rasgaban el aire con una siniestra potencia rompedora. En medio de ellas gorjeaban por decenas las espoletas; era muy peculiar el sonido que producían, recordaba el canto de los canarios. Sus secciones, en las que se colaba el aire produciendo trinos como de flauta, iban deslizándose, parecidas a relojes de música fabricados en cobre o a insectos metálicos, por encima del prolongado rumor de oleaje causado por las granadas al reventar. Un hecho curioso es que los pajarillos del bosque no parecían preocupados en absoluto por aquel estruendo

compuesto de cien ruidos; seguían tranquilamente posados en las destrozadas ramas, por encima de las nubes de humo. Durante las pausas era posible oír sus llamadas de reclamo y sus despreocupados cantos jubilosos; parecía incluso que la ola de ruidos que los envolvía los excitaba todavía más.

En los instantes en que el tiroteo se recrudecía, los hombres de guarnición en la trinchera se animaban unos a otros, con frases breves, a estar alerta. En el tramo de trinchera que yo abarcaba con la vista, de cuyos taludes se habían ya desprendido en algunos sitios grandes bloques de barro, reinaba una alerta total. Los fusiles se hallaban instalados en las aspilleras, con el seguro quitado, y los tiradores examinaban con atención el humeante terreno que ante ellos se extendía. A veces miraban a derecha y a izquierda para ver si aún se mantenía el contacto; cuando sus ojos tropezaban con un conocido, aquellos hombres sonreían.

Yo estaba sentado con un camarada en una banqueta de barro tallada en el talud de la trinchera. En una ocasión crujió el madero de la aspillera por la que estábamos observando; una bala de infantería se incrustó en el barro entre nuestras dos cabezas.

Poco a poco empezó a haber heridos. No era ciertamente posible abarcar con la vista lo que ocurría en la maraña de las trincheras; pero cada vez resonaba con mayor frecuencia, como un tiro, este grito:

—¡Camilleros!

Esto indicaba que el tiroteo comenzaba a causar efecto. A veces surgía una figura humana que iba caminando muy deprisa; en la cabeza, en el cuello o en la mano llevaba colocada una venda nueva, que brillaba de lejos, y desaparecía en dirección a la parte de atrás. Era preciso curarse en lugar seguro el denominado «tiro de salón» o «tiro de caballero»; según la superstición de la guerra, una herida leve de bala era a menudo la mensajera que precedía a otra grave.

Kohl, mi camarada, un voluntario, conservaba aquella sangre fría que es peculiar de los alemanes del norte y que parece estar hecha a propósito para situaciones como aquélla. Mascaba y daba vueltas, apretándolo, a un cigarro puro que no había manera de encender; por lo demás, su rostro parecía un tanto adormilado. Un estruendo como de mil fusiles resonó a nuestras espaldas, mas ni siquiera entonces perdió Kohl la calma. Pudimos comprobar que los disparos habían prendido fuego al bosque. Grandes llamas escalaban los árboles chisporroteando. Las preocupaciones que a mí me atormentaban mientras ocurría todo aquello eran extrañas. Lo que yo sentía era envidia de los viejos «leones de Perthes», envidia de las experiencias que ellos habían vivido en la Marmita de las Brujas y de las que yo me había visto privado por causa de mi estancia en Recouvrence. Por eso, cuando las «cajas de carbón» empezaron a llegar con especial virulencia hasta el rincón en que nosotros dos nos encontrábamos, preguntaba a veces a Kohl, que sí había participado en la mencionada acción:

—Oye, ¿es ahora como en Perthes?

Con gran decepción mía, Kohl ejecutaba un perezoso movimiento con la mano y respondía siempre:

—Aún falta mucho.

Cuando por fin el tiroteo alcanzó tal intensidad que nuestra banqueta de barro comenzó a oscilar bajo los estallidos de aquellos monstruos negros, volví a aullarle al oído:

—Oye, ¿es *ahora* como en Perthes?

Kohl era un soldado muy concienzudo. Primero se puso de pie, luego giró la cabeza en redondo, examinando lo que ocurría, y al fin aulló, con gran contento mío:

—Ahora es posible que llegue a ser igual.

Esta respuesta me puso loco de alegría, pues me confirmaba que aquél era mi primer combate real.

En ese instante surgió un hombre en la esquina del elemento de trinchera en que nos hallábamos:

—¡Seguirme hacia la izquierda!

Comunicamos la orden a los demás y nos pusimos a caminar a lo largo de la posición, que se hallaba completamente llena de humo. Justo entonces acababan de llegar los hombres que traían el rancho y sobre el parapeto humeaban centenares de cacerolas abandonadas. ¿Quién iba a tener en aquel momento ganas de comer? Al pasar nosotros se apretaban contra el talud los numerosísimos heridos; sus vendas se

hallaban empapadas de sangre y en sus pálidos rostros brillaba la excitación de la lucha. Arriba, a lo largo del borde de la trinchera, los enfermeros arrastraban apresuradamente hacia atrás camillas y más camillas. Ante nosotros se alzó el presentimiento de una hora difícil.

—¡Cuidado, camaradas, mi brazo, mi brazo!

—¡Vamos, vamos, hombre; mantén el contacto!

Reconocí el alférez Sandvoss; iba corriendo a lo largo de la trinchera, con el espíritu ausente y los ojos desencajados. Una larga venda que llevaba enrollada al cuello le daba un extraño aspecto de desamparo; eso fue sin duda lo que hizo que en aquel momento me recordase a un pato. Yo veía todo aquello como si estuviera soñando uno de esos sueños en que lo angustioso aparece bajo la máscara de lo ridículo. Inmediatamente después pasamos corriendo junto al coronel von Oppen; tenía metida una de sus manos en el bolsillo de la guerrera y estaba dando instrucciones a su ayudante. Sus palabras me atravesaron la cabeza como una bala:

—Vaya, vaya, parece que esto está empezando a animarse.

La trinchera terminaba en un bosquecillo. Allí nos paramos indecisos bajo unas corpulentas hayas. De entre las espesuras del monte bajo surgió el jefe de nuestra sección, un alférez, y le gritó al suboficial más antiguo:

—Ordene a los hombres que se desplieguen en dirección al sol poniente y que tomen posición. Envíeme los informes al abrigo que está junto al claro del bosque.

Lanzando maldiciones, el suboficial tomó el mando.

Nos desplegamos; llenos de ansiedad nos tendimos en una línea de hoyos poco profundos que sin duda habían cavado quienes nos habían precedido. Intercambiábamos palabras jocosas; las cortó un aullido que nos penetró hasta las entrañas. A unos veinte metros detrás de nosotros giraban en el aire terrones de tierra que salían de una nube blanca; al llegar a lo alto se estrellaban contra las ramas. Varias veces rodó el eco a través del bosque. Los ojos angustiados se miraron fijamente unos a otros; los cuerpos se pegaron al suelo, bajo la aplastante sensación de una impotencia total. Un disparo seguía a otro disparo. Entre los matorrales del monte bajo flotaban gases asfixiantes, un humo espeso ocultaba las copas de los árboles, ramas sueltas y árboles enteros caían al suelo con estrépito, se oían gritos. De un salto nos pusimos en pie y echamos a correr a ciegas, acosados por los relámpagos y por la presión del aire, que nos aturdía. De este modo íbamos corriendo de árbol en árbol, buscando ponernos a cubierto, o dábamos vueltas alrededor de troncos gigantescos, cual si fuéramos piezas de caza perseguidas. Muchos corrían hacia un abrigo, también yo me dirigía hacia allá; una granada dio de lleno en él y lanzó por los aires su techumbre de madera, de modo que los pesados leños giraban en lo alto.

Junto con el suboficial iba yo dando saltos, jadeante, en torno al tronco de una robusta haya; parecía una ardilla a la que alguien apedrease. Corría mecánicamente detrás de mi superior, mantenido en vilo por impactos siempre nuevos; de vez en cuando el suboficial se volvía hacia mí, me miraba fijamente con ojos fieros, y gritaba:

—¿Pero qué clase de artefactos son éstos? ¿Pero qué clase de artefactos son éstos?

Un relámpago brilló de repente en las alargadas raíces de aquella haya y un golpe contra mi muslo izquierdo me tiró al suelo. Creí que había sido alcanzado por un terrón de tierra; pronto el calor de la sangre que fluía en abundancia me hizo ver que estaba herido. Más tarde se pudo comprobar que un afiladísimo fragmento de metralla me había producido una herida en la carne, después de que mi portamonedas hubiera amortiguado su virulencia. Su aguzado filo, parecido al de una hojilla de afeitar, había traspasado no menos de nueve capas de rudo cuero antes de dañar el músculo.

Tiré la mochila y corrí hacia la trinchera de donde habíamos venido. Desde todas la partes del bosque bombardeado afluían concéntricamente hacia aquel mismo sitio los heridos. Moribundos y heridos graves obstruían el paso; caminar por allí era algo horrible. Una figura humana que estaba desnuda hasta medio cuerpo y que tenía desgarrada la espalda se apoyaba en el talud de la trinchera. Otro hombre lanzaba de continuo unos gritos estridentes, estremecedores; de su nuca colgaba un jirón de carne de forma

triangular. El Gran Dolor ejercía allí su imperio; por vez primera pude mirar, como por una rendija demoníaca, en las profundidades de su dominio. Y las granadas seguían llegando.

Perdí por completo el dominio de mí mismo. Eché a correr atropellándolo todo, sin tener consideración con nada; tras haber resbalado varias veces por causa de la prisa, logré por fin escalar el talud de la trinchera, escapar de aquella barahúnda infernal, encontrar vía libre. Corrí como un caballo desbocado por entre la espesura del monte bajo, atravesé caminos y claros y acabé desplomándome en un bosquecillo situado cerca de la Grande Tranchée.

Ya estaba anocheciendo cuando pasaron junto a mí dos camilleros que andaban reconociendo el terreno. Me cargaron en su angarilla y me llevaron a un puesto de socorro; era un simple abrigo con un techo de troncos. Allí pasé la noche, apretujado entre otros muchos heridos. Un médico estaba de pie, relajado, en medio de aquella confusión de hombres que gemían; colocaba vendas, ponía inyecciones, daba órdenes con voz tranquila. Me eché sobre el cuerpo el capote de un muerto y me quedé dormido; la fiebre que ya empezaba a tener me provocó sueños extraños. En cierto momento me desperté en medio de la noche y vi cómo el médico continuaba entregado a su tarea a la luz de un farol. Había allí un francés que no hacía más que lanzar chillidos a cada instante; alguien que estaba junto a mí gruñó con mal humor:

—Cómo son estos franceses. Si no pueden gritar, no están contentos.

Volví a dormirme.

Cuando a la mañana siguiente me transportaban en una camilla, un casco de metralla perforó la lona pasando por entre mis rodillas.

Junto con otros heridos me cargaron en uno de los carros-ambulancias que iban y venían continuamente del campo de batalla al hospital de sangre. El vehículo fue arrastrado al galope por la Grande Tranchée, que aún seguía batida por un fuego intenso. Detrás de las grises paredes de lona cruzábamos a ciegas el Peligro; éste nos acompañaba con pasos de gigante que aplastaban el suelo.

En aquel vehículo nos metieron como panes en un horno; en una de las camillas iba un camarada con una herida en el vientre que le causaba grandes tormentos. Nos fue suplicando uno a uno que pusiéramos fin a su vida con la pistola del enfermero, que estaba allí colgada. Nadie respondió. En aquel viaje conocí la sensación que se tiene cuando cada sacudida del vehículo es como un martillazo en una herida grave.

El hospital de sangre había sido instalado en un claro del bosque; habían extendido allí largas hileras de paja que luego habían cubierto con ramas. Por la afluencia de heridos era fácil ver que estaba en marcha un combate importante. Al contemplar a un general médico que en medio de aquel sangriento trajín inspeccionaba los servicios, volví a sentir la misma impresión, difícil de describir, que se experimenta al ver a un ser humano que, rodeado por los espantos y las conmociones de la zona en que ejercen su imperio los elementos, se ocupa en ordenar cada vez mejor las cosas que realiza, con la sangre fría propia de una hormiga.

Regalado con comidas y bebidas y fumando un cigarrillo yacía yo allí sobre un lecho de paja en medio de una larga hilera de heridos; me encontraba en aquel estado de ánimo aliviado que se apodera de uno cuando ha aprobado un examen, bien que no de manera irreprochable. Una breve conversación que escuché cerca de mí me dejó pensativo.

—¿Qué es lo que te pasa, camarada?

—Tengo un balazo en la vejiga.

—¿Te duele mucho?

—Bah, eso no importa. Pero que esto no me permita seguir luchando...

Aquella misma mañana nos transportaron hasta el gran puesto de concentración de heridos instalado en la iglesia de la aldea de Saint-Martin. Allí estaba ya listo para partir un tren-ambulancia que en dos días nos transportaría a Alemania. Durante el viaje veía los campos desde la cama; la primavera había tomado posesión de ellos. Nos atendía con todo cuidado un hombre silencioso, profesor de filosofía. El primer servicio que me prestó consistió en cortarme con una navaja la bota, para poder quitármela. Hay hombres que tienen un modo especial de relacionarse con el cuidado de los heridos; ver a aquel enfermero leyendo de noche un libro a la luz de su linterna era algo que por sí solo producía en mí una sensación de alivio.

El tren nos condujo a Heidelberg.

A la vista de las colinas del Neckar, que estaban coronadas de cerezos en flor, experimenté un intenso sentimiento de amor a la patria. Qué bello era aquel país y cómo merecía que por él derramásemos la sangre y diéramos la vida. Nunca antes había experimentado yo de tal manera el hechizo de aquella tierra. Pensamientos buenos y serios me vinieron a la mente y por vez primera vislumbré que aquella guerra significaba algo más que una gran aventura.

La batalla de Les Eparges fue mi primera batalla. Transcurrió de un modo completamente diferente a como me había imaginado una batalla. Yo había intervenido en una importante acción de guerra y, sin embargo, no había llegado a verle la cara a un solo enemigo. Hasta mucho más tarde no tuve la vivencia directa del choque, ese punto —culminante de la batalla, cuando las oleadas de asalto aparecen en campo abierto; durante unos momentos decisivos, mortales, esa aparición interrumpe el vacío caótico del campo de batalla.

Douchy y Monchy

A los quince días estaba ya curada mi herida. Me enviaron a Hannover, al Batallón de Depósito, y allí me concedieron un breve permiso con el fin de que volviera a acostumbrarme a andar.

Una de las primeras mañanas que pasé en casa, mientras caminábamos por el jardín viendo cómo habían agarrado los árboles, me hizo mi padre esta sugerencia:

—Presenta la solicitud de sargento aspirante a oficial.

Le hice caso, aunque al comienzo de la guerra me había parecido más atractivo participar en ella como soldado raso, pues así no era responsable más que de mí mismo y de nadie más.

Mi regimiento me envió, pues, a Döberitz, para que tomase parte en un cursillo de perfeccionamiento; seis semanas más tarde abandoné aquel lugar con el grado de sargento aspirante a oficial. Los centenares de jóvenes que de todos los rincones de Alemania afluían a Döberitz eran una prueba manifiesta de que por entonces no carecía Alemania de tropas buenas y belicosas. En Recouvrence había aprendido la instrucción individual; aquí, en cambio, nos adiestraron también en las diversas formas de mover pequeñas unidades sobre el terreno.

En septiembre de 1915 me reincorporé a mi regimiento. Dejé el tren en la aldea de Saint-Léger, donde se hallaba instalado el Estado Mayor de nuestra división, y marché a pie, como jefe de un pequeño destacamento de reserva, hasta Douchy, lugar de descanso de mi regimiento. Delante de nosotros se hallaba en su apogeo la ofensiva francesa de otoño. El frente se dibujaba en los vastos campos como una nube larga, hirviente. Por encima de nosotros tableteaban las ametralladoras de las escuadrillas aéreas. A veces, cuando nos sobrevolaba a baja altura alguno de los aviones franceses, cuyas escarapelas multicolores parecían escudriñar el suelo como grandes ojos de mariposas, me ocultaba con mi pelotón bajo los árboles de la carretera para ponernos a cubierto de las vistas. Los proyectiles disparados por los cañones antiaéreos dejaban en el aire largos cordones de madejas blancas; los fragmentos de su metralla caían luego silbando acá y allá sobre los sembrados.

Esta pequeña marcha a pie iba a ofrecerme muy pronto la ocasión de hacer un uso práctico de los nuevos conocimientos que había adquirido. Es probable que nos hubiesen visto desde alguno de los innumerables globos cautivos cuyas envolturas amarillas brillaban hacia el oeste; lo cierto es que, justo en el momento en que íbamos a girar para entrar en la aldea de Douchy, estalló delante de nosotros la bola negra de una granada. Cayó en la puerta del pequeño cementerio aldeano, situado al borde mismo de la carretera. Por vez primera conocí allí el segundo exacto en que es preciso dar respuesta, adoptando una decisión, a un acontecimiento inesperado.

—Hacia la izquierda; dispersarse, ¡aprisa, aprisa!

La columna se dispersó a la carrera por los campos; luego hice que los hombres volvieran a reunirse hacia la izquierda y, dando a continuación un gran rodeo, los introduje en la aldea.

Douchy, lugar de descanso del 73° Regimiento de Fusileros, era una aldea de medianas dimensiones que aún no había sufrido mucho por causa de la guerra. Durante el año y medio que nuestro regimiento pasó en aquella zona participando en la lucha de posiciones, transformó aquel lugar, situado en el ondulado terreno de Artois, en una segunda guarnición, en un lugar en que la tropa encontraba distracciones y recobraba fuerzas tras las difíciles jornadas de lucha y trabajo pasadas en la primera línea. ¡Cuántas veces no dimos un suspiro de alivio al divisar en las oscuras noches de lluvia una luz solitaria que brillaba en la entrada de la aldea!

Allí volvía uno a tener un techo sobre la cabeza y una cama sencilla y tranquila en una habitación seca. Allí podía uno dormir sin verse obligado a salir a la noche cada cuatro horas y sin ser perseguido hasta en

los sueños por la constante espera de un ataque por sorpresa. A uno le parecía que acababa de volver a nacer cuando, el primer día de descanso, había tomado un baño y quitado al vestuario la suciedad de la trinchera. Hacíamos instrucción y gimnasia en los prados para desentumecer nuestros oxidados huesos y para despertar otra vez nuestra sociabilidad, pues durante las largas guardias nocturnas nos habíamos ido convirtiendo en unos solitarios. Esto nos ponía en forma para las graves jornadas que de nuevo vendrían. En los primeros tiempos las compañías marchaban por turnos a la primera línea para realizar allí labores de excavación durante la noche. Esta fatigosa ocupación doble quedó suspendida más tarde por orden de nuestro coronel von Oppen, que era una persona inteligente. La seguridad de una posición se basa en el vigor y en el inexhausto coraje de sus defensores, no en que sus caminos de acceso tengan una estructura enmarañada ni en que sean muy profundas las trincheras donde se combate.

Douchy ofrecía a sus grises habitantes, durante las horas libres, bastantes clases de esparcimiento. Aún estaban abiertas numerosas cantinas repletas de comestibles y de bebidas; existía un salón de lectura, así como un salón-café, y más tarde hubo incluso una sala de cine, instalada con todo primor en un gran pajar. Los oficiales disponían de un casino magníficamente amueblado y de una bolera, situada en el jardín de la casa parroquial. A menudo se celebraban fiestas propias de la compañía, según los viejos y buenos usos alemanes, en ellas los mandos y la tropa rivalizaban en beber. No quisiera olvidar tampoco las fiestas en que hacíamos matanza; en ellas se veían obligados a dejar su vida los cerdos de la compañía, que habían sido excelentemente engordados con las sobras de las cocinas de campaña.

La población civil seguía viviendo en la aldea, por ello el espacio se aprovechaba al máximo y de todas las maneras posibles. En una parte de los jardines se habían construido acuartelamientos y abrigos-viviendas; un gran huerto de legumbres que estaba en el centro de la aldea había sido transformado en la «Plaza de la Iglesia»; otro, al que llamábamos «Plaza de Emmich», en un parque de recreo. Allí se hallaban, en dos abrigos cubiertos con troncos, el salón-barbería y el salón del dentista. Un gran prado que había junto a la iglesia hacía las veces de cementerio; casi todos los días marchaba allí una compañía para dar escolta por última vez, mientras se entonaba una coral, a uno o varios camaradas.

En el plazo de un año le había crecido encima a aquella decrépita aldeúcha rural, como un parásito enorme, toda una ciudad militar. Bajo ésta resultaba casi irreconocible la vieja y pacífica fisonomía de la aldea. En el estanque los dragones bañaban a sus caballos; en los jardines hacía instrucción la infantería; en los prados se tendían los soldados a tomar baños de sol. Todas las instalaciones se iban desmoronando; en perfecto estado hallábase tan sólo aquello que guardaba relación con el combate. Las vallas y los setos habían sido derribados o se los había hecho desaparecer para mejorar las comunicaciones; en todas las esquinas brillaban, en cambio, los grandes cartelones que indicaban las direcciones. Mientras se hundían los techos y poco a poco íbamos quemando los muebles de las casas para calentarnos, surgieron instalaciones telefónicas y líneas eléctricas. Partiendo de los sótanos de los edificios se habían abierto galerías subterráneas con el fin de ofrecer a quienes allí habitaban un refugio seguro en caso de bombardeo. La tierra procedente de la excavación de aquellas galerías se había dejado despreocupadamente amontonada en los jardines. No había en toda la aldea ninguna frontera divisoria ni ninguna propiedad individual.

La población francesa había sido confinada en la salida hacia Monchy. Los niños jugaban en los umbrales de edificios que se hallaban en estado ruinoso y los viejos se deslizaban encorvados por entre aquel trajín nuevo que indudablemente les había vuelto extraños, sin la menor consideración, los lugares en que habían pasado toda su vida. Los jóvenes del pueblo tenían que presentarse todas las mañanas y el comandante de la plaza, el teniente Oberlander, los distribuía en grupos para que cultivasen las tierras comunales. Nosotros no teníamos ningún contacto con los vecinos, salvo cuando les llevábamos nuestra ropa interior para que nos la lavasen o cuando les comprábamos mantequilla y huevos.

Una de las imágenes curiosas de aquella ciudad de soldados la constituían dos pequeños franceses; eran huérfanos y se habían agregado a la tropa. Aquellos muchachos, uno de los cuales podría tener unos ocho años y el otro doce, iban vestidos del mismo color «gris de campaña» que nuestros soldados y hablaban alemán con toda fluidez. Siempre que se referían a sus compatriotas, los calificaban de

Schangels,[*] palabra que habían oído a nuestros soldados. Su mayor deseo era que se les permitiese formar con «su» compañía. Podían hacer impecablemente la instrucción, saludaban a los superiores, en las revistas se colocaban en el lado izquierdo y, cuando querían acompañar a los encargados de la cantina a hacer compras a Cambrai pedían permiso para hacerlo. En una ocasión el Segundo Batallón marchó a Quéant a realizar un cursillo de perfeccionamiento de algunas semanas; el coronel von Oppen había dado orden de que uno de aquellos muchachos, el llamado Louis, se quedase en Douchy. Nadie lo vio durante la marcha a Quéant, pero, cuando el batallón llegó al citado pueblo, saltó todo contento de un furgón dentro del cual se había escondido. Según oí decir, el de mayor edad fue enviado más tarde a Alemania a una escuela de suboficiales.

A una hora escasa de camino de Douchy estaba Monchy-auBois, la aldea en que se hallaban acantonadas las dos compañías de reserva de nuestro regimiento. En el otoño de 1914 esta población había sido objeto de combates enconados; al final había quedado en manos alemanas. La lucha se había ido luego paralizando poco a poco en el angosto semicírculo tendido alrededor de las ruinas de este lugar, muy rico en otro tiempo.

Ahora las casas estaban quemadas o se habían derrumbado, las granadas habían arado profundamente los jardines cubiertos de malezas y los árboles frutales estaban rotos. Zanjas, alambradas, barricadas y puntos de apoyo construidos con hormigón habían transformado aquella maraña de piedras en un dispositivo defensivo. Desde un fortín de hormigón denominado «Fuerte Torgau», que estaba situado en el centro del pueblo, era posible batir las calles con fuego de ametralladora. Había otro punto de apoyo, el Fuerte Altenburg; era una obra de campaña, a la derecha de la aldea, y en ella se alojaba una sección de la compañía de reserva. También era importante para la defensa una mina de la cual se había extraído en tiempos de paz la piedra caliza para construir las casas y que nosotros habíamos descubierto por puro azar. A un cocinero de nuestra compañía se le cayó un cubo a un pozo; bajó a por él y allí dentro descubrió un agujero que se abría en forma de cueva. Se exploró el lugar, se abrió una segunda entrada, y a partir de entonces aquel sitio ofreció un refugio a prueba de bombas a un gran número de combatientes.

En una solitaria altura junto al camino que llevaba a Ransart había unas ruinas, un antiguo merendero, llamado «Bellevue» en razón de las amplias perspectivas que se tenían sobre el frente — yo sentía predilección por aquel lugar, no obstante lo peligroso de su situación. Desde allí la vista se extendía a lo lejos por aquel país sin vida cuyas muertas aldeas se hallaban enlazadas por carreteras sobre las que ningún vehículo pasaba y en las que no era visible ningún ser vivo. Al fondo se dibujaba confusamente la silueta de Arras, la ciudad abandonada, y más lejos, hacia la derecha, brillaban los embudos gredosos abiertos por las grandes explosiones de minas en Saint-Eloi. Yermos estaban también los campos, que habían sido invadidos por los hierbajos; sobre ellos se deslizaban con lentitud las sombras de las grandes nubes, y en ellos la tupida red de las trincheras extendía sus mallas amarillas y blancas, que desembocaban en los caminos de aproximación, parecidos a largos cordones. Sólo acá y allá se alzaba en remolino el humo de una granada, como si la mano de un fantasma lo empujase hacia arriba, y luego se dispersaba en el viento; o la bola de un *shrapnel* se quedaba quieta encima de aquella tierra desolada, como un gran copo blanco que lentamente se fundía. El semblante del paisaje era sombrío y fabuloso; la lucha había borrado la faceta amable de aquella región y grabado muy hondo en ella sus férreas marcas, que producían un escalofrío al contemplador solitario.

La impresión de tristeza causada por la destrucción reforzaba aún más aquel abandono y aquel silencio profundo que únicamente el sordo retumbar de los cañones rompía de vez en cuando. Mochilas desgarradas, fusiles destrozados, fragmentos de uniformes, en medio de todo aquello un juguete infantil que formaba un contraste cruel, espoletas de granadas, embudos profundos abiertos por la explosión de los proyectiles, botellas, instrumentos de recolección de cosechas, libros despedazados, utensilios domésticos machacados, agujeros cuya oscuridad cargada de misterio indicaba un sótano en el que tal vez

[*] * Deformación bárbara del diminutivo francés de *Jean (o* tal vez de *Jeanne)* con que los soldados alemanes designaban sarcásticamente a los franceses; es decir, los «Juanitos» (o «Juanitas»). Los soldados británicos solían ser calificados de «Tommys», y los alemanes, de «Fritz» o «Wilhelm». (N. del T.)

bandadas de atareadas ratas se dedicaban a roer los cadáveres de los infelices habitantes de la casa, un melocotonero que había sido despojado del muro en que se apoyaba y que extendía sus brazos demandando auxilio, en los establos los esqueletos de los animales domésticos atados aún a sus cadenas, en los devastados jardines tumbas, y entre ellas, florecientes, profundamente ocultos entre los hierbajos, ajenjos, cebollas, ruibarbos y narcisos, en los vecinos campos graneros sobre cuyos techos proliferaban ya los cereales: todo ello atravesado por un ramal de aproximación medio derruido y envuelto en el olor del incendio y de la podredumbre. Pensamientos tristes asaltan al guerrero en tales lugares cuando recuerda a quienes poco tiempo antes los habitaban en paz.

Como ya ha quedado dicho, la posición de combate formaba alrededor de la aldea un estrecho semicírculo que quedaba unido a ésta por un ramal de aproximación; a su vez, la posición misma estaba dividida en dos zonas, que eran Monchy-Sur y MonchyOeste. Estas se articulaban, por fin, en los seis sectores encomendados a nuestra compañía, los cuales iban de la A a la F. El trazado en forma de arco de la posición ofrecía a los ingleses una buena posibilidad de tomarla por el flanco; mediante un hábil aprovechamiento de esa posibilidad nos causaron muchas bajas. Para ello se servían de una boca de fuego que estaba escondida inmediatamente detrás de su primera línea y que disparaba *shrapnels* de pequeño calibre. El disparo y la llegada del proyectil resultaban simultáneos para el oído; a lo largo de la trinchera se deslizaba brillante, cual si llegara de un cielo sereno, un enjambre de balines de plomo que con bastante frecuencia se cobraba un centinela.

Con la finalidad de dejar claro el significado de algunas expresiones que se repetirán una y otra vez, lo primero que vamos a hacer ahora es darnos un paseo por las trincheras, tal como habían llegado a ser en esta época.

Para acceder a la primera línea, llamada sin más «la trinchera», penetramos en uno de los numerosos caminos o ramales de aproximación, cuya misión consiste en posibilitar una marcha a cubierto de los disparos hasta la posición de lucha. Estas zanjas, que con frecuencia son muy largas, conducen, pues, hacia el enemigo, pero su trazado es zigzagueante o ligeramente ondulado, para evitar que se las pueda batir a lo largo. Tras una marcha de un cuarto de hora atravesamos la segunda línea; corre paralela a la primera y está destinada a que en ella se siga resistiendo en el caso de que el enemigo haya tomado la «trinchera de lucha» o «primera línea».

La trinchera de lucha se distingue ya a simple vista de las instalaciones poco sólidas que surgieron al comienzo de la guerra. Hace ya mucho tiempo que ha dejado de ser una simple zanja; por el contrario, su profundidad es de dos o tres veces la altura de un hombre. Los defensores se mueven, pues, como por el piso de una mina. Si quieren observar el terreno que se extiende delante, o hacer fuego, suben al llamado «peldaño del centinela»; a él se accede por escalones cavados en la tierra o por anchas escaleras de madera. El peldaño del centinela es una banqueta larga; se halla cavada en la tierra de tal manera que quien está de pie sobre ella sobresale con la cabeza del nivel del terreno. Cada tirador o fusilero está de pie en el llamado «apostadero» o «puesto del centinela», que es una especie de cavidad o nicho más o menos sólido; sacos terreros o una plancha de acero le ponen a cubierto la cabeza. La verdadera observación del enemigo se realiza a través de unas aspilleras diminutas por las que se saca el cañón del fusil. Las grandes cantidades de tierra extraídas de la trinchera están amontonadas en la parte de atrás; forman allí un montículo que al mismo tiempo pone a cubierto las espaldas. Detrás de esos montículos de tierra están instalados nidos de ametralladoras. En cambio, en la zona de delante de la trinchera la tierra está siempre aplanada con todo cuidado, para que quede libre el campo de tiro.

Delante de la trinchera se extiende la alambrada, casi siempre en varias hileras; es un confuso tejido de alambres de pinchos y tiene como misión detener al adversario, para así poder batirlo tranquilamente desde los apostaderos.

Ese obstáculo de alambre está cubierto de altos hierbajos silvestres, pues en los desolados campos comienza ya a prender una clase nueva y distinta de plantas. Las flores silvestres que antes crecían aisladas entre los cereales han conseguido ahora el predominio; acá y allá prolifera incluso el matorral bajo. También están cubiertos de plantas los caminos, pero éstos se destacan con mayor nitidez que antes, pues sobre ellos se extienden las redondas hojas del llantén. Las aves se sienten muy a gusto en esta

vegetación salvaje; así, por ejemplo, las perdices, cuyo extraño reclamo se percibe a menudo durante la noche; o las alondras, cuyo polifónico canto resuena por encima de las trincheras con las primeras luces del día.

El trazado de la trinchera de lucha tiene forma de meandro, para hacer imposible que se la enfile de flanco; es decir, la trinchera ondula hacia atrás a intervalos regulares. Estos tramos que retroceden se llaman «traveses» y están destinados a retener los disparos procedentes de los flancos. El luchador se encuentra, pues, a cubierto por todas partes; a la espalda, por el montículo de detrás; a los lados, por los traveses; y al frente, por el talud delantero de la trinchera, que le sirve de parapeto.

Al descanso están destinados los denominados «abrigos». Estos no son ya ahora unos simples agujeros hechos en la tierra, sino que han evolucionado hasta convertirse en auténticas habitaciones cerradas; tienen un techo de vigas y sus paredes están revestidas de tablones. Los abrigos tienen aproximadamente la altura de un hombre y están de tal manera excavados en la tierra que su suelo se halla a la misma altura que el piso de la trinchera. Encima de su techo de vigas hay todavía, por tanto, una capa de tierra capaz de resistir los impactos de proyectiles ligeros. Cuando éstos son de grueso calibre, el abrigo equivale a una ratonera; por eso la gente prefiere buscar en tales momentos las profundidades de las «galerías».

Estas se hallan reforzadas con robustos marcos de madera. El primero de ellos está instalado, a la altura del suelo, en el talud delantero de la trinchera y forma lo que se llama la «boca» o «entrada» de la galería; cada uno de los marcos de madera siguientes está colocado dos palmos más abajo que el anterior, de manera que pronto queda uno a cubierto. Surge así la escalera de la galería; cuando uno ha llegado al trigésimo escalón tiene encima de si, por tanto, nueve metros de tierra, y doce sí se cuenta también la profundidad de la trinchera. Unos marcos un poco mayores se instalan formando ángulo recto con la escalera, o bien en su prolongación; así se construyen las habitaciones. Mediante ramales transversales surgen pasillos subterráneos; los ramales que avanzan en dirección al enemigo se utilizan como galerías de escucha o para instalar minas explosivas.

El conjunto hemos de imaginarlo como una poderosa fortaleza de tierra que se encuentra aparentemente sin vida en el terreno, pero en cuyo interior se ejecuta un bien reglamentado servicio de vigilancia y trabajo y en la que cada hombre se encuentra en su puesto a los pocos segundos de sonar la alarma. Asimismo es conveniente no hacerse una idea demasiado romántica del estado de espíritu que allí reina; lo que predomina es, más bien, una cierta somnolencia y una cierta pesadez, tal como suele generarlas el contacto estrecho con la tierra.

Yo fui asignado a la Sexta Compañía. A las pocas fechas de mí llegada marché a la trinchera al mando de un pelotón; nada más llegar, unas cuantas minas lanzadas por los ingleses nos dieron la bienvenida. Estas minas eran unos proyectiles hechos de hierro quebradizo; iban provistas de un mango y estaban llenas de material explosivo. Para hacerse una idea de su forma, lo mejor es imaginarse una pesa de gimnasia de cien libras a la que se le hubiera cortado una de las bolas. El ruido producido por su disparo era un ruido sordo, poco nítido, y con frecuencia quedaba enmascarado por el fuego de las ametralladoras. Ver de repente muy cerca de nosotros unas llamas que iluminaban la trinchera y sentir una insidiosa presión del aire, que nos sacudía, me produjo, por ello, la misma impresión que me habría producido un fantasma. Los hombres de la tropa me metieron enseguida en el abrigo destinado a nuestro pelotón, abrigo junto al cual acabábamos de llegar. Allí dentro percibimos todavía cinco o seis veces el pesado morterazo de los impactos. Propiamente la mina no estalla, sino que «se desparrama»; esta discreta forma de causar destrucción produce en los nervios un efecto más desagradable que una explosión. Cuando a la mañana siguiente recorrí por vez primera a la luz del día la trinchera, por todas partes vi colgadas delante de los abrigos aquellas grandes bolas con mango, ya sin carga, como sí fueran gongs de alarma.

El Sector C, en el que se hallaba nuestra compañía, era el más avanzado de todo el regimiento. Su comandante, el alférez Brecht, que a comienzos de la guerra se había apresurado a volver de Norteamérica, era el hombre apropiado para defender un sitio como aquél. Brecht era un hombre que amaba el peligro y cayó combatiendo.

La vida dentro de la trinchera estaba regulada de un modo estricto. Voy a trazar aquí un esbozo de cómo transcurría una jornada, una de aquellas jornadas que durante dieciocho meses se fueron sucediendo

iguales una tras otra, excepto en aquellos casos en que la habitual actividad de fuego crecía hasta adquirir un carácter de sumo peligro, hasta convertirse expresamente en lo que nosotros denominábamos «aire espeso».

La jornada en la trinchera se inicia en el momento en que comienza a oscurecer. A las siete de la tarde un hombre de mí pelotón me despierta de la siesta, que he dormido en previsión de las guardias nocturnas. Me abrocho el cinturón, coloco en el correaje la pistola de señales y unas cuantas granadas de mano y abandono mi abrigo, que es más o menos confortable, según los casos. Al hacer la primera ronda por el sector encomendado a mi sección, un sector que conozco muy bien, me aseguro de que todos los centinelas estén en los lugares exactos que les corresponden. En voz baja se pasa el santo y seña. Entretanto se ha hecho ya de noche y los primeros proyectiles luminosos ascienden plateados hacia el cielo, mientras los fatigados ojos están fijos en el terreno que tienen delante. Una rata, que se desliza rápidamente por entre las latas de conserva arrojadas por encima del parapeto, mete ruido. Se le agrega una segunda, que llega siseando, y pronto aquel lugar pulula de sombras que se mueven veloces y que afluyen de los sótanos ruinosos de la aldea o de galerías destruidas por los proyectiles. La caza de ratas ofrece una apreciada distracción en la monotonía del servicio de guardia. Se coloca como cebo un trozo de pan y se apunta hacia él el fusil, o bien se esparce en sus madrigueras pólvora explosiva, recogida de los proyectiles que no han estallado, y luego se le prende fuego. Las ratas salen disparadas; llevan chamuscada la piel y van dando chillidos. Estos animales son unos bichos nauseabundos; nunca puedo dejar de pensar en la oculta actividad de profanación de cadáveres que ejecutan en los sótanos de la aldea. Una cálida noche iba caminando por entre las ruinas de Monchy cuando las ratas empezaron a salir de sus madrigueras en cantidades tan increíbles que el suelo parecía una alfombra viviente en la que acá y allá la blanca piel de una rata albina hacía las veces de dibujo. También algunos gatos han acudido a las trincheras desde las aldeas derruidas; les gusta la proximidad de los seres humanos. Un gran gato blanco que tiene rota una de las patas delanteras vaga a menudo como un fantasma en la llamada «tierra de nadie»; parece mantener relaciones con ambos bandos.

Pero estaba hablando del servicio de trincheras. A uno le gustan estas digresiones; para llenar con algo la noche oscura y el tiempo interminable, uno se vuelve locuaz con mucha facilidad. Por eso me he parado junto a un guerrero que me es conocido, o junto a otro suboficial, y escucho con gran atención las mil naderías que cuenta. Como soy un sargento aspirante a oficial, también me enreda con mucha frecuencia en una benévola charla el oficial que está de guardia; su estado de ánimo es igual de desapacible que el nuestro. El oficial llega incluso a comportarse con mucha camaradería, habla en voz baja y apasionada, cuenta chismes, descubre secretos, manifiesta deseos. De buena gana accedo a esas charlas, pues también a mí me agobian los taludes pesados y negros de la trinchera, también yo anhelo un poco de calor, algo que sea humano en esta soledad inhóspita. De noche el paisaje irradia una frialdad peculiar; es una frialdad de índole espiritual. Y así ocurre que uno comienza a tiritar cuando atraviesa alguno de los sectores de la trinchera en que no hay nadie apostado y que sólo son recorridos por patrullas; y cuando uno penetra en la tierra de nadie situada más allá de las alambradas, ese tiritar se intensifica hasta llegar a transformarse en un ligero malestar que hace castañetear los dientes. La manera en que los escritores de novelas emplean esta expresión, «castañeteo de dientes», es casi siempre errónea; nada violento hay en ello, se asemeja más bien a una débil corriente eléctrica. Muchas veces uno no nota su propio castañeteo, como tampoco se da cuenta de que habla cuando está dormido. Por lo demás, desaparece tan pronto como ocurre realmente algo.

La charla languidece. Estamos agotados. Soñolientos, nos apoyamos en un través y miramos fijamente el cigarrillo que brilla en la oscuridad.

Cuando hay helada, pateamos ateridos el suelo, alzando y bajando los pies; la dura tierra resuena entonces, sacudida por múltiples pisadas. En las noches frías se oye un toser incesante, cuyo sonido llega lejos. Cuando uno va avanzando a rastras por la tierra de nadie, esas toses son a menudo el primer indicio de la línea enemiga. A veces un centinela silba o tararea en voz baja una canción; si uno está aproximándose sigilosamente a él con intenciones homicidas, eso constituye un contraste odioso. Con frecuencia llueve, y entonces uno, triste, permanece de pie, con el cuello del capote subido, bajo los

voladizos contra la lluvia colocados en las entradas de las galerías, y escucha absorto el uniforme caer de las gotas.

Está prohibido pararse en la boca de las galerías; por ello, si se oyen las pisadas de un superior en el húmedo suelo de la trinchera, uno sale rápidamente de donde está, avanza unos pasos, da de repente media vuelta, da un taconazo y se presenta:

—Suboficial de servicio en la trinchera. ¡Sin novedad en el sector!

Uno piensa en otras cosas. Mira a la luna y recuerda días bellos y agradables pasados en casa, o se imagina la gran ciudad que queda allá, muy lejos, por la parte de atrás, y en la cual la gente sale de los cafés precisamente a esta hora y muchos faroles iluminan el intenso trajín nocturno del centro. Parece como si esas cosas las hubiera soñado — quedan increíblemente lejos.

De repente se ha movido algo delante de la trinchera, produciendo un murmullo. Los sueños se esfuman en un momento, todos los sentidos se aguzan hasta tal punto que llega a resultar doloroso. Uno trepa hasta el apostadero y dispara a lo alto una bengala luminosa; nada se mueve. Seguramente habrá sido una liebre o una perdiz.

A menudo se oye trabajar al enemigo en sus alambradas. Entonces uno dispara rápidamente varios tiros seguidos en esa dirección, hasta vaciar el cargador del fusil. Y hace eso no sólo porque así está mandado, sino también porque encuentra en ello cierta satisfacción. Piensa lo siguiente: «Ahora ellos estarán allí, aplastados contra la tierra al otro lado. Incluso es probable que hayas dado a alguien». También nosotros tendemos alambradas todas las noches y con frecuencia tenemos heridos. Entonces lanzamos maldiciones contra aquellos ingleses, que son unos cerdos miserables.

En muchos sitios de la posición, por ejemplo en los extremos delanteros de las denominadas «zapas», es decir, los ramales ciegos que avanzan hacia el enemigo, los centinelas de ambos bandos no están a más de treinta pasos de distancia. Allí llegan a establecerse a veces relaciones personales, como las que se dan entre conocidos; por su manera de toser, silbar o cantar reconoce uno a Fritz, a Wilhelm o a Tommy. De un lado al otro van y vienen cortas frases que no carecen de un humor tosco.

—Eh, Tommy, ¿sigues ahí?

—¡Sí!

—¡Pues agacha la cabeza, que voy a disparar!

A veces se oye también, tras un disparo sordo, algo que llega silbando y aleteando.

—¡Atención! ¡Una mina!

Uno se precipita hacia la entrada de la galería que le queda más cerca y contiene la respiración. Las minas explotan de una manera por completo distinta a las granadas, su estallido nos pone mucho más nerviosos; tienen en sí algo de desgarrador, de pérfido, algo que es como una animosidad personal. Las granadas de fusil son ediciones en miniatura de las minas. Ascienden como flechas desde la trinchera enemiga; sus cabezas están hechas de un metal de color marrón rojizo y, para que puedan fragmentarse con mayor facilidad, su superficie está cuadriculada a la manera de las tabletas de chocolate. Cuando el horizonte nocturno se ilumina en determinados sitios, todos los centinelas bajan de un salto de su apostadero y desaparecen. Saben por larga experiencia dónde están emplazados los cañones que apuntan contra el Sector C.

Por fin la esfera del reloj luminoso anuncia que han pasado dos horas. Ahora, a despertar rápidamente a los hombres del relevo y a meterse en el abrigo. Tal vez los soldados encargados de transportar el rancho a las trincheras han traído cartas, paquetes o un periódico. Uno experimenta una sensación extraña al leer las noticias que hablan de la patria y de sus pacíficas preocupaciones, mientras las sombras proyectadas por la luz temblorosa de una vela se deslizan rápidas por los toscos maderos situados a poca altura por encima de la propia cabeza. Tras haberme raspado con una astilla lo peor de la suciedad adherida a las botas y haber restregado éstas contra la pata de una mesa toscamente labrada, me tumbo en el camastro y me cubro la cabeza con una manta para dedicarme durante cuatro horas a «roncar»; ésa es la expresión técnica con que denominamos tal forma de dormir. Afuera los proyectiles continúan cayendo ruidosamente, con monótona repetición, sobre la capa de tierra que queda encima del abrigo. Por mi cara

y mis manos se desliza en silencio un ratón, pero no perturba mi sueño. También me dejan tranquilo los otros bichos pequeños; hace pocos días hemos desinfectado a fondo el abrigo.

Dos veces más todavía me sacan del sueño para que me dedique a ejecutar la misión que tengo encomendada. Durante la última guardia, una franja de claridad que aparece en el cielo a nuestras espaldas, hacia el este, anuncia un nuevo día. Van adquiriendo mayor nitidez los perfiles de la trinchera; a la luz gris de la amanecida, ésta produce una impresión de indecible abandono. Una alondra se eleva; sus trinos me resultan molestos. Apoyado en un través, observo, con una sensación de gran lucidez, el terreno muerto que se extiende ante nosotros y que está cercado de alambradas. ¡Los últimos veinte minutos no acaban nunca! Al fin se oye en el ramal de aproximación el tintineo de las perolas de quienes han ido a buscar el café y ahora retornan: son las siete. La guardia nocturna ha llegado a su final.

Me meto en el abrigo, bebo café y me lavo en una lata de arenques. Esto me despabila; se me han ido las ganas de echarme a dormir. Por otro lado, a las nueve he de organizar los trabajos y distribuirlos entre los hombres de mi pelotón. Somos en verdad una gente que puede hacer de todo, la trinchera nos plantea a diario sus mil exigencias. Excavamos profundas galerías, construimos abrigos y fortines de hormigón, preparamos obstáculos con alambre de espinos, instalamos desagües, revestimos los taludes con tablas, apuntalamos, nivelamos, alzamos y rebajamos el terreno, cegamos letrinas; en suma, con nuestros propios hombres ejercemos todos los oficios. ¿Y por qué no, si se nos han enviado aquí representantes de todos los estamentos y de todas las profesiones? Lo que uno no sabe hacer, lo sabe hacer el otro. Hace poco estaba yo cavando dentro de la galería de nuestro pelotón cuando un minero me quitó el pico de las manos y me dijo:

—Cavar siempre abajo, mi sargento, ¡la tierra de arriba cae por sí sola!

Es curioso que hasta ese momento no supiera uno una cosa tan sencilla como ésa. Pero aquí, instalados en pleno campo, forzados a protegernos de repente de los disparos, a guarecernos del viento y de la intemperie, a fabricarnos la mesa y la cama, a construirnos hornillos y escaleras, aquí se aprende muy pronto a hacer uso de las manos. Uno descubre el valor del trabajo manual.

A la una traen el rancho del mediodía; lo acarrean en grandes recipientes que en otro tiempo fueron vasijas de leche o latas de mermelada; la cocina está instalada en un sótano de Monchy. El rancho es de una monotonía militar, pero continúa siendo abundante; eso, claro está, en el supuesto de que quienes lo traen no hayan recibido «vapor» durante el camino y hayan derramado la mitad. Después de comer, los hombres duermen un rato o leen. Poco a poco se van acercando las dos horas que están previstas para hacer guardia en la trinchera; pasan mucho más deprisa que las de la noche. Uno observa con prismáticos o con anteojos goniométricos la posición enemiga, que le es bien conocida; con bastante frecuencia se le presenta asimismo la ocasión de disparar a la cabeza del enemigo con un fusil provisto de mira telescópica. Pero, cuidado, también los ingleses tienen buena vista y buenos prismáticos.

De repente se desploma un centinela; está cubierto de sangre. Un tiro en la cabeza. Los camaradas le arrancan de la guerrera los paquetes sanitarios y lo vendan.

—No vale la pena, Wilhelm.

—Pero, hombre, si todavía respira.

Luego llegan los camilleros para llevárselo al puesto de socorro. La angarilla va chocando con dureza contra los esquinados traveses. Alguien echa una palada de tierra sobre el rojo charco y cada cual sigue realizando la tarea en que estaba ocupado. Sólo un novato, cuyo rostro se ha puesto pálido, sigue apoyado en los maderos que recubren la trinchera. Se esfuerza en comprender lo que ha ocurrido. Ha sido todo tan repentino, tan horriblemente sorprendente, un ataque por sorpresa de una brutalidad indecible. Esto no puede ser posible, no puede ser real. Pobre muchacho, hay otras cosas completamente distintas que te están acechando allá en el otro lado.

También ocurren a mentido cosas bastante divertidas. Muchos centinelas se dedican a su tarea con un celo propio de cazadores. Observan los impactos de nuestra artillería en la trinchera enemiga con el goce peculiar de los expertos.

—Chico, ése ha dado.

—Coño, vaya meada que les cae encima. ¡Pobre Tommy! Allí no queda uno vivo.

Les gusta disparar hacia la otra parte granadas de fusil o minas de pequeño calibre. A los espíritus timoratos esto les desagrada mucho.

—Pero, hombre, deja esa estupidez, ¡ya recibimos bastante leña!

Esto no les impide, sin embargo, estar continuamente pensando en la mejor manera de lanzar granadas de mano con una especie de catapultas inventadas por ellos mismos, o en el modo de hacer más peligroso, mediante cualquier tipo de máquinas infernales, el terreno que se extiende delante de ellos. Unas veces abren con las tijeras un estrecho pasillo en el obstáculo de alambre situado frente a su apostadero, para atraer así hacia su fusil a algún explorador enemigo al que le agrade aquel paso tan cómodo. Otras se deslizan silenciosamente ellos mismos hacia el otro lado y cuelgan de las alambradas una campana; luego, desde la trinchera propia, tiran de ella con una larga cuerda y así ponen nerviosos a los centinelas ingleses. La guerra los divierte.

En algunas ocasiones puede ser muy agradable la hora del café de la tarde. Ocurre a menudo que el sargento aspirante a oficial ha de hacer compañía a alguno de los oficiales. Se guardan todas la formalidades; incluso hay allí dos tazas de porcelana que brillan sobre el tablero de la mesa; éste se halla cubierto con un mantel hecho de tela de saco terrero. Luego el ordenanza coloca una botella y dos vasos en la mesa, que se bambolea. La charla se hace más confidencial. Resulta curioso que también aquí sea el prójimo, el querido prójimo, el que tenga que proporcionar la materia predilecta de las conversaciones. Incluso ha llegado a desarrollarse un floreciente chismorreo de trincheras; en las visitas de la tarde la gente difunde con todo celo esos chismes; muy pronto ocurre lo mismo que en una pequeña guarnición. Los superiores, los camaradas y los subordinados son sometidos a una crítica sistemática, y un rumor nuevo recorre en un santiamén la totalidad de los abrigos de los jefes de sección de los seis sectores, desde el flanco derecho hasta el izquierdo. En este asunto del chismorreo no están enteramente libres de culpa los oficiales de reconocimiento, quienes, cargados con sus prismáticos y su carpeta de planos, recorren la posición ocupada por nuestro regimiento y van escudriñándolo todo. La posición defendida por nuestra compañía no está, en efecto, completamente aislada y cerrada; hay un intenso tráfico de gente que pasa por ella. En las horas tranquilas de la mañana aparecen los oficiales de Estado Mayor y hacen que la gente trabaje con mucha diligencia. Tales visitas fastidian mucho al pobre soldado raso, el llamado «cerdo del frente», que acaba de echarse a dormir después de la última guardia y tiene que salir corriendo de la galería, vestido reglamentariamente, cuando suenan estas palabras espantosas:

—¡Está en la trinchera el jefe de la división!

Luego llegan los oficiales de zapadores, los oficiales de construcción de zanjas, los oficiales encargados de los desagües — todos ellos se comportan como si la trinchera hubiera sido creada exclusivamente para sus trabajos especiales. De manera poco amistosa se saluda al oficial observador de artillería, que quiere hacer una prueba de tiro de barrera; tan pronto se ha ido con su anteojo goniometrico —un aparato que saca acá y allá sus antenas por encima de la trinchera y las agita como si de un insecto se tratara—, hace acto de presencia la artillería inglesa. Y siempre es el soldado de infantería el que ha de pagar los platos rotos. Tampoco dejan de comparecer los mandos de los destacamentos avanzados y de las secciones de excavación. Estos se sientan en el abrigo del jefe de sección hasta que se hace completamente de noche, beben ponche caliente, juegan a la lotería polaca y al final dejan limpia la mesa, como si fueran ratas ambulantes. A una hora tardía aparece por la trinchera, como un fantasma, un hombrecillo; se desliza sigiloso detrás de los centinelas, les grita al oído «¡ataque de gas!» y cuenta los segundos que al centinela le lleva ponerse la mascarilla. Es el oficial encargado de la protección contra los gases. En plena noche, una vez más vuelve alguien a llamar a la puerta, hecha de tablas, de mi abrigo:

—Pero, hombre, ¿es que ya está usted durmiendo? ¡Fírmeme aquí enseguida un recibo por veinte caballos de Frisia y por seis marcos de madera para las galerías!

Es que han llegado los hombres que traen los materiales. Hay así, al menos en los días tranquilos, un constante ir y venir. Al desgraciado habitante de las galerías subterráneas este ajetreo acaba arrancándole el siguiente suspiro:

—¡Si al menos hubiese un poco de tiroteo! Así tendría uno al fin un poco de tranquilidad.

No cabe duda de que algunos proyectiles potentes, los llamados «bocados difíciles», contribuyen a levantar la moral. Entonces está uno con los suyos y queda liberado del molesto papeleo.

—Mi alférez, ¿me da permiso para que me vaya? ¡Es que dentro de una hora entro de servicio!

Los montículos de barro situados en la parte alta de la trinchera brillan allá fuera iluminados por los últimos rayos del sol. La trinchera se encuentra ya sumida en una espesa sombra. Pronto asciende la primera bengala luminosa y los centinelas nocturnos se dirigen a sus puestos.

Comienza el nuevo día para el soldado de las trincheras.

De la lucha cotidiana en las trincheras

Así era como transcurrían nuestras jornadas, con una regularidad fatigosa, interrumpida tan sólo por breves días de descanso que pasábamos en Douchy. También en la posición había, sin embargo, algunas horas hermosas. A menudo me hallaba sentado a la mesa de mi pequeño abrigo y experimentaba una sensación de agradable cobijo; las toscas paredes de madera, de las que colgaba el armamento, recordaban el Lejano Oeste. Allí bebía una taza de té, fumaba y leía, mientras mi ordenanza se hallaba ocupado con el diminuto hornillo, que llenaba la atmósfera con el aroma de las rebanadas de pan tostado. ¿Qué luchador de las trincheras no conoce este ambiente? Fuera, en el apostadero del centinela, resonaban unos pasos regulares, pesados, y se oían sus patadas contra el suelo; cuando los centinelas se cruzaban en la trinchera se escuchaba una frase monótona. Mi embotado oído casi no sentía ya el fuego de los fusiles, que jamás se extinguía, ni el breve golpe que sobre la tierra que me cubría daba un proyectil al caer, ni la bengala luminosa que con lentitud pasaba siseando junto a la abertura de la claraboya de ventilación y luego se extinguía. Más tarde sacaba de mi portaplanos mi libreta de apuntes y anotaba en pocas palabras los acontecimientos del día.

De este modo fue surgiendo con el paso del tiempo, como una parte de mi diario, una crónica concienzuda del Sector C, minúsculo pedacito del largo frente. En ese fragmento del frente teníamos nosotros nuestro hogar, en él conocíamos desde hacía mucho tiempo cada una de las zapas o ramales ciegos, donde habían crecido los hierbajos, así como cada uno de los abrigos derruidos. A nuestro alrededor reposaban, bajo montículos de barro, los cadáveres de camaradas caídos; en cada pie de terreno se había representado un drama, detrás de cada través acechaba día y noche la Fatalidad para atrapar de forma indiscriminada una víctima. Y, sin embargo, todos nosotros nos sentíamos fuertemente vinculados a nuestro sector, habíamos llegado a formar un único cuerpo con él. Lo reconocíamos cuando recorría como una banda negra el paisaje nevado, o cuando la vegetación salvaje y florida que lo envolvía lo llenaba al mediodía de unos aromas que aturdían, o cuando la palidez de la luna llena abrazaba como un espectro sus rincones oscuros, en los que chillonas bandadas de ratas se entregaban a su siniestra tarea. En los largos atardeceres de verano nos sentábamos alegres en sus banquetas de barro, mientras el aire tibio llevaba hacia el enemigo el ruido de golpeteos afanosos y el son de una canción de nuestra patria. Y cuando la Muerte azotaba las trincheras con su látigo de acero y de los derruidos taludes de barro brotaba una humareda lenta, saltábamos por encima de tablones y de alambradas rotas. Varias veces quiso asignarnos nuestro coronel un tramo más tranquilo de la posición defendida por nuestro regimiento; y siempre la compañía entera había suplicado como un solo hombre que se le permitiera continuar en el Sector C. Voy a ofrecer aquí un extracto de las observaciones que entonces puse por escrito en las noches de Monchy.

«7 de octubre de 1915. Al amanecer me encontraba al lado del centinela de mi pelotón, en el escalón de los tiradores cercano a nuestro abrigo; una bala de fusil le ha desgarrado la gorra, de delante a atrás, sin causarle la menor herida. A esa misma hora fueron heridos dos zapadores junto a las alambradas. Uno recibió un tiro de rebote que le atravesó ambas piernas; el otro, un balazo que le perforó la oreja.

»Durante la mañana el centinela del flanco izquierdo ha sido herido por un balazo que le ha atravesado las dos mejillas. La sangre salía a borbotones de la herida en gruesos chorros. Para que la desgracia fuera completa, hoy ha venido también a nuestro sector el alférez von Ewald; quería hacer unas fotos de la zapa N, que queda a sólo cincuenta metros de distancia de nuestra trinchera. Al darse la vuelta para bajarse del apostadero, un proyectil le destrozó la nuca. Murió en el acto. En el apostadero quedaron grandes trozos de hueso de su cráneo. Además, un hombre recibió en un hombro un balazo de poca gravedad.»

«19 de octubre. El enemigo ha bombardeado con granadas del calibre 150 la zona defendida por la sección central de nuestra compañía. La onda expansiva arrojó a un hombre contra uno de los palos del revestimiento de la trinchera. Ha sufrido graves lesiones internas; además, un casco de metralla le ha seccionado la arteria de un brazo.

»Mientras hacíamos mejoras en nuestra alambrada del flanco derecho hemos descubierto, en la niebla matinal, el cadáver de un francés que sin duda llevaba allí varios meses.

»Durante la noche fueron heridos dos de nuestros hombres mientras tendían alambradas. Gutschmidt recibió varias balas que le perforaron las dos manos; otra le atravesó un muslo; Schäfer, un tiro en la rodilla.»

«30 de octubre. Después de un intenso aguacero se derrumban por la noche todos los traveses; al mezclarse con el agua de la lluvia forman una pasta espesa que ha convertido la trinchera en un profundo barrizal. El único consuelo es que tampoco los ingleses han salido mejor librados, pues los veíamos sacar con todo ahínco agua de sus trincheras. Como estamos en una posición un poco más elevada que la suya, les hemos enviado toda el agua que a nosotros nos sobraba. También hemos hecho uso de los fusiles provistos de miras telescópicas.

»Los derrumbados taludes de la trinchera han dejado al descubierto un gran número de cadáveres procedentes de las luchas del pasado otoño.»

«9 de noviembre. Me hallaba delante del Fuerte Altenburg, al lado de Wiegmann, un hombre de la tercera reserva, cuando un proyectil llegado de muy lejos le ha perforado la bayoneta que llevaba colgada a la espalda y le ha producido una grave herida en la cadera. Las balas inglesas provistas de una punta que se astilla con facilidad son verdaderas "balas dumdum", es decir, balas explosivas.

»Por lo demás, la permanencia en esta pequeña obra de tierra que se halla oculta en medio del paisaje y en la cual me encuentro ahora con una subsección destacada de la compañía, ofrece mayor libertad de movimientos que la primera línea. Por el lado del frente una pequeña elevación nos proporciona cobertura; a nuestras espaldas el terreno va ascendiendo hasta llegar al bosque de Adinfer. A unos treinta pasos detrás de la obra se encuentra la letrina; para utilizarla es preciso adoptar la misma postura que si uno estuviese cabalgando. Desde el punto de vista táctico no está precisamente bien elegido el lugar. La letrina consiste en un tablón apoyado en dos soportes, por debajo del cual se ha abierto una larga zanja. Al soldado le agrada quedarse allí mucho rato, bien para leer el periódico, o bien para organizar sesiones conjuntas, a la manera de los canarios. Allí está la fuente de todo tipo de oscuros rumores que circulan por el frente y a los que se suele denominar “consignas de letrina”. Lo agradable del lugar queda ciertamente perturbado en este caso por el hecho de que, aunque no sea un sitio visible, puede ser batido, sin embargo, por fuego indirecto que pasa por encima de la ligera elevación que lo protege. Cuando pasan completamente a ras de la cima de esa elevación, los proyectiles atraviesan la depresión a la altura del pecho y entonces la única forma de estar seguro consiste en tirarse al suelo. Puede así ocurrir que uno tenga que tirarse al suelo dos o tres veces en el transcurso de una misma sesión, mejor o peor vestido, para dejar que le pase rozando por encima, como una escala musical, una serie de disparos de ametralladora. Esto da ocasión, como es natural, a toda clase de bromas.

»Entre las varias distracciones que ofrece este lugar se cuenta la caza de todo tipo de animales, especialmente las perdices, que en cantidades innumerables dan vida a los desolados campos. A falta de escopetas de perdigón nos vemos obligados a aproximarnos mucho a estos animales, que son poco tímidos y que nosotros denominamos —aspirantes a la cazuela¯, para conseguir así que la bala les acierte en la cabeza; de lo contrario, poca carne quedaría para el asado. De todos modos, es preciso evitar que el afán de la persecución nos haga salir de la hondonada en que nos encontramos, ya que entonces podemos ser batidos por el fuego de las trincheras enemigas.

»A la ratas las perseguimos aquí con cepos muy potentes. Es tanta, empero, la fuerza de esos animales, que intentan alejarse llevando consigo el hierro, en medio de un gran estrépito; cuando eso ocurre, salimos corriendo de los abrigos y les damos el golpe de gracia con una estaca. Incluso para atrapar a los ratones que nos roen el pan hemos inventado una forma especial de caza; consiste en cargar el fusil con

un cartucho del que hemos extraído toda la pólvora, excepto una pequeñísima cantidad; ese cartucho lleva, en vez de una bala, una bolita de papel.

»Para acabar con esto diré que, junto con otro suboficial, he inventado un tiro deportivo que está lleno de emoción, pero que no deja de ser peligroso. Cuando hay niebla recogemos los proyectiles grandes y pequeños que no han estallado y que a menudo son unos artefactos que pesan casi medio quintal; en esta zona no faltan. Luego los colocamos unos junto a otros a una cierta distancia, como si fueran bolos, y así, escondidos detrás de las aspilleras, disparamos contra ellos. Aquí, ciertamente, no necesitamos que nadie se encargue de cantar las dianas; cuando uno acierta un blanco, es decir, cuando una bala da en la espoleta de un proyectil, el blanco se canta espontáneamente a sí mismo con un estruendo horroroso, estruendo que se intensifica más aún cuando se logra hacer "carambola" , esto es, cuando la explosión se transmite a toda una serie de proyectiles no estallados.»

«14 de noviembre. Esta noche pasada he soñado que una bala me atravesaba la mano. Durante el día me he movido, por ello, con un poco de cuidado.»

«21 de noviembre. He llevado desde el Fuerte Altenburg hasta el Sector C a una sección de zapadores. Un soldado de la tercera reserva, Diener, se subió a un saliente del talud de la trinchera para echar una palada de tierra por encima del parapeto. Apenas había llegado arriba cuando una bala disparada desde una zapa enemiga le atravesó el cráneo en diagonal, arrojándolo muerto al suelo de la trinchera. Estaba casado y era padre de cuatro hijos. Largo tiempo estuvieron sus camaradas acechando detrás de las aspilleras para vengarse del mismo modo. Lloraban de rabia; parecían ver a un enemigo personal en el inglés que había disparado aquella bala mortal. »

«24 de noviembre. En nuestro sector un hombre de la compañía de ametralladoras ha recibido un grave balazo en la cabeza. Media hora más tarde un disparo de infantería le ha arrancado la mejilla a otro hombre, esta vez de nuestra compañía.»

El 29 de noviembre nuestro batallón marchó a pasar un período de quince días a Quéant, pueblo situado en la retaguardia de nuestra división que alcanzaría más tarde una reputación sangrienta. Nuestro batallón fue allí a hacer ejercicios de instrucción y a disfrutar de las ventajas de la retaguardia. Mientras estábamos en Quéant me llegó la noticia de mi ascenso a alférez; fui trasladado a la Segunda Compañía.

En Quéant y en las localidades vecinas los comandantes de las plazas nos invitaron con mucha frecuencia a participar en grandes francachelas. Logramos tener así una ligera noción del poder casi omnímodo que estos príncipes de aldea ejercían sobre sus subordinados y también sobre la población civil de aquellos pueblos. Nuestro jefe, un capitán de caballería, se llamaba a sí mismo «rey de Quéant»; cada noche, cuando se sentaba a la mesa, los comensales le saludaban alzando la mano derecha y gritando un estruendoso «¡Viva el Rey!». Aquel caprichoso monarca reinaba en la mesa hasta las primeras horas del día y castigaba con una ronda de cerveza cualquier infracción de las reglas del ceremonial y de las sumamente complicadas normas de bebida que había establecido. Como es natural, nosotros, los hombres del frente, que éramos allí unos novatos, lo pasábamos bastante mal. Al día siguiente, después de la comida del mediodía, veíamos cómo aquel hombre, casi siempre ligeramente achispado, salía en un *dog-cart,* una tartana tirada por caballos, a recorrer sus tierras y a rendir visita a los reyes vecinos. Durante ella se hacían abundantes ofrendas a Baco; de esta manera se preparaba dignamente nuestro hombre para la noche. A estas visitas las denominaba él «golpes de mano». En una ocasión tuvo una trifulca con el «rey de Inchy» y le declaró la guerra por mediación de un hombre de la policía montada de campaña. Después de varias acciones de guerra, en una de las cuales dos secciones del personal encargado de las cuadras tuvieron que bombardearse mutuamente con terrones de tierra desde dos pequeñas zanjas protegidas por alambradas, el rey de Inchy cometió la imprudencia de acudir a la cantina de Quéant para regalarse con cerveza de Baviera. Durante esa visita fue sorprendido en un lugar excusado y se le hizo prisionero. Tuvo que pagar de rescate un grueso tonel de cerveza. Así terminaron las ordalías de aquellos dos poderosos señores.

El 11 de diciembre me dirigí por caminos descubiertos hacia la primera línea para presentarme al alférez Wetje, que era el jefe de mi nueva compañía. Esta, la segunda, defendía el Sector C alternándose

con mi antigua compañía, la sexta. En el momento en que iba a saltar dentro de la trinchera me quedé horrorizado de los cambios sufridos por la posición durante nuestra ausencia de catorce días. Se había convertido en una hondonada gigantesca que estaba llena de barro y en la cual llevaba la guarnición una triste existencia chapoteante. Hundido en el barro hasta la cintura, pensé con melancolía en la mesa redonda del rey de Quéant. ¡Pobres de nosotros, los cerdos del frente! Casi todos los abrigos se habían hundido; las galerías estaban anegadas. Durante las semanas siguientes hubimos de trabajar sin tregua para lograr tener bajo nuestros pies un suelo un poco firme. Junto con los alféreces Wetje y Boje me alojé de manera provisional en una galería cuyo techo goteaba como una regadera, a pesar de que habíamos colocado bajo el techo una lona de tienda de campaña. Cada media hora los ordenanzas tenían que sacar el agua con cubos.

Cuando a la mañana siguiente, completamente empapado, salí de la galería, no podía dar crédito a lo que mis ojos contemplaban. Aquella zona, a la que hasta entonces había impreso su sello la soledad de la Muerte, tenía ahora la animación propia de una feria. A las guarniciones de las dos trincheras enfrentadas el barro las había empujado a saltar fuera de los parapetos, y ya se había iniciado a través de las alambradas un intenso tráfico e intercambio de bebidas, cigarrillos, botones de uniforme y otras cosas. La muchedumbre de figuras vestidas de caqui que afluía de las trincheras inglesas, tan desiertas hasta entonces, causaba un efecto desconcertante; eran como espectros que apareciesen en la clara luz de la mañana.

De repente salió del lado de allá un disparo que hizo que uno de nuestros hombres se derrumbase muerto sobre el barro. Ambos bandos desaparecieron entonces como topos en las trincheras. Me dirigí a la parte de nuestra posición que se hallaba frente a la zapa inglesa y a gritos comuniqué a los hombres del otro lado que quería hablar con un oficial. Algunos ingleses se dirigieron efectivamente hacia atrás y al poco tiempo trajeron consigo, desde su trinchera principal, a un hombre joven. Con mis prismáticos pude ver que solamente se diferenciaba de los demás en que su gorra era de mejor calidad. Al principio la conversación se desarrolló en inglés, y luego, un poco más fluidamente, en francés, mientras la tropa que nos rodeaba escuchaba con atención. Le recriminé que uno de nuestros hombres hubiera sido muerto por un disparo hecho con insidia. Él me respondió que no había sido su compañía, sino la de al lado, la que había cometido aquella perfidia.

Cuando algunas balas disparadas desde el sector vecino al nuestro fueron a dar cerca de su cabeza, dijo:

—*II y a cochons aussi chez vous!*

Al oír estas palabras me dispuse a ponerme a cubierto. Sin embargo, seguimos hablando de varios asuntos. La manera en que lo hacíamos expresaba un respeto casi deportivo por el otro, y al acabar nos habría gustado intercambiar algunos regalos como recuerdo.

Con el fin de que las cosas volvieran a quedar claras entre nosotros, nos declaramos solemnemente la guerra; comenzaría tres minutos después de que se interrumpieran las conversaciones. El me dijo: *«Guten Abend!», yo* le respondí: *«Au revoir!»,* y con gran pesar de mis hombres disparé un tiro contra su escudo de protección. A él siguió inmediatamente un tiro desde el otro lado, que a punto estuvo de arrancarme de las manos el fusil.

Por vez primera pude echar en esta ocasión un vistazo al terreno intermedio que se extendía delante de la zapa, ya que en otros momentos no podía uno enseñar, en un lugar tan peligroso como aquél, ni siquiera la punta de la gorra. Pude observar que junto a nuestra alambrada yacía un esqueleto cuyos blancos huesos resplandecían entre los jirones de un uniforme azul. Ese día pudimos comprobar, por las insignias de las gorras inglesas, que teníamos frente a nosotros el Regimiento Hindostan-Leicestershire.

Poco después de esta conversación lanzó nuestra artillería algunos proyectiles contra la posición enemiga; acto seguido vimos cómo la gente de allá transportaba por terreno descubierto cuatro camillas, sin que, con gran contento mío, nadie disparase un solo tiro desde nuestro lado.

En la guerra he aspirado siempre a contemplar sin odio al adversario, a apreciarlo como hombre de acuerdo con su valor. Me he esforzado en buscarlo en la lucha para matarlo y no he esperado de él otra

cosa. Pero nunca he pensado que fuera un ser vil. Cuando más tarde cayeron en mis manos prisioneros, me sentí responsable de su seguridad y procuré hacer por ellos todo lo que estaba a mi alcance.

El tiempo fue empeorando cada vez más a medida que se acercaban las Navidades; en la trinchera tuvimos que instalar bombas para achicar el agua. Durante este período dominado por el barro hubo también un aumento importante de nuestras bajas. Así, con fecha del 12 de diciembre encuentro en mi diario estas palabras:

«Hoy han sido enterrados en Douchy siete de nuestros hombres y han vuelto a morir por herida de bala otros dos». Y el 23 de diciembre, lo siguiente:

«El barro y la basura son cada vez mayores. Esta madrugada, a las tres, explotó como un trueno en la boca de mi abrigo una carga gigantesca. Tuve que poner a trabajar a tres hombres, que a duras penas conseguían sacar fuera el agua que penetraba como un torrente en el abrigo. Nuestra trinchera se anega sin remedio, el barro nos llega hasta el ombligo, es como para desesperarse. En el flanco derecho ha salido a la luz un muerto; por el momento lo único que se le ven son las piernas».

La Nochebuena la pasamos en la posición. Hundidos en el barro, entonamos canciones navideñas, que quedaron cubiertas, sin embargo, por el ruido de los disparos de las ametralladoras inglesas. El día de Navidad perdimos a un hombre del Tercer Sector; le dio en la cabeza una bala rebotada. Inmediatamente después intentaron los ingleses un acercamiento amistoso; colocaron en su parapeto un árbol de Navidad. Pero nuestros hombres, llenos de rabia, lo derribaron a tiros; los ingleses respondieron a su vez con granadas de fusil. De este modo tan poco grato transcurrió nuestra fiesta de Navidad.

El 28 de diciembre me hallaba de nuevo al mando del Fuerte Altenburg. Ese día un casco de metralla de una granada le arrancó un brazo a uno de mis mejores hombres, el fusilero Hohn. A otro, Heidötting, le hirió de gravedad en el muslo una de las muchas balas perdidas que merodeaban en torno a nuestro fortín situado en una depresión del terreno. También cayó mi fiel August Keller mientras se dirigía a Monchy para traerme la comida. El fue el primero de los muchos asistentes que tuve. Fue víctima de un *shrapnel,* que lo dejó tumbado en el suelo con la tráquea seccionada. Cuando se disponía a partir con la cacerola, le había dicho:

—Ve con cuidado, August, que no te sacudan un balazo por el camino.

—¡No se preocupe, mi alférez!

A poco me llamaron y lo encontré derribado en el suelo, casi junto a la entrada del abrigo; lanzaba estertores y, cada vez que inspiraba, el aire le penetraba en los pulmones por la herida del cuello. Hice que lo evacuaran; murió pocos días después en el hospital de sangre. Tanto en este caso como en otros muchos lo que me produjo un sentimiento especialmente doloroso fue el hecho de que el herido no pudiese hablar y mirase con ojos fijos y desconcertados, como si fuese un animal martirizado, a quienes trataban de ayudarlo.

Mucha sangre costó el camino que desde Monchy llevaba al Fuerte Altenburg. Corría ese camino a lo largo de la pendiente trasera de una ligera ondulación del terreno que distaría como unos quinientos pasos de nuestra primera línea. El adversario, que es muy posible que por medio de fotos aéreas hubiese comprobado que aquél era un camino muy transitado, se impuso la tarea de peinarlo a intervalos irregulares con fuego de ametralladora. A lo largo de aquel camino corría una zanja y se había dado orden rigurosa de utilizarla. Pese a ello, todo el mundo caminaba al descubierto por aquella amenazada zona, con la indiferencia habitual en el viejo soldado. Generalmente las cosas salían bien, pero el Destino arrebataba cada día a una o dos víctimas; a la larga esto acababa pesando. También en esta ocasión las balas perdidas procedentes de los cuatro puntos cardinales volvían a darse cita en la letrina, de manera que uno se veía forzado con frecuencia a salir huyendo de allí y quedar al descubierto, vestido a medias y agitando un periódico en la mano. Sin embargo, se dejó tranquilamente una instalación tan indispensable como aquélla en un lugar tan expuesto.

También el mes enero de 1916 fue un mes de trabajo agotador. Lo primero que cada pelotón hacía era sacar con palas, cubos y bombas el barro amontonado en la inmediata cercanía del abrigo; luego, tras haberse procurado un suelo firme bajo los pies, intentaba establecer contacto con los pelotones vecinos.

En el bosque de Adinfer, donde estaba emplazada nuestra artillería, había destacamentos de leñadores dedicados a despojar de sus ramas a los árboles jóvenes y a partirlas para sacar de ellas largos tablones. Se rebajaron en bisel los taludes de la trinchera y se los forró con un sólido recubrimiento de madera. También se construyeron numerosos agujeros para recoger el agua, así como drenajes y canalizaciones; de este modo conseguimos otra vez, poco a poco, unas condiciones soportables. Especialmente eficaces fueron los drenajes que se hicieron en la capa de barro, que era una buena conductora de agua. De esta manera los drenajes llevaban las aguas al estrato gredoso permeable.

El día 28 de enero de 1916 los fragmentos de un proyectil que estalló junto a su escudo protector hirieron en el vientre a un hombre de mi sección. El 30, otro hombre recibió un balazo en el muslo. Cuando el 1 de febrero nos relevaron, hubo un fuego intenso en los ramales de aproximación. Un *shrapnel* fue a caer a los pies del fusilero Junge, que había sido mi asistente en otro tiempo, cuando yo estaba en la Sexta Compañía; el proyectil no estalló, sino que ardió con una llamarada larga, parecida a la de un soplete. Hubo que llevárselo de allí con graves quemaduras.

También en estos días un suboficial de la Sexta Compañía al que yo conocía muy bien, y cuyo hermano había caído pocos días antes, recibió heridas mortales de una mina de balines que se había encontrado. Dicho suboficial había desenroscado la espoleta y, al notar que la pólvora verdosa que se derramó ardía con facilidad, introdujo en el orificio un cigarrillo encendido. Como es natural, la mina explotó y le causó más de cincuenta heridas. De esta manera y de otras parecidas teníamos muy a menudo bajas que se debían al negligente descuido que trae consigo el vivir en medio de materiales explosivos. Un vecino desagradable en este aspecto era el alférez Pook, que habitaba un solitario abrigo situado en la confusa maraña de zanjas detrás del flanco izquierdo. Había ido arrastrando hasta allí un sinnúmero de gigantescos proyectiles que no habían estallado al caer y se entretenía en desenroscar sus espoletas y en desmontar sus diversas piezas, como si fueran relojes pequeños. Siempre que yo tenía que pasar por ese lado trazaba un amplio círculo alrededor de aquella inquietante morada. También ocurrían con bastante frecuencia accidentes cuando los hombres se dedicaban a aplastar las bandas de conducción, hechas de cobre, de los proyectiles no estallados, para hacerse con ellas abrecartas o pulseras.

En la noche del 3 de febrero llegamos de nuevo a Monchy, tras un período agotador pasado en la posición. A la mañana siguiente estaba sentado en mi alojamiento, situado junto a la plaza de Emmich, en el estado de ánimo propio del primer día de descanso, y bebía tranquilamente mi café, cuando una granada monstruosa, preludio de un intenso bombardeo de la población, explotó exactamente junto a mi puerta y lanzó dentro de mi habitación las ventanas. De tres zancadas llegué al sótano, al que también habían acudido ya con celeridad pasmosa todos los demás habitantes de aquel edificio. Aquel sótano estaba construido de tal manera que no quedaba completamente por debajo del nivel del suelo; no lo estaba más que a medias, y sólo lo separaba del jardín una delgada pared. Por ello todo el mundo se apretujó en la angosta y corta boca de una galería que pocos días antes se había comenzado a excavar. Con el instinto propio de los animales, mi perro pastor se introdujo gimiendo entre los cuerpos allí apretujados hasta llegar al rincón más oscuro. A lo lejos se oía a intervalos regulares una serie de disparos sordos, a los que seguía, cuando uno había contado aproximadamente hasta treinta, el aullido silbante con que se aproximaban los pesados bloques de hierro; aquel aullido terminaba en unas explosiones fragorosas que envolvían nuestra pequeña casita. Siempre que aquello sucedía penetraba por las ventanas del sótano una desagradable bocanada de aire. Terrones de tierra y cascos de metralla caían con estruendo sobre el tejado, mientras en las cuadras resoplaban y piafaban nerviosos los animales. Además, el perro seguía gimiendo y un gordo músico que allí había se ponía a chillar como si le fueran a arrancar un diente cada vez que se acercaba aquel silbido.

Por fin pasó la tormenta y de nuevo pudimos atrevernos a salir al aire libre. La devastada calle del pueblo presentaba la misma estampa animada de agitación que un hormiguero alborotado. Mi alojamiento ofrecía un aspecto lamentable. Al lado mismo de la pared del sótano la tierra había quedado desgarrada por diversos sitios, los árboles frutales estaban partidos y en medio del zaguán de la casa yacía sarcástico un proyectil que no había estallado. La techumbre había sido agujereada de mala manera. Un gran trozo de metralla había desmochado por la mitad la chimenea. En la oficina de al lado algunos fragmentos de

metralla del tamaño de una mano habían perforado la pared, así como el gran armario de ropa, y habían destrozado los uniformes que allí estaban guardados para los permisos en casa.

El día 8 de febrero nuestro sector fue intensamente bombardeado. Ya a primera hora de la mañana nos envió nuestra propia artillería un proyectil que no estalló; cayó en el abrigo del pelotón de mi flanco izquierdo, aplastó la puerta y derribó el hornillo, causando una desagradable sorpresa en quienes allí habitaban. Este incidente, que no había ocasionado mayores daños, quedó reflejado en una caricatura en la que ocho hombres se apresuraban a salir a la vez por la destrozada puerta, saltando por encima del hornillo, mientras el proyectil no estallado guiñaba maliciosamente un ojo desde un rincón. Por la tarde nos hundieron otros tres abrigos; por fortuna, sólo un hombre fue ligeramente herido en la rodilla, ya que todo el mundo, excepto los centinelas, se había retirado a las galerías. Al día siguiente el fusilero Hartmann, que pertenecía a mi sección, fue alcanzado mortalmente en el costado por los disparos de una batería que hacía fuego desde el flanco.

Un accidente mortal, que el 25 de febrero nos arrebató a un camarada excelente, nos produjo una especial consternación. Poco antes de la hora del relevo recibí en mi abrigo la notificación de que en la galería de al lado había caído Karg, un voluntario. Acudí allí y, como tantas otras veces, me encontré un grupo en actitud seria junto a una figura inmóvil; ésta yacía con las manos crispadas sobre la nieve empapada de sangre y con ojos vidriosos miraba fijamente el cielo invernal en el que empezaba a oscurecer. ¡Otra víctima de la batería que nos disparaba desde el flanco! En el momento en que sonaron los primeros tiros Karg estaba en la trinchera e inmediatamente se había metido de un salto en la galería. Una granada había explotado en la parte alta del talud de enfrente; lo hizo con tan mala fortuna que lanzó un gran casco de metralla contra la boca de la galería, la cual se hallaba en realidad completamente a cubierto. Karg, que se consideraba ya a salvo, fue alcanzado en la nuca; encontró una muerte rápida, inesperada.

En aquellos días se mostró muy activa la batería que nos enfilaba de flanco. Más o menos a intervalos de hora disparaba por sorpresa una única salva, que con su metralla barría la trinchera. Durante los seis días del 3 al 8 de febrero nos causó tres muertos, tres heridos graves y cuatro heridos leves. Aquella boca de fuego se hallaba emplazada a lo sumo a unos quinientos metros de nosotros, en la pendiente de una loma situada en nuestro flanco izquierdo; a nuestra artillería le resultó imposible, sin embargo, hacerla callar. Por ello intentamos que su eficacia quedase reducida a elementos de trinchera lo más pequeños posible; con este fin aumentamos y elevamos los traveses y con cortinas construidas con paja o pedazos de uniformes tapamos los lugares que podían ser vistos desde lo alto. También reforzamos con vigas de madera o planchas de hormigón los apostaderos de los centinelas. Con todo, la mucha gente que por allí pasaba favorecía el propósito de los ingleses de «cazar» acá y allá a alguien sin que ello les supusiera un dispendio especial de munición.

A comienzos de marzo habíamos dejado ya a nuestras espaldas lo peor. El tiempo se volvió seco y la trinchera estaba limpiamente revestida de madera. Todas la noches me sentaba a mi pequeño escritorio en mi abrigo y me dedicaba a leer, o bien charlaba cuando tenía visita. Contando al capitán de la compañía éramos cuatro los oficiales que allí estábamos; llevábamos una vida de mucha camaradería. Todos los días tomábamos café o cenábamos juntos en el abrigo de uno u otro; a menudo nos bebíamos una o varias botellas de vino, fumábamos y jugábamos a las cartas. A ello se agregaban unas charlas que eran propias de lansquenetes. Cuando las cosas venían bien dadas, había arenques con patatas cocidas sin pelar y manteca de cerdo: una comida sabrosísima. Estas horas agradables compensan en el recuerdo muchas jornadas de sangre, suciedad y trabajo. Pero sólo fueron posibles en este largo período de la guerra de posiciones, durante el cual se estableció entre todos nosotros una sólida convivencia y casi llegamos a adquirir hábitos propios de los tiempos de paz. Lo que principalmente nos enorgullecía era nuestra actividad constructiva; la gente de la retaguardia se entrometía poco en ella. Trabajando sin tregua fuimos construyendo unas junto a otras, en aquel barroso suelo de greda, galerías de hasta treinta escalones de profundidad, y luego las unimos mediante pasillos transversales, de modo que podíamos llegar muy cómodamente desde el ala derecha hasta el ala izquierda de nuestra sección caminando a mucha profundidad por debajo del nivel del suelo. Mi obra predilecta fue un pasillo entre galerías, un pasillo de sesenta pies de largo que llevaba desde mi abrigo hasta el abrigo del capitán de la compañía. A derecha e

izquierda de aquel pasillo salían, como de un corredor subterráneo, aposentos que servían para guardar la munición o para habitarlos. Esta instalación resultó muy valiosa durante los combates que vinieron más tarde.

Cuando, después de haber tomado el café mañanero —por entonces llegaba incluso hasta allí delante, de modo regular, el periódico— y recién lavados, nos encontrábamos en la trinchera llevando cada uno en la mano un metro plegable, comparábamos los progresos realizados en nuestros sectores respectivos; la conversación giraba en torno a los marcos de las galerías, los abrigos modélicos, los ritmos de trabajo y temas similares. Un tema preferido de conversación era la construcción de mi «canasta de ropa sucia», un pequeño habitáculo parecido a un camarote para dormir, que, partiendo del citado pasillo subterráneo de comunicación, penetraría en la seca greda; era una especie de madriguera en donde uno habría podido pasar entregado a sus sueños incluso el fin del mundo. Para construir el colchón me había reservado una fina malla de alambre y, para el revestimiento de las paredes, telas especiales de sacos terreros.

El 1 de marzo me hallaba detrás de una lona de tienda de campaña con Ikmann, un hombre de la primera reserva que moriría poco después, cuando hizo explosión junto a nosotros un proyectil. Los cascos de metralla barrieron el espacio que nos rodeaba, pero no nos dieron. Más tarde, revisando aquello, vimos que numerosos fragmentos de hierro de una longitud y un filo espantosos habían cortado la lona. A aquellos artefactos los llamábamos «matracas» o «carcasas», pues lo único que de ellos se oía eran los silbidos producidos por una nube de metralla que de repente nos envolvía.

El 14 de marzo una granada del calibre 150 dio de lleno en el sector que quedaba a nuestra derecha, hirió de gravedad a tres hombres y mató a otros tres. Uno de ellos desapareció sin dejar rastro, otro quedó enteramente calcinado. El día 18 el centinela apostado delante de mi abrigo fue alcanzado por un casco de metralla que le destrozó la mejilla y le arrancó el lóbulo de una oreja. El 19 fue gravemente herido de un tiro en la cabeza el fusilero Schmidt II, que se encontraba en el flanco izquierdo. El 23 falleció a la derecha de mi abrigo, también de un tiro en la cabeza, el fusilero Lohmann. En la noche de ese mismo día un centinela me informó de que junto a la alambrada había una patrulla enemiga. Salí de la trinchera con algunos hombres, pero no pude descubrir nada.

El 7 de abril, en el flanco izquierdo, el fusilero Kramer fue herido en la cabeza por los cascos de una bala de fusil. Esta clase de herida era muy frecuente y se debía a que la munición inglesa se fraccionaba al menor choque. Por la tarde fueron bombardeados durante varias horas, con granadas de grueso calibre, los alrededores de mi abrigo. La claraboya de ventilación quedó hecha añicos; cada vez que estallaba un proyectil, por aquel orificio penetraba volando una granizada de barro seco. Esto no consiguió perturbar, sin embargo, la operación de tomar café, a la que estábamos entregados en aquellos momentos.

Más tarde sostuvimos un duelo con un inglés que era de una temeridad loca. Asomaba la cabeza por encima de una trinchera que estaría situada a lo sumo a cien pasos de la nuestra y desde allí nos rociaba con una serie de disparos muy precisos que se colaban por nuestras aspilleras. Respondí al fuego con algunos de mis hombres, pero muy poco después una bala disparada con todo tino dio en el borde de nuestra aspillera; aquella bala nos llenó de arena los ojos y uno de sus fragmentos me produjo en el cuello una herida insignificante. No cejamos, sin embargo, sino que nos asomábamos, apuntábamos brevemente y volvíamos a desaparecer. Inmediatamente después reventó un proyectil contra el fusil del soldado Storch, que fue herido en el rostro al menos por cinco cascos de metralla; su cara sangraba por varios sitios. El disparo siguiente arrancó un pedazo del borde de nuestra aspillera; otro disparo rompió el espejo con que observábamos, pero tuvimos la satisfacción de que nuestro adversario desapareciese sin dejar rastro después de que algunos de nuestros proyectiles diesen exactamente en la banqueta de barro situada delante de su rostro. Inmediatamente después disparé tres balas de alma de acero contra el escudo protector tras el que aquella furia había aparecido una y otra vez, y lo derribé.

El 9 de abril dos aviones ingleses sobrevolaron repetidas veces a baja altura nuestras posiciones. Toda la guarnición se lanzó fuera de los abrigos y empezó a disparar al aire como si le hubiese dado un ataque de locura. Le dije al alférez Sievers:

—¡Ojalá que no alertemos a la batería del flanco!

Acababa de decirle estas palabras cuando ya teníamos pedazos de acero volando alrededor de nuestras orejas. De un salto nos metimos en la galería más próxima. Sievers se hallaba de pie junto a la entrada; le estaba aconsejando que se metiera más adentro, y ¡zas!, un pedazo de metralla grande como la palma de la mano y todavía humeante cayó en el húmedo barro a sus pies. Como complemento recibimos algunas minas de *shrapnel, cuyos* negros balines se fraccionaban con gran virulencia por encima de nuestras cabezas. A un soldado le hirió en el hombro un pedazo de metralla apenas mayor que la cabeza de un alfiler y que, sin embargo, le produjo unos dolores terribles. En respuesta coloqué a los ingleses en su trinchera unas cuantas «piñas», es decir, unas minas arrojadizas de cinco libras de peso, semejantes por su forma a los sabrosos frutos del mismo nombre. Era un acuerdo tácito de la infantería el limitarse al fusil; a la utilización de materiales explosivos se replicaba lanzando doble cantidad contra quien había hecho uso de ellos primero. Por desgracia, casi siempre nuestro adversario disponía de tal abundancia de proyectiles que era él el que resistía más tiempo.

Para reponernos de estos sustos estuvimos bebiendo en el abrigo de Sievers algunas botellas de vino tinto. Me levantaron tanto la moral, sin que yo me diese cuenta, que volví a mi alojamiento paseando por terreno descubierto, aunque era noche de luna clara. Pronto perdí la orientación y caí dentro de un embudo gigantesco abierto por una mina; desde allí oía cómo los ingleses trabajaban en la cercana trinchera enemiga. Turbé su calma arrojándoles dos granadas de mano y me replegué con toda celeridad hacia nuestra trinchera; al hacerlo, todavía me clavé en la mano la púa colocada hacia arriba de uno de nuestros hermosos cepos. Estos consistían en cuatro afilados pinchos de hierro colocados de tal manera que uno de ellos quedaba siempre en posición vertical. Los colocábamos en los pasillos que la gente empleaba para penetrar furtivamente.

En general hubo durante estos días una actividad muy intensa delante de las alambradas, actividad que no carecía a veces de un cierto humor sangriento. Así, un día ocurrió que un hombre de una de nuestras patrullas fue tiroteado por sus propios camaradas porque era tartamudo y fue incapaz de pronunciar con la rapidez requerida el santo y seña. En otra ocasión un soldado que había estado de fiesta hasta la medianoche en la cocina de Monchy saltó sobre la alambrada y abrió fuego de fusil contra nuestra propia línea. Cuando se le acabó la munición, lo trajimos y a golpes le dejamos el cuerpo morado.

El preludio de la Batalla del Somme

A mediados de abril de 1916 se me ordenó que acudiese a Croisilles, pueblo situado en la retaguardia del frente defendido por nuestra división, para participar en un cursillo de perfeccionamiento; lo iba a dirigir el general Sontag, que mandaba la división. En aquel cursillo nos impartieron enseñanzas teóricas y prácticas de varias materias militares especiales. Muy atractivos fueron, sobre todo, los ejercicios tácticos de caballería. Los dirigía el comandante von Jarotzky, un rechoncho y bajito oficial de Estado Mayor; a menudo se acaloraba mucho cuando estaba de servicio, por lo que le pusimos el nombre de «hornillo automático». También hicimos frecuentes excursiones y visitas a las instalaciones de la retaguardia, que en la mayoría de los casos parecían haber brotado del suelo como por arte de magia. A nosotros, que estábamos habituados a mirar por encima del hombro todo lo que quedase detrás de la primera línea, aquellas visitas nos dieron una idea del inmenso trabajo que se ejecutaba a la espalda de las tropas combatientes. Así, en Boyelles visitamos el matadero, el depósito de víveres y el parque de reparaciones de la artillería; en el bosque de Bourbon, el aserradero y el parque de ingenieros; en Inchy, la vaquería, el criadero de cerdos y el campo de recuperación de desechos de animales; en Quéant, el campo de aviación y la panadería. Los domingos acudíamos a las ciudades de Cambrai, Douai y Valenciennes, que quedaban cerca, «para ver otra vez mujeres con sombrero».

No estaría bien que yo silenciase, en este libro que expone tantas cosas cruentas, una aventura en la que desempeñé un papel bastante cómico. El invierno anterior, mientras nuestro batallón era huésped del rey de Quéant, me tocó hacer por vez primera, en mi calidad de joven oficial, una ronda de inspección de los puestos de vigilancia. A la salida de Quéant me extravié; entré entonces en una casita pequeña y aislada que allí se encontraba para preguntar por el camino que conducía a un pequeño puesto de guardia situado en la estación del ferrocarril. Me encontré con que la única persona que habitaba aquella casita era una muchacha de 16 años llamada Jeanne; su padre había fallecido hacía poco y ahora ella vivía sola allí. Me proporcionó la información que le pedí y luego se rió. Al preguntarle yo el motivo de su risa, dijo:

—*Vous éter bien jeune, je voudrais avoir votre devenir.*

En razón del espíritu belicoso que en tales palabras se traslucía di entonces a aquella muchacha el nombre de Jeanne d'Arc; durante el período de lucha en las trincheras que a continuación vino me acordé más de una vez de aquella casita solitaria.

Mientras estaba en Croisilles sentí una noche el deseo de hacer una excursión a caballo hasta aquella casita. Hice ensillar, y pronto dejé a mis espaldas el pueblo. Era una noche de mayo que parecía hecha a propósito para un paseo ecuestre como aquél. El trébol formaba gruesos cojines de color rojo oscuro en los prados, que estaban rodeados por setos de majuelos; en las entradas de las aldeas ardían en la oscuridad los gigantescos candelabros de los castaños en flor. Crucé a caballo Bullecourt y Ecoust sin presentir que dos años más tarde, en medio de un paisaje enteramente cambiado, me lanzaría al asalto contra las espantosas ruinas de aquellas aldeas que ahora reposaban tan pacíficas en la noche, entre estanques y colinas. Unos cuantos civiles estaban descargando todavía a aquella hora bombonas de gas en la pequeña estación de ferrocarril que yo había inspeccionado en otro tiempo. Los saludé y luego estuve un rato mirándolos. Pronto apareció ante mí la casita, con su tejado de color rojo salpicado de redondas manchas de musgo. Llamé a los postigos de la ventana, que ya estaban cerrados:

—*Qui est là?*

—*Bon soir, Jeanne d'Arc!*

—*Ah, bon soir, mon petit officier Gibraltar!*

Me recibió con la amabilidad que yo había esperado. Até mi caballo, entré en la casa y compartí su cena: huevos, pan blanco y mantequilla. Esta última estaba colocada, muy apetitosa, sobre una hoja de col. En tales circunstancias uno no se hace de rogar mucho tiempo, sino que se sirve enseguida.

Hasta aquí todo habría marchado muy bien si no hubiera sido porque luego, al salir fuera, un miembro de la policía militar de campaña me enfocó con su linterna de bolsillo y me pidió la documentación. Mi conversación con los civiles, la atención con que había estado mirando las bombonas de gas, mi figura desconocida en aquella región poco guarnecida, todo ello había hecho sospechar que yo realizaba tareas de espionaje. Naturalmente, había olvidado mi cartilla militar y tuve que dejarme conducir ante el rey de Quéant. Este se hallaba todavía sentado, como de costumbre, a la mesa redonda.

Allí la gente era comprensiva con aventuras de aquel género. Se comprobó mi identidad y fui amigablemente recibido en el grupo. En esta ocasión aquel «rey» se me apareció a una luz distinta; era ya muy tarde y estaba contando historias acerca de las selvas tropicales, donde había dirigido durante mucho tiempo la construcción de un ferrocarril.

El 16 de junio el general Sontag nos reenvió a nuestras unidades después de una breve arenga. De ella pudimos colegir que el enemigo estaba preparando una gran ofensiva en el frente occidental; el ala izquierda de esa ofensiva se hallaría aproximadamente frente a la posición ocupada por nosotros. Era la Batalla del Somme, que proyectaba ya sus sombras. Con ella terminaría el primer período de la guerra, el más sencillo; entrábamos ahora, por así decirlo, en una nueva guerra. Aunque ciertamente nosotros no lo sospechamos, lo que hasta aquel momento habíamos vivido había sido el intento de ganar la guerra por medio de batallas campales al viejo estilo, así como el fracaso de ese intento, que quedó varado en la guerra de posiciones. Ahora se alzaba ante nosotros la guerra de material, con su gigantesco despliegue de medios. Y a finales del año 1917 la guerra de material sería sustituida por la batalla mecánica, cuya imagen no llegó, sin embargo, a desarrollarse por completo.

Que algo tenía que estar tramándose lo vimos claro también nosotros cuando nos reincorporamos a nuestro regimiento, pues los camaradas nos hablaron de la creciente agitación que en el campo de enfrente se notaba. Por dos veces había intentado una patrulla inglesa dar un golpe de fuerza en el Sector C, aunque sin éxito. Nos habíamos vengado con un ataque muy bien planeado contra el denominado «Triángulo de las Trincheras»; lo llevaron a cabo tres patrullas de oficiales y en él cogimos algunos prisioneros. Durante mi ausencia, un balín de *shrapnel* hirió a Wetje en un brazo, pero poco después de mi llegada volvió a tomar el mando de la compañía. También el abrigo que yo ocupaba había sufrido cambios en el intervalo. Un proyectil había dado de lleno en él reduciéndolo a la mitad y, en uno de los mencionados ataques por sorpresa de los ingleses, éstos lo habían limpiado arrojando dentro granadas de mano. Con mucho esfuerzo, mi sustituto había logrado salir fuera por el orificio de la claraboya de ventilación, pero su ordenanza había muerto. La sangre derramada podía verse aún en unas manchas marrones que había en las tablas de revestimiento de las paredes.

El 20 de junio se me ordenó que fuera a echar un vistazo a la trinchera enemiga, para comprobar si nuestro adversario estaba realizando labores de minado. Acompañado por Wohlgemut, sargento aspirante a oficial, Schmidt, cabo, y Parthenfelder, soldado raso, sobre la media noche franqueé, escalándolas, nuestras alambradas, que eran bastante altas. El primer tramo lo recorrimos agachados; luego fuimos avanzando a rastras, todos juntos, por el terreno situado delante de la trinchera enemiga, que estaba cubierto por una espesa vegetación. En aquellos momentos, mientras iba deslizándome sobre el vientre por entre la hierba cubierta de rocío y la maleza de los cardos, esforzándome con mucho miedo en evitar cualquier ruido, pues a cincuenta pasos delante de nosotros se destacaba en la oscuridad, como una franja negra, la trinchera enemiga, me vinieron a la mente recuerdos de las obras de Karl May, que había leído cuando estudiaba tercero de bachillerato. Una ráfaga disparada por una ametralladora lejana descendió casi verticalmente sobre nosotros, crepitando. De vez en cuando se elevaba una bengala luminosa y esparcía su luz fría sobre aquel inhóspito rincón de la tierra.

En un determinado momento se escuchó a nuestras espaldas un fuerte rumor. Dos sombras se deslizaban a toda prisa entre las trincheras. Mientras nos preparábamos a lanzarnos sobre ellas, desaparecieron sin dejar rastro. Inmediatamente después, el trueno de granadas de mano que explotaban

en la trinchera inglesa nos hizo comprender que se nos habían cruzado en el camino hombres nuestros. Seguimos arrastrándonos con lentitud hacia delante.

De repente la mano crispada del sargento aspirante a oficial me agarró el brazo.

—Atención a la derecha, muy cerca. ¡No hacer ruido, no hacer ruido!

Inmediatamente después oí por nuestra derecha, a diez pasos, numerosos crujidos en la hierba. Nos habíamos desviado de la dirección que llevábamos y habíamos ido arrastrándonos a lo largo de la alambrada inglesa. Era probable que el enemigo nos hubiera oído y viniese ahora desde su trinchera a explorar el terreno.

Instantes como éstos en una patrulla nocturna son inolvidables. Ojos y oídos se tensan al máximo; el cada vez más cercano crujido de unos pies extraños que caminan sobre la alta hierba adquiere una intensidad amenazadora y fatídica; la respiración se hace entrecortada y uno ha de esforzarse en reprimir las dolorosas contracciones del jadeo; el seguro de la pistola salta hacia atrás con un leve chasquido y ese sonido atraviesa los nervios como un cuchillo; los dientes rechinan al morder la mecha de la granada de mano. Breve y mortífero será el choque. Uno tiembla entre dos sensaciones dolorosas: la acrecentada excitación del cazador y la angustia de la pieza de caza. Uno es un mundo para sí, empapado de la atmósfera oscura y terrible que sobre el yermo terreno gravita.

Muy cerca de donde estábamos fueron apareciendo varias figuras borrosas; traídos por el aire, sus cuchicheos llegaban hasta nosotros. Volvimos la cabeza hacia aquellas figuras; oí cómo el bávaro Parthenfelder mordía la hoja de su puñal.

Aquellas figuras dieron todavía unos pasos más hacia nosotros, pero luego se pusieron a trabajar en la alambrada; no habían notado nuestra presencia. Muy lentamente comenzamos a arrastrarnos hacia atrás, sin perderlas de vista un solo momento. La Muerte, que se había alzado, expectante al máximo, entre los dos bandos, se alejó de allí malhumorada. Pasado algún tiempo nos levantamos y continuamos caminando de pie hasta que llegamos sanos y salvos a nuestro sector.

El buen resultado de esta incursión nos llenó de entusiasmo y nos hizo concebir la idea de coger a un prisionero; decidimos volver a salir a la noche siguiente. Para prepararme, la tarde de aquel día me eché a descansar un rato; apenas lo había hecho me sobresaltó un estampido, semejante a un trueno, que se oyó cerca de mi abrigo. Los ingleses nos enviaban minas esféricas. Aunque al ser disparadas producían escaso ruido, eran de tal peso que los cascos de su metralla arrancaban limpiamente los postes, gruesos como troncos, del revestimiento de la trinchera. Lanzando maldiciones me bajé de mi *coucher y* me dirigí a la trinchera. Una vez fuera, al ver cómo iniciaba su trayectoria curva una de aquellas bolas negras provistas de un mango, me abalancé hacia la galería más próxima gritando:

—¡Una mina por la izquierda!

Durante las semanas siguientes el enemigo nos obsequió tan abundantemente con minas de todos los tamaños y de todos los tipos que acabamos adquiriendo la costumbre de llevar un ojo puesto en el aire y el otro en la boca de la galería más próxima, siempre que caminábamos por la trinchera.

Por la noche volví, pues, a deslizarme sigilosamente entre las trincheras con mis tres acompañantes. Fuimos arrastrándonos sobre los codos y sobre las puntas de los pies, como si fuéramos focas, hasta llegar muy cerca de la alambrada inglesa. Allí nos escondimos detrás de unas solitarias matas de hierba. Poco después aparecieron unos ingleses que arrastraban un rollo de alambre de espinos. Se pararon exactamente delante de nosotros, dejaron el rollo en el suelo y se pusieron a cortar el alambre con una cizaya; mientras lo hacían cuchicheaban entre ellos. Reptando nos juntamos y sostuvimos en voz muy baja esta apresurada conversación:

—Ahora, una granada en medio de donde están, ¡y a por ellos!

—Pero, hombre, ¡si son cuatro!

—¡Estás cagao de miedo!

—¡No digas tonterías!

—¡Más bajo, más bajo!

Mi advertencia llegó demasiado tarde; cuando levanté la vista los ingleses se escurrían como topos por debajo de su alambrada y desaparecían en su trinchera. El ambiente se hizo entonces sofocante. Me producía un sabor amargo en la boca el mero pensar lo siguiente: «Enseguida pondrán en posición de disparo una ametralladora». También los otros abrigaban temores parecidos. Nos deslizamos hacia atrás sobre el vientre, produciendo un gran estruendo con las armas que llevábamos. La trinchera inglesa comenzó a animarse. Correteos, susurros, idas y venidas. Psss..., una bengala de iluminación. A nuestro alrededor se hizo una claridad como de pleno día, mientras nos esforzábamos en esconder nuestras cabezas en las matas de hierba. Otra bengala. Momentos angustiosos. Uno desearía que la tierra se lo tragase y preferiría estar en cualquier otro lugar antes que a diez metros de los centinelas enemigos. Otra bengala más. ¡Pac! ¡Pac! La inconfundible detonación seca, ensordecedora, de disparos de fusil hechos a muy corta distancia.

—¡Ah! ¡Nos han descubierto!

Sin adoptar más precauciones nos animamos en voz alta a escapar de allí para salvar la vida. De un salto nos levantamos y nos precipitamos hacia nuestra posición en medio de una ruidosa lluvia de balas. Tropecé a las pocas zancadas y caí dentro de un embudo pequeño y poco profundo abierto por una granada, mientras los otros tres me daban por muerto y pasaban corriendo a mi lado a toda velocidad. Me apreté con fuerza contra el suelo, encogí cabeza y piernas y dejé que las balas pasasen por encima de mí barriendo la alta hierba. Tan molestas como las balas eran las incandescentes bolas de magnesio de las bengalas luminosas que descendían, unas bolas que en parte terminaban de quemarse muy cerca de mí y que yo intentaba alejar con la gorra. Poco a poco el tiroteo fue haciéndose más débil. Dejé pasar otro cuarto de hora y entonces abandoné mi refugio, con lentitud al principio, y luego lo más deprisa que me permitieron mis manos y mis pies. Entretanto la luna había desaparecido; pronto perdí por completo la orientación y no sabía dónde quedaban ni el lado inglés ni el lado alemán. Ni siquiera se destacaban en el horizonte las características ruinas del molino de Monchy. A veces pasaban a ras del suelo, con una precisión angustiosa, balas disparadas desde uno y otro lado. Acabé echándome en la hierba y resolví aguardar a que amaneciera. De repente sonó cerca de mí un cuchicheo. Otra vez me dispuse a combatir; como hombre precavido, lo primero que hice fue emitir una serie de sonidos naturales de los que era imposible colegir si yo era un alemán o un inglés. Decidí responder con una granada de mano a las primeras palabras que alguien pronunciase en inglés. Con alegría comprobé que tenía ante mí a hombres nuestros; en aquel momento se disponían a quitarse los cinturones para retirar sobre ellos mi cadáver. Estuvimos sentados juntos algún tiempo en un embudo, contentos por aquel reencuentro feliz. Luego volvimos a nuestra trinchera, a la que llegamos después de haber estado ausentes de ella tres horas.

A las cinco de la madrugada me tocaba otra vez entrar de servicio en la trinchera. En la zona ocupada por la Tercera Sección encontré al sargento Hock delante de su abrigo. Le dije que me sorprendía verlo allí a hora tan temprana y me contó entonces que andaba al acecho de una gran rata que con sus chillidos y correrías no le dejaba pegar ojo por las noches. Mientras hablaba, observaba con atención su abrigo, que era ridículamente pequeño y al que había bautizado con el nombre de «Villa Pollita».

Mientras estábamos allí juntos de pie, oímos un disparo sordo, que no tenía, sin embargo, ningún significado especial. Hock, que el día anterior había estado a punto de ser aplastado por una mina esférica y que por ello tenía mucho miedo, salió como un rayo hacia la entrada de la galería más próxima, pero con las prisas bajó los quince primeros escalones con el trasero y empleó los quince últimos en dar tres vueltas de campana. Yo estaba arriba junto a la entrada; la risa me hizo olvidar la mina y la galería cuando oí a la pobre víctima lamentarse de aquella dolorosa interrupción de una cacería de ratas, mientras con cuidado se frotaba distintas partes del cuerpo e intentaba enderezar uno de sus pulgares, que se había dislocado. El infeliz me confesó también que el día anterior estaba sentado cenando cuando una mina le dio tal susto que lo hizo ponerse de pie. Para empezar, toda su comida quedó llena de arena; y luego, él había caído escaleras abajo, haciéndose mucho daño. Había llegado de su casa poco antes y aún no se había habituado a la rudeza de nuestra forma de vida.

Tras este incidente volví a mi abrigo, pero estaba claro que tampoco aquel día iba a encontrar el sueño reparador. Desde muy temprano, y a intervalos cada vez más cortos, el enemigo bombardeó con minas nuestra trinchera. Hacia el mediodía me harté de aquello. Ayudado por algunos de mis hombres puse en

batería nuestro lanzaminas Lanz y abrí fuego contra la trinchera enemiga — una réplica muy débil, ciertamente, a los numerosos proyectiles de grueso calibre con que ellos nos rastrillaban. Bañados en sudor, permanecíamos agachados sobre el barro recalentado por el sol de junio de una pequeña depresión del terreno y desde allí enviábamos mina tras mina al otro lado.

Como parecía que aquello no causaba la menor molestia a los ingleses me dirigí con Wetje al teléfono y, tras madura reflexión, cursamos la siguiente petición de ayuda: «Helena escupe en nuestra trinchera únicamente mendrugos gruesos. ¡Necesitamos patatas, grandes y chicas!». Solíamos emplear esta jerigonza cuando se corría peligro de que el adversario captara nuestros mensajes. Muy poco después nos llegó del teniente Deichmann la consoladora respuesta de que el gordo brigada de bigotes estirados vendría en seguida hacia delante con algunos muchachos. Inmediatamente después cayó zumbando en la trinchera enemiga nuestra primera mina de un quintal de peso; explotó con un estruendo nunca antes oído y fue seguida por algunas andanadas de la artillería de campaña. Así tuvimos calma para el resto del día.

Pero a la mañana siguiente comenzó de nuevo el baile, y esta vez con una violencia mucho mayor. Al oír el primer disparo me dirigí por el pasadizo subterráneo a nuestra segunda trinchera y desde ella fui al ramal de aproximación donde teníamos instalado nuestro lanzaminas. Abrimos fuego y procedimos con el siguiente método: por cada mina esférica que a nosotros nos llegaba les disparábamos a ellos una mina Lanz. Tras haber intercambiado unas cuarenta minas, el director de tiro enemigo pareció empezar a dirigir sus disparos personalmente contra nosotros. Pronto nos cayeron cerca, a derecha e izquierda, algunos proyectiles, pero no fueron capaces de interrumpir nuestra actividad, hasta que vimos cómo uno de ellos se dirigía directamente hacia nosotros. En el último momento accionamos todavía el disparador de nuestro lanzaminas y salimos corriendo lo más deprisa que pudimos. Acababa de llegar a una zanja encenegada, que estaba defendida por una alambrada, cuando aquel monstruo reventó justo detrás de mí. La violenta onda expansiva me lanzó por encima del rollo de alambre de espinos y fui a parar a un agujero abierto por una granada, que estaba lleno de cieno verdoso, al tiempo que sobre mí caía con gran estrépito una granizada de duras pellas de barro. Me levanté maltrecho y medio aturdido. La alambrada de espinos me había desgarrado los pantalones y las botas. Cara, manos y uniforme estaban cubiertos de barro pegajoso y la rodilla sangraba por un largo rasguño. Bastante abatido, me deslicé por la trinchera hasta mi abrigo y me metí en él para descansar.

Fuera de esto, las minas no habían causado grandes daños. La trinchera había quedado destruida en algunos sitios, uno de nuestros lanzaminas Priester estaba destrozado y a Villa Pollita le había dado el golpe de gracia un proyectil que había acertado de lleno en ella. Su infeliz propietario estaba ya abajo en la galería; de no haber sido así, en esta ocasión habría caído escaleras abajo por tercera vez.

El tiroteo continuó durante toda la tarde. No se interrumpió un solo momento, y, hacia el atardecer, un sinnúmero de minas cilíndricas lo incrementó hasta convertirlo en un verdadero tiro de tambor. «Minas de cesto de ropa» llamábamos nosotros a aquellos proyectiles en forma de cilindro, pues a veces se tenía la impresión de que los arrojaban desde el cielo con cestos. El mejor modo de hacerse una idea de la forma que tenían aquellas minas es imaginarse un rollo de fideos provisto de dos asas cortas. Las disparaban con unas bocas de fuego especiales, semejantes a revólveres, e iban dando volteretas por el aire con un sordo murmullo. Vistas desde cierta distancia parecían salchichones. Se sucedían con tanta rapidez que sus explosiones recordaban la quema de una traca de cohetes. El efecto de las minas esféricas era como un martillazo; en cambio estas otras, las cilíndricas, producían en los nervios un efecto de desgarramiento. Tensos y expectantes estábamos sentados en la entrada de la galería, dispuestos a recibir a cualquier intruso con un saludo consistente en disparos de fusil y granadas de mano. Pero el tiro de tambor volvió a calmarse al cabo de media hora. Por la noche tuvimos aún que soportar dos ataques por sorpresa de fuego de artillería; durante ellos nuestros centinelas, inquebrantables, permanecieron de guardia en sus puestos. Tan pronto como el fuego decrecía, numerosas bengalas luminosas lanzadas a lo alto iluminaban a los defensores que en tropel salían de las galerías, y un tiroteo furioso convencía al enemigo de que aún quedaba vida en nuestras trincheras.

Pese a la gran intensidad de aquel bombardeo, únicamente perdimos un hombre, el fusilero Diersmann, al que le destrozó el cráneo una mina que chocó contra su escudo protector. Otro hombre fue herido en la espalda.

También durante el día que siguió a aquella agitada noche hubo numerosos torbellinos de fuego que nos prepararon para la inminencia de un ataque. Nuestra trinchera fue bombardeada palmo a palmo y los maderos arrancados de su recubrimiento la volvieron casi intransitable. Numerosos abrigos fueron hundidos.

El jefe del sector nos envió a la primera línea este mensaje: «Interceptada comunicación telefónica inglesa: los ingleses describen exactamente las brechas abiertas en nuestras alambradas y piden "cascos de acero". Aún no sabemos si "cascos de acero" es una expresión en clave para decir minas de grueso calibre. ¡Estar alerta! ».

Decidimos, en consecuencia, mantener una vigilancia cuidadosa aquella noche y acordamos abatir de un disparo a todo el que no dijese su nombre al gritarle «¡hola!». Para poder alertar sin demora a nuestra artillería, cada uno de los oficiales había cargado su pistola de señales con una bala roja.

Aquella noche fue realmente peor que la anterior. En especial un ataque artillero por sorpresa, a las doce y cuarto, sobrepasó todo lo precedente. En los alrededores de mi abrigo cayó un diluvio de proyectiles de grueso calibre. Estábamos de pie, provistos de todas nuestras armas, en la escalera de la galería, mientras la luz de los pequeños cabos de vela se reflejaba brillante en las paredes húmedas y enmohecidas. Una humareda azul penetraba por las bocas de las galerías. Del techo se desprendía la tierra a pedazos. ¡Bumm!

—¡Maldita sea!

—¡Cerillas, cerillas!

—¡Todos preparados!

Sentíamos en el cuello los latidos del corazón. Manos rápidas separaban las cápsulas de las granadas de mano.

—¡Esa ha sido la última mina!

—¡Afuera!

Mientras nos abalanzábamos hacia la salida estalló todavía una mina de espoleta retardada; su onda expansiva nos arrojó otra vez hacia atrás. Sin embargo, mientras aún caían con estrépito los últimos pájaros de hierro, ya los hombres habían ocupado todos sus puestos. Unos fuegos artificiales de bengalas iluminaron con una claridad de mediodía el terreno de delante, que estaba cubierto por espesas nubes de humo. Esos instantes en que la totalidad de la guarnición se hallaba de pie detrás del parapeto, en un estado de máxima tensión, encerraban algo mágico; recordaban ese segundo en que nadie respira, ese segundo que antecede a una representación teatral decisiva, cuando la música se interrumpe y se encienden las candilejas.

Durante varias horas de aquella noche estuve apoyado en la entrada de un abrigo cuya boca, en contra de lo que mandaba el reglamento, daba hacia el enemigo, y miraba de vez en cuando el reloj para tomar notas acerca de los disparos. Observaba al centinela, un hombre mayor, padre de familia, que, encima de mí, estaba en pie detrás de su fusil, totalmente inmóvil e iluminado a veces por el fogonazo de una explosión.

Cuando ya se había acallado el fuego sufrimos aún una baja. El fusilero Nienhüser cayó de repente de su apostadero y fue rodando con estrépito por la escalera de la galería hasta quedar en medio de sus camaradas, que abajo estaban en estado de alerta. Cuando examinaron a aquel inquietante intruso encontraron en su frente una pequeña herida y encima de su tetilla derecha un orificio del que brotaba sangre. No se llegó a aclarar si la muerte se debió a la herida o a aquella brusca caída.

Al final de aquella noche terrible vino a relevarnos la Sexta Compañía. Por los ramales de aproximación nos dirigimos a Monchy; nos hallábamos en aquel peculiar estado de ánimo malhumorado que el sol mañanero produce tras noches pasadas completamente en vela. Desde Monchy fuimos a la segunda posición, instalada delante de la linde del bosque de Adinfer. Desde aquel lugar teníamos una visión grandiosa del preludio de la Batalla del Somme. Los sectores del frente situados a nuestra izquierda quedaban ocultos por nubes de humo blanco y negro, los proyectiles de grueso calibre estallaban unos al lado de otros y lanzaban la tierra a gran altura; encima de todo aquello brillaban por centenares los breves

relámpagos de los *shrapnels* al reventar. Sólo las señales de colores, mudos gritos de auxilio dirigidos a la artillería, revelaban que aún quedaba vida en las posiciones. Allí fue donde por vez primera contemplé un fuego que sólo podía compararse con un espectáculo producido por la naturaleza.

Cuando, al atardecer, íbamos por fin a echarnos a dormir, recibimos la orden de dirigirnos a Monchy para cargar en vehículos minas de grueso calibre. Allí nos vimos obligados a esperar en vano durante toda la noche la llegada de un vehículo que se había averiado, mientras los ingleses hacían varios intentos, afortunadamente sin éxito, de acabar con nuestras vidas, recurriendo al tiro curvo de sus ametralladoras y a *shrapnels* que barrían la carretera. Especiales molestias nos causó un virtuoso de la ametralladora; lanzaba tan derechas al aire sus ráfagas, que éstas, aceleradas por la simple fuerza de la gravedad, caían al suelo verticalmente. Por ello carecía de sentido ir a resguardarse detrás de una pared.

Nuestro adversario nos dio aquella noche una prueba de la extremada minuciosidad de sus observaciones. En la segunda posición, a unos dos mil metros del enemigo, se alzaba un montón de greda delante de un polvorín subterráneo aún en construcción. Los ingleses sacaron de ello la conclusión, correcta por desgracia, de que por la noche intentaríamos camuflar aquel montículo, y dispararon hacía allí una salva de *shrapnels* con la que, en efecto, causaron graves heridas a tres de nuestros hombres.

Por la mañana me sacó bruscamente del sueño una orden que me mandaba conducir mi sección al Sector C, para realizar allí trabajos de fortificación. Mis pelotones fueron distribuidos entre la Sexta Compañía. Con algunos de mis hombres volví luego al bosque de Adinfer y allí los puse a talar árboles. Cuando regresé a la trinchera me metí en mi abrigo para reposar media horita. Pero fue inútil; durante aquellos días no llegaría a tener un solo minuto de sueño tranquilo. Acababa de quitarme las botas cuando oí que nuestra artillería abría fuego con extraña intensidad desde la linde del bosque. Al mismo tiempo apareció en la boca de la galería mi ordenanza, Paulicke, y desde arriba me gritó:

—¡Ataque de gas!

Saqué la máscara antigás, me puse las botas, me abroché el cinturón y eché a correr hacia fuera. Allí vi cómo una gigantesca nube de gas, formada de espesos vapores blancuzcos, estaba suspendida encima de Monchy, y cómo, impulsada por un viento suave, iba rodando hacia la cota_ 124, situada en una hondonada.

Dado que la mayoría de los hombres de mi sección se encontraba en la primera línea y que era probable un ataque, no fue preciso meditar mucho tiempo para saber lo que había que hacer. Salté las alambradas de la segunda posición, corrí hacia delante y pronto me encontré metido dentro de la nube de gas. Un acre olor a cloro me enseñó que tampoco éstas eran nieblas artificiales, como había pensado al principio, sino que realmente se trataba de un potente gas de combate. Me puse, pues, la máscara, pero volví a quitármela al instante. Tan deprisa había corrido que ahora no podía recibir suficiente aire por el respirador; también quedaron empañados en un santiamén los cristales de las gafas y se volvieron completamente opacos. Nada de esto se correspondía con las «Instrucciones sobre ataques de gas» que yo mismo había enseñado tantas veces. Como notaba punzadas en el pecho, intenté al menos cruzar lo más rápidamente posible aquella nube. A la entrada misma del pueblo tuve que atravesar un fuego de barrera cuyos impactos trazaban un cordón largo y regular en los desolados campos, nunca antes pisados por mí. Por encima de aquellos proyectiles iban numerosas nubes de *shrapnels.*

En un terreno descubierto como aquél, en el que uno puede moverse con libertad, el fuego de artillería no causa ni el mismo efecto material ni el mismo efecto moral que produce en los lugares habitados o en las posiciones de combate. En un santiamén dejé a mis espaldas la línea de fuego y me encontré en Monchy, sobre el que caía una buena granizada de *shrapnels.* Un diluvio de balas, vainas y espoletas siseaba al atravesar las ramas de los árboles frutales que en los abandonados huertos se alzaban o chocaba contra las paredes de las casas.

Dentro de uno de los abrigos construidos en los jardines vi sentados a Sievers y a Vogel, camaradas de mi compañía; habían encendido una gran hoguera de leña y se inclinaban sobre la purificadora llama para escapar así a los efectos del cloro. Les hice compañía en esta ocupación hasta que los disparos fueron disminuyendo; entonces, por el ramal 6 de aproximación, me dirigí hacia la primera línea.

Mientras caminaba iba observando los animalillos que el cloro había matado y que en gran abundancia yacían en el suelo de la zanja. Pensaba para mí: «Pronto empezará otra vez el tiro de barrera; y como continúes vagando de este modo, te vas a encontrar aquí sin protección ninguna, como el ratón en la trampa». Pese a ello, me dejé llevar por mi incorregible flema.

Y ocurrió, en efecto, que, cuando ya no me quedaban más que cincuenta metros para alcanzar el abrigo de mi compañía, me vi metido en un salvaje ataque artillero por sorpresa. Era tan intenso aquel fuego que parecía empresa completamente imposible salvar, sin ser herido, aquel pequeño tramo. Por suerte vi a mi lado una de aquellas cavidades en forma de nicho que habían sido construidas en los taludes de los ramales de aproximación para que las utilizasen los enlaces. Tres marcos de madera de los usados en las galerías formaban aquel nicho; no era mucho, pero, en cualquier caso, era mejor que nada. Me apretujé allí dentro y dejé pasar la tormenta por encima de mi cabeza.

Había elegido, al parecer, el peor lugar de todos. Minas esféricas, grandes y pequeñas, minas de botella, *shrapnels,* matracas, granadas de todo tipo — era incapaz de distinguir los artefactos que allí confusamente zumbaban, gruñían, crujían. No pude dejar de acordarme de mi buen sargento del bosque de Les Eparges y de su aterrorizado grito: «¿Pero qué clase de artefactos son éstos?».

A veces un único estampido infernal, que iba acompañado de llamaradas, dejaba completamente ensordecido el oído. Después, un siseo agudo, incesante, producía la impresión de que se acercasen uno tras otro, zumbando, a una velocidad increíble, centenares de fragmentos de metralla de una libra de peso. En ocasiones caía, con un golpe seco, pesado, un proyectil que no estallaba; a su alrededor la tierra temblaba. Por docenas reventaban los *shrapnels,* delicados como bombones fulminantes, y esparcían su densa nube de bolitas; después llegaban las vainas, con un resoplido. Cuando cerca de mí estallaba una granada, el barro caía al suelo con estruendo, como un goteo. Y en medio de todo aquello los fragmentos de metralla se clavaban en la tierra con un golpe seco.

Describir estos ruidos es más fácil que soportarlos, pues el sentimiento asocia cada uno de los sonidos del hierro chirriante con la idea de la muerte. Y así, yo estaba acurrucado en aquel agujero, con las manos delante de los ojos, mientras por mi mente desfilaban todas las posibilidades de que un proyectil me alcanzase. Creo haber encontrado un símil que expresa muy bien la sensación peculiar que se experimenta en una situación como ésa, una situación en la que yo, al igual que todos los soldados de esta guerra, me he encontrado a menudo. Imagínese uno a sí mismo bien atado a un poste y amenazado continuamente por un sujeto que blande un pesado martillo. Unas veces el martillo es lanzado hacia atrás para tomar impulso; otras avanza zumbando, hasta casi rozar el cráneo; luego chocó contra el poste, del que salen volando astillas — a una situación como ésa corresponde exactamente lo que se siente cuando se está al descubierto en medio de un bombardeo en serio. Yo tenía, por fortuna, un pequeño sentimiento subconsciente de confianza, ese sentimiento de que «todo saldrá bien», que se experimenta asimismo en el juego y que produce un efecto tranquilizante, aunque en modo alguno esté justificado. También aquel bombardeo llegó a su fin y pude proseguir mi camino, pero ahora más deprisa.

Siguiendo las normas del «Comportamiento en caso de ataque de gas», de las que habíamos hecho tantas prácticas, en la primera línea todos los hombres estaban ocupados en engrasar sus fusiles; el cloro había ennegrecido por completo los cañones. Un sargento aspirante a oficial me enseñó con tristeza el nuevo fiador de su sable; había perdido su brillo plateado y adquirido, en cambio, un aspecto negro-verdoso.

En el lado enemigo todo estaba en calma, así es que volví a irme de allí con mis pelotones. En Monchy vimos sentada delante del puesto de socorro una muchedumbre de hombres intoxicados por el gas; se apretaban los costados con las manos, gemían y se ahogaban, mientras de sus ojos fluía agua. La cosa no era inofensiva en absoluto, algunos de ellos murieron días después, tras padecer dolores espantosos. Habíamos tenido que soportar un ataque de gas de cloro puro, un gas de combate que actúa sobre los pulmones corroyéndolos y quemándolos. A partir de aquel día decidí no volver nunca más a salir sin llevar conmigo la máscara antigás; hasta entonces, haciendo gala de una ligereza increíble, muchas veces había dejado en el abrigo la máscara misma para meter en su estuche, como si éste fuera una bolsa de

herborista, mi bocadillo de pan con mantequilla. Lo que ahora había visto con mis propios ojos me había dado una lección.

En el camino de regreso entré a hacer unas compras en la cantina del Segundo Batallón y allí encontré al desolado cantinero en medio de un montón de mercancías destrozadas. Una granada había perforado el techo de la tienda, estallado dentro y transformado sus tesoros en un revoltijo de mermelada, conservas salidas de sus latas y jabón verde. Con la típica precisión prusiana el cantinero acababa de evaluar sus pérdidas: ochenta y dos marcos y cincuenta y ocho peniques.

Aquella tarde mi sección, que hasta entonces había permanecido separada de las demás en la segunda posición, fue llevada a la aldea, dada la insegura situación táctica del combate; allí se le asignó como alojamiento la mina abandonada. Los agujeros que había dentro de ésta los arreglamos de tal manera que pudimos dormir en ellos; también encendimos una fogata gigantesca, cuyos humos hicimos salir a través del pozo, con gran disgusto de algunos cocineros que arriba estaban sacando agua con cubos y que casi se asfixian. Como nos habían repartido un fuerte ponche caliente, nos sentamos alrededor de la hoguera, sobre los bloques de greda, y allí estuvimos cantando, bebiendo y fumando.

Sobre la medianoche se desarrolló en el arco de trincheras que defendían a Monchy un espectáculo infernal. Docenas de campanas de alarma repicaban, centenares de fusiles crepitaban y constantemente ascendían por los aires bengalas luminosas de color verde y blanco. Inmediatamente después dio comienzo un tiro de barrera. Estallaban minas de grueso calibre, que arrastraban tras de sí estelas de chispas incandescentes. En todos los sitios en que, dentro de aquel caos de escombros, quedaba una persona viva, resonaba un largo grito:

—¡Ataque de gas! ¡Ataque de gas! ¡Gas! ¡Gaaas!

Una cegadora corriente de gas iba rodando, a la luz de las bengalas, sobre las negras almenas de los muros. Puesto que también dentro de la mina se dejó sentir un fuerte olor a cloro encendimos delante de las entradas grandes hogueras de paja; a punto estuvo su acre humareda de expulsarnos de nuestro refugio, y nos obligó a purificar el aire agitando capotes y lonas de tienda de campaña.

A la mañana siguiente pudimos ver en la aldea, estupefactos, las secuelas dejadas por el gas. Muchísimas plantas estaban marchitas, caracoles y topos yacían muertos por doquier y a los caballos acantonados en Monchy y pertenecientes a los enlaces montados el agua les fluía de la boca y de los ojos. Una hermosa pátina verde cubría los proyectiles y los cascos de metralla que por todas partes estaban diseminados. Incluso en Douchy había dejado sentir su efecto aquella nube. El personal civil, a quien aquello le produjo mucho miedo, se concentró ante el alojamiento del coronel von Oppen para reclamar máscaras antigás. El mando cargó a aquella gente en camiones y la trasladó a poblaciones muy alejadas en la retaguardia.

La noche siguiente volvimos a pasarla en la mina; a última hora de la tarde se nos comunicó que a las cuatro y cuarto de la madrugada nos repartirían café, pues un desertor inglés había dicho que a las cinco habría un ataque.

En efecto, acababan apenas de despertarnos los hombres encargados de traer el café, que volvían con él, cuando resonó el grito, bien conocido ya por nosotros, de «¡ataque de gas!». Afuera flotaba en el aire un olor dulzón; más tarde nos enteramos de que en esta ocasión el enemigo nos obsequió con fosgeno. En el arco de trincheras de Monchy se desencadenó un violento fuego de tambor, cuya intensidad, sin embargo, decreció pronto.

Aquella agitada noche fue seguida por una mañana reparadora. El alférez Brecht apareció en la calle de la aldea saliendo del ramal 5 de aproximación. Llevaba la mano envuelta en una venda empapada de sangre y lo acompañaban un soldado con la bayoneta calada y un prisionero inglés. Brecht fue triunfalmente recibido en la sede de la plana mayor, instalada en el sector oeste, y relató lo siguiente.

A las cinco de la mañana los ingleses habían lanzado nubes de gas y de humo y a continuación habían bombardeado intensamente con minas la trinchera. Como de costumbre, nuestros hombres habían salido rápidamente de sus abrigos mientras caían los últimos proyectiles; en ese momento habían sufrido más de treinta bajas. Luego habían aparecido, envueltas en las nubes de humo, dos patrullas inglesas. Una de

ellas logró penetrar en la trinchera y se había llevado consigo a un suboficial que estaba herido. La otra patrulla fue abatida por nuestros disparos ya delante de las alambradas. Brecht, que antes de la guerra había sido plantador en Norteamérica, agarró por el cuello al único inglés que logró cruzar el obstáculo y le dio la bienvenida con estas palabras.

—*Come here, you son of a bitch!*

A este único inglés le servimos ahora un vaso de vino. Con ojos medio atemorizados y medio asombrados miraba la calle del pueblo; minutos antes se hallaba desierta y ahora bullía de mozos de cocina, camilleros, enlaces y curiosos. Era un hombre de elevada estatura, joven, con un cabello rubio como el oro y una fresca cara de niño. Al verlo, pensé: «¡Qué pena que haya que matar a tipos como éste!».

Pronto llegó delante del puesto de socorro una larga comitiva de camillas. También de Monchy-Sur acudían muchos heridos, pues el enemigo había logrado asimismo infiltrarse brevemente en el Sector E de nuestra compañía. Entre aquellos intrusos tuvo que haber un sujeto temerario. Sin que nadie se diera cuenta había saltado dentro de nuestra trinchera y la había recorrido pasando por detrás de los apostaderos de los centinelas, desde los cuales nuestros hombres observaban el terreno que tenían delante. Uno a uno fue asaltando desde atrás a los defensores, a los que la máscara antigás imposibilitaba la visión, y volvió a la línea inglesa, sin que tampoco esta vez se diese cuenta nadie, tras haber abatido a golpes de maza y a culatazos a buen número de nuestros hombres. Cuando se procedió a despejar la trinchera, ocho de nuestros centinelas fueron encontrados con la parte posterior del cráneo machacada.

Unas cincuenta camillas, en las que, vendados con vendas empapadas de sangre, yacían hombres que gemían, estaban colocadas delante de unos refugios de chapa ondulada; entre ellos cumplía con su misión el médico que iba arremangado.

Un muchacho joven, en cuya cara blanca como la nieve brillaban cual presagio funesto unos labios azules, balbuceaba:

—Estoy demasiado grave... no volveré a... voy-a-morir.

Un gordo suboficial médico lo miró compasivo y murmuró varias veces estas palabras de consuelo.

—¡Vamos, vamos, camarada!

Aunque los ingleses habían preparado con numerosos disparos de minas y con nubes de gas este pequeño ataque, cuya misión consistía en inmovilizar nuestras fuerzas y favorecer así la ofensiva del Somme, lo único que en sus manos cayó fue un solo prisionero, que además estaba herido, mientras que ellos tuvieron que dejar numerosos muertos suyos delante de nuestras alambradas. De todos modos, también nuestras bajas fueron considerables; nuestro regimiento hubo de lamentar en aquella sola mañana más de cincuenta muertos, entre ellos tres oficiales, y numerosos heridos.

A la mañana siguiente partimos al fin hacia Douchy para pasar algunos días en este lugar que tanto queríamos. Aquella misma noche celebramos el feliz desenlace de la acción con unas bien merecidas botellas de vino.

El 1 de julio se nos encomendó la triste misión de dar sepultura en nuestro cementerio a una parte de nuestros muertos. Treinta y nueve ataúdes de tosca madera, sin pintar ni cepillar, sobre cuyas tablas se habían escrito a lápiz los nombres, fueron colocados uno junto a otro en una fosa. El capellán predicó sobre este texto: «Ellos han librado el buen combate», y comenzó con estas palabras: «Gibraltar es vuestro distintivo, y en verdad que habéis resistido como la roca en medio de un mar agitado por las olas».

Durante aquellos días aprendí a valorar a los hombres en cuya compañía pasaría aún dos años de lucha. Lo que había ocurrido había sido una iniciativa de los ingleses, que apenas fue mencionada en los comunicados de los ejércitos; se pretendía con ella tenernos ocupados en una zona en la que no estaba previsto lanzar la gran ofensiva. Durante esta acción, prácticamente lo único que nuestros hombres tenían que hacer era dar unos cuantos pasos, es decir, salvar la distancia que separaba los apostaderos de las entradas de las galerías. Pero esos pasos había que darlos durante el segundo en que era máxima la intensidad de fuego, ese segundo que prepara el ataque y que sólo de un modo intuitivo puede adivinarse.

La oscura oleada que en aquellas noches se lanzaba con frecuencia, sin que hubiera sido posible dar la orden de hacerlo, a ocupar los puestos detrás de los parapetos, atravesando un fuego furioso, se me ha quedado grabada en el corazón como un símbolo secreto de la confianza que en los hombres se puede depositar.

Con especial fuerza se me grabó en la memoria la imagen de la destrozada posición, humeante todavía, que recorrí poco después del ataque. Los centinelas diurnos habían ocupado ya sus puestos, pero aún no se había limpiado la trinchera. Acá y allá los apostaderos estaban cubiertos de cadáveres y entre éstos se hallaban ya de pie, detrás del fusil, los hombres del relevo, cual si hubieran brotado de los cuerpos muertos. La visión de aquellos grupos producía un pasmo extraño — era como si por un instante se borrase la diferencia entre la vida y la muerte.

Al atardecer del 3 de julio regresamos a la primera línea. Reinaba allí una calma relativa, pero algunos pequeños indicios revelaban que algo estaba tramándose. Cerca del molino sonaba un golpeteo, un martilleo, un ruido suave e incesante, como si alguien estuviera trabajando metal. A menudo interceptábamos llamadas telefónicas misteriosas; iban dirigidas a un oficial de zapadores inglés que estaba en la primera línea y hablaban de bombonas de gas y de voladuras. Aviones ingleses bloquearon con una espesa barrera aérea nuestra retaguardia desde el amanecer hasta las últimas luces del día. El bombardeo de nuestra trinchera fue más intenso que otras veces; también hubo un sospechoso cambio de blancos de la artillería, como si nuevas baterías estuvieran regulando su tiro. Pese a todo, el día 12 de julio fuimos relevados sin haber sufrido experiencias desagradables y permanecimos de reserva en Monchy.

Al atardecer del día 13 una pieza de artillería de marina del calibre 240 bombardeó nuestros abrigos de los jardines; sus potentes granadas se aproximaban gorgoteando, con una tensa trayectoria rasante. Aquellos proyectiles reventaban con un estruendo verdaderamente espantoso. Durante la noche nos sacaron del sueño un fuego nutrido y un ataque de gas. Dentro del abrigo nos sentamos alrededor del hornillo, con la máscara antigás puesta, a excepción de Vogel, que no lograba encontrar la suya y que andaba mirando por todos los rincones e iba y venía de un lado para otro mientras algunos sádicos que él había tratado con mucho rigor afirmaban notar un olor cada vez más fuerte a gas. Acabé dándole mi cartucho de recambio. Durante una hora larga estuvo acurrucado detrás del hornillo, que echaba un humo tremendo; se tapaba la nariz y respiraba por el conductor de aire del cartucho.

Aquel mismo día perdí a dos hombres de mi sección. Fueron heridos en la aldea: Hasselmann, por una bala que le atravesó el brazo; Maschmeier, por un balín de *shrapnel* que le perforó el cuello.

Esa noche no se produjo ningún ataque; con todo, nuestro regimiento tuvo veinticinco muertos y numerosos heridos. El 13 y el 17 hubimos de soportar otros dos ataques de gas. El 17 fuimos relevados y sufrimos en Douchy un intenso bombardeo. Uno de ellos nos pilló por sorpresa, justo en el momento en que se estaba celebrando en un huerto una reunión de oficiales presidida por el comandante de la plaza, von Jarotzky. A pesar del peligro resultó muy cómico ver el modo en que se dispersó el grupo; la gente se tiró al suelo, se abrió paso con una increíble celeridad a través de los setos y desapareció con la rapidez del rayo en toda clase de refugios. Una granada mató en el jardín de la casa en que yo me alojaba a una niña que andaba allí hurgando en los desperdicios echados en una zanja.

El 20 de julio volvimos a la posición. El 28 me puse de acuerdo con Wohlgemut, sargento aspirante a oficial, y con los cabos Bartels y Birkner para realizar una patrulla. No habíamos previsto otro objetivo que el de merodear un poco entre las alambradas y ver qué novedades ofrecía la tierra de nadie, ya que la posición comenzaba a resultar otra vez aburrida. Por la tarde vino a mi abrigo a hacerme una visita el alférez Brauns, oficial de la Sexta Compañía que me iba a relevar, y trajo consigo un buen Borgoña. Sobre la medianoche levantamos la sesión y salí a la trinchera, donde mis tres compañeros estaban ya reunidos en el oscuro rincón de un través. Tras haber escogido unas cuantas granadas de mano bien secas escalé del mejor humor la alambrada. Brauns me gritó como despedida:

—¡Que tengas un buen balazo en el cuello y en la tripa!

Nos llevó poco tiempo acercarnos a rastras hasta la alambrada enemiga. Inmediatamente delante de ella descubrimos en la alta hierba un alambre bastante grueso y bien aislado. Consideré importante aquel

hallazgo y encargué a Wohlgemut que cortase un trozo y se lo llevase. Mientras, a falta de otro instrumento, procuraba dificultosamente cortarlo con la tijerilla para los puros, algo tintineó delante de nosotros en la alambrada. De pronto hicieron aparición unos cuantos ingleses y comenzaron a trabajar; no repararon en nuestros cuerpos, que estaban aplastados contra la hierba. Recordando las malas experiencias de la patrulla anterior, susurré con una voz casi inaudible:

—Wohlgemut, ¡una granada de mano ahí en medio!

—Mi alférez, creo que es mejor dejarlos trabajar un poco todavía.

—Es una orden, sargento.

Ni siquiera en aquella soledad dejó de producir su poderoso efecto la fórmula. Con el sentimiento fatídico de un hombre que se ha embarcado en una aventura incierta oí junto a mí el seco chasquido de la mecha rápida al ser arrancada y vi cómo Wohlgemut, para descubrirse lo menos posible, hacía rodar a ras del suelo la granada de mano. Quedó detenida en la maleza, casi en medio de los ingleses, que parecían no haber notado nada. Pasaron unos momentos de extrema tensión.

—¡Crrrac!

Un relámpago iluminó unas figuras humanas que se tambaleaban. Gritamos:

—*You are prisoners!*

Como tigres nos lanzamos dentro de la nube blanca que se había formado. En fragmentos de segundos se desarrolló allí un espectáculo feroz. Yo apretaba mi pistola contra un rostro que en la oscuridad brillaba ante mí como una máscara pálida. Con un grito que parecía un berrido, una sombra apretaba su espalda contra la alambrada de espino. Fue un grito horrible, algo así como *uéh* — un grito que acaso el ser humano profiere únicamente cuando le sale al paso un fantasma. A mi izquierda Wohlgemut vaciaba su pistola, mientras Bartels, en su nerviosismo, lanzaba a ciegas una granada de mano en medio de nosotros.

Cuando por vez primera apreté el gatillo, el cargador había saltado fuera de la culata de mi pistola. Yo estaba allí gritando delante de un inglés que, aterrorizado, apretaba su espalda contra la alambrada de espino, y en vano le daba una y otra vez al gatillo. No se oía ningún disparo — parecía uno de esos sueños en que uno se queda paralizado. En la trinchera situada delante de nosotros comenzaron a notarse ruidos. Resonaron llamadas, una ametralladora empezó a disparar con estrépito. Retrocedimos a saltos. Todavía me detuve una vez, en un embudo, y apunté mi pistola contra una sombra que me venía pisando los talones. Esta vez el fallo fue una suerte, pues era Birkner; yo creía que hacía ya mucho tiempo que había retornado a nuestra trinchera.

Empezó entonces una ruidosa cartera hacia nuestra trinchera. Cuando llegamos delante de nuestra alambrada silbaban ya los proyectiles de tal modo que me vi obligado a meterme de un salto en un embudo abierto por una mina; estaba lleno de agua y sobre él había alambres tendidos. Balanceándome encima del agua sobre un oscilante alambre de espino oía cómo pasaban rugiendo por encima de mí las balas, como si fueran un gigantesco enjambre de abejas, mientras trozos de alambre y pedazos de metralla barrían la parte alta del embudo. Media hora después, una vez calmado el fuego, conseguí atravesar nuestra alambrada y de un salto me metí en nuestra trinchera. Allí me recibió con mucha alegría la tropa. Wohlgemut y Bartels estaban ya allí; media hora después volvió Birkner también. Todo el mundo se alegró mucho de que las cosas hubieran acabado bien y lo único que yo lamentaba era que también esta vez se nos hubiera escurrido el prisionero que tanto anhelábamos capturar. Las experiencias vividas habían afectado a mis nervios, pero esto no lo noté hasta que estuve tendido en un camastro dentro del abrigo. Daba diente con diente y, a pesar de hallarme extenuado, no lograba conciliar el sueño. Tenía, por el contrario, la sensación de hallarme en un estado de máxima vigilia, muy tensa, como si en algún lugar de mi cuerpo sonase sin cesar un pequeño timbre eléctrico. A la mañana siguiente casi no podía caminar, pues por encima de una de mis rodillas, que ya exhibía unas cuantas cicatrices históricas, se extendía un largo desgarrón producido por la alambrada, y en la otra rodilla tenía incrustado un pequeño casco de metralla procedente de la granada de mano lanzada por Bartels.

Estas breves incursiones, en las que era preciso saber dominarse bien, constituían un buen medio para templar el valor y para romper la monotonía de la existencia en la trinchera. Lo que sobre todo no debe hacer el soldado es aburrirse.

El 11 de agosto vimos corretear por delante de la aldea de Berles-au-Bois un caballo negro de silla. Un hombre de la segunda reserva lo derribó de tres tiros. Supongo que, al ver aquello, no pondría una cara de mucha satisfacción el oficial inglés al que sin duda se le había escapado aquel caballo. Durante la noche le entró en un ojo al fusilero Schulz la vaina de una bala de infantería. También en Monchy aumentaron nuestras bajas, pues los muros, arrasados por el fuego de la artillería, procuraban una defensa cada vez menor contra las salvas que las ametralladoras lanzaban a ciegas. Comenzamos a cavar zanjas dentro de la aldea y alzamos nuevos muros en los sitios más peligrosos. En los abandonados jardines habían madurado las bayas; su sabor era tanto más dulce por cuanto uno podía regalarse con ellas únicamente mientras zumbaban a su alrededor las balas perdidas.

El 12 de agosto fue el día tanto tiempo anhelado en que por segunda vez durante la guerra pude irme a casa de permiso. Pero apenas había comenzado a disfrutar del calor hogareño, llegó un telegrama: «Retorno inmediato. Preguntar más detalles en la comandancia de la plaza de Cambrai». Tres horas después me hallaba sentado en el tren. Mientras marchaba hacia la estación me crucé con tres muchachas que estaban dando un paseo; iban vestidas con ropas de color claro y llevaban bajo el brazo sus raquetas de tenis — un radiante saludo con que la Vida me despedía y del que seguí acordándome largo tiempo en el frente.

El día 21 me hallaba de nuevo en aquella región que tan bien conocía. Sus carreteras estaban abarrotadas de tropas a causa de la partida de la 111ª. División y de la llegada de otra nueva. El Primer Batallón estaba acantonado en la aldea de Ecoust-Saint-Mein, cuyas ruinas habíamos de reconquistar al asalto dos años más tarde.

Paulicke, cuyos días estaban ya contados, me dio la bienvenida y me informó de que la gente joven de mi sección había preguntado ya una docena de veces cuándo volvería. Esta noticia me emocionó vivamente y me reconfortó; por ella me di cuenta de que, en las ardientes jornadas que nos aguardaban, los hombres no me seguirían sólo por la obediencia debida a mi grado. Poseía también un crédito personal.

A otros ocho oficiales y a mí nos asignaron aquella noche como alojamiento la troje de un edificio abandonado. Estuvimos despiertos hasta muy tarde y, a falta de algo más fuerte, bebíamos el café que dos francesas nos preparaban en la casa de al lado. Sabíamos que esta vez se iba a una batalla como nunca antes la había visto el mundo. Nuestra acometividad no era menor que la de las tropas que dos años antes habían cruzado la frontera; pero nosotros éramos más peligrosos que ellas, pues teníamos una experiencia mayor de la lucha. Con todo, nos encontrábamos de un humor excelente y nos eran desconocidas expresiones como «escurrir el bulto». Quien viese a los hombres que participaban de aquella alegre mesa tenía que decir que las posiciones confiadas a ellos no se perderían hasta que no hubiese caído muerto el último de sus defensores.

Y eso fue lo que en efecto ocurrió.

Guillemont

El 23 de agosto de 1916 nos cargaron en camiones y nos llevaron hasta Le Mesnil. Aunque sabíamos ya que íbamos a entrar en combate en la aldea de Guillemont, foco legendario de la Batalla del Somme, nuestra moral era excelente. De un auto a otro volaban las bromas en medio de risotadas generales.

Durante una de las paradas el conductor de un camión, al accionar la manivela para poner en marcha el motor, se machacó uno de sus pulgares, que quedó partido en dos pedazos. A mí, que siempre he sido muy sensible a estas cosas, estuvo a punto de ponerme enfermo la visión de aquella herida. Menciono este curioso detalle porque en los días siguientes fui capaz de soportar el espectáculo de graves mutilaciones. Es un ejemplo de que, en la vida, el sentido de la totalidad es lo que determina las impresiones particulares.

Una vez que se hizo de noche, desde Le Mesnil marchamos a pie hasta Sailly-Saillisel. Allí el batallón depositó las mochilas en un gran prado y preparó el equipo de asalto.

Delante de nosotros rodaba y tronaba un fuego de artillería de una intensidad insospechada; millares de relámpagos que cruzaban el aire envolvían en un mar de fuego el horizonte hacia el oeste. Continuamente regresaban, arrastrándose, los heridos; tenían pálido y demacrado el rostro. Las piezas de artillería o las columnas de municiones que a su lado pasaban en medio de un gran estruendo los empujaban a menudo contra la cuneta de la carretera.

Se me presentó un enlace perteneciente a un regimiento wurttemburgués; iba a guiar a mi sección hasta el famoso pueblo de Combles, donde nos quedaríamos provisionalmente como reserva. El fue el primer soldado alemán que yo vi con casco de acero y enseguida se me apareció como el habitante de un mundo extraño, dotado de mayor dureza. Sentado a su lado en la cuneta de la carretera, le interrogué ansiosamente por lo que ocurría en la posición. Lo que escuché fue un relato monótono; hablaba de hombres que durante días enteros permanecían encogidos en los embudos abiertos por las granadas, sin contacto con nadie y sin ramales de aproximación, así corno de ataques incesantes, campos llenos de cadáveres, sed que enloquecía a la gente, heridos que languidecían y cosas similares. Su rostro inmóvil, enmarcado en los bordes de acero del casco, su voz monótona, acompañada por el ruido del frente, producían en nosotros la misma impresión que si perteneciesen a un fantasma. Pocos días habían bastado para imprimir en aquel mensajero que iba a conducirnos al reino de las llamas un sello que parecía hacerlo diferente de nosotros, de un modo que no es posible decir.

—Quien cae, en el suelo se queda. Nadie puede prestarle ayuda. Nadie sabe si volverá vivo de allí. Todos los días ataca el enemigo, pero no consigue abrirse paso. Todos saben que es cuestión de vida o muerte.

Una gran indiferencia era lo único que subsistía en aquella voz; el fuego la había templado. Con hombres como aquél se podía marchar al combate.

Por una ancha carretera que, a la luz de la luna, se extendía sobre el oscuro terreno como una cinta blanquecina, echamos a andar hacia el tronar de los cañones; su devorador rugido aumentaba a cada paso. ¡Dejad toda esperanza! Lo que otorgaba un aspecto especialmente sombrío a aquel paisaje era la circunstancia de que las carreteras que lo atravesaban quedasen al descubierto, a la luz de la luna, como venas de color blanco, y el que en ellas no fuera visible ningún ser viviente. Era como si caminásemos por los senderos, vagamente alumbrados, de un cementerio a media noche.

Pronto empezaron a caer las primeras granadas a derecha y a izquierda del camino que seguíamos. Las conversaciones bajaron de tono y acabaron enmudeciendo por completo. Todos escuchaban atentamente el prolongado aullido que emitían los proyectiles al acercarse; escuchaban con aquella extraña tensión que

otorga al oído una agudeza extrema. La travesía de la Granja de Frégicourt, pequeño grupo de casas situado delante del cementerio de Combles, puso especialmente a prueba nuestro ánimo. Allí era donde tenía su cierre más estrecho el cerco tendido por el enemigo en torno a Combles; por allí tenía que pasar todo el que quisiera entrar en aquella población o salir de ella; y por eso se había concentrado en aquella arteria vital un fuego intensísimo e ininterrumpido, parecido a los rayos de un espejo ustorio. El guía nos había ya preparado para aquella angostura tristemente famosa. La atravesamos a la carrera, mientras a nuestro alrededor se derrumbaban con estrépito las ruinas.

Por encima de ellas flotaba un espeso olor a cadáveres; tan violento era el fuego que nadie se preocupaba de los caídos. Era cuestión de vida o muerte el lanzarse a correr; y cuando noté, mientras corría, aquel tufo, apenas me sorprendió — formaba parte del lugar. Por lo demás, aquel hálito pesado y dulzón no resultaba tan sólo repugnante; mezclado como estaba con los acres humos de los explosivos, generaba también una excitación casi visionaria, que sólo la máxima cercanía de la Muerte es capaz de producir.

Fue allí donde hice la observación —y propiamente, durante toda la guerra, fue sólo en aquella batalla donde la hice— de que existe una clase de espanto que al ser humano le resulta extraña, como si fuera una región no explorada. Y así, en aquellos instantes no noté miedo, sino una ligereza grande, casi demoníaca; también unos sorprendentes ataques de risa, que no conseguía dominar.

Hasta el punto en que pudimos observarlo en la oscuridad, Combles no era ya más que la osamenta de un conjunto de casas. Ingentes cantidades de maderos entre las ruinas, así como utensilios domésticos diseminados en el camino, revelaban que la destrucción era de fecha muy reciente. Tras escalar numerosos montones de escombros, operación que fue apresurada por una salva de *shrapnels,* llegamos al lugar en que íbamos a alojarnos. Para mí y para tres de mis pelotones escogí como aposento una casa grande, agujereada como un cedazo, mientras mis otros dos pelotones se instalaban en el sótano de unas ruinas que quedaban enfrente.

A las cuatro vinieron a despertarnos y nos sacaron de nuestras yacijas, construidas con trozos de diferentes camas cogidos acá y allá; nos entregaron cascos de acero. Mientras esto ocurría encontramos en una cavidad del sótano de aquella casa un saco lleno de granos de café — este descubrimiento trajo consigo una afanosa actividad de preparación de café.

Después del desayuno salí a dar una vuelta por el pueblo. En pocos días la acción de la artillería pesada había transformado una pacífica aldea destinada al descanso de la tropa en un cuadro de espanto. Había edificios completamente aplastados por un solo proyectil que había acertado de lleno en ellos; otros habían sido seccionados por la mitad de manera que las habitaciones y sus muebles se cernían sobre aquel caos como las bambalinas de un teatro. De muchas ruinas salía un olor a cadáver, pues el primer ataque artillero, sobrevenido de repente, había cogido completamente por sorpresa también a sus moradores y sepultado a muchos de ellos bajo los escombros, antes de que pudieran escapar corriendo de sus casas. Ante el umbral de uno de los edificios, yacía una niña, extendida en un charco rojo.

Un lugar que había sido intensamente bombardeado era la plaza situada delante de la derruida iglesia, frente a la entrada de las catacumbas. Estas eran unos subterráneos antiquísimos en los que, con explosivos, se habían abierto algunas cavidades; en ellas se apretujaban casi todas las planas mayores de las tropas combatientes. Se contaba que, al comenzar los bombardeos, los vecinos del pueblo habían dejado expedita a golpes de pico la entrada de aquellas catacumbas, que estaba tapiada; durante todo el tiempo de ocupación la habían ocultado a los alemanes.

Las calles ya no eran más que estrechos caminillos que serpenteaban entre enormes montículos de vigas y ladrillos o pasaban por encima de ellos. En los huertos, cuya tierra estaba completamente removida, se pudrían las legumbres y las frutas.

Después del almuerzo, que nos preparamos en la cocina con raciones de reserva, las denominadas «raciones de hierro», aún muy abundantes, y a las que puso punto final, como es obvio, un café muy cargado, me eché en una tumbona para descansar un rato. Por las cartas que estaban esparcidas por todos los lados pude enterarme de que aquella casa pertenecía al dueño de una fábrica de cervezas apellidado Lesage. En aquella habitación había armarios y cómodas despanzurrados, un tocador volcado, una

máquina de coser y un cochecito de niño. En las paredes colgaban cuadros y espejos rotos. En el suelo había, en un desordenado montón de un metro de altura, cajones sacados de sus sitios, ropa interior, sujetadores, libros, periódicos, mesillas de noche, trozos de vajilla, botellas, cuadernos de música, patas de silla, chaquetas, abrigos, lámparas, visillos, contraventanas, puertas arrancadas de sus goznes, lencería, fotografías, pinturas al óleo, álbumes, cajas aplastadas, sombreros de señora, macetas y alfombras. Todo ello formaba un revoltijo inextricable.

A través de los astillados postigos de las ventanas se veía el cuadrilátero, arado y removido por las granadas, de una plaza devastada; estaba cubierta por las ramas desgajadas de unos tilos. El incesante fuego de la artillería, que como un mar agitado bramaba alrededor de aquel lugar, ensombrecía aún más aquella mezcolanza de impresiones. De vez en cuando la explosión gigantesca de una granada del calibre 380 tapaba con sus rugidos todos los demás ruidos. Nubes de cascos de metralla atravesaban Combles barriéndolo, chocaban contra las ramas de los árboles o iban a caer en los tejados que aún resistían; entonces rodaban con estrépito sus lajas de pizarra.

Durante la tarde el fuego adquirió tal intensidad que la única sensación que se tenía era la de un solo estruendo monstruoso en el que quedaba engullido el resto de los ruidos aislados. A partir de las siete la plaza y los edificios que la rodeaban fueron bombardeados, a intervalos de medio minuto, con granadas del calibre 150. Muchas de éstas no estallaban, pero sus golpes secos, molestos, sacudían hasta sus cimientos la casa en que nos encontrábamos. Durante todo aquel tiempo permanecimos dentro del sótano, sentados alrededor de una mesa en sillones tapizados de seda; apoyábamos la cabeza en las manos y contábamos el tiempo que separaba una explosión de otra. Las bromas se fueron haciendo cada vez más raras y al final incluso el más osado enmudeció. A las ocho, tras ser alcanzada de lleno por dos proyectiles, se derrumbó la casa de al lado; su caída levantó una enorme nube de polvo.

Entre las nueve y las diez de la noche el fuego alcanzó una virulencia demencial. La tierra temblaba, el cielo parecía una inmensa caldera en ebullición. Alrededor de Combles, y dentro de Combles mismo, tronaban centenares de baterías de grueso calibre; por encima de nosotros se cruzaban, aullando y bufando, innumerables granadas. Todo estaba envuelto en un humo espeso, que las bengalas de colores iluminaban con un resplandor siniestro. Sentíamos en los oídos y en la cabeza violentos dolores; por ello, la única forma de entendernos consistía en aullar palabras, que se quedaban cortadas. La capacidad de pensar lógicamente y el sentimiento de la gravedad parecían anulados. Se tenía la sensación de algo ineluctable, de algo incondicionalmente necesario, como si nos enfrentásemos a una erupción de las fuerzas elementales. Un suboficial de la tercera sección sufrió un ataque de locura.

Sobre las diez comenzó poco a poco a hacerse la calma en aquel infernal aquelarre; lo único que permaneció fue un fuego de tambor, en el que, de todos modos, tampoco era posible distinguir por separado cada uno de los disparos.

A las once llegó un enlace; traía orden de conducir nuestros pelotones a la plaza de la iglesia. A continuación nos reunimos con las otras dos secciones y partimos hacia la posición. Para llevar el rancho a la primera línea se había constituido aparte una cuarta sección al mando del alférez Sievers. Mientras se oían llamadas urgentes y nos concentrábamos en aquel peligroso lugar, los hombres de esta cuarta sección nos rodearon y nos cargaron de pan, tabaco y carne en latas. Sievers me obligó a coger una cazuela llena de mantequilla, me despidió con un apretón de manos y nos deseó mucha suerte.

Luego nos pusimos en marcha en columna de a uno. A todos los soldados se les había ordenado que, pasara lo que pasase, siguiesen al hombre que los precedía. Ya en la salida misma del pueblo se dio cuenta nuestro guía de que se había extraviado. En medio de un intenso fuego de *shrapnels* nos vimos obligados a dar media vuelta. Luego fuimos caminando a campo traviesa, casi a la carrera; nos guiábamos por una cinta blanca que habían colocado en el suelo como hilo conductor y que los proyectiles habían partido en pedazos minúsculos. A menudo, cuando el guía se desorientaba, teníamos que detenernos en los sitios peores. Además, con el fin de mantener el contacto, estaba prohibido tirarse al suelo.

Pese a ello, la primera y la segunda sección desaparecieron de repente.

—¡Adelante!

Los pelotones quedaron retenidos en un camino en hondonada sobre el cual caía un violento bombardeo.

—¡Cuerpo a tierra!

Un penetrante olor nauseabundo nos enseñó que aquel lugar de paso había exigido ya muchas víctimas. Tras una carrera en la que estuvo expuesta a numerosos peligros nuestra vida, llegamos a un segundo camino en hondonada; en él se hallaba el abrigo en el que estaba instalado el puesto de mando de las tropas combatientes. Nos metimos en un camino sin salida y dimos media vuelta, en medio de un penoso apretujamiento de hombres nerviosos. A no más de cinco metros de donde estábamos Vogel y yo explotó con un estampido sordo, en el talud posterior del camino, una granada de mediano calibre; sobre nosotros cayeron terrones de tierra de un tamaño enorme, mientras un escalofrío de muerte nos recorría la espalda. Por fin nuestro guía volvió a encontrar el camino gracias a un llamativo grupo de cadáveres que le sirvió de punto de referencia. Uno de los caídos yacía con los brazos en cruz sobre la gredosa pendiente del talud — ¿qué fantasía habría podido encontrar un indicador más adecuado al paisaje en que nos encontrábamos?

—¡Adelante, adelante!

Algunos hombres se desplomaban mientras iban corriendo; los amenazábamos con dureza para que sacasen de sus extenuados cuerpos las últimas energías. Los heridos se caían, a derecha e izquierda, en los agujeros abiertos por las granadas; lanzaban un grito de socorro al que nadie hacía caso. Con los ojos fijos en el hombre que iba delante de nosotros seguimos caminando por una zanja que estaba formada por un cordón de embudos gigantescos. La hondura de aquella zanja no superaba nuestras rodillas; su suelo estaba cubierto de muertos tendidos uno al lado de otro. Con repugnancia pisaba el pie aquellos cuerpos blandos, que cedían; la oscuridad nos impedía ver su forma. También el herido que se derrumbaba dentro del camino sucumbía al destino de ser pisoteado por las botas de quienes apresuradamente seguían avanzando.

¡Y siempre, siempre, aquel olor dulzón! También empezó a tambalearse el pequeño Schmidt, mi enlace de campaña, que en tantas patrullas peligrosas me había hecho compañía. Le arranqué de las manos el fusil; incluso en aquel instante intentó resistirse aquel buen muchacho a ello.

Por fin llegamos a la primera línea; la guarnecían hombres que se hallaban encogidos en agujeros cavados en la tierra. Sus voces apagadas temblaron de alegría al enterarse de que había llegado el relevo. Con pocas palabras me hizo entrega del sector y de la pistola de señales un sargento bávaro.

El tramo del frente confiado a nuestra sección formaba el ala derecha de la posición defendida por nuestro regimiento; consistía en un camino en hondonada poco profundo que el fuego de tambor había aplanado, reduciéndolo a una somera depresión. Distaba unos dos centenares de metros de la parte izquierda de Guillemont y quedaba a una distancia un poco menor de la derecha del bosque de Trônes; era un camino abierto en terreno despejado. De la unidad que quedaba a nuestra derecha, el 76° Regimiento de Infantería, nos separaba un espacio de unos quinientos metros; no estaba defendido, pues el fuego era tan violento en aquel punto que nadie podía permanecer allí.

El sargento bávaro había desaparecido de repente y yo me encontré enteramente solo, en medio de una siniestra zona de embudos; en la mano tenía mi pistola de señales. Bancos de niebla que permanecían a ras del suelo ocultaban de una manera enigmática y amenazadora aquella zona. A mis espaldas se oyó un ruido amortiguado, desagradable; con una objetividad extraña comprobé que provenía de un cadáver gigantesco que empezaba a descomponerse.

Como ni siquiera tenía claro por dónde podría quedar aproximadamente el enemigo, me dirigí hacia donde se hallaban mis hombres y les aconsejé que estuvieran preparados para cualquier eventualidad. Todos permanecimos aquella noche en vela; yo la pasé, junto con Paulicke y mis dos enlaces de campaña, en una madriguera cuya capacidad sería aproximadamente de un metro cúbico.

Cuando empezó a amanecer fueron poco a poco quedando al descubierto ante nuestros asombrados ojos aquellos alrededores extraños.

Entonces vimos que el camino en hondonada no era más que una serie de embudos gigantescos que se hallaban llenos de muertos, armas y jirones de uniformes. Granadas de grueso calibre habían removido completamente, hasta donde alcanzaba la vista, el terreno circundante. Los ojos, aunque buscasen, no podían ver ni una mísera brizna de hierba. El arañado campo de lucha era espantoso. Los defensores muertos estaban tendidos entre los defensores vivos. Al cavar agujeros para protegernos observamos que los muertos yacían unos encima de otros, en capas superpuestas. Una compañía tras otra había perseverado hasta el fin, apretujada, bajo el fuego de tambor; éste la había segado y después las masas de tierra lanzadas a lo alto por los proyectiles habían sepultado los cadáveres. Los hombres del relevo habían venido a ocupar el puesto de los caídos. Ahora nos llegaba el turno a nosotros.

El camino en hondonada y el terreno de detrás estaban sembrados de alemanes; el terreno de delante, de ingleses. De los taludes salían, rígidos, brazos, piernas y cabezas; delante de nuestros agujeros había miembros sueltos arrancados, así como cadáveres enteros. Sobre una parte de ellos habían sido arrojados capotes y lonas de tienda de campaña, con el fin de escapar así a la visión permanente de aquellos rostros desfigurados. A pesar de las altas temperaturas nadie pensaba en cubrir de tierra a los muertos.

La aldea de Guillemont parecía haber desaparecido sin dejar rastro; sólo una mancha blancuzca en el campo de embudos señalaba el lugar en que habían quedado reducidas a polvo las piedras gredosas con que estaban construidos los edificios. Delante de nosotros quedaba la estación, aplastada como un juguete; y más allá, el bosque de Delville, reducido a astillas.

Tan pronto como amaneció, un avión inglés que volaba a baja altura vino hacia nosotros y, cual un ave carroñera, empezó a describir círculos por encima de nuestras cabezas, mientras huíamos a escondernos en los agujeros y nos acurrucábamos dentro de ellos. A pesar de esto, la aguda mirada del observador nos descubrió sin duda, pues poco después sonaron arriba, separados por intervalos breves, los toques largos, sordos, de una sirena. Se parecían a las llamadas de un ser de fábula que flotase despiadado sobre un desierto.

Al poco tiempo una batería pareció haber captado las señales. Proyectiles de grueso calibre y de tiro rasante fueron acercándose uno tras otro con un zumbido; su violencia era increíble. Nosotros estábamos encogidos en nuestros refugios sin hacer nada; de vez en cuando encendíamos un cigarrillo y enseguida lo tirábamos, mientras esperábamos quedar sepultados en cualquier instante. Un gran casco de metralla le desgarró a Schmidt la manga de su guerrera.

Al tercer disparo, un proyectil monstruoso que explotó en el agujero vecino al nuestro sepultó a su morador. Lo desenterramos enseguida, pero la presión de las masas de tierra lo había extenuado hasta la muerte; tenía demacrado el rostro, que parecía una calavera. Era el cabo Simon. Un hombre escarmentado, pues durante aquel día, si alguien se movía a descubierto mientras los aviones nos espiaban, sentíamos su voz conminadora y veíamos su puño, que salía amenazante por un orificio de la lona de tienda de campaña que tapaba su madriguera.

A las tres de la tarde llegaron mis centinelas apostados en el ala izquierda y me dijeron que les resultaba imposible continuar allí; los proyectiles habían arrasado sus pozos. Me fue preciso recurrir a toda la fuerza de mi autoridad para enviarlos otra vez a su sitio. Claro que yo me encontraba en el lugar más peligroso de todos y allí es donde se goza de máxima autoridad.

Poco antes de las diez de la noche cayó sobre el ala izquierda de nuestro regimiento una tromba de fuego; veinte minutos después se desplazó hacia donde estábamos nosotros. Pronto estuvimos completamente envueltos en humo y polvo, pero los más de los proyectiles caían o bien delante o bien detrás de la trinchera, por dar tal nombre a la depresión del terreno en que nos encontrábamos, sobre la cual parecía haber pasado una apisonadora. Mientras rugía a nuestro alrededor aquel huracán, recorrí la zona defendida por mi sección. Los hombres habían calado las bayonetas; inmóviles como piedras, el fusil en la mano, estaban de pie junto a la pendiente delantera del camino en hondonada y miraban fijamente el terreno que tenían delante. De vez en cuando, si brillaba una bengala de iluminación, veía yo un casco de acero al lado de otro casco de acero, un machete al lado de otro machete. Aquello me infundió un sentimiento de invulnerabilidad. Podíamos ser aplastados, pero no vencidos.

En la sección que quedaba a nuestra izquierda el sargento Hock, el infeliz cazador de ratas de Monchy, quiso disparar una bengala blanca, pero se equivocó, y al cielo ascendió, siseando, una señal roja, una señal de tiro de barrera, que fue repetida a continuación desde todos los lados. En un santiamén entró en acción nuestra artillería con tal violencia que daba gusto. Aullando bajaban de los aires, muy juntas,, granadas de mortero; reventaban en el terreno que quedaba delante de nosotros y despedían cascos de metralla y chispas. Una mezcla de polvo, gases sofocantes y vahos de los cadáveres lanzados al aire salía hirviendo de los embudos.

Tras esta orgía de exterminio fue calmándose el fuego y volvió otra vez a su nivel habitual. El movimiento nervioso de un solo hombre había puesto en marcha la poderosa maquinaria bélica.

Hock era y siguió siendo un hombre de mala suerte; aquella misma noche, al cargar su pistola, se disparó en la caña de su bota un proyectil de iluminación y fue preciso evacuarlo con graves quemaduras.

Al día siguiente llovió mucho. No nos vino mal, pues, una vez que hubo desaparecido el polvo, la sensación de sequedad en la garganta no resultaba ya tan atormentadora. La lluvia ahuyentó también a los grandes moscardones de color azulado que se habían concentrado en los lugares soleados, formando gigantescas masas compactas parecidas a cojines de terciopelo oscuro. Yo me pasé casi todo el día sentado en el suelo delante de mi madriguera; fumaba y, a pesar de lo que me rodeaba, comía con buen apetito.

A la mañana siguiente una bala de fusil, que nunca se supo de dónde llegó, le atravesó el pecho al fusilero Knicke, un hombre de mi sección. La bala le rozó también la columna vertebral, de modo que no podía mover las piernas. Cuando fui a verlo, estaba tendido, muy sereno, en un agujero, como alguien que ya ha arreglado sus cuentas con la Muerte. Al atardecer fue evacuado. Se lo llevaron a rastras, atravesando el fuego de la artillería; en esta ocasión se rompió además una pierna, cuando quienes lo portaban se vieron obligados a ponerse a cubierto. Murió en el hospital de sangre.

Por la mañana me llamó un hombre de mi sección y me hizo mirar con mis prismáticos, por encima de la arrancada pierna de un inglés, hacia la estación de Guillemont. Por un ramal de aproximación poco profundo iban avanzando apresuradamente centenares de ingleses. El débil fuego de fusilería que de inmediato ordené dirigir contra ellos no les causó ninguna preocupación especial. Aquel espectáculo era indicativo de la desigualdad de medios con que luchábamos. Si nosotros hubiéramos osado hacer aquello, nuestros destacamentos habrían sido abatidos en pocos minutos por los disparos. Mientras que no era posible ver un solo globo cautivo en nuestro lado, en el otro había más de treinta juntos; formaban un gran racimo de color amarillo brillante y observaban con ojos de Argos cualquier movimiento que en nuestro aplastado terreno se realizase, para dirigir inmediatamente hacia él un diluvio de hierro.

Al atardecer, en el momento en que estaba dando la consigna a los centinelas, un gran casco de metralla se estrelló contra mi estómago con un ronroneo; por suerte se hallaba ya casi al final de su trayectoria y cayó al suelo tras chocar violentamente con la hebilla de mi cinturón. Aquello me sorprendió tanto que sólo las preocupadas voces de mis acompañantes, que me tendían sus cantimploras, me hicieron caer en la cuenta del peligro que había corrido.

Delante de la zona defendida por la primera sección aparecieron al anochecer dos ingleses; pertenecían a los grupos encargados de llevar el rancho a las trincheras y se habían extraviado. Se acercaban muy tranquilos; uno llevaba en la mano una redonda perola de comida y el otro una alargada olla llena de té. Fueron abatidos a disparos hechos casi a quemarropa; uno cayó con la parte delantera de su cuerpo dentro del camino en hondonada, mientras que sus piernas permanecieron detenidas en el talud. En aquel *inferno* era casi imposible coger prisioneros; además, ¿cómo hacerlos atravesar la zona del fuego de barrera?

Sobre la una de la madrugada Schmidt me despertó violentamente de un sueño agitado. Me levanté nervioso y agarré el fusil. Había llegado nuestro relevo. Hicimos entrega de lo que se podía entregar y dejamos a nuestras espaldas lo más rápidamente posible aquel lugar del diablo. Acabábamos de llegar al ramal de aproximación poco profundo cuando estalló en medio de nosotros la primera salva de *shrapnels.* Un balín le atravesó la muñeca al hombre que me precedía; la sangre brotaba a chorros de la herida. Comenzó a tambalearse y quiso quedarse tendido a un lado. Lo agarré por el brazo, lo levanté, a pesar de sus quejidos, y no lo solté hasta que lo entregué en el puesto de socorro, situado junto a la galería ocupada

por el jefe de las tropas combatientes. En aquellos dos caminos en hondonada corrimos numerosos peligros; muchas veces nos quedamos allí sin aliento. El peor rincón de todos fue una cañada a la que fuimos a dar y en la que sin cesar estallaban, con un fogonazo, *shrapnels y* granadas de pequeño calibre. ¡Brrum! ¡Brrum! A nuestro alrededor crepitaba el remolino de hierro, que lanzaba una lluvia de chispas en la oscuridad. ¡Juiiiii! ¡Otra ráfaga! Se me cortó la respiración, pues fracciones de segundo antes me di cuenta, por el cada vez más agudo aullido, de que la rama descendente de la trayectoria de aquel proyectil iba a terminar junto a mí. Inmediatamente después cayó en tierra con violencia, junto a la planta de mi pie, un grueso proyectil, que lanzó a lo alto pedazos de barro blando. ¡Precisamente aquella granada no estalló!

Por todas partes cruzaban apresuradamente la noche y el fuego tropas que iban a relevar a otras y tropas que habían sido relevadas. Muchas de ellas se encontraban totalmente desorientadas y, a causa del nerviosismo y del agotamiento, lanzaban gemidos. En medio de todo aquello resonaban llamadas y órdenes, así como los prolongados gritos de socorro, que se repetían monótonamente, de los heridos perdidos en el campo de embudos. Yo proporcionaba informaciones a los soldados desorientados cuando pasaba corriendo junto a ellos, sacaba a unos de los agujeros abiertos por las granadas, amenazaba a otros que querían tirarse al suelo, gritaba constantemente mi nombre para mantener agrupados a todos los míos, y así conseguí, como por milagro, que mi sección retornara a Combles.

Luego, atravesando Sailly y la Granja del Gobierno, hubimos de marchar a pie todavía hasta el bosque de Hennois, donde íbamos a vivaquear. En aquella marcha quedó de manifiesto en toda su amplitud nuestro agotamiento. Con la cabeza abúlicamente caída nos fuimos deslizando a lo largo de nuestra ruta, mientras automóviles o columnas de munición nos empujaban con frecuencia a un lado. Presa de una sobreexcitación enfermiza, llegué a creer que los vehículos que por allí pasaban con estruendo marchaban tan cerca del borde del camino con la única finalidad de molestarnos, y más de una vez sorprendí mi mano puesta en la funda de mi pistola.

Después de aquella marcha tuvimos aún que montar las tiendas; sólo entonces pudimos tumbarnos en el duro suelo. Mientras permanecimos en aquel campamento del bosque cayeron grandes aguaceros. La paja de las tiendas comenzó a pudrirse y muchos hombres enfermaron. Los cinco oficiales de la compañía no nos dejamos perturbar por la humedad; por las noches nos sentábamos sobre nuestras maletas dentro de las tiendas, ante unas cuantas panzudas botellas que sabe Dios de dónde habrían salido. El vino tinto es en tales ocasiones un medicamento.

Una de aquellas noches la Guardia tomó al asalto, en un contraataque, la aldea de Maurepas. Mientras las dos artillerías enemigas se enzarzaban, a distancia, en un violento cañoneo mutuo, estalló una horrible tempestad, de modo que la furia de la tierra rivalizaba con la del cielo, igual que en la batalla homérica de los dioses y los hombres.

Tres días más tarde salimos de nuevo hacia Combles. Allí ocupé con mi sección cuatro sótanos pequeños; construidos con bloques de greda, eran estrechos y alargados y tenían bóveda de cañón; prometían seguridad. Al parecer habían pertenecido a un viticultor — así al menos me expliqué yo el hecho de que en la pared hubiera pequeñas chimeneas. Una vez que hube apostado a los centinelas nos tumbamos en los numerosos colchones reunidos allí por quienes nos habían precedido.

La primera mañana hubo una calma relativa; por ello me di un pequeño paseo por los devastados jardines y desvalijé unas espalderas llenas de sabrosos melocotones. En mis correrías fui a parar a un edificio, rodeado de elevados setos, que sin duda había pertenecido a un amante de los objetos bellos y antiguos. En las paredes de las habitaciones estaba colgada una colección de platos pintados; había también grabados, así como imágenes de santos tallados en madera. En grandes armarios se amontonaban porcelanas antiguas; dispersos por el suelo había delicados volúmenes encuadernados en piel, entre ellos una preciosa edición antigua de *Don Quijote.* Todos aquellos tesoros estaban entregados a la destrucción. Me hubiera gustado llevarme un recuerdo, pero me ocurría como a Robinson con la pepita de oro; allí no tenían ningún valor aquellos objetos. Así se estropearon en una fábrica grandes fardos de magníficas telas de seda, sin que nadie se preocupase de ellas. Cuando uno pensaba en el ardiente cerrojo instalado junto a

la Granja de Frégicourt, un cerrojo que obturaba aquel paisaje, renunciaba de buena gana a todo equipaje superfluo.

Cuando llegué a mi alojamiento, mis hombres, que habían vuelto de una similar correría exploratoria por los huertos, habían preparado una sopa con los siguientes ingredientes: carne en conserva, patatas, guisantes, zanahorias, alcachofas y verduras de todas clases. Era tan espesa aquella sopa que apenas se podía mover la cuchara dentro de ella. Mientras comíamos cayó una granada en el edificio en que nos encontrábamos y tres en las proximidades, pero aquello no nos causó mayores molestias. El exceso de impresiones nos había embotado ya demasiado. Aquella casa había sido indudablemente escenario de acontecimientos sangrientos, pues sobre un montón de escombros hacinados en la habitación central se alzaba una cruz de madera toscamente labrada en la que estaban escritos varios nombres. Al día siguiente me traje de la casa del coleccionista de porcelanas un tomo de los suplementos ilustrados del *Petit Journal,* luego me senté en una habitación que aún permanecía intacta, encendí en la chimenea una pequeña hoguera con trozos de muebles, y comencé a leer. Con frecuencia me veía obligado a mover de un lado a otro la cabeza, pues habían caído en mis manos números de la época del asunto de Fachoda.* Mientras leía, las cuatro explosiones de siempre rodeaban con su estruendo nuestra casa a intervalos regulares. Sobre las siete de la tarde había doblado la última página. Entonces me dirigí al vestíbulo situado delante de la entrada del sótano; allí estaban mis hombres preparando la cena en un pequeño hornillo.

Acababa de llegar junto a ellos cuando se oyó delante de la puerta de la casa un estampido seco; en el mismo momento noté un violento golpe contra mi pierna izquierda. Gritando el ancestral grito de los guerreros: «¡Me han dado!», bajé dando saltos, con mi pipa en la boca, las escaleras del sótano.

Rápidamente se encendió una luz y se examinó el caso. Primero pedí, como hacía siempre en tales ocasiones, que me dijesen lo que tenía, en tanto yo miraba al techo, pues a uno no le gusta ver esas cosas con sus propios ojos. En mi polaina de vendas se abría un agujero de bordes dentados, del que caía al suelo un hilillo de sangre; en el lado opuesto se alzaba la redonda hinchazón de un balín de *shrapnel,* que había quedado debajo de la piel.

El diagnóstico era sencillo, por tanto — un típico «balazo de permiso en casa»: ni demasiado leve ni demasiado grave. En todo caso, aquella era la última ocasión de dejarse «hacer un arañazo», si no se quería perder el tren para Alemania. Había en el balín que me hirió algo parecido a un rebuscamiento. Aquel *shrapnel* había estallado en el suelo, al otro lado de la tapia que rodeaba nuestro patio; una granada anterior había abierto en aquella tapia un agujero redondo, semejante a una ventana; delante de aquel agujero se encontraba una planta de adelfas. Por tanto, mi balín había atravesado volando, primero el agujero abierto por la granada, después las hojas de la adelfa, más tarde había cruzado el patio y la puerta de la casa, y en el pasillo había ido a buscar precisamente mi pierna, entre las muchas otras piernas que allí estaban juntas.

Mis camaradas me colocaron primero un vendaje provisional y luego me llevaron, cruzando la bombardeada calle, a las catacumbas; allí me tendieron enseguida sobre la mesa de operaciones. Mientras el alférez Wetje, que se apresuró a venir, me sostenía la cabeza, nuestro coronel médico me extrajo con un bisturí y unas tijeras el balín del *shrapnel;* me felicitó, pues el plomo había pasado rozando la tibia y el peroné, pero no había causado la menor lesión en ninguno de los huesos.

—*Habent sua fata libelli et balli* —dijo aquel hombre, que en sus años de universidad había sido miembro de una corporación estudiantil, mientras me confiaba a un enfermero para que me vendase.

Hasta que se hizo de noche permanecí tendido sobre una camilla en un nicho de las catacumbas. Durante ese tiempo tuve la alegría de ver que muchos de mis hombres venían a despedirse de mí. Malos días los aguardaban. También mi estimado coronel von Oppen acudió a hacerme una breve visita.

Al atardecer fui llevado con otros heridos hasta la salida del pueblo y allí me cargaron en un carro-ambulancia. El conductor partió a toda velocidad, sin prestar la menor atención a los gritos de los

* Región del Africa oriental, en la que los ingleses tuvieron graves enfrentamientos con los franceses por motivos coloniales. El «asunto de Fachoda» ocurrió en 1898. (N. del T.)

ocupantes. El carro fue dando tumbos sobre embudos y otros obstáculos por la carretera; cerca de la Granja de Frémicourt la carretera estaba batida, como siempre, por un intenso fuego. Por fin nos entregó a un auto, que nos depositó en la iglesia de aldea de Fins. El cambio de vehículos se realizó en plena noche, junto a un solitario grupo de casas; un médico examinaba allí los vendajes y decidía adónde habían de llevarnos. Me hallaba en un estado semifebril y tuve la impresión de que aquel médico era un hombre joven, que tenía enteramente blancos los cabellos y que se ocupaba de los heridos con una delicadeza increíble.

La iglesia de Fins estaba abarrotada por centenares de heridos. Una enfermera me contó que en las últimas semanas habían atendido y vendado allí a más de treinta mil hombres. Ante semejantes cifras, yo, con mi modesto balazo en la pierna, me consideré muy poco importante.

Desde Fins, junto con otros cuatro oficiales, me llevaron primero a un pequeño hospital y luego me instalaron en un edificio civil en San Quintín. Mientras nos descargaban, todos los cristales de las ventanas de aquella ciudad temblaban; era exactamente la hora en que los ingleses, recurriendo a un esfuerzo supremo de toda su artillería, conquistaban Guillemont.

Cuando bajaban del vehículo la camilla situada junto a la mía oí una de aquellas voces apagadas que jamás se olvidan.

—Por favor, llévenme enseguida al médico, estoy muy enfermo, tengo un flemón de gas.

Con esta expresión se designa una terrible forma de gangrena que a veces, si va unida con otras heridas, destruye la vida.

A mí me condujeron a una habitación en que había, una al lado de la otra, doce camas; tan pegadas estaban que se tenía la impresión de una habitación llena por completo de almohadas blancas como la nieve. Las heridas de los hombres que allí estaban eran casi todas graves; reinaba en aquel lugar un ajetreo en el que yo participaba como en sueños, febril como me encontraba. Así, a poco de mi llegada, un hombre joven se puso de pie de un salto en su cama y pronunció una arenga. Yo creía que se trataba de una broma especial suya, pero lo vimos desplomarse con la misma celeridad con que se había alzado. En medio de un silencio embarazoso sacaron su cama, empujándola sobre sus ruedas, por una pequeña puerta.

Junto a mí se encontraba un oficial de zapadores. Había pisado en la trinchera un cuerpo explosivo que, al ser tocado, escupió una llama larga como la de un soplete. Encima del pie de aquel hombre, que la llama había mutilado, habían colocado una campana de gasa transparente. Por lo demás, se hallaba de buen humor y estaba contento de haber encontrado en mí a alguien que le escuchase. A mi izquierda se hallaba un jovencísimo sargento aspirante a oficial al que atiborraban con grandes cantidades de vino tinto y yemas de huevo; había alcanzado el más extremo grado de enflaquecimiento que cabe imaginar. Cuando la enfermera quería hacerle la cama lo levantaba en alto como si fuese una pluma; bajo su piel eran visibles todos los huesos que el hombre lleva en su cuerpo. Cuando, al atardecer de aquel mismo día, la enfermera le preguntó si no quería escribir una cartita a sus padres, presentí lo que aquellas palabras significaban. Y, efectivamente, aquella misma noche sacaron también su cama, rodando, por la oscura puerta y la llevaron a la sala destinada a los moribundos, el llamado «moridero».

A las doce del día siguiente me encontraba ya en un tren hospital; me trasladó a Gera, donde me atendieron excelentemente en el hospital militar. Al cabo de una semana salía ya por las noches a dar una vuelta por los alrededores. Aunque había de tener cuidado de no toparme con el médico jefe.

Allí entregué también, como empréstito de guerra, los tres mil marcos que entonces poseía; nunca más volví a verlos. Cuando tuve en mi mano los recibos, me acordé de aquellos bonitos fuegos artificiales que una bengala disparada por error había provocado — un espectáculo que sin duda costó no menos de un millón de marcos.

Volvamos una vez más a aquel terrible camino en hondonada, para asistir al último acto que pone fin a aquel drama. Nos atendremos aquí a los informes proporcionados por los pocos heridos que sobrevivieron y sobre todo a los de Otto Schmidt, mi enlace de campaña.

Tras ser yo herido tomó el mando de la sección el segundo jefe, el sargento Heistermann, quien pocos minutos después condujo la sección al campo de embudos cercano a Guillemont. Excepto algunos pocos hombres que fueron heridos ya durante la marcha y que, en la medida en que podían caminar, volvieron a Combles, la unidad desapareció sin dejar rastro en los laberintos de fuego de aquella batalla.

Una vez realizado el relevo, la sección volvió a instalarse en las madrigueras que tan bien conocía. El continuo fuego de exterminio había ampliado entretanto hasta tal punto la brecha del flanco derecho que resultaba inabarcable con la vista. También se habían producido brechas en el flanco izquierdo, de modo que la posición se asemejaba a una isla rodeada de poderosos ríos de fuego. De islas semejantes a aquélla, mayores o menores, pero que cada vez se hacían más pequeñas, constaba el sector, en el sentido amplio de la palabra. El ataque inglés encontró una red cuyas mallas se habían agrandado tanto que era ya incapaz de retenerlo.

Así transcurrió la noche, en una agitación creciente. Cerca del amanecer apareció un patrulla del 76° Regimiento; la componían dos hombres y había conseguido llegar hasta allí a tientas, después de pasar infinitas fatigas. Volvió a desaparecer enseguida dentro de aquel mar de fuego; con ella desapareció el último contacto con el mundo exterior. El fuego, cada vez más violento, se fue corriendo hacia el ala derecha y agrandó poco a poco la brecha a medida que iba destruyendo, uno tras otro, los nidos de resistencia.

Hacia las seis de la mañana Schmidt quiso desayunar. Alargó la mano hacia su plato, que había dejado delante de nuestra antigua madriguera; lo único que encontró fue un retorcido y agujereado pedazo de aluminio. El bombardeo se reanudó pronto y fue adquiriendo aquel grado de virulencia que sin duda era preciso considerar como indicio infalible de un ataque inminente. Aparecieron unos aviones enemigos y comenzaron a trazar círculos a baja altura sobre el suelo, como buitres que se lanzan sobre la carroña.

Heistermann y Schmidt, los dos únicos moradores de aquella diminuta cavidad que, como de milagro, había aguantado hasta entonces, supieron que había llegado el momento de largarse de allí. Cuando salieron al camino en hondonada, que estaba lleno de humo y de polvo, se encontraron completamente a solas. Durante la noche el fuego había arrasado los últimos y escasos refugios situados entre ellos y el ala derecha y sepultado a sus ocupantes bajo las masas de tierra que se desplomaban. Pero también a su izquierda apareció desnudo de defensores el borde del camino en hondonada. Los restos de la guarnición, entre ellos los sirvientes de una ametralladora, se habían concentrado en un estrecho abrigo que allí había y cuya única cobertura eran unas simples tablas y una delgada capa de tierra. Aquel abrigo tenía dos entradas y había sido excavado en el talud trasero del camino, hacia su parte central. También Heistermann y Schmidt intentaron llegar a este último refugio. Pero mientras se dirigían hacia allí desapareció el sargento, que justo aquel día celebraba su cumpleaños. Se quedó rezagado detrás de un recodo y nunca más fue visto.

El único hombre que todavía apareció, por la derecha, junto al pequeño grupo del abrigo, fue un cabo que llevaba vendada la cara y que de repente se arrancó el vendaje; salpicó con un chorro de sangre a hombres y armas y se tiró al suelo para morir. Durante este tiempo había ido acrecentándose sin cesar la intensidad del fuego; dentro del abarrotado abrigo, en el que, desde hacía mucho rato, nadie pronunciaba ya una sola palabra, se contaba en todo momento con la llegada de un proyectil.

Más a la izquierda algunos hombres de la tercera sección se habían aferrado a sus embudos; la posición de la derecha, a partir de la brecha anterior —brecha que había crecido tanto, desde hacía ya mucho tiempo, que se había convertido en un inacabable dique roto—, quedó aplastada. Aquellos hombres fueron sin duda los primeros en ver a las unidades inglesas de choque que allí irrumpieron tras un último cañoneo de fuego concentrado. En todo caso, la guarnición fue alertada primero por un griterío que resonaba a su izquierda y que anunciaba al enemigo.

Schmidt, que había sido el último en llegar al abrigo y que por ello era el que más cerca de la salida se hallaba, fue el primero en aparecer en el camino en hondonada. De un salto se metió en el cono chisporroteante producido por el estallido de una granada. A través de la nube que se iba disipando divisó entonces también a la derecha, precisamente en el sitio en que quedaba la vieja madriguera que tan fielmente nos había protegido, unas formas humanas agachadas, que iban vestidas con uniformes de color

caqui. En ese mismo instante irrumpió el adversario, en grupos compactos, en el lado izquierdo de la posición. Lo que estaba ocurriendo al otro lado del talud delantero era algo que no resultaba visible, a causa de la profundidad del camino.

En esta situación desesperada, los moradores del abrigo que estaban más cerca de su entrada se lanzaron fuera, sobre todo el sargento Sievers, con una ametralladora aún intacta y sus sirvientes. En unos segundos quedó emplazada el arma en el piso del camino y enfilada hacia el adversario de la derecha. Pero en el momento en que el apuntador tenía ya la mano en el cargador y el dedo en el gatillo, por el talud delantero cayeron rodando varias granadas de mano inglesas. Los dos sirvientes de la ametralladora se desplomaron junto a su arma sin haber logrado que del cañón de ésta saliese una sola bala. Todos los demás hombres que salieron del abrigo fueron recibidos con tiros de fusil, de manera que en pocos instantes hubo alrededor de cada una de las dos entradas una ancha corona de caídos.

También a Schmidt lo derribó al suelo la primera salva de granadas de mano. Un casco de metralla le dio en la cabeza, otros le arrancaron tres dedos. Quedó tendido, con la cabeza apretada contra la tierra, cerca del abrigo; éste siguió atrayendo hacia sí, durante bastante tiempo, un intenso fuego de fusilería y de granadas de mano.

Por fin se hizo el silencio; los ingleses se apoderaron también de esta parte de la posición. Schmidt, tal vez el único hombre vivo que quedaba en el camino en hondonada, oyó pasos anunciadores de que los atacantes se aproximaban. Inmediatamente después resonaron a ras del suelo detonaciones de tiros de fusil y explosiones de cargas de voladura y bombas de gas, con las cuales limpiaban el abrigo. Pese a ello, aún salieron a rastras de allí, hacia el atardecer, algunos supervivientes; se habían ocultado en un rincón protegido. De ellos se compusieron sin duda los pequeños grupos de prisioneros que cayeron en manos de las tropas de asalto inglesas. Camilleros ingleses los recogieron y los llevaron a la retaguardia.

Poco más tarde cayó también Combles, una vez que quedó cerrado el cerco de la Granja de Frémicourt. Sus últimos defensores, que durante el bombardeo se habían refugiado en las catacumbas, fueron abatidos en la lucha por las ruinas de la iglesia.

Luego se hizo el silencio en esta región, hasta que la reconquistamos en la primavera de 1918.

Junto al bosque de Saint-Pierre-Vaast

Estuve catorce días en el hospital y otros tantos de permiso en casa; luego me reincorporé a mi regimiento, que defendía una posición junto a Deuxnouds, muy cerca de la Grande Tranchée, bien conocida por nosotros. Después de mi llegada, el regimiento permaneció allí únicamente dos días; dos días también estuvo en Hattonchâtel, un vetusto villorrio perdido entre montes. Luego partimos una vez más, desde la estación de Mars-la-Tour, en dirección a la zona del Somme.

Nos descargaron de los vagones en Bohain y nos acantonaron en Brancourt. Esta zona, cerca de la cual pasaríamos más tarde con frecuencia, está habitada por labradores, pero en casi todas las casas hay un telar.

Me alojé en el domicilio de un matrimonio que tenía una hija muy guapa. Compartíamos las dos habitaciones de que se componía aquella pequeña casa, de manera que por las noches me veía obligado a atravesar el dormitorio familiar.

Ya el primer día me rogó el marido que le redactase una denuncia dirigida al comandante de la plaza. Según él, un vecino le había agarrado del cuello, golpeado y amenazado de muerte, mientras le gritaba:

—*Demande pardon!*

Una mañana, al ir a salir de mi habitación para dirigirme al servicio, la hija se apoyó contra la puerta, desde la parte de fuera, y no me dejaba abrirla. Pensé que sería una de sus bromas y también yo empujé con fuerza desde mi lado. Bajo la presión ejercida por los dos, la puerta se salió de sus goznes, de modo que, con ella en medio, comenzamos a dar vueltas por la habitación. De pronto cayó al suelo aquel muro de separación y la bella apareció como su madre la echó al mundo, con gran embarazo de nosotros dos y gran diversión de su madre.

Jamás he oído a nadie insultar con la soltura de lengua con que lo hizo esta rosa de Brancourt en una ocasión en que una vecina suya la acusó de haber estado de pupila en cierta calle de San Quintín:

—*Ah, cette pelure, cette pomme de terre pourrie, jetée sur un fumier, c'est la crême de la crême pourrie.*

Así farfullaba aquella mujer mientras correteaba por la habitación con las manos extendidas como garras, sin poder encontrar ninguna víctima para su furia.

La vida que en aquel villorrio se hacía era propia de lansquenetes. Una noche quise visitar a un camarada que se alojaba en la casa de esa vecina que acabo de mencionar; era una ruda belleza flamenca y se llamaba Madame Louise. Atravesé directamente el jardín y por un ventanuco pude ver a Madame Louise sentada a la mesa; todavía a aquellas horas estaba regalándose con el contenido de una gran cafetera. De repente se abrió la puerta y entró en la habitación el beneficiario de aquel agradable alojamiento; caminaba como un sonámbulo y no llevaba puestas, lo que me dejó asombrado, más ropas que las que suelen éstos llevar. Sin decir palabra agarró la cafetera y vertió en su boca, por el pico, y con buena puntería, un gran trago de café. Hecho lo cual volvió a salir, sin tampoco esta vez pronunciar palabra. Me di cuenta de que lo único que allí podía hacer era perturbar un idilio, de modo que me alejé en silencio.

Reinaba en aquella zona una libertad de costumbres que contrastaba de modo extraño con su carácter campesino. Ello se hallaba relacionado sin duda con la actividad tejedora de sus habitantes, pues en ciudades y paisajes en que impera el huso se encontrará siempre un espíritu completamente distinto que en aquellos en que la gente trabaja, por ejemplo, en fraguas.

Como estábamos repartidos por compañías en diferentes poblaciones, el grupo que por las noches formábamos era pequeño. Los componentes habituales de nuestro grupo eran el alférez Boje, que mandaba la Segunda Compañía, el alférez Heilmann, descomunal guerrero al que una bala había vaciado un ojo, el sargento aspirante a oficial Gornick, que más tarde se incorporó a los aviadores que atacaron París, y yo. Todas las noches cenábamos patatas cocidas y sopa gulasch en conserva; luego aparecían en la mesa las cartas, así como algunas botellas de Polnischer Reiter o Grüne Pomeranzen. Quien allí llevaba la voz cantante era sobre todo Heilmann, uno de esos hombres que no se dejan impresionar por nada. Según aseguraba, el alojamiento en que él vivía era uno de los dos más hermosos que había; su herida, una de las dos más graves; y el entierro en que él había participado, uno de los dos más numerosos. Sólo la Alta Silesia, su patria chica, constituía una excepción, pues poseía la aldea más extensa del mundo, la estación de mercancías más grande del mundo y la mina más honda del mundo.

Para los combates inminentes el mando me había ordenado que ejerciese funciones de oficial de reconocimiento. Yo y mi unidad de reconocimiento, formada por dos suboficiales y cuatro soldados, estábamos a disposición de la división. Estas misiones especiales me hacían poca gracia, pues en mi compañía me sentía como en familia y me costaba mucho abandonarla en vísperas de una batalla.

El 8 de noviembre, bajo una lluvia torrencial, partió nuestro batallón hacia la aldea de Gonnelieu, que había sido abandonada por sus habitantes. Desde allí la unidad de reconocimiento fue enviada a Liéramont y puesta bajo las órdenes del capitán de caballería Böckelmann, oficial del servicio de información de la división. El capitán, nosotros —los cuatro jefes de las unidades de reconocimiento—, dos oficiales de observación y el ayudante del capitán habitábamos la espaciosa casa parroquial de Liéramont, cuyas habitaciones nos repartimos. Una de las primeras noches que allí pasamos tuvimos en la biblioteca una conversación acerca de la oferta de paz alemana, que acababa de darse a conocer por entonces. Böckelmann puso fin a la charla diciendo que, durante el tiempo de guerra, a todo soldado le debería estar prohibido pronunciar siquiera la palabra «paz».

Nuestros predecesores nos pusieron al corriente de la posición defendida por nuestra división. Todas las noches teníamos que ir a la primera línea; nuestra misión consistía en examinar la situación de cada punto, comprobar si se mantenían los contactos y, en general, hacernos una idea clara de cómo estaban las cosas, para, en caso de necesidad, poder situar a las tropas en su lugar apropiado y realizar tareas especiales. El sector que me asignaron como zona de trabajo quedaba a la izquierda del bosque de Saint-Pierre-Vaast, inmediatamente delante del denominado «Bosque sin Nombre».

De noche era aquél un paisaje cenagoso y desértico, por el que pasaban a menudo los truenos de los disparos. Con mucha frecuencia se elevaban cohetes amarillos que reventaban en el aire y dejaban caer una lluvia de fuego; su color me recordaba el sonido de una viola.

Ya la primera noche, una noche completamente oscura, me extravié en la zona pantanosa del arroyo Tortille y estuve a punto de ahogarme. Había allí lugares insondables; la noche anterior un carro de municiones tirado por caballos había desaparecido sin dejar rastro en uno de los gigantescos embudos abiertos por las granadas, embudos que quedaban ocultos bajo el nivel del cieno.

Una vez que hube salido de aquella zona desértica intenté avanzar a tientas hacia el Bosque sin Nombre, en cuyos alrededores había un débil, pero ininterrumpido fuego de granadas. Fui caminando hacia él con total despreocupación, pues el débil sonido de las explosiones me hacía presumir que los ingleses estaban malgastando allí proyectiles en mal estado. De repente una ligera brisa trajo hacia mí un dulzón olor a cebollas; a la vez oí en el bosque una serie de voces que gritaban:

—¡Gas, gas, gas!

Desde lejos aquellas voces sonaban como unos gritos peculiarmente ahogados y quejumbrosos; se parecían al canto de los grillos.

A la mañana siguiente me enteré de que, a aquella hora, muchos hombres nuestros morían intoxicados en el bosque, a cuyos matorrales se aferraban tenazmente las pesadas nubes de fosgeno.

Con los ojos lagrimeantes volví al bosque de Vaux dando traspiés; los empañados cristales de la máscara antigás no me permitían ver, y así fui cayendo de embudo en embudo.

Aquella noche, con sus vastos e inhóspitos espacios, fue de una soledad fantasmal. Cuando, en medio de aquellas tinieblas, topaba con centinelas o con soldados perdidos que iban errantes de un lado para otro, tenía el sentimiento glacial de que yo no hablaba con seres humanos, sino con demonios. Me parecía estar vagando por una escombrera gigantesca, situada más allá de los límites del mundo conocido.

El 12 de noviembre, con la esperanza de tener mejor suerte, hice mi segunda caminata hacia la primera línea; la misión que llevaba era comprobar la situación de los contactos en la denominada «Posición de los Embudos». Fui caminando hacia mi objetivo siguiendo una cadena de puestos de relé que estaban ocultos en agujeros hechos en la tierra.

La Posición de los Embudos llevaba ese nombre con toda propiedad. En una loma situada delante de la aldea de Rancourt se hallaban numerosos cráteres dispersos; unos cuantos hombres ocupaban acá y allá algunos de ellos. La oscura planicie, por encima de la cual se cruzaban silbando los proyectiles de ambos bandos, era una zona desolada, que infundía miedo.

Al cabo de algún tiempo perdí el contacto con la cadena de embudos; para evitar caer en manos de los franceses volví hacia atrás. Topé entonces con un oficial del 164? Regimiento al que conocía; me advirtió que no me quedase por allí cuando amaneciera. Me apresuré, pues, a cruzar el Bosque sin Nombre; fui dando traspiés, atravesando embudos profundos, saltando sobre árboles arrancados de cuajo y sobre una casi infranqueable maraña de ramas desgajadas.

Cuando salí de la linde del bosque era ya de día. Ante mí se extendía, sin el menor rastro de vida, el campo de embudos. Perplejo, me detuve, pues en la guerra las llanuras vacías de seres humanos son siempre sospechosas.

De pronto un soldado invisible disparó un tiro de fusil, que me dio en las dos piernas. Me arrojé al embudo más próximo y con el pañuelo me vendé las heridas, pues, como siempre, había vuelto a olvidar mi paquete de vendas. Una bala me había atravesado la pantorrilla derecha y rozado la izquierda.

Con suma precaución, arrastrándome, me metí otra vez en el bosque y desde allí me dirigí, cojeando, hacia el puesto de socorro, atravesando un terreno intensamente bombardeado.

Poco antes de llegar a aquél tuve una vez más ocasión de comprobar en vivo que en la guerra las pequeñas circunstancias son las que deciden la suerte. Cuando me hallaba a unos cien metros de un cruce de caminos hacia el que me dirigía, me llamó el jefe de un destacamento de zapadores con el que había coincidido en la Novena Compañía. Llevábamos hablando apenas un minuto cuando una granada explotó en medio de aquel cruce; es probable que, si no me hubiera topado con aquel hombre, la granada me hubiese matado. Uno no considera que un hecho como ése sea casual.

Una vez se hizo de noche me llevaron en camilla hasta Nurlu. De allí me recogió con un auto nuestro capitán. Mientras recorríamos el camino vecinal, iluminado por reflectores enemigos, el conductor frenó bruscamente. Un obstáculo oscuro cerraba el camino. Böckelmann, que me llevaba cogido por los hombros, me dijo:

—¡No mire!

Era un pelotón de infantería con su jefe; acababan de sucumbir, víctimas de una granada que los alcanzó de lleno. Como si fueran pacíficos durmientes, los camaradas yacían unidos en la muerte.

Una vez en la casa parroquial, tomé parte en la cena; cuando menos, me tendieron sobre un sofá en la habitación de uso común y allí hice que me sirvieran un vaso de vino tinto. Pronto la «bendición vespertina» que todas las noches recibía Liéramont estropeó aquel ambiente tan grato. Los bombardeos en las poblaciones son especialmente molestos; por ello, tras haber escuchado con atención unas cuantas veces el canto siseante de los mensajeros de hierro, canto que acababa en un estampido en los jardines o en las vigas de la casa, nos apresuramos a trasladarnos al sótano.

A mí me bajaron el primero, envuelto en una manta. Aquella misma noche me evacuaron al hospital de campaña de Villeret y desde allí me llevaron luego al hospital de guerra de Valenciennes.

Este hospital se hallaba instalado en el Instituto de Bachillerato, cerca de la estación, y albergaba a más de cuatrocientos heridos graves. Día tras día salía por el gran portal, entre el sordo redoblar de los tambores, un cortejo fúnebre. Todas las calamidades de la guerra se concentraban en la amplia sala de

operaciones de aquel hospital. Los médicos cumplían con su sangriento oficio al lado de una hilera de mesas de operar. Aquí se amputaba un miembro, allá se trepanaba un cráneo o se desprendía un vendaje que se había adherido al cuerpo. Quejidos y gritos de dolor cruzaban resonantes el espacio, inundado por la luz implacable, mientras enfermeras vestidas de blanco iban presurosas y atareadas de mesa en mesa llevando instrumentos o vendas.

Cerca de mi cama luchaba contra una grave gangrena un sargento que había perdido una pierna. Acaloramientos repentinos alternaban con escalofríos; la gráfica de su temperatura daba saltos como un caballo desbocado. Los médicos trataban de apuntalar aquella vida mediante champán y alcanfor, pero el platillo de la balanza se inclinaba cada vez más claramente hacia la muerte. Ocurrió algo notable, y es que aquel hombre, que en los últimos días había estado ya propiamente ausente de nosotros, a la hora de la muerte recobró toda su lucidez e hizo algunos preparativos. Así, pidió a la enfermera que le leyese su capítulo preferido de la Biblia y luego se despidió de todos nosotros, excusándose por haber perturbado con sus accesos de calentura nuestro reposo nocturno. Por fin susurró, con una voz a la que intentó conferir un tono de broma:

—¿No le queda un cachito de pan, Fritz?

Pocos minutos después murió. La última frase que pronunció hacía referencia a Fritz, nuestro enfermero, un hombre mayor, cuyo dialecto solíamos imitar. Aquellas palabras nos conmovieron, pues en ellas se ponía de manifiesto el propósito del moribundo de divertirnos.

Durante mi permanencia en aquel hospital me hizo sufrir mucho un acceso de tristeza melancólica, al que sin duda contribuyó también el recuerdo del paisaje cenagoso y como prehistórico en que me habían herido. Todas las mañanas caminaba, cojeando, por las orillas de un desolado canal, entre álamos sin hojas. Me atormentaba especialmente el no haber podido participar en el asalto de mi regimiento al bosque de Saint-Pierre-Vaast — un brillante hecho de armas que hizo caer en nuestras manos centenares de prisioneros.

Al cabo de catorce días, tan pronto tuve medio cerradas las heridas, me incorporé a mi unidad. La división seguía defendiendo la misma posición en que la dejé cuando me hirieron. En el momento en que el tren entraba en Epéhy resonaron afuera varias explosiones. Retorcidos restos de vagones de mercancías, diseminados junto a los raíles, indicaban que allí no se bromeaba.

Un capitán que estaba sentado frente a mí y que, al parecer, acababa de ser facturado desde la patria, preguntó:

—¿Qué ocurre?

Sin detenerme a contestarle abrí la puerta del compartimento y me puse a cubierto detrás del terraplén de la vía, mientras el tren rodaba aún un corto trecho. Por fortuna aquellas explosiones fueron las últimas. Ninguno de los viajeros resultó herido; sólo algunos caballos fueron bajados sangrando de los vagones de ganado.

Como aún no podía caminar bien, me encomendaron tareas de oficial de observación. El puesto de observación estaba situado en la pendiente que desde Nurlu desciende hasta Moislains. Consistía en un anteojo goniométrico empotrado en un muro; con él observaba la primera línea, que conocía muy bien. Si el fuego crecía en intensidad, o si aparecían bengalas de colores, o si sucedía algo especial, había que informar telefónicamente a la división. Me pasaba días enteros detrás de los gemelos, tiritando, encogido en una pequeña silla, envuelto en las nieblas de noviembre, y la única pequeña distracción que me procuraba era hacer alguna llamada para comprobar si la línea funcionaba. Cuando los disparos rompían el hilo telefónico tenía que hacer que los hombres de la unidad de averías lo empalmasen. En estos soldados, cuya actividad apenas me había llamado hasta ahora la atención en el campo de batalla, descubrí una especie particular de trabajadores desconocidos en el espacio de la Muerte. Mientras todos los demás se apresuraban de ordinario a escapar de las zonas bombardeadas, la unidad de averías se dirigía hacia ellas sin tardanza por razones de oficio. Día y noche acudía a visitar los embudos aún calientes por la explosión para empalmar los dos cabos del hilo roto; actividad tan peligrosa como poco llamativa.

El puesto de observación estaba de tal manera sumido en el terreno que no se distinguía de él. Desde fuera lo único que se veía era una estrecha hendidura, que quedaba oculta bajo una capa de hierba. Por ello los únicos proyectiles que hasta allí llegaban eran proyectiles disparados al azar. Desde mi seguro escondite podía seguir cómodamente el modo de comportarse de hombres aislados o de pequeños destacamentos, algo a lo que se presta poca atención cuando es uno mismo el que atraviesa una zona bombardeada. El paisaje se asemejaba a veces, sobre todo en las horas del crepúsculo, a una gran estepa poblada de animales. La comparación con un siniestro paisaje de la naturaleza se imponía sobre todo cuando hombres que aparecían de súbito se dirigían una y otra vez hacia puntos bombardeados a intervalos regulares y luego se tiraban al suelo de repente y escapaban de allí a toda prisa. Sin duda la impresión era tan fuerte porque yo, que era, por así decirlo, una antena avanzada del mando, contemplaba con toda calma los acontecimientos. Propiamente lo único que tenía que hacer era aguardar la hora del ataque.

Los turnos duraban veinticuatro horas; cuando acababan, venía otro oficial a relevarme. Entonces me dirigía a Nurlu para descansar. En una gran bodega subterránea de esta población habíamos instalado un alojamiento relativamente cómodo. Aún recuerdo a menudo las noches de noviembre, noches largas, hechas para meditar, que pasé a solas, fumando mi pipa, delante de la chimenea de aquel refugio cubierto por una bóveda de cañón, mientras fuera, en el desolado parque, la niebla goteaba de los desnudos castaños y a veces una explosión interrumpía con sus ecos el silencio.

El 18 de diciembre fue relevada nuestra división; yo me reincorporé a mi regimiento, que se encontraba descansando en la aldea de Fresnoy-le-Grand. Allí tomé el mando de la Segunda Compañía, en sustitución del alférez Boje, que estaba de permiso. En Fresnoy tuvo nuestro regimiento cuatro semanas de tranquilo descanso y todo el mundo intentó disfrutar de él lo más posible. La Navidad y el día de Año Nuevo los celebramos con fiestas de las compañías; en ellas corrieron con abundancia tanto la cerveza como el ponche caliente. En la Segunda Compañía no quedaban ya más que cinco hombres de los que habían celebrado conmigo la Navidad anterior en las trincheras de Monchy.

Junto con el sargento aspirante a oficial Gornick y mi hermano Fritz, que se había incorporado a nuestro regimiento para realizar en él durante seis semanas sus prácticas de cadete, yo ocupaba el salón y dos dormitorios del domicilio de un pequeño rentista francés. Allí me volví un poco más sociable y muchas veces no volvía a casa hasta las primeras horas del día.

Una mañana, cuando aún me encontraba soñoliento en mi cama, entró en mi habitación un camarada que venía a recogerme para ir juntos al servicio. Mientras charlábamos se puso a juguetear con mi pistola, que estaba, como siempre, encima de mi mesilla de noche, y se le disparó un tiro, que me pasó rozando las sienes. Durante la guerra presencié muchas heridas graves causadas por el manejo imprudente de las armas; tales contratiempos son especialmente fastidiosos.

Durante la primera semana que pasamos en Fresnoy el general Sontag llevó a cabo una inspección de nuestro regimiento; lo elogió por las hazañas realizadas en el asalto al bosque de SaintPierre-Vaast y entregó numerosas condecoraciones. Mientras yo desfilaba ante el general al frente de la Segunda Compañía creí observar que el coronel von Oppen le decía algo acerca de mí. Horas después se me ordenó que me presentara en el puesto de mando; allí el general me impuso la Cruz de Hierro de primera clase. Mi alegría fue tanto mayor cuanto que, en realidad, cumplí aquella orden barruntando para mis adentros que me iban a echar una bronca por algún motivo. Pero el general me recibió con estas palabras:

—Tiene usted la costumbre de ser herido con frecuencia y por eso he pensado entregarle un parche.

El 17 de enero de 1917 me mandaron ir desde Fresnoy al campo de maniobras instalado en Sissonne, en las cercanías de Laon, para participar en un curso de jefes de compañía. El capitán Funk, director de nuestro destacamento, hizo que el servicio nos resultara muy agradable. Poseía el talento de derivar de unas pocas reglas básicas la inmensa cantidad de normas del reglamento; un método siempre bueno, cualquiera que sea el campo a que se aplique.

El rancho, en cambio, fue bastante miserable durante esta época. Las patatas escaseaban; todos los días, cuando en nuestro inmenso comedor levantábamos las tapaderas de los platos, encontrábamos una insípida sopa de colinabos. Al poco tiempo no podíamos ni ver estos amarillos frutos de la tierra. En

realidad son mejores de lo que su fama dice — si se los prepara, claro está, con un buen trozo de carne de cerdo y no se escatima la pimienta. Pero éstas eran precisamente las cosas de que carecíamos.

La retirada del Somme

A finales de febrero de 1917 me reincorporé a mi regimiento, que desde hacía algunos días defendía una posición próxima a las ruinas de Villers-Carbonell; allí tomé el mando de la Octava Compañía.

El camino que llevaba a las trincheras de combate iba serpenteando por la región siniestra y desolada de la depresión pantanosa del río Somme. Un viejo puente, ya muy deteriorado, cruzaba la corriente. Había, además de él, otros senderos de aproximación. Eran pasarelas afirmadas con troncos y atravesaban la cuenca pantanosa que se extiende en la depresión. En ellas era preciso hender en fila india los extensos cañaverales que allí había, y que crujían cuando los atravesábamos, y cruzar también extensiones de agua cuya superficie era de un negro brillante. Cuando en estos lugares caían granadas, que lanzaban hacia el cielo altas columnas de fango parecidas a surtidores, o cuando sobre las superficies pantanosas vagaban las ráfagas de las ametralladoras enemigas, lo único que uno podía hacer era apretar los dientes, pues iba caminando como por una cuerda a cuyos lados no había nada en que refugiarse. Por ello teníamos siempre una sensación de alivio cuando divisábamos unas cuantas locomotoras a las que los proyectiles habían otorgado, al destrozarlas, unas formas fantasmagóricas y que se habían quedado paradas sobre unos raíles en la escarpada orilla del otro lado; ellas anunciaban el final del camino.

En la depresión del río estaban las aldeas de Brie y de SaintChrist. Torres de las que lo único que se conservaba era una única y delgada pared, en los orificios de cuyas ventanas jugaba la luz de la luna, así como oscuros montones de ruinas de las que sobresalía una confusa armazón de vigas, y también árboles aislados, despojados de sus ramas, que se alzaban en dilatadas llanuras de nieve, en las cuales se destacaban, cual dibujos de una alfombra, los negros agujeros dejados por las explosiones, festoneaban el camino como rígidas bambalinas metálicas, detrás de las cuales permanecía al acecho la realidad fantasmal de aquel paisaje.

Después de un período de mucho cieno las trincheras de lucha acababan de ser acondicionadas de nuevo, bien que de un modo precario. Los jefes de sección me contaron que durante algún tiempo, para no exponerse al peligro de perecer ahogados, habían realizado el relevo usando únicamente bengalas luminosas. Una bengala disparada oblicuamente sobre la trinchera significaba: «Dejo la guardia»; otra, disparada en dirección contraria: «Me he hecho cargo de ella».

Mi abrigo quedaba a unos cincuenta metros de la primera línea y se hallaba en una zanja transversal; además de mí y de mi pequeña plana mayor lo habitaba también un pelotón que estaba directamente a mis órdenes. El abrigo era seco y estaba bien construido. En sus dos entradas, que estaban tapadas con lonas de tienda de campaña, había unas estufas de hierro con largos tubos para dar salida al humo; a menudo, cuando el enemigo nos bombardeaba, caían rodando por ellos, con un estruendo horrible, grandes trozos de tierra. De la galería salían, en ángulo recto, algunos ramales ciegos que venían a ser como unas celdas diminutas. En una de ellas me instalé. Aparte de un estrecho camastro, una mesa y unas cuantas cajas de granadas de mano, el resto del mobiliario se componía de unos pocos objetos que me eran familiares desde hacía mucho tiempo: una estufa de alcohol, una palmatoria, una cacerola y mis armas personales.

También aquí teníamos todas las noches una agradable hora de charla; cada cual se acurrucaba encima de veinticinco granadas de mano cargadas. Se reunían conmigo los otros dos oficiales de la compañía, Hambrock y Eisen, y creo que las reuniones subterráneas de nuestro pequeño grupo, celebradas a trescientos metros del enemigo, resultaban bastante curiosas.

Hambrock, astrónomo de profesión y hombre muy aficionado a E.T.A. Hoffmann, solía hablar largo y tendido acerca de la observación del planeta Venus; aseguraba que desde la Tierra jamás se podía

contemplar ese astro en toda la pureza de su brillo. Aquel hombre era de estatura minúscula, delgado como una araña, pelirrojo, y su cara estaba sembrada de pecas amarillas y verdosas; esto último le había valido entre nosotros el mote de «Marqués de Gorgonzola». Durante la guerra había adquirido costumbres extrañas. Así, solía pasar el día durmiendo y hasta que no anochecía no se despabilaba; luego, a veces, vagaba a solas, como un fantasma, delante de las trincheras alemanas e inglesas. También tenía la desagradable manía de deslizarse en silencio hasta un centinela y disparar de repente junto a la oreja de éste una bengala de iluminación; lo hacía, decía, «para poner a prueba el valor». Por desgracia su salud era demasiado débil para soportar una guerra; a ello se debió sin duda el que poco después muriese en Fresnoy, a consecuencia de una herida que en sí misma carecía de importancia.

También Eisen era muy bajo de estatura; pero, a diferencia de Hambrock, era gordo. Y como había crecido en el cálido clima de Lisboa —era hijo de un emigrante—, siempre estaba tiritando de frío. Por este motivo usaba un gran pañuelo a cuadros rojos para intentar mantener caliente la cabeza; el pañuelo pasaba por encima del casco y luego era anudado bajo la barbilla. Eisen era muy aficionado también a llevar colgadas muchas armas en su cuerpo — además de un fusil que de continuo portaba, se metía debajo del cinturón todo tipo de armas blancas, pistolas, granadas de mano, así como una linterna, de manera que, cuando uno se topaba con él en la trinchera, lo primero que pensaba era que se había tropezado con una especie de armenio. Durante cierto tiempo llevó también en los bolsillos del pantalón algunas granadas ovoides, hasta que esta mala costumbre dio lugar a un incidente muy desagradable que una noche nos contó. Había estado rebuscando en el bolsillo para sacar la pipa de fumar; ésta se había enredado en la cinta de una granada ovoide y había tirado de ella. Y así, de repente, Eisen se vio sorprendido por el inequívoco chasquido sordo que suele anunciar el ligero siseo de la ignición del detonador, que dura tres segundos. En sus horrorizados esfuerzos por sacar el artefacto y tirarlo por encima del parapeto se embrolló de tal manera en su propio bolsillo que hace ya mucho tiempo que estaría hecho pedazos si no hubiera sido porque, gracias a una suerte fabulosa, precisamente aquella granada no estalló. Medio paralizado, y bañado en sudores de angustia, vio cómo se le devolvía, como un regalo, la vida.

Pero lo único que con ello consiguió fue un aplazamiento, pues pocos meses después murió combatiendo en Langemarck. También en su caso la voluntad tenía que suplir las deficiencias del cuerpo; era tan corto de vista como duro de oído, y, como pronto se demostró en una pequeña escaramuza que tuvimos con el enemigo, era preciso, para que pudiera participar en la lucha, que sus hombres lo orientaran antes en la dirección adecuada.

Con todo, hombres de constitución débil, pero valientes, valen más que no cobardes de constitución fuerte; una y otra vez se puso esto de manifiesto en muchas ocasiones durante las pocas semanas que pasamos en aquella posición.

Sin duda cabría calificar de tranquila aquella zona del frente. Pero los violentos tiros concentrados que a veces machacaban por sorpresa las trincheras demostraban que la artillería no escaseaba. Los ingleses eran además muy curiosos y no pasaba semana en que no procurasen, por la astucia o por la fuerza, echar un vistazo a lo que nosotros hacíamos; para ello se servían de pequeños destacamentos de reconocimiento. Corrían entonces muchos rumores acerca de una gran «superbatalla de material», la cual, según se decía, nos iba a proporcionar durante la primavera unos festejos enteramente distintos de aquellos a los que nos había acostumbrado la Batalla del Somme el año anterior. Para amortiguar la furia del primer choque preparamos una vasta operación de repliegue. Voy a contar aquí algunos sucesos vividos por mí en este período.

1 de marzo de 1917. Por la tarde, como teníamos un tiempo muy despejado, hubo una agitada actividad artillera. Especialmente una batería de grueso calibre, cuyo tiro dirigían observadores situados en globos cautivos, arrasó casi completamente el tramo de trinchera encomendado a la tercera sección. Para completar mi plano de la posición me dirigí esa misma tarde a aquel sitio; fui chapoteando por la llamada «Trinchera sin Nombre», que estaba completamente inundada. Mientras caminaba hacia allá vi cómo caía a tierra delante de nosotros un gigantesco sol amarillo, que arrastraba tras de sí un largo penacho de humo. Un avión alemán se había acercado a aquel fastidioso globo cautivo y lo había

incendiado con sus disparos. Perseguido por el furioso tiroteo de la defensa antiaérea, nuestro avión escapó sano y salvo describiendo abruptos círculos.

Al atardecer vino a verme el cabo Schnau y me informó de que debajo del abrigo de su pelotón se venía oyendo, desde hacía ya cuatro días, un ruido de golpes de pico. Retransmití aquel informe y me enviaron un destacamento de zapadores provisto de aparatos de escucha, pero éstos no llegaron a detectar nada sospechoso. Más tarde se dijo que la totalidad de la posición había estado minada.

El 5 de marzo, a primeras horas de la madrugada, se aproximó a nuestra posición una patrulla enemiga y comenzó a cortar las alambradas. Alertado por un centinela, acudí deprisa con unos cuantos hombres y arrojé granadas de mano; ante esto los atacantes emprendieron la huida, pero dejaron a dos hombres tendidos sobre el terreno. Uno de ellos, un alférez joven, murió enseguida; el otro, un sargento, tenía graves heridas en los brazos y en las piernas. Por los documentos del oficial pudimos saber que se llamaba Stokes y que pertenecía al 2 ° Regimiento de fusileros Royal Munster. Iba muy bien vestido y su rostro, al que la muerte había dado una expresión convulsa, tenía unas facciones inteligentes y enérgicas. En su agenda pude leer un gran número de direcciones de chicas de Londres; esto me conmovió. Lo enterramos detrás de nuestra trinchera y le pusimos una cruz sencilla en la que hice inscribir su nombre con tachuelas clavadas. Este incidente me enseñó que no todas las patrullas tenían un final tan feliz como las realizadas por mí hasta aquel momento.

A la madrugada siguiente, tras una corta preparación artillera, los ingleses atacaron con cincuenta hombres el sector defendido por la compañía vecina a la nuestra, sector que estaba al mando del alférez Reinhardt. Los atacantes se deslizaron sigilosamente hasta llegar delante de nuestras alambradas; una vez allí, uno de ellos, usando un frotador que llevaba fijado a la manga, transmitió una señal luminosa para hacer callar a las ametralladoras inglesas. Entonces echaron a correr hacia nuestras trincheras al tiempo que caían las últimas granadas. Todos ellos llevaban tiznados de hollín los rostros, para distinguirse lo menos posible en la oscuridad.

Fue tan magistral, sin embargo, el recibimiento que los nuestros les dispensaron que sólo uno de ellos consiguió llegar hasta nuestra trinchera. La atravesó y siguió corriendo hasta alcanzar la segunda línea; allí fue abatido a tiros, pues no hizo caso cuando le conminaron a que se entregase. Sólo un alférez y un sargento ingleses consiguieron saltar nuestra alambrada. El alférez cayó muerto, aunque debajo del uniforme llevaba una coraza; una bala de pistola, que Reinhardt le disparó a quemarropa, le metió en el cuerpo una placa de la coraza. Al sargento los cascos de metralla de las granadas de mano le arrancaron ambas piernas; a pesar de ello, con una calma estoica, mantuvo apretada entre los dientes su corta pipa hasta que murió. También en esta ocasión tuvimos una vez más, como siempre que topábamos con ingleses, la grata impresión de enfrentarnos a gentes viriles y audaces.

A última hora de esa mañana tan pródiga en éxitos iba paseando por mi trinchera cuando vi en un apostadero al alférez Pfaffendorf; estaba dirigiendo desde allí, con un anteojo goniométrico, el tiro de sus lanzaminas. Me puse a su lado y, nada más hacerlo, descubrí a un inglés que caminaba a descubierto por detrás de la tercera línea enemiga; con su uniforme gris caqui se destacaba nítidamente del horizonte. Le arrebaté de las manos el fusil al centinela que más cerca me quedaba, puse el alza a seiscientos metros, apunté con todo cuidado, un poco delante de su cabeza, y apreté el gatillo. El inglés dio todavía tres pasos y luego se derrumbó de espaldas, como si le hubieran quitado de debajo del cuerpo las piernas; un par de veces batió los brazos y después cayó rodando en un agujero abierto por una granada. Largo tiempo vi brillar aún, con los prismáticos, la manga gris de su uniforme.

El 9 de marzo los ingleses volvieron a apisonar nuestro sector según todas las reglas de la balística. A hora muy temprana de la mañana me despertó un intenso ataque artillero por sorpresa; cogí mi pistola y, adormilado, me precipité afuera. Al apartar a un lado la lona de tienda de campaña que cerraba la entrada de mi galería vi que aún era noche cerrada. Los cegadores fogonazos de los proyectiles y el barro que zumbaba en el aire me despabilaron inmediatamente. Eché a correr por la trinchera, pero no encontré en ella alma viviente hasta que llegué a la escalera de una galería; allí estaban acurrucados, como gallinas apretujadas cuando llueve, los hombres de un pelotón sin jefe. Me los llevé conmigo y movilicé la

trinchera. Tuve una gran alegría al oír por algún sitio la aflautada voz del pequeño Hambrock, que también, lo mismo que yo, estaba poniendo en orden la trinchera.

Una vez que el fuego decreció volví malhumorado a mi galería. Allí acrecentó mi mal humor la llamada telefónica que recibí de un puesto de mando:

—Maldita sea, ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué no ha cogido antes el teléfono?

El bombardeo continuó después del desayuno. Esta vez los ingleses machacaron lenta, pero sistemáticamente, nuestra posición con granadas de grueso calibre. Aquello acabó aburriéndome; por un pasillo subterráneo fui a hacer una visita al pequeño Hambrock, vi lo que tenía de beber y jugué con él una partida de cartas. En una ocasión nos interrumpió una explosión gigantesca; por la puerta y por la chimenea de la estufa caían rodando grandes trozos de tierra. El acceso a la galería había sido hundido; el revestimiento de madera de las paredes, doblado y partido como un caja de cerillas. Por la chimenea de ventilación entraba un sofocante olor a almendras amargas — ¿es que aquellos tipos nos estarían bombardeando con ácido cianhídrico? Bueno, ¡que aproveche! En un determinado momento tuve necesidad imperiosa de ir a un lugar excusado; hube de realizar aquella operación en cuatro tiempos, pues los proyectiles de grueso calibre me interrumpían continuamente. Poco después entró corriendo mi ordenanza a decirnos que un disparo certero había reducido a virutas la letrina. Esto movió a Hambrock a hacer un admirativo comentario sobre mi buena suerte. Respondí:

—Si me llego a quedar más tiempo fuera, ahora tendría acaso tantas pecas como usted.

El fuego cesó al atardecer. Recorrí entonces la trinchera; lo hice en aquel estado de ánimo que siempre se apoderaba de mí tras un intenso bombardeo y que sólo cabe comparar con la sensación de alivio que se experimenta después de una tempestad. El aspecto de la trinchera era desolador; grandes trechos de ella habían quedado aplanados, cinco accesos a galerías estaban hundidos. Varios hombres habían sido heridos; los visité y los encontré relativamente bien. Cubierto con su lona de tienda de campaña, un muerto yacía en el piso de la trinchera. Un alargado casco de metralla le había arrancado la cadera, aunque se encontraba muy abajo en la escalera de la galería.

Al atardecer nos relevaron.

El 13 de marzo el coronel von Oppen me confió la misión de defender con una patrulla compuesta de dos pelotones el sector ocupado por nuestra compañía, hasta que se hubiera replegado a la otra orilla del río Somme la totalidad del regimiento. Cada uno de los cuatro sectores de la primera línea iba a ser guardado por una patrulla igual a la mía; su mando había sido encomendado a oficiales. Empezando por la derecha, aquellos sectores los mandábamos respectivamente los alféreces Reinhardt, Fischer, Lorek y yo.

Las aldeas que habíamos atravesado a nuestra llegada parecían ahora grandes manicomios. Compañías enteras se dedicaban a derribar y romper paredes o a subirse a los tejados y machacar las tejas. Talaban árboles, rompían cristales; nubes de humo y polvo se alzaban alrededor de enormes montones de escombros. Soldados vestidos con trajes de caballero o de señora abandonados por los habitantes, y tocados con sombreros de copa, corrían como locos de un lado para otro. Con la perspicacia peculiar de los destructores sabían encontrar las vigas maestras de las casas; ataban a ellas cuerdas y luego tiraban, con gritos acompasados, hasta que el edificio se derrumbaba con estruendo. Otros blandían grandes martillos y machacaban todo lo que se les ponía por delante, desde una maceta colocada en el alféizar de una ventana a la artística construcción de vidrio de un invernadero.

Hasta la Posición Sigfrido todas las aldeas eran un montón de ruinas; todos los árboles estaban talados; todas las carreteras, minadas; todos los pozos, envenenados; todos los cursos de agua, represados con diques; todos los sótanos, volados con explosivos o convertidos en lugares peligrosos merced a las bombas allí escondidas; todas las vías férreas, desmontadas; todos los cables telefónicos, arrancados; todo lo que podía arder, quemado. En suma, transformamos en un yermo la tierra que aguardaría al enemigo cuando éste avanzase.

Lo que allí se veía recordaba, como he dicho, un manicomio; y como éstos, producía un efecto mitad cómico y mitad repugnante. Aquellas destrucciones fueron funestas también para la disciplina de la tropa,

como enseguida pudo notarse. Allí fue donde por vez primera vi la destrucción planificada, un tipo de destrucción con el que luego en la vida habría de tropezar hasta la saciedad. Esta clase de destrucción, que está funestamente vinculada con las concepciones economicistas de nuestra época, ocasiona al destructor más daños que beneficios y no reporta ningún honor al soldado.

Entre las sorpresas que habíamos preparado a nuestros sucesores había algunas de una refinada maldad. Así, en las entradas de las casas y de las galerías habíamos tendido alambres casi invisibles, no más gruesos que crines de caballo; al menor contacto aquellos cables provocaban el estallido de cargas explosivas ocultas. En muchos lugares cavamos en las carreteras agujeros estrechos y metimos en ellos una granada; todo ello se tapaba con una tabla de encina y luego se recubría la tabla con tierra. En la tabla había un clavo que quedaba casi encima mismo de la espoleta de la granada. El grosor de la tabla había sido calculado de tal manera que sobre ella pudieran pasar sin el menor peligro las tropas de infantería que marchasen a pie; pero tan pronto como el primer camión o la primera pieza de artillería rodasen sobre la tabla, ésta se curvaría y entonces la granada volaría por los aires. Una de aquellas invenciones insidiosas eran las bombas de efecto retardado; las enterrábamos en los sótanos de edificios que habíamos dejado intactos. Una plancha de metal dividía estas bombas en dos mitades. Una de ellas estaba llena de explosivos; la otra, de un ácido. Una vez escondidos aquellos huevos diabólicos, el ácido corroía, en un trabajo que duraba semanas, la plancha de metal y hacía estallar la bomba. Una de ellas lanzó por los aires el edificio del ayuntamiento de Bapaume en el preciso momento en que estaban reunidas en él las principales autoridades para festejar la victoria.

El 13 de marzo la Segunda Compañía abandonó la posición y yo la ocupé con mis dos pelotones. Durante la noche un balazo en la cabeza mató a un soldado que se llamaba Kirchhof. Lo curioso fue que aquel fatídico proyectil fue el único que el adversario disparó durante muchas horas.

Hice todo lo que en mis manos estuvo para inducir a engaño al enemigo acerca de nuestras fuerzas. Lanzábamos paladas de tierra por encima del parapeto unas veces en un sitio y otras veces en otro, y con nuestra única ametralladora tuve que hacer una serie de disparos unas veces desde el ala derecha y otras desde la izquierda. A pesar de ello nuestro tiro sonaba muy débil cuando cruzaban nuestra posición, volando a baja altura, aviones enemigos de observación, o cuando un destacamento de zapadores atravesaba la retaguardia enemiga. Por ello todas las noches aparecían en diferentes puntos delante de nuestra trinchera patrullas inglesas que se dedicaban a manipular las alambradas.

El penúltimo día de estancia allí estuve a punto de encontrar un final miserable. Un proyectil fallido, procedente de un cañón antiaéreo que disparaba contra los globos cautivos, cayó zumbando desde una gran altura y vino a explotar en el través en que, desprevenido, me había apoyado. La presión del aire me arrojó por la abertura de una galería que quedaba enfrente; allí me reencontré a mí mismo poco después, sumamente desconcertado.

La mañana del día 17 notamos que el ataque era inminente. En la trinchera inglesa de primera línea, una trinchera cubierta de cieno y que de ordinario estaba desierta, oímos el chapotear de muchas botas. Las risas y los gritos de un numeroso destacamento delataban que también por dentro tenían que ir muy empapados aquellos hombres. Unas figuras humanas oscuras se aproximaron a nuestra alambrada, pero las alejamos a tiros; una de ellas se desplomó entre lamentos y quedó allí tendida. En forma de erizo concentré mis pelotones alrededor de la desembocadura de un ramal de aproximación y me esforcé en iluminar con bengalas el terreno de delante, todo ello bajo un fuego de artillería y de lanzaminas que empezó de repente.

Como las bengalas blancas se nos agotaron pronto, recurrimos a las de colores y lanzamos al aire unos auténticos fuegos artificiales. A las cinco, hora fijada para la evacuación, aún demolimos rápidamente con granadas de mano todos los abrigos, excepto aquellos en que habíamos colocado máquinas infernales, cuya construcción era bastante ingeniosa. Todas las municiones que nos quedaban las habíamos empleado en fabricar aquellas máquinas. En las últimas horas no me gustaba ya tocar ninguna caja, ninguna puerta, ningún cubo de agua, pues temía saltar de repente por los aires.

A la hora fijada se replegaron hacia el Somme las patrullas; algunas estaban ya enredadas en combates de granadas de mano con el enemigo. Nosotros fuimos los últimos en cruzar la depresión del cauce del

río; unos comandos de zapadores volaron entonces los puentes. Sobre nuestra posición seguía cayendo un furioso fuego de tambor. Hasta pasadas algunas horas no aparecieron junto al Somme las primeras patrullas enemigas. Nosotros nos replegamos detrás de la Posición Sigfrido, aún en construcción; nuestro batallón se instaló en la aldea de Léhancourt, situada junto al canal de San Quintín. Me alojé con mi ordenanza en una casita donde las provisiones y las ropas se acumulaban en cómodas y armarios. A pesar de todos mis esfuerzos por convencerle no logré que mi fiel Knigge instalase su yacija en el salón, que estaba caliente; se empeñó en dormir en la fría cocina — un rasgo típico de la sobriedad que caracteriza a los hombres de la baja Sajonia.

La primera noche tranquila invité a mis amigos a un vino caliente, sazonado con todas las especias que habían dejado los dueños de la casa. Además de otras recompensas, nuestro servicio de patrulla nos había valido catorce días de permiso.

En la aldea de Fresnoy

Esta vez no interrumpieron mi permiso, que comencé a disfrutar unos días más tarde. En mi diario encuentro esta anotación breve, pero elocuente: «Pasado muy bien el permiso. No tendré que hacerme reproches después de mi muerte». El 9 de abril de 1917 me reincorporé a la Segunda Compañía, que se hallaba acantonada en la aldea de Merignies, no lejos de Douai. Una alarma estropeó la alegría de mi reencuentro con los camaradas; aquella alarma me resultó especialmente desagradable porque recibí la orden de conducir a Beaumont un convoy de armamento. Bajo chaparrones de agua y ráfagas de nieve cabalgué en cabeza de los carros que sigilosamente se deslizaban por la carretera, hasta que a la una de la madrugada llegamos a nuestro punto de destino.

Instalé como buenamente pude a los hombres y a los caballos y luego me puse a buscar alojamiento para mí, pero encontré ocupado hasta el último rincón. Finalmente, a un funcionario de la intendencia se le ocurrió la buena idea de ofrecerme su cama, pues él tenía que pasar la noche en vela al lado del teléfono. Sin quitarme ni las botas ni las espuelas me arrojé en el lecho, en tanto aquel hombre me contaba que los ingleses habían tomado a los bávaros las alturas de Vimy y una gran extensión de terreno. A pesar de su espíritu hospitalario, me di cuenta de que le resultaba sumamente desagradable que aquella tranquila aldea de descanso de la tropa se transformase en un punto de reunión de unidades combatientes.

A la mañana siguiente nuestro batallón marchó a pie hasta la aldea de Fresnoy, en dirección al tronar de los cañones. Allí recibí la orden de instalar un puesto de observación. Ayudado por algunos de mis hombres escogí en la periferia occidental de la aldea una pequeña casa e hice abrir en su techo un agujero orientado hacia el frente. Nuestras pertenencias personales las trasladamos al sótano de aquella casita. Al hacer limpieza en él cayó en nuestras manos un saco de patatas; fue un agradable complemento de nuestro escasísimo rancho. Todas las noches me preparaba Knigge patatas cocidas sin pelar, que tomaba con sal. Gornick, que ocupaba con un destacamento de la policía de campaña la aldea de Willerwal, ya evacuada, me remitió, como obsequio de camarada, unas cuantas botellas de vino tinto y una lata de embutido de hígado. Procedían de las existencias de un almacén de víveres que había sido abandonado con las prisas. Para salvar tales tesoros envié inmediatamente a aquel sitio una «unidad de requisa», equipada con cochecitos de niño y otros vehículos similares. Por desgracia tuvo que dar media vuelta sin lograr su objetivo, pues los ingleses habían llegado ya a las afueras de Willerwal en compactas líneas de tiradores. Gornick me contó más tarde que en aquella aldea, que estaba ya batida por el fuego del enemigo, se organizó, cuando se descubrió el almacén de vino tinto, una ruidosa y desenfrenada francachela, y que fue muy difícil ponerle freno. Lo que en tales casos solíamos hacer a continuación de la orgía era partir en dos pedazos con la pistola las garrafas de vidrio y otros recipientes similares.

El 14 de abril el mando me encomendó la misión de instalar en Fresnoy una cabecera de transmisión de mensajes. Para este fin puso a mi disposición enlaces a pie, ciclistas, teléfonos, una estación de señales ópticas, así como un telégrafo por cable, palomas mensajeras y un cordón de relés luminosos. Al atardecer me dediqué a buscar un sótano que resultase adecuado para aquella instalación y que además tuviera incorporada una galería subterránea. Luego me encaminé por última vez a mi antiguo alojamiento, situado en la periferia occidental de la aldea. Aquel día había habido mucho trabajo y regresé agotado.

Durante la noche me pareció oír algunas veces detonaciones sordas y gritos de Knigge; pero tenía tanto sueño que me contentaba con murmurar:

—¡Dejadlos que tiren!

Luego me daba media vuelta en la cama, aunque el polvo que flotaba en el aire de la habitación era tan espeso como en una calera. A la mañana siguiente el pequeño Schultz, sobrino del coronel von Oppen, me despertó a gritos:

—Pero, hombre ¿es que aún no se ha enterado de que los proyectiles han aplastado su casa?

Cuando me levanté y revisé los daños hube de comprobar que una granada de grueso calibre había reventado en el tejado; todas las habitaciones, incluida aquella en que estaba el puesto de observación, habían quedado arrasadas. Si la espoleta de aquella granada hubiera sido un poco menos sensible, habrían tenido que «recogerme raspando con una cuchara y enterrarme en una cacerola», como se decía bonitamente en el frente. Schultz me contó que su enlace le había dicho, al ver la casa destruida:

—Ahí dentro vivía ayer un alférez; vamos a ver si todavía sigue ahí.

A Knigge le sacaba de sus casillas mi sueño increíblemente pesado.

Por la mañana nos trasladamos a nuestro nuevo sótano. Por el camino estuvieron a punto de aplastarnos las ruinas de un campanario que se derrumbó al pasar nosotros; para impedir que la artillería enemiga lo utilizase como punto de referencia, el comando de zapadores lo había hecho saltar sin dar aviso a nadie. En una aldea vecina se olvidaron incluso de avisar a los dos hombres que estaban de guardia en el observatorio de la torre; milagrosamente se los pudo rescatar ilesos de entre las vigas. Aquella misma mañana saltaron por los aires más de una docena de campanarios en las cercanías.

Nos instalamos bastante aceptablemente en nuestro espacioso sótano, en el que reunimos, tal como nos vinieron a las manos, muebles sacados tanto de las casas ricas como de las humildes. Lo que no nos gustaba lo quemábamos para calentarnos.

En aquellos días se libraron por encima de nuestras cabezas varios enconados combates aéreos. Casi siempre terminaban con la derrota de los ingleses, pues la escuadrilla de Richthofen sobrevolaba entonces aquella zona. A veces ocurría que seis o siete aviones enemigos eran obligados a aterrizar uno tras otro o eran incendiados por los disparos de los nuestros. En una ocasión vimos cómo el ocupante de uno de ellos trazaba amplios círculos fuera ya del avión y luego caía a tierra, como un punto negro, separado de su máquina. Pero el mirar mucho hacia arriba encerraba también, ciertamente, sus peligros; así, un casco de metralla que cayó de lo alto hirió mortalmente en el cuello a un hombre de la Cuarta Compañía.

El 18 de abril fui a hacer una visita a la posición defendida por la Segunda Compañía; era una trinchera en forma de arco trazada alrededor de la aldea de Arleux. Hasta aquel momento, según me contó Boje, no había tenido más que un herido, ya que el pedante tiro de ensayo de los ingleses permitía evacuar el sector bombardeado en cada momento.

Tras desearle buena suerte salí de aquella aldea al galope, dado que continuamente estaban llegando granadas de grueso calibre. A trescientos metros detrás de Arleux me paré y estuve contemplando las nubes que las explosiones levantaban; eran de color rojo o negro, según diesen las granadas contra obras de ladrillo o contra la tierra de los jardines. El color respectivo iba siempre mezclado con el suave color blanco de los *shrapnels* que reventaban. Pero cuando algunas ráfagas de granadas de pequeño calibre cayeron sobre los estrechos senderos que unían Arleux con Fresnoy, renuncié a ulteriores impresiones y abandoné aprisa el campo, para no dejarme «apiolar», como solía decirse entonces en el argot de la Segunda Compañía.

Por entonces realicé con bastante frecuencia paseos semejantes a éste y alguna vez llegué incluso hasta el pueblo de Henin-Liétard; me fue posible hacerlo porque en las dos primeras semanas no tuve ninguna noticia que transmitir, a pesar del numeroso personal que estaba a mis órdenes.

Una pieza de artillería de marina bombardeó Fresnoy a partir del 20 de abril; sus granadas llegaban con un rugido que se parecía a un bufido infernal. Después de cada explosión la aldea quedaba envuelta en una enorme nube pardo-rojiza de ácido pícrico, que se expandía en forma de hongo. Incluso los proyectiles que no explotaban causaban un pequeño terremoto. Uno de ellos sorprendió en el patio del castillo a un hombre de la Novena Compañía y lo lanzó a lo alto por encima de los árboles del parque; al caer se rompió todos los huesos.

Un atardecer me dirigía en bicicleta a la aldea. Bajaba de una loma que la dominaba cuando vi ascender la bien conocida nube de color pardo-rojizo. Me apeé de la bicicleta y, dispuesto a aguardar con calma el final del bombardeo, me acomodé en un campo de labor. Aproximadamente a los tres segundos de cada impacto oía un violento estampido, al que seguían unos silbidos y gorjeos polifónicos, como si se

acercase una densa bandada de pájaros. Caía luego una lluvia de centenares de cascos de metralla, que levantaban polvaredas en la seca tierra de labor. Aquel juego se repitió varias veces; con un sentimiento de curiosidad en el que se mezclaban el malestar y el cosquilleo aguardaba cada vez la llegada relativamente lenta de los cascos de metralla volantes.

Por las tardes el enemigo bombardeaba la aldea con proyectiles de calibres muy diferentes. A pesar del peligro me costaba mucho separarme del tragaluz existente en el techo de la casa en que me alojaba, pues era un espectáculo emocionante ver cómo destacamentos sueltos y enlaces aislados corrían a toda prisa por el terreno bombardeado, tirándose a menudo al suelo con rapidez, en tanto a su derecha y a su izquierda se alzaba el suelo en remolinos. Mientras uno echaba así una mirada a las cartas del Destino olvidaba fácilmente su propia seguridad.

En una ocasión en que estaba entrando en la aldea cuando ya había concluido uno de aquellos ejercicios de tiro —pues sin duda de ejercicios se trataba—, llegó todavía un proyectil y hundió un sótano. De aquel lugar lleno de humo no pudimos extraer más que tres cadáveres. Junto a la entrada del sótano yacía de bruces un muerto. Su uniforme estaba desgarrado, tenía arrancada la cabeza y su sangre había corrido hacia un sumidero. Cuando un enfermero le dio la vuelta para recoger sus objetos de valor vi, como en una pesadilla, que lo único que del mutilado brazo sobresalía era el dedo pulgar.

La actividad de la artillería enemiga aumentaba de día en día y no dejaba duda alguna acerca de la inminencia de un ataque. El día 27, a media noche, recibí este mensaje telefónico: «67 a partir de 5 a.m.». Según nuestro código cifrado esto significaba: «Reforzar la alerta a partir de las cinco de la madrugada».

Para estar en condiciones de afrontar las fatigas que eran de esperar me acosté enseguida, pero justo en el momento en que estaba empezando a coger el sueño cayó en la casa una granada. Aquel proyectil hundió la pared de la escalera del sótano y arrojó los escombros en nuestra habitación. Nos pusimos en pie de un salto y nos apresuramos a meternos en la galería subterránea.

Cuando, malhumorados y cansados, nos acurrucamos en la escalera, iluminados por la luz de una vela., llegó corriendo el jefe de los soldados encargados de las señales ópticas, cuya estación, junto con dos valiosas linternas de señales, había quedado aplastada aquella tarde, y me comunicó lo siguiente:

—Mi alférez, un proyectil ha dado de lleno en el sótano de la casa número once y aún quedan algunos hombres bajo los escombros.

En aquella casa había alojado yo a dos ciclistas y tres telefonistas, de modo que salí corriendo con algunos de mis hombres a auxiliarlos.

En la galería subterránea de aquella casa encontré a un soldado herido y a un cabo, que me contaron lo siguiente. Cuando empezaron a caer sospechosamente cerca los primeros proyectiles, cuatro de los cinco ocupantes del edificio decidieron refugiarse en la galería. El primero bajó enseguida a ella; otro se quedó tumbado tranquilamente en la cama; los otros tres comenzaron a ponerse las botas. Como tantas otras veces en la guerra, quienes salieron mejor librados fueron el más precavido y el más indiferente. El primero no fue herido; al dormilón lo hirió en el muslo un casco de metralla. Los otros tres quedaron destrozados por una granada que atravesó la pared del sótano y reventó en el rincón opuesto al lugar por donde entró.

Tras oír este relato encendí de todos modos un puro y penetré en la habitación, que estaba llena de humo; en medio de ella se alzaba casi hasta el techo un informe montón en el que se entremezclaban sacos de paja y destrozados muebles y armazones de camas. Colocamos algunas luces en las rendijas de la pared y nos dispusimos a llevar a cabo nuestra triste tarea. Agarramos los miembros que sobresalían de entre las ruinas y, tirando de ellos, sacamos los cadáveres. Uno tenía arrancada la cabeza; su cuello, plantado sobre el tronco, parecía una esponja sanguinolenta. Del muñón del brazo de otro sobresalía el hueso astillado; su uniforme estaba empapado en la sangre que brotaba de una gran herida que tenía en el pecho. Al tercero le colgaban los intestinos fuera del vientre, que estaba abierto. Cuando lo sacábamos a tirones, una madera astillada se clavó en aquella herida espantosa y produjo un odioso ruido. Al oírlo, uno de los ordenanzas se permitió una observación, pero Knigge lo hizo callar con estas palabras:

—Cierra el pico, que aquí los graznidos están fuera de lugar.

Hice un inventario de los objetos de valor que encontramos en los muertos. Era aquélla una tarea siniestra. Las llamas de las velas oscilaban en medio del espeso vaho que allí había y lanzaban un resplandor rojizo, mientras los hombres me iban entregando carteras y objetos de plata. Parecía como si estuviéramos ejecutando una actividad oscura y secreta. El fino polvo amarillo de los ladrillos se había depositado en los rostros de los muertos y les daba la rígida apariencia de máscaras de cera. Echamos mantas sobre los cadáveres y, tras haber cargado a nuestro herido en una lona de tienda de campaña, nos apresuramos a salir de aquella galería. Al herido le dimos este estoico consejo:

—¡Aprieta los dientes, camarada!

Atravesando un salvaje fuego de *shrapnels lo* llevamos hasta el puesto de socorro.

Cuando volví a mi alojamiento, unas copas de Cherry-Brandy me ayudaron a serenarme. Al poco tiempo empezó otra vez el bombardeo, más violento todavía que antes; nos apresuramos a reunirnos en la galería subterránea, pues aún seguía nítido ante nuestros ojos el ejemplo que acabábamos de ver de la eficacia de la artillería en los sótanos.

A las cinco y cuarto de la madrugada el fuego alcanzó en pocos segundos una intensidad inaudita. Nuestro servicio de información había previsto bien los acontecimientos. La galería subterránea en que nos encontrábamos vibraba y temblaba como un barco en un mar tempestuoso; a nuestro alrededor oíamos el trueno de las paredes al desplomarse y el crujido de los edificios cercanos que se venían abajo cuando un proyectil acertaba de lleno en ellos.

A las siete de la mañana capté un mensaje óptico que la brigada dirigía al Segundo Batallón. Decía así: «La brigada desea tener inmediatamente una idea clara de la situación». Una hora más tarde volvió, mortalmente extenuado, el enlace y me trajo este mensaje: «El enemigo ha ocupado Arleux y el parque de Arleux. He ordenado que la Octava Compañía contraataque, pero hasta este momento no tengo noticias. Rocholl, capitán».

Esta fue la única noticia —muy importante, desde luego— que transmití con mis numerosos aparatos durante las tres semanas que pasé en Fresnoy. En el momento en que mi actividad resultaba sumamente valiosa, la artillería enemiga había puesto fuera de combate casi todas mis instalaciones y yo mismo me hallaba encerrado, como un ratón cazado, bajo una campana de fuego. La estructura de aquella cabecera de transmisión de mensajes era poco apropiada; estaba excesivamente centralizada.

Aquella sorprendente noticia me hizo comprender por qué, desde hacía algún tiempo, venían estrellándose contra las paredes de los edificios balas de infantería disparadas desde corta distancia.

El bombardeo recomenzó con más virulencia que nunca en el momento en que estábamos acabando de formarnos una idea clara acerca de la grandes pérdidas sufridas por nuestro regimiento. Knigge, que había sido el último en llegar a la galería, seguía aún en el peldaño más alto de la escalera. En aquel momento un estampido parecido a un trueno nos anunció que los ingleses habían conseguido por fin acertar con sus disparos en nuestro sótano. Al buen Knigge le cayó sobre la espalda un pesado pedrusco, pero no recibió ningún otro daño. En la parte de arriba estaba hecho trizas todo lo que allí había. Hasta abajo, donde estábamos nosotros, la luz del día nos llegaba únicamente a través de dos bicicletas que habíamos dejado amontonadas en la entrada de la galería. Bastante abatidos, nos replegamos hasta el escalón más bajo, mientras sacudidas sordas y continuas y el estrépito de las piedras al caer nos convencían de la inseguridad de nuestro refugio.

El teléfono funcionaba aún, milagrosamente. Le expuse nuestra situación al jefe del servicio de comunicaciones de la división y recibí la orden de replegarme con mis hombres al puesto de socorro, que quedaba cerca y estaba instalado en una galería.

Empaquetamos lo indispensable y nos dispusimos a dejar nuestra galería por la otra salida, que aún se hallaba intacta. Aunque no escatimé órdenes ni amenazas, los hombres de la compañía de telefonistas, con escasas experiencias de la guerra, dudaban en abandonar la protección de la galería y exponerse al fuego. Tanto tiempo estuvimos dudando que también se desmoronó con estrépito esa otra entrada, arrasada por una granada de grueso calibre. Nadie resultó herido, por fortuna; sólo nuestro pequeño perro empezó a aullar de un modo lastimero y a partir de ese momento desapareció.

Apartamos a un lado las bicicletas que obstruían la salida de la galería al sótano, nos arrastramos a gatas por encima del montón de ruinas y salimos al aire libre por una grieta de la pared. Sin detenernos a contemplar la increíble transformación de aquel lugar echamos a correr hacia la salida de la aldea. Cuando el último de nosotros acababa de abandonar el portal del patio, el edificio, alcanzado por un potente proyectil, recibió el golpe de gracia.

En el espacio intermedio entre la periferia de la aldea y el puesto de socorro había un cerrojo de fuego. Granadas de pequeño y de grueso calibre, provistas de espoletas de percusión, de retardo e incendiarias, así como proyectiles no estallados, vainas y *shrapnels* producían una confusión de locura, capaz de turbar ojos y oídos. En medio de todo aquello avanzaban unidades de apoyo, que evitaban por la derecha y por la izquierda el atolladero de la aldea.

En Fresnoy se sucedían continuamente las columnas de tierra, altas como campanarios; cada segundo parecía querer sobrepujar en violencia al anterior. La tierra se tragaba casa tras casa como por arte de magia, las paredes se venían abajo, las fachadas se derrumbaban, los desnudos armazones de las techumbres eran lanzados por los aires e iban a segar los techos vecinos. Por encima de blancuzcos bancos de vapor danzaban nubes de cascos de metralla; ojos y oídos permanecían hechizados por aquel exterminio vertiginoso.

En el puesto de socorro pasamos dos días; estuvimos atrozmente apretujados, pues, además de mis hombres, también se alojaban allí las planas mayores de dos regimientos, los comandos de relevo y los inevitables «despistados». Naturalmente, el intenso tráfago en las entradas, delante de las cuales había siempre una aglomeración parecida a la que se da ante las piqueras de las colmenas, no pasó inadvertido al enemigo. En el camino que pasaba por delante empezaron a caer pronto, a intervalos de un minuto, granadas de tiro preciso, que se cobraron numerosas víctimas; las voces de llamada a los enfermeros eran continuas. Aquel molesto tiroteo me hizo perder cuatro bicicletas que habíamos dejado junto a la entrada de la galería en la que aquel puesto de socorro estaba instalado. Fueron lanzadas por los aires y quedaron retorcidas de un modo extraño.

Envuelto en una lona de tienda de campaña yacía ante la entrada, rígido y mudo, el jefe de la Octava Compañía, el alférez Lemiére, al que sus hombres habían llevado hasta allí; aún tenía puestas sus grandes gafas de concha. Un tiro le había entrado por la boca. Víctima de una herida igual moriría unos meses más tarde su hermano pequeño.

El 30 de abril se hizo cargo del servicio mi sucesor, un hombre del 25° Regimiento, que fue el que vino a relevarnos. Nosotros salimos hacia Flers, punto de concentración del Primer Batallón. Dejando a la izquierda la calera «Chezbontemps», que había sido alcanzada por proyectiles de grueso calibre, en una tarde cálida fuimos marchando alborozados por el camino vecinal que conducía a Beaumont. Contentos de haber escapado a la inaguantable estrechez de aquel agujero que era el puesto de socorro, los ojos disfrutaban otra vez de la belleza de la tierra, y los pulmones se embriagaban con el aire tibio de la primavera. Teniendo a las espaldas el tronar de los cañones nos era lícito decir:

Ein Tag, von Gott, dem hohen Herrn der belt,
Gemacht zu süsserm Ding als sich zu schlagen

[Un día hecho por Dios, Señor del mundo,
para cosas más dulces que el andar golpeándose]

En Flers encontré ocupado por algunos sargentos del servicio de retaguardia el alojamiento que me había sido asignado; se negaban a hacerme sitio con la excusa de que tenían que guardar aquella habitación para el barón X. Pero no habían contado con el mal humor de un cansado e irritado soldado del frente. Sin más contemplaciones hice que mis acompañantes echaran abajo la puerta; tras un breve forcejeo, que se desarrolló ante los ojos de los asustados moradores de la casa, que acudieron en camisón, aquellos caballeros salieron volando escaleras abajo. Knigge llevó tan lejos la cortesía que les arrojó,

mientras huían, sus botas altas, que habían dejado olvidadas. Tras este combate de asalto me metí en la cama, que aún guardaba el calor de su anterior ocupante; la mitad de ella se la ofrecí a mi amigo Kius, quien, carente de alojamiento, andaba errante de un lado para otro. Dormir en aquel mueble del que por tanto tiempo habíamos carecido nos sentó tan bien que a la mañana siguiente nos despertamos «tan frescos como antes».

El Primer Batallón había sufrido poco en los pasados días de lucha y por ello era excelente nuestra moral cuando marchamos a pie hacia la estación de Douai. Nuestro punto de destino era la aldea de Sérain, donde íbamos a pasar algunos días de descanso. La amable población de este lugar nos proporcionó buenos alimentos y ya la primera noche salía de muchas casas el alegre ruido de las fiestas con que los camaradas celebraban su reencuentro.

Estas ofrendas a Baco, celebradas tras batallas en que el desenlace ha sido favorable, cuentan entre los recuerdos más bellos de los viejos guerreros. Y aunque de doce hayan muerto diez, es seguro que, en la primera noche tranquila, los dos últimos se encontrarán ante una botella, beberán silenciosamente un vaso a la memoria de los camaradas muertos y luego comentarán entre bromas las vivencias comunes. En estos hombres está viva una fuerza elemental que subraya, pero a la vez espiritualiza, la ferocidad de la guerra: el gusto por el peligro en sí mismo, el caballeresco afán de salir airoso de un combate. En el transcurso de cuatro años el fuego fue fundiendo una estirpe de guerreros cada vez más pura, cada vez más intrépida.

A la mañana siguiente vino Knigge a leerme unas órdenes; hacia el mediodía saqué en claro de ellas que debía tomar el mando de la Cuarta Compañía. En el otoño de *1914* había caído ante Reims, siendo miembro de ella, el poeta de la baja Sajonia Hermann Löns; tenía casi cincuenta años y se había presentado voluntario para marchar al frente.

Contra indios

El 6 de mayo de *1917* estábamos ya otra vez caminando hacia Brancourt, lugar que nos era bien conocido. Al día siguiente, atravesando Montbréhain, Ramicourt y Joncourt, nos dirigimos hacia la Posición Sigfrido, que habíamos abandonado un mes antes.

La primera noche fue agitada; violentos chaparrones cayeron sobre el inundado terreno. Una serie de días hermosos y cálidos nos reconcilió pronto, sin embargo, con nuestro nuevo lugar de residencia. Disfruté a manos llenas de aquella naturaleza espléndida, sin preocuparme ni de las bolas blancas de los *shrapnels* ni de los conos de tierra, semejantes a surtidores, que las granadas levantaban; de tales cosas apenas hacía caso ya. Con cada primavera empezaba un nuevo año de lucha; de él formaban parte tanto los indicios de una gran ofensiva como las prímulas y el verde joven de los árboles.

El sector ocupado por nosotros formaba un saliente en forma de media luna delante del canal de San Quintín; a sus espaldas se hallaba la famosa Posición Sigfrido. Para mí era un enigma el que nosotros tuviéramos que ocupar unas trincheras angostas, aún inacabadas, abiertas en la greda, mientras teníamos detrás aquel poderosísimo bastión.

La primera línea corría serpenteante por una zona de prados a los que daban sombra pequeñas arboledas; aquellos prados mostraban ya los delicados colores de la naciente primavera. Uno podía moverse impunemente por delante y por detrás de la trinchera, ya que numerosos puestos de vigilancia avanzados garantizaban la seguridad de nuestra posición. Estos apostaderos constituían una seria molestia para el enemigo; por ello, durante muchas semanas no hubo noche en que no intentase, por la astucia o por la fuerza, expulsar de acá y de allá a nuestros pequeños destacamentos.

Nuestro primer período en aquella posición transcurrió, sin embargo, en una agradable calma; el tiempo era tan hermoso que pasábamos las noches tumbados en la hierba. El 14 de mayo nos relevó la Segunda Compañía; dejando a nuestra derecha San Quintín en llamas, nos dirigimos a Montbréhain, lugar en que íbamos a descansar. Era una aldea grande; aún no había sufrido mucho por causa de la guerra y nos brindó unos alojamientos muy cómodos. El día 20 ocupamos, como compañía de reserva, la Posición Sigfrido. Allí tuvimos unas auténticas vacaciones de verano; pasábamos el día sentados en las numerosas glorietas construidas en el talud o nos bañábamos y remábamos en el canal. Durante este período leí con gran placer, tumbado en la hierba, todo Ariosto.

El inconveniente de estas posiciones modélicas reside en las frecuentes visitas de los mandos superiores. En las trincheras de tiradores, sobre todo, este tipo de visitas estropea en medida considerable el ambiente. De todos modos mi ala izquierda, que lindaba con la aldea de Bellenglise, ya bastante «arañada», no pudo quejarse de falta de fuego. Ya el primer día un *shrapnel* hirió en la nalga derecha a uno de mis hombres; era una herida sin orificio de salida. Enterado de lo ocurrido, acudí a toda prisa al lugar del accidente. Me encontré a mi hombre apoyado en la nalga izquierda; había ya recobrado el buen humor y, mientras aguardaba la llegada de los enfermeros, bebía café y se comía un gigantesco bocadillo de pan con mermelada.

El 25 de mayo relevamos a la Duodécima Compañía en la Granja de Riqueval; había sido en otros tiempos una importante explotación agrícola y ahora servía para alojar por turnos a las cuatro compañías que defendían la posición. Desde allí era preciso atender, asignando un pelotón a cada uno, tres nidos de ametralladoras que se hallaban diseminados en la retaguardia. Aquellos puntos de apoyo, que estaban agrupados detrás de la posición en forma ajedrezada, representaban el primer ensayo de una defensa elástica.

La granja quedaba a no más de mil quinientos metros detrás de la primera línea; sin embargo, todas sus edificaciones, que se agrupaban en torno a un parque en estado de abandono, se hallaban todavía intactas. La granja estaba abarrotada de hombres, ya que aún no se habían excavado galerías subterráneas. Las avenidas del parque, bordeadas de floridos acerolos de flores encarnadas, y los amenos alrededores daban a nuestra existencia, a pesar de la proximidad del frente, una cierta apariencia de esos alegres goces de la vida campestre de que tanto saben los franceses. En mi dormitorio había hecho su nido una pareja de golondrinas; ya en las primeras horas de la mañana comenzaba a alimentar con gran ruido a sus insaciables polluelos.

Al atardecer cogía del rincón mi bastón de paseo y me dedicaba a recorrer los estrechos senderos que serpenteaban por aquel paisaje de colinas. Los abandonados campos estaban llenos de flores de un perfume cálido y salvaje. A veces se alzaban junto al camino árboles aislados, a cuya sombra seguramente habían descansado en tiempos de paz los campesinos. Aquellos árboles estaban cubiertos de flores de color blanco, rosa o rojo oscuro; en medio de aquellas soledades constituían unas apariciones mágicas. A esta imagen del paisaje la guerra, sin destruir su encanto, había sobrepuesto sus tintes heroicos y melancólicos; la exuberancia de las flores producía allí un efecto más adormecedor y deslumbrante que en ningún otro lugar.

Resulta más fácil lanzarse a la batalla desde un paisaje como éste que no desde un muerto y frío paisaje invernal. Incluso al alma sencilla se le impone aquí el presentimiento de que su vida está asentada en una realidad profunda y de que su muerte no es un final.

El 30 de mayo se me acabó esta vida idílica, pues el alférez Vogeley, que había salido del hospital, retomó el mando de la Cuarta Compañía. Volví a la primera línea, a mi Segunda Compañía de siempre.

Dos secciones defendían la zona encomendada a nosotros, que se extendía desde la calzada romana hasta la denominada «Trinchera de la Artillería». El capitán de la compañía y los hombres de la tercera sección tenían su alojamiento detrás de una pequeña pendiente, a unos trescientos metros de la primera línea. Allí se levantaba también el diminuto cobertizo de madera en que me instalé con Kius, confiando en la mala puntería de la artillería inglesa. Uno de los lados de aquel cobertizo quedaba pegado a una pequeña pendiente que corría paralela a la dirección del tiro; los otros tres lados ofrecían sus flancos al enemigo. Todas las mañanas, cuando barría el terreno la primera granada inglesa, llamada por nosotros «el saludo matutino», podía oírse un diálogo parecido a éste, que se desarrollaba entre el ocupante de la litera de arriba y el ocupante de la litera de abajo:

—¡Oye, Ernst!

—¿Hm?

—¡Creo que están disparando!

—Bah, quedémonos un ratito más en la cama; creo que han sido los últimos disparos.

Al cuarto de hora:

—¡Oye, Oskar!

—¿Qué?

—Parece que hoy la cosa no acaba nunca; creo que un balín de *shrapnel* acaba de atravesar la pared. Más vale levantarse. ¡Hace ya mucho tiempo que se ha largado el observador de artillería de al lado!

Éramos tan insensatos que siempre nos quitábamos las botas al acostarnos. Cuando por fin estábamos listos, casi siempre habían dejado también de disparar los ingleses, así que podíamos sentarnos felices a nuestra mesa, que era ridículamente pequeña, tomar el café, que las altas temperaturas habían estropeado, y encender el puro mañanero. Por las tardes, para escarnio de la artillería inglesa, tomábamos un baño de sol delante de la puerta de la barraca, tendidos en nuestra lona de tienda de campaña.

También en otros aspectos resultaba muy divertido nuestro cobertizo. Cuando estábamos tumbados, entregados a una dulce inactividad, en nuestro camastro —un camastro que tenía somier de tela metálica— contemplábamos las gigantescas lombrices de tierra que colgaban de la pared pegada al talud. Era incomprensible la rapidez con que se metían en sus agujeros cuando las molestábamos. Un huraño

topo salía de vez en cuando a olisquear fuera de su madriguera y contribuía en gran medida a animar nuestras prolongadas siestas.

El 12 de junio tuve que ir con veinte hombres a hacerme cargo del puesto de guardia avanzado correspondiente al sector defendido por nuestra compañía. Dejamos a hora tardía la posición y fuimos caminando hacia un tibio atardecer por un caminito que serpenteaba a través del ondulado terreno. Estaba ya tan avanzado el crepúsculo que las amapolas que en los incultos campos crecían se fundían en un bien empastado color con el verde de la hierba. A medida que la luz disminuía, más penetrante era la intensidad que iba adquiriendo mi color favorito, el rojo casi negro, un color que provoca un estado de ánimo fiero y a la vez melancólico.

Con el fusil colgado del hombro íbamos caminando silenciosos por aquella alfombra de flores, ocupado cada cual en sus pensamientos; veinte minutos tardamos en llegar a nuestro destino. En voz baja nos pasaron la consigna y el puesto de guardia. Aposté en silencio a los centinelas. Luego desapareció en la oscuridad la tropa que habíamos venido a relevar.

Aquel puesto de guardia avanzado se apoyaba en una pequeña pendiente; en ella habían sido cavadas de prisa unas cuantas madrigueras. A nuestra espalda se hundía en la noche un espeso bosquecillo de vegetación intrincada; un prado de unos cien metros de ancho lo separaba de nuestra pendiente. Dos colinas, por las que discurría la línea inglesa, se alzaban una en la parte de delante y otra en el flanco derecho. En una de ellas había unas ruinas que llevaban el prometedor nombre de «Granja de la Ascensión». Entre las dos colinas un camino en hondonada se dirigía hacia el adversario.

Estaba haciendo una ronda de inspección de los centinelas cuando me topé con el sargento Hackmann y unos cuantos hombres de la Séptima Compañía, que se disponían en aquel momento a realizar una patrulla. Aunque en realidad no me estaba permitido abandonar mi cuerpo de guardia, me uní a ellos como un simple espectador.

Empleando un método de avance inventado por mí salvamos los obstáculos de alambre y llegamos así hasta lo alto de las colinas sin haber tropezado con ningún centinela inglés, lo cual era una cosa extraña. Desde allá arriba oíamos a los ingleses cavar en su trinchera, a derecha e izquierda de donde nos encontrábamos. Más tarde caí en la cuenta de que el adversario había replegado sus centinelas con objeto de que no sufrieran también ellos las consecuencias del ataque artillero por sorpresa que iba a lanzar contra nuestro puesto de vigilancia avanzado y del que enseguida hablaré.

Él método de avance a que acabo de referirme consistía en hacer que, cuando una patrulla se movía en un terreno en que podía toparse a cada momento con el enemigo, sus componentes se adelantaran uno a uno, con el vientre pegado a la tierra. De esta manera, en cada instante un solo hombre —sin duda elegido por el Destino— quedaba expuesto al peligro de que lo fusilase un tirador enemigo que estuviese al acecho, mientras los demás permanecían detrás, en formación cerrada, listos para intervenir. Tampoco yo me excluía de ese servicio, aunque hubiese sido más correcto que me quedase con la patrulla; pero en la guerra no son únicamente las consideraciones tácticas las que deciden.

Bordeamos en silencio varios destacamentos enemigos que estaban haciendo obras de fortificación en la trinchera; por desgracia los separaban de nosotros obstáculos difíciles, de salvar. Tras rechazar, en una breve deliberación, la propuesta del sargento, un hombre un poco raro, de pasarse al enemigo como desertor y negociar con el primer centinela hasta que lo hubiésemos rodeado, regresamos a nuestro puesto de guardia avanzado.

Estas andanzas tienen un efecto estimulante; la sangre circula más rápida y los pensamientos se agolpan. Decidí pasar aquella suave noche entregado a mis ensoñaciones y para ello me preparé en la alta hierba, en la parte superior de la pendiente, una especie de nido, que posteriormente tapicé con mi capote. Lo más a escondidas que pude me encendí una pipa; luego me entregué a mis fantasías.

Cuando me hallaba en medio de una ensoñación bellísima me sobresaltó un murmullo extraño que llegaba del bosquecillo y del prado. Ante el enemigo los sentidos se hallan siempre en estado de alerta, y es curioso comprobar cómo en tales instantes, al sentir ruidos que en sí mismos no son inusuales, uno sabe con toda certeza: ¡está a punto de ocurrir algo!

Inmediatamente después llegó corriendo hasta mí el centinela más próximo y me dijo:

—¡Mi alférez, setenta ingleses avanzan ahora mismo hacia la linde del bosque!

La precisión de la cifra me extrañó un poco; mas, por si acaso, me escondí en la alta hierba de la parte superior de la pendiente, con los cuatro fusileros que tenía cerca de mí, para observar el desarrollo de los acontecimientos. Unos segundos después vi cómo cruzaba rápidamente el prado un grupo de soldados. Mientras mis hombres apuntaban sus fusiles hacia allá, di desde arriba, en voz baja, un «¿Quién vive?». Era el suboficial Teilengerdes, un veterano y acreditado guerrero de la Segunda Compañía, que estaba reuniendo a su pelotón.

También los demás pelotones se acercaron apresuradamente. Ordené que formasen una línea de tiradores; sus alas se apoyaban en la pendiente y en el bosquecillo. En un minuto quedaron alineados los hombres, con la bayoneta calada. Ningún daño se sacaba de revisar la alineación; en circunstancias como éstas nada vale tanto como la pedantería. Cuando quise llamar al orden a un hombre que quedaba un poco retrasado, recibí esta réplica:

—¡Soy camillero!

Aquel hombre conocía bien el reglamento. Tranquilizado, di orden de emprender la marcha.

Mientras estábamos cruzando el prado pasó por encima de nuestras cabezas una granizada de balines de *shrapnel.* El adversario nos encerraba de este modo bajo una densa campana de fuego, para cortarnos el contacto con nuestras tropas. Involuntariamente nos lanzamos a la carrera para alcanzar el ángulo muerto de la colina que quedaba delante de nosotros.

De repente se alzó de la maleza, delante de mí, una sombra. Saqué una granada de mano y, dando un grito, la arrojé contra ella. Al resplandor de la explosión reconocí con horror al suboficial Teilengerdes; se había adelantado sin que me diese cuenta y había tropezado en un alambre. Por fortuna resultó ileso. En aquel mismo instante resonó junto a nosotros el seco estampido de granadas de mano inglesas *y* el fuego de *shrapnel* alcanzó una intensidad desagradable.

Se descompuso la línea de tiradores y desapareció en dirección a la pendiente, que ya estaba sometida a un intenso fuego; yo mantuve mi puesto, con Teilengerdes y otros oficiales. De repente uno de mis hombres me dio un codazo:

—¡Los ingleses!

Desde el prado iluminado por chispas dispersas saltó entonces a mis ojos, y en ellos se quedó clavado como la imagen de un sueño, un doble cordón de figuras humanas arrodilladas, en el segundo mismo en que se levantaban para avanzar. Reconocí la figura del oficial inglés, quien, colocado en el lado izquierdo, daba la orden de ejecutar aquel movimiento. Amigos y enemigos quedaron como paralizados por aquel encuentro repentino e inesperado.

Luego nosotros echamos a correr —era lo único que podíamos hacer—, sin que el adversario, estupefacto, disparase contra nosotros.

Nos levantamos de un salto y nos abalanzamos hacia la pendiente. Tropecé en un alambre arteramente tendido en la alta hierba y di una voltereta, pero conseguí llegar sano y salvo hasta la pendiente; allí encontré a mis hombres, que estaban muy nerviosos. No me fue fácil conseguir que formasen una compacta línea de tiradores, unidos codo con codo.

Nuestra situación era entonces la siguiente: nos hallábamos bajo una campana de fuego que se asemejaba a un cesto densamente trenzado. Todo parecía dar a entender que con nuestro avance habíamos sorprendido al destacamento enemigo que pretendía desalojarnos de nuestro sitio en el preciso momento en que se disponía a envolvernos. Estábamos al pie de la pendiente, en un camino vecinal por el que habían transitado vehículos. Pero las someras depresiones dejadas por sus ruedas bastaban para ponernos a cubierto, aunque de un modo precario, contra los tiros de fusil. Pues cuando hay peligro se aprieta uno contra la tierra como si ésta fuera nuestra madre Nuestros fusiles estaban apuntados hacia el bosquecillo; por tanto, teníamos a nuestra espalda las líneas inglesas. Esto me intranquilizaba más que todo lo que en el bosquecillo pudiera ocurrir; por ello, mientras se desarrollaban los acontecimientos que vinieron a

continuación, envié de vez en cuando a la parte alta de la pendiente a alguien para que espiase lo que allí sucedía.

El fuego enmudeció de repente; teníamos que prepararnos a recibir un ataque. Apenas se había acostumbrado el oído a aquel silencio sorprendente cuando por entre la maleza del bosquecillo se deslizaron múltiples crujidos y murmullos.

—¡Alto! ¿Quién vive? ¡El santo y seña!

Seguramente estuvimos cinco minutos aullando estas palabras; también gritamos la vieja consigna del primer batallón: *Lüttje Lage,* expresión que designa el aguardiente con cerveza y que es familiar a todos los nativos de Hannover. La única respuesta que obtuvimos fue un griterío incomprensible. Por fin me decidí a dar la orden de abrir fuego, aunque algunos de mis hombres aseveraban haber oído vocablos alemanes. Mis veinte fusiles barrieron con sus balas el bosquecillo; las vainas saltaban con estruendo y pronto oímos en la espesura los lamentos de los heridos. Mientras aquello sucedía tenía una desagradable sensación de incertidumbre, pues no era imposible que hubiésemos disparado contra refuerzos nuestros que acudían a auxiliarnos.

Por ello me tranquilizó ver que de vez en cuando salían de allá hacia nosotros Mamitas amarillas, que, de todos modos, se extinguían enseguida. Una bala hirió en el hombro a uno de mis soldados y el enfermero se puso a atenderlo.

—¡Alto el fuego!

La voz de mando fue llegando lentamente a los tiradores y el fuego se calmó. Aquella acción había rebajado la tensión de nuestros nervios.

Volvimos a pedir el santo y seña. Hice acopio de mis conocimientos de inglés y grité hacia el otro lado requerimientos persuasivos:

—*Come here, you are prisoners, hands up!*

A mis palabras respondió desde allí un griterío de muchas voces; algunos de los nuestros aseveraban que sonaba como «¡venganza, venganza!». Un tirador solitario salió de la linde del bosque y avanzó hacia nosotros. Alguien cometió el error de gritarle:

—¡El santo y seña!

Desconcertado, se paró y dio media vuelta. Era claro que trataba de reconocer el terreno.

—¡Pegadle un tiro!

Una docena de disparos; aquella figura humana se desplomó y quedó perdida en la alta hierba.

Este entreacto nos llenó de satisfacción. En la linde del bosque volvía a oírse aquel vocerío extraño y confuso; sonaba como si los atacantes se animasen unos a otros a lanzarse contra aquellos defensores misteriosos.

En un estado de máxima tensión mirábamos fijamente la oscura linde. Comenzaba a amanecer y una bruma ligera se alzaba del prado.

Se nos ofreció entonces un espectáculo infrecuente en aquella guerra en la que predominaban las armas de largo alcance. De la oscuridad del sotobosque se destacó una hilera de sombras que salió a la pradera y quedó allí al descubierto. Cinco, diez, quince, toda una fila. Manos temblorosas quitaron el seguro a nuestros fusiles. Aquellas sombras se fueron acercando a cincuenta, a treinta, a quince metros...

—¡Fuegooo!

Los fusiles estuvieron crepitando unos minutos. Saltaban chispas cuando el plomo chocaba con violencia contra las armas y los cascos de acero.

De repente, un grito:

—¡Cuidado por la izquierda!

Desde el extremo de ese lado corría hacia nosotros un grupo de atacantes; a su frente iba una figura gigantesca, que nos apuntaba con su revólver y blandía una maza blanca.

—Pelotón de la izquierda, ¡media vuelta a la izquierda!

Mis hombres se volvieron y recibieron de pie a los intrusos que llegaban. Algunos de los adversarios, entre ellos su jefe, se desplomaron bajo las balas disparadas precipitadamente; los otros desaparecieron con la misma rapidez con que habían llegado.

Aquel era el momento de lanzarnos a por ellos. Gritamos un ¡hurra! furioso y con la bayoneta calada nos dispusimos a tomar al asalto el bosquecillo. Volaron hacia la intrincada maleza las granadas de mano y en un santiamén volvimos a ser los únicos dueños de nuestro puesto de guardia avanzado, aunque no pudimos atrapar a nuestro escurridizo adversario.

Nos reunimos en un trigal que quedaba cerca y nos miramos fijamente a los ojos; tras aquella noche en vela teníamos pálidos los rostros. Había salido un sol radiante. Una alondra se elevó por los aires y empezó a molestarnos con sus trinos. Todo aquello era irreal, como después de una noche enteramente dedicada a un juego febril.

Mientras nos tendíamos unos a otros las cantimploras y encendíamos unos cigarrillos oímos cómo el adversario se alejaba por el camino en hondonada, con algunos heridos que gemían en voz alta. Incluso divisamos por un instante su comitiva, mas, por desgracia, no el tiempo suficiente para acabar con ellos.

Decidí echar un vistazo al lugar del combate. Del prado se alzaban voces y gritos que me resultaban extraños. Aquellas voces recordaban el croar de las ranas en los prados después de una tormenta. En la alta hierba descubrimos varios muertos, así como tres heridos; apoyados en los brazos, nos imploraban gracia. Parecían estar firmemente convencidos de que íbamos a matarlos.

Pregunté:

—*Quelle nation?*

Uno de ellos respondió:

—*Pauvre Radschupt!*

Teníamos, pues, delante de nosotros a indios, a indios que, atravesando los mares, habían llegado hasta aquel trozo de tierra dejado de la mano de Dios para ir a romperse los cráneos contra unos fusileros de Hannover.

Aquellas gráciles figuras presentaban un aspecto lamentable. A distancias tan cortas la bala de fusil tiene el efecto de un explosivo. Algunos de aquellos hombres habían sido heridos mientras estaban tumbados en el suelo, de modo que la bala, en su trayectoria, había recorrido sus cuerpos cuan largos eran. Ninguno había recibido menos de dos tiros. Recogimos a los heridos y los arrastramos hacia nuestra trinchera. Gritaban como condenados, por lo que mis hombres les tapaban la boca y los amenazaban con el puño; esto acrecentaba su miedo. Uno murió por el camino, pero también a él nos lo llevamos, pues daban una recompensa por cada prisionero, vivo o muerto, que uno presentase. Los otros dos trataban de ganarse nuestra benevolencia gritando sin cesar:

—*Anglais pas bon!*

Nunca he llegado a comprender por qué razón hablaban francés aquellos hombres.

Aquel cortejo, en el que los lamentos de los heridos se mezclaban con nuestros gritos de júbilo, tenía algo de tiempos remotos. Aquello no era ya una guerra, era una imagen de épocas arcaicas.

En la trinchera la compañía nos hizo un recibimiento triunfal; había oído el ruido del combate mientras estaba sometida a un violento fuego de obstrucción. Nuestro botín fue admirado como merecía. Allí conseguí tranquilizar un poco a nuestros prisioneros; al parecer les habían contado cosas horribles de nosotros. Los indios fueron perdiendo su timidez y nos dijeron sus nombres. Uno de ellos se llamaba Amar Singh. Pertenecían a los First Hariana Lancers, un buen regimiento. Después me retiré a mi cobertizo con Kius, quien había tomado media docena de fotografías; para celebrar la jornada hice que me preparase unos huevos fritos.

La orden del día de la división mencionó nuestra pequeña escaramuza. Pese a que el mando nos había indicado que nos replegásemos si nos veíamos atacados por una fuerza superior, nosotros habíamos plantado cara victoriosamente, con veinte hombres, a un destacamento enemigo varias veces superior y

que ya nos tenía cercados. El ansia con que, durante el aburrimiento de la guerra de posiciones, había estado yo esperando una ocasión como aquélla era demasiado grande.

Por lo demás se comprobó que, aparte del herido, habíamos perdido un solo hombre, que había desaparecido de modo misterioso. Se trataba de un soldado que era ya casi inútil para el servicio de campaña, pues una herida anterior había dejado en él la secuela de un miedo enfermizo. Hasta el día siguiente no lo echamos en falta; supuse que, lleno de miedo, habría corrido hacia uno de los trigales y que allí una bala certera lo habría derribado.

Al atardecer del día siguiente recibí la orden de hacerme cargo otra vez de aquel puesto de vigilancia avanzado. Como cabía la posibilidad de que en el intervalo el adversario se hubiese hecho fuerte allí, rodeé el bosquecillo con dos destacamentos, en forma de tenaza. Uno lo mandaba Kius; el otro, yo. Por vez primera utilicé aquí un modo especial de aproximación a un punto peligroso: consistía en envolver el objetivo en un amplio círculo, haciendo que los hombres marchasen en fila india. De esta manera, si se descubría que el enemigo ocupaba el lugar, un simple giro a derecha o a izquierda nos proporcionaba un frente de tiro que cogía de flanco al adversario. Después de la guerra introduje esta táctica en el «Reglamento de combate de la infantería» con el nombre de «fila de tiradores».

Nuestros dos destacamentos se encontraron al pie de la pendiente sin haber sufrido ningún contratiempo — si prescindimos de que Kius, al montar su pistola, estuvo a punto de meterme una bala en el cuerpo.

Del enemigo no quedaba el menor rastro visible; sólo en aquel camino en hondonada que yo había reconocido con el sargento Hackmann había un centinela; nos dio el alto, disparó una bengala y abrió fuego contra nosotros. Tomamos buena nota de aquel impertinente joven para darle su merecido en nuestra próxima excursión.

En el sitio donde la noche anterior habíamos rechazado el ataque de flanco había tres cadáveres: dos indios y un oficial blanco. Este llevaba en las hombreras dos estrellas doradas; era, pues, un teniente. Le había entrado una bala por un ojo. El proyectil, al salir, le había perforado la sien y destrozado el borde de su casco de acero; me llevé aquel casco como trofeo. Su mano derecha aferraba aún la maza, que tenía salpicaduras de su propia sangre; la izquierda empuñaba un revólver Colt de seis tiros, cuyo cargador no contenía más que dos balas no disparadas. Así pues, había hecho todo lo posible por atentar contra nuestra vida.

En los días siguientes descubrimos aún varios cadáveres ocultos en, la maleza del bosquecillo — señal de que los atacantes habían sufrido graves pérdidas. Aquellos cadáveres hacían aún más lúgubre el lugar. En una ocasión en que iba solo abriéndome camino por la maleza me extrañó oír un ruido leve, algo que era como un siseo y un burbujeo. Me acerqué y tropecé con dos cadáveres que parecían haber resucitado a una vida fantasmal a consecuencia de las altas temperaturas. La noche era sofocante y silenciosa; largo rato estuve parado, como hechizado, ante aquel cuadro siniestro.

El 18 de junio volvió el enemigo a atacar nuestro puesto de guardia avanzado. Esta vez no rodaron tan bien las cosas. La guarnición fue presa del pánico, se dispersó y no fue posible reunirla. En la confusión uno de los hombres, el suboficial Erdelt, echó a correr directamente hacia la pendiente, cayó rodando por el otro lado y allí se encontró rodeado por un grupo de indios que estaban al acecho. Lanzó a su alrededor granadas de mano, pero pronto un oficial indio lo agarró por el cuello de la guerrera y le golpeó la cara con un látigo de alambre. Después le quitaron el reloj y a empujones y codazos lo obligaron a caminar; logró escabullirse, sin embargo, aprovechando un momento en que, acosados por el fuego rasante de nuestras ametralladoras, los indios se tiraron al suelo. Después de haber andado vagando largo tiempo por detrás del frente enemigo regresó a nuestra línea con gruesos verdugones en el rostro.

Al atardecer del 19 de junio, acompañado por el pequeño Schultz, diez hombres y una ametralladora ligera, salí de aquel lugar, que poco a poco empezaba a hacerse opresivo, con el propósito de realizar una pequeña patrulla; queríamos hacer una visita a aquel centinela inglés que poco antes se había hecho notar por su osadía en el camino en hondonada. Schultz avanzó con sus hombres por la derecha del camino, yo lo hice por la izquierda; habíamos acordado que, en caso de que el enemigo abriera fuego contra uno de

los grupos, el otro acudiría en su ayuda. Avanzamos a rastras por entre hierbas y matas de retama; de vez en cuando nos parábamos a escuchar con atención.

De repente se oyó el chasquido del cerrojo de un fusil que alguien abría y cerraba. Nos quedamos pegados al suelo. Todo veterano de las patrullas sabe lo que significan los varios sentimientos desagradables que se experimentan en los segundos que siguen a una cosa como ésa. Uno ha perdido provisionalmente la libertad de acción y tiene que aguardar a ver qué hace el adversario.

Un tiro desgarró aquel silencio opresivo. Yo estaba detrás de una mata de retama; alguien, a mi derecha, dejó caer unas granadas de mano en el camino en hondonada. Luego vimos delante de nosotros los fogonazos de una línea de bocas de fusil. La seca detonación de los disparos indicaba que los tiradores se hallaban sólo unos pasos delante de nosotros. Me di cuenta de que habíamos caído en una trampa peligrosa y di la orden de repliegue. De un salto nos pusimos en pie y echamos a correr hacia atrás con una prisa loca mientras también desde nuestra izquierda abrían contra nosotros fuego de fusiles. En medio de aquel tiroteo abandoné toda esperanza de regresar sano y salvo. A cada momento aguardaba mi subconsciente que una bala me alcanzase. La Muerte estaba de cacería.

De la izquierda salió un destacamento que se lanzó contra nosotros gritando un estridente ¡hurra!. El pequeño Schultz me confesó más tarde que tuvo la impresión de que tras él corría, blandiendo un cuchillo, un delgado indio, el cual estuvo a punto de agarrarle por el cuello de la guerrera.

En un determinado momento caí al suelo y por encima de mí cayó también el suboficial Teilengerdes. Perdí mi casco de acero, mi pistola y mis granadas de mano. ¡Seguir, seguir! Por fin alcanzamos la pendiente protectora y nos lanzamos hacia abajo. Al mismo tiempo llegó Schultz con sus hombres; me contó, jadeante, que al menos había dado su merecido al insolente centinela inglés, tirándole unas cuantas granadas de mano. Inmediatamente después trajeron a rastras hasta donde estábamos a un hombre nuestro que tenía¯ atravesadas por las balas sus dos piernas. Nadie más estaba herido. La mayor desgracia fue que el soldado que portaba la ametralladora, un recluta, había tropezado con el herido y había abandonado el arma.

Mientras intercambiábamos palabras acaloradas y planeábamos una segunda aproximación, se inició un fuego de artillería que me trajo a la memoria la noche del día 12; entre otras cosas, por el funesto desconcierto que enseguida se propagó entre la tropa. De pronto me encontré a solas, y sin armas, junto a la pendiente; el único que allí quedaba era el herido. Arrastrándose sobre las dos manos se acercó hasta mí y me suplicó entre gemidos:

—¡No me deje solo, mi alférez!

Aunque me resultaba muy penoso, hube de dejarlo allí tendido, para ir a ocuparme de organizar nuestro puesto de guardia avanzado. Pero antes de que amaneciese evacuaron a aquel herido hacia la retaguardia.

Nos reunimos en una serie de pozos de centinela situados junto a la linde del bosque; cuando amaneció sin que hubiera acontecido nada especial, nos sentimos muy contentos.

La noche siguiente nos encontró en el mismo lugar; nos proponíamos ir a recoger nuestra ametralladora. Pero una serie de ruidos sospechosos que oímos mientras sigilosamente nos acercábamos nos hizo comprender que, una vez más, un fuerte destacamento enemigo estaba al acecho.

El mando nos ordenó que recuperásemos por la fuerza el arma perdida. A las doce de la noche siguiente, tras una preparación artillera de tres minutos, debíamos atacar los apostaderos enemigos y buscar la ametralladora. Ya me había temido que aquella pérdida nos iba a acarrear muchas molestias, pero puse al mal tiempo buena cara y yo mismo regulé aquella tarde el tiro de algunas baterías.

A las once de la noche volví a encontrarme con Schultz, mi camarada de infortunios, en aquel siniestro trozo de tierra que ya nos había procurado tantas horas agitadas. En aquella atmósfera sofocante el olor de la putrefacción había aumentado hasta tal punto que resultaba casi insoportable. Habíamos llevado con nosotros unos sacos de cloruro de cal y lo esparcimos sobre los caídos. Las manchas blancas brillaban en la oscuridad como mortajas.

La operación tuvo este comienzo: las balas de nuestras propias ametralladoras empezaron a revolotear alrededor de nuestras piernas y a estrellarse contra la pendiente. Por este motivo surgió una acalorada discusión entre el pequeño Schultz y yo, pues él era el que había apuntado las ametralladoras. Pero nos reconciliamos cuando Schultz me descubrió detrás de una mata conversando con una botella de Borgoña que me había llevado como reconstituyente para aquella dudosa aventura.

A la hora fijada llegó zumbando la primera granada; cayó a cincuenta metros detrás de nosotros. Antes de que nos diera tiempo a asombrarnos de aquel extraño tiroteo, una segunda granada dio en la pendiente, cerca de donde estábamos, e hizo caer sobre nosotros una lluvia de tierra. Esta vez ni siquiera pude maldecir a nadie, pues yo mismo había graduado el tiro.

Tras esta introducción tan poco alentadora seguimos avanzando, pero más por motivos de honor que porque abrigásemos la esperanza de tener éxito. Nos cupo la suerte de que los centinelas enemigos hubieran abandonado, al parecer, sus puestos; de lo contrario habríamos encontrado una acogida nada suave. Por desgracia no dimos con la ametralladora, aunque también es verdad que no estuvimos mucho tiempo buscándola. Es probable que estuviese en poder de los ingleses desde mucho antes.

Mientras regresábamos, Schultz y yo volvimos a decirnos claramente lo que pensábamos el uno del otro; yo, sobre la instalación de sus ametralladoras, y él, sobre la regulación de las piezas de artillería. Había graduado el tiro con tal exactitud que me resultaba incomprensible lo ocurrido. Hasta más tarde no supe que las piezas de artillería tiran más corto por la noche y que tenía que haber agregado cien metros cuando señalé la distancia. Luego deliberamos sobre lo más importante de aquella operación: el parte. Lo redactamos de tal manera que todo el mundo quedó contento.

Aquellas escaramuzas terminaron, pues al día siguiente vinieron a relevarnos tropas de otra división. Volvimos provisionalmente a Montbréhain y desde allí marchamos a pie a Cambrai; en esta ciudad pasamos casi todo el mes de julio.

Aquel puesto de vigilancia avanzado se perdió definitivamente la noche que siguió a nuestro relevo.

Langemarck

Cambrai, nombre que va unido a numerosos recuerdos históricos, es una ciudad pequeña y soñolienta de Artois. Callejuelas estrechas y vetustas ciñen el enorme edificio del ayuntamiento, así como las carcomidas puertas de las murallas y también las numerosas iglesias, en la más grande de las cuales predicó Fénélon. Sólidas torres emergen de una confusa aglomeración de tejados puntiagudos. Anchas avenidas conducen al cuidado parque municipal, en donde se alza un monumento al aviador Blériot.

Los habitantes de Cambrai son gentes tranquilas y amables, que llevan una vida cómoda en los grandes edificios de su ciudad; por fuera tienen estos edificios una apariencia sencilla, mas en su interior están lujosamente amueblados. Muchos rentistas pasan en Cambrai los últimos años de su vida. Con razón lleva esta ciudad el nombre de «La ville des millionaires», pues antes de la guerra la habitaban más de cuarenta millonarios.

La Gran Guerra despertó violentamente de su sueño de Bella Durmiente a aquella pacífica población y la transformó en un foco de batallas gigantescas. Una vida nueva y ajetreada pasaba con estruendo por el desigual empedrado de sus calles y hacía temblar los cristales de las pequeñas ventanas de las casas; detrás de aquellas ventanas acechaban rostros angustiados. El vino que los rentistas habían ido acumulando con tanto cariño en sus bodegas se lo bebían ahora, hasta no dejar gota, unos extranjeros que también se acostaban en sus amplios lechos de caoba y turbaban con sus continuas idas y venidas el contemplativo sosiego de sus vidas. En medio de un ambiente tan cambiado, los rentistas se congregaban en las esquinas de las calles y en las puertas de las casas y con voz precavida se murmuraban al oído historias de horror y noticias segurísimas acerca de la inminente victoria final de sus compatriotas.

La clase de tropa se instaló en un cuartel; los oficiales fuimos alojados en la Rue des Liniers. Durante nuestra estancia allí tomó esta calle la apariencia de un barrio de estudiantes; nos dedicábamos a charlar todos juntos de ventana a ventana, así como a entonar canciones por la noche y a intentar pequeñas aventuras.

Cada mañana marchábamos a hacer instrucción a la gran explanada próxima a Fontaine, aldea que, más tarde se haría famosa. El servicio que me tocaba hacer era de mi gusto, pues el coronel von Oppen me había encargado que formase y entrenase una unidad de asalto. Muchos voluntarios se presentaron para formar parte de ella; elegí preferentemente a los hombres que me habían acompañado en mis patrullas y correrías de reconocimiento. Como se trataba de nuevas modalidades de combate, redacté yo mismo las líneas básicas del reglamento.

El lugar en que me alojaba era cómodo; los dueños de la casa, una amable pareja de joyeros, los Plancot-Bourlon, raras veces me dejaban almorzar sin enviar a mi habitación algún agradable obsequio. Por la noche nos sentábamos juntos ante una taza de té, jugábamos al chaquete y charlábamos. Con mucha frecuencia comentábamos, como es natural, una cuestión que tiene difícil respuesta: por qué guerrean los seres humanos.

El buen Monsieur Plancot me contó en aquellas veladas toda clase de chismes acerca de los burgueses de Cambrai, gentes en todo momento ociosas y divertidas; en tiempos de paz aquellos chismes habían provocado ruidosas carcajadas en las calles, tabernas y mercados semanales de la ciudad. A mí me recordaban vivamente las deliciosas historietas de *Mi tío Benjamín.*

Por ejemplo, un guasón envió cierto día una citación a todos los jorobados de los alrededores para que comparecieran en casa de un determinado notario con objeto de tratar un importante asunto de herencia. Escondidos en una ventana de la casa de enfrente, aquel guasón y sus amigos disfrutaron a la hora fijada

del espectáculo de diecisiete furiosos y vociferantes monstruos contrahechos que invadían la casa del infortunado notario.

También tenía gracia la historia de una vieja solterona que vivía en la casa frontera a la nuestra y que se distinguía por poseer un cuello de cisne extrañamente doblado hacia un lado. Veinte años atrás había tenido fama de muchacha deseosa de casarse a cualquier precio. Seis jóvenes se pusieron de acuerdo y cada uno de ellos obtuvo de la solterona la autorización, concedida muy a gusto, de pedir su mano a sus padres. Una carroza gigantesca, en la que iban sentados los seis pretendientes, se paró delante de la casa al domingo siguiente. Aterrorizada, la bella cerró la casa y se escondió, mientras los cortejadores se entregaban a toda clase de bromas en la calle, con gran regocijo del vecindario.

O la historieta siguiente: un día se presenta en el mercado un joven de Cambrai que tenía muy mala fama y pregunta a una campesina, mientras señala con el dedo un queso blando, redondo y salpicado de sabroso puerro verde:

—¿Cuánto vale ese queso?

—Veinte céntimos, señor.

El joven le entrega los veinte céntimos:

—Ahora el queso es mío, ¿no es así?

¡Desde luego, señor!

—Entonces ¿puedo hacer con él lo que me venga en gana?

—¡Pues claro que sí!

¡Zas! El joven agarra el queso, se lo estampa en la cara a la campesina y se marcha dejándola allí plantada.

El 25 de julio dijimos adiós a aquella amable y pequeña ciudad y partimos en tren en dirección norte, hacia Flandes. En los periódicos habíamos leído que desde hacía semanas se venía librando allí un combate de artillería que superaba incluso al de la Batalla del Somme, si no en intensidad absoluta, como en Guillemont y Combles, sí en amplitud.

En Staden nos descargaron de los vagones; desde allí se oía el lejano tronar del cañón. Luego, atravesando un paisaje que nos resultaba desacostumbrado, marchamos a pie hasta el campamento de Ohndank. A derecha e izquierda de la ancha y rectísima carretera se veía el verdor de unos campos feraces, elevados en forma de bancales, y de unos prados jugosos, que estaban rodeados de setos. Diseminados por aquellos campos había limpias casas de labor; sus bajos techos eran de paja o de pizarra y en sus paredes colgaban manojos de hojas de tabaco puestas a secar. Los campesinos que con nosotros se cruzaban en nuestro camino eran de estirpe flamenca y hablaban entre ellos un lenguaje rudo, que recordaba nuestro idioma materno. Aquel día pasamos la tarde en los huertos de diversas granjas aisladas, ocultos a las vistas de los aviadores enemigos. De vez en cuando cruzaban zumbando por encima de nuestras cabezas, con un gorgoteo que llegaba de lejos, unas granadas enormes; las disparaban piezas de artillería de marina y explotaban en los alrededores. Una de esas granadas cayó en uno de los numerosos arroyuelos de aquella comarca y causó la muerte a varios hombres del 91 ° Regimiento que en él se estaban bañando. Al atardecer tuve que ponerme en camino, con un destacamento avanzado, hacia la posición ocupada por el regimiento de reserva, con objeto de preparar el relevo. Para llegar hasta el mencionado regimiento atravesamos el bosque de Houthulst y la aldea de Kokuit; durante aquella caminata, granadas de grueso calibre nos hicieron «perder el paso» algunas veces. En la oscuridad oí la voz de un recluta que aún no estaba familiarizado con nuestras costumbres:

—Pero ese alférez nunca se tira al suelo.

—Sabe bien lo que tiene que hacer —le instruyó un hombre de la unidad de asalto—. Cuando se acerca alguna granada dirigida a nosotros es el primero en echarse a tierra.

Ya no nos poníamos a cubierto más que cuando era preciso, pero entonces lo hacíamos rapidísimamente. De todos modos, sólo el soldado experimentado es capaz de apreciar el grado de necesidad; con el sentimiento intuye cuál será el punto final de la trayectoria de un proyectil antes de que

el novato haya percibido siquiera el ligero aleteo que lo anuncia. En las zonas peligrosas, con objeto de oír mejor, yo solía cambiar el casco de acero por la gorra.

Nuestros guías, que no parecían muy seguros de lo que tenían que hacer, avanzaban serpenteando por una «trinchera de superficie» que no acababa nunca. Este es el nombre que se da a los corredores que, en razón de las aguas subterráneas, no están excavados en la tierra, sino construidos al nivel del suelo con sacos terreros y fajinas. Luego pasamos al lado de un bosque que estaba pelado de un modo siniestro; según nos contaron los guías, la insignificancia de un millar de granadas del calibre 240 había expulsado de él unos días antes a la plana mayor de un regimiento.

—Parece que aquí no se escatiman gastos —pensé para mis adentros.

Tras haber andado errantes de acá para allá por un terreno cubierto de espesa maleza nos encontramos sin saber qué hacer, pues nuestros guías nos habían abandonado. Nos hallábamos en una zona cubierta de cañaverales y rodeada de pantanos en cuya negra superficie se reflejaba la luz de la luna. Las granadas se hundían en el suelo blando; el cieno que lanzaban a lo alto volvía a caer con un chapoteo ruidoso. Por fin retornó el infortunado guía, sobre el que se concentró toda nuestra furia, y dio a entender que había encontrado el camino. Pero volvió a llevarnos por una ruta equivocada y acabamos en un puesto de socorro. A intervalos regulares y muy breves venían a estallar encima de aquel puesto de socorro los *shrapnels; los* balines y las vainas de éstos atravesaban ruidosamente las ramas de los árboles. El médico que atendía aquel puesto de socorro puso a nuestra disposición un hombre sensato que nos condujo hasta el denominado «Fuerte de los Ratones»; allí estaba instalado el mando de las tropas de reserva.

Inmediatamente después me encaminé hacia el lugar en que se encontraba la compañía del 225º Regimiento que iba a ser relevada por nuestra Segunda Compañía. Después de mucho buscar en aquel terreno lleno de embudos encontré unas pocas casas ruinosas, que por dentro tenían un discreto revestimiento de hormigón armado. El día anterior un proyectil de grueso calibre, que la acertó de lleno, había hundido una de ellas; la plancha del techo se vino abajo con estruendo y aplastó, como en una ratonera, a la guarnición que la habitaba.

Para pasar el resto de la noche logré hacerme un hueco en el abarrotado fortín de hormigón que servía de puesto de mando al jefe de la compañía. Era un bravo «cerdo del frente»; él y su ordenanza mataban el tiempo con una botella de aguardiente y una gran lata de carne adobada. A menudo el jefe se detenía en sus ocupaciones y, moviendo arriba y abajo la cabeza, escuchaba con atención el fuego de la artillería, cada vez más intenso. Luego, suspirando, se ponía a añorar la hermosa época que había pasado en Rusia y maldecía las continuas bajas que se producían en su regimiento. Al fin se me cerraron los ojos.

El sueño fue pesado y angustioso; los proyectiles de grueso calibre que, en medio de una oscuridad impenetrable, caían alrededor de la casa producían, en aquel paisaje muerto, una indecible sensación de soledad y abandono. Involuntariamente me apretujé contra un hombre que yacía a mi lado en el camastro. En una ocasión, una sacudida violenta me hizo ponerme en pie, asustado. Con las linternas alumbramos las paredes para examinar si la casa estaba agujereada. Se descubrió que una granada de pequeño calibre se había estrellado contra la pared exterior.

La mañana siguiente la pasé en el puesto de mando del jefe del regimiento, instalado en el Fuerte de los Ratones. Continuamente, sin interrupción ninguna, estallaban cerca de aquel sitio granadas del calibre 150, mientras el jefe, un capitán de caballería, jugaba una interminable partida de tresillo con su ayudante y con el oficial de enlaces, y hacía pasar de mano en mano una botella de gaseosa llena de un aguardiente de mala calidad. A veces dejaba las cartas sobre la mesa para despachar a un enlace o iniciaba con gesto preocupado una conversación acerca de la resistencia que nuestro fortín de hormigón podía ofrecer a las bombas. A pesar de sus acaloradas réplicas pudimos convencerlo de que no aguantaríamos un proyectil certero que diese en el techo.

El fuego habitual adquirió hacia el atardecer una intensidad demencial. En la primera línea se elevaban bengalas de colores en sucesión ininterrumpida. Unos enlaces que llegaron sudorosos trajeron la noticia de que el enemigo atacaba. Después de varias semanas de tiro de tambor de la artillería hacía ahora su aparición el combate de infantería. Habíamos llegado, por tanto, en el momento justo.

Retorné al puesto de mando del jefe de la compañía y allí aguardé la llegada de la Segunda Compañía; apareció a las cuatro de la madrugada, en el momento en que se desencadenaba un violento ataque artillero por sorpresa. Me hice cargo de mi sección y la conduje al sitio que se le había asignado. Era una construcción de hormigón y se hallaba cubierta por las ruinas de un edificio enteramente destruido; estaba en medio de un gigantesco campo de embudos de una desolación horripilante.

A las seis de la mañana se disipó la espesa niebla típica de Flandes y pudimos echar una ojeada a aquellos alrededores de espanto. Inmediatamente después apareció una escuadrilla de aviones enemigos; volaba casi a ras del suelo y estuvo examinando con detenimiento aquel pisoteado terreno en tanto emitía señales con una sirena y en los agujeros abiertos por las granadas procuraban esconderse los infantes extraviados.

Media hora después se inició un ataque artillero por sorpresa. Los proyectiles rugían alrededor del lugar donde estábamos refugiados, que parecía una isla en medio de un mar azotado por un tifón. El bosque de proyectiles que estallaban en torno a nosotros se fue haciendo cada vez mas espeso, hasta acabar convirtiéndose en un muro que giraba formando remolinos. Estábamos allí acurrucados unos junto a otros y a cada momento aguardábamos el proyectil certero que nos haría pedazos, el proyectil que nos barrería, sin dejar rastro, a nosotros y a los fortines de hormigón, y transformaría en un desierto de embudos el lugar en que nos hallábamos.

Todo el día estuvimos sometidos a aquellas violentas trombas de fuego; en los largos intervalos entre una y otra nos preparábamos para la siguiente.

Un extenuado enlace apareció a última hora de la tarde y me trajo una orden por la que me enteré de que las compañías primera, tercera y cuarta iban a efectuar un contraataque a las diez horas y cincuenta minutos de aquella noche, y la segunda debía aguardar a que llegase su relevo y luego avanzar desplegada hacia la primera línea. Quise acumular fuerzas para poder enfrentarme a las horas que nos aguardaban y me tendí a descansar; no sospechaba que en aquel momento mi hermano Fritz, al que yo suponía en Hannover, se lanzaba al ataque con un pelotón de la Tercera Compañía y atravesaba a corta distancia de mi cabaña aquel huracán de fuego.

Largo tiempo perturbaron mi sueño los lamentos de un herido dejado en nuestro refugio por dos soldados sajones que se habían extraviado en el campo de embudos; completamente agotados, aquellos dos soldados se habían quedado dormidos. Cuando a la mañana siguiente se despertaron encontraron muerto a su camarada. Lo llevaron al agujero de granada más próximo, lo cubrieron con unas cuantas paladas de tierra y se fueron de allí; tras ellos dejaban una más entre las innumerables sepulturas solitarias y desconocidas de esta guerra.

Hasta las once de la mañana no me desperté de mi profundo sueño; entonces me lavé en mi casco de acero y envié un hombre al jefe de la compañía para que recogiese las órdenes. Me quedé estupefacto al enterarme de que, se había marchado sin ni siquiera notificarnos su partida. En la guerra ocurren cosas como ésta; vemos negligencias que la gente que actúa en los campos de maniobras no osaría ni siquiera imaginar.

Mientras continuaba sentado en mi camastro, lanzando maldiciones y reflexionando sobre lo que debía hacer, apareció un enlace del batallón y me trajo la orden de que tomase inmediatamente el mando de la Octava Compañía.

Me enteré de que el contraataque efectuado la noche anterior por el Primer Batallón había fracasado y que había habido numerosas bajas; lo que de aquel batallón quedaba se defendía dentro, y también a derecha e izquierda, de un bosquecillo que teníamos delante, el bosque de Dobschütz. A la Octava Compañía se le había confiado la misión de ir a reforzar a aquellos hombres, para lo cual debía penetrar desplegada en el bosquecillo; pero, en el terreno intermedio, un fuego de barrera la había desperdigado, ocasionándole numerosas bajas. Como también estaba herido su jefe, el teniente Büdingen, yo tenía que conducir otra vez hacia delante la citada compañía.

Me despedí de mi sección, a la que dejaba huérfana, y luego me puse en camino con el enlace; teníamos que atravesar un páramo en el que caían *shrapnels* en gran número. Íbamos corriendo agachados; una voz desesperada detuvo por un momento nuestra carrera. Desde lejos nos hacía señas con

el sanguinolento muñón de su brazo una figura humana que sobresalía con medio cuerpo de un embudo. Le señalamos con el dedo la cabaña que acabábamos de abandonar y seguimos corriendo.

La Octava Compañía que me encontré era un exiguo puñado de hombres acurrucados dentro de unos cuantos fortines de hormigón.

—¡Los jefes de sección!

Se presentaron tres suboficiales y declararon que era imposible efectuar un segundo ataque contra el bosque de Dóbschütz. Los proyectiles de grueso calibre que caían delante de nosotros se interponían allí, en efecto, como un muro de fuego. Lo primero que hice fue concentrar las secciones detrás de tres de aquellos fortines de hormigón; cada sección se componía ya tan sólo de unos quince o veinte hombres. En aquel momento se desplazó el fuego enemigo hacia donde estábamos. Hubo entonces un desconcierto indescriptible. Todo un grupo de hombres voló por los aires junto al fortín de la izquierda; el de la derecha fue alcanzado de lleno por un proyectil. Los escombros de aquel fortín, que pesaban toneladas, enterraron al teniente Büdingen, que aún yacía herido allí dentro. Nos hallábamos como dentro de un mortero en el que continuamente se golpease con fuerza. Los rostros, de una palidez cadavérica, se miraron fijamente unos a otros; y seguían y seguían resonando los gritos de los heridos por la metralla.

En aquellas circunstancias daba igual que nos quedásemos allí echados cuerpo a tierra o que nos replegásemos o que avanzásemos. Por ello di a los hombres la orden de que me siguieran. De un salto me metí en medio del fuego; una granada me cubrió de tierra a los pocos pasos, tirándome de espaldas en el embudo que más cerca quedaba. Era casi inexplicable que no estuviese herido, pues los proyectiles caían tan juntos que parecían pasar rozando el casco y los hombros; se asemejaban a grandes animales que escarbasen el suelo bajo sus pies. El que yo pudiese atravesar corriendo aquella barrera sin ser alcanzado se debía sin duda únicamente a que el terreno, movido y removido tantas veces, se tragaba los proyectiles; éstos penetraban muy hondo en él y no estallaban hasta chocar con algo duro. De esta manera, los conos producidos por las explosiones no eran como matas enormes, sino que ascendían derechos, semejantes a lanziformes álamos. Había otros proyectiles que levantaban únicamente una campana de tierra. No tardé en darme cuenta de que la violencia del fuego disminuía cuanto más avanzaba yo. Una vez que hube escapado de la zona más peligrosa, miré a mi alrededor. No se veía un alma.

De las nubes de humo y polvo fueron saliendo finalmente, primero dos hombres, luego uno, y por último otros dos. Con estos cinco alcancé sano y salvo mi objetivo.

El alférez Sandvoss, jefe de la Tercera Compañía, y el pequeño Schultz estaban sentados dentro de un medio aplastado fortín de hormigón; tenían consigo tres ametralladoras pesadas. Me dieron la bienvenida con un clamoroso ¡hola! y con un buen trago de coñac y luego me explicaron la situación; era muy poco agradable. Los ingleses se hallaban inmediatamente delante de nosotros y ni por la derecha ni por la izquierda existían contactos con otras tropas nuestras. Llegamos a la conclusión de que aquel rincón sólo era apto para guerreros muy veteranos, encanecidos entre el humo de la pólvora.

De pronto me preguntó Sandvoss si me habían dicho algo acerca de mi hermano. No será difícil de imaginar mi inquietud al enterarme de que había participado en el ataque nocturno y que lo habían dado por desaparecido. Era el hermano que yo más quería; experimenté, como un abismo que se abría ante mí, la sensación de una pérdida irreparable.

Inmediatamente después llegó un hombre y me comunicó que mi hermano yacía herido en un abrigo próximo. Mientras hablaba me señalaba con el dedo un desolado blocao; se hallaba cubierto de árboles arrancados de cuajo y sus defensores lo habían abandonado ya. Rápidamente atravesé un claro del bosque que estaba batido por un preciso fuego de artillería, y entré. ¡Qué reencuentro! En una habitación llena de olor a cadáver estaba tumbado mi hermano en medio de una muchedumbre de heridos graves que gemían. Lo encontré en unas condiciones deplorables. Dos balines de *shrapnel lo* habían alcanzado mientras se lanzaba al asalto; uno le había perforado un pulmón, el otro le había reducido a astillas el codo derecho. Sus ojos estaban brillantes por la fiebre; sobre el pecho tenía una máscara antigás abierta. Le costaba mucho esfuerzo moverse, hablar y respirar. Nos estrechamos la mano y nos contamos lo ocurrido.

Para mí era claro que mi hermano no debía permanecer en aquel lugar, pues en cualquier momento podían lanzarse al asalto los ingleses, o bien una granada podía dar el golpe de gracia a aquel fortín de

hormigón, ya muy deteriorado. El mejor servicio que como hermano podía prestarle era lograr su evacuación hacia la retaguardia. Aunque Sandvoss se oponía violentamente a todo lo que debilitase nuestras fuerzas de combate, di a los cinco hombres que conmigo habían venido la orden de que condujesen a Fritz al puesto de socorro denominado «Huevo de Colón» y que trajesen de allí a más gente para evacuar a los otros heridos. Envolvimos a mi hermano en una lona de tienda de campaña, atamos la lona por los picos, metimos un palo largo y luego dos hombres cargaron con aquel fardo. Un nuevo apretón de manos, y aquella triste comitiva se puso en movimiento.

Seguí con los ojos la bamboleante carga que se alejaba serpenteando por entre un bosque de columnas, altas como campanarios, que las granadas levantaban al estallar. Cada una de las explosiones provocaba en mí una sacudida; por fin el pequeño cortejo desapareció entre los vapores del combate. Me sentí representante de nuestra madre y, a la vez, responsable ante ella de la suerte de mi hermano.

Desde los embudos situados junto a la linde delantera del bosque sostuvimos una pequeña escaramuza con los ingleses, que iban avanzando; luego pasé la noche, junto con mis hombres —cuyo número había aumentado entretanto— y con los sirvientes de una ametralladora, entre las ruinas del fortín de hormigón. Ininterrumpidamente caían muy cerca de nosotros granadas de efecto explosivo de una violencia extraordinaria; por un pelo no me había matado una de ellas a última hora de la tarde.

Hacia el amanecer el tirador de nuestra ametralladora abrió fuego de repente, pues se aproximaban unas sombras humanas oscuras. Era una patrulla de enlace de 76° Regimiento de Infantería; uno de sus hombres fue abatido por aquellos disparos. Errores como éste eran frecuentes en aquellos días, pero nadie les daba demasiada importancia.

A las seis de la mañana vino a relevarnos un contingente de la Novena Compañía; me trajeron la orden de que pasase a ocupar una posición de combate en el denominado Fuerte de las Ratas. Mientras marchábamos hacia aquel lugar un *shrapnel* dejó inútil para la lucha a un sargento aspirante a oficial.

El Fuerte de las Ratas resultó ser una casa reforzada por dentro con un revestimiento de hormigón; estaba acribillada a balazos y se hallaba al lado mismo del lecho pantanoso del arroyo Steen. El nombre de la casa estaba bien elegido. Agotados, entramos en ella y nos tumbamos en unos camastros cubiertos de paja, hasta que una comida copiosa y la reconfortante pipa de tabaco que la siguió consiguieron levantarnos un poco el ánimo.

En las primeras horas de la tarde se inició un bombardeo enemigo con proyectiles de grueso calibre. Desde las seis hasta las ocho se sucedieron ininterrumpidamente las explosiones; a menudo las atroces sacudidas de los proyectiles que caían cerca y no explotaban hacían temblar la estructura del edificio que nos albergaba; parecía que iba a derrumbarse. Durante este tiempo estuvimos haciendo comentarios, como era usual, acerca de la seguridad que nos ofrecía nuestro refugio. Opinábamos que la cubierta de hormigón era bastante fiable; pero como aquel edificio se hallaba al lado mismo de la escarpada orilla del arroyo, temíamos que algún proyectil de grueso calibre y de tiro rasante socavase sus cimientos y nos arrojase, junto con los bloques de hormigón, al fondo de aquél.

Hacia el anochecer, cuando se calmó un poco el fuego, me escabullí hasta el puesto de socorro Huevo de Colón por una loma que estaba envuelta en una chirriante red de balines de *shrapnel.* Iba a pedir al médico noticias de mi hermano. En el momento en que llegué, estaba examinando la pierna horrorosamente destrozada de un moribundo. Tuve la gran alegría de oír que a mi hermano lo habían evacuado hacia la retaguardia en relativo buen estado.

A hora tardía aparecieron los hombres del rancho; trajeron a nuestra pequeña compañía, que había quedado reducida a veinte hombres, lo siguiente: una sopa caliente, carne en latas, café, pan, tabaco y aguardiente. Comimos abundantemente e hicimos pasar de mano en mano una botella de Porcentaje 98. Después nos entregamos al sueño, que fue interrumpido muchas veces por las nubes de mosquitos que subían del arroyo, así como por las granadas y por ocasionales bombardeos con gas.

Me quedé tan profundamente dormido tras aquella agitada noche que mis hombres tuvieron que despertarme cuando, por la mañana, empezó a parecerles inquietante la violencia cada vez mayor de los disparos. Me contaron que de la zona de delante volvían ya algunos soldados diciendo que nuestra primera línea había sido evacuada y que el adversario estaba avanzando.

Me atuve al principio militar que dice: «Un buen desayuno fortalece el cuerpo y el alma», y lo primero que hice fue tomar un copioso desayuno y encenderme una pipa; luego salí a ver qué ocurría fuera.

Era muy reducida la zona que podía abarcar con la vista, pues los alrededores estaban envueltos en una espesa humareda. A cada minuto que pasaba crecía la intensidad del fuego; pronto alcanzó aquel máximo de potencia en que la excitación nerviosa, incapaz ya de aumentar, deja paso a una indiferencia casi placentera. Un diluvio de terrones de tierra caía ininterrumpida y ruidosamente sobre el techo de nuestro fortín, que en dos ocasiones fue alcanzado directamente. Granadas incendiarias lanzaban a lo alto pesadas nubes de color blanco lechoso, de las que se desprendían y caían a tierra haces de fuego. Un pedazo de esa masa de fósforo se estrelló contra una piedra ante mis pies y allí estuvo ardiendo todavía algunos minutos. Más tarde oímos decir que los hombres alcanzados por el fósforo se revolcaban en el suelo sin conseguir apagar el fuego. Los proyectiles de espoleta retardada se hundían en el suelo con un bramido y levantaban pequeñas campanas de tierra. Bancos de gas y de niebla se arrastraban pesadamente sobre los campos. Delante de nosotros se oían muy cerca disparos de fusiles y de ametralladoras, señal de que el enemigo tenía que encontrarse cerca.

Abajo caminaba chapoteando por el cauce del arroyo un grupo de hombres; atravesaba un bosque de géiseres de cieno que arrojaban sus salpicaduras a lo alto. Reconocí al jefe de nuestro batallón, el capitán von Brixen, que llevaba un brazo en cabestrillo y se apoyaba en dos enfermeros; me precipité hacia él. Con palabras presurosas me gritó que el enemigo iba avanzando y me advirtió que no me quedase allí más tiempo al descubierto.

Pronto resonaron en los embudos cercanos los primeros disparos de la infantería, que iban también a estrellarse contra lo que quedaba de las paredes de nuestro fortín. Siluetas fugitivas, cada vez más numerosas, desaparecían a nuestras espaldas en las nubes de humo, mientras un furioso fuego de fusil daba testimonio de la enconada defensa de nuestros hombres que aún resistían en vanguardia.

Había llegado el momento. Era preciso defender el Fuerte de las Ratas e hice ver bien claro a mis hombres, algunos de los cuales ponían mala cara, que de ningún modo había que pensar en una retirada. Distribuí a la tropa detrás de las aspilleras y emplacé en el hueco de una ventana la única ametralladora que poseíamos. Decidí que un embudo hiciera las veces de puesto de socorro e instalé en él a un enfermero; pronto tuvo abundante trabajo. También recogí del suelo un fusil que no tenía dueño y me colgué del cuello una cartuchera.

Como nuestro grupo era muy reducido procuré reforzarlo con los numerosos soldados que, carentes de jefe, iban errantes de un lado para otro. Los más hacían caso a nuestras llamadas, contentos de poder unirse a alguien; otros, en cambio, tras detenerse un momento perplejos y ver que teníamos poco que ofrecerles, seguían corriendo. En situaciones como éstas no se anda uno con cumplidos, así que ordenaba a mis hombres que los encañonasen con los fusiles.

Atraídos magnéticamente por las bocas de las armas, aquellos hombres iban acercándose poco a poco, aunque en su cara podía leerse que se unían a nosotros de muy mala— gana. Hubo excusas, discusiones y exhortaciones más o menos suaves. —Pero si yo ni siquiera tengo fusil.

—Pues aguarde a que un tiro mate a alguien.

Hubo una última, poderosa intensificación del fuego. Durante ella las ruinas de nuestra casa fueron alcanzadas en varias ocasiones; los fragmentos de tejas que caían de lo alto chirriaban al chocar contra nuestros cascos. Un relámpago, una explosión horrible, me tiró al suelo. La tropa se quedó estupefacta cuando me vio levantarme sin la menor herida.

Después de esta poderosa tromba final vinieron unos momentos más tranquilos. El fuego saltaba por encima de nosotros y se fijaba en la carretera que unía Langemarck con Bixschoote. Esto no nos gustó nada. Hasta entonces el bosque no nos había dejado ver los árboles. Tanto y de tantas maneras nos había amenazado el Peligro que no nos había sido posible parar mientes en él. Ahora que la tormenta había pasado rugiendo sobre nosotros, cada cual encontraba tiempo de equiparse para hacer frente a lo que inevitablemente llegaría.

Y llegó. Callaron los fusiles que delante de nosotros disparaban; los defensores habían sido abatidos. De la humareda surgió una compacta línea de tiradores enemigos. Acurrucados detrás de las ruinas, mis hombres abrieron fuego de fusil contra ellos; la ametralladora empezó a tabletear. Como si algo los hubiera borrado, los atacantes desaparecieron en los embudos y nos inmovilizaron con sus disparos. Pronto estuvimos rodeados por una corona de tiradores.

Era una situación sin salida; carecía de sentido sacrificar la tropa. Di orden de emprender la retirada. Ahora lo difícil era conseguir que se pusieran en pie aquellos hombres; se habían aferrado al combate con fuego de fusil.

Aprovechando una larga nube de humo que se mantenía a ras del suelo nos escabullimos; en algunas ocasiones tuvimos que atravesar arroyos cuyas aguas nos llegaban por encima de la cintura. El cerco estaba casi cerrado, pero, serpenteando cautelosamente, supimos atravesarlo. Fui el último en abandonar aquel pequeño fortín; apoyado en mí caminaba el alférez Höhlemann, que sangraba por una grave herida de la cabeza y hacía chistes para sobreponerse a la torpeza de sus pasos.

Al cruzar la carretera nos topamos con la Segunda Compañía. Soldados heridos habían informado a Kius de la situación en que nos encontrábamos y acudía a sacarnos de aquel trance; lo había hecho no sólo por propio impulso, sino también porque sus hombres lo apremiaron.

El mando no había ordenado ejecutar aquella operación y por eso me emocionó y me llenó de una alegría loca y desbordante, de una moral en la que a uno le gustaría arrancar árboles de cuajo.

Tras una breve deliberación decidimos quedarnos en aquel lugar y parar al adversario. También allí fue preciso recurrir a la violencia para hacer comprender a los artilleros, a los hombres de las señales ópticas, a los telefonistas y a otra gente similar a ellos, que erraban solos por el campo de batalla, que, dadas las circunstancias, también ellos tenían que formar en la línea de tiradores con un fusil en la mano. A fuerza de ruegos y culatazos logramos crear un nuevo frente de tiro.

Luego nos sentamos en una trinchera apenas comenzada a construir y desayunamos. Kius sacó su inevitable máquina e hizo algunas fotos. Notamos que había movimiento por nuestra izquierda, junto a la salida de Langemarck. Nuestros hombres abrieron fuego contra unas figuras humanas que corrían de un lado para otro, hasta que lo prohibí. Poco después apareció un suboficial y nos comunicó que una compañía de fusileros de la Guardia se había apostado junto a la carretera y que nuestros disparos habían causado algunas bajas.

Ordené entonces a mis hombres que se adelantasen y colocaran a la misma altura. Este movimiento lo realizamos bajo un intenso fuego de fusil. Algunos hombres cayeron muertos; Bartels, un alférez de la Segunda Compañía, fue herido de gravedad. Kius permaneció a mi lado; mientras avanzaba iba comiéndose su bocadillo de pan con mantequilla. Una vez que nos instalamos unto a la carretera, desde la cual el terreno descendía hacia el arroyo Steen, nos percatamos de que los ingleses habían pensado hacer lo mismo que nosotros. Las primeras figuras vestidas con uniformes de color caqui habían avanzado ya hasta quedar a veinte metros de nosotros. Hasta donde alcanzaba la vista, el terreno de delante estaba lleno de líneas de tiradores y de columnas de a uno inglesas. También alrededor del Fuerte de las Ratas había ya una enorme cantidad de soldados enemigos.

Aquellos hombres actuaban con una despreocupación total. Un soldado inglés llevaba a cuestas un rollo de alambre e iba tendiendo una línea telefónica. Era evidente que no habían disparado mucho contra ellos; por eso avanzaban con tanta desenvoltura. Pronto echamos un cerrojo al avance del enemigo, a pesar de su enorme superioridad numérica. Abrimos fuego contra él, un fuego intenso y también certero. A un fornido cabo de la Octava Compañía lo vi apoyar con mucha calma su fusil sobre el astillado tronco de un árbol; a cada disparo que hacía caía muerto un atacante. Los otros se quedaron desconcertados y, en medio del fuego, empezaron a dar saltos de un lado para otro como liebres, mientras entre ellos se alzaban pequeñas nubes de polvo. Herimos a una parte de los atacantes; los demás se metieron a rastras en los embudos abiertos por las granadas y allí permanecieron escondidos hasta que llegó la noche. Habíamos hecho fracasar rápidamente su avance; lo habían pagado caro.

Hacia las once de la mañana empezaron a planear sobre nosotros, a muy baja altura, unos aviones adornados con escarapelas; con nuestros furiosos disparos los obligamos a alejarse. En medio de aquel

loco tiroteo no pude reprimir una carcajada cuando se me presentó un soldado con la pretensión de que le certificase por escrito que él solo había incendiado un avión con el fuego de su fusil.

Inmediatamente después de ocupar la posición de la carretera había informado de ello a nuestro regimiento y solicitado apoyo. Por la tarde nos llegó un refuerzo; consistía en algunas secciones de infantería, así como zapadores y ametralladoras. Siguiendo la táctica del Viejo Federico situé a toda aquella gente en la primera línea, que estaba superabarrotada. De vez en cuando los ingleses nos derribaban algunos hombres que cruzaban imprudentemente la carretera.

Sobre las cuatro de la tarde se inició un muy desagradable tiroteo de *shrapnels.* El enemigo concentraba el fuego exactamente sobre la carretera. Sin duda los aviones habían descubierto ya nuestra nueva línea de resistencia; nos esperaban horas difíciles.

Pronto empezó, en efecto, un violento bombardeo con granadas de pequeño y de grueso calibre. Apretujados los unos contra los otros, permanecimos tumbados en la abarrotada y rectilínea cuneta de la carretera. El fuego danzaba ante nuestros ojos; sobre nosotros caían, silbando, ramas de árboles y terrones de tierra. A mi izquierda brilló un relámpago muy cerca de mí; dejó tras de sí un vapor blanco y sofocante. A gatas me arrastré hasta mi vecino. Ya no se movía. Cascos de metralla afilados y dentados le habían causado numerosas heridas; de ellas brotaba sangre. También hubo muchas bajas por mi derecha, pero más lejos.

Al cabo de media hora se hizo el silencio. Cavamos aprisa agujeros hondos en la poco profunda depresión de la cuneta de la carretera, con el objeto de quedar protegidos al menos contra los cascos de metralla cuando el enemigo volviera a bombardearnos. Nuestras palas tropezaron con fusiles, correajes y cartuchos del año 1914, señal de que no era la primera vez que aquel suelo se empapaba de sangre. Antes de nosotros habían luchado allí «Los Voluntarios de Langemarck».

El enemigo volvió a acordarse de nosotros a la caída de la tarde. Yo estaba acurrucado junto a Kius en un agujero en donde podíamos esta sentados; muchos callos nos había costado. Los proyectiles que caían cerca, muy cerca, hacían que el suelo oscilase como la cubierta de un barco. Estábamos preparados para todo.

Con el casco aplastado sobre la frente mordisqueaba mi pipa, miraba fijamente la carretera y filosofaba sobre el coraje que me hacía falta; mis filosofías tuvieron éxito. Me pasaban por la cabeza pensamientos extravagantes. Así, por ejemplo, estuve acordándome muy vivamente de una novela francesa por entregas, *Le Vautour de la Sierra,* que en Cambrai había ido a parar a mis manos. Varias veces susurré esta frase de Ariosto: «A un corazón grande no le horroriza la muerte, llegue cuando llegue, con tal de que sea gloriosa». Todo esto generaba en mí una especie de embriaguez, parecida a la que uno experimenta al mecerse en un columpio. Cuando las granadas dejaban un poco en paz a mi oído escuchaba cerca de mí fragmentos de la hermosa canción titulada «La ballena negra de Askalón» y pensaba que mi amigo Kius estaba más borracho que una cuba. Cada cual tiene su forma peculiar de *spleen.*

Cuando ya estaba a punto de finalizar aquel bombardeo, un casco de metralla de gran tamaño me dio en una mano. Kius encendió su linterna de bolsillo. Descubrimos un rasguño superficial.

Después de la medianoche comenzó a lloviznar. Las patrullas de un regimiento nuestro que entretanto se habían desplegado y que avanzaron hasta el arroyo Steen encontraron llenos de cieno todos los embudos. El enemigo se había retirado a la otra orilla del arroyo.

Extenuados por las fatigas de aquella dura jornada nos sentamos dentro de nuestros agujeros, excepto los centinelas que quedaron de guardia. Me eché sobre la cabeza el desgarrado capote del hombre que había muerto a mi lado y me sumí en un agitado sueño. Me desperté cuando estaba amaneciendo; tiritaba de frío. Descubrí entonces que me hallaba en una situación lamentable. Llovía a cántaros y los regatos de la carretera vertían el agua en el fondo del agujero en que estaba sentado. Levanté un pequeño dique e intenté achicar el agua con la tapadera de mi cacerola. Como los regatos traían cada vez más agua fui haciendo mas y más alto mi parapeto; al fin la presión cada vez mayor del agua derribó mi débil construcción y una sucia corriente burbujeante llenó hasta arriba mi agujero. Mientras procuraba repescar del cieno la pistola y el casco de acero, el pan y el tabaco fueron arrastrados a lo largo de la cuneta de la

carretera; algo parecido les ocurrió también a los demás moradores de aquel lugar. Temblorosos y ateridos, con el cuerpo completamente empapado, estábamos de pie en medio del cieno de la carretera y éramos conscientes de que el próximo bombardeo nos sorprendería sin ningún lugar donde refugiarnos. Fue una mañana atroz. Una vez más pude comprobar que ningún fuego de artillería es capaz de quebrantar la fuerza de resistencia con la eficacia con que lo hacen la humedad y el frío.

Aquella lluvia representó para nosotros, sin embargo, en el marco general de la batalla, un verdadero regalo divino, pues obligó al ataque inglés a detenerse precisamente en los primeros días, que son los más importantes. Mientras nosotros podíamos traer nuestros carros de municiones por carreteras que permanecían intactas, nuestro adversario se vio forzado a salvar con su artillería una empantanada zona de embudos.

A las once de la mañana, cuando ya éramos presa de la desesperación, apareció un ángel salvador; lo hizo en la figura de un enlace que nos trajo la orden de que el regimiento se concentrase en Kokuit.

En el camino hacia esa población pudimos ver lo difícil que tuvo que ser mantener el contacto con la primera línea el día en que se inició el ataque. Las carreteras estaban sembradas de cadáveres de hombres y animales. Junto a unos cuantos armones agujereados como un rallador yacían, cerrando el camino, doce caballos horriblemente mutilados.

Los restos de nuestro regimiento se congregaron en un prado que estaba inundado por el agua de la lluvia; por encima de él se veían, como si fueran nubecillas, las bolas, de un color blanco lechoso, de algunos *shrapnels* aislados. Lo que allí quedaba era un puñado de hombres, su número equivaldría a los efectivos de una compañía. En medio de la tropa había algunos oficiales. ¡Cuántas pérdidas! Casi la totalidad de los oficiales y de los soldados de dos batallones. Bajo una lluvia torrencial se mantenían allí en pie, con una mirada sombría, los supervivientes, aguardando a que llegasen los aposentadores. Más tarde nos secamos, agrupados alrededor de una estufa al rojo vivo, en una barraca de madera; un desayuno abundante nos devolvió el coraje de vivir.

A última hora de la tarde cayeron algunas granadas en la aldea de Kokuit. Fue alcanzada una barraca y algunos hombres de la Tercera Compañía murieron. A pesar del bombardeo, pronto nos acostamos; una sola esperanza abrigábamos: que no nos sacasen de allí otra vez, que no nos hiciesen salir otra vez afuera, a la lluvia, para lanzarnos a un contraataque o a organizar de repente una defensa.

A las tres de la madrugada llegó una orden que nos mandaba replegarnos. Caminamos hacia Staden por la carretera; estaba cu bierta de cadáveres y vehículos destruidos por los disparos. El fuego había llevado su furia hasta allí. Encontramos un cráter que había sido abierto por un único proyectil; alrededor yacían doce muertos. Staden, que cuando llegamos era todavía una población llena de vida, mostraba ya numerosos edificios destruidos por los disparos. La desierta plaza mayor estaba sembrada de enseres domésticos destrozados. Una familia abandonó el pueblo al mismo tiempo que nosotros; lo único que se llevaba consigo era una vaca, que caminaba detrás de ellos. Eran gente sencilla; el marido tenía una pata de palo y la mujer llevaba cogidos de la mano a los hijos, que iban llorando. El confuso ruido que a nuestras espaldas se oía hacía aún más sombrío aquel triste cuadro.

Los restos del Segundo Batallón fueron alojados en una solitaria casa de labor; quedaba oculta por unos espesos setos y se hallaba en medio de unos campos jugosos, en los que la vegetación estaba muy crecida. Allí se me confió el mando de la Séptima Compañía; con ella había de compartir alegrías y sufrimientos hasta el final de la guerra.

Al atardecer nos sentamos delante de una chimenea que tenía un revestimiento de viejos azulejos; en aquel lugar recuperamos fuerzas gracias a un ponche caliente bien cargado y escuchamos con atención el renovado tronar de la batalla. En un periódico reciente leí un comunicado militar; una de sus frases me llamó la atención: «Conseguimos detener al enemigo en la línea del arroyo Steen».

Resultaba extraño enterarse de que se daba publicidad a una actividad aparentemente confusa que habíamos realizado en medio de las tinieblas de la noche. Habíamos contribuido con la parte que nos tocaba a paralizar un ataque enemigo iniciado con unas fuerzas muy poderosas. Las masas de hombres y material podrían ser ingentes, pero el trabajo en los lugares decisivos lo habían llevado a cabo unos pocos combatientes.

Pronto nos entregamos al descanso en un suelo cubierto de heno. Habíamos ingerido en abundancia bebidas soporíferas, pero los más de los durmientes fantaseaban y daban vueltas de un lado para otro en sus yacijas, como si tuvieran que volver a sostener otra vez la Batalla de Flandes.

El 3 de agosto, cargados abundantemente con ganado y productos agrícolas de la región que abandonábamos, emprendimos la marcha hacia la estación del cercano pueblo de Gits. Aquel batallón, que había quedado muy reducido, pero que volvía a gozar de una moral excelente, estuvo bebiendo café en la cantina de la estación; las dos fornidas camareras flamencas que lo servían sazonaron el café con atrevidas frases, lo que produjo un regocijo general. Lo que más divertía a la tropa era que las camareras, de acuerdo con la costumbre del país, tuteasen a todo el mundo, también a los oficiales.

Algunos días más tarde recibí una carta de mi hermano Fritz; me escribía desde un hospital de Gelsenkirchen. En ella me decía que perdería sin duda la movilidad de un brazo y que los pulmones le quedarían como una carraca.

De las anotaciones de mi hermano tomo prestado el pasaje siguiente; completa mi relato y refleja de un modo muy plástico las impresiones que experimenta un soldado bisoño cuando es arrojado a las furias de la batalla de material.

«-¡A formar para el ataque!

»La cara del jefe de mi sección se inclinó sobre la pequeña caverna en que nos hallábamos. Los tres hombres que estaban a mi lado finalizaron su charla y, lanzando maldiciones, se pusieron rápidamente de pie. Yo me levanté, me ajusté el casco de acero y salí a la oscuridad.

»Hacía un tiempo nublado y frío; se habían producido cambios atmosféricos entretanto. El fuego de granadas se había desplazado y ahora se hallaba, con su sordo tronar, encima de otros lugares de aquel gigantesco campo de batalla. Unos aviones cruzaron el espacio crepitando; las grandes cruces de hierro pintadas en la parte baja de las alas tranquilizaron los ojos que, llenos de miedo, los miraban.

»Una vez más fui corriendo a un pozo; aunque se hallaba entre ruinas y escombros, había conservado un agua notablemente clara. Allí llené mi cantimplora.

»Los hombres de la compañía estaban formando por secciones. Deprisa colgué de mi cinturón cuatro granadas de mano y me dirigí a donde estaba mi pelotón; faltaban dos hombres. Apenas tuve tiempo de anotar sus nombres, pues toda aquella masa de soldados se puso enseguida en movimiento. Las secciones cruzaban en fila de a uno el terreno de embudos, sorteaban maderos, se apretaban contra los setos y avanzaban serpenteantes hacia el enemigo; con sus armas producían ruidos rechinantes.

»El ataque lo llevaron a cabo dos batallones; un batallón del regimiento vecino entró en acción al mismo tiempo que nosotros. La orden era breve y terminante: había que rechazar al otro lado del canal a unos destacamentos ingleses que lo habían cruzado. En aquella operación se me había encomendado la misión de permanecer cuerpo a tierra con mi pelotón en la posición alcanzada y detener el contraataque enemigo.

»Llegamos a las ruinas de una aldea. En la llanura flamenca, marcada por horribles cicatrices, se alzaban, negros y astillados, los troncos de unos cuantos árboles; era lo único que quedaba de un gran bosque. Enormes bancos de humo se desplazaban por el aire y ocultaban con sus nubes sombrías y pesadas el cielo vespertino. Sobre la tierra pelada, que había sido desgarrada una y otra vez de un modo implacable, flotaban gases asfixiantes; eran de color amarillo y pardo y se desplazaban perezosamente.

»Nos habían ordenado que estuviésemos preparados para un ataque de gas. En aquel momento se inició un fuego monstruoso — los ingleses habían descubierto que atacábamos. La tierra saltaba en rugientes surtidores y un diluvio de cascos de metralla pasaba sobre el terreno barriéndolo. Todos nos detuvimos un instante como petrificados; luego nos dispersamos con rapidez. Todavía pude oír la voz del jefe de nuestro batallón, el capitán de caballería Böckelmann; recurriendo a todas las fuerzas de su garganta gritó una orden cuyo significado no llegué a comprender.

»Mis hombres habían desaparecido; me encontraba en una sección que no era la mía. Rápidamente me dirigí con los demás hacia las ruinas de una aldea que las granadas implacables habían arrasado hasta los cimientos. Sacamos de los estuches nuestras máscaras de gas.

»Todo el mundo se tiró al suelo. Cerca de mí se hallaba, rodilla en tierra, el alférez Ehlert, un oficial al que yo conocía ya del Somme. Tumbado junto a mí, un suboficial reconocía el terreno. La violencia del tiro de barrera era horrible; confieso que superaba mis expectativas más audaces. Un amarillo muro de fuego oscilaba delante del sitio en que nos encontrábamos; sobre nosotros caía un diluvio de metralla, terrones de tierra y fragmentos de tejas, que— arrancaba chispas blancas de los cascos de acero. Yo tenía la sensación de que entonces resultaba más difícil respirar, de que en aquella atmósfera saturada de hierro en cantidades masivas ya no quedaba aire suficiente para los pulmones.

»Largo tiempo estuve mirando fijamente aquella olla de brujas; su límite visible lo formaba el ardiente fuego que salía de la boca de las ametralladoras inglesas. El oído era incapaz de percibir aquel enjambre de mil cabezas que sobre nosotros se vertía y que estaba hecho de disparos. Me di cuenta de que este poderoso fuego defensivo había desbaratado ya en sus inicios nuestro ataque, el cual había sido preparado por un tiro de tambor de media hora de duración. Dos veces se oyó, con un intervalo muy breve entre el primero y el segundo, un estallido mostruoso, que se tragó todos los demás ruidos. Las minas que allí reventaban eran de máximo calibre. Campos enteros de escombros volaban por los aires, se mezclaban en sus remolinos y caían a tierra con un estrépito infernal.

»Ehlert me gritó algo y yo miré hacia la derecha. Levantó la mano, hizo una seña a los demás y saltó hacia adelante. Me levanté pesadamente y eché a correr detrás de él. Mis pies continuaban quemándome como fuego, pero el dolor punzante había disminuido.

»Apenas había dado veinte pasos cuando, en el momento en que estaba saliendo una vez más de un embudo, me cegó la luz ardiente de un *shrapnel* que había estallado a no más de diez pasos delante de mí y a unos tres metros de altura del suelo. Sentí dos golpes sordos, uno contra el pecho y otro contra los hombros. El fusil se me cayó automáticamente de las manos, me desplomé con la cabeza hacia atrás y fui rodando hasta el embudo. Confusamente oí todavía la voz de Ehlert, quien, al pasar corriendo a mi lado, gritó:

»-¡Le han dado!

»Ehlert no llegaría a acabar vivo el día siguiente. Nuestro ataque fracasó; durante el repliegue Ehlert murió junto con todos los hombres que lo acompañaban. Una bala que le entró por la nuca puso fin a la vida de aquel valiente oficial.

»Mucho tiempo estuve sin sentido; cuando volví en mí reinaba allí cierta calma. Intenté levantarme, pues me hallaba tumbado cabeza abajo, pero sentí en el hombro un dolor violento, que aumentaba a cada movimiento que hacía. Mi respiración era entrecortada y jadeante, parecía como si los pulmones fueran incapaces de absorber suficiente aire. Un tiro de rebote en los pulmones y en el hombro, pensé, acordándome de los dos golpes sordos, indoloros, que había recibido. Me desprendí del equipo de asalto, del correaje y, en un estado de total indiferencia, también de la máscara antigás. Conservé puesto el casco de acero y colgué la cantimplora de una agarradera de mi ceñidor.

»Logré salir del embudo. Pero tras haber recorrido penosamente a rastras unos cinco pasos, me quedé tirado, inmóvil, en un embudo vecino. Una hora más tarde hice un segundo intento de seguir avanzando a rastras, pues sobre aquel campo empezaba a caer otra vez un ligero fuego de tambor. También este intento fracasó. Perdí mi cantimplora, que estaba llena de preciosa agua, y me sumí en un agotamiento infinito; de él me sacó, mucho tiempo después, la sensación de una sed ardiente.

»Comenzó a lloviznar. Con el casco de acero logré recoger un poco de agua sucia. Había perdido el sentido de la orientación y era incapaz de formarme una idea clara del trazado del frente. Había allí una hilera de embudos seguidos, cada uno mayor que el anterior, y lo único que yo conseguía ver desde el fondo de aquellos profundos fosos eran paredes de barro y el cielo gris. Se desencadenó una tempestad, pero el ruido de los truenos quedó sofocado por el de un fuego de tambor que entonces comenzó. Me apreté estrechamente contra la pared del embudo. Una pella de barro cayó sobre mis hombros; por encima

de mi cabeza pasaban, barriendo el suelo, cascos de metralla de grandes dimensiones. Poco a poco fui perdiendo también la noción del tiempo; ya no sabía si era por la mañana o por la tarde.

»En un determinado momento aparecieron dos hombres que iban cruzando el campo a grandes saltos. Les grité en alemán y en inglés; sin escucharme desaparecieron como sombras en la niebla. Por fin se acercaron a mí otros tres hombres. Reconocí a uno de ellos; era el suboficial que el día anterior había estado tumbado en el suelo a mi lado. Me llevaron consigo a una pequeña cabaña que quedaba cerca — estaba abarrotada de heridos a los que atendían dos enfermeros. Yo había permanecido trece horas en el embudo.

»El violento fuego de la batalla continuó realizando su labor; parecía un martillo pilón, una laminadora. Cerca de nosotros caían seguidas las granadas y a veces cubrían de arena y tierra el techo de la barraca. Me vendaron, me dieron una nueva máscara antigás, un trozo de pan con mermelada roja de mala calidad y un poco de agua. El enfermero me cuidaba como un padre.

»Los ingleses comenzaban ya a progresar en su avance; se aproximaban a saltos y desaparecían en los embudos. Hasta dentro de la barraca llegaban los gritos y las llamadas de fuera.

»De repente penetró en la cabaña un oficial joven; desde los pies hasta el casco se hallaba salpicado de barro. Era mi hermano Ernst, al que ya el día anterior, en la plana mayor de nuestro regimiento, habían dado por muerto. Nos saludamos con una sonrisa conmovida y un poco extraña. Miró lo que había alrededor y luego fijó en mí sus ojos con angustia. Las lágrimas brotaron de sus ojos. Aunque pertenecíamos al mismo batallón, aquel reencuentro en el inmenso campo de batalla tenía algo de milagroso, de sobrecogedor; el recuerdo de ese reencuentro continúa siendo para mí algo precioso y venerable. A los pocos minutos me dejó y trajo consigo a los cinco últimos hombres de su compañía. Me colocaron en una lona de tienda de campaña, la atravesaron con un árbol joven y me condujeron fuera del campo de batalla.

»Quienes me llevaban se relevaban de dos en dos. El pequeño convoy se movía deprisa, unas veces hacia la derecha y otras hacia la izquierda, y evitaba con movimientos de zigzag las granadas que de manera masiva explotaban. Unas cuantas veces se vieron forzados mis portadores a buscar rápidamente un refugio en que guarecerse y me dejaron caer a tierra, de modo que me di fuertes golpes contra los embudos.

»Finalmente llegamos a un abrigo; estaba forrado de hormigón y hojalata y llevaba el prodigioso nombre de "Huevo de Colón". Me arrastraron dentro y me tendieron en un camastro de madera. En aquel sitio estaban sentados, silenciosos, dos oficiales a los que yo no conocía; escuchaban atentamente el huracanado concierto de la artillería. Más tarde me enteré de que uno de ellos era el alférez Bartmer, y el otro un médico auxiliar llamado Helms. Nunca trago alguno me ha sabido mejor que la mezcla de agua de lluvia y vino tinto que aquel médico vertió en mi boca. La fiebre se apoderó de mí como un incendio. Me costaba mucho respirar, luchaba por absorber aire; además, me oprimía como una pesadilla la idea de que el techo de hormigón de aquel abrigo estaba colocado encima de mi pecho, y de que yo presionaba contra él con cada una de mis respiraciones e intentaba levantarlo.

»Entró jadeante Köppen, un alférez médico. Perseguido por las granadas, había atravesado a la carrera el campo de batalla. Me reconoció, se inclinó sobre mí y vi que su rostro se contraía en una mueca que era una sonrisa tranquilizadora. Detrás de él entró el jefe de mi batallón; era un hombre muy severo y, cuando me golpeó con suavidad el hombro, hube de sonreír, pues pensé que enseguida entraría allí el Kaiser para interesarse por mí.

»Aquellos cuatro hombres se sentaron juntos; bebían en vasos de aluminio y cuchicheaban. Noté que hablaban de mí un momento y capté palabras sueltas como "hermano", "pulmón", "herida"; intentaba comprender lo que querían decir. Después comenzaron a hablar en voz alta sobre la situación de la batalla.

»Una sensación de felicidad penetró entonces en la mortal extenuación en que me hallaba; esa sensación de felicidad se hizo cada vez más intensa y duró semanas. Todos los acontecimientos de mi vida me parecían asombrosamente sencillos; con la consciencia de "tener arregladas las cuentas" me hundí en el sueño.»

Regniéville

El 4 de agosto de 1917 bajamos del tren en la famosa población de Mars-la-Tour. Las compañías séptima y octava fueron acantonadas en Doncourt; en este pueblo estuvimos varios días llevando una vida enteramente contemplativa. Varias veces me puso allí en aprietos, sin embargo, la escasez del rancho. Estaba rigurosamente prohibido aprovisionarse de alimentos en los campos; a pesar de ello, casi todas las mañanas venían los miembros de la policía de campaña a denunciarme a algunos de mis hombres, a los que habían sorprendido arrancando patatas por la noche. Yo no podía dejar de imponerles un castigo «por haberse dejado atrapar». Tal era la justificación —no oficial, claro está— que daba.

También yo mismo hube de vivir en esos días la experiencia de que «los bienes mal adquiridos a nadie han enriquecido». De una abandonada mansión señorial de Flandes nos habíamos llevado Tebbe y yo una calesa; tenía encristaladas las ventanillas y era verdaderamente digna de un príncipe. Durante el viaje de vuelta en tren nos las arreglamos para ocultarla a las miradas indiscretas. Con ella proyectamos realizar una magnífica excursión a Metz, con el fin de volver a disfrutar por una vez a manos llenas de los goces de la vida. Una tarde enganchamos el tiro y emprendimos el viaje. Por desgracia aquel vehículo no tenía frenos; había sido construido para las llanuras de Flandes y no para el montañoso suelo de Lorena. Ya dentro de la aldea la calesa empezó a coger velocidad y pronto nos vimos arrastrados en una carrera vertiginosa que no podía acabar sino mal. El primero que dejó el vehículo de un salto fue el cochero. Luego lo hizo Tebbe, que fue a aterrizar maltrecho en un montón de aperos de labranza. Yo fui el único que permanecí sentado en aquellos cojines de seda, aunque la verdad es que no me sentía nada cómodo en ellos. De pronto se abrió una de las portezuelas y un poste de telégrafo la arrancó de cuajo. El vehículo acabó precipitándose por una pendiente y fue a estrellarse contra la pared de una casa. Muy asombrado comprobé, mientras abandonaba por una ventanilla la destrozada calesa, que no había sufrido el menor daño.

El general von Busse, que mandaba la división, revistó el 9 de agosto nuestra compañía y la elogió por su buen comportamiento en el combate. Al día siguiente nos cargaron en vagones y nos llevaron hasta las cercanías de Thiaucourt. Desde esta población marchamos a pie enseguida a nuestra nueva posición, que se extendía por las colinas cubiertas de bosques de la Côte Lorraine frente a la aldea de Regniéville. Esta aldea, bastante conocida por haber sido mencionada varias veces en las órdenes del día, estaba ya muy machacada por los disparos.

La primera mañana que pasamos en la posición inspeccioné mi sector; me pareció demasiado extenso para una sola compañía. Estaba formado por una intrincada maraña de trincheras, parte de las cuales se hallaban destruidas. Las minas trípodes volantes, habituales en aquella zona, habían arrasado en muchos puntos la primera línea. La galería en que me alojaba quedaba a cien metros detrás de ella; se hallaba en la denominada «trinchera de comunicación», cerca de la carretera que salía de Regniéville. Era la primera vez, después de mucho tiempo, que volvíamos a enfrentarnos a los franceses.

Un geólogo se hubiese sentido muy feliz en aquella posición. Los ramales de aproximación dejaban al descubierto seis estratos sucesivos, que iban desde la piedra calcárea coralina hasta la denominada «marga de Gravelotte». En esta última había sido excavada la trinchera de combate. La roca, de color pardo amarillento, estaba abarrotada de fósiles, sobre todo de unos erizos de mar de forma aplanada, semejantes a panecillos, cuyos caparazones asomaban a millares por los taludes de la trinchera. Cada vez que recorría el sector volvía a mi abrigo con los bolsillos llenos de conchas, erizos de mar y amonites. La marga tenía además la ventaja de ser mucho más resistente a las inclemencias atmosféricas que el habitual terreno legamoso. Había incluso algunos tramos de trinchera cuidadosamente mamposteados, y el piso

estaba asfaltado de hormigón en muchos lugares, de manera que, aunque cayeran grandes chaparrones, el agua de lluvia corría con mucha facilidad.

Mi galería era profunda y estaba llena de goteras. Tenía una particularidad que no me gustaba, y es que en aquella zona pululaban, en lugar de los habituales piojos, sus mucho más ágiles parientes. Parece que estas dos especies mantienen entre sí las mismas relaciones hostiles que los turones y las ratas domésticas. De nada servían allí los habituales cambios de ropa, pues los saltarines parásitos se emboscaban insidiosamente en la paja de los camastros. Desesperado, el durmiente acababa quitándose de encima la manta para organizar una batida a fondo de aquellos bichos.

También el rancho dejaba mucho que desear. Lo único que nos daban, aparte del sopicaldo del mediodía, era la tercera parte de un pan, que iba acompañado de un aditamento ridículamente pequeño, consistente casi siempre en mermelada medio estropeada. Una rata gorda, que en vano intenté atrapar varias veces, se comía la mitad de mis alimentos.

Las compañías de reserva y las que estaban en período de descanso se albergaban en unos barracones viejísimos escondidos en las profundidades del bosque. A mí me gustaba especialmente el alojamiento que tenía en el lugar donde estaban acantonadas las compañías de reserva, el denominado «Campamento del Tocón», el cual se encontraba pegado al ángulo muerto de la pendiente de un estrecho barranco del bosque. Allí habitaba yo una cabaña diminuta, medio empotrada en la pendiente y rodeada de cerezos silvestres y de avellanos. La ventana de la cabaña ofrecía una vista panorámica de las crestas de las colinas que quedaban enfrente, las cuales estaban cubiertas de bosques, así como de una estrecha zona de prados, regada por un arroyo, que se hallaba en el fondo del barranco. En aquel lugar me divertía alimentando a innumerables arañas cruceras que habían tejido sus grandes redes redondas en la maleza. Una colección de botellas de todo tipo, amontonadas junto a la pared trasera de mi blocao, revelaba que más de un eremita había pasado allí muchas horas dedicado a la vida contemplativa; también yo me apliqué a no dejar desatendidos los dignos usos del lugar. Al atardecer ascendían del fondo del barranco las nieblas, que se mezclaban con la pesada humareda blanca de la fogata que yo encendía; entonces, a primera hora de la noche, me sentaba en cuclillas, dejando la puerta abierta, entre la fresca brisa otoñal y el calor de la hoguera, y me parecía que lo que iba bien con aquello era una bebida pacífica: vino tinto y coñac con huevo, mitad y mitad. Me bebía mi mezcla en un vaso panzudo. A ello se añadía la lectura de algún libro; y también continuaba escribiendo mis apuntes. Estas fiestas silenciosas me ayudaban asimismo a consolarme del hecho de que hubiese tomado el mando de mi compañía un oficial de edad madura que acababa de llegar del batallón de depósito, pero que tenía más años de servicio que yo, y hubiera de volver a realizar, como jefe de sección, el aburrido servicio de trincheras. Me atenía a mi vieja costumbre y procuraba eludir mediante frecuentes patrullas las inacabables guardias.

El 24 de agosto un casco de metralla de una granada hirió al valiente capitán de caballería Bóckelmann — era el tercer jefe de batallón que mi regimiento perdía en poco tiempo.

Durante el servicio de trincheras hice amistad con el suboficial Kloppmann; era un hombre ya algo mayor, casado, y se distinguía por su gran acometividad. Kloppmann era uno de esos hombres en los que no es posible descubrir el menor punto flaco en lo que toca al valor; entre un centenar no se encuentra más que uno como él. Nos pusimos de acuerdo para ir a echar un vistazo a las trincheras de los franceses y el 29 de agosto les hicimos la primera visita.

Avanzamos a rastras hasta una brecha que Kloppmann mismo había abierto con sus tijeras la noche anterior en la alambrada enemiga. Nos encontramos con la desagradable sorpresa de que los alambres estaban otra vez empalmados. A pesar de ello volvimos a cortarlos, haciendo mucho ruido, y penetramos en la trinchera francesa. Largo tiempo estuvimos acechando detrás del primer través que encontramos. Luego avanzamos sigilosamente; fuimos siguiendo un hilo telefónico que terminaba en una bayoneta clavada en la tierra. En muchos lugares había alambres que bloqueaban la posición, incluso había en un sitio una puerta de rejas; pero la posición misma no se hallaba ocupada. Estuvimos mirando todo aquello con mucho detenimiento; luego regresamos por el mismo camino y volvimos a cerrar cuidadosamente la brecha, para disimular nuestra visita.

A la noche siguiente Kloppmann tornó a merodear por aquel mismo lugar. Pero el recibimiento que le hicieron consistió en abrir fuego de fusil contra él y en arrojarle granadas de mano en forma de limón, a las que dábamos el nombre de «huevos de pato»; una de ellas cayó junto a su cabeza, que tenía pegada al suelo, pero no estalló. A toda prisa hubo de poner pies en polvorosa. A la noche siguiente estábamos los dos otra vez en camino hacia el enemigo; en esta ocasión encontramos ocupada la primera línea de trincheras. Espiamos a los centinelas y comprobamos los sitios en que estaban apostados. Uno de ellos silbaba suavemente una bonita melodía. Finalmente abrieron fuego contra nosotros y nos retiramos con sigilo.

Cuando ya había vuelto a nuestra trinchera aparecieron en ella de pronto mis camaradas Voigt y Haverkamp. Era evidente que habían estado bebiendo, y se les había ocurrido la extravagante idea de ir en peregrinación desde el cómodo Campamento del Tocón hasta la primera línea, para lo cual tuvieron que cruzar el oscurísimo bosque; querían «ir de patrulla», según decían. Siempre me he atenido a la norma de que cada cual es libre de arriesgar su pellejo donde quiera, así es que dejé que treparan fuera de la trinchera, aunque el enemigo seguía nervioso. La «patrulla» de aquellos hombres consistía únicamente en ir a buscar paracaídas de seda de los cohetes franceses y en perseguirse mutuamente delante de la alambrada enemiga agitando aquellas telas blancas. Como es natural, los franceses abrieron fuego contra ellos, pero, pasado algún tiempo, regresaron sanos y salvos. Baco les otorgó su acreditada protección.

El 10 de septiembre me encaminé desde el Campamento del Tocón hasta el puesto de mando de mi regimiento, donde solicité que me dieran un permiso.

—Ya he estado pensando en concedérselo —me replicó el coronel—. Pero el regimiento ha de llevar a cabo por la fuerza un reconocimiento del territorio enemigo y deseo confiarle a usted esa operación. Escoja a los hombres aptos y entrénese con ellos en el Campamento de Sousloeuvre.

La operación consistía en infiltrarnos en la frontera enemiga por dos sitios distintos e intentar capturar algunos prisioneros. La patrulla estaba subdividida en tres grupos: dos unidades de choque y un destacamento cuya misión consistía en ocupar la primera línea enemiga y cubrirnos la espalda a los integrantes de las unidades de choque. Además de la dirección del conjunto tomé el mando de la unidad de la izquierda; el de la derecha se lo confié al alférez von Kienitz.

Cuando pedí voluntarios me llevé la sorpresa —no se olvide que estábamos ya a finales del año 1917— de que se presentaran casi las tres cuartas partes de la tropa de todas las compañías del batallón. A los que iban a constituir la patrulla los elegí, según mi costumbre, recorriendo las filas y seleccionando a quienes tenían «buena cara». Algunos de los que sobraron estuvieron a punto de echarse a llorar cuando los rechacé.

Incluyéndome a mí, mi unidad se componía de catorce hombres; entre ellos estaban el sargento aspirante a oficial von Zglinitzky, los suboficiales Kloppmann, Mevius, Dujesiefken, y dos zapadores. Se había congregado allí la gente más loca y osada del Segundo Batallón.

Diez días estuvimos entrenándonos en el lanzamiento de granadas de mano, y en unas trincheras que eran réplica exacta de las reales ejecutamos asimismo un simulacro de la operación. Dado el celo exagerado con que actuábamos fue un milagro que antes de la operación tuviéramos únicamente tres heridos por cascos de metralla. Como, por otro lado, estuvimos libres de cualquier otro servicio, en la tarde del 22 de septiembre pude dirigirme a la segunda posición, en la que íbamos a pernoctar aquella noche, como jefe de una banda salvaje, pero manejable.

A última hora de la tarde, atravesando el oscuro bosque, acudimos Kienitz y yo al puesto de mando del batallón; el capitán de caballería Schumacher nos había invitado a una cena de despedida, o más bien a una última comida de reos condenados a muerte. Después de cenar nos tumbamos dentro de nuestra galería para descansar aún unas cuantas horas. El saber que a la mañana siguiente ha de emprender uno una caminata a vida o muerte provoca sensaciones extrañas; antes de dormirse escudriña uno durante algún tiempo en su interior y pone en regla sus asuntos.

A las tres de la madrugada nos despertaron; nos levantamos, nos lavamos y ordenamos que nos preparasen el desayuno. Enseguida tuve un serio disgusto, que me encolerizó; mi ordenanza había puesto

una exageradísima cantidad de sal en los huevos fritos, que yo deseaba tomar para cobrar fuerzas y para festejar aquella jornada.

Apartamos a un lado los platos y por centésima vez repasamos todos los pormenores que podían salirnos al paso. Mientras lo hacíamos nos alargábamos mutuamente vasos llenos de Cherry-Brandy y Kienitz contaba algunos chistes viejísimos. A las cinco menos veinte reunimos a los hombres y los condujimos hasta los fortines construidos en la primera línea. Ya se habían abierto, con tijeras, brechas en las alambradas, y unas flechas largas, espolvoreadas de cal, apuntaban como las manecillas de un reloj hacia los puntos que íbamos a atacar. Nos separamos con un apretón de manos y nos dispusimos a esperar lo que viniera.

Me había puesto encima una indumentaria de trabajo en consonancia con la tarea que íbamos a ejecutar; en el pecho, dos sacos terreros, cada uno de los cuales contenía cuatro granadas de mango, las de la izquierda con espoleta de percusión y las de la derecha con espoleta de mecha; en el bolsillo derecho de la guerrera, una pistola del 09 sujeta a un largo cordón; en el bolsillo derecho del pantalón, una pequeña pistola Mauser; en el bolsillo izquierdo de la guerrera, cinco granadas de mano ovoides; en el bolsillo izquierdo del pantalón, una brújula luminosa y un silbato; en el cinturón, un portacarabina para cebar las granadas de mano, un puñal y una cizalla. En el bolsillo interior de la guerrera metí una cartera llena de papeles y la dirección de mi familia; en el bolsillo trasero del pantalón, una botella plana de Cherry-Brandy. Nos habíamos despojado de las hombreras, así como del brazalete con la inscripción «Gibraltar», para no proporcionar al adversario ninguna información sobre la unidad a la que pertenecíamos. Para reconocernos llevábamos brazaletes blancos en las mangas de la guerrera.

A las cinco menos cuatro minutos se inició un fuego de diversión en la división que quedaba a nuestra izquierda. A las cinco en punto se inflamó el cielo a nuestras espaldas y con gran estruendo empezaron los proyectiles a trazar sus curvas trayectorias por encima de nuestras cabezas. Yo estaba con Kloppmann delante de una galería y fumaba un último puro; pero pronto nos vimos obligados a ponernos a cubierto, pues numerosos disparos se quedaban demasiado cortos. Teníamos el reloj en la mano y contábamos uno a uno los minutos.

A las cinco y cinco en punto salimos de la galería y atravesamos nuestras propias alambradas por los pasillos preparados de antemano. Yo iba corriendo delante; en la mano alzada llevaba una granada de mano. Vi cómo también la patrulla de la derecha se lanzaba al asalto con las primeras luces del amanecer. La alambrada enemiga era débil; de dos zancadas la crucé, pero tropecé en un alambre que estaba tendido detrás y caí en un embudo; de él me sacaron Kloppmann y Mevius.

—¡Adentro!

Saltamos al interior de la primera trinchera enemiga, pero no topamos con ninguna resistencia; a nuestra derecha se iniciaba entretanto una ruidosa pelea con granadas de mano. No nos preocupamos de aquello y saltamos una barrera de sacos terreros; luego nos agachamos y desaparecimos en los embudos, para reaparecer junto a una serie de caballos de Frisia colocados delante de la segunda línea. También ésta se encontraba vacía; como no había ninguna esperanza de hacer allí prisioneros, seguimos avanzando deprisa, sin detenernos, por un ramal de aproximación lleno de obstáculos. Envié por delante a los zapadores para que limpiasen aquello; el ritmo con que trabajaban no me bastaba, así es que yo mismo me puse a la cabeza. No teníamos tiempo que perder en fuegos artificiales.

Al desembocar en la tercera línea hicimos un descubrimiento que nos dejó sin aliento: una colilla encendida tirada en el suelo nos indicó que el enemigo tenía que hallarse muy cerca. Hice una señal a mis hombres, agarré fuertemente la granada que llevaba en la mano y avancé con sigilo por la trinchera, que estaba muy bien construida; en los taludes se apoyaban numerosos fusiles abandonados. En situaciones cómo éstas la memoria retiene los detalles más nimios. Así, en aquel lugar se me quedó grabada, como en un sueño, la imagen de un plato dentro del cual había una cuchara. Esta observación iba a salvarme la vida veinte minutos más tarde.

De repente se esfumaron delante de nosotros unas figuras que parecían sombras. Echamos a correr tras ellas y fuimos a parar a una zanja sin salida; en el talud de aquella zanja se abría la entrada de una galería. Me aposté delante de ella y grité:

—*Montex!*

La respuesta que recibí fue una granada de mano que alguien arrojó desde el interior. Era evidentemente un proyectil con mecha de retardo, pues oí el pequeño chasquido del encendido y tuve tiempo de saltar hacia atrás. Aquella granada reventó contra el talud de enfrente, a la altura de mi cabeza; me desgarró mi gorra de seda, me causó varias heridas en la mano izquierda y me arrancó la yema del dedo meñique. Al suboficial de zapadores que estaba a mi lado un casco de metralla le perforó la nariz. Retrocedimos algunos pasos y bombardeamos con granadas de mano aquel peligroso lugar. Llevado por la precipitación, uno de mis hombres arrojó en la entrada un tubo incendiario e imposibilitó con ello la continuación de nuestro ataque. Dimos media vuelta y recorrimos la tercera línea en dirección opuesta a la de antes; lo que deseábamos era hacer prisionero a un adversario. Por todas partes había, tiradas en el suelo, piezas de equipo y armas. Cada vez más preocupados nos hacíamos en silencio esta pregunta: «¿Dónde podrán hallarse los hombres que han dejado allí esos fusiles? ¿Dónde nos estarán acechando?». Sin embargo, nos fuimos adentrando resueltamente en las trincheras desiertas, veladas por los vapores de la pólvora; en una mano llevábamos preparada una granada y en la otra la pistola montada.

Sólo más tarde, reflexionando sobre ello, he logrado hacerme una idea clara del camino que seguimos a partir de aquel instante. Sin darnos cuenta torcimos por un tercer ramal de aproximación y nos acercamos hacia la cuarta línea; estábamos ya metidos en el fuego de obstrucción de nuestra propia artillería. De vez en cuando abríamos con violencia una de las cajas empotradas en los taludes de la trinchera y nos metíamos, como recuerdo, una granada de mano en el bolsillo.

Tras haber recorrido varias veces en todas las direcciones las trincheras nadie sabía ya ni en dónde nos encontrábamos ni en qué dirección quedaba la posición alemana. Poco a poco los hombres se fueron poniendo nerviosos. Las agujas de la brújula luminosa temblaban en nuestras manos trémulas; con el nerviosismo, nos olvidamos de todos los conocimientos adquiridos en la escuela. La algarabía de voces extranjeras que en las trincheras cercanas se oía indicaba que el. adversario se había recuperado de la primera sorpresa. Era inevitable que adivinase pronto el lugar en que nos hallábamos.

Una vez más dimos media vuelta; yo iba caminando a la cola de mis hombres cuando vi de repente cómo se balanceaba delante de mí, sobre un través de sacos terreros, el cañón de una ametralladora. Tropezando con un cadáver francés di un salto hacia allí y divisé al suboficial Kloppmann y al sargento aspirante a oficial von Zglinitzky, que se ocupaban de aquel arma, mientras el fusilero Hailer hurgaba en un despedazado cadáver en busca de papeles. Sin preocuparnos de lo que nos rodeaba nos pusimos a manipular con prisa febril en la ametralladora, pues queríamos llevarnos cuando menos algún botín. Intenté aflojar los tornillos de sujeción, otro hombre cortó con la cizaya la banda de cartuchos; finalmente nos echamos al hombro aquella máquina, que estaba colocada sobre un trípode, y nos la llevamos sin desmontar. En aquel instante resonó en la trinchera paralela a la dirección en que presumíamos que quedaba la línea alemana una voz enemiga; era una voz nerviosa, pero amenazante:

—*Qu'est-ce qu'il y a?*

Hacia nosotros vino volando, con una trayectoria curva, una bola negra; se distinguía confusamente del cielo, que ya empezaba a clarear.

—¡Cuidado!

Brilló un relámpago entre mí y Mevius; un casco de metralla se incrustó en su mano. Nos dispersamos por todos los lados y nos fuimos enredando cada vez más en aquella maraña de trincheras. Los únicos hombres que en aquel momento se encontraban junto a mí eran el suboficial de zapadores, cuya nariz sangraba, y Mevius, que tenía herida la mano. Sólo el desconcierto de los franceses, que aún no osaban salir de sus agujeros, retrasaba nuestra ruina. Pero dentro de pocos minutos tropezaríamos necesariamente con un destacamento francés más fuerte, que nos remataría de muy buena gana. En el aire no flotaba precisamente una atmósfera de perdón.

Ya había perdido toda esperanza de escapar sano de aquel avispero cuando de repente se me escapó de la garganta un grito de júbilo. Mis ojos acababan de tropezar con aquel plato que tenía dentro una cuchara; ahora estaba orientado. Ya había amanecido del todo y por ello no teníamos un solo segundo que perder. De un salto salimos a campo descubierto y nos lanzamos hacia nuestras líneas, mientras las

primeras balas de fusil silbaban a nuestro alrededor. En la primera línea de la trinchera francesa topamos con la patrulla del alférez von Kienitz. Cuando oímos el grito de *Lüttje Lage* supimos que habíamos pasado lo peor. Por desgracia, caí encima de uno de nuestros hombres que estaba gravemente herido. Kienitz me contó a toda prisa que en la primera trinchera había expulsado con granadas de mano a unos franceses que allí estaban cavando, y que, ya en el inicio mismo del avance posterior, había tenido muertos y heridos por causa de nuestra propia artillería.

Tras larga espera aparecieron todavía dos de mis hombres, el suboficial Dujesiefken y el fusilero Hailer. Este último me trajo al menos un pequeño consuelo; mientras erraba de un lado para otro había ido a parar a un alejado ramal ciego y había descubierto allí tres ametralladoras abandonadas; había desmontado de su emplazamiento una de ellas y se la había traído consigo. Como cada vez se hacía más de día, atravesamos a toda prisa la tierra de nadie y nos dirigimos corriendo a nuestra primera línea.

De los catorce hombres que conmigo habían salido volvieron solamente cuatro; también la patrulla de Kienitz había sufrido grades pérdidas. Hubo algo que alivió mi abatimiento, y fueron unas palabras del bueno de Dujesiefken, un hombre nacido en Oldenburg. Mientras me vendaban la mano dentro de la galería, Dujesiefken se hallaba en la puerta de ésta y contaba a sus camaradas lo ocurrido. Acabó con esta frase:

—Y ahora yo, desde luego, le tengo respeto al alférez Jünger; muchachos, muchachos, había que ver cómo saltaba las barricadas.

Después atravesamos a pie el bosque y nos dirigimos al puesto de mando del regimiento; casi todos llevábamos vendadas las manos y las cabezas. El coronel von Oppen me saludó y ordenó que me sirvieran café. Ciertamente nuestro fracaso le había causado decepción, pero nos manifestó su aprecio. Ello nos sirvió de consuelo. Luego me subieron a un auto y me llevaron a la división, donde deseaban tener un relato exacto de lo ocurrido. Mientras seguían atronándome los oídos las salvajes explosiones de las granadas de mano, pude disfrutar a manos llenas del alivio que representaba atravesar a toda velocidad, reclinado en el asiento, la carretera comarcal.

El oficial de Estado Mayor de la división me recibió en su despacho. Estaba de muy mal humor y noté, cosa que me irritó, que intentaba hacerme responsable del desenlace de la operación. Aquel hombre ponía un dedo en el mapa y hacía preguntas como ésta:

—¿Y por qué no torció a la derecha en este ramal de aproximación?

Me di cuenta de que aquel oficial era incapaz de concebir un laberinto en el que ya no existen en absoluto las nociones de derecha e izquierda. Para él todo aquello era un plano; para nosotros, una realidad vivida con pasión.

El jefe de la división me recibió con un saludo amistoso y pronto consiguió disipar mi mal humor. Durante la comida estuve sentado a su lado con mi raída guerrera y mi mano vendada; me esforcé en hacer aparecer a su verdadera luz, sin falsa modestia, los acontecimientos de la mañana; y lo conseguí.

Al día siguiente el coronel von Oppen revistó una vez más la patrulla, impuso algunas Cruces de Hierro y concedió a cada uno de los participantes dos semanas de permiso. Por la tarde fueron enterrados en el cementerio militar de Thiaucourt los caídos cuyos cuerpos habíamos conseguido recuperar. Entre las víctimas de esta guerra reposaban también allí luchadores de 1870/71. Una de aquellas tumbas estaba adornada con una piedra cubierta de musgo; tenía esta inscripción: *Dem Auge fern, dem Herzen ewig nah!* [Lejos de los ojos, pero cerca para siempre del corazón]. En una gran lápida se hallaban esculpidos estos dos versos:

Heldentaten, Heldengraber reihen neu sich an die alten,
Künden, wie das Reich erstanden, künden, wie das Reich erhalten.

[Nuevas acciones heroicas, nuevas tumbas de héroes se alinean con las antiguas,
Proclaman cómo surgió el Imperio, proclaman cómo se mantiene]

Por la noche leí en el comunicado militar francés estas palabras! «Ha fracasado una operación alemana cerca de Regniéville; hemos hecho prisioneros». Estos prisioneros habían sido lobos que se habían extraviado en un aprisco de borregos. De esta noticia del comunicado pude deducir, con gran alegría, que había supervivientes entre los camaradas que habíamos perdido.

Meses más tarde recibí una carta de uno de los desaparecidos, el fusilero Meyer, que en los combates con granadas de mano de aquella operación había perdido una pierna. Largo tiempo había errado con sus camaradas por las trincheras, viéndose envuelto en un combate con el enemigo. Gravemente herido, había sido hecho prisionero; antes habían muerto los otros, entre ellos el suboficial Kloppmann. Este era ciertamente un hombre al que no era posible imaginar prisionero.

Muchas aventuras corrí en la guerra, pero ninguna fue tan siniestra como ésta. Todavía se me encoge el corazón cuando vuelvo a pensar en nuestras extraviadas correrías por aquellas trincheras que nos eran desconocidas, iluminadas por la fría luz de la amanecida. Todo aquello parecía acontecer en un sueño laberíntico.

Unos días más tarde los alféreces Domeyer y Zürn se infiltraron con varios acompañantes en la primera línea enemiga; lo hicieron tras una breve preparación artillera, consistente en el lanzamiento de unos pocos *shrapnels.* Domeyer se topó con un soldado francés de la segunda reserva, un «territorial»; éste llevaba unas largas barbas y le conminó:

—*Rendez vous!*

Domeyer le replicó rabiosamente:

—*Ah non!*

Y se abalanzó sobre él. En el transcurso de una enconada lucha cuerpo a cuerpo le atravesó el cuello con un disparo de su pistola y hubo de volver sin ningún prisionero, como me había ocurrido a mí. Pero en la acción que yo había llevado a cabo se había malgastado una munición que en 1870 habría bastado para toda una batalla.

Flandes una vez más

El mismo día en que regresé de permiso nos relevaron tropas bávaras y por el momento quedamos acantonados en la cercana aldea de Labry.

El 17 de octubre de 1917 nos cargaron en vagones y, tras día y medio de viaje en tren, volvimos a poner el pie en el suelo de Flandes; hacía sólo dos meses que lo habíamos abandonado.

Pernoctamos en el pueblo de Iseghem y a la mañana siguiente marchamos a pie a Roulers, o Roeselaere, como se dice en flamenco. Esta población se encontraba en el primer estadio de la destrucción. Aún se vendían mercancías en las tiendas, pero los habitantes vivían ya en los sótanos; los frecuentes bombardeos habían roto los lazos de la vida civil. Frente a la casa en que yo vivía había un escaparate en el que se exhibían sombreros de señora; en medio del tumulto de la guerra producía una impresión de incoherencia fantasmal. Por las noches los saqueadores penetraban, forzándolas, en las viviendas abandonadas.

Yo era el único ocupante de las habitaciones de arriba de la casa en que me alojaba, situada en la Ooststraat [calle del Este]. El edificio era propiedad de un comerciante de tejidos que al comienzo de la guerra había huido, dejando allí, para que vigilasen la casa, a una anciana criada y a su hija. Las dos cuidaban de una chiquilla huérfana que habían encontrado vagando por las calles durante nuestro avance y de la que no sabían ni la edad ni el nombre. Enorme era el miedo que aquellas mujeres tenían a las bombas; casi de rodillas me suplicaron que no encendiese la luz en mi habitación del piso de arriba, para no atraer con ella a los malvados aviadores. También a mí se me fueron, de todos modos, las ganas de reír cuando, en una ocasión en que yo y mi amigo Reinhardt estábamos contemplando, de pie junto a la ventana, las evoluciones de un avión inglés que, iluminado por nuestros reflectores, pasaba rozando los tejados, explotó en las cercanías de la casa una bomba gigantesca y la presión del aire arrojó en torno a nuestras orejas los fragmentos de los cristales de la ventana.

Para los próximos combates el mando me había destinado a actuar de oficial de reconocimiento; con este motivo había sido agregado a la plana mayor de nuestro regimiento. Antes de que comenzasen las operaciones acudí al puesto de mando del 10^0 Regimiento de reserva bávaro, al que íbamos a relevar; quería que me pusieran al corriente de mis tareas. El jefe de este regimiento fue muy amable conmigo, aunque al recibirme murmuró algo entre dientes acerca de la «banda roja de la gorra», que era contraria al reglamento; en realidad, para no atraer hacia sí los funestos balazos en la cabeza, la gorra debía llevar cosida encima de la banda roja una banda de color pardo.

Dos enlaces de combate me guiaron hasta la cabecera de transmisión de mensajes; según decían, desde allí se tenía una buena visión general. No habíamos hecho más que dejar el puesto de mando cuando una granada lanzó a lo alto un trozo del prado que estábamos cruzando. Pero mis guías sabían evitar con mucha habilidad el fuego en aquel terreno cubierto por numerosos bosquecillos de álamos. Hacia el mediodía aumentó el tiroteo hasta transformarse en un trueno que retumbaba de manera continua. Con el instinto peculiar de los veteranos luchadores de las batallas de material, que incluso en medio de un fuego muy denso saben encontrar una senda más o menos segura, mis guías se fueron abriendo paso en aquel paisaje otoñal, que brillaba con resplandores de oro.

En el umbral de una solitaria casa de labor, que mostraba las huellas de explosiones recientes, divisamos a un muerto tendido de bruces.

Uno de aquellos honrados bávaros dijo:

—Le ha dado.

—Aire espeso —opinó el otro, mientras miraba en redondo con ojos inquietos y seguía adelante.

La cabecera de transmisión de mensajes quedaba al otro lado de la carretera que unía Passchendaele con Westroosebeke. Aquella carretera era bombardeada intensamente. La cabecera consistía en una instalación similar a la que yo había dirigido en Fresnoy. Se encontraba instalada en un edificio que los disparos habían transformado en un montón de escombros; tan escasa era su protección que el primer proyectil un poco potente que diese en ella la aniquilaría sin remedio. A tres oficiales que allí llevaban en común una vida propia de trogloditas, y que se alegraron mucho al enterarse de que iban a ser relevados, les pedí informaciones sobre el enemigo, nuestra posición y sus accesos. Luego, pasando por Roodkruis y Oostnieuwkerke, regresé a Roulers, donde informé al coronel.

Cuando atravesaba las calles de esta última ciudad me fijé en los pintorescos nombres puestos a los pequeños y numerosos establecimientos de bebidas que allí había; eran una expresión muy apropiada del bienestar flamenco. ¿Quién no se hubiera sentido atraído por carteles de locales que llevaban nombres como los siguientes: De Zalm [El salmón], De Reeper [La garza real], De Nieuwe Trompette [La trompeta nueva], De drie Koningen [Los tres reyes] o Den Olifant [El elefante]? Ya la manera como los habitantes nos acogían, con aquel rudo idioma de Flandes y el tuteo familiar, nos ponía de buen humor. Quiera Dios que también de esta guerra resucite en su vieja realidad este espléndido país que tantas veces ha servido de escenario a los combates de los ejércitos.

Al atardecer cayeron bombas sobre la ciudad. Bajé al sótano, donde ya estaban apretujadas en un rincón, temblorosas, las mujeres, y encendí mi linterna de bolsillo para calmar a la chiquilla; gritaba de miedo, pues una explosión había apagado la luz. Una vez más se ponía allí de manifiesto que el ser humano está atado a su patria con lazos muy fuertes. Aquellas mujeres sentían un miedo enorme del peligro, mas, a pesar de ello, se aferraban con fuerza a aquel pedazo de terreno que en cualquier momento podía transformarse en su sepultura.

En la mañana del 23 de octubre, acompañado por mi unidad de reconocimiento, compuesta de cuatro hombres, partí hacia Kalve, donde la plana mayor de mi regimiento iba a tomar el relevo en el transcurso de la tarde. En el frente retumbaban los truenos de un fuego violento; sus relámpagos teñían la niebla con un color rojo de sangre. En la entrada de Oostnieuwkerke se derrumbó con gran estruendo cerca de nosotros un edificio que había sido alcanzado por una granada de grueso calibre; las piedras de los escombros iban rodando por la calle. Intentamos evitar, dando un rodeo, aquella población, pero nos vimos forzados a atravesarla, pues desconocíamos la ruta que desde Roodkruis llevaba a Kalve. Al pasar a la carrera junto a un suboficial al que yo no conocía y que estaba de pie en la entrada de un sótano le pregunté por el camino. En vez de responderme metió las manos en los bolsillos y se encogió de hombros. Me hallaba rodeado de proyectiles y no tenía tiempo que perder, así que di un salto hacia él y, poniéndole la pistola debajo de la nariz, le obligué a que me proporcionase los datos que necesitaba.

Fue ésta la primera vez en que tropecé, en medio del combate, con un hombre que causaba dificultades, aunque no por cobardía, sino evidentemente porque estaba hastiado de todo. Pese a que, como es natural, este hastío aumentó y se generalizó en los últimos años, era sumamente insólito que se manifestase durante el combate; pues la batalla crea vínculos entre los hombres, en tanto la inactividad los aísla. En el combate los hombres están sometidos a una coerción objetiva. Donde más claramente se manifestaba el relajamiento de la disciplina militar era en las marchas, entre las columnas que regresaban de la batalla de material.

En Roodkruis, una pequeña granja situada junto a una bifurcación de carreteras, las cosas empezaron a ponerse serias. Los armones de la artillería atravesaban al galope la bombardeada carretera; a ambos lados de ella iban serpenteando por el terreno las unidades de la infantería; innumerables heridos volvían arrastrándose hacia la retaguardia. Encontramos a un joven artillero que llevaba clavado en un hombro un alargado y dentado casco de metralla; parecía la punta de una lanza rota. Sin alzar los ojos pasó a nuestro lado como un sonámbulo.

Dejamos la carretera y nos desviamos hacia la derecha para dirigirnos al puesto de mando del regimiento; lo encontramos circundado de una corona de fuego. Dos telefonistas iban desenrollando cerca de allí un cable en un campo de coles. Al lado mismo de uno de ellos explotó una granada; lo vimos caer al suelo y pensamos que había sido liquidado. Pero volvió a levantarse enseguida y con gran sangre fría

continuó tendiendo el cable. El puesto de mando consistía en un diminuto fortín de hormigón en el que apenas había sitio para el jefe, su ayudante y el oficial de ordenanzas; por ello me busqué un cobijo en las cercanías. Junto con el oficial de transmisiones, el oficial de la defensa antigás y el oficial de los lanzaminas me metí en una débil barraca de madera; no constituía precisamente el modelo ideal de un refugio a prueba de bombas.

Por la tarde salí hacia nuestra posición, pues había llegado un informe según el cual aquella mañana el enemigo había realizado un ataque contra nuestra Quinta Compañía. Pasando por la cabecera de transmisión de mensajes fui hasta la denominada «Granja del Norte», una casa de labor que los disparos habían vuelto irreconocible; debajo de sus ruinas habitaba el jefe del batallón de reserva. Desde allí había un sendero, apenas indicado, que conducía hasta el jefe de las tropas combatientes. Las grandes lluvias de los últimos días habían transformado el campo de embudos en un desierto de cieno; su hondura era peligrosísima, especialmente en el cauce del arroyo Padde. En mis correrías pasé al lado de muchos muertos que yacían solitarios y abandonados; a menudo lo único que de la sucia superficie emergía era una cabeza o una mano. Millares de soldados duermen de este modo, sin que un monumento levantado por manos amigas adorne sus sepulturas.

El cruce del arroyo Padde resultó extremadamente difícil; conseguí atravesarlo gracias a algunos álamos que las granadas habían derribado sobre él. Una vez cruzado aquel arroyo descubrí dentro de un embudo gigantesco al jefe de la Quinta Compañía, el alférez Heins, rodeado de un pequeño grupo de fieles. La posición, consistente en una serie de embudos, quedaba junto a una pendiente; como aún no estaba anegada del todo, un no muy exigente soldado del frente podía calificarla de habitable. Heins me contó que por la mañana había hecho aparición una línea de tiradores ingleses; los nuestros abrieron fuego contra ella y desapareció. Pero los ingleses, a su vez, habían abatido con sus disparos a algunos hombres del 164° Regimiento que andaban extraviados y que habían echado a correr cuando aquéllos se acercaron. Salvo esto, todo estaba en orden; en vista de ello retorné al puesto de mando e informé al coronel.

Al día siguiente el enemigo interrumpió de groserísima manera nuestra comida del mediodía; lo hizo mediante unas cuantas granadas que colocó al lado mismo de la pared de madera de nuestra barraca. Los surtidores de barro levantados por las granadas caían en lentos remolinos y tamborileaban sobre la techumbre de cartón alquitranado. Todo el mundo se abalanzó afuera; yo me refugié en una granja cercana. Como llovía, me metí dentro. Por la tarde volvió a ocurrir lo mismo, pero esta vez me quede al aire libre, pues el tiempo era seco. La siguiente granada estalló de lleno en aquel edificio, que ya se estaba viniendo abajo. Así es como juega el Destino en la guerra. Más que en ningún otro sitio se cumple aquí el axioma: «pequeñas causas, grandes efectos».

El 25 de octubre el enemigo nos expulsó de las barracas ya a las ocho de la mañana; el segundo disparo acertó de lleno en la que quedaba enfrente de la nuestra. Otros proyectiles se hundieron en los prados inundados por la lluvia. Parecía que no explotaban, pero abrían embudos enormes. Aleccionado por las experiencias del día anterior elegí, en el gran campo de coles que quedaba detrás del puesto de mando del regimiento, un embudo que estaba aislado e inspiraba confianza; cada vez que nos bombardeaban permanecía en él y no me separaba de allí sin antes haber dejado pasar un oportuno intervalo de seguridad. Ese día recibí la noticia, que me afectó mucho, de la muerte del alférez Brecht; había caído luchando en el campo de embudos situado a la derecha de la Granja del Norte, mientras desempeñaba sus tareas de oficial de reconocimiento. Era uno de los pocos hombres que incluso en aquella guerra de material semejaban estar rodeados de un aura especial; parecía invulnerable. Hombres como él son fáciles de reconocer, pues se destacan de la masa de los demás — son los que ríen cuando llega la orden de atacar. La idea de que tal vez uno mismo no seguirá viviendo mucho tiempo nos invade involuntariamente cuando recibimos la noticia de muertes como ésa.

Un fuego de tambor de una violencia extraordinaria llenó todas las horas de la mañana del 26 de octubre. También nuestra artillería redobló su furia al divisar las señales de petición de tiro de barrera que se alzaban en la primera línea. Todos los bosquecillos y todos los setos estaban erizados de cañones; detrás de ellos realizaban su labor los medio ensordecidos artilleros.

Los heridos que regresaban de la primera línea traían noticias confusas y exageradas sobre un ataque inglés; en vista de ello, a las once me ordenó el mando que me dirigiese con mis cuatro hombres hacia delante y averiguase más exactamente lo que ocurría. Nuestra ruta atravesaba zonas batidas por un fuego intenso. Nos encontramos con numerosos heridos; uno de ellos, el alférez Spitz, jefe de la Duodécima Compañía, tenía un balazo en la barbilla. Ya en el terreno que quedaba delante de la galería ocupada por el jefe de las tropas combatientes me vi envuelto en un fuego preciso de ametralladora, señal de que el enemigo había hundido nuestras líneas. El comandante Dietlein, jefe del Tercer Batallón, me confirmó esta sospecha. A aquel viejo oficial lo encontré muy ocupado en salir a gatas de la puerta de su fortín de hormigón, cubierto ya por el agua hasta tres cuartos de su altura, y en repescar con mucho ahínco su pipa de espuma de mar, que se le había caído en el cieno.

Los ingleses habían penetrado en nuestra primera línea y se habían apoderado de una loma desde la que podían batir con sus disparos el cauce del arroyo Padde, donde estaba el jefe de las tropas combatientes. Con unas rayas rojas señalé en mi mapa este cambio de la situación y luego animé a mis hombres a cruzar otra vez a la carrera aquel barrizal. A toda prisa atravesamos, dando saltos, la zona llana que quedaba a la vista del enemigo; una vez que llegamos detrás de la primera elevación del terreno acortamos el paso y nos dirigimos hacia la Granja del Norte. A nuestra derecha y a nuestra izquierda caían en el fango las granadas y lanzaban a lo alto gigantescos conos de cieno, que iban rodeados de innumerables salpicaduras. La Granja del Norte estaba batida por granadas de efecto explosivo y nos fue preciso salvarla a saltos. Cuando estallaban, aquellos artefactos producían una detonación atroz y ensordecedora. Llegaban en ráfagas, a intervalos muy cortos; había que ganar terreno con un rápido salto y luego aguardar en un embudo la llegada del próximo proyectil. En el tiempo que mediaba entre el primer aullido lejano y la explosión cercanísima a nosotros, la voluntad de vivir se contraía con una convulsión especialmente dolorosa, pues el cuerpo se veía obligado a aguardar indefenso e inmóvil su destino.

Entre los proyectiles de grueso calibre iban mezclados también *shrapnels;* uno de ellos arrojó con gran estruendo su carga de balines en medio de nosotros. Uno de los hombres que me acompañaba fue alcanzado en el borde posterior de su casco de acero y tirado al suelo. Allí estuvo algún tiempo aturdido, pero luego se levantó de repente y siguió corriendo. El terreno que rodeaba la Granja del Norte estaba cubierto de una muchedumbre de cadáveres horrorosamente destrozados.

Nos entregábamos con mucho celo a nuestra tarea de reconocedores del terreno y por ello tuvimos acceso con frecuencia a lugares que poco antes habían sido intransitables. Echábamos así una ojeada a los fenómenos ocultos que acontecen en el campo de batalla. En todas partes topamos con las huellas de la Muerte; parecía que ningún alma viviente habitara aquel desierto. Aquí yacía, detrás de un seto derruido, un grupo de hombres; los cuerpos estaban aún cubiertos por la tierra reciente que sobre ellos había caído como una lluvia después de la explosión. Allí yacían dos enlaces, derribados junto a un embudo del que seguía brotando el vaho sofocante de los gases explosivos. En otro lugar encontramos numerosos cadáveres diseminados en una pequeña extensión: allí había muerto sin duda una unidad de camilleros, caída en el centro de un remolino de fuego, o tal vez fueran los hombres de una sección de la reserva que se habían extraviado. Nosotros aparecíamos y abarcábamos de una ojeada los secretos de aquellos rincones mortales; luego desaparecíamos.

Tras haber cruzado rápidamente, sanos y salvos, el barranco situado detrás de la carretera que unía Passchendaale con Westroosebeke, pudimos presentar nuestro informe al coronel von Oppen.

A las seis de la mañana siguiente el mando me envió hacia la primera línea con la misión de comprobar si nuestro regimiento mantenía el contacto con las unidades vecinas; y si lo mantenía, en qué lugares lo hacía. En el camino me tropecé con el sargento Ferchland; iba a transmitir a la Octava Compañía la orden de que avanzase hacia Goudberg y cerrase, en el caso de que la hubiera, la brecha entre nosotros y el regimiento que quedaba a nuestra izquierda. Lo mejor que podía hacer para cumplir con toda rapidez mi misión era acompañarlo. Tras una larga búsqueda encontramos al jefe de la Octava Compañía, mi amigo Tebbe; estaba en una inhóspita zona de embudos, cerca de la cabecera de transmisión de mensajes. Se mostró muy poco contento de que se le ordenase realizar a plena luz del día un movimiento tan llamativo como aquél. Mantuvimos una charla lacónica; sobre ella gravitaba la

indecible desolación del campo de embudos, que estaba iluminado por la luz de la amanecida. Encendimos un cigarrillo y aguardamos a que la compañía se reuniese.

No habíamos andado más que unos pocos pasos cuando nos llegó, desde una loma que quedaba enfrente de nosotros, un fuego preciso de infantería; tuvimos que avanzar a saltos, de uno en uno, y de embudo en embudo. Cuando estábamos atravesando la pendiente inmediata alcanzó el fuego tal intensidad que Tebbe ordenó a sus hombres que ocupasen una posición en los embudos para esperar el amparo de la noche. Fumando su puro recorrió el sector y distribuyó los pelotones.

Decidí seguir adelante, para comprobar las dimensiones de la brecha, pero antes me tomé un instante de reposo en el embudo de Tebbe. En castigo por aquel audaz movimiento de avance de la compañía, la artillería enemiga comenzó a centrar sus tiros en la zona donde nos hallábamos. Una granada explosiva que reventó con violencia en el borde del embudo en que estábamos refugiados, y que con sus salpicaduras me llenó de barro tanto el mapa como los ojos, me incitó a irme de allí. Me despedí de Tebbe y le deseé mucha suerte en las próximas horas. Cuando me iba me gritó:

—¡Santo Dios, haz que anochezca, que la mañana llegará por sí sola!

Atravesamos con precaución el cauce del arroyo Padde, que quedaba expuesto a las vistas del enemigo; nos ocultamos detrás del ramaje de unos álamos negros derribados por los disparos y utilizamos sus troncos como pasarelas. De vez en cuando uno de nosotros se hundía en el cieno hasta más arriba de la cintura; sin la ayuda de las culatas de los fusiles que sus camaradas le tendían para salvarlo, indefectiblemente habría muerto ahogado. Elegí como punto de orientación de nuestra marcha un fortín de hormigón rodeado por un grupo de soldados. Delante de nosotros iba caminando en la misma dirección una angarilla arrastrada por cuatro camilleros. Me quedé perplejo al ver que un herido era llevado hacia delante; miré con mis prismáticos y divisé una serie de figuras que vestían uniformes de color caqui y que portaban cascos planos en la cabeza. En ese mismo instante sonaron los primeros disparos. Como nos era imposible ponernos a cubierto, echamos a correr hacia atrás, mientras las balas caían a nuestro alrededor y levantaban salpicaduras de cieno. Aquella apresurada carrera por la zona empantanada fue extremadamente fatigosa, pero una ráfaga de granadas de efecto explosivo que nos llegó cuando, al quedarnos completamente sin aliento, nos ofrecimos por un instante como blanco a los ingleses, nos devolvió nuestro vigor. Aquella ráfaga nos aportó algo bueno, sin embargo, y fue que su humareda nos puso a cubierto de las vistas del enemigo. Lo que en aquella carrera resultaba desagradable era la perspectiva de caer herido; si eso ocurriera, uno se convertiría indefectiblemente en un «cadáver de pantano». Cuando pasábamos a toda prisa por las crestas de los embudos parecía que estuviésemos recorriendo las estrechas paredes de las celdillas de un panal. Regatos ensangrentados revelaban que en aquel sitio habían desaparecido ya muchos hombres.

Mortalmente agotados alcanzamos el puesto de mando del regimiento; allí entregué mi croquis e informé de la situación. Habíamos averiguado dónde estaba la brecha. Tebbe avanzaría aquella noche para cerrarla.

E128 de agosto nos relevó otra vez el 10° Regimiento de reserva bávaro; quedamos acantonados en las aldeas situadas detrás del frente, preparados para entrar en acción en cualquier momento. La plana mayor de nuestro regimiento se trasladó a Most.

Aquella noche celebramos en el salón de una taberna abandonada el compromiso matrimonial y el ascenso del alférez Zürn, que acababa de regresar de permiso. En castigo por esta ligereza nuestra, a la mañana siguiente cayó sobre nosotros un gigantesco tiro de tambor; a pesar de la distancia rompió los cristales de las ventanas de la habitación en que me alojaba. Era evidente que en la brecha había habido sorpresas. Corría el rumor de que los ingleses habían penetrado en la posición defendida por nuestro regimiento. Pasé el día, aguardando órdenes, en el puesto de observación del mando supremo de la división; en sus alrededores caía un débil fuego disperso. Una granada de pequeño calibre penetró por la ventana de una casita. De ella salieron precipitadamente tres soldados de artillería; iban heridos y estaban cubiertos por el polvo de los ladrillos; otros tres yacían muertos bajo los escombros.

A la mañana siguiente el jefe bávaro me dio la siguiente orden escrita:

«Los repetidos y violentos ataques del adversario han hecho retroceder todavía más la posición del regimiento situado a nuestra izquierda y han agrandado mucho la brecha entre ese regimiento y el nuestro. Como había peligro de que la posición de nuestro regimiento quedase envuelta por el flanco izquierdo, ayer noche se lanzó al contraataque el Primer Batallón del 73º Regimiento de fusileros, pero, al parecer, un fuego de barrera lo dispersó y no llegó hasta el enemigo. Esta mañana ha sido enviado a tapar la brecha el Segundo Batallón. Hasta el momento carecemos de noticias. Es preciso averiguar la posición tanto del Primer Batallón como del Segundo».

Me puse en camino para cumplir mi misión. Ya en la Granja del Norte me encontré con el capitán von Brixen, jefe del Segundo Batallón, quien llevaba en el bolsillo un croquis de la posición. Hice una copia. En realidad, ya habría cumplido con esto mi tarea, pero seguí avanzando hacia el fortín de hormigón ocupado por el jefe de las tropas combatientes, pues quería tener una visión personal de lo ocurrido. En el camino encontré numerosos caídos; en algunos casos eran sus pálidos rostros lo único que de los embudos llenos de agua emergía; en otros los cuerpos estaban ya enteramente cubiertos por el cieno, de manera que sólo cabía conjeturar la figura humana. En las mangas de la mayoría de aquellos caídos lucía el brazalete azul con la inscripción «Gibraltar».

El jefe de las tropas combatientes era el capitán bávaro Radlmeier. Este oficial sumamente activo me expuso con todo detalle lo que ya me había contado a toda prisa el capitán von Brixen. Nuestro Segundo Batallón había tenido muchas bajas; entre otros muchos habían caído muertos el oficial ayudante del batallón y el jefe de la Séptima Compañía, una compañía muy valiente. El oficial ayudante, Lemiére, era hermano del jefe de la Octava Compañía muerto en Fresnoy en el mes de abril. Los dos hermanos, naturales de Liechtenstein, luchaban como voluntarios en el bando alemán. Ambos murieron de igual manera, por un disparo que les entró por la boca.

El capitán nos indicó con el dedo un fortín de hormigón que quedaba a doscientos metros del nuestro y que el día anterior había sido defendido con especial tenacidad. Poco antes el jefe de aquel pequeño fuerte, un sargento, vio a un inglés que se llevaba hacia atrás a tres alemanes. Eliminó a tiros al inglés y reforzó con aquellos tres hombres su guarnición. Cuando agotaron las municiones colocaron delante de la puerta a un inglés lleno de vendas, para impedir que el enemigo siguiera disparando contra ellos; de esta manera pudieron replegarse sin ser vistos, una vez que se hizo de noche.

Otro fortín de hormigón, mandado por un alférez, fue conminado a rendirse por un oficial inglés; en vez de contestar, el alemán salió afuera de un salto, agarró al inglés y, ante los ojos de sus atónitos soldados, lo metió dentro.

Ese día vi cómo pequeñas unidades de camilleros, llevando en alto la bandera de la Cruz Roja, se movían al descubierto en la zona del fuego de infantería sin que nadie disparase contra ellos un solo tiro. El combatiente de esta guerra subterránea lograba ver tales imágenes únicamente cuando la situación había llegado a hacerse insoportable.

Un desagradable gas irritante lanzado por granadas inglesas, que olía a manzanas podridas, me hizo difícil el camino de vuelta. Aquel gas se había aferrado con mucha fuerza al terreno; dificultaba Ja respiración y me arrancó lágrimas de los ojos. Una vez que entregué mi informe en el puesto de mando encontré, a poca distancia del hospital de sangre, las angarillas de dos oficiales amigos míos que estaban gravemente heridos. Uno era el alférez Zürn, al que dos noches antes habíamos estado homenajeando en un alegre grupo; medio desnudo yacía ahora sobre una puerta arrancada de algún sitio; tenía en su rostro aquel pálido color amarillo de cera que es indicio seguro de la muerte; cuando me acerqué a él para acariciarle la mano me miró fijamente. Al otro, el alférez Haverkamp, los cascos de metralla de una granada le habían destrozado hasta tal punto los huesos de los brazos y de las piernas que era probable que hubiera que amputárselos; pálido como un muerto, con las facciones petrificadas, yacía en una angarilla y fumaba cigarrillos que sus hombres le encendían y le colocaban en la boca.

En aquellos días habíamos vuelto a tener un número espantoso de bajas entre los oficiales jóvenes. Esta segunda Batalla de Flandes fue monótona; se desarrolló en un elemento pegajoso, cenagoso, produjo un fuerte desgaste.

El 3 de noviembre nos cargaron en vagones en la estación de Gits, bien conocida por nosotros desde nuestros primeros días en Flandes. Allí volvimos a ver a las dos camareras flamencas, que ya no mostraban el mismo vigor de antes. También ellas parecían haber vivido entretanto muchos días de aquella gran lucha.

Estuvimos varios días en Tourcoing, una ciudad grande, hermana de Lille. Por primera y última vez durmieron allí en lechos de pluma todos los hombres de la Séptima Compañía. Yo habitaba, una espléndida habitación en la casa de un magnate de la industria, situada en la Rue de Lille. Con una gran sensación de bienestar, permanecí sentado la primera noche en una poltrona, ante el fuego de una chimenea de mármol.

Todo el mundo aprovechó aquellos pocos días para disfrutar de la existencia que tan duramente había conquistado en la lucha. Resultaba casi incomprensible que hubiésemos escapado a la muerte; gozando de la vida en todas sus formas, nos convencíamos de que la habíamos ganado de nuevo.

La doble Batalla de Cambrai

Los bellos días de Tourcoing se terminaron pronto. Permanecimos todavía algún tiempo en Billers-au-Tertre, donde se nos incorporaron tropas de refresco para cubrir las bajas, y el 15 de noviembre de 1917 marchamos en tren a Lécluse. En esta población pasaban-sus períodos de descanso, por turnos, los batallones que defendían la posición asignada a nosotros. Lécluse era una aldea bastante grande de Artois y estaba rodeada de lagunas. En los extensos cañaverales vivían patos y fochas y los estanques bullían de peces. Estaba rigurosamente prohibido pescar, pero por la noche se oían con frecuencia en el agua ruidos enigmáticos. El comandante de la plaza me envió cierto día unas cuantas cartillas militares pertenecientes a hombres de mi compañía; los habían sorprendido pescando con granadas de mano. No di mucha importancia a aquel incidente, pues apreciaba mucho más la moral de mi tropa que no la protección de los lugares de pesca franceses o las mesas de los potentados del pueblo. A partir de aquella fecha una mano desconocida depositaba casi todas las noches delante de mi puerta un lucio gigantesco. Al mediodía siguiente convidaba a mis dos oficiales a una comida cuyo plato principal era «Lucio a la Lohengrin».*

El 19 de noviembre acudí con mis jefes de sección a inspeccionar la posición que íbamos a ocupar en los próximos días. Quedaba delante de la aldea de Vis-en-Artois. Sin embargo, no nos instalamos en las trincheras tan pronto como habíamos pensado. Casi todas las noches había alarma y tuvimos que ir a reforzar unas veces la Posición Wotan, otras el cerrojo de defensa de la artillería, y otras, la aldea de Dury. Los guerreros experimentados veían con claridad que aquello no podía seguir así mucho tiempo.

Y, en efecto, el 29 de noviembre nos comunicó el capitán von Brixen que íbamos a participar en una gran contraofensiva contra el saliente que la batalla de tanques de Cambrai había creado en nuestro frente. Nos alegramos, claro está, de poder cambiar por fin el papel de yunque por el de martillo, pero no estábamos seguros de que la tropa, que se hallaba agotada desde los combates de Flandes, pudiera salir airosa de aquella prueba. A pesar de todo, yo tenía confianza en mi compañía; nunca había fallado hasta entonces.

En la noche del 30 de noviembre al 1 de diciembre nos cargaron en camiones. Ya en ese momento tuvimos las primeras bajas, pues un soldado dejó caer al suelo una granada de mano, que explotó de manera enigmática e hirió de gravedad a él y a un camarada suyo. Otro hombre intentó fingirse loco, con objeto de escabullirse de la batalla. Tras múltiples discusiones un fuerte codazo que un suboficial le propinó en las costillas le hizo recobrar la razón y pudimos subir a los vehículos. En aquella ocasión pude ver que no es fácil mantener hasta el final el papel de loco fingido.

Apretujados como arenques, fuimos hasta muy cerca de Baralle; allí estuvimos aguardando varias horas en una cuneta de la carretera a que nos llegasen las órdenes. A pesar del frío me tumbé en un prado y me quedé dormido; no me desperté hasta que amaneció. Nos habíamos preparado para el ataque y por ello nos produjo decepción el enterarnos de que el 225° Regimiento, a disposición del cual habíamos sido puestos, renunciaba a nuestra colaboración en el asalto. Debíamos permanecer como reserva en el parque del castillo de Batalle, preparados para intervenir en cualquier momento.

A las nueve de la mañana entró en acción nuestra artillería lanzando enormes ráfagas de proyectiles. Entre las once y cuarenta y cinco y las once y cincuenta el cañoneo adquirió tal intensidad que se transformó en tiro de tambor. El bosque de Bourlon, que, en razón de sus poderosas fortificaciones, no iba a ser atacado de frente, sino dejado a un lado, desapareció bajo nubes de gas de color verde amarillento. A

* Sin duda Jünger da ese nombre al plato en alusión a la ópera de Wagner, en la que el caballero que llega a salvar a Elsa hace jurar a ésta que no le preguntará nunca ni de dónde ha venido ni quién es. (N. del T.)

las once y cincuenta vimos con nuestros prismáticos cómo del desierto campo de embudos surgían líneas de tiradores, mientras en la retaguardia las baterías enganchaban los caballos y avanzaban al galope para cambiar de posición. Un avión alemán incendió con sus disparos un globo cautivo inglés; los observadores que en él estaban saltaron en paracaídas. El avión dio aún varias vueltas alrededor de quienes se balanceaban en el aire y los tiroteó con proyectiles trazadores — otro indicio de que la guerra se volvía cada vez más implacable.

Tras haber seguido expectantes el ataque, desde las alturas del parque del castillo, vaciamos un plato de fideos y nos echamos en el helado suelo para dormir la siesta. A las tres de la tarde se nos ordenó que avanzásemos hasta el puesto de mando del regimiento; se encontraba oculto dentro de la esclusa de un lecho desecado del canal. Bajo un tiroteo débil y disperso recorrimos ese camino por secciones. Desde allí las compañías séptima y octava fueron enviadas hacia adelante, al jefe de las tropas de reserva; iban a relevar a dos-compañías del 225° Regimiento. Los quinientos metros que habíamos de recorrer dentro del lecho del canal se hallaban sometidos a un intenso fuego de cerrojo. Nos apelotonamos en un grupo compacto y echamos a correr hacia nuestro objetivo, al que llegamos sin sufrir bajas. Los numerosos muertos que encontramos delataban que varias compañías ya habían pagado allí su tributo de sangre. Las tropas de refuerzo se apretaban contra los taludes del canal; con una prisa febril estaban ocupadas en abrir en las paredes de cemento agujeros que les sirvieran de refugio. Como todos los sitios estaban ocupados, y como aquel lugar, que era una divisoria de terrenos, atraía hacia sí el fuego, conduje a mi compañía a un cercano campo de embudos situado a la derecha y dejé que cada cual se instalase allí como quisiera. Un chirriante casco de metralla fue a estrellarse contra mi bayoneta. Tebbe y su Octava Compañía siguieron nuestro ejemplo. El y yo elegimos un embudo que nos pareció apropiado y lo cubrimos con una lona de tienda de campaña. Luego encendimos allí dentro una vela, cenamos, fumamos nuestras pipas y estuvimos charlando, todo ello mientras tiritábamos de frío. Tebbe, que conservaba maneras de dandy incluso en parajes tan inhóspitos como aquél, estuvo contándome una larga historia acerca de una chica que en Roma había posado de modelo para él.

A las once de la noche recibí la orden de dirigirme a la antigua primera línea y presentarme al jefe de las tropas combatientes. Reuní a mis hombres y los conduje hacia adelante. Caían allí, pero sólo de forma aislada, granadas de grueso calibre; una de ellas reventó delante de nosotros, como un saludo del infierno, y llenó de una humareda negra el lecho del canal. Como si una mano helada la hubiera agarrado por la nuca, la tropa enmudeció; luego, tropezando en las alambradas de púas y en las piedras de los escombros, me siguió a toda prisa. Cuando uno atraviesa de noche una posición no ocupada, aun en el caso de que no haya un fuego especialmente intenso, una sensación de inquietud se apodera del ánimo; se sufren extrañas alucinaciones visuales y auditivas. Todo es frío y extraño, como en un mundo maldito.

Al fin encontramos la angosta abertura por la que la primera línea desembocaba en el canal y fuimos avanzando hacia el puesto de mando del batallón por unas trincheras atestadas de hombres. Entré en el puesto de mando y encontré dentro una aglomeración de oficiales y enlaces; tan espesa era la atmósfera que se la podía cortar con un cuchillo. Allí me enteré de que el ataque realizado en aquel punto no había cosechado muchos éxitos y que era preciso continuar el avance a la mañana siguiente. El ambiente en aquella habitación no era optimista. Dos jefes de batallón iniciaron un largo debate con sus ayudantes. De vez en cuando intervenían en la conversación, con breves observaciones, los oficiales de las armas especiales; lo hacían desde la altura de sus camastros, que estaban abarrotados como jaulas de gallinas. La humareda producida por los puros era sofocante. En medio de aquel apretujamiento los ordenanzas intentaban preparar bocadillos para sus oficiales. Un hombre herido que entró de repente provocó la alarma al anunciar que el enemigo estaba atacando con granadas de mano.

Finalmente pude anotar mi orden de ataque. A las seis de la mañana debía limpiar con mi compañía el denominado «Camino del Dragón» y a partir de allí limpiar también, hasta donde pudiera, la Línea Sigfrido. Los dos batallones del regimiento que ocupaba la posición atacarían por nuestra derecha a las siete. Esta diferencia de horario me hizo sospechar que el mando no estaba convencido de que las cosas fueran a rodar bien y nos asignaba a nosotros el papel de conejillos de Indias. Protesté contra la dispersión horaria del ataque y conseguí que también nosotros entrásemos en acción a las siete. La mañana siguiente mostró que esta modificación fue muy importante.

Tenía una idea bastante nebulosa del lugar por donde quedaba el Camino del Dragón y por ello, al despedirme, solicité que me dieran un plano, pero pretextaron que no podían prescindir de él. Me reservé mi opinión y salí al aire fresco de fuera. Uno no es objeto de mimos cuando se encuentra sometido al mando de otros.

Yo y mis hombres, que portaban un pesado equipo, estuvimos errando largo tiempo por la posición, hasta que al fin alguien descubrió, en una pequeña trinchera que se desviaba hacia delante y que estaba bloqueada con caballos de Frisia, un letrero en el que, medio borradas, estaban escritas estas palabras: «Camino del Dragón». Penetré en ella y a los pocos pasos oí una algarabía de voces extranjeras. Retrocedí en silencio. Había tropezado con la punta de la cuña de ataque de los ingleses; por desconcierto o por descuido, era evidente que se comportaban con poca prudencia. Con un pelotón de mis hombres bloqueé inmediatamente aquella trinchera.

Muy cerca del Camino del Dragón había un agujero gigantesco; era, al parecer, una trampa para tanques. Dentro de él reuní a la totalidad de mi compañía para explicarle cuál iba a ser nuestra misión en el combate y para distribuir las secciones para el ataque. En varias ocasiones fueron interrumpidas mis palabras por granadas de calibre ligero. En un determinado momento se hundió en la pared posterior del agujero una granada que no estalló. Yo estaba arriba, en el borde, y, cada vez que explotaba una granada, veía cómo abajo los cascos de acero, iluminados por la luz de la luna, hacían una reverencia unánime y profunda.

Por miedo a que una granada certera causase una catástrofe reenvié la primera y la segunda sección de mi compañía a la posición y me instalé con la tercera en aquel agujero. Los soldados de una sección que el día anterior, al mediodía, habían sido bien zurrados en el Camino del Dragón, intentaron acoquinar a mis hombres contándoles que a cincuenta pasos de allí había una ametralladora inglesa que, cual obstáculo infranqueable, cerraba el camino. Al enterarnos de esto decidimos que, tan pronto topásemos con la primera resistencia, saltaríamos a campo abierto a ambos lados de la trinchera y atacaríamos de manera concéntrica con granadas de mano.

Aquellas horas interminablemente largas las pasé acurrucado en un agujero, pegado al alférez Hopf. A las seis de la mañana me puse en pie y di las últimas instrucciones. Me encontraba en ese estado de ánimo peculiar que precede siempre a los ataques. Uno tiene una sensación de vacío en el estómago, charla con los jefes de pelotón, procura hacer chistes, corretea de un lado para otro como antes de un desfile ante el mando supremo; en suma, intenta estar ocupado lo máximo posible para escapar del pensamiento taladrante. Un hombre me ofreció un vaso de café que había calentado con un poco de alcohol sólido; como por arte de magia, aquel café me llenó de vida y confianza.

A las siete en punto iniciamos la marcha en el orden preestablecido; parecíamos una larga serpiente. Encontramos desocupado el Camino del Dragón; un gran número de cargadores vacíos detrás de una barricada revelaba que el enemigo había retirado de allí aquella ametralladora tristemente famosa. Esto nos animó. Por medio de un piquete de seguridad echamos un cerrojo a una trinchera que se desviaba hacia la derecha y que estaba muy bien organizada y luego nos metimos por un camino en hondonada. Su profundidad iba haciéndose cada vez menor y al final, en el momento en que comenzaba a amanecer, nos encontramos en campo abierto. Dimos media vuelta y penetramos en la trinchera de la derecha. El ataque fracasado había dejado sus huellas allí. El suelo estaba cubierto de material bélico y cadáveres ingleses. Aquélla era la Posición Sigfrido. De repente el alférez Hoppenrath, jefe de las tropas de choque, le quitó de las manos el fusil a un soldado y disparó. Había topado con un centinela inglés; éste emprendió la huida después de haber lanzado contra nosotros unas cuantas granadas de mano. Seguimos avanzando, pero, un poco más adelante, volvimos a encontrar resistencia. Desde ambos lados volaron por el aire las granadas de mano, que reventaban con explosiones múltiples. Las unidades de choque iniciaron el ataque. A través de una cadena de manos pasaban de hombre a hombre los proyectiles; tiradores escogidos se apostaron detrás de los traveses para disparar certeramente contra los granaderos enemigos; los jefes de sección avizoraban el terreno a cuerpo descubierto para descubrir a tiempo un contraataque y los sirvientes de las ametralladoras ligeras emplazaron sus armas en los sitios más favorables. Nos abrimos paso, trinchera adelante, con granadas de mano y la barrimos a lo largo con disparos de fusil. Toda una

amplia zona a nuestro alrededor comenzó a agitarse; por encima del lugar en que estábamos se cruzaban enjambres de proyectiles.

Tras una lucha de corta duración se oyeron en el otro lado unas voces nerviosas, y antes de que pudiéramos comprender bien lo que sucedía empezaron a venir hacia nosotros con las manos en alto los primeros ingleses. Iban apareciendo uno a uno por detrás de los traveses y se quitaban el correaje; entretanto nuestros fusiles y pistolas los apuntaban amenazadores. Todos aquellos ingleses eran hombres jóvenes, fornidos, y llevaban uniformes nuevos. Los hacía desfilar delante de mí mientras los conminaba con estas palabras:

—*Hands down!*

Luego encargaba a un pelotón de hombres nuestros que se los llevase de allí.

La sonrisa confiada que se veía en la mayor parte de aquellos rostros revelaba que no nos consideraban capaces de cometer atrocidades inhumanas. Algunos intentaban inclinarnos a la clemencia tendiéndonos paquetes de cigarrillos y tabletas de chocolate. Con la alegría creciente propia de un cazador vi que habíamos realizado unas capturas inmensas; aquella comitiva de hombres parecía no tener fin. Habíamos contado ya ciento cincuenta y aún seguían apareciendo más hombres con las manos en alto. Paré a un oficial y le pregunté por el trazado de la posición y por las tropas que la defendían. Me contestó muy cortésmente; era innecesario que, mientras lo hacía, se cuadrase. Luego me condujo hasta el jefe de la compañía, un *captain;* estaba herido y se encontraba en un abrigo cercano. Era un hombre joven, que tendría unos veintiséis años; los rasgos de su rostro eran delicados. Estaba apoyado en el marco de una galería y tenía atravesada por una bala una de sus pantorrillas. Cuando me presenté se llevó a la gorra la mano, en la que refulgía una cadena de oro, me dijo su nombre y me hizo entrega de su pistola. Sus primeras palabras mostraron que tenía delante de mí a todo un hombre.

—*We were surrounded about!*

Le urgía explicar a su adversario la razón por la que su compañía se había rendido tan pronto. Estuvimos conversando en francés sobre varios asuntos. Me contó que en un abrigo cercano había un grupo de soldados alemanes heridos; sus hombres los habían vendado y curado. Cuando le pregunté por el número de tropas que ocupaban la parte ulterior de la Posición Sigfrido se negó a contestarme. Le prometí que lo haría evacuar, a él y a los demás heridos, hacia la retaguardia; luego nos despedimos con un apretón de manos.

Delante de la galería estaba Hoppenrath y me comunicó que habíamos hecho cerca de doscientos prisioneros. Para una compañía como la nuestra, que contaba con ochenta hombres, no estaba nada mal. Aposté centinelas y luego exploramos la trinchera conquistada; se hallaba abarrotada de armas y de piezas de equipo. En los apostaderos había ametralladoras, lanzaminas, granadas de mano y de fusil, cantimploras, chalecos con forro de piel, impermeables, lonas de tienda de campaña, latas llenas de carne, de mermelada, de té, de café, de cacao y de tabaco, botellas de coñac, herramientas, pistolas de combate y de señales, —ropa blanca, guantes; en suma, todo lo que uno pueda imaginar. Como si fuera un viejo jefe de lansquenetes concedí un breve espacio de tiempo para que los hombres se dedicasen al pillaje y pudieran examinar con más detalle las muchas cosas buenas que allí había. Tampoco yo pude resistir la tentación de prepararme en la entrada de una galería un pequeño desayuno y de llenarme la pipa con el magnífico Navy Cut, mientras garabateaba mi informe para el jefe de las tropas combatientes. Como hombre precavido envié una copia al jefe de nuestro batallón.

Media hora después reiniciamos la marcha; caminábamos muy eufóricos —no negaré que a ello contribuyó un poco el coñac inglés— y nos fuimos deslizando de través en través a lo largo de la Posición Sigfrido.

Desde un fortín de madera, un blocao empotrado en el talud de la trinchera, abrieron fuego contra nosotros. Quisimos echar un vistazo alrededor y nos subimos a los apostaderos más próximos. Mientras intercambiábamos algunos disparos con los ocupantes del mencionado blocao, uno de nuestros hombres cayó al suelo como empujado por un puño invisible. Una bala había perforado la parte superior de su casco de acero y le había abierto una larga ranura en la tapa de los sesos. A cada latido de la sangre el cerebro subía y bajaba en la herida; a pesar de ello pudo retirarse por sus propios pies. Tuve que ordenarle

que dejase su mochila, pues se empeñaba en llevársela, y recomendarle que caminase muy despacio y con mucha prudencia.

Pedí voluntarios para hacer saltar aquella resistencia mediante un ataque realizado a campo descubierto. Los hombres se miraron unos a otros titubeando; sólo un polaco muy duro de mollera, al que siempre había tenido por débil mental, trepó fuera de la trinchera y se encaminó con pasos torpes hacia el fortín de madera. Desgraciadamente he olvidado el nombre de aquel hombre sencillo; él me enseñó que no se ha conocido de veras a una persona si no se la ha visto enfrentada al peligro. Al ver al polaco, también el sargento aspirante a oficial Neupert y los hombres de su pelotón saltaron fuera del parapeto, mientras los demás seguimos avanzando al mismo tiempo por dentro de la trinchera. Los ingleses hicieron algunos disparos y luego escaparon a toda prisa, abandonando el blocao. Uno de los hombres que se lanzaron al asalto por fuera de la trinchera se desplomó mientras iba corriendo y quedó tendido de bruces en el suelo, a pocos metros de su objetivo. Había recibido en el corazón uno de esos disparos que hacen que la gente quede tumbada en una postura que se asemeja a la del sueño.

Proseguimos nuestro avance y tropezamos con la encarnizada resistencia que nos oponían unos granaderos invisibles; en el transcurso de una refriega bastante prolongada nos hicieron retroceder hasta el blocao. Allí nos parapetamos. Tanto nosotros como los ingleses habíamos dejado un buen número de muertos en el tramo de trinchera disputado. También se hallaba entre ellos, por desgracia, el suboficial Mevius, al que en la noche de Regniéville aprendí a estimar como combatiente valeroso. Estaba tendido boca abajo en el suelo, con el rostro en un charco de sangre. Cuando le di la vuelta, un gran agujero que se abría en su frente me convenció de que era inútil toda ayuda. Estábamos hablando y de repente noté que no contestaba a una pregunta mía. Cuando, segundos después, rodeé el través detrás del cual había desaparecido Mevius, estaba ya muerto en el suelo. Aquello tenía algo de fantasmal.

También nuestro adversario se replegó un poco. Luego comenzó un terco combate de disparos; en su transcurso un fusil Lewis del enemigo, emplazado a cincuenta metros de donde estábamos, nos obligó a bajar la cabeza. Una de nuestras ametralladoras ligeras aceptó el desafío. Durante medio minuto estuvieron disparando una contra otra aquellas dos armas, alrededor de las cuales saltaban los proyectiles. Al cabo de ese tiempo se desplomó nuestro apuntador, el cabo Motullo; tenía un balazo en la cabeza. Aunque la masa cerebral le caía por la cara hasta llegarle a la barbilla, aún seguía consciente cuando lo llevamos a la galería más próxima. Motullo, una persona algo mayor, jamás se habría presentado voluntario para una acción, pero cuando se encontraba detrás de su ametralladora, yo observaba, con los ojos fijos en su rostro, que no bajaba la cabeza ni una pulgada, a pesar de las ráfagas de proyectiles que lo envolvían. Cuando le pregunté cómo se encontraba fue capaz de responderme con frases coherentes. Tuve la impresión de que aquella herida mortal no le causó dolores a Motullo, más aún, que ni siquiera llegó a ser consciente de ella.

La calma fue volviendo poco a poco, pues también los ingleses trabajaban en la construcción de una barricada. A las doce aparecieron el capitán von Brixen, el alférez Tebbe y el alférez Voigt, que me felicitaron por los éxitos de mi compañía. Nos sentamos dentro del fortín de madera, desayunamos de las provisiones inglesas y comentamos la situación. Entretanto estuve negociando a gritos con unos veinticinco ingleses cuyas cabezas sobresalían de la trinchera a cien metros de nosotros y que, al parecer, deseaban rendirse. Pero tan pronto como yo asomaba la cabeza y la dejaba al descubierto, abrían fuego contra ella desde otros lugares que quedaban más lejos.

De repente se notó agitación en nuestra barricada. Volaban las granadas, crepitaban los fusiles, tableteaban las ametralladoras. —¡Que vienen, que vienen!

De un salto nos parapetamos detrás de los sacos terreros y abrimos fuego. En el ardor de la lucha uno de mis hombres, el cabo Kimpenhaus, subió de un salto a lo alto de la barricada y desde allí estuvo barriendo con sus disparos la trinchera hasta que fue derribado por dos tiros que le hirieron gravemente en los brazos. Tomé buena nota de este héroe del instante y dos semanas más tarde tuve la satisfacción de poder felicitarle por la concesión de la Cruz de Hierro de primera clase.

Acabábamos de volver a nuestro desayuno, tras aquel entreacto, cuando de nuevo oímos un estruendo de mil diablos. Prodújose entonces uno de esos incidentes extraños que de repente modifican de modo

imprevisible una situación. Aquel griterío provenía de un oficial ayudante del regimiento vecino situado a nuestra izquierda; quería establecer contacto con nosotros y estaba poseído de una enorme acometividad. La borrachera parecía haber desatado hasta el frenesí su innata valentía.

—¿Dónde están los Tommys? ¡A por esos perros! Vamos, ¿quién me acompaña?

En su furia derribó nuestra bonita barricada y se lanzó hacia adelante, abriéndose camino con retumbantes granadas de mano. Delante de él se deslizaba por la trinchera su ordenanza e iba derribando con los disparos de su fusil a quienes se habían librado de los explosivos.

El coraje, la loca audacia con que algunos arriesgan su propio pellejo, tiene siempre un efecto entusiástico. También nosotros fuimos arrebatados por el furor y, recogiendo unas cuantas granadas de mano, iniciamos una competición en aquella marcha de guerreros furibundos. Pronto me encontré junto a quienes iban recorriendo la posición; tampoco se hicieron de rogar mucho tiempo los otros oficiales, que fueron seguidos por los fusileros de mi compañía. Hasta el capitán von Brixen, jefe del batallón, se encontró pronto, con un fusil en la mano, entre los primeros de aquella comitiva; disparando por encima de nuestras cabezas, derribó a varios granaderos enemigos.

Los ingleses se defendieron con gallardía. Cada uno de los traveses fue disputado. Las bolas negras de sus granadas de mano Mill se cruzaban en el aire con nuestras granadas de mango. Detrás de cada uno de los traveses que conquistábamos encontrábamos cuerpos aún palpitantes o cadáveres. La gente se mataba sin verse. También nosotros tuvimos bajas. Un trozo de hierro cayó al lado de mi ordenanza, que no pudo esquivarlo; se derrumbó mientras de sus numerosas heridas caía al suelo la sangre.

Saltamos por encima de su cuerpo y seguimos avanzando. Estampidos atronadores señalaban el camino que seguíamos. En aquel terreno muerto había centenares de ojos que, detrás de fusiles y ametralladoras, estaban al acecho de un blanco. Ya nos habíamos alejado bastante de nuestras líneas. De todos lados llegaban proyectiles que silbaban alrededor de nuestros cascos de acero e iban a estrellarse con una detonación seca contra el borde de la trinchera. Cada vez que en la línea del horizonte se alzaba una de aquellas masas de hierro en forma de huevo los ojos la captaban con esa clarividencia de la que el ser humano es capaz únicamente cuando está enfrentado a una decisión a vida o muerte. Durante aquellos momentos expectantes era preciso intentar colocarse en un sitio desde el que pudiera divisarse el mayor espacio posible de cielo, ya que sólo contra su fondo pálido se dibujaba con nitidez suficiente el negro hierro acanalado de aquellas bolas mortales. Después lanzaba uno su propia granada y daba un salto hacia adelante. Apenas rozaba con una mirada el desplomado cuerpo del adversario; había quedado fuera de combate y ahora se iniciaba un nuevo duelo. La lucha con granadas de mano se parece a la esgrima de florete; es preciso dar saltos como en el ballet. De los combates entre dos personas es éste el más mortífero de todos, pues sólo termina cuando uno de los dos adversarios vuela por los aires. También puede ocurrir que ambos caigan muertos.

Durante aquellos minutos podía ver sin estremecerme los muertos por encima de los cuales pasaba a cada salto. Todos ellos yacían en esa postura relajada y suavemente tendida que es peculiar de los instantes en que la Vida se despide. Mientras iba saltando de aquella manera tuve una discusión con el oficial ayudante, que era en verdad un tipo loco. Reivindicaba para sí el primer lugar y me exigía que yo no lanzase granadas, sino que se las fuera pasando a él. En medio de los gritos breves, terribles, con que en esos momentos se regula el trabajo y se atiende a los movimientos del adversario, oía de vez en cuando su voz:

—*¡Solo uno* arroja granadas! ¡Yo he sido instructor en el batallón en que se han formado las unidades de asalto!

Hombres del 225° Regimiento, que nos iban siguiendo, limpiaron una trinchera que se desviaba a la derecha. Cogidos en un movimiento de tenaza, los ingleses intentaron huir a campo abierto. Fueron abatidos por los disparos que inmediatamente se hicieron contra ellos desde todos los lados.

La Posición Sigfrido fue funesta también para los otros, para aquellos a quienes nosotros íbamos pisando los talones. Intentaron escapar por una trinchera de enlace que torcía hacia la derecha. Saltamos a los apostaderos y lo que desde ellos vimos nos arrancó de las gargantas un salvaje grito de júbilo. La trinchera por la que pretendían escabullirse daba la vuelta y, como la armadura curva de una lira, volvía

hacia donde estábamos nosotros; en sus sitios más estrechos quedaba apenas a diez metros de distancia. Tenían, pues, que volver a pasar por nuestro lado. Desde el lugar elevado en que nos hallábamos podíamos ver los cascos de acero de los ingleses, que iban dando trompicones por causa de la prisa y del nerviosismo. Arrojé una granada de mano a los pies de los que iban en cabeza; se pararon desconcertados, y los que venían detrás quedaron atascados. Habían caído en un atolladero terrible. Como bolas de nieve cruzaban el aire nuestras granadas de mano, envolviéndolo todo en una humareda de color blanco lechoso. Desde abajo nos iban pasando lo proyectiles. Entre los hacinados ingleses brillaban relámpagos que arrojaban a lo alto girones de uniformes y cascos de acero. Gritos de furia se mezclaban con gritos de angustia. Con los ojos cegados por el fuego subimos de un salto al borde de la trinchera. Hacia nosotros apuntaron los fusiles de toda aquella zona.

En medio de aquella barahúnda algo parecido a un martillazo me tiró al suelo. Al volver en mí me quité el casco y contemplé horrorizado que en su metal había dos grandes agujeros. El sargento aspirante a oficial Mohrmann, que acudió en mi ayuda, me tranquilizó asegurándome que lo único que se veía en la parte de atrás de la cabeza era un rasguño que sangraba. La bala disparada por un tirador lejano había perforado mi casco de acero y rozado el cráneo. Medio aturdido, y una vez me hubieron vendado a la ligera, volví hacia atrás con pasos vacilantes, para alejarme de aquel foco de la lucha. Acababa de pasar el primer través cuando llegó corriendo detrás de mí un soldado y me dijo a gritos que en aquel mismo sitio había caído muerto Tebbe de un balazo en la cabeza.

Esta noticia me dejó completamente anonadado. ¡Un amigo dotado de unas cualidades tan magníficas, con el que durante años había compartido alegrías, tristezas y peligros, un amigo que pocos minutos antes me había gritado una broma, un amigo como aquél había sido matado por un diminuto pedazo de plomo! Me resistía a comprender aquello, mas, por desgracia, era demasiado cierto.

Simultáneamente se desangraban en aquel asesino tramo de trinchera la totalidad de los suboficiales y un tercio de los soldados de mi compañía. Los tiros en la cabeza caían como granizos. También murió el alférez Hopf, un hombre ya un poco mayor, maestro de profesión, un maestro de escuela alemán en el mejor sentido de la palabra. Mis dos sargentos aspirantes a oficial y otros muchos hombres fueron heridos. Pese a todo, la Séptima Compa ñía, bajo el mando del alférez Hoppenrath, único oficial aún no herido, conservó, hasta que llegó el relevo, la posición que había conquistado.

Entre todos los momentos excitantes de la lucha no hay ninguno que lo sea tanto como el encuentro de dos jefes de unidades de asalto entre los estrechos taludes de barro de la posición de combate. Allí no hay vuelta atrás ni hay compasión. Esto lo sabe bien todo el que ha visto en su reino a esos hombres, a los príncipes de la trinchera, hombres de rostros duros, decididos, hombres temerarios, que saltan ágilmente adelante y atrás, hombres de ojos avizores y sedientos de sangre, hombres que están a la altura de su momento y que ningún comunicado cita.

En el camino de regreso me paré junto al capitán von Brixen; acompañado de algunos soldados, estaba librando un combate de fusil con una serie de cabezas que sobresalían del borde de una trinchera paralela a la nuestra. Me coloqué entre él y otro tirador y estuve observando los impactos de las balas. Me hallaba como en sueños, en ese estado de ánimo que sigue al choque propiamente dicho causado por la herida, y no caía en la cuenta de que mi venda, que era como un turbante blanco, resultaba visible desde lejos.

De pronto un golpe en la frente me arrojó al piso de la trinchera mientras mis ojos quedaban cegados por la sangre que corría. Al mismo tiempo que yo se desplomó el hombre que estaba a mi lado y comenzó a gemir. Un balazo sin orificio de salida, que atravesaba el casco y las sienes. El capitán temió perder aquel día a su segundo jefe de compañía. Pero, tras un examen más detenido, lo único que descubrió fueron dos agujeros superficiales junto al nacimiento del cabello. Tal vez los había causado el proyectil que reventó junto a nosotros, o tal vez procedían de los pedazos del casco de acero del otro herido. Este hombre y yo llevamos en el cuerpo el metal de un mismo proyectil. Me visitó después de la guerra; trabajaba en una fábrica de cigarrillos y desde que recibió aquel balazo andaba débil de salud y tenía un comportamiento extraño.

Debilitado por aquella nueva pérdida de sangre, me uní al capitán, que regresaba a su puesto de mando. Atravesamos a la carrera la periferia, fuertemente bombardeada, de la aldea de Moeuvres y

llegamos al abrigo situado en el lecho del canal; allí me vendaron bien y me pusieron una inyección antitetánica.

Por la tarde monté en un camión y fui hasta Lécluse. Allí informé al coronel von Oppen durante la cena. Medio dormido, pero de un humor excelente, vacié con él una botella de vino y luego me despedí. Con el sentimiento del deber cumplido me arrojé, tras un día tan agitado, en la cama que mi fiel Vinke me había preparado.

Dos días después llegó a Lécluse nuestro batallón. El 4 de diciembre el jefe de la división, el general von Busse, dirigió una arenga a los batallones que habían participado en aquella batalla y mencionó de modo especial a la Séptima Compañía. Al frente de ella desfilé con la cabeza vendada.

Tenía derecho a sentirme orgulloso de mis hombres. Apenas ochenta soldados habían conquistado un largo tramo de. trinchera, capturado un gran número de ametralladoras, lanzaminas y material diverso, y hecho doscientos prisioneros. Tuve la satisfacción de poder anunciar una serie de ascensos y condecoraciones. El alférez Hoppenrath, jefe de las tropas de choque, el sargento aspirante a oficial Neupert, el soldado que se lanzó al asalto del fortín de madera, y también Kimpenhaus, el valiente defensor de la barricada, prendieron en su pecho la bien merecida Cruz de Hierro de primera clase.

No quise causar molestias en los hospitales con mi quinta herida doble, sino que dejé que se curase durante un permiso navideño que me concedieron. El rasguño de la parte de atrás de la cabeza se cerró por sí solo; el casco de metralla en la frente se me quedó dentro y fue a hacer compañía a otros dos que, desde los días de Regniéville, tenía ya en la mano izquierda y en el lóbulo de una oreja. Por aquellas fechas tuve la sorpresa de recibir en mi casa la Cruz de Caballero de la Orden de la Casa de Hohenzollern.

Esta cruz con borde de oro, así como una copa de plata con la inscripción «Al vencedor de Moeuvres», regalada por los otros jefes de compañía de mi batallón, son mis recuerdos de la doble Batalla de Cambrai, que pasará a la historia como una primera tentativa de superar con métodos nuevos la mortal pesadez de la guerra de posiciones.

También me llevé a casa mi perforado casco de acero; lo conservo como pareja de aquel otro que llevaba el teniente de los lanceros indios en el momento en que al frente de sus hombres se lanzaba contra nosotros.

Junto al arroyo Cojeul

Ya antes de irme de permiso relevamos en la primera línea a la Décima Compañía, el 9 de diciembre de 1917, tras unos pocos días de descanso. Ha quedado indicado antes que la posición estaba situada delante de la aldea de Vis-en-Artois. Los límites de mi sector eran los siguientes: por la derecha, la carretera que unía Arras con Cambrai; por la izquierda, el lecho fangoso del arroyo Cojeul. El contacto con la compañía vecina lo mantenían patrullas nocturnas que iban y venían de un lado a otro cruzando el arroyo. Una elevación del terreno, que se alzaba entre las primeras trincheras de ambos bandos, nos impedía ver la posición enemiga. Fuera de algunas patrullas que por las noches venían hasta nuestras alambradas y del zumbido de un motor eléctrico instalado en la cercana Granja de San Huberto, la infantería enemiga no dio señales de vida. Muy desagradables fueron, en cambio, los frecuentes ataques por sorpresa con minas de gas, que se cobraron varias víctimas. El enemigo realizaba esos ataques por medio de varios centenares de tubos de hierro introducidos en la tierra; la carga se hacía estallar eléctricamente y ocasionaba una ráfaga de llamas. Tan pronto brillaba aquel resplandor, se daba a gritos la alarma de gas, y quien no tenía colocada delante de su boca la máscara antes de que el gas llegase lo pasaba mal. En algunos puntos el gas alcanzaba, sin embargo, una densidad casi absoluta, de modo que de nada servía la máscara, por la sencilla razón de que no había oxígeno que respirar. Esto nos produjo varias bajas.

Mi abrigo estaba excavado en el escarpado talud de una gravera que abría sus fauces detrás de la posición y que casi todos los días era bombardeada intensamente. Detrás de la gravera se alzaba una silueta negra, el armazón de hierro de una destruida fábrica de azúcar.

Aquella gravera era un lugar siniestro. Entre los embudos, que se encontraban llenos de material de guerra ya utilizado, estaban clavadas las cruces, inclinadas por el viento, de numerosas tumbas en estado de abandono. Por la noche no se veía a dos dedos de los ojos, y si uno no quería salirse del seguro sendero formado por los enjaretados de hierro e ir a parar al lodo del cauce del Cojeul, se veía obligado, una vez que se había extinguido el resplandor de la bengala anterior, a aguardar a que se elevase la siguiente.

Cuando no tenía nada que hacer en la trinchera de los centinelas, aún en construcción, pasaba los días dentro de mi gélida galería, leía un libro y, para entrar en calor, golpeaba con los pies los marcos de madera de la galería. También servía para calentarnos la botella llena de menta verde que teníamos escondida en un agujero de la roca calcárea; mis ordenanzas y yo ingeríamos grandes tragos de aquel licor.

Pasábamos un frío tremendo; pero aquel lugar se habría vuelto inhabitable si hubiéramos dejado que desde la gravera ascendiese al nublado cielo de diciembre la humareda de una pequeña fogata. Hasta aquel momento el enemigo parecía creer que nuestro puesto de mando se hallaba instalado en la fábrica de azúcar y contra aquella chatarra vieja malgastaba casi todos sus proyectiles. Nuestros ateridos miembros no recobraban vida hasta que no llegaba la oscuridad. Entonces encendíamos nuestra pequeña estufa, que, junto a una humareda espesa, también desprendía un agradable calor. A poco se oía en la escalera de la galería el tintineo producido por las cacerolas de los encargados de traer el rancho, que regresaban de Vis. Aquellas cacerolas eran esperadas ansiosamente, y cuando judías y fideos interrumpían la perpetua repetición de colinabos, sopas de avena y legumbres secas, nuestra moral no dejaba nada que desear. A veces, mientras estaba sentado a mi pequeña mesa, me divertía escuchando las primitivas charlas de los ordenanzas. Envueltos en las nubes _de humo de los cigarros, permanecían acurrucados alrededor de la estufa; encima de ésta había una cacerola llena de ponche, que difundía unos aromas muy fuertes. En aquellas charlas de los ordenanzas se comentaban de un modo muy prolijo la guerra y la paz, la lucha y la patria, los descansos y los permisos. También se hablaba de otros asuntos, y

a propósito de ellos pesqué al vuelo algunas frases muy enjundiosas. Así, un enlace que marchaba de permiso se despidió de sus camaradas con estas palabras:

—Chicos, pero qué bonito es eso de que, ya en casa, estés metido en la cama la primera noche y acuda tu mujercita a apretujarse a tu lado, muy cerca, muy cerca.

El 19 de enero vinieron a relevarnos a las cuatro de la madrugada y, en medio de un violento temporal de nieve, marchamos a pie hasta Gouy. En esta aldea permanecimos bastante tiempo, dedicados a prepararnos para las tareas de la gran ofensiva. De las instrucciones dadas por Ludendorff para el entrenamiento de la tropa, que fueron distribuidas hasta el escalón de los jefes de compañía, pudimos deducir que muy pronto se iba a hacer el intento de decidir la guerra mediante un golpe poderoso.

Nos entrenamos en las casi olvidadas modalidades del combate de tiradores y de la guerra de movimiento. También hicimos con mucho celo ejercicios de tiro de fusil y de tiro de ametralladora. Como todas las aldeas situadas detrás del frente estaban abarrotadas hasta la última buhardilla, utilizábamos como campo de tiro cualquier talud que a ello se prestase, de manera que a veces los proyectiles centelleaban sobre el terreno como si estuviéramos en. un combate. Uno de los tiradores de mi compañía derribó de su montura, con un disparo de su ametralladora ligera, al jefe de un regimiento distinto del nuestro, cuando se hallaba en pleno comentario de la maniobra. Por suerte el herido salió del trance con un balazo leve en una rodilla.

En complicados sistemas de trincheras realicé algunas veces simulacros de ataque con fuego real de granadas de mano; queríamos sacar provecho de las experiencias de la Batalla de Cambrai. También en estos ejercicios hubo heridos.

El 24 de enero se despidió de nosotros el coronel von Oppen; marchaba a Palestina a tomar el mando de una brigada. Desde el otoño de 1914 había estado ininterrumpidamente al frente de nuestro regimiento, cuyo historial guerrero se halla estrechamente vinculado a su nombre. El coronel von Oppen era un ejemplo viviente de que hay seres humanos nacidos para mandar. A su alrededor reinaba siempre una atmósfera de orden y de confianza. El regimiento es la última unidad del ejército en que los hombres pueden conocerse todavía personalmente; es, por así decirlo, la más grande de las familias del soldado, y la impronta que en ella deja .un hombre de las cualidades del coronel von Oppen repercute de modo invisible en millares de soldados. Por desgracia no se cumplieron sus palabras de despedida, que fueron éstas:

—¡Hasta la vista en Hannover!

Murió poco después, víctima del cólera asiático. Estaba ya enterado de su muerte cuando recibí una carta escrita de su propia mano. Es mucho lo que le debo.

El 6 de febrero volvimos a trasladarnos a Lécluse. El 22 nos instalamos durante cuatro días en el campo de embudos situado a la izquierda de la carretera Dury-Hendecourt; allí realizamos por la noche trabajos de fortificación en la primera línea. Aquella posición, que se encontraba enfrente del montón de ruinas a que había quedado reducida la aldea de Bullecourt, me hizo ver con claridad que en aquel sitio iba a desarrollarse una parte del poderoso ataque del que se hablaba en voz baja, con mucha expectación, en todo el frente occidental.

En todas partes se trabajaba con una prisa febril, en todas partes se excavaban galerías y se trazaban caminos nuevos. El campo de embudos estaba sembrado de carteles que se alzaban en medio del pelado terreno; en ellos había jeroglíficos, que sin duda señalaban el emplazamiento de las baterías y de los puestos de mando. Nuestros aviones realizaban continuos vuelos de obstrucción para impedir que los aviones enemigos observasen nuestro campo. Con objeto de que la tropa supiese exactamente la hora, cada mediodía se dejaba caer, a las doce en punto, una bola negra desde los globos cautivos; aquella bola negra desaparecía a las doce y diez.

A finales de mes regresamos a pie a Gouy, a nuestros viejos acuartelamientos. Tras haber realizado varias maniobras en el escalón del batallón y del regimiento, la totalidad de la división ejecutó por dos veces una maniobra de ruptura del frente enemigo en una gran posición señalada con cintas blancas.

Luego el jefe de la división pronunció una arenga; de ella pudimos todos deducir claramente que el ataque se desencadenaría en los próximos días.

Me gusta recordar la última noche. Estuvimos sentados, bebiendo, en torno a una mesa y, con las cabezas ardientes, charlamos de la inminente guerra de movimiento. Llevados por nuestro entusiasmo gastamos en vino hasta la última moneda que nos quedaba, pues ¿para qué necesitábamos ya dinero? Al día siguiente estaríamos, o más allá de las líneas enemigas, o en un Más Allá todavía mejor. El capitán tuvo que recordarnos que también la zona de la retaguardia quería vivir; sólo así pudo quitarnos de la cabeza la idea de estrellar contra las paredes los vasos, las botellas y toda la cristalería.

No nos cabía duda de que el gran plan tendría éxito. Por nosotros no quedaría, en todo caso. También la clase de tropa estaba en buena forma. Cuando uno la oía hablar, a su seca manera —la manera propia de los nativos de la baja Sajonia—, de la inminente «carrera en llano al estilo de Hindenburg», sabía que su actuación sería la de siempre: tenaz, fiable, y sin gritos innecesarios.

El 17 de marzo, después de la puesta del sol, dejamos aquellos alojamientos, a los que habíamos tomado cariño, y marchamos a pie hasta Brunemont. Todas las carreteras estaban abarrotadas de columnas de infantes que avanzaban sin descanso, de innumerables cañones, de convoyes que nunca acababan. El orden que allí reinaba era, no obstante, perfecto, y se guiaba por un plan de movilización cuidadosamente elaborado. Pobre de la tropa que no se atuviese con exactitud a los itinerarios y a los horarios marcados; era expulsada a las cunetas de la carretera y allí tenía que aguardar horas enteras antes de poder encontrar un hueco y meterse en él. También nosotros sufrimos un embotellamiento; en él el caballo del capitán von Brixen quedó ensartado en la vara de un carro, acabando así sus días.

La Gran Batalla

Nuestro batallón quedó acantonado en el castillo de Brunemont. Nos comunicaron que en la noche del 19 de marzo avanzaríamos a pie hasta las primeras líneas y nos instalaríamos en las galerías subterráneas construidas en el campo de embudos, cerca de Cagnicourt; la gran ofensiva comenzaría el 21 de marzo de 1918. A nuestro regimiento se le confió la misión de romper las líneas enemigas entre las aldeas de Ecoust-Saint-Mein y Noreuil y llegar hasta Mory el primer día. Aquella zona había sido nuestro lugar de descanso durante las luchas de posiciones que se desarrollaron delante de Mory; nos era, pues, bien conocida.

Para asegurar el alojamiento de mi compañía envié por delante al alférez Schmidt; era un hombre tan simpático que siempre lo llamábamos «Schmidtito». A la hora fijada emprendimos la marcha a pie desde Brunemont. En un cruce de carreteras, donde nos esperaban las unidades de los guías, se separaron las compañías y continuaron su avance en forma radial. Cuando llegamos a la altura de la segunda línea, que era el lugar en que íbamos a instalarnos aquella noche, se comprobó que nuestros guías se habían extraviado. Comenzó entonces un vagar de un lado para otro en el reblandecido campo de embudos, que estaba muy poco iluminado, y un preguntar a otros guías, cuya ignorancia era igual a la de los nuestros. Para que la tropa no acabase extenuada mandé hacer alto y envié a los guías en diferentes direcciones.

Los pelotones colocaron los fusiles en un montón y se apretujaron dentro de un embudo enorme que había allí; yo y el alférez Sprenger nos sentamos en el borde de un embudo más pequeño. Desde allí veíamos, como desde un balcón, aquel gran cráter que quedaba debajo de nosotros. Hacía ya algún tiempo que venían alzándose, a unos cien pasos por delante de nosotros, llamaradas producidas por explosiones aisladas. Un nuevo proyectil estalló bastante cerca; los cascos de su metralla se estrellaron contra las paredes de barro. Un hombre se puso a gritar diciendo que había sido herido en un pie.

Mientras investigaba con mis manos la enlodada bota del herido buscando el orificio de entrada, grité a los pelotones que se distribuyeran por los embudos de los alrededores.

En aquel momento se oyó, a mucha altura, un nuevo silbido. Todos tuvimos la misma sensación, una sensación que nos estrangulaba; ¡esa granada viene aquí! Luego retumbó un estruendo monstruoso, ensordecedor — la granada había explotado en medio de nosotros.

Me levanté medio aturdido. Incendiadas por la explosión, las cintas de cartuchos irradiaban desde el gran embudo una luz de un crudo color rosa. Aquella luz iluminaba la densa humareda generada por el proyectil, dentro de la cual rotaba una masa de cuerpos negros, e iluminaba también las sombras de los supervivientes, que se desbandaban por todos los lados. Al mismo tiempo resonó un griterío múltiple, espantoso, un griterío de dolor y de peticiones de auxilio. El movimiento rotatorio de la oscura masa en las honduras de aquella olla humeante y ardiente abrió por un segundo, como una visión onírica del infierno, el abismo más profundo del Espanto.

Tras un instante de parálisis, de horror petrificado, me puse en pie de un salto y, como todos los demás, eché a correr a ciegas, hundiéndome en la noche. Caí de cabeza en un agujero, y sólo allí comprendí lo que acababa de suceder. — ¡No oír nada más, no ver nada más, alejarse de aquel sitio, desaparecer en la profunda oscuridad! — Pero ¡y mis hombres! Yo era el que tenía que ocuparme de ellos, a mí me habían sido confiados. — Me obligué a mí mismo a regresar a aquel lugar de espanto. Por el camino encontré al fusilero Hailer, el hombre que en Regniéville se había apoderado de la ametralladora enemiga, y me lo llevé conmigo.

Los heridos continuaban lanzando sus gritos terribles. Algunos llegaban hasta mí a rastras y, al reconocer mi voz, me decían entre gemidos:

—¡Mi alférez, mi alférez!

Jasinski, uno de mis reclutas más queridos, al que un casco de metralla le había partido el muslo, se agarró a mis piernas. Maldiciendo mi impotencia, le di unas palmaditas en los hombros, pues no sabía qué otra cosa podía hacer. Instantes como ése se quedan grabados para siempre.

Tuve que dejar a aquel desventurado en manos del único camillero que aún seguía vivo, para conducir fuera de la zona de peligro al puñado de hombres que habían salido ilesos y que se habían congregado a mi alrededor. Media hora antes me hallaba aún a la cabeza de una compañía completa; ahora andaba errante por la maraña de las trincheras con unos pocos hombres enteramente abatidos. Pocos días antes un muchachito se había echado a llorar durante la instrucción porque sus camaradas se burlaban de él; le pesaban demasiado las cajas de munición. Ahora aquel muchachito arrastraba fielmente por nuestros penosos caminos aquella carga, que había conseguido salvar del lugar del horror. La visión de aquello acabó de hundirme. Me arrojé al suelo y prorrumpí en sollozos convulsos, mientras mis hombres, de pie junto a mí, me rodeaban sombríos.

Amenazados a menudo por granadas que explotaban a nuestro lado, anduvimos corriendo durante horas enteras por las trincheras, en las que el cieno y el agua nos llegaban a media pierna. Como no encontramos lo que buscábamos, acabamos metiéndonos, mortalmente agotados, en algunas de las cavidades para la munición abiertas en los taludes. Vinke me cubrió con su manta, pero no pude pegar ojo, y fumando puro tras puro aguardé la llegada del amanecer con una sensación de total indiferencia.

Las primeras luces del día iluminaron una increíble actividad en el campo de embudos. Innumerables unidades de infantería seguían aún buscando sus alojamientos. Los artilleros arrastraban municiones; los encargados de los lanzaminas tiraban de sus vehículos; los telefonistas y los hombres de las señales ópticas tendían sus cables. Aquello era una verdadera feria y se desarrollaba a mil metros del enemigo, que, de manera incomprensible, no parecía notar nada.

Al fin topé con el jefe de la compañía de ametralladoras, el alférez Fallenstein, un viejo oficial del frente, que pudo indicarnos nuestro alojamiento. Sus primeras palabras fueron:

—Pero, hombre, ¿cómo tiene ese aspecto? Su cara está completamente amarilla.

Me señaló con el dedo una gran galería al lado de la cual habíamos pasado corriendo aquella noche seguramente una docena de veces. Dentro de ella encontré a Schmidtito, que nada sabía aún de nuestra desgracia; y también volví a encontrar allí a los hombres que debían habernos conducido a aquel lugar. Desde aquella fecha, siempre que hemos ocupado una posición nueva he elegido yo mismo a los guías, y los he elegido con la máxima prudencia. En la guerra se aprende a fondo, pero las lecciones se pagan caras.

Una vez que dejé allí instalados a los hombres que me acompañaban me encaminé hacia el lugar de los horrores de la noche anterior. Aquel lugar presentaba un aspecto espantoso. Alrededor del calcinado sitio en que había explotado la granada yacían más de veinte cadáveres ennegrecidos; casi todos ellos estaban de tal modo despedazados que resultaban irreconocibles. Más tarde tuvimos que dar por desaparecidos a algunos de los caídos, pues no había quedado el menor rastro de ellos.

Soldados de las trincheras vecinas estaban ocupados en extraer de aquella confusión horrible los ensangrentados objetos propiedad de los muertos y en hacer pillaje de lo que quedaba. Los expulsé de allí y encargué a mi enlace que recogiese las carteras y los objetos de valor, para enviarlos a los familiares. Al día siguiente, sin embargo, al empezar el ataque, hubimos de dejar abandonado todo aquello.

Tuve la alegría de ver que de una galería cercana salía Sprenger con un grupo de hombres que habían pasado allí la noche. Ordené que se me presentaran los jefes de pelotón y supe que aún quedábamos setenta y tres. ¡A la cabeza de más de ciento cincuenta hombres, y con una moral excelente, había partido la noche anterior de Brunemont! Conseguí identificar a más de veinte muertos y a más de sesenta heridos; muchos de éstos sucumbieron más tarde a sus lesiones. Estas investigaciones me obligaron a andar trotando por trincheras y embudos, pero me distraían de las imágenes del horror.

El único, débil consuelo que me quedaba era que las cosas podían haber sido mucho peores. Por ejemplo, el fusilero Rust estaba tan cerca del lugar de la explosión que las correas de sujeción de sus cajas de munición empezaron a arder. El suboficial Peggau, que había de morir, ciertamente, al día siguiente, se hallaba en medio de dos camaradas que quedaron completamente destrozados, pero él ni siquiera recibió un rasguño.

En un estado de total abatimiento pasamos el resto del día, durmiendo casi siempre. Yo tuve que acudir a menudo al puesto de mando del jefe de nuestro batallón, pues una y otra vez había que comentar algún detalle del ataque. El resto del tiempo lo pasé echado en un camastro y conversando con mis dos oficiales acerca de los asuntos más triviales; de este modo procuraba librarme de los pensamientos que me torturaban. El estribillo perpetuo era éste: «Gracias a Dios, lo más que nos puede ocurrir es que nos maten a tiros». Poco efecto parecieron causar algunas palabras con que intenté reanimar a mis hombres, que en silencio permanecían acurrucados en la escalera de la galería. Tampoco yo estaba en condiciones de confortar a los demás.

A las diez de la noche trajo un enlace la orden de que saliéramos hacia la primera línea. Cuando un animal del desierto es arrojado violentamente de su cubil, o un marinero siente hundirse bajo sus pies la tabla salvadora, seguramente experimentan sensaciones parecidas a las que tuvimos nosotros al vernos obligados a separarnos de la segura y tibia galería para salir a la noche inhóspita.

Fuera había ya mucho movimiento. Bajo un intenso fuego de *shrapnels* recorrimos apresuradamente la denominada «Trinchera Félix» y llegamos a la primera línea sin haber sufrido bajas. Mientras íbamos serpenteando por las trincheras, por encima de nuestras cabezas las cruzaba ya, sirviéndose de pasarelas, la artillería, que se dirigía hacia posiciones avanzadas. El sector asignado a nuestro regimiento —los primeros que íbamos a entrar en acción éramos nosotros, su batallón más avanzado— era muy estrecho. En un santiamén se llenaron hasta arriba todas las galerías. Los hombres que quedaron fuera se cavaron agujeros en los taludes, con objeto de tener al menos una pequeña protección mientras durase el fuego de artillería que iba a preceder al ataque. Después de muchas idas y venidas todos encontraron al fin un agujero. El capitán von Brixen reunió una vez más a los jefes de compañía para darles instrucciones. Por última vez comparamos los relojes; luego nos separamos con un apretón de manos.

En la escalera de una galería me senté al lado de mis dos oficiales para aguardar la llegada de las cinco y cinco, hora en que comenzaría la preparación artillera. Nuestra moral había mejorado un poco, pues ya no llovía y la noche estrellada prometía una mañana seca. Pasamos el tiempo fumando y charlando. A las tres desayunamos; la cantimplora pasó de mano en mano. En las primeras horas del día fue tan viva la actividad de la artillería enemiga que temimos que los ingleses se hubieran olido algo. Algunas de las numerosas pilas de munición distribuidas en el terreno volaron por los aires.

Poco antes de que comenzase la ofensiva se difundió el siguiente radiograma: «S. M. el Emperador y Hindenburg se han desplazado al teatro de las operaciones». Recibimos con aplausos aquella noticia.

La manecilla del reloj seguía avanzando, los últimos minutos los contamos uno a uno. La aguja marcó al fin las cinco y cinco. Se desencadenó el huracán.

Se alzó una cortina de llamas que fue seguida de un rugido súbito, nunca antes oído. Un trueno espantoso, que en su retumbar parecía engullir incluso los disparos de las piezas de máximo calibre, hizo temblar la tierra. El gigantesco aullido de exterminio de los innumerables cañones emplazados a nuestra espalda fue tan terrible que, en comparación con él, parecían juegos de niños incluso las más grandes batallas libradas hasta entonces. Lo que ni siquiera nos habíamos atrevido a esperar sucedió: la artillería enemiga permaneció muda; había sido abatida de un solo golpe gigantesco. No soportamos el continuar dentro de las galerías. De pie, al descubierto, contemplamos asombrados el muro de fuego, alto como una torre, que encima de las trincheras inglesas llameaba y que quedaba semioculto tras el velo de unas hirvientes nubes de color rojo sangre.

Las lágrimas que de los ojos nos brotaban y una molesta sensación de quemazón en las mucosas nos estropearon el espectáculo. Los vapores de nuestras granadas de gas, que el viento contrario empujaba hacia nosotros, nos envolvieron en un intenso olor a almendras amargas. Observé, muy preocupado, que algunos de mis hombres comenzaban a toser y a sentir ahogos y finalmente se arrancaban de la cara la

máscara antigás. Por ello me esforcé en dominar el primer golpe de tos y en ser parco con la respiración. Poco a poco se fueron disipando los vapores y al cabo de una hora pudimos quitarnos las máscaras.

Ya era de día. Detrás de nosotros seguía creciendo sin cesar aquel estruendo monstruoso, aunque parecía ya imposible aumento ninguno. Un muro de humo, polvo y gas, impenetrable a la mirada, había surgido delante de nosotros. Hombres que pasaban deprisa a nuestro lado nos aullaban al oído gritos de alegría. Infantes y artilleros, zapadores y telefonistas, prusianos y bávaros, oficiales y soldados, todos se hallaban subyugados por la violencia elemental de aquella tormenta de fuego y ardían en ansias de entrar en acción a las nueve y cuarenta. A las ocho y veintiocho iniciaron su intervención nuestros lanzaminas de grueso calibre, emplazados en cantidades masivas detrás de la primera trinchera. Veíamos las enormes minas de cien kilos de peso atravesar volando el aire, con una trayectoria curva, y caer a tierra en el otro lado entre explosiones volcánicas. Sus estallidos se sucedían como una cadena de cráteres en erupción.

Hasta las leyes de la naturaleza parecían haber perdido su vigencia. El aire vibraba, como en los días ardientes del verano, y sus cambios de densidad hacían que objetos inmóviles danzasen de acá para allá. Rayas de sombras se deslizaban con rapidez por las nubes de humo. El estruendo había llegado a ser absoluto, ya no se oía nada, sólo de manera confusa se percibía que millares de ametralladoras emplazadas a nuestra espalda lanzaban al aire sus enjambres de plomo.

Más peligro que las cuatro horas anteriores, durante las cuales pudimos movernos despreocupadamente al descubierto, encerró para nosotros la última hora de la preparación artillera. El enemigo abrió fuego con una batería de grueso calibre que arrojaba proyectil tras proyectil en nuestra abarrotada trinchera. Para esquivarlos me desplacé hacia la izquierda y allí topé con el oficial ayudante del batallón, el alférez Heins, que me preguntó por el alférez von Solemacher:

—Tiene que tomar inmediatamente el mando del batallón. El capitán von Brixen acaba de morir.

Abrumado por aquella noticia espantosa di la vuelta y me senté en un agujero profundo abierto en el suelo. En el corto camino de regreso había vuelto a olvidar aquel suceso. Caminaba a través de la tempestad como si estuviera dormido, como si me hallase sumergido en un sueño profundo.

Delante de mi agujero estaba de pie el suboficial Dujesiefken, uno de mis acompañantes en la acción de Regniéville, y me suplicaba que volviese a la trinchera, pues las masas de tierra se derrumbarían sobre mí en el caso de que estallase allí una granada, aunque fuese muy pequeña. Una explosión le quitó la palabra de la boca: cayó a tierra, una de sus piernas había sido arrancada. Cualquier ayuda era inútil. Salté por encima de su cuerpo y corrí hacia la derecha; allí me metí en una madriguera en la que ya habían buscado refugio dos zapadores. Los proyectiles de grueso calibre seguían causando estragos muy cerca de nosotros. De repente se hacían visibles negras pellas de tierra que salían girando de una nube blanca; el ruido causado por la explosión de la granada había quedado engullido por el estruendo general. Dos hombres de mi compañía fueron despedazados en el pequeño tramo de trinchera que se hallaba cerca de nosotros a la izquierda. Una de las últimas granadas, que no explotó, aplastó al pobre Schmidtito, que seguía sentado en la escalera de la galería.

Me hallaba de pie, junto con Sprenger, delante de mi madriguera; tenía el reloj en la mano y estaba a la espera del gran momento. A nuestro alrededor se habían congregado los restos de la compañía. Logramos distraerlos y hacerlos reír contándoles chistes de una grosería primitiva. El alférez Meyer, que asomó un instante la cabeza por detrás del través, me contó más tarde que le pareció que habíamos perdido el juicio.

Las patrullas de oficiales que debían asegurar nuestra ubicación exacta en el asalto abandonaron la trinchera a las nueve y diez. Dado que las dos posiciones, la inglesa y la alemana, distaban una de otra más de ochocientos metros, teníamos que entrar en acción mientras aún disparaba la artillería y prepararnos en tierra de nadie para el ataque, de manera que a las nueve y cuarenta pudiéramos saltar dentro de la primera línea enemiga. También Sprenger y yo escalamos, pues, los parapetos algunos minutos más tarde, seguidos por la compañía.

—¡Ahora vamos a mostrar de qué es capaz la Séptima! —¡Todo me da igual en este momento! —¡Venguemos a la Séptima Compañía! —¡Venguemos al capitán von Brixen!

Desenfundamos las pistolas y atravesamos nuestra alambrada; por ella volvían ya a rastras los primeros heridos.

Miré a mi derecha y a mi izquierda. La línea que separaba los pueblos ofrecía una extraña estampa. En los embudos situados delante de la trinchera enemiga, que había sido removida y zarandeada por la tormenta de fuego, aguardaban impacientes, agrupados por compañías, los batallones de ataque, en un frente que los ojos eran incapaces de abarcar. A la vista de las masas allí acumuladas me pareció que la ruptura del frente enemigo era segura. ¿Pero dispondríamos también de energías suficientes para dispersar las reservas enemigas y para aislarlas y aniquilarlas? Estaba convencido de que así sería. Parecía haber llegado la lucha final, el último asalto. Allí se iba a dirimir el destino de pueblos enteros, allí estaba en juego el porvenir del mundo. Percibí el significado de aquella hora y creo que en aquel momento todos sintieron que su realidad personal se diluía y que el miedo los abandonaba.

La atmósfera era extraña, se hallaba enardecida por una tensión altísima. Los oficiales estaban de pie e intercambiaban bromas nerviosas. Vi a Solemacher en medio de su pequeña plana mayor; llevaba puesto el capote, como un cazador que en una jornada fría aguarda la hora de la batida, y en la mano tenía una pipa semilarga de cazoleta verde. Nos hicimos señas fraternales. A menudo ocurría que una de nuestras minas de grueso calibre venía demasiado corta de tiro; al caer levantaba un surtidor de la altura de un campanario y rociaba de tierra a quienes allí aguardaban impacientes, pero ni uno solo bajaba la cabeza. El estruendo de la batalla se había vuelto tan terrible que nadie permanecía ya en su sano juicio.

Tres minutos antes del ataque me hizo señas Vinke con una cantimplora llena de aguardiente. Eché un trago largo. Era como si ingiriese simplemente agua. Lo único que faltaba era el «puro de la ofensiva»; la presión del aire me apagó tres veces la cerilla.

El gran momento había llegado. La apisonadora de fuego rodaba hacia las primeras trincheras. Iniciamos el ataque.

La rabia estalló como una tempestad. Millares de hombres tenían que haber muerto ya, eso era algo que se presentía. Aunque el cañoneo continuaba, pareció hacerse el silencio, como si el fuego perdiera su energía soberana.

La tierra de nadie estaba abarrotada de atacantes; de uno en uno, o en unidades pequeñas, o en masas compactas, avanzaban hacia el telón de fuego. No corrían, tampoco se ponían a cubierto cuando en medio de ellos se alzaban penachos de humo altos como torres. Se dirigían hacia la trinchera enemiga con pasos torpes, pero incontenibles. Parecía que la vulnerabilidad hubiera quedado en suspenso.

Uno se sentía también solo en medio de aquellas masas que se habían puesto en pie; las distintas unidades estaban entremezcladas. Yo había perdido de vista a mis hombres; se habían disuelto como una ola en la marea. Únicamente Vinke y un voluntario llamado Haake permanecían a mi lado. En mi mano derecha empuñaba la pistola, en la izquierda llevaba una fusta de caña de bambú. Aunque sentía mucho calor, aún llevaba puesto el largo capote y también, como mandaban las ordenanzas, los guantes. Mientras íbamos avanzando se apoderó de nosotros una ira propia de energúmenos. Un poderosísimo deseo de matar daba alas a nuestros pies. La rabia me arrancaba lágrimas amargas.

La monstruosa voluntad de exterminio que sobre el campo de batalla gravitaba se concentraba en los cerebros y los sumergía en una niebla roja. Entre sollozos y tartamudeos nos gritábamos unos a otros frases incompletas, y un observador imparcial habría podido tal vez creer que de nosotros se había apoderado un exceso de felicidad.

Atravesamos sin dificultad una destrozada maraña de alambres y de un salto cruzamos la primera trinchera enemiga, apenas reconocible. Parecida a una hilera de fantasmas, la oleada de asalto iba danzando a través de vapores blancos, hirvientes, y dejó atrás una zanja arrasada. Allí no quedaban ya adversarios.

En contra de todo lo que cabía esperar, desde la segunda línea abrieron fuego de ametralladora contra nosotros. De un salto me metí, junto con mis acompañantes, en un embudo. Un segundo después se oyó un estampido horroroso y caí de bruces. Vinke me agarró por el cuello de la guerrera y me dio la vuelta:

—¿Está herido, mi alférez?

No encontramos nada. El voluntario Haake tenía un agujero en un brazo y aseveraba entre gemidos que le había entrado una bala por la espalda. Le arrancamos del cuerpo el uniforme y lo vendamos. Un surco derecho indicaba que en el borde del embudo había estallado un *shrapnel a la* altura de nuestros rostros. Era un milagro que aún viviésemos. Los del otro lado eran más fuertes de lo que habíamos supuesto.

Entretanto habían pasado a nuestro lado los demás. Nos lanzamos tras ellos, dejando al herido abandonado a su propia suerte; antes clavamos en el suelo, a su lado, un palo con un trozo de muselina blanca, para que sirviera de señal a la oleada de camilleros que seguía a la oleada de asaltantes. Delante de nosotros, a la izquierda, surgió de la humareda el enorme terraplén del ferrocarril que unía Ecoust con Croisilles. Teníamos que cruzar aquel terraplén. De las aspilleras abiertas en él y de las ventanas de las galerías que allí habían sido excavadas salían disparos de fusil y de ametralladora; tan denso era aquel fuego que parecía que alguien estuviese vaciando un saco lleno de guisantes. Disparaban con tiro preciso.

También Vinke había desaparecido. Yo seguí un camino en hondonada, en cuyo talud se abrían las bocas de abrigos hundidos. Avancé furioso por un suelo negro, desgarrado, del que se alzaban todavía los gases asfixiantes de nuestras granadas. Me encontraba completamente solo.

Entonces fue cuando divisé al primer enemigo. Una figura humana vestida con un uniforme pardo y que al parecer se encontraba herida, estaba acurrucada, a veinte pasos delante de mí, en el centro de aquella hondonada aplanada por el fuego de tambor; se apoyaba con las manos en el suelo. Nos vimos al doblar yo un recodo. Vi cómo aquella figura se estremecía cuando aparecí y cómo me miraba fijamente, con ojos muy abiertos, mientras lentamente, pérfidamente, me iba acercando hacia ella con el rostro oculto detrás de mi pistola. Se estaba preparando un espectáculo sangriento, sin testigos. Era un alivio el tener por fin al alcance de la mano al antagonista. Apoyé el cañón de mi pistola en la sien de aquel hombre, que estaba paralizado por la angustia, y con la otra mano aferré crispadamente la guerrera de su uniforme. En ella había condecoraciones y distintivos de grado; era un oficial y seguramente había tenido el mando en aquella trinchera. Con un quejido metió una mano en un bolsillo, pero lo que de él sacó no fue un arma, sino una fotografía; me la puso delante de los ojos. Miré la fotografía y en ella vi a aquel hombre de pie en una terraza, rodeado de una numerosa familia.

Aquello era un conjuro que llegaba desde un mundo sumergido, increíblemente remoto. Más tarde he considerado que fue una gran ventura lo que hice: solté a aquel hombre y seguí con precipitación hacia delante. Precisamente ese hombre se me sigue apareciendo en mis sueños con frecuencia. Esto me permite abrigar la esperanza de que haya vuelto a ver su patria.

Desde la parte de arriba bajaron de un salto al camino en hondonada algunos hombres de mi compañía. Yo sentía un calor enorme. Me quité el capote y lo arrojé lejos. Recuerdo que grité varias veces con mucha energía estas palabras:

—¡Ahora el alférez Jünger se quita su capote!

Los fusileros se reían al oírme decir aquello, como si les estuviera contando un chiste divertidísimo. Por la parte de arriba todo el mundo iba corriendo al descubierto; no prestaban atención a las ametralladoras enemigas, que estarían a lo sumo a cuatrocientos pasos de distancia. También yo eché a correr a ciegas hacia aquel terraplén que escupía fuego. De un salto me metí en un embudo y al caer fui a parar encima de una figura, vestida con un Manchester pardo, que estaba disparando con su pistola. Era Kius, y se encontraba en un estado de ánimo similar al mío; a guisa de saludo me metió en el bolsillo un puñado de munición.

De este hecho deduzco que nuestra penetración en el borde del campo de embudos había tropezado con resistencia, pues antes del asalto me había metido en los bolsillos una considerable provisión de cartuchos de pistola. Es probable que allí se hubieran instalado los restos de la guarnición enemiga expulsada de las primeras trincheras; aquellos restos aparecían unas veces en un lado y otras veces en otro entre los atacantes. Pero en lo que se refiere a aquel sector carezco de recuerdos personales. En todo caso lo atravesé sin ser herido, aunque no sólo se entrecruzaban en él los tiros que se hacían desde los embudos, sino que, además, del terraplén del ferrocarril salían disparos que caían como un enjambre de

abejas sobre amigos y enemigos. En aquel sitio disponían sin duda de reservas de munición casi inagotables.

En aquel momento nuestra atención estaba fija en el mencionado bastión, que se alzaba ante nosotros como una muralla amenazadora. El campo lleno de cicatrices que de aquella muralla nos separaba lo poblaban centenares de ingleses dispersos. Una parte de ellos intentaba alcanzar todavía el terraplén, otra se encontraba enredada en combates cuerpo a cuerpo con los nuestros.

Kius me contó más tarde detalles que escuché con los mismos sentimientos con que alguien oye contar a un tercero las locuras que ha cometido en estado de embriaguez. Por ejemplo, Kius había estado persiguiendo por dentro de una trinchera a un inglés; lo perseguía con granadas de mano y, cuando se le agotaron éstas, continuó la persecución con pellas de tierra, para «mantener en movimiento» al adversario. Según Kius, yo estaba de pie arriba, al descubierto, y, muerto de risa, me apretaba los costados con las manos.

Entre aventuras de este tipo alcanzamos, sin darnos bien cuenta de ello, el terraplén del ferrocarril, que seguía arrojando fuego ininterrumpidamente, como si fuera una gran máquina. En este momento recomienzan mis recuerdos personales. El primero de ellos es que me doy cuenta de que nos hallamos en una situación extremadamente favorable. No habíamos sido alcanzados por los disparos, y ahora el terraplén del ferrocarril, al encontrarnos nosotros junto a su talud, dejaba de sernos un obstáculo y se nos convertía en una cobertura. Como si despertase de un sueño profundo, vi cómo cascos de acero alemanes atravesaban el campo de embudos y se iban aproximando. Crecían, como un sembrado de acero, del suelo, que los proyectiles había arado. Al mismo tiempo noté que muy cerca de mi pie asomaba por la ventana de una galería el cañón de una ametralladora de grueso calibre; la ventana estaba tapada con una cortina de tela de saco. Era tan intenso el ruido que sólo las vibraciones de la boca del arma indicaban que disparaba. Así, pues, el defensor quedaba tan sólo a un palmo de distancia de nosotros. Nuestra seguridad consistía en esta proximidad inmediata al enemigo. Y en ella consistía también su ruina. Un vapor ardiente se elevaba del arma. Sin duda había matado ya a muchos hombres y continuaba realizando su siega. El cañón apenas se movía; el fuego era preciso.

Miraba fascinado aquel ardiente, vibrátil pedazo de hierro que a manos llenas sembraba la muerte y casi me rozaba el pie. Luego disparé a través de la tela. Un hombre que apareció a mi lado la arrancó y arrojó dentro, por el orificio, una granada de mano. Una explosión y la nube blanquecina que salió del interior delataron el efecto. El procedimiento era rudo, pero eficaz. La boca del cañón de la ametralladora dejó de moverse, el arma enmudeció. Corrimos a lo largo del talud para aplicar idéntico tratamiento a los agujeros próximos y de este modo rompimos algunas vértebras de la espina dorsal de la defensa enemiga. Alcé la mano para darme a conocer a nuestros hombres; sus balas, disparadas desde corta distancia, campanilleaban alrededor de nuestras orejas. Con un gesto alegre me devolvieron el saludo. Luego escalamos el terraplén al mismo tiempo que otros cien soldados. Aquella fue la primera vez en la guerra que vi chocar masas humanas contra masas humanas. Los ingleses ocupaban en el talud posterior del terraplén dos trincheras excavadas en él como dos terrazas sucesivas. A pocos metros de distancia se intercambiaban disparos; con su trayectoria curva volaban hacia abajo las granadas de mano.

De un salto me metí en la primera trinchera. Al ir a dar la vuelta al través que más cerca tenía choqué con un oficial inglés; llevaba desabrochado el chaleco y le colgaba por fuera el corbatín. Lo agarré y lo arrojé contra un muro de sacos terreros. Detrás de mí apareció la cabeza de un comandante; sus cabellos eran blancos como la nieve. Me gritó:

—¡Mata a ese perro!

Era innecesario. Me volví hacia la trinchera de abajo, que estaba abarrotada de ingleses. Aquello parecía un naufragio. Algunos ingleses lanzaban granadas de mano de las llamadas «huevos de pato», otros disparaban con revólveres Colt; los más emprendían la huida. La superioridad se hallaba ahora de nuestro lado. Como si estuviera en un sueño, apretaba el gatillo de mi pistola, aunque hacía ya mucho tiempo que el cargador estaba vacío. Un hombre que estaba junto a mí arrojaba granadas de mano entre los ingleses que huían a la desbandada; un casco de acero con forma de plato se elevó girando en el aire.

La lucha quedó decidida en un minuto. Los ingleses saltaron afuera de la trinchera y huyeron a campo descubierto; desde lo alto del terraplén se desencadenó un furioso fuego de persecución. Los que huían caían dando volteretas en plena carrera; en pocos segundos quedó cubierto de cadáveres el suelo. Aquélla era la otra cara del terraplén del ferrocarril.

También había ya alemanes en la zona de delante. Junto a mí se hallaba de pie un suboficial y miraba boquiabierto el combate. Agarré su fusil y disparé contra un inglés que luchaba a brazo partido con dos alemanes. Aquella ayuda invisible dejó perplejos un momento a éstos; inmediatamente después prosiguieron su avance.

El éxito produjo un efecto mágico. Aunque hacía ya mucho tiempo que no existía un mando de formaciones unitarias, todos tenían una sola dirección: ¡Adelante! Todos corrían en línea recta. Elegí como meta de mi avance una pequeña altura en la que eran visibles las ruinas de una casita, la cruz de una tumba y los restos de un avión. A mi lado había otros hombres; formamos un pelotón y, llevados por la prisa, penetramos en el muro de llamas alzado por nuestra propia apisonadora de fuego. Tuvimos que meternos dentro de un embudo y aguardar a que el fuego siguiera avanzando. Junto a mí descubrí a un oficial joven, perteneciente a un regimiento distinto del mío; al igual que yo, estaba muy contento de los buenos resultados del primer asalto. El entusiasmo común nos hizo tan amigos en aquellos breves momentos que era como si nos conociésemos desde varios años atrás. El próximo salto nos separó y ya no volvimos a vernos nunca más.

Incluso en aquellos instantes terribles sucedió algo cómico. Un hombre que se encontraba a mi lado se llevó el fusil a la cara y, como si estuviéramos en una cacería, se puso a disparar contra una liebre que, de repente, empezó a dar saltos a través de nuestras líneas. La ocurrencia era tan extravagante que no pude contener la risa. No hay nada, por muy horroroso que sea, que no incite a un tipo osado a poner por encima de ello sus habilidades personales.

Junto a las ruinas de la altura había una pequeña trinchera; el enemigo la barría con fuego de ametralladora desde la hondonada que quedaba al otro lado. Tomé carrera y salté adentro; la trinchera estaba desocupada. Inmediatamente después aparecieron Oskar Kius y von Wedelstädt. El último en llegar fue un enlace de combate de Wedelstädt. Se desplomó en pleno salto y cayó muerto; una bala le había entrado por un ojo. Cuando Wedelstädt vio caer a aquel hombre, el último de su compañía, apoyó la cabeza en el talud de la trinchera y se echó a llorar. Tampoco él acabaría vivo aquel día.

En la parte de abajo había una posición enemiga muy bien fortificada. Situada en un camino en hondonada, delante de ella había dos nidos de ametralladora, en los extremos de una depresión del terreno. Nuestra apisonadora de fuego había pasado ya rodando por encima de aquella posición; el adversario parecía haberse recuperado y disparaba cuantos tiros daban de sí sus armas. Una franja de terreno de quinientos metros de anchura nos separaba de él; las ráfagas de las ametralladoras zumbaban por encima de ella como enjambres de abejas.

Tras un breve respiro saltamos, junto con unos pocos hombres más, fuera de la trinchera y nos lanzamos hacia el enemigo. Era una lucha-a vida o muerte. A los pocos saltos me hallaba tendido en tierra frente al nido de ametralladora de la parte izquierda; un solo hombre me acompañaba. Claramente veía, detrás de un pequeño montón de tierra, una cabeza cubierta por un casco plano; a su lado se elevaba en el aire una delgada columna de vapor. Me aproximé a pequeños saltos, para no dar tiempo a que aquel hombre me apuntase, y corrí en zigzag, para que tampoco los fusiles pudieran enderezar sus disparos hacia mí. Cada vez que me echaba cuerpo a tierra, el soldado que me acompañaba me alargaba un cargador lleno de cartuchos; de ellos me servía para librar aquel duelo.

—¡Cartuchos, cartuchos!

Me di la vuelta y vi a mi hombre caído de lado y contrayéndose espasmódicamente.

Por la izquierda, donde no era tan fuerte la resistencia enemiga, aparecieron algunos hombres nuestros; desde el sitio en que se hallaban casi podían batir con granadas de mano a los defensores. Me dispuse a dar el último salto y tropecé en un obstáculo de alambre; caí dentro de la trinchera. Acosados a tiros desde todos los lados, los ingleses echaron a correr hacia el nido de la derecha. La ametralladora de la izquierda quedaba medio oculta debajo de un gigantesco montón de vainas de latón procedentes de los proyectiles

disparados. Humeaba y se encontraba aún al rojo vivo. Delante de ella estaba tendido mi adversario, un inglés de complexión atlética, al que un balazo en la cabeza le había sacado un ojo. Aquel gigante, con el gran globo ocular blanco delante del cráneo ennegrecido por el humo, presentaba un aspecto horrible. Como casi desfallecía de sed, no me detuve allí más tiempo, sino que me puse a buscar agua. Me sentí atraído por la entrada de una galería. Miré dentro y vi abajo a un hombre; estaba sentado y hacía pasar por encima de sus rodillas, mientras las ordenaba, cintas de cartuchos. Todo daba a entender que aún no sospechaba el gran cambio que había sufrido la situación. Con toda calma apunté mi pistola hacia él, pero, en vez de disparar en seguida, como exigía la prudencia, le grité:

—*Come here, hands up!*

Se levantó de un salto, me miro fijamente, estupefacto, y desapareció en la oscuridad de la galería. Lancé tras él una granada de mano. Aquella galería tenía probablemente una segunda salida, pues detrás de un través apareció un desconocido y dijo escuetamente:

—Esos que acaban de disparar están liquidados.

Finalmente descubrí una lata llena de agua de la empleada para refrigerar las ametralladoras. Ingerí grandes tragos de aquel líquido oleaginoso, llené con él una cantimplora inglesa y di también de beber a los demás hombres que de repente llenaron la trinchera.

Quiero mencionar un detalle curioso, y es que el primer pensamiento que me vino a la cabeza después de conquistar aquel nido de ametralladora se refería a un resfriado que precisamente entonces padecía. Desde siempre las amígdalas inflamadas me habían hecho temer por mi salud; me llevé, pues, la mano al cuello y comprobé con gran satisfacción que el baño de vapor de primera categoría que acababa de sufrir me había curado.

Entretanto, el nido de ametralladora de la derecha y también la guarnición inglesa del camino en hondonada, distante sesenta metros de nosotros, continuaban ofreciendo una resistencia enconada. Aquellos sujetos se defendían de una manera realmente brillante. Intentamos hacer entrar en funcionamiento contra ellos la ametralladora inglesa que acabábamos de conquistar, pero no lo conseguimos; mientras nos esforzábamos en lograrlo, una bala pasó zumbando junto a mi cabeza, rozó a un alférez de cazadores que estaba de pie a mi espalda y fue a herir muy seriamente en el muslo a un soldado. Más afortunados que nosotros, los sirvientes de una de nuestras ametralladoras ligeras lograron emplazar su arma en el borde de nuestra pequeña trinchera, cuya forma era de media luna, y dispararon de flanco varias ráfagas contra los ingleses.

Los hombres nuestros que atacaban por la derecha aprovecharon aquel momento de sorpresa y se lanzaron frontalmente, a la carrera, contra el camino en hondonada; en cabeza de todos iba la Novena Compañía, aún intacta, al mando del alférez Gipkens. De todos los embudos se alzaron entonces figuras humanas que blandían fusiles; lanzando un ¡hurra! terrible, echaron a correr hacia la posición enemiga; de ésta salía un buen número de defensores, que se apresuraron a ir hacia atrás, con los brazos en alto, para escapar así a la violencia de la primera oleada de asalto, sobre todo a la violencia del ordenanza de Gipkens, que hacía estragos como un energúmeno. Presencié con atención estupefacta aquella colisión, que se desarrolló al borde mismo de nuestra pequeña obra de tierra. Allí pude ver que un defensor que ha estado disparando al cuerpo del atacante hasta una distancia de cinco pasos no puede esperar cuartel. El combatiente que durante el ataque ha tenido nublados los ojos por un velo de sangre no quiere hacer prisioneros, quiere matar.

Aquel camino en hondonada que habíamos tomado al asalto estaba festoneado de armas, uniformes y provisiones. Entre aquellos objetos yacían cadáveres vestidos con uniformes grises y pardos y gemían los heridos. Habían confluido allí soldados pertenecientes a muy distintos regimientos nuestros; aglomerados en una masa compacta, permanecían de pie y daban gritos confusos. Los oficiales les señalaron con los bastones de paseo una prolongación de la hondonada, y la masa combatiente se puso pesadamente en movimiento con una indiferencia asombrosa.

Aquella hondonada iba a dar a una altura del terreno, en la que empezaron a aparecer columnas enemigas. Seguimos adelante, deteniéndonos de vez en cuando para disparar, hasta que el violento fuego del enemigo nos obligó a pararnos. Producía una sensación penosa el oír restallar las balas contra el suelo

al lado de la propia cabeza. Kius, que había vuelto a unirse a nosotros, levantó un proyectil aplastado que había caído delante mismo de su nariz. En aquel momento se estrelló una bala contra el casco de acero de uno de nuestros hombres situado un poco lejos a nuestra izquierda; el estruendo provocado por el golpe resonó a lo largo de toda la hondonada. Aprovechamos una pausa del fuego para alcanzar uno de los embudos, escasos ya en aquella zona. Allí se congregaron los oficiales supervivientes de nuestro batallón. En aquel momento lo mandaba el alférez Lindenberg, pues también el alférez von Solemacher había caído muerto en el asalto al terraplén del ferrocarril; había recibido un balazo mortal en el vientre. Por la pendiente derecha del barranco se paseaba en medio del fuego, como si estuviéramos en una cacería de liebres, y con gran regocijo de todos, el alférez Breyer, del 10° Regimiento de cazadores, que había sido agregado al nuestro; en una mano empuñaba el bastón de paseo, tenía en la boca una pipa semilarga de cazador y llevaba la carabina en bandolera.

Nos relatamos con brevedad nuestras aventuras y nos ofrecimos mutuamente cantimploras y tabletas de chocolate. Luego, «a petición general», seguimos avanzando. Amenazadas, al parecer, por el flanco, las ametralladoras enemigas habían desaparecido. Es posible que hubiéramos ganado hasta aquel momento tres o cuatro kilómetros de terreno. La hondonada estaba ahora abarrotada de atacantes; hasta donde alcanzaba la vista por la parte de atrás, se aproximaban en líneas de tiradores, en hileras y en columnas de a cuatro. Ibamos demasiado apretujados, por desgracia; de la cantidad de los que morían no tuvimos, afortunadamente, una idea clara durante el asalto.

Sin encontrar resistencia alcanzamos la altura en que desembocaba la hondonada. A nuestra derecha saltaron fuera de una trinchera unas figuras humanas vestidas con uniformes de color caqui. Seguimos el ejemplo de Breyer, quien, sin quitarse la pipa de la boca, se detenía un momento, para poder apuntar bien al enemigo, y luego proseguía la marcha.

Aquella altura estaba fortificada con una serie de abrigos distribuidos de manera irregular. Nadie los defendía; probablemente en su interior no habían notado que nos habíamos acercado. Nubes de vapor que salían de algunos de ellos indicaban que habían sido limpiados por hombres nuestros que ya habían pasado por allí; los ocupantes de otros salían con el rostro pálido y los brazos en alto. Los obligábamos a que nos entregasen las cantimploras y los cigarrillos y luego les indicábamos el camino hacia nuestra retaguardia; a gran velocidad escapaban en esa dirección. Un inglés joven se me había rendido ya cuando, de pronto, dio media vuelta y desapareció otra vez en su abrigo. Como, a pesar de mis requerimientos de que saliese, siguió escondido allí dentro, pusimos fin a sus titubeos mediante unas cuantas granadas de mano y seguimos andando. Un estrecho sendero se perdía más allá de la altura; un poste indicaba que llevaba a Vraucourt. Mientras los demás se detenían en los abrigos, yo y Heins traspasamos la cresta de la loma.

Más allá del barranco quedaban las ruinas de la aldea de Vraucourt. Delante de ella relampagueaban los disparos de una batería enemiga; sus sirvientes, al ver que nos acercábamos y al encontrarse sometidos al fuego de la primera oleada de asalto, huyeron hacia la aldea. A la desbandada escapó también la guarnición de una serie de abrigos construidos en un camino en hondonada. A uno de aquellos hombres lo derribé de un tiro en el preciso instante en que de un salto salía de la entrada del primero de los abrigos.

Fui avanzando por aquel camino en hondonada; me acompañaban dos hombres de mi compañía que entretanto se me habían presentado. A la derecha había una posición defendida, desde la que nos llegaba un intenso tiroteo. Nos replegamos al primer abrigo; por encima de él empezaron pronto a cruzarse los proyectiles de ambos bandos. Todo daba a entender que aquel abrigo había servido de alojamiento a los enlaces y ciclistas de la batería. Delante del abrigo estaba tendido mi inglés, un muchacho jovencísimo, al que mi bala le había atravesado el cráneo de lado a lado. Yacía allí con un semblante relajado. Me forcé a mí mismo a contemplarlo, a mirarlo a los ojos. Ya no se trataba de «o tú o yo». Más tarde he vuelto a pensar en él a menudo; con el paso de los años lo he hecho cada vez con mayor frecuencia. El Estado, que nos exime de la responsabilidad, no puede librarnos de la aflicción; éste es un asunto que hemos de dirimir nosotros mismos. La aflicción penetra hasta las profundidades de nuestros sueños.

No nos dejamos turbar por el fuego, cada vez más intenso, sino que nos instalamos dentro del abrigo e hicimos una limpia de los víveres que allí habían quedado abandonados: nuestro estómago nos recordaba

que aún no habíamos comido nada desde que comenzó el ataque. Allí encontramos jamón, pan blanco, mermelada e incluso un cántaro lleno de licor de jenjibre. Una vez recobradas las fuerzas me senté en una caja de bombones vacía y estuve leyendo algunas revistas inglesas; todas venían llenas de diatribas contra *«the Huns»*.

Poco a poco empezamos a aburrirnos y regresamos a saltos hasta el comienzo del camino en hondonada; se había congregado allí una gran muchedumbre de soldados. Desde aquel lugar divisamos un batallón de la *164ª* División, que se encontraba ya a la izquierda de Vraucourt. Decidimos tomar al asalto la aldea y volvimos a avanzar deprisa por el camino en hondonada. Poco antes de que llegásemos a las afueras del pueblo quedamos detenidos por proyectiles de nuestra propia artillería, que cabezonamente seguía disparando sobre el mismo punto. Una granada de grueso calibre explotó en medio del camino y destrozó a cuatro de nuestros hombres. Los demás se replegaron a la carrera.

Más tarde me enteré de que nuestra artillería tenía orden de seguir disparando lo más lejos que pudiera. Esta norma incomprensible nos arrebató de las manos los frutos de la victoria. Rechinando los dientes nos vimos obligados a detenernos delante de aquel muro de fuego.

Con objeto de buscar un paso libre nos desplazamos hacia la derecha, donde el jefe de una compañía del *76°* Regimiento hanseático estaba a punto de iniciar el asalto de la posición de Vraucourt. Lanzando un ¡hurra! nos unimos a ellos para participar en la acción. Sin embargo, apenas habíamos penetrado en la posición enemiga, nuestra propia artillería volvió a expulsarnos de allí con sus disparos. Tres veces nos lanzamos al asalto y tres veces tuvimos que replegarnos. Lanzando maldiciones nos instalamos en algunos embudos que allí había; en ellos nos resultó extraordinariamente molesto el incendio, provocado por las granadas, de un prado, incendio que causó la muerte de numerosos heridos. Los tiros de los fusiles ingleses nos mataron también a algunos hombres; entre ellos al cabo Grützmacher, de mi compañía.

Lentamente fue llegando el crepúsculo. En algunos puntos volvía a recrudecerse con violencia el fuego de fusil, que luego se extinguía poco a poco. Los extenuados combatientes buscaron un lugar donde pasar la noche. Para agrupar a las compañías disper**sas** los oficiales gritaban su nombre hasta quedarse roncos.

Durante la última hora se habían reunido a mi alrededor doce hombres de la Séptima Compañía. Como empezaba a hacer frío, los conduje otra vez al pequeño abrigo delante del cual yacía mi inglés y los envié a buscar mantas y capotes de los muertos. Una vez que hube instalado a todos, me dejé arrastrar por mi curiosidad, que me empujaba hacia la hondonada de la artillería que quedaba delante de nosotros. Se trataba de un capricho personal y por ello llevé conmigo al fusilero Haller, un hombre al que le atraían las aventuras. Con los fusiles preparados para hacer fuego en cualquier momento avanzamos hacia la hondonada, sobre la cual seguía golpeando con ímpetu nuestra artillería. Lo primero que hicimos fue inspeccionar un abrigo que, según las apariencias, había sido abandonado poco antes por oficiales de la artillería inglesa. En una mesa había un gramófono de dimensiones gigantescas; Haller lo puso inmediatamente en marcha. La alegre melodía que salió ronroneando del cilindro produjo en nosotros una impresión fantasmagórica. Tiré al suelo aquella caja, que todavía allí dejó oír unos cuantos sonidos estridentes; luego enmudeció. El abrigo estaba pertrechado con todas las comodidades. Ni siquiera faltaba una pequeña chimenea; encima de su repisa había pipas y tabaco, y delante se encontraban, colocados en círculo, unos sillones. *Merry old Englandl!* Como es natural, no sentimos escrúpulos de ninguna clase, sino que tomamos cuanto nos vino en gana. Para mí recogí un morral de víveres, ropa interior, una pequeña botella de whisky, un guardamapas y algunas fruslerías de Roger y Gallet, sin duda tiernos recuerdos de un permiso disfrutado por los ingleses en París. Era evidente que los inquilinos de aquel abrigo habían puesto pies en polvorosa a toda prisa.

Una habitación contigua albergaba la cocina; con un sentimiento de respeto admiramos sus provisiones. Había allí una caja llena de huevos frescos; enseguida nos bebimos un buen número, pues casi no recordábamos ya ni su nombre. En los estantes arrimados a las paredes se apilaban latas llenas de carne, botes de exquisita mermelada concentrada, botellas de extracto de café, tomates, cebollas; en suma, todo lo que pudiera desear un degustador de los buenos guisos.

La imagen de aquella cocina me vino muchas veces a la memoria en fechas posteriores, cuando pasamos en las trincheras semanas enteras durante las cuales lo único que nos repartían era una exigua

ración de pan, un sopicaldo y un poco de floja mermelada.

Tras haber echado aquella ojeada a la envidiable situación económica de nuestro adversario salimos del abrigo e inspeccionamos la hondonada; en ella encontramos abandonados dos cañones enteramente nuevos. Grandes montones de vainas relucientes, recién disparadas, delataban que aquellas bocas de fuego habían tenido una intervención muy destacada durante el ataque. Tomé un pedazo de greda y escribí en los cañones el número de mi compañía. Pero comprobé que los destacamentos que llegaron después respetaron poco los derechos del vencedor; cada nueva unidad que por allí pasaba borraba el número escrito por la precedente y lo sustituía por el suyo. El último número que quedó fue el de una compañía de zapadores.

Regresamos luego junto a los demás, pues nuestra propia artillería seguía lanzando hierro alrededor de nuestras orejas. Nuestra primera línea, formada entretanto por las unidades que nos seguían de cerca, quedaba a doscientos metros a nuestra espalda. Aposté dos centinelas delante del abrigo y ordené al otro que no se desprendiese del fusil. Una vez que hube dispuesto los turnos del relevo, comido algo y anotado en breves palabras las vivencias de la jornada, me quedé dormido.

A la una de la madrugada nos despertaron unos gritos de ¡hurra! y un fuego muy vivo que se oía por nuestra derecha. Agarramos los fusiles, nos precipitamos fuera del abrigo y nos apostamos dentro de un gran embudo abierto por una granada. De la parte de delante llegaban algunos soldados alemanes que se habían extraviado. Desde nuestra propia línea abrieron fuego contra ellos; dos quedaron muertos por el camino. Aleccionados por este incidente, aguardamos a que se calmase la primera excitación que detrás de nosotros reinaba; luego nos dimos a conocer a gritos y regresamos a nuestra propia línea. Allí estaba sentado el jefe de la Segunda Compañía, el alférez Kosik, que no podía pronunciar palabra por causa de un resfriado y que además estaba herido en un brazo; tenía consigo aproximadamente sesenta hombres del 73^{0} Regimiento. Como tuvo que volver a la retaguardia, al puesto de socorro, me hice cargo del mando de sus fuerzas, entre las que había tres oficiales. Además quedaban aún, de nuestro regimiento, los dos destacamentos mandados por Gipkens y por Vorbeck, que estaban compuestos asimismo de hombres conjuntados al azar.

Junto con algunos suboficiales de la Segunda Compañía pasé el resto de la noche dentro de un pequeño agujero cavado en el suelo; allí nos helamos de frío. Por la mañana desayuné de las provisiones capturadas a los ingleses y envié enlaces a la aldea de Quéant para que de la cocina allí instalada trajesen café y comida. Nuestra artillería reinició su maldito tiroteo y nos colocó, a modo de saludo matutino, una certera granada en un embudo que albergaba a cuatro hombres de la compañía de ametralladoras. Con las primeras luces del día llegó el sargento Kumpart, que reforzó nuestro grupo con algunos hombres.

Apenas habíamos expulsado un poco de nuestros miembros el frío de la noche, dando patadas en el suelo, cuando recibimos orden de corrernos hacia la derecha y tomar al asalto, con los restos del 76° Regimiento, la posición de Vraucourt, conquistada ya en parte por nosotros. Envueltos en la espesa niebla matinal nos dirigimos hacia el punto de concentración, una altura situada al sur de Ecoust; en ella había por el suelo numerosos muertos de la víspera. Como pasa casi siempre que las órdenes de ataque están redactadas de un modo confuso, hubo discusiones entre los jefes de las unidades de asalto; les puso término la ráfaga disparada por una ametralladora enemiga, que pasó silbando alrededor de nuestras piernas. Todo el mundo se metió de un salto en el embudo más próximo, excepto el sargento Kumpart, que quedó tendido gimiendo. Acompañado de un enfermero, me precipité hacia él para vendarlo. Había sido herido de gravedad en la rodilla por un balazo. Con una pinza de brazos curvos extrajimos de su herida varios trozos de hueso. Murió unos días más tarde. Este caso me afectó de modo especial, pues, tres años antes, Kumpart había sido instructor mío en Recouvrence.

En una conversación con el capitán von Ledebur, quien había tomado el mando de nuestras heterogéneas unidades, le expuse que resultaba absurdo lanzar un asalto frontal contra la posición de Vraucourt, ya que una parte de ella se encontraba en nuestras manos y desde allí la podíamos conquistar envolviéndola por la izquierda; así se evitarían muchas bajas. Decidimos ahorrar a los hombres el asalto frontal; los acontecimientos nos dieron la razón.

Por el momento nos instalamos dentro de los embudos que había en la altura. Poco a poco fue saliendo

el sol. Aparecieron entonces aviones ingleses, que ametrallaron los agujeros en que nos encontrábamos; pronto fueron expulsados, sin embargo, por nuestros aviones. Por la parte de abajo pasaba, arrastrada por caballos, una batería nuestra; para los viejos guerreros de las trincheras era aquélla una imagen insólita. Aquella batería quedó pronto destruida por los disparos. Sólo uno de los caballos pudo desengancharse y empezó a galopar por el terreno; el macilento animal se deslizaba cual un fantasma sobre la vasta y solitaria llanura, cubierta por las cambiantes nubecillas de los tiros. No hacía mucho tiempo que habían desaparecido los aviones enemigos cuando nos llegaron los primeros disparos. Primero cayeron algunos *shrapnels,* luego granadas de pequeño y de grueso calibre. Estábamos allí expuestos, a la vista de todos, como en un escaparate. Algunos espíritus miedosos provocaron un fuego aún más intenso, pues en vez de dejar que cayese sobre ellos aquella bendición, permaneciendo agachados en los embudos, perdieron la cabeza y se pusieron a correr de un lado para otro. En situaciones de este género es preciso ser fatalista. Practiqué esta norma y me dediqué a comerme el sabroso contenido de un envase de mermelada de grosella que había tomado como botín a los ingleses. También me puse un par de calcetines de lana escocesa encontrados en el abrigo. El sol iba elevándose entretanto en el cielo.

Desde hacía bastante tiempo se venía observando movimiento en la posición de Vraucourt. En aquel momento vimos, justo delante de nosotros, las trayectorias curvas y las explosiones de las granadas de mango alemanas, que producían un humo blanco. Había llegado el momento.

Di la orden de entrar en acción, o, mejor dicho, me lancé sin más contra la posición alzando el brazo derecho. El enemigo abrió fuego contra nosotros, pero no muy intenso. Llegamos hasta la trinchera enemiga y saltamos dentro; allí nos recibió con alegría una unidad de asalto del 76^{0} Regimiento. Igual que en Cambrai, la conquista de la posición, que realizamos con un movimiento envolvente, progresó con lentitud. Por desgracia la artillería enemiga no tardó en darse cuenta de que íbamos devorando tenazmente sus líneas. Un intenso ataque artillero por sorpresa, con *shrapnels y* granadas de grueso calibre, apenas alcanzó a los que iban delante; la mayor parte de los proyectiles cayó sobre los refuerzos que, a nuestras espaldas, corrían a campo descubierto hacia las trincheras. Notamos que los artilleros enemigos nos arrojaban sus adoquines sirviéndose de observación directa. Aquello fue para nosotros como un latigazo violento; para escapar de aquel fuego nos esforzamos en acabar lo más pronto posible con nuestro adversario.

Al parecer, la posición de Vraucourt se hallaba aún a medio construir, pues muchos tramos de trincheras estaban señalados únicamente por el levantamiento de la capa herbácea. Cuando cruzábamos de un salto uno de aquellos tramos, el fuego de los alrededores se concentraba sobre nosotros. También, por nuestro lado, batíamos con el fuego a los adversarios que iban corriendo delante de nosotros por aquellos senderos mortales, de manera que las zonas marcadas estuvieron pronto sembradas de heridos. Fue aquella una cacería salvaje, desarrollada bajo nubes de *shrapnels.* Pasábamos presurosos al lado de fornidas figuras aún calientes, bajo cuyas cortas faldas brillaban rodillas vigorosas, o bien nos arrastrábamos por encima de ellas. Eran escoceses, y su modo de resistir indicaba que nos las habíamos con hombres de verdad.

Tras haber ganado unos centenares de metros nos obligaron a detenernos las granadas de mano y las de fusil que nos caían encima con creciente intensidad. Había el peligro de que la tortilla se volviese. La situación comenzó a ponerse crítica; empecé a oír gritos nerviosos:

—¡Los Tommys inician un contraataque! —¡Quédate donde estás!

—¡Pero si yo sólo quiero tomar contacto!

—¡Granadas de mano hacia delante, granadas de mano, granadas de mano!

—¡Cuidado, mi alférez!

Precisamente en las luchas de trincheras son siempre fatales estos contraataques. Una pequeña unidad de choque avanza en cabeza disparando tiros y lanzando granadas de mano. Cuando los granaderos dan saltos atrás y adelante para esquivar los demoledores proyectiles, tropiezan con los hombres que les van pisando los talones y que llegan en grupos demasiado compactos. Fácilmente se origina entonces un desconcierto. Algunos intentan entonces replegarse saltando a campo descubierto y son víctimas del fuego de tiradores escogidos; esto enardece mucho al adversario.

Conseguí reunir a un puñado de hombres y con ellos organicé un nido de resistencia detrás de un ancho través. La trinchera quedaba franca, a modo de corredor común, para nosotros y para los escoceses. A distancia de pocos metros intercambiamos disparos con un enemigo invisible. Hacía falta valor para mantener alta la cabeza en medio de aquellas detonantes explosiones, mientras la arena del través era lanzada a lo alto como por un latigazo. Un hombre de 76° Regimiento que estaba a mi lado, un hercúleo cargador del puerto de Hamburgo, estuvo disparando cartucho tras cartucho, sin pensar en cubrirse. Mientras disparaba, mostraba un rostro feroz. Por fin se derrumbó bañado en sangre. Una bala, que produjo un chasquido semejante al de una tabla al rajarse, le había perforado la frente. Dobló las rodillas en un rincón de la trinchera y allí se quedó en cuclillas, con la cabeza apoyada en el talud. Su sangre caía sobre el piso de la trinchera como si la volcasen de un cubo. Sus ronquidos estertóreos se fueron espaciando cada vez más, hasta que finalmente enmudecieron del todo. Empuñé su fusil y seguí disparando. Por fin hubo un momento de calma. Dos de nuestros hombres que habían permanecido tumbados en el suelo delante de nosotros intentaron replegarse a saltos, a campo descubierto. Uno cayó dentro de la trinchera con un balazo en la cabeza, el otro no pudo alcanzarla más que a rastras, pues había recibido un tiro en el vientre.

A la espera de los acontecimientos nos sentamos en el piso de la trinchera y fumamos cigarrillos ingleses. De vez en cuando llegaban como flechas granadas de fusil; las disparaban con mucha puntería. Podíamos verlas aproximarse y las esquivábamos dando saltos. El hombre herido en el vientre, un muchacho jovencísimo, estaba tendido en medio de nosotros y se estiraba casi voluptuosamente, como un gato, a los cálidos rayos del sol poniente. Se durmió para siempre con una sonrisa de niño. Al ver aquello no experimenté ningún sentimiento de pesadumbre, sino sólo un fraterno sentimiento de simpatía por el moribundo. También los gemidos de su camarada enmudecieron poco a poco. Murió en medio de nosotros, entre accesos de escalofríos.

Varias veces intentamos avanzar, caminando muy agachados por las zanjas señaladas para hacer las trincheras y arrastrándonos por encima de los cadáveres de los escoceses, pero una y otra vez nos empujaron hacia atrás los disparos de tiradores enemigos escogidos y las granadas de fusil. Casi todas las balas que dieron en el blanco y que yo vi fueron mortales. La parte delantera de la trinchera se fue llenando poco a poco de heridos y muertos; para sustituirlos llegaban continuamente refuerzos desde atrás. Pronto quedó emplazada detrás de cada través una ametralladora ligera o pesada. Con ellas fuimos sometiendo a una presión cada vez mayor la totalidad de la trinchera ocupada por los ingleses. También yo me aposté detrás de una de aquellas «jeringuillas de balas» y disparé hasta que el dedo índice se me puso negro por el humo. Es posible que fuera allí donde «atrapase» con mis disparos a un escocés que después de la guerra me escribió una simpática carta desde Glasgow; en ella indicaba exactamente el lugar en que había sido herido. Cuando se evaporaba el agua de refrigeración de las ametralladoras, hacíamos pasar de mano en mano el recipiente y lo volvíamos a llenar por un procedimiento natural entre bromas no muy finas. Pronto empezaron las armas a ponerse al rojo vivo.

El sol estaba a muy baja altura sobre el horizonte; la segunda jornada de lucha parecía acabada. Por vez primera examiné con detalle los alrededores y envié un parte y un croquis a la retaguardia. Quinientos pasos más allá cortaba nuestra trinchera la carretera que unía Vraucourt con Mory, camuflada con trozos de tela. Por una pendiente que quedaba detrás, unidades enemigas atravesaban deprisa el campo, sobre el que caían proyectiles de modo disperso. Una escuadrilla de aviones con banderines de color negro-blanco-rojo atravesaba el cielo vespertino, que estaba limpio de nubes. Los últimos rayos del sol, que ya se había hundido en el horizonte, bañaron la escuadrilla en un delicado color rosa y la hicieron parecer una hilera de flamencos. Para señalar hasta dónde llegaba nuestra penetración en el terreno enemigo desdoblamos nuestros mapas y los extendimos en el suelo.

Una fresca brisa anunciaba que la noche iba a ser fría. Envuelto en un tibio capote inglés, me apoyé en el talud de la trinchera y estuve charlando con el pequeño Schultz, mi acompañante de patrulla contra los indios; ateniéndose a los viejos usos vigentes entre camaradas, había aparecido con cuatro ametralladoras pesadas allí donde más intenso era el olor a chamusquina. En los apostaderos había hombres de todas las compañías, hombres de rostros juveniles, enérgicos, bajo el casco de acero, que observaban las posiciones enemigas. Yo los veía emerger, inmóviles, de las tinieblas de la trinchera, como si estuvieran en torretas

de combate. Sus jefes habían muerto; por propio impulso estaban en el lugar que les correspondía.

Nos organizamos para pasar la noche de tal manera que también durante ella pudiéramos defendernos. A mi lado coloqué mi pistola y una docena de «huevos de pato» ingleses; con aquel armamento me sentía capaz de hacer frente a cualquier intruso, aunque fuese un escocés de cabeza durísima.

En aquel momento se oyeron de nuevo, por la derecha, estampidos de granadas de mano; por la izquierda se elevaron bengalas alemanas. De las tinieblas nos trajo el viento un ¡hurra! débil, gritado por muchas voces. Aquello actuó como un detonador.

—¡Los tenemos cercados, los tenemos cercados!

En uno de esos instantes de entusiasmo que anteceden a las grandes hazañas, todos los hombres empuñaron sus fusiles y se lanzaron hacia adelante por la trinchera. Tras un breve intercambio de granadas de mano, una unidad de escoceses echó a correr hacia la carretera. Nos era imposible contenernos. Oímos gritos de advertencia:

—¡Cuidado, la ametralladora de la izquierda sigue disparando!

A pesar de ello saltamos fuera de la trinchera y en un santiamén alcanzamos la carretera, que estaba abarrotada de escoceses azorados. Evitaron la terrible colisión, pero, al huir, tropezaron en su propia alambrada. Se pararon desconcertados y luego echaron a correr a lo largo de ella. En medio de un ¡hurra! estruendoso, y batidos por un denso fuego, se vieron forzados a emprender una carrera mortal. En aquel momento llegó también el pequeño Schultz con sus ametralladoras.

La carretera ofrecía un aspecto apocalíptico. La Muerte recogió una cosecha abundante. El grito de guerra, que resonaba desde lejos, el denso fuego de las armas cortas, la sorda violencia de las granadas de mano daban alas a los atacantes y paralizaban a los defensores. Durante aquella larga jornada la lucha había ardido como un fuego sin llamas; ahora el viento la atizaba. Nuestra superioridad aumentaba a cada segundo que pasaba, pues la unidad de choque, que se había estirado a consecuencia de la carrera, iba seguida de una ancha cuña, constituida por los refuerzos.

Al llegar a la carretera miré hacia abajo desde el escarpado talud. La posición escocesa corría por la cuneta del otro lado, que había sido cavada para darle mayor profundidad; quedaba, pues, por debajo de donde estábamos. En estos primeros segundos, sin embargo, nuestra atención fue distraída de ella; la visión de los escoceses que precipitadamente corrían a lo largo de su alambrada borró todos los demás detalles. Nos echamos a tierra en el borde del talud y desde allá arriba abrimos fuego. Fue uno de los raros momentos en que conseguimos tener a nuestro adversario entre la espada y la pared; sentíamos un ardiente deseo de multiplicarnos.

Mientras lanzaba maldiciones, pues se me había encasquillado el arma y no podía disparar, noté que alguien me golpeaba con violencia en los hombros. Me di la vuelta y vi el rostro descompuesto del pequeño Schultz.

—¡Allí siguen disparando todavía esos malditos cerdos!

Seguí el movimiento de su mano y sólo entonces divisé, en la maraña de trincheras de la que nos separaba la carretera, varias figuras humanas entregadas a una actividad febril; unas cargaban los fusiles y otras se los llevaban a la cara. Por la derecha llegaban ya volando nuestras primeras granadas de mano, que lanzaron por los aires el tronco de un escocés.

La razón ordenaba quedarse en el sitio donde estábamos y desde allí poner fuera de combate al adversario. Este ofrecía un blanco fácil. En vez de hacer eso, tiré mi fusil y con los puños cerrados me precipité hacia adelante, quedando en medio de ambos bandos. Por desgracia llevaba puesto todavía el capote inglés y también mi gorra de campaña, con su cinta roja. ¡Me encontraba, pues, en el lado enemigo y llevaba además un atuendo enemigo! En plena borrachera de victoria noté un golpe seco en el lado izquierdo del pecho; todo se oscureció a mi alrededor. ¡Acabado!

Creí que había sido alcanzado en el pecho, pero, mientras aguardaba a la Muerte, no sentía ni dolor ni miedo. Al caer vi los blancos, lisos guijarros en el barro de la carretera; la forma en que se hallaban colocados estaba llena de sentido, era necesaria como la ordenación de los astros y anunciaba grandes misterios. Aquello me resultaba familiar y era más importante que la matanza que me rodeaba. Caí al

suelo, pero, con gran asombro mío, volví a levantarme enseguida. Como no descubrí ningún agujero en la guerrera, me volví otra vez hacia el enemigo. Un hombre de mi compañía se me acercó corriendo:

—¡Mi alférez, quítese el capote!

Aquel hombre me arrancó de los hombros la peligrosa vestimenta.

Un nuevo ¡hurra! desgarró el aire. Desde la derecha, donde también se había estado operando con granadas de mano durante toda la tarde, saltaron a la carretera unos cuantos alemanes para acudir en mi auxilio. Al frente de ellos iba un joven oficial vestido con un manchester pardo; era Kius. En el preciso momento en que una ametralladora inglesa hacía fuego por última vez tuvo Kius la fortuna de caer sobre un alambre que allí estaba tendido para que la gente tropezase en él. La ráfaga le pasó por encima — tan cerca, que una de las balas le rajó la cartera que llevaba en el bolsillo del pantalón. En pocos segundos fueron liquidados los escoceses. Los alrededores de la carretera estaban cubiertos de cadáveres, mientras los pocos supervivientes eran perseguidos a tiros.

Durante los instantes en que estuve desmayado, el Destino arrebató también al pequeño Schultz. Más tarde me enteré de que, llevado de su frenesí, del cual me había contagiado, había saltado dentro de la trinchera enemiga y allí había causado estragos. Cuando un escocés, que ya se había despojado de su correaje, vio a Schultz abalanzarse sobre él en aquel estado, cogió del suelo un fusil abandonado y lo derribó de un disparo mortal.

Yo estaba de pie, charlando con Kius, dentro del tramo de trinchera conquistado; en él flotaban todavía los humos de las granadas de mano. Deliberábamos sobre el modo en que podríamos apoderarnos de los cañones enemigos, que sin duda tenían que encontrarse muy cerca. De pronto me interrumpió Kius:

—¿Pero es que estás herido? ¡Te sale sangre de debajo de la guerrera!

Yo notaba, efectivamente, una extraña ligereza y una sensación de humedad en el pecho. Abrimos, desgarrándola, mi guerrera y vimos que una bala me había traspasado de parte a parte el pecho, precisamente por debajo de la Cruz de Hierro. Era claramente visible en el lado derecho del pecho el orificio de entrada, pequeño y redondo, y otro orificio, un poco mayor, de salida en el lado izquierdo. Como yo había saltado a la carretera en ángulo agudo, de izquierda a derecha, uno de los nuestros me había tomado por un inglés y había disparado contra mí a pocos pasos de distancia. Abrigaba serias sospechas de que quien había hecho aquel disparo había sido el hombre que me arrancó de los hombros el capote; de todas maneras, lo había hecho con buena intención, si así cabe hablar, y la culpa era mía.

Kius me colocó una venda y con gran trabajo logró persuadir me de que abandonara el campo de batalla en aquel momento.

Nos separamos con estas palabras:

—¡Hasta la vista en Hannover!

Elegí a un hombre para que me acompañase y una vez más volví a la carretera, que estaba siendo batida por un fuego violento; quería buscar mi guardamapas, que mi desconocido auxiliador me había tirado al suelo al mismo tiempo que me arrebataba el capote inglés. Dentro de aquel guardamapas estaba mi diario. Luego nos dirigimos hacia la retaguardia, por la trinchera que en nuestro avance habíamos conquistado.

Nuestro grito de guerra había sido tan poderoso que la artillería enemiga se había puesto en marcha de golpe. Sobre el terreno que detrás de la carretera quedaba, y principalmente sobre la trinchera misma, caía un tiro de barrera de rara intensidad. Como tenía ya bastante con mi herida, me replegué a saltos, moviéndome de través en través.

De pronto restalló en el borde de la trinchera un estampido atronador. Recibí un golpe en el cráneo y caí aturdido hacia delante. Cuando volví en mí me encontré tendido sobre el deslizador de una ametralladora pesada, con la cabeza colgando hacia abajo: miraba fijamente en el piso de la trinchera un charco rojo que se iba extendiendo con rapidez angustiante. La sangre caía al suelo a borbotones de una manera tan incontenible que perdí toda esperanza. Pero como mi compañero aseveraba que no veía masa encefálica, recobré ánimos, me puse en pie y seguí corriendo. Aquella era la factura que pagaba por mi imprudencia de acudir al combate sin casco de acero.

A pesar de la doble pérdida de sangre me encontraba enormemente excitado e instaba a todos los hombres con quienes tropezaba en la trinchera a que se apresurasen a ir hacia delante e interviniesen en la lucha. Pronto estuvimos fuera del alcance de la artillería ligera de campaña; moderamos entonces nuestra carrera, pues uno necesitaba ser un hombre de mala suerte para que le alcanzasen las granadas de grueso calibre que aún caían por allí de modo disperso.

En el camino en hondonada de Noreuil pasé al lado del puesto de mando de la brigada, me presenté al general Höbel, al que informé de nuestros éxitos, y le rogué que enviase refuerzos a las tropas de asalto. El general me contó que en los puestos de mando me daban ya por muerto desde la víspera. No era la primera vez que esto ocurría en aquella guerra. Tal vez, cuando nos lanzamos al asalto contra la primera trinchera, alguien me había visto derrumbarme junto al *shrapnel* que hirió a Haake.

Me enteré de que habíamos ganado terreno más lentamente de lo que se había calculado. Era evidente que nos habíamos enfrentado a tropas inglesas escogidas; nuestro asalto había atravesado posiciones centrales del enemigo. El fuego de nuestra artillería pesada había apenas rozado el terraplén del ferrocarril; lo habíamos tomado por asalto contra todas las reglas del arte militar. No habíamos llegado hasta Mory. Tal vez habríamos podido tomar esa aldea la primera tarde si nuestra propia artillería no nos hubiese cerrado el paso. El enemigo se había reforzado durante la noche. En cualquier caso, se había hecho cuanto la voluntad humana es capaz de hacer, e incluso algo más. El general lo reconoció.

En Noreuil estaba ardiendo muy cerca del camino una enorme pila de cajas de munición. Al pasar a su lado apresuramos la marcha, con una sensación de malestar. Detrás de la aldea me recogió en su vehículo el conductor de un carro de municiones que iba vacío; tuve un violento altercado con el jefe del convoy, que quería arrojar del carro a dos ingleses que en la última parte del trayecto me habían ayudado a caminar.

En la carretera Noreuil-Quéant había un tráfico increíble. Quien no haya visto los interminables convoyes de bagajes con que se alimenta una gran ofensiva no puede formarse una idea de lo que esto significa. Detrás de Quéant la barahúnda alcanzaba proporciones fabulosas. El momento en que pasé al lado de la casita de la pequeña Jeanne estuvo impregnado de melancolía; de aquella casita apenas eran reconocibles los cimientos.

Me dirigí a uno de los oficiales que regulaban el tráfico, reconocibles porque llevaban unos brazaletes blancos, y me consiguió una plaza en un automóvil que se dirigía al hospital de sangre de Sauchy-Cauchy. A menudo tuvimos que hacer esperas de treinta minutos, cuando los carros y los automóviles sufrían un embotellamiento y obstruían el camino. Aunque en la sala de operaciones del hospital de sangre los médicos trabajaban febrilmente, el cirujano que me examinó se quedó asombrado de que mis lesiones fueran de un carácter tan benigno. También la herida en la cabeza tenía un orificio de entrada y otro de salida, pero la tapa de los sesos no había sido perforada. Más dolores que las heridas mismas, que había sentido únicamente como unos golpes sordos, me produjo el tratamiento al que me sometió un ayudante sanitario, después de que el médico pasase su sonda, con mucha elegancia y como si estuviera jugando, por los canales abiertos por los dos balazos. Aquel tratamiento consistió en un enérgico afeitado de los alrededores de la herida de la cabeza; el afeitado se realizó sin jabón y con una navaja carente de filo.

Tras haber dormido excelentemente aquella noche, a la mañana siguiente me llevaron al puesto de concentración de heridos establecido en Cantin; allí tuve la alegría de encontrar a Sprenger, al que no había vuelto a ver desde el comienzo del asalto. Tenía en un muslo una herida producida por una bala de fusil. También encontré allí mi equipaje — una prueba más de que Vinke era una persona de fiar. Tras haberme perdido de vista, Vinke había sido herido junto al terraplén del ferrocarril. Pero antes de dirigirse al hospital, y desde éste a su granja de Westfalia, no descansó hasta saber que habían llegado a mis manos los objetos que le había confiado. En esto reconocí lo que Vinke era realmente: más que mi ordenanza, un camarada de mayor edad. Encima de mi mesa encontraba con mucha frecuencia, cuando el rancho era escaso, un trozo de mantequilla, «de parte de un hombre de la compañía que no quiere que se sepa su nombre»; y, sin embargo, no era difícil adivinarlo. Vinke no poseía espíritu de aventura, como lo poseía Haller, por ejemplo. Pero me seguía en el combate como uno de aquellos viejos vasallos de otros tiempos

y consideraba que su oficio consistía en velar por mi persona. Bastante tiempo después de la guerra me pidió una fotografía, «para poder contar a sus nietos cosas de su alférez». A Vinke le debo la oportunidad de haber podido echar una mirada a esas energías tranquilas que el pueblo aporta a la lucha en la persona del reservista.

Tras permanecer una breve temporada en el hospital de sangre bávaro de Montigny, me cargaron en Douai en un tren-hospital, y en él fui hasta Berlín. Mi sexta herida doble, que se curó igual de bien que todas las anteriores, tardó en hacerlo esta vez dos semanas. Lo único desagradable fue un campanilleo estridente e ininterrumpido que parecía resonarme en los oídos. Pero con el paso de las semanas se fue volviendo cada vez más débil y acabó por desaparecer del todo.

Hasta que no llegué a Hannover no me enteré de que, como ya he indicado, también el pequeño Schultz había muerto, entre otros muchos conocidos míos, durante la refriega cuerpo a cuerpo con los escoceses. Kius había salido del trance con una insignificante herida en el vientre. En aquella ocasión había quedado destrozada también su máquina de fotos, que contenía una serie de tomas de nuestro asalto al terraplén del ferrocarril.

Quien observase la fiesta de nuestro reencuentro en un pequeño bar de Hannover, en la cual participaron también mi hermano con su brazo rígido y Bachmann con su rodilla rígida, difícilmente pensaría que nos habíamos separado sólo dos semanas antes, rodeados por una música completamente distinta de la de los alegres estampidos de los taponazos.

Aquellos días quedaron ensombrecidos, sin embargo, por una mala noticia; pronto pudo saberse por nuestros periódicos que la ofensiva había quedado atascada y que desde el punto de vista estratégico había fracasado. Esto lo confirmaban asimismo los periódicos ingleses y franceses que pude hojear en los cafés de Berlín.

La Gran Batalla significó una línea divisoria también en mi interior, y no sólo porque a partir de aquel momento considerase posible que perdiésemos la guerra.

La monstruosa acumulación de fuerzas durante las horas cruciales, en las que se luchaba por un futuro lejano, y el delirio que siguió, de manera tan sorprendente, tan desconcertante, a aquella acumulación, me habían conducido por vez primera a las profundidades de determinados ámbitos sobrepersonales. Aquello era distinto de todo lo que hasta aquel momento había vivido; era una iniciación, una iniciación que no sólo abría las ardientes cámaras del Horror, sino que también conducía a través de ellas.

Avances ingleses

El 4 de junio de 1918 me reincorporé a mi regimiento, que estaba en período de descanso, acantonado muy cerca de la aldea de Vraucourt; por entonces aquella aldea quedaba muy lejos del frente. El nuevo jefe del regimiento, el comandante von Lüttichau, me confió el mando de mi vieja compañía, la séptima.

Cuando me acercaba a los acuartelamientos salieron corriendo a mi encuentro los hombres de mi compañía, me quitaron de las manos los bártulos y me tributaron un recibimiento triunfal. Era como si regresase al seno de una familia.

Ocupábamos allí una especie de poblacho formado por barracones construidos con chapa ondulada, en medio de un paisaje de prados cubiertos de maleza; entre el verdor de los prados resplandecían innumerables florecitas amarillas. Manadas de caballos que allí pastaban contribuían a dar animación a aquel terreno desolado, al que pusimos el nombre de «La Valaquia». Cuando uno salía a la puerta del cobertizo experimentaba esa angustiosa sensación de vacío que en ocasiones se apodera de los *cowboys,* de los beduinos y, en general, de los habitantes de las soledades. Al atardecer dábamos prolongados paseos por los alrededores de los barracones y buscábamos nidos de perdices o bien armas ocultas en la hierba, recuerdos de la Gran Batalla. Una tarde fui a caballo hasta aquel camino en hondonada que quedaba cerca de Vraucourt y por el cual se había combatido tan duramente dos meses antes; sus bordes estaban sembrados de cruces y en ellas encontré varios nombres conocidos.

Poco después recibió nuestro regimiento la orden de trasladarse a la primera línea de la posición que protegía la aldea de Puisieux-au-Mont. Viajamos de noche en camiones hasta Achietle-Grand. Con frecuencia nos vimos forzados a detenernos, cuando los conos luminosos proyectados por las bengalas, suspendidas de paracaídas, que lanzaban los aviones de bombardeo nocturno hacían que de la oscuridad se destacase la cinta blanca de la carretera. Cerca y lejos de nosotros, los golpes resonantes de las explosiones de las granadas engullían los múltiples silbidos producidos por los explosivos de grueso calibre que llegaban como flechas. Los proyectores palpaban entonces el oscuro cielo en busca de aquellos pérfidos pájaros nocturnos; como si fueran graciosos juguetes, los *shrapnels* lanzaban haces de chispas, y los proyectiles luminosos se perseguían unos a otros en una larga cadena, parecidos a lobos de fuego.

Sobre la zona conquistada se había posado un tenaz olor a cadáver; unas veces era más intenso y otras lo era menos, pero siempre excitaba los sentidos, como un mensaje que llegara de un país siniestro.

—Perfume de ofensiva —dijo a mi lado la voz tonante de un viejo guerrero, mientras estábamos cruzando, según parecía, una avenida de fosas comunes, en recorrer la cual tardamos varios minutos.

Desde Achiet-le-Grand continuamos a pie, siguiendo primero el terraplén del ferrocarril que conducía a Bapaume; luego, a campo traviesa, llegamos a la posición. Había un fuego bastante intenso. En un momento en que nos paramos a descansar estallaron cerca de nosotros dos granadas de mediano calibre. El recuerdo de la inolvidable noche de espanto del 19 de marzo nos hizo reemprender la marcha enseguida. Inmediatamente detrás de la primera línea había una compañía; había sido, relevada y metía mucho ruido. El azar quiso que pasásemos a su lado en el preciso instante en que algunas docenas de *shrapnels* le tapaban la boca. Lanzando una granizada de insultos mis hombres se tiraron de cabeza dentro del inmediato ramal de aproximación. Dos de ellos tuvieron que regresar sangrando al puesto de socorro.

A las tres de la madrugada, agotado, llegué a mi abrigo; su opresiva estrechez me presagiaba una serie de días poco agradables.

Envuelta en una espesa nube de humo, allí dentro ardía la luz rojiza de una vela. Tropecé con una maraña de piernas, pero la milagrosa fórmula «¡El relevo!» hizo que se pusiera en movimiento aquel cuchitril. De un agujero que tenía forma de horno salió una sarta de maldiciones; luego aparecieron, por este orden, una cara sin afeitar, un par de hombreras roídas por el cardenillo, un viejo uniforme y, por fin, dos bloques de barro; me imaginé que serían botas. Nos sentamos a una frágil mesa que allí había y liquidamos las formalidades de la entrega del sector; en esta operación intentamos birlarnos mutuamente una docena de «raciones de hierro» y unas cuantas pistolas de señales. Luego mi antecesor se deslizó a rastras, con grandes dificultades, por el estrecho cuello de la galería y salió al aire libre, al tiempo que me pronosticaba que aquel agujero de mierda no resistiría ni siquiera tres días. Dentro de él me quedé, nuevo dueño y señor del Sector A.

A la mañana siguiente inspeccioné la posición, que no ofrecía comodidades de ningún género. Tan pronto salí del abrigo vinieron a mi encuentro dos de los hombres encargados de traer el café; sangraban, pues habían sido alcanzados por una ráfaga de *shrapnels* en el ramal de aproximación. Unos cuantos pasos más allá el fusilero Ahrens me pidió permiso para irse; había sido herido por un tiro de rebote.

Delante de nosotros teníamos la aldea de Bucquoy y a nuestras espaldas, Puisieux-au-Mont. Mi compañía no se hallaba escalonada, sino concentrada toda ella en la primera línea, que era muy estrecha; por la derecha nos separaba del *76°* Regimiento de Infantería una extensa brecha que nadie ocupaba. El ala izquierda del sector encomendado a nuestro regimiento incluía una arboleda despedazada, el Bosquecillo *125*. En cumplimiento de las órdenes recibidas no se habían excavado galerías. No debíamos enterrarnos bajo tierra, sino estar preparados en todo momento para acciones ofensivas. Por esta misma razón no teníamos tampoco alambradas delante de las posiciones. Los hombres habitaban, de dos en dos, pequeños agujeros cavados en el suelo y reforzados por lo que se conocía con el nombre de «chapas Sigfrido»; eran unas chapas onduladas, curvadas en forma oval, de aproximadamente un metro de altura, con las que revestíamos aquellos estrechos refugios en forma de horno.

Como mi abrigo se encontraba situado detrás de un sector que no era el mío, lo primero que hice fue ponerme a buscar un nuevo habitáculo. Una construcción parecida a una choza, que se hallaba en un tramo de trinchera derruido, me pareció apta para vivir en ella, una vez que la puse en condiciones defensivas acarreando hasta ella toda clase de instrumentos de matar. Allí en plena naturaleza llevaba con mis ordenanzas una vida de eremita, sólo perturbada de vez en cuando por los enlaces; hasta aquella remota caverna llevaban éstos las prolijas complejidades de la guerra de papel. Uno movía desaprobadoramente la cabeza cuando, entre las explosiones de dos granadas, tenía que leer, junto a otros importantes asuntos, la novedad de que al comandante de la plaza X se le había escapado un terrier con manchas negras que atendía por el nombre de Zippi, si es que no había dedicado ya su atención a profundizar en la denuncia presentada por la criada Makeben contra el cabo Mayer, al que reclamaba una pensión alimenticia. Los croquis de la posición y los frecuentes partes que había que enviar a horas fijas procuraban la necesaria distracción.

Pero volvamos a mi abrigo, al que puse el nombre de *Haus Wahnfried* [Villa Wahnfried][*]. Lo único que me tenía preocupado era su cubierta; lo más que de ella podía decirse era que su resistencia a las bombas era relativa, esto es, que resistiría con tal de que encima de ella no cayese ningún proyectil. Pero me consolaba pensando que mi situación no era mejor que la de mis hombres. Al mediodía Haller me extendía una manta dentro de un embudo gigantesco; para convertirlo en un solario habíamos abierto desde la choza hasta él un pasadizo. A veces perturbaban mi sesión de bronceado proyectiles que estallaban en las cercanías o cascos de granadas explosivas que caían zumbando de lo alto.

Sobre nosotros descargaban bombardeos con proyectiles de grueso calibre; por las noches se parecían a las tormentas de verano, breves y devastadoras. Mientras aquello ocurría estaba yo tumbado en un

[*] «La paz en la ilusión», significado de *Wahnfied,* es el nombre que, sin duda irónicamente, pone Jünger a sus refugio. «Haus Wahnfried» es también el nombre con que Wagner bautizó la villa que se hizo construir en Bayreuth. (N. del T.)

camastro relleno de hierba fresca; experimentaba una curiosa e injustificada sensación de seguridad y escuchaba atentamente las explosiones que se producían a mi alrededor; los golpes de las granadas hacían que se desprendiese la arena de las paredes. Otras veces salía afuera y desde el apostadero miraba el melancólico paisaje nocturno; contrastaba fantasmagóricamente con las ígneas apariciones a las que servía de pista de baile.

En aquellos instantes me sentía invadido por un estado de ánimo que hasta entonces me había sido ajeno. En mi interior se anunciaba una transformación profunda, consecuencia de la duración insospechada de una vida vivida con toda tensión al borde del abismo. Las estaciones del año se sucedían unas a otras, llegaba el invierno y más tarde venía otra vez el verano, y yo permanecía siempre sumido en la lucha. Me había cansado ya y estaba habituado al rostro de la Guerra; pero este mismo hábito hacía que viese los acontecimientos a una luz mortecina y distinta. La violencia ya no me deslumbraba tanto como antes. También notaba que el espíritu con que había partido hacia el frente se había gastado y ya no bastaba. La guerra planteaba unos enigmas más profundos. Fue aquélla una época extraña.

El fuego enemigo castigaba relativamente poco la primera línea; de lo contrario, pronto se habría vuelto inhabitable. Los lugares principalmente bombardeados eran la aldea de Puisieux y las hondonadas cercanas a ella; a última hora de la tarde el bombardeo habitual se transformaba en un ataque artillero por sorpresa de una densidad extraordinaria. Esto dificultaba en gran manera el relevo y la traída del rancho. Granadas que hacían blanco por casualidad conseguían hacer saltar unas veces en un sitio y otras veces en otro un eslabón de nuestra cadena.

A las dos de la madrugada del 14 de junio me relevó Kius, que había regresado al frente y mandaba entonces la Segunda Compañía. Nuestro período de descanso lo pasamos junto al terraplén del ferrocarril, cerca de Achiet-le-Grand; el terraplén protegía del fuego nuestros barracones y abrigos. Los ingleses nos bombardearon a menudo con proyectiles de tiro rasante y de grueso calibre; una de sus víctimas fue Rackebrand, sargento de la Tercera Compañía. Lo mató un casco de metralla que atravesó las delgadas tablas con que estaba construida una barraca que había instalado en lo alto del terraplén para que le sirviera de escritorio. Unos días antes había ocurrido una gran desgracia. Un avión había dejado caer una bomba en medio de la banda de música del 76° Regimiento de Infantería, rodeada en aquel momento por un grupo de oyentes. Entre las víctimas se encontraban también muchos hombres pertenecientes a nuestro regimiento.

Había en las proximidades del terraplén del ferrocarril varios tanques que habían sido destruidos por los proyectiles disparados contra ellos; parecían naves encalladas. En mis paseos los examinaba con atención; también reunía a veces junto a ellos a mi compañía y la instruía en el modo de oponerles resistencia, así como en la táctica a emplear contra ellos y en los puntos vulnerables de aquellos elefantes bélicos de la batalla técnica, que aparecían con una frecuencia cada vez mayor. Algunos de los tanques llevaban nombres, símbolos y pinturas bélicas de tipo sarcástico o amenazador, y también mascotas para propiciar la buena suerte; no faltaban ni la hoja de trébol ni el cerdito de la buena suerte ni la calavera blanca. Uno de los tanques se distinguía por llevar también una horca, de la que pendía una soga con un nudo corredizo; aquel tanque se llamaba «Judge Jeffries». Pero todos estaban en un estado lastimoso. Durante el ataque, cuando aquellos colosos, para escapar a las descargas de la artillería, se movían en líneas sinuosas sobre el campo de batalla como si fueran torpes escarabajos, sin duda debía de ser sumamente incómoda la permanencia dentro de la torreta blindada, con su maraña de tubos, palancas e hilos. Todo aquello me hacía pensar en los hombres arrojados al horno encendido.* El terreno estaba cubierto asimismo de calcinadas osamentas de numerosos aviones, señal de que en el campo de batalla aparecía de un modo cada vez más poderoso la máquina. Una tarde vino a posarse cerca de nosotros la gigantesca campana blanca del paracaídas con que un aviador había saltado de su incendiado aeroplano.

Dada la inseguridad de la situación, la Séptima Compañía hubo de regresar a Puisieux en la mañana del 18 de junio; allí quedó a disposición del jefe de las tropas combatientes, para transportar materiales y

* La expresión «hombres arrojados al horno encendido» es seguramente una alusión de Jünger al pasaje bíblico (Daniel, 3) en que se narra cómo Nabucodonosor arroja a un horno encendido a tres jóvenes judíos que se negaban a adorar su estatua de oro. (N. del T.)

realizar misiones tácticas. Nos alojamos en sótanos y galerías situados en la salida hacia Bucquoy. Precisamente en el momento en que llegábamos cayó en los huertos colindantes una ráfaga de granadas de grueso calibre. Aquello no me hizo desistir, sin embargo, de tomar mi desayuno en un cenador situado delante de la entrada de mi galería. Al poco tiempo llegó rugiendo una nueva ráfaga. Me tiré al suelo. Junto a mí se alzó una llamarada. Un enfermero de mi compañía, llamado Kenziota, que en aquel momento pasaba por allí con unas perolas llenas de agua, se desplomó; había sido alcanzado en el abdomen. Corrí hacia él y con la ayuda de un centinela de bengalas lo arrastré hasta el puesto de socorro; por suerte la entrada de éste quedaba muy cerca del lugar de la explosión.

—Bueno, ¿también usted ha desayunado como es debido? —preguntó, mientras vendaba la gran herida del vientre, el doctor Köppen, un viejo y auténtico médico militar, que también a mí me había tenido varias veces en sus manos.

—Sí, sí, un gran plato de fideos —dijo entre gemidos aquel desventurado, que sin duda creía entrever allí un rayo de esperanza.

—Vaya, vaya —intentó consolarlo Köppen, al tiempo que con la cabeza me hacía un gesto preocupado.

Pero las personas heridas de gravedad poseen una capacidad de percepción muy fina. Aquel hombre empezó de pronto a quejarse, mientras en su frente aparecían grandes gotas de sudor.

—El balazo es mortal, me doy cuenta, estoy seguro.

A pesar de aquella profecía pude estrechar su mano medio año más tarde, cuando hicimos nuestra entrada en Hannover.

Por la tarde di a solas un paseo por Puisieux, que estaba completamente en ruinas. Ya durante las batallas del Somme había sido machacada aquella aldea hasta quedar reducida a un montón de escombros. Los embudos y los restos de paredes estaban cubiertos de un espeso verdor, del que en todas partes destacaban por su brillo los discos blancos del saúco, una planta amiga de las ruinas. Numerosos impactos recientes habían desgarrado aquel revestimiento vegetal, dejando otra vez al descubierto la tierra de los huertos, removida ya en tantas ocasiones.

La calle principal de la aldea estaba orlada de restos de material de guerra procedente del avance que había quedado detenido. Vehículos destrozados por los disparos, munición derramada por los suelos, herrumbrosas armas de infantería y vagos perfiles de caballos a medio pudrir, envueltos en nubes de moscas zumbantes y relucientes, proclamaban la inanidad de todas las cosas en la lucha. La iglesia, situada en el punto más alto de la aldea, no era ya más que un informe montón de piedras. Mientras estaba cortando un ramo de rosas silvestres, unas cuantas granadas que cayeron cerca me advirtieron que tuviese prudencia en aquella pista de baile de la Muerte.

Unos días más tarde relevamos a la Novena Compañía en la finca principal de resistencia, que quedaba a unos quinientos pasos detrás de la primera línea. Mientras procedíamos al relevo fueron heridos tres hombres de mi Séptima Compañía. Al día siguiente un balín de *shrapnel* hirió en el pie, cuando se hallaba cerca de mi abrigo, al capitán von Ledebour. Aunque se encontraba gravemente enfermo de los pulmones, aquel hombre sentía que su destino estaba en la lucha. Y así hubo de sucumbir a aquella herida, que en sí misma no era grave. Murió poco después en el hospital de sangre. El día 28 un casco de metralla de una ganada hirió al sargento Gruner, jefe de los hombres encargados de traer el rancho. Era la novena baja que en el espacio de poco tiempo sufría mi compañía.

Pasamos una semana en la primera línea y luego tuvimos que ocupar de nuevo la línea principal de resistencia, pues la gripe, el denominado «mal español», casi había disuelto el batallón que debía relevarnos. Todos los días enfermaban de aquella dolencia también algunos hombres de mi compañía. La gripe causó tales estragos en la división vecina que un avión enemigo arrojó octavillas en las que se decía que los ingleses tomarían el relevo en el caso de que la tropa no fuera retirada pronto. Pero nos enteramos de que aquella epidemia hacía también progresos cada vez mayores en el otro bando; de todos modos, nosotros estábamos más expuestos a contraer la enfermedad, pues nuestra alimentación era muy deficiente. Precisamente los hombres jóvenes morían a menudo de la noche a la mañana. Además, nos

encontrábamos en permanente estado de alerta, pues encima del Bosquecillo 125 se cernía siempre una negra nube de humo como la que suele haber pobre un mal estufador. Los bombardeos eran allí tan intensos que una tarde en que no corría el viento los gases provocados por las explosiones intoxicaron a una parte de los hombres de la Sexta Compañía. Como si fuéramos buzos, hubimos de bajar a las galerías provistos de aparatos de oxígeno, para sacar de allí a los hombres que habían quedado inconscientes. Tenían la cara de un color rojo cereza y respiraban con dificultad, como en una pesadilla.

Una tarde, mientras recorría mi sector, encontré varias cajas llenas de munición inglesa, que se hallaban allí enterradas. Quise estudiar la manera en que estaban construidas las granadas de fusil y con este fin desatornillé una y saqué la cápsula explosiva. Dentro quedó algo, que yo creí que era el fulminante. Traté de vaciar la granada con un clavo y resultó que aquello era una segunda cápsula explosiva; estalló, produciendo un gran estrépito, me arrancó la yema del dedo índice de la mano izquierda y me produjo en la cara unas cuantas lesiones, de las que brotaba sangre.

Al atardecer de aquel mismo día estaba de pie con Sprenger encima de la cubierta de mi abrigo, cuando reventó cerca de nosotros una granada de grueso calibre. Discutimos sobre la distancia a que había explotado; Sprenger estimaba que a diez metros, yo opinaba que a treinta. Para comprobar hasta qué punto podía fiarme de mis apreciaciones en estos asuntos, medí la distancia y hallé que el embudo abierto por la granada quedaba a veintidós metros del lugar en que nos encontrábamos. El aspecto que ofrecía el embudo indicaba que aquel proyectil era de una clase bastante perniciosa.

El 20 de junio me hallaba otra vez en Puisieux con mi compañía. Toda la tarde estuve de pie, encima de los restos de una pared, observando el espectáculo del combate; la impresión que producía era inquietante. De vez en cuando anotaba los detalles en mi cuaderno de apuntes.

Enormes ráfagas de fuego envolvían a menudo en una espesa humareda el Bosquecillo 125, al tiempo que subían y bajaban bengalas verdes y rojas. A veces la artillería callaba y entonces se oía el tableteo de algunas ametralladoras y las débiles detonaciones de lejanas granadas de mano. Desde mi puesto de observación aquello parecía un juego gracioso. Faltaba allí la violencia de la gran lucha y, sin embargo, se adivinaba que los combates que en aquel sitio se libraban eran encarnizados.

Aquel bosquecillo era como una herida inflamada y en ella: se concentraba la atención de destacamentos ocultos. Como si fuesen dos animales de rapiña que se disputasen una presa, las artillerías de los dos bandos jugaban con la arboleda, desgarraban los troncos y arrojaban al aire los pedazos. La guarnición que lo ocupaba estaba siempre compuesta de pocos hombres, pero el Bosquecillo 125 llevaba mucho tiempo resistiendo; y de esa manera aquella arboleda, bien visible en el terreno muerto, era un ejemplo de que incluso el más gigantesco enfrentamiento de recursos materiales es tan sólo la balanza en que se pesa, hoy como siempre, al ser humano.

A últimas horas de la tarde fui llamado al puesto de mando del jefe de las tropas de reserva; allí me enteré de que el adversario había penetrado por el ala izquierda en nuestra red de trincheras. Con el fin de volver a crear una tierra de nadie delante de muestra primera línea el mando ordenó que el alférez Petersen limpiase con la compañía de asalto la denominada «Trinchera del Setos y yo limpiase con mis hombres un ramal de aproximación Que, por una hondonada, corría paralelo a la mencionada trinchera.

Salimos al amanecer, pero el enemigo nos sometió a un intenso fuego de infantería cuando aún nos encontrábamos en nuestra base de partida; tan violento fue aquel fuego que por el momento desistimos de ejecutar la operación. Hice que mis hombres Ocupasen el llamado «Camino de Elbing» y allí recuperé, dentro de una galería gigantesca parecida a una caverna, el sueño que había perdido durante la noche. A las once de la mañana me despertó un estruendo causado por granadas de mano; procedía del ala izquierda, donde ocupábamos una barricada. Me apresuré a acudir allí y encontré el espectáculo habitual de las luchas de barricadas. Junto a nuestra fortificación se agitaban en remolinos las nubes blancas producidas por las granadas de mano; detrás de la barricada, a algunos traveses de distancia de ella, tableteaba una ametralladora, tanto en un bando como en el otro. En medio, hombres que saltaban agachados atrás y adelante. El pequeño golpe de mano de los ingleses había quedado desbaratado, pero nos había costado un hombre; los cascos de metralla de la granada de mano lo habían destrozado y estaba tendido en el suelo detrás de la barricada.

Al atardecer recibí la orden de regresar con mi compañía a Puisieux; cuando llegamos encontré una comunicación en la que se me indicaba que a la mañana siguiente interviniese con dos de mis pelotones en una pequeña operación. Se trataba de limpiar la denominada «Trinchera de la Hondonada» desde el punto rojo K hasta el punto rojo Z; la operación comenzaría a las tres y cuarenta de la madrugada y la artillería y los lanzaminas la prepararían con un fuego de cinco minutos de duración. El adversario se había infiltrado en la Trinchera de la Hondonada, así como en otros muchos ramales de aproximación, y se había hecho fuerte detrás de unas barricadas. Por desgracia aquella operación, en la que el alférez Voigt, de la compañía de asalto, intervendría con una unidad de choque mientras yo lo haría con dos de mis pelotones, había sido planificada evidentemente guiándose por el mapa; pues la Trinchera de la Hondonada, que serpenteaba a lo largo de un barranco, resultaba visible desde muchos sitios. Yo no estaba de acuerdo con nada de aquello; al menos encuentro en mi diario, debajo de la copia de la orden, estas frases: «Bueno, esperamos que mañana por la mañana sea posible describir lo ocurrido. Un comentario crítico de esta orden me lo reservo para más adelante, por falta de tiempo — ahora estoy sentado dentro del abrigo en el Sector F, son las doce de la noche y a las tres de la madrugada vendrán a despertarme».

Una orden es, en todo caso, una orden; por ello, a las tres y cuarenta nos encontrábamos Voígt y yo con nuestros hombres en las proximidades del Camino de Elbing, dispuestos a entrar en acción. En aquel momento empezaba a clarear el día. Ocupamos una trinchera cuya hondura era tan pequeña que sólo nos llegaba a las rodillas; desde allí podíamos ver, como desde un estrecho balcón, la hondonada, que a la hora fijada empezó a llenarse de humo y de fuego. Uno de los grandes cascos de metralla que desde aquel caldero hirviente subían hasta donde estábamos apostados hirió en una mano al fusilero Klaves. Una vez más pude contemplar aquí el mismo espectáculo que en tantas otras ocasiones había visto antes de los ataques: la imagen de un grupo que, entre dos luces, aguarda impaciente el momento de atacar y que, cuando algunos de los disparos de nuestra artillería quedan cortos, ejecuta una reverencia profunda y unánime, o bien se tira al suelo, mientras va acrecentándose la excitación — una imagen que cautiva el espíritu como un silencioso y terrible ceremonial mediante el que se anuncia el sacrificio de seres humanos.

Iniciamos puntualmente la operación, que se vio favorecida por la circunstancia de que nuestra preparación artillera había envuelto en un espeso velo de humo la Trinchera de la Hondonada. Poco antes de llegar al punto Z topamos con resistencia, pero la rompimos haciendo uso de granadas de mano. Como habíamos alcanzado nuestro objetivo y no teníamos demasiadas ganas de seguir luchando, levantamos una barricada y dejamos tras ella un pelotón armado con una ametralladora.

El único placer que aquella acción me proporcionó fue ver el comportamiento de los hombres de la unidad de asalto, los cuales me recordaron vivamente al viejo Simplicissimus. Allí conocí por vez primera un nuevo linaje de combatientes — el voluntario de 1918, un hombre que, por lo que se veía, aún no había recibido un barniz de disciplina, pero que era valiente por instinto. Aquellos jóvenes bravucones, que llevaban polainas de vendas y pelambreras enormes, se enzarzaron en una violenta discusión, a veinte metros del enemigo, porque uno había insultado a otro llamándole «miedica». Además juraban como lansquenetes y se mostraban enormemente jactanciosos.

—Mira, muchacho, no todos se cagan de miedo como haces tú —acabó gritando uno de ellos, y él solo limpió todavía cincuenta metros de trinchera.

Los miembros del pelotón que habíamos dejado detrás de la barricada regresaron aquella misma tarde. Habían sufrido bajas, según contaron, y no les era posible mantenerse allí por más tiempo. Yo había dado ya por perdidos a aquellos hombres y me quedé asombrado de que hubieran podido atravesar vivos, a la luz del día, aquel largo tubo en que consistía la Trinchera de la Hondonada.

A pesar de éste y de otros varios contraataques que realizamos, el enemigo seguía firmemente asentado en el ala izquierda de nuestra primera línea y también en los caminos de enlace, en los que había levantado barricadas; desde allí amenazaba nuestra línea principal de resistencia. Esta vecindad con el enemigo, del cual no nos separaba ya la tierra de nadie, resultaba a la larga muy incómoda; uno presentía con claridad que ni siquiera dentro de las propias trincheras estaba seguro.

El día 24 de julio me dirigí, con el fin de realizar un reconocimiento, al nuevo Sector C de la línea principal de resistencia, pues iba a hacerme cargo de él al día siguiente. Pedí al jefe de la compañía, el alférez Gipkens, que me enseñase la barricada levantada por el enemigo en la Trinchera del Seto; era una barricada notable, pues consistía en un tanque que había quedado allí inmovilizado por el fuego y que estaba metido en la posición como un fortín de acero. Para poder observar los detalles nos sentamos en una pequeña banqueta excavada en el través. Cuando nos hallábamos en plena conversación noté que alguien me agarraba de pronto y me empujaba violentamente hacia un lado. Un instante después se estrelló un proyectil contra la arena del sitio en que yo había estado sentado. Un azar feliz había hecho que Gipkens observase cómo alguien sacaba lentamente un fusil por una aspillera de la barricada enemiga, que quedaba a unos cuarenta pasos de nosotros; sus penetrantes ojos de pintor me habían salvado la vida, pues a aquella distancia habría hecho blanco en mí incluso un asno. Sin darnos bien cuenta de lo que hacíamos nos habíamos sentado en el espacio muerto situado entre las dos barricadas; ello permitía que el centinela inglés pudiera vernos igual que si nos hubiéramos sentado a una mesa enfrente de él. Gipkens había actuado con rapidez y eficacia. Más tarde, cuando volví a pensar en aquello, me pregunté si yo no habría quedado acaso paralizado un instante por la visión del fusil. Me contaron que en aquel mismo lugar de apariencia tan inocente habían muerto ya tres hombres de la Novena Compañía, todos ellos de un tiro en la cabeza; aquel sitio era ciertamente funesto.

Aquella tarde me encontraba dentro de mi abrigo sentado cómodamente a mi mesa, leyendo y tomando café, cuando me empujó a salir de él un tiroteo no especialmente violento. Vi que de la parte de delante iba ascendiendo en sucesión monótona, como las perlas de un collar, señales de petición de fuego de barrera. Algunos heridos que volvían renqueando contaban que en los Sectores B y C los ingleses habían penetrado en la línea principal de resistencia y que en el Sector A lo habían hecho en el terreno situado delante de nuestra primera línea. Inmediatamente después llegó la funesta noticia de la muerte de los alféreces Vorbeck y Grieshaber; habían caído defendiendo sus sectores. El alférez Kastner, por su parte, estaba herido de gravedad. Pocos días antes le había rozado un tiro extraño, que no le produjo ninguna otra herida, pero sí le rebanó una tetilla; parecía cortada con un cuchillo afilado. A las ocho también llegó a mi abrigo Sprenger, que mandaba interinamente la Quinta Compañía; tenía clavado en la espalda un casco de metralla. Allí recobró fuerzas echando una «mirada a los tubos» o al «telescopio», es decir, bebiendo un largo trago de una botella; luego se encaminó hacia el puesto de socorro al tiempo que pronunciaba esta cita:

—¡Atrás, atrás, don Rodrigo!

Le seguía su amigo Domeyer, que sangraba de una mano. Este se despidió soltando una cita bastante más breve.*

A la mañana siguiente ocupamos el Sector C, que había sido entretanto limpiado de enemigos. Allí encontré a unos cuantos zapadores, y también a Boje y a Kius con una parte de la Segunda Compañía, y a Gipkens con lo que quedaba de la novena. Dentro de la trinchera yacían muertos en el suelo ocho alemanes y dos ingleses; en el escudo que éstos llevaban en la gorra ponía «SouthAfrica — Otago-Rifles». Las granadas de mano habían dejado a todos ellos en un estado lastimoso. Sus rostros desfigurados mostraban lesiones atroces.

Ordené ocupar la barricada y limpiar la trinchera. A las once y cuarenta y cinco inició nuestra artillería un fuego salvaje contra las posiciones enemigas situadas delante de nosotros; recibimos, sin embargo, más granadas que los propios ingleses. La desgracia no se hizo esperar mucho tiempo. El grito de «¡Camilleros!» llegó volando de la izquierda a través de la trinchera. Me apresuré a acudir a aquel lugar y encontré delante de la barricada de la Trinchera del Seto los restos informes de mi mejor jefe de sección. Un proyectil disparado por nuestra propia artillería le había dado de lleno en los riñones. Por encima de

* *«Rückwürts, rückwürts, Don Rodrigo!»* [¡Atrás, atrás, don Rodrigo!] es un conocido verso de Herder, que aparece en uno de sus «romances» de tema español. La «otra» cita, «bastante más breve», que Jünger no explicita, es probablemente la respuesta dada por Götz von Berlichingen -en la versión primitiva de la obra de ese mismo título de Goethe -- al trompetero del ejército real, para que la transmita a su capitán: «im *Arsch lecken»* que me lama el culo]. (N. del T.)

aquel hombre colgaban de las destrozadas ramas del seto de majuelo que daba su nombre a la trinchera girones de su uniforme y de su ropa interior, que le habían sido arrancados del cuerpo por la presión del aire generada por la explosión. Para ahorrarnos aquella visión ordené que lo cubrieran con una lona de tienda de campaña. Inmediatamente después fueron heridos en aquel sitio otros tres hombres. Aturdido por la onda expansiva, el cabo Ehlers se revolcaba por el suelo. A otro hombre el proyectil le arrancó ambas manos a la altura de las muñecas. Cubierto de sangre, volvía hacia atrás tambaleándose; llevaba apoyados los brazos en los hombros de un camillero. Aquel pequeño cortejo tenía algo de un bajorrelieve heroico, pues el ayudante caminaba agachado, en tanto que el herido se mantenía erguido con mucho esfuerzo — era un hombre joven, de cabellos negros y rostro hermoso y decidido, que en aquel momento estaba blanco como el mármol.

Envié a un enlace tras otro a los puestos de mando y exigí insistentemente que cesase el fuego, o bien que hiciesen acto de presencia en la trinchera oficiales de artillería. Por toda respuesta entró en funcionamiento uno de nuestros lanzaminas de grueso calibre y transformó nuestra trinchera en un auténtico matadero.

A las siete y quince me llegó con mucho retraso una orden; de ella saqué en limpio que a las siete y treinta comenzaría un violento fuego de nuestra artillería y que a las ocho dos pelotones de la compañía de asalto, al mando del alférez Voigt, debían forzar la barricada de la Trinchera del Seto. Habían de limpiar esta trinchera hasta el punto rojo A y luego establecer contacto por la derecha con un pelotón de choque que realizaría un avance paralelo. Dos pelotones de mi compañía tenían la misión de ocupar el tramo de trinchera conquistado.

A toda prisa tomé las disposiciones necesarias, mientras comenzaba ya el fuego de artillería. Seleccioné a mis dos pelotones y hablé brevemente con Voigt, quien, en cumplimiento de la orden, inició pocos minutos después el avance. Pensé que todo aquello iba a ser poco más que un paseo que no llevaría demasiado lejos, y por ello iba andando despreocupadamente, con mi gorra en la cabeza y una sola granada de mango bajo el brazo, detrás de mis dos pelotones. En el instante del ataque, que fue anunciado por las nubes de humo causadas por los explosivos, los fusiles de toda la zona se concentraron sobre la Trinchera del Seto. Fuimos saltando, agachados, de través en través. Nuestro avance marchó bien; los ingleses huyeron a una línea situada más atrás y dejaron un muerto.

Para explicar el incidente que luego siguió es preciso recordar que no íbamos avanzando por dentro de una posición, sino por dentro de uno de los numerosos caminos de acceso en que se habían infiltrado los ingleses, o, mejor dicho, los neozelandeses — pues hasta después de la guerra no supe, por cartas que me llegaron de los países de las antípodas, que allí combatimos contra un contingente neozelandés. Aquel camino de acceso, que era precisamente lo que llamábamos Trinchera del Seto, corría a lo largo de la cresta de una loma; a su izquierda corría, en la parte baja, la denominada «Trinchera de la Hondonada». Esta trinchera, que yo había limpiado con Voigt el 22 de julio, había sido evacuada, como ya he contado, por el pelotón que allí dejamos; estaba, pues, ocupada entonces, o al menos controlada, por los neozelandeses. Ambos caminos se hallaban unidos por zanjas transversales, pero desde dentro de la Trinchera del Seto no se divisaba la hondonada.

Yo marchaba el último, detrás del destacamento, que se iba abriendo camino; estaba de buen humor, pues lo único que hasta aquel momento había visto del enemigo habían sido algunas siluetas humanas que huían a campo raso. Delante de mí caminaba el suboficial Meier, que cerraba su pelotón, y delante de él veía de vez en cuando, en los recodos de la trinchera, al pequeño Wilzek, un hombre de mi compañía. En este orden pasamos por delante de un estrecho ramal que subía de la hondonada; aquel ramal formaba una horquilla en el sitio donde desembocaba en la trinchera. Entre sus dos desembocaduras quedaba un bloque de tierra, en forma de delta, que tendría unos cinco pasos de ancho. Yo acababa de pasar por delante de la primera desembocadura, mientras Meier se encontraba ya delante de la segunda.

En las luchas de trincheras, cuando aparecen bifurcaciones de ese género se suele mandar por ellas un par de centinelas, que se hacen responsables de la seguridad. En este caso, o bien Voigt había omitido hacerlo, o bien, con las prisas, no se había fijado en la existencia de aquel ramal. Sea como fuere, lo cierto es que de repente oí, inmediatamente delante de mí, que el suboficial Meier lanzaba un grito en el que se

reflejaba una gran excitación; vi también cómo levantaba apresuradamente su fusil y hacía un disparo contra la segunda desembocadura de la zanja; aquel tiro me pasó rozando la cabeza.

Como el bloque de tierra me impedía ver nada, me resultaba completamente inexplicable lo ocurrido; pero me bastó dar un paso atrás y echar una mirada por la primera desembocadura para comprender todo. Lo que contemplé me dejó ciertamente petrificado, pues junto a mí se hallaba de pie, tan cerca que casi podía agarrarlo con la mano, un neozelandés de complexión atlética. Simultáneamente resonaron en la parte baja gritos de atacantes, todavía invisibles, que se acercaban apresuradamente a campo descubierto para cortarnos la retirada. Aquel neozelandés que había aparecido como por arte de magia a nuestra espalda, y frente al cual me hallaba como hechizado, era ciego para mi presencia, y en eso estuvo su ruina. Toda su atención se concentraba en el suboficial Meier, a cuyo disparo replicó con el lanzamiento de una granada de mano. Vi cómo se arrancaba del pecho una de aquellas granadas que tenían forma de limón y cómo la lanzaba detrás de Meier, quien intentaba escapar a la muerte corriendo hacia adelante. Al mismo tiempo preparé yo mi granada de mango, única arma que llevaba conmigo, y, más que arrojarla, la dejé caer con un leve impulso casi a los pies mismos del neozelandés. No tuve tiempo de contemplar su ascensión a los cielos, pues aquél era el último instante en que aún podía esperar alcanzar de nuevo nuestra posición de partida. A toda prisa empecé a dar saltos hacia atrás; todavía vi aparecer detrás de mí al pequeño Wilzek, que había tenido la buena idea de pasar por debajo de la granada del neozelandés, saltando al lado de Meier en dirección hacia donde yo me encontraba. Un huevo de hierro que todavía nos arrojaron le desgarró el cinto y los fondillos del pantalón, pero no le causó ninguna herida. Tan denso era el cerrojo que el enemigo había instalado detrás de nosotros, mientras Voigt y los otros cuarenta atacantes se encontraban cercados y perdidos. Sin sospechar nada del extraño incidente del que yo había sido testigo, se sintieron empujados desde atrás hacia la muerte. Gritos de combate y numerosas explosiones indicaron que vendieron caras sus vidas.

Para acudir en su ayuda ordené que el pelotón del cadete Mohrmann avanzase por la Trinchera del Seto. Tuvimos que detenernos, sin embargo, ante una barrera de minas de botella que caían como granizos. Un casco de metralla llegó volando a estrellarse contra mi pecho; quedó retenido por la hebilla de mis tirantes.

Se desencadenó entonces un fuego artillero de gran violencia. A nuestro alrededor surgían rayos de tierra de los vapores coloreados, y el sordo retumbar de los proyectiles que contra el suelo reventaban se mezclaba con unos chillidos agudos, metálicos, que recordaban el sonido producido por una sierra circular al cortar troncos de árboles. Bramando se aproximaban, a intervalos siniestramente cortos, bloques de hierro, y en medio de todo aquello cantaban y gorjeaban nubes de *shrapnels.* Como era de temer un ataque, me puse uno de los cascos de acero que por el suelo andaban desparramados y regresé a toda prisa, con algunos compañeros, a nuestra trinchera de lucha.

En el otro lado aparecieron algunas figuras humanas. Nos apoyamos en el derruido talud de la trinchera y abrimos fuego contra ellas. A mi lado un guerrero jovencísimo apretaba con manos febriles el gatillo de su ametralladora, pero no conseguía que por el cañón saliese una sola bala. Le quité el arma de las manos y logré hacer algunos disparos; luego volvió a encasquillarse, como en una pesadilla. Sin embargo, los atacantes desaparecieron en trincheras y embudos, mientras se hacía cada vez más intenso el fuego. La artillería no hacía ya distinción ninguna entre un bando y otro.

Cuando, seguido de un enlace, caminaba hacia mi abrigo, algo se estrelló, entre él y yo, contra el talud de la trinchera; con extraordinaria violencia me arrancó de la cabeza el casco de acero y lo arrojó lejos. Creí que me había caído encima toda una ráfaga de *shrapnels y,* medio aturdido, me introduje en mi madriguera; segundos después estallaba en su borde una granada, que llenó de una densa humareda aquel pequeño habitáculo. Un largo casco de metralla aplastó un envase de pepinos que estaba junto a mis pies. Volví a salir del agujero, para no quedar sepultado bajo masas de tierra, y me metí a rastras en la trinchera; desde abajo exhortaba a los dos enlaces y a mi ordenanza a que permaneciesen muy despiertos.

Fue una media hora muy penosa; la Muerte volvió a pasar por la criba a mi compañía, ya muy reducida. Una vez comenzó el reflujo de aquella ola de fuego, recorrí la trinchera, examiné los daños y comprobé que aún quedábamos catorce hombres. Con ellos solos era imposible defender una posición tan

extensa como aquélla. En consecuencia encargué a Mohrmann y a tres hombres que defendiesen la barricada y con los restantes formé un grupo en forma de erizo dentro de un profundo embudo situado detrás de la trinchera. Desde allí podíamos intervenir en la lucha por la barricada y podíamos asimismo acosar desde arriba con granadas de mano al adversario, en el caso de que se infiltrase en la trinchera. Sin embargo, la ulterior actividad bélica se limitó a una prolongada refriega con minas de pequeño calibre y granadas de fusil.

El 27 de julio nos relevó una compañía del 164° Regimiento. Estábamos muy agotados. Ya en el momento en que se dirigía hacia la primera línea fue gravemente herido el jefe de aquella compañía; su sucesor quedó sepultado dentro de mi abrigo cuando éste fue hundido unos días más tarde por una granada. Todos respiramos aliviados al dejar a nuestra espalda la aldea de Puisieux; en el horizonte empezaban a alzarse las tempestades de acero de la gran lucha final, y sus truenos llegaban ya hasta aquel sitio.

Estos avances ingleses mostraron que crecía mucho la fortaleza de nuestros adversarios, los cuales afluían desde las partes más remotas del mundo. Nosotros teníamos cada vez menos hombres que oponerles; a menudo eran casi niños y además carecían de armamento e instrucción. Lo más que podíamos hacer, aun con la mejor voluntad, era tapar acá y allá las brechas producidas por aquella creciente marea viva, arrojando nuestros cuerpos dentro de ellas. No disponíamos de recursos para realizar grandes contraataques, como aún pudimos hacerlo en Cambrai.

Más tarde, cuando reflexioné sobre el modo en que los neozelandeses habían aparecido triunfalmente a campo raso y habían empujado a los nuestros a un atolladero mortal, caí en la cuenta de que, al obrar así, habían representado exactamente el mismo papel que a nosotros nos proporcionó el gran éxito en Cambrai el *2* de diciembre de 1917. Habíamos contemplado, pero invertida, nuestra propia imagen.

Mi último asalto

El 30 de julio de *1918* quedamos acuartelados en Sauchy-Léstrée, una bonita aldea de Artois rodeada de estanques resplandecientes; allí íbamos a pasar un período de descanso. A los pocos días marchamos a pie hasta Escaudoeuvres, situado todavía más lejos del frente; era un triste suburbio obrero que el aristocrático Cambrai había expulsado, por así decirlo, de su seno.

La casa en que me alojaba estaba en la Rue des Bouchers; allí ocupaba la mejor habitación de la vivienda de una familia obrera del norte de Francia. El mueble principal de mi cuarto era el habitual lecho gigantesco; había además una chimenea en cuya repisa se encontraban varios jarrones de vidrio rojo y azul, una mesa redonda, sillas, algunos cromos del *Familistére* sujetos en las paredes, con títulos como *Vive la classe o Souvenir de premiére communion,* tarjetas postales y otras cosas por el estilo. La ventana de aquella habitación daba a un camposanto.

Las claras noches de luna llena favorecían la visita de los aviones enemigos, que nos hicieron ver la superioridad material cada vez mayor del otro bando. Noche tras noche llegaban numerosas escuadrillas que volaban por encima de nosotros y arrojaban bombas de una siniestra potencia explosiva sobre Cambrai y también sobre los suburbios. La miedosa precipitación con que bajaban al sótano mis huéspedes me molestaba más que el zumbido de los motores de los aviones, un zumbido fino, parecido al que producen los mosquitos, y más también que el gran número de explosiones retumbantes. Es preciso tener en cuenta, de todos modos, que la víspera de mi llegada había estallado una bomba delante de la ventana de mi habitación; aquella bomba había tirado al suelo, aturdido, al dueño de la casa, que estaba durmiendo en la cama, había arrancado además una pata de ésta y llenado de agujeros las paredes. Este hecho fortuito me dio, sin embargo, una sensación de seguridad, pues yo compartía un poco la superstición de los viejos guerreros; según ella, el embudo que acaba de ser abierto por un proyectil es el lugar que más seguridad ofrece.

Tras un día de descanso recomenzó la cantinela de siempre, es decir, los ejercicios. Una gran parte del día nos la ocupaban la instrucción, las clases teóricas, las revistas, las reuniones y las inspecciones. En una ocasión tuvo que dictar un tribunal de honor un fallo y ello nos llevó una mañana completa. El rancho volvía a ser escaso y malo. Hubo una temporada en que lo único que nos daban para cenar eran pepinos; el seco humor de la tropa los bautizó con el acertado nombre de «salchichas de jardinero».

Me dediqué principalmente a entrenar una unidad de choque, pues los últimos combates me habían hecho ver con claridad que nuestras fuerzas de lucha estaban sufriendo una transformación creciente. Lo único con que se podía contar para el choque propiamente dicho era un pequeño número de hombres, pero tales hombres habían llegado a constituir una estirpe dotada de una dureza especial. En cambio, la masa de los demás contaba a lo sumo como fuerza de fuego. Casi siempre era preferible, en aquellas circunstancias, ser el jefe de un pelotón de soldados decididos que no mandar una compañía de pusilánimes.

El tiempo libre lo dedicaba a leer, bañarme, hacer prácticas de tiro y montar a caballo. Muchas tardes disparaba más de cien cartuchos contra botellas y latas de conservas. Cuando paseaba a caballo encontraba octavillas que el enemigo lanzaba en cantidades masivas sobre nosotros; el servicio de propaganda del otro bando nos las distribuía en ediciones cada vez más numerosas, como si fueran proyectiles morales. Junto a insinuaciones sobre asuntos políticos y militares, contenían, sobre todo, descripciones de la magnífica vida que se llevaba en los campos ingleses de prisioneros. Una de ellas decía: «Y ahora, en confianza, ¡qué fácil es extraviarse en la oscuridad cuando uno regresa de llevar el rancho a las trincheras o de realizar labores de fortificación!». Otra contenía incluso el poema de Schiller

«Britania libre». Pequeños globos que flotaban libremente en el aire llevaban hasta el frente, cuando el viento era favorable, aquellas octavillas; iban atadas en paquetes y, tras haber estado balanceándose en el aire un determinado tiempo, una mecha las dejaba sueltas. Por cada ejemplar que uno entregase daban una recompensa de treinta peniques, lo que indicaba que el mando consideraba peligroso el efecto que pudieran producir; de todos modos, los costes se hacían recaer sobre la población del territorio ocupado.

Una tarde cogí una bicicleta y marché con ella hasta Cambrai. Aquella amable y antigua ciudad estaba desolada y vacía. Las tiendas y los cafés se hallaban cerrados, y aunque una oleada de figuras vestidas con el uniforme alemán anegaba sus calles, éstas parecían muertas. Mi visita alegró sinceramente al señor y a la señora Plancot, que un año antes me habían ofrecido un alojamiento tan espléndido. Me contaron que la situación había empeorado en todos los aspectos. De lo que principalmente se lamentaron fue de las frecuentes visitas de los aviones; éstos los obligaban a subir y bajar varias veces las escaleras cada noche. Entre ellos discutían qué era más aconsejable, si perecer por causa de una bomba en el primer sótano o morir aplastados por los escombros en **el** segundo. Aquellos ancianos señores, cuyos rostros reflejaban tanta preocupación, me causaron verdadera lástima. Cuando los cañones empezaron a hablar algunas semanas más tarde, tuvieron que abandonar precipitadamente la casa en que habían pasado toda su vida.

Sobre las once de la noche del 23 de agosto me desperté sobresaltado apenas acababa de coger dulcemente el sueño; alguien dada violentos golpes en la puerta de mi habitación. Era un enlace, que traía la orden de marcha. Ya la víspera nos habían llegado desde el frente los monótonos truenos y estampidos de un fuego de artillería inusitadamente violento; mientras hacíamos la instrucción, mientras comíamos, mientras jugábamos a las cartas, a todas horas estuvimos oyendo aquellos ruidos. Eran una advertencia para que no nos imaginásemos que nuestro período de descanso iba a durar mucho tiempo. Habíamos acuñado una palabra especial, muy sonora, para referirnos a aquel lejano gorgoteo del tronar de los cañones: «bumbumbar».

Rápidamente hicimos el equipaje y formamos en la carretera que llevaba a Cambrai; en aquellos momentos caía una lluvia torrencial. Nos dirigimos a Marquion, adonde llegamos sobre las cinco de la mañana. Nuestra compañía quedó alojada en una granja de enormes dimensiones, cuyo, patio estaba rodeado de numerosos establos semiderruidos; cada cual se acomodó como buenamente pudo. Yo y el alférez Schrader, mi único oficial de la compañía, nos metimos en una construcción de ladrillo parecida a una mazmorra; el fuerte olor a cabruno que allí había nos indicó que en tiempos pacíficos había servido para alojar cabras, pero en aquel momento sus únicos habitantes eran unas grandes ratas.

Por la tarde se celebró una reunión de oficiales para estudiar la situación; durante ella nos dijeron que aquella noche debíamos permanecer en estado de alerta en un lugar situado no lejos de Beugny, a la derecha de la gran carretera que unía Cambrai con Bapaume. Se nos advirtió que el enemigo podía atacarnos con los nuevos tanques, rápidos y manejables.

Distribuí a mi compañía en orden de combate dentro de un pequeño huerto de legumbres. De pie bajo un manzano dirigí unas palabras a mis hombres, que me rodeaban en semicírculo. Los rostros aparecían serios y viriles. No era mucho lo que había que decir. Todos habían llegado a ver con claridad por aquellos días que íbamos cuesta abajo; en todo ejército existe, además de la unidad de las armas, también una unidad moral, y ésta es la única que explica aquella unanimidad de criterio. El enemigo exhibía en cada nuevo ataque armas cada vez más poderosas; sus golpes empezaban a ser más rápidos y violentos. Todo el mundo sabía que no podíamos vencer. Pero plantaríamos cara al enemigo.

Schrader y yo cenamos aquella noche en el patio de la granja, sentados a una mesa que nos habíamos fabricado con los restos de un carro y la puerta de una casa; luego bebimos una botella de vino. Cuando acabamos nos metimos en la cabreriza, hasta que a las dos de la madrugada vino el centinela a decirnos que los camiones estaban ya esperándonos en la plaza mayor de la aldea.

Iluminados por luces fantasmales atravesamos, en medio de un gran estruendo, aquel terreno removido por la lucha; sobre él se había librado el año anterior la Batalla de Cambrai. Los villorrios de la zona habían quedado machacados de una manera inverosímil y cuando cruzábamos sus calles, a cuyos lados quedaban los muros de las casas en ruinas, nos veíamos obligados a serpentear por entre los escombros.

Muy cerca de Beugny nos descargaron de los camiones, luego nos condujeron hasta los lugares desde los que íbamos a partir para el asalto. Nuestro batallón ocupaba un camino en hondonada situado junto a la carretera BeugnyVaux. Antes del mediodía llegó un enlace que me trajo la orden de que mi compañía se adelantase hasta situarse junto a la carretera Frémicourt-Vaux. Este avance escalonado me hizo comprender que nos aguardaban sangrientos sucesos antes de que acabase el día.

Aquel terreno estaba siendo bombardeado y ametrallado por aviones que volaban en círculo por encima de nosotros y por ello hice que mis tres secciones lo atravesaran en hilera, moviéndose en zigzag. Una vez que llegamos a la meta nos distribuimos en embudos y agujeros, pues hasta la parte de acá de la carretera llegaban, aunque de manera aislada, las granadas lanzadas por el enemigo.

Me sentía tan mal aquel día que inmediatamente me tendí en una pequeña zanja y me quedé dormido. Al despertarme me puse a leer el ejemplar de *Tristram Shandy* que llevaba en mi guardamapas; así pasé la tarde, tumbado al sol, que me calentaba con sus rayos, en ese estado de indiferencia propio de los enfermos.

A las seis y cuarto de la tarde llegó un enlace; nos convocaba a los jefes de compañía a una reunión con el capitán von Weyhe.

—Tengo que darles una grave noticia, y es que atacamos. Habrá una preparación artillera de media hora y a las siete nuestro batallón se lanzará al ataque. Partirá de la linde occidental de Favreuil; el punto de dirección de la marcha es el campanario de Sapignies.

Hicimos algunos comentarios acerca de la orden y tras un enérgico apretón de manos salimos deprisa hacia donde se hallaban nuestras compañías; el fuego comenzaría diez minutos más tarde y aún teníamos que recorrer a pie un largo trayecto. Informé a mis jefes de sección de la orden recibida y mandé que la compañía formase.

—Los pelotones, en columna de a uno, separados por una distancia de veinte metros. Dirección de la marcha, hacia la izquierda, oblicuamente, las copas de los árboles de Favreuil.

Una buena señal del espíritu que aún seguía vivo entre nosotros fue que me vi obligado a decidir quién se quedaría atrás para informar a la cocina de campaña sobre el lugar en que estaríamos. Nadie se ofreció voluntario.

Iba caminando muy por delante de mi compañía; me acompañaban mis ordenanzas y el sargento Reinecke, que conocía bien aquella zona. De detrás de los setos y las ruinas saltaban los disparos de nuestros cañones. Su fuego se asemejaba más a un ladrido furioso que a una marea exterminadora. Cuando miraba hacia atrás veía a mis pelotones avanzar en un orden impecable. Junto a ellos se alzaban las pequeñas nubes de polvo producidas por los proyectiles lanzados desde los aviones. Ráfagas de balas, vainas de granadas y aletas de *shrapnels* atravesaban con un bufido infernal los espacios vacíos que entre las menguadas hileras de mis hombres quedaban. A la derecha se hallaba Beugnâtre, que estaba siendo bombardeado con dureza; desde allí llegaban pesadamente hasta nosotros con un gruñido trozos dentados de hierro que, tras una breve detonación, quedaban aplastados en el suelo legamoso.

Más desagradable todavía fue el avance detrás de la carretera Beugnâtre-Bapaume. Varias granadas de efecto explosivo estallaron de repente delante, detrás y en medio de nosotros. Nos dispersamos y nos arrojamos dentro de los embudos. Yo caí de rodillas encima del «producto del miedo» dejado allí por alguien que me había precedido; a toda prisa hice que mi ordenanza me limpiase burdamente los pantalones con un cuchillo.

Las nubes producidas por las numerosas explosiones de las granadas se aglomeraban ya en las afueras de la aldea de Favreuil; en medio de aquellas nubes subían y bajaban en rápida alternancia columnas de tierra de color pardo. Me adelanté hasta las primeras ruinas con el fin de escoger una posición y luego, con mi bastón de paseo, hice señales a los hombres para que me siguieran.

Aquella aldea estaba rodeada de barracones destruidos por los disparos; detrás de ellos se fueron reuniendo algunos contingentes de los batallones primero y segundo. Una ametralladora enemiga nos causó algunas víctimas durante el último trecho del camino. Desde mi puesto observaba el fino cordón de nubecitas de polvo que las balas levantaban; de vez en cuando quedaba prendido en aquel cordón, como

en una red, alguno de los hombres que llegaban. Uno de los heridos fue el sargento Balg, de mi compañía; una bala le atravesó una pierna.

Una figura humana vestida con un Manchester pardo atravesó impasible el bombardeado terreno y vino a estrecharme la mano. Kius y Boje, el capitán Junker y Schaper, Schrader, Schläger, Heins, Findeinsen, Hóhlemann y Hoppenrath se encontraban detrás de un seto barrido por el plomo y por el hierro y discutían largamente acerca del ataque. Durante muchos días de cólera habíamos luchado en *un mismo* campo y también aquella vez los rayos del sol, ya muy bajo en el horizonte, iluminarían la sangre de casi todos nosotros.

Algunos contingentes del Primer Batallón penetraron en el parque del castillo. Del Segundo Batallón, únicamente mi compañía y la quinta habían logrado cruzar casi intactas aquella cortina de llamas. Atravesando embudos y ruinas de edificios nos fuimos abriendo paso hasta llegar a un camino en hondonada que corría por la linde occidental de la aldea. Mientras iba andando recogí del suelo un casco de acero y me lo planté en la cabeza — sólo en situaciones muy comprometidas solía hacer eso. Con gran asombro comprobé que Favreuil estaba muerto. Al parecer, la guarnición había abandonado el sector que le correspondía defender; sobre las ruinas gravitaba ya esa atmósfera tensa que en tales momentos es peculiar de los espacios sin dueño, una atmósfera que otorga una agudeza extrema a los ojos.

Sin que nosotros los supiéramos, el capitán von Weyhe, gravemente herido, yacía a solas dentro de un embudo situado detrás de la aldea. La orden que nos había dado era que las compañías se lanzasen al asalto del modo siguiente: en primera línea, las Compañías Quinta y Octava; en segunda, la Sexta; y en tercera, la Séptima. Como ni la Sexta ni la Octava daban señales de vida, resolví atacar, sin preocuparme por más tiempo del escalonamiento.

Eran ya las siete de la tarde. A través de las bambalinas formadas por restos de edificios y troncos de árboles vi salir a campo abierto, disparando un débil fuego de fusil, una línea de tiradores. Seguramente era la Quinta Compañía.

En el camino de hondonada que nos servía de protección dispuse a la tropa para el ataque y ordené que entrase en acción en dos oleadas.

—Distancia, cien metros. Yo mismo iré entre la primera y la segunda oleada.

Partimos hacia el último asalto. ¡Cuántas veces habíamos caminado en los años anteriores hacia el sol poniente en un estado de ánimo similar al que entonces nos embargaba! ¡Les Eparges, Guillemont, Saint-Pierre-Vaast, Langemarck, Passchendaele, Moeuvres, Vraucourt, Mory! De nuevo nos aguardaba una fiesta de sangre.

Abandonamos el camino en hondonada con la misma precisión con que lo habríamos hecho en un campo de ejercicios, si prescindimos de que «yo mismo», como decía la bonita fórmula de la orden que había dado, me encontré de repente en campo abierto delante de la primera oleada; junto a mí caminaba el alférez Schrader.

Mi estado físico había mejorado un poco, pero aún me sentía débil. Haller, que más tarde emigró a Sudamérica, me contó, cuando vino a despedirse, que el hombre que iba a su lado le había dicho:

—¡Oye, me parece que el alférez no regresa hoy!

Haller era un hombre extraño; a mí me gustaba su espíritu salvaje y destructivo. En aquella conversación me reveló una serie de cosas por las cuales me enteré, con asombro, de que el simple soldado pesa el corazón de su jefe en una balanza de precisión. Yo me sentía efectivamente muy débil y desde el principio pensé que aquel ataque era un error. Sin embargo, de todos los que realicé es éste el que más me gusta recordar. Aquel ataque carecía del ímpetu poderoso de la Gran Batalla, de la hirviente euforia que reinaba en ésta. Pero los sentimientos que me embargaban eran muy impersonales, era como si me observase a mí mismo con unos prismáticos. Fue aquélla la primera vez que en la guerra pude oír los siseos de los pequeños proyectiles como algo que pasase silbando junto a un objeto. El paisaje era de una transparencia cristalina.

Los disparos que salían a nuestro encuentro llegaban todavía de manera aislada; tal vez los muros

de la aldea que quedaban a nuestra espalda impedían que el enemigo nos viese con claridad. Yo llevaba en la mano derecha mi bastón de paseo y en la izquierda la pistola; avanzaba a grandes pasos. Casi sin darme cuenta dejé en parte a mi espalda y en parte a mi derecha la línea de tiradores de la Quinta Compañía. Mientras avanzaba noté que se me había desprendido del pecho la Cruz de Hierro; había caído al suelo. Schrader, mi ordenanza y yo nos dedicamos a buscarla con todo interés, aunque tiradores ocultos nos tomaban como blanco de sus fusiles. Por fin la sacó Schrader de una mata de hierba y volví a prendérmela.

El terreno descendía. Sobre un fondo de barro de color pardo-rojizo se movían unas figuras borrosas. Una ametralladora nos aporreaba con sus ráfagas. Se acrecentó la sensación de que no había escapatoria. Pese a ello, empezamos a correr mientras el fuego se concentraba sobre nosotros.

Saltamos por encima de pozos de tiradores y de tramos de trinchera excavados a la ligera. En el preciso momento en que estaba saltando por encima de una trinchera un poco mejor construida, me lanzó por los aires, como un ave de caza, un golpe incisivo que noté en el pecho. Di un sonoro grito, con cuyo chillido pareció escapárseme el aire de la Vida, giré en redondo y caí al suelo con estrépito.

Por fin me había atrapado una bala. A la vez que percibía el balazo sentí que aquel proyectil me sajaba la vida. Delante de Mory, en la carretera, había notado ya la mano de la Muerte — esta vez me aferraba más fuerte, más nítidamente. Mientras caía pesadamente sobre el piso de la trinchera había alcanzado el convencimiento de que aquella vez todo había acabado, acabado de manera irrevocable. Y, sin embargo, aunque parezca extraño, fue aquél uno de los poquísimos instantes de los que puedo decir que han sido felices de verdad. En él capté la estructura interna de la vida, como si un relámpago la iluminase. Notaba un asombro incrédulo, el asombro de que precisamente allí fuera a acabar mi vida; pero era un asombro lleno de alegría. Luego oí cómo el fuego se debilitaba; parecía que me hundiese como una piedra bajo la superficie de un oleaje furioso. Allí no había ya ni guerra ni enemistad.

Logramos abrirnos paso

He tenido numerosas ocasiones de ver en su lecho de heridos a muchos hombres que estaban perdidos y que soñaban; no participaban ya ni en el ruido del combate ni en la suprema excitación de las pasiones humanas que en torno a ellos se agitaban. Y puedo decir que no he permanecido completamente ajeno a sus secretos.

El tiempo que estuve inconsciente en el suelo, si se lo mide por el reloj, tal vez no fuese muy largo — seguramente duró lo que tardase en llegar nuestra primera oleada de ataque hasta la trinchera en que yo había caído. Me desperté con la sensación de una gran desgracia; estaba encajado entre unos estrechos taludes de barro. A lo largo de una fila de hombres agachados se deslizaba este grito:

—¡Enfermeros! ¡Está herido el jefe de la compañía!

Un hombre ya mayor, perteneciente a otra compañía, inclinó hacia mí su rostro bondadoso, me desabrochó el cinturón y me abrió la guerrera. Aquel hombre vio dos manchas redondas ensangrentadas — una en el centro del lado derecho del pecho y otra en la espalda. Una sensación de parálisis me encadenaba a la tierra; el aire ardiente de la angosta trinchera me bañaba en un sudor angustioso. Mi compasivo ayudante me refrescaba abanicándome con mi guardamapas. Me costaba un esfuerzo enorme respirar y tenía puestas mis esperanzas en la llegada de la oscuridad.

Una tormenta de fuego se desencadenó repentinamente desde Sapignies. Eran unos truenos continuos, unos aullidos y martilleos seguidos y regulares, y evidentemente no significaban sólo el rechazo de nuestro ataque, tan mal planeado. Encima de mí veía el rostro, petrificado bajo el casco de acero, del alférez Schrader; como si fuera una máquina, disparaba y cargaba una y otra vez su arma. Entre nosotros se entabló una conversación que recordaba la escena de la torre de *La doncella de Orleans.*[*] *Yo* no estaba ciertamente para bromas, pues tenía clara consciencia de hallarme perdido.

Pocas veces le quedaba tiempo a Schrader para decirme algunas palabras sueltas; yo ya no contaba. Sabedor de mi impotencia, intentaba leer en su rostro cómo se desarrollaban arriba los acontecimientos. Todo indicaba que nuestros atacantes iban ganando terreno, pues oía cómo Schrader señalaba cada vez más frecuentemente, y cada vez con más excitación, a los hombres que estaban a su lado, unos blancos que necesariamente habían de moverse muy cerca de nosotros.

De repente, como cuando en una inundación se rompe un dique, saltó de boca en boca este grito horrorizado:

—¡El enemigo se ha infiltrado por la izquierda! ¡Estamos cercados!

En aquel instante horrible sentí que mi energía vital tornaba a encenderse como una chispa. Logré asirme con dos dedos a un agujero que había en el talud a la altura del brazo; seguramente lo habría hecho un ratón o un topo. Luego me fui alzando con lentitud, mientras la sangre retenida en los pulmones salía de la herida a chorros. A medida que fluía la sangre me sentía aliviado. Con la cabeza descubierta, la guerrera abierta y la pistola en la mano miré fijamente el combate.

Una hilera de seres humanos cargados con bultos cruzaba precipitadamente, en línea recta, unos bancos de humo blancuzco. Algunos caían y quedaban tendidos, otros daban una voltereta, como las

[*] En *La doncella de Orleans* (acto V, escena XI), de Schiller, Juana de Arco está prisionera en una torre. Al comenzar el combate entre ingleses y franceses, la reina Isabel ordena a un soldado inglés que suba a una atalaya y desde allí le cuente las incidencias de la batalla. Por las respuestas que desde arriba da el soldado a Isabel se entera Juana de Arco de lo que ocurre fuera de su vista. (N. del T.)

liebres cuando reciben un balazo. A cien metros de donde estábamos el terreno de embudos engulló a los últimos. Aquellos hombres pertenecían sin duda a una unidad muy joven y no habían gustado aún el sabor del fuego; el valor que exhibían era el valor de la inexperiencia.

En la cresta de una elevación del terreno aparecieron, como arrastrados por un hilo, cuatro tanques. La artillería tardó pocos minutos en dejarlos allí clavados. Uno de ellos quedó partido en dos mitades, como si fuera un juguete de hojalata. A mi derecha se desplomó, con un grito de muerte, el valiente cadete Mohrmann. Tenía el valor de un león joven; ya me había dado cuenta de ello en Cambrai. Un disparo certero, que le dio en la frente, lo derribó; aquella bala iba mejor dirigida que la que Mohrmann me vendó a mí en aquella ocasión.

No todo parecía perdido, sin embargo. Al sargento aspirante a oficial Wilsky le dije con un susurro que se arrastrase hacia la izquierda y barriese con su ametralladora la brecha abierta por el enemigo. Regresó poco después y me dijo que veinte metros más allá se había rendido todo el mundo. Quienes allí estaban pertenecían a un regimiento distinto del nuestro. Hasta entonces había estado agarrado a una mata de hierba; me aferraba a ella como si fuera un timón. En aquel momento logré darme la vuelta y el espectáculo que se me ofreció fue extraño. Una parte de los ingleses se había infiltrado ya dentro de los elementos de trinchera que enlazaban con el nuestro por la izquierda; otra parte caminaba por encima de la trinchera con la bayoneta calada. Antes de que me percatase de la proximidad de aquel peligro me distrajo de él una sorpresa nueva y mayor; ¡por nuestra espalda avanzaban hacia nosotros otros atacantes y conducían prisioneros que iban con los brazos en alto! Sin duda el enemigo había penetrado en la abandonada aldea inmediatamente después de que nos lanzásemos al ataque. En aquel momento estaba completando el cerco; nos había cortado los contactos con nuestras tropas.

La animación era cada vez mayor. Estábamos rodeados por un círculo de alemanes e ingleses que nos conminaban a que arrojásemos las armas. La confusión que allí reinaba se parecía a la de un barco en el momento del naufragio. A los hombres que estaban más cerca de mí los animé con voz débil a que siguieran luchando. Abrieron fuego contra amigos y enemigos. Nuestro pequeño grupo estaba rodeado de hombres que en parte permanecían mudos y en parte lanzaban gritos. Por el lado izquierdo dos ingleses gigantescos hundían sus bayonetas en un tramo de trinchera del que se alzaban manos suplicantes.

También algunos de los nuestros gritaron con voz chillona: —¡No sirve de nada! ¡Tirad los fusiles! ¡No disparéis, camaradas!

Miré a los oficiales que estaban conmigo en la trinchera. Respondieron a mi mirada con una sonrisa y se encogieron de hombros; luego dejaron caer al suelo sus cinturones.

No quedaban más que dos opciones: o el cautiverio o una bala. Me arrastré fuera de la trinchera y con pasos tambaleantes eché a andar hacia Favreuil. Era como si estuviese soñando uno de esos aciagos sueños en los que uno siente cómo los pies se quedan pegados al suelo. Tal vez la única circunstancia que me favoreció fue la confusión que allí reinaba; mientras unos hombres empezaban a intercambiar cigarrillos, otros seguían acuchillándose. Dos ingleses que conducían hacia sus líneas a un grupo de prisioneros pertenecientes a nuestro 99^0 Regimiento me salieron al encuentro. Apoyé mi pistola en el cuerpo del más próximo y apreté el gatillo. El otro descargó sobre mí todas las balas de su fusil, pero no dio en el blanco. Mis rápidos movimientos hacían que la sangre me saliese de los pulmones a borbotones. Podía respirar mejor y empecé a correr a lo largo de la trinchera. El alférez Schläger se encontraba detrás de un través; estaba en cuclillas en medio de un pelotón de hombres que disparaban. Se me unieron. Algunos ingleses que cruzaban el terreno se pararon, emplazaron en el suelo un fusil Lewis y abrieron fuego contra nosotros. Todos fueron alcanzados, excepto yo, Schläger y otros dos de los hombres que me acompañaban. Schläger, que era muy miope y había perdido sus gafas, me contó más tarde que lo único que veía era mi guardamapas, el cual subía y bajaba. Aquel guardamapas le servía de guía. La gran pérdida de sangre me daba una libertad y una ligereza como las que uno siente cuando está embriagado; un solo pensamiento me inquietaba, y era que pudiera desplomarme demasiado pronto.

Por fin llegamos a un pequeño pliegue del terreno; tenía forma de media luna y quedaba a la derecha de Favreuil. Media docena de ametralladoras pesadas escupían desde allí fuego sobre amigos y enemigos. En aquel lugar había, por tanto, una brecha o cuando menos una isla libre en el cerco; nuestra buena

fortuna nos había guiado. Los proyectiles enemigos se estrellaban contra la arena de aquella especie de trinchera, los oficiales daban gritos, los soldados, nerviosos, danzaban de un lado para otro. Un suboficial médico de la Sexta Compañía me arrancó la guerrera y me aconsejó que me tendiera en el suelo, pues corría peligro de de sangrarme en pocos minutos.

Me enrollaron en una lona de tienda de campaña y me llevaron a rastras por las afueras de Favreuil. Algunos hombres de mi compañía y de la sexta me acompañaban. La aldea estaba ya abarrotada de ingleses y en consecuencia fue inevitable que pronto disparasen contra nosotros a quemarropa. Los proyectiles se estrellaban con estruendo contra los cuerpos. Un balazo en la cabeza tiró al suelo al enfermero de la Sexta Compañía que agarraba la extremidad posterior de la lona de tienda de campaña en que yo iba envuelto; caí al suelo con él.

El pequeño grupo se tiró a tierra, aplastándose contra el terreno; luego se arrastró hasta la próxima depresión, mientras a su alrededor explotaban como latigazos los proyectiles.

Envuelto en la lona, quedé solo en el campo; casi con indiferencia aguardaba la bala certera que tendría que poner fin a aquella odisea.

Mas ni siquiera en aquella ocasión desesperada quedé abandonado; era observado por mis acompañantes, quienes pronto realizaron nuevos esfuerzos para salvarme. Junto a mí resonó la voz del cabo Hengstmann, un hombre alto y rubio, oriundo de la baja Sajonia.

—Mi alférez, voy a cargarlo sobre mis espaldas; ¡o nos abrimos paso, o quedaremos aquí tendidos!

Por desgracia no conseguimos abrirnos paso; eran demasiados los fusiles que estaban al acecho en las afueras de la aldea. Hengstmann comenzó su carrera; yo rodeaba su cuello con mis brazos. Enseguida se inició un tiroteo; las detonaciones sonaban como en un polígono de tiro cuando se dispara contra un blanco situado a cien metros de distancia. A los pocos pasos un fino gorjeo metálico anunció una bala certera; Hengstmann cayó suavemente a tierra debajo de mí. Se derrumbó en silencio, pero sentí que la Muerte se apoderaba de él antes de que hubiese tocado el suelo. Me desasí de sus brazos, que aún me agarraban con fuerza, y vi que una bala le había atravesado el casco de acero y las sienes. Aquel valiente era hijo de un maestro de escuela y había nacido en Letter, cerca de Hannover. Tan pronto como me fue posible caminar busqué a sus padres y les conté lo ocurrido.

Aquel ejemplo funesto no desalentó a otro de nuestros hombres que vino en mi ayuda e intentó de nuevo salvarme. Era el sargento médico Strichalsky. Me colocó sobre sus hombros y me llevó sano y salvo hasta el ángulo muerto de la próxima elevación del terreno, mientras una violenta lluvia de disparos nos rodeaba con sus silbidos.

Estaba oscureciendo. Mis camaradas buscaron la lona de tienda de campaña de un muerto y me llevaron a través del solitario terreno; sobre él se alzaban, cerca y lejos de nosotros, las llamaradas producidas por unas estrellas de rayos puntiagudos. Entonces conocí la horrible sensación que se experimenta cuando hay que luchar para intentar inspirar aire. El humo del cigarrillo que cerca de mí fumaba un soldado estuvo a punto de asfixiarme.

Llegamos finalmente a un puesto de socorro; en él ejecutaba sus tareas el doctor Key, amigo mío. Me preparó una deliciosa agua de limón y me puso una inyección de morfina; con ella me sumió en un sueño reparador.

Al día siguiente el salvaje viaje en automóvil hasta el hospital de sangre supuso una última y dura prueba para mi capacidad vital. Luego pasé a manos de las enfermeras y proseguí la lectura del *Tristram Shandy* en la misma página en que la había interrumpido la orden de ataque.

El cariño de los amigos me hizo más llevaderas esas recaídas que son típicas de las heridas de bala en el pulmón. Vinieron a visitarme soldados y oficiales de la división. Cuantos participaron en el asalto a Sapignies, o bien habían muerto, o bien estaban prisioneros de los ingleses, como Kius. Cuando ya caían sobre Cambrai las primeras granadas del adversario, que iba ganando terreno lentamente, recibí una amable carta del matrimonio Plancot; también me enviaron un envase de leche, que se quitaron de la boca, y el único melón producido por su huerto. Les aguardaban días amargos. Tampoco mi ordenanza fue una excepción en la larga lista de sus predecesores; permaneció a mi

lado, aunque no tenía plaza de rancho en el hospital y se veía obligado a mendigar la comida en la cocina.

Cuando uno se aburre en la cama procura distraerse de múltiples maneras. Así, en una ocasión pasé el tiempo haciendo un recuento de mis heridas. Prescindiendo de pequeñeces como los rasguños y las contusiones producidas por balas de rebote, mi cuerpo había retenido al menos catorce proyectiles que dieron en el blanco, a saber: cinco balas de fusil, dos cascos de metralla de granadas de artillería, un balín de *shrapnel,* cuatro cascos de metralla de granadas de mano y dos cascos de granadas de fusil; contando las entradas y salidas me habían dejado veinte cicatrices. En aquella guerra en la que ya se disparaba más a los espacios que a los individuos había conseguido que once de aquellos proyectiles dieran en mi cuerpo. Por ello tenía derecho a prender en mi pecho el Distintivo de Oro de los heridos que por aquellos días me fue concedido.

Dos semanas más tarde me encontraba tendido en una blanda cama de un tren-hospital. El paisaje alemán estaba ya sumergido en los primeros brillos otoñales. Tuve la suerte de que me descargasen en Hannover; allí me hospitalizaron en la fundación Clementina. Pronto empezaron a llegar las visitas; a quien más me gustaba ver era a mi hermano, que, desde que fue herido, había crecido, aunque no en el lado derecho del cuerpo, que había sufrido graves heridas.

Un joven aviador de la escuadrilla Richthofen compartía mi habitación; se llamaba Wenzel y era una de esas figuras alargadas y audaces que aún sigue engendrando nuestro país. Hacía honor a la divisa de su escuadrilla: «¡De hierro, pero alocados!». Aquel hombre había derribado en combate a doce adversarios; el último, antes de caer al suelo, le destrozó de un disparo el húmero.

Con él, mi hermano y algunos otros camaradas que aguardaban el tren que los llevase a sus lugares de destino celebramos mi primera salida con una fiesta en los salones del viejo Regimiento «Gibraltar» de Hannover. Como alguien pusiera en duda nuestra aptitud para la guerra sentimos una necesidad apremiante de escalar de diversas maneras un gigantesco sillón que allí había. Nos fue mal; Wenzel volvió a romperse el brazo y yo yacía en cama a la mañana siguiente con cuarenta grados de fiebre; mi curva de temperatura realizó algunos inquietantes avances hacia aquella línea roja pasada la cual fracasa el arte de los médicos. Cuando uno alcanza esas temperaturas pierde el sentido del tiempo; mientras las enfermeras luchaban por salvarme, yo permanecía acostado y soñaba esos sueños que la fiebre produce y que a veces son muy divertidos.

Uno de aquellos días, el 22 de septiembre de 1918, recibí del general von Busse el siguiente telegrama:

«Su Majestad el Emperador le ha concedido la Orden pour le Mérite. Le felicito en nombre de toda la división».

El Bosquecillo 125

Una crónica de las luchas de trincheras en 1918

Primera línea

Siempre que me dispongo a escribir las primeras palabras en otro de estos delgados cuadernos tan cómodos de llevar en el guardamapas se me ocurre pensar si llegaré a deslizar mi lápiz también por la última página. Tengo ya depositado en mi casa un buen número de ellos, llenos de apuntes sobre lo ocurrido en cada jornada, así como de breves consideraciones y croquis trazados con rapidez; me ilusiona pensar que más adelante, en tiempos de paz, podré hojearlos con calma y, al hacerlo, recordar: así fue como pasaste tus días durante aquellos años tan especiales.

Hay páginas en que la letra es calmosa, cuidada y está escrita con tinta; enseguida sé: en ese momento te hallabas cómodamente sentado dentro de una de aquellas pequeñas casas de campesino, de Flandes o del norte de Francia, o bien te encontrabas en una posición completamente tranquila, delante de tu abrigo, fumando la pipa, y lo único que te molestaba era, a lo sumo, el zumbido lejano del último avión que realizaba su ronda vespertina. Pero luego aparecen, en otras páginas, trazos torpes, desmañados, escritos a lápiz; sin duda fueron garrapateados, a la luz temblorosa de una vela, dentro de la abarrotada estrechez de quién sabe qué agujero infernal, en los momentos previos a un ataque o durante las horas interminables de un intenso bombardeo enemigo. Hay, en fin, frases breves, formadas con nerviosas palabras sueltas, ilegibles cual las oscilaciones de un sismógrafo que registra un terremoto; una mano apresurada ha alargado los finales de las palabras — esto fue anotado con rapidez después de un ataque, mientras te hallabas dentro de un embudo o de un tramo de trinchera sobre los que continuaba pasando con vuelo rasante el enjambre de avispones mortales que eran las ráfagas de tiro preciso Habrá de ser hermoso, sin duda, hojear estos recuerdos en una hora tranquila —una de esas horas que en este momento soy incapaz de imaginar siquiera—, cuando la única preocupación que me agobie sea la de cómo pasar las últimas horas del día, tras haber estado hojeando estos cuadernos. Aunque no sea más que por esta razón, deseo seguir viviendo. La gente que permanece allá en la patria nos mira a veces como si fuéramos unos tipos tan valerosos que considerásemos que nuestra vida no vale un comino; pero he vivido entre guerreros el tiempo suficiente para saber que el hombre sin miedo no existe. Además, si el miedo no existiera, carecería de sentido el valor; el miedo es la sombra oscura contra cuyo trasfondo aparece más multicolor y atrayente el riesgo.

Pero hay todavía otra razón que hace que me cause pavor la sola idea de que una bala mortal vaya a hacer blanco en mi cuerpo —y esa idea nos asalta aquí con frecuencia en las horas dedicadas a la reflexión. Vivimos tan hondamente sumidos en la guerra que se nos ha vuelto del todo inimaginable la paz. Esta guerra es como una selva virgen que desde hace años nos tiene sometidos, cada vez con mayor fuerza, a su oscuro hechizo, de manera que empezamos a dudar que más allá de sus lindes exista algo. Si en este momento muriese, sería como si me arrancasen de una partida emocionante en la que se juegan

puestas enormes.

Precisamente ahora parece que hemos entrado en una nueva y curiosa fase de la guerra. A nuestras espaldas quedan las luchas formidables de la primavera pasada; la batalla de material alcanzó entonces una cima que muy difícilmente será superada. A aquellas fatigas ha seguido una extenuación que contrasta de un modo extraño con las masas enormes de material que se utilizan, cuyos horrores dominan el campo de batalla con una monotonía cada vez mayor. Se dice que han aparecido síntomas de descomposición en los lugares de descanso de los soldados y también entre las tropas que vuelven de la patria o del frente oriental; eso es algo que no puede extrañar a quien conozca por experiencia propia la conexión existente entre la voluntad de atacar y la salud, entre la agilidad corporal y la perspectiva de un desenlace feliz.

El regimiento al que pertenezco está compuesto casi exclusivamente de hombres jóvenes, miembros todos ellos de una misma etnia de nuestro pueblo; la tenaz pesadez de sus movimientos parece hecha a propósito para resistir hasta el último momento en la batalla de material. La descomposición se manifiesta aquí de otra forma. Los hombres siguen luchando con la misma fiabilidad (le antes, pero ya no aguardan nada, incluso diría que carecen de esperanzas, y si luchan es por puro deber. Lo que principalmente resalta es aquello que la guerra tiene de oficio. Cabe observar una cierta laxitud en el modo de hablar y de comportarse de los hombres, una laxitud que se extiende incluso al estilo con que mueren. Un grupo de viejos guerreros de las trincheras acurrucado ¡unto a un través soleado, charlando con frases breves en las que se resumen las vivencias comunes tenidas durante largos años, un grupo como ése forma una unidad tan prieta que más tarde será difícil formarse una idea del espíritu que la animaba.

Tal es el ambiente en que vivo. La posición que hoy vamos a ocupar parece tranquila, si nos guiamos por nuestras exigencias, que son muy modestas. Tal vez en este paisaje remoto nos conceda el Dios de las Batallas una época veraniega sosegada y alegre.

Anteayer me sentía todavía como un hombre de gran ciudad; hoy vuelvo a habitar una madriguera y tengo encima de mi cabeza medio metro de barro. Cuando ayer regresé de permiso encontré a mi batallón en uno de esos villorrios del norte de Francia dejados de la mano de Dios, uno de esos villorrios de los cuales se ha adueñado la desolación desde hace cuatro años y cuyos nombres nos persiguen desde hace ese mismo lapso de tiempo, ya sea porque nos vemos obligados a vivir en ellos, ya sea porque tenemos que combatir por ellos. En ninguna otra zona del mundo ha corrido tanta sangre como entre Arras, Bapaume y Cambrai. Cuando llegué, mi batallón estaba aguardando a que lo cargasen en camiones. Dos horas me bastaron para presentarme al mando, hacerme cargo de mi compañía y cambiarme de ropa. Tan pronto sentí en mi cuerpo la vieja y cómoda guerrera de campaña, cien veces remendada a pesar de su revestimiento de cuero, olvidé casi del todo la añoranza de ese país legendario donde las camas tienen sábanas blancas. Pronto estuvo también preparado mi equipaje; mi ordenanza, August Schüddekopf, un hombre a carta cabal, de pocas palabras, nacido en los páramos de Luneburgo, y al que el Destino me ha respetado más tiempo que a sus predecesores, se ha adaptado por completo a mis hábitos. Sabe cuáles son los objetos que ha de meter ahora en la mochila y cuáles otros ha brán de ser llevados mañana hasta la primera línea por los hombres encargados del rancho; me prepara la pistola, el casco de acero, el bastón, la máscara antigás, y al final me hace esta única pregunta:

—¿Qué libros hay que llevarse esta vez?

La guerra de posiciones es ciertamente la modalidad más aburrida y penosa de la lucha, pero uno puede permitirse, al menos, algunos lujos en lo que respecta al equipaje.

Estoy contento con mi ordenanza actual; su predecesor era un charlatán que antes de la guerra había sido camarero y que casi lograba desesperarme; cuando quería comer algo, era capaz de recitarme primero toda una lista de platos, aunque sabía muy bien que lo único que había era pan y mermelada. Si dos hombres han de convivir por largo tiempo en la estrechez de un abrigo, es preciso que haya entre ellos un buen entendimiento. La constante proximidad de un ser humano al que detestamos en secreto puede llegar a resultar insoportable, aun cuando apenas crucemos una palabra con él.

Los camiones llegaron a primera hora de la noche. Una vez que la tropa quedó repartida y fue cargada en ellos como arenques, me senté al lado del conductor del último camión y emprendimos la marcha; con breves intervalos fueron arrancando uno tras otro los vehículos.

Cuando el motor se puso en marcha, pensé para mí: «Bien, ahora puede comenzar otra vez el alboroto». En el fondo me hallaba muy contento, pues jamás he vivido tan despreocupado como aquí, aunque bien es verdad que nunca he tenido grandes preocupaciones. Pero aquí, en el campo de batalla, todo es claro y sencillo; mis derechos y deberes están fijados en el reglamento; no necesito ganar dinero; el rancho nos lo reparten gratis; si me van mal las cosas, tengo mil compañeros de infortunio; y, sobre todo, cualquier problema se diluye y queda reducido a una agradable insignificancia cuando se vive a la sombra de la Muerte. Si padeciera cáncer o estuviera tuberculoso, aquí conocería el medicamento adecuado. La proximidad de la Muerte tiene efectos curativos, como una luz desconocida. El ambiente que me rodea es un ambiente masculino, en el que la gente no se anda con cumplidos; lo que se juega es la puesta más alta; aquí es donde se da uno cuenta de que tiene tuétano en los huesos y sangre en las venas.

Es una noche magnífica del mes de junio; el cielo, sembrado de millares de estrellas, es de una claridad oscura. Viajamos con los faros apagados, pero tampoco necesitamos luz; el polvoriento camino se destaca nítidamente de los campos de labor. En el estrecho furgón donde va el material chirrían los fusiles y los cascos al chocar; los motores entonan su canto salvaje, y ese canto se apodera de nuestros sentidos con mayor fuerza que ninguna marcha militar; parece el latido de un corazón de acero que nos conduce hacia el Peligro. Tal vez los motores quieran decirnos lo siguiente:

«Nunca, en ninguna época, han partido hacia la batalla los seres humanos como lo hacéis vosotros, que vais montados en máquinas extrañas y en pájaros de acero y que avanzáis ocultos detrás de muros de fuego y nubes de gas letal. La Tierra ha engendrado animales terribles, provistos de fuertes defensas; pero ninguno ha sido tan peligroso como lo sois vosotros ni ha llevado armas tan terribles como las que vosotros portáis. Ningún escuadrón de caballería, ninguna nave vikinga se ha lanzado a un viaje tan audaz como el vuestro. La Tierra se abre ante vuestro ataque; os preceden el fuego, el veneno y unos colosos de hierro. Adelante, adelante, sin compasión ni miedo, ¡está en juego la posesión del mundo!».

Como para hacer compañía a esta canción monótona y terrible pasan volando al lado de la carretera las ruinas de las granjas y de las aldeas, los devastados edificios de ladrillo blanco que las garras despiadadas de la Guerra han destrozado y despojado de lo que dentro tenían. Callada y metálica, la luz de la luna reposa sobre todos estos lugares, que parecen jardines encantados del Mal; las crecidas malezas de los jardines descuidados se alzan fantasmales, como en un gran cementerio; permanecen silenciosas, ningún soplo de aire las mueve. Un pesado y denso olor a cadáver gravita sobre este legendario paisaje de la Muerte. Por todas partes, tanto en los campos como en las entradas de las aldeas, hay cruces diminutas clavadas en el suelo, y los pequeños montículos que ante esas cruces se alzan están cubiertos de cascos agujereados, fusiles rotos y jirones de uniformes. Todos nosotros conocemos bien este paisaje por el que ahora viajamos ruidosamente, y casi todos tenemos enterrado en él algún amigo que, hace sólo unas semanas, durante el gran asalto, cayó de bruces sobre la tierra y allí quedó tendido para siempre.

Ahora estamos entrando en el bien conocido juego de fuerzas del frente, cuya amplia red cubre el campo. En un determinado momento tenemos que pararnos, para no delatarnos con nuestro movimiento, pues un avión invisible arroja desde las nocturnas alturas del cielo unos cohetes de combustión lenta provistos de paracaídas; parecen artificiales globos de fuego que se balancean por encima de la carretera. Los temblorosos rayos de luz de los proyectores palpan continuamente la oscura bóveda; finalmente uno de ellos se adhiere al intruso y pincha con su luz blanca a la pequeña y brillante libélula; también los demás proyectores se precipitan ahora hacia allí, como los tentáculos de un pulpo monstruoso, y obligan al aeroplano a emprender la huida. Los cañones antiaéreos intentan en este momento atraparlo con su tenedor; la móvil situación de los puntos llameantes de sus *shrapnels* permite adivinar el trabajo febril que se realiza con el arma. Los cañones-revólveres arrojan a lo alto sus ráfagas luminosas, y hasta las ametralladoras envían enjambres de letales gusanitos de luz; pues es posible que uno de ellos, uno solo,

consiga perforar una célula vital de esa criatura provista de alas y hacer que se estrelle contra el suelo. Ay, si uno solo de esos pequeños proyectiles de seis milímetros de diámetro, llenos de fósforo incandescente, diese en el blanco, os diría lo siguiente a vosotros, los aviones enemigos: «Tenemos prismáticos dotados de una fuerza prodigiosa, tenemos tablas de tiro calculadas mediante una matemática fría y malvada, tenemos apuntadores con vista de águila. Estamos bien armados; ¡no oséis acercaros demasiado a nosotros!».

Pero el avión, que revolotea como una grácil mariposa entre las flores de fuego, gira de repente, coloca las alas casi perpendiculares al suelo y desaparece en la oscuridad del espacio. Podemos continuar nuestro viaje.

El camino es cada vez peor; junto a la carretera yacen carros arrojados a la cuneta, osamentas de caballos espolvoreadas con clorato de cal, armones despedazados y grandes montones de vacías cajas de proyectiles. A veces avanzamos serpenteando por entre hondos embudos abiertos por las granadas o por entre los escombros de paredes caídas sobre las calles. Todas las cosas parecen estar ahí arrojadas de cualquier manera, abandonadas a su propia suerte; el único trabajo que en esta zona se realiza es el que viene imperiosamente exigido por la lucha. Los árboles están pelados, rotos por la mitad, despojados de su follaje. En un determinado momento pasamos al lado de uno de esos cañones gigantescos que han sido emplazados para ser utilizados únicamente en las horas decisivas y que permanecen ocultos y silenciosos. Parece un animal peligroso, escondido dentro de un nido construido con ramas y trapos multicolores; sólo su poderoso tubo se alza amenazador en el aire. Para camuflarlo lo han pintado con manchas de varios colores y han plantado a su alrededor un bosque artificial.

Los camiones se detienen por fin. Hemos llegado a la zona en que reina el tiro rasante de las armas de pequeño calibre; aquí es preciso reducir al mínimo los blancos. No hay caminos que puedan ser transitados con vehículos. Los guías nos aguardan junto al terraplén del ferrocarril; en él se encuentran encajonadas las tropas de este sector de la posición que se hallan en período de descanso. Los hombres se apean de los camiones por secciones y forman largas colas. Tiran al suelo los cigarrillos; comienza la marcha por el páramo.

Vamos caminando por un terreno ondulado cubierto de hierba seca. En muchos sitios la tierra está levantada, removida por los embudos; muchos parecen ser de ayer o de hoy. Yo marcho junto a uno de los guías, un viejo guerrero — esto no lo adivino, claro está, por su Cruz de Hierro, sino por el tono con que hace sus observaciones, unas observaciones secas, que deja caer como al azar.

Según él, la posición no es muy fiable: los abrigos son malos; las trincheras, viejísimas; la actividad de las patrullas, muy intensa; en poco tiempo hemos sufrido numerosas bajas. Mas por el momento no tengo la impresión que produce siempre en mí un lugar agitado. Los relámpagos que en el horizonte brillan no son nada especial; las bengalas se elevan a intervalos moderados. Hemos realizado antes de ahora relevos muy diferentes de éste. Lejos, a la derecha, parece haber un punto que es como una herida que supura; allí caen ininterrumpidamente y explotan con un ruido atronador proyectiles de grueso calibre. Las explosiones son tan seguidas que apenas podemos distinguir una de otra; llamas de color rojo sangre incendian el— cielo. También deben de correr malos vientos hacia la izquierda, allá lejos, donde el frente describe una curva tan cerrada que casi parece quedar a nuestra espalda. Tal vez mañana el comunicado oficial del ejército —el periódico más grande y lacónico del mundo— vuelva a traer una breve noticia acerca de un aumento de la actividad de tiro en algunos sectores del frente.

Pese a lo dicho, apremio a los hombres a que se den prisa; cuando se camina por un terreno desconocido hay que estar siempre preparado para las sorpresas. Puede ocurrir que de repente se desencadene un ataque artillero imprevisto. Cuando eso sucede, los guías se desorientan y hay que andar luego vagando toda la noche de un lado para otro, y a veces, como ha ocurrido a menudo, acaba uno metiéndose directamente en las trincheras enemigas. El rostro fiero del paisaje sugiere también a la imaginación una serie de imágenes terribles que el cerebro se afana de continuo en rechazar, pues no las considera creíbles. Esto resulta, a la larga, más fatigante de lo que se piensa.

Por ello nos sentimos contentos cuando llegamos a lá entrada de una arrasada aldea situada, según parece, inmediatamente detrás de la primera línea. Un sendero estrecho y batido serpentea por entre los

restos de las casas de labor, los jardines, los setos. Las alucinaciones visuales son aquí especialmente intensas. La visión de este mundo de ruinas agobia el ánimo; éste intenta completar lo que falta, reconstruirlo, y llena el espacio con apariciones singulares. Y así se alzan palacios resplandecientes, edificios claros, simétricos, o bien casas sombrías, bajas, que acechan en la oscuridad como tabernas de mala fama o molinos derruidos; las formas fluyen, ondulan, se hunden, se transforman en otras diferentes. La pálida luz de la luna es la que, al parecer, hace surgir esa transparente música arquitectónica que envuelve los pensamientos y los atormenta. De las abandonadas moradas brota un hálito triste y fantasmal; un gran lamento parece haberse quedado rezagado entre las ruinas.

Delante de la aldea se extiende un enorme campo de cráteres en el que los embudos se suceden sin solución de continuidad. Desaparecemos en un ramal de aproximación poco profundo, que a menudo se interrumpe; en él nos cruzamos con algunos pelotones que han sido relevados. Todos llevamos prisa y, al pasar, nos apretamos unos contra otros sin intercambiar una palabra. El tejido de las trincheras se vuelve cada vez más denso y enmarañado; de vez en cuando pasamos junto a abrigos de cuyas bocas sale una humareda producida por las fogatas encendidas en su interior. Atravesamos una trinchera enorme y bien construida, en la que se hallan de pie centinelas inmóviles — es la línea principal de resistencia. Luego viene la zona avanzada y ya hemos alcanzado nuestra meta.

¡Ahí llega! ¡Nuestro gozo ha sido prematuro, todo marchaba bien hasta este momento! Y de repente me veo en cuclillas en un rincón de la trinchera, al lado del guía, y no sé bien cómo he llegado hasta aquí. ¡Otra vez! Una ráfaga de *shrapnels* cuya presión desgarra el aire con un chirrido; llamaradas deslumbrantes a muy poca altura del suelo; explosiones, enjambres de balines silbantes; objetos que se estrellan contra el barro: y todo ello al mismo tiempo. Una humareda penetrante, que huele a quemado, recorre la trinchera. A nuestras espaldas, gritos, insultos. Una figura humana que porta todo su armamento tropieza en mi cuerpo, se levanta, sigue corriendo. De lo oscuro surge Schüddekopf y recoge del suelo mi casco de acero. Parece que también esta vez hemos salido bien librados. Al pasar examino de nuevo el rincón protector y compruebo que los pocos segundos de que dispusimos nos bastaron para descubrir el lugar más seguro y sacar provecho de ese descubrimiento.

Ya no faltan más que unos pocos pasos para alcanzar la meta. Mi acompañante se para delante de un agujero abierto en la tierra; una lona de tienda de campaña, desgarrada y agujereada por los cascos de metralla, hace las veces de cortina. En el primer marco de madera de la galería está clavada una delgada tablilla: «Jefe de la compañía». Abajo se distingue un débil resplandor.

—¡Eh!

—¿Qué pasa, el relevo?

—¡El relevo!

Ruidos confusos resuenan en la parte de abajo. Desciendo contorsionándome; me siguen Schüddekopf y los enlaces, que han dejado fuera su equipaje.

Abajo encontramos la estampa habitual: una mesa diminuta, unos asientos —cajas llenas de granadas de mano—, un hornillo de latón y tres camastros con somier de tela metálica empotrados en la pared. Entre dos maderos del revestimiento de la galería está clavada en el barro una bayoneta, en cuyo puño brilla la luz temblorosa de una vela; de un alambre cuelgan las pistolas de señales y un buen número de granadas de mano. En un hueco se encuentra el teléfono, sellado; sólo está permitido usarlo cuando hay que informar de un ataque enemigo. Este es uno de los muchos agujeros donde habita desde hace años, como si fuera su casa, la juventud de los pueblos, una de las muchas fortalezas-viviendas llenas de humo que con bastante frecuencia se han convertido en ataúdes.

Mi predecesor, un sargento en funciones de alférez, se sienta a la mesa; está ya preparado, lleva apretado el cinturón y tiene puesto el casco en la cabeza. Un saludo breve y también yo me siento a su lado para hacerme cargo del sector; sé muy bien que la gente desea abandonar lo antes posible la trinchera cuando ha pasado una larga temporada en la posición. Me hace entrega del memorando de instrucciones sobre el sector, también me pasa las fotografías aéreas y un mapa de la posición; los enlaces realizan

entretanto el recuento de la munición de reserva.

Mientras nos hallamos aún comentando algunos detalles aparecen los tres enlaces de las secciones y nos alargan unas papeletas; en ellas está escrito que el sector ha sido entregado y recibido de acuerdo con lo que ordena el reglamento. A una de las papeletas le han sido añadidas estas palabras: «Dos hombres heridos levemente durante el relevo». Así, pues, el pequeño ataque artillero de antes nos ha ocasionado algunos arañazos. Ahora podemos escribir también nosotros una papeleta similar y reexpedirla al batallón, tras haber puesto en ella dos firmas.

Hemos acabado; mi predecesor me desea unos días tranquilos y se despide. Al llegar arriba se vuelve y me habla de una barricada transversal que ha empezado a construir. Conozco lo que son esos sentimientos con respecto a una posición a la que, a pesar de todo, queremos; es mucho lo que en ella hemos trabajado y hemos estudiado tan a fondo sus posibilidades que casi hemos llegado a familiarizarnos con ella como si fuera un ser vivo. Estos sentimientos eran aún más pronunciados en otros tiempos, antes de la Batalla del Somme, cuando todavía habitábamos trincheras enormes, unas trincheras que habíamos excavado durante largos meses, que luego habíamos reforzado con hormigón armado, y que, por fin, habíamos completado con pasillos subterráneos de comunicación.

Por fin estoy solo. Enciendo un cigarrillo y subo otra vez para echar un vistazo al paisaje nocturno. La luna se ha ocultado; oscura y silenciosa se extiende a mi alrededor la superficie de la que acabo de hacerme responsable mediante una simple firma, un terreno de mil pasos de largo por quinientos de ancho. Hay en él una maraña de cavernas y zanjas de comunicación donde en este momento acechan ciento cincuenta hombres armados; la mera presión de un dedo puede hacer que delante de este terreno surja una cortina de llamas.

Este pedazo de tierra, que en cualquier momento puede transformarse en un cráter ardiente, es el campo que ahora nos toca labrar a nosotros y en el que tal vez quedemos enterrados como semillas. Detrás, hacia el este, queda la patria; su voluntad de vivir se encarna en nuestra voluntad de morir. Delante, en los lugares a que apuntan los cañones de nuestras piezas de artillería, se encuentra el enemigo, iluminado por un movedizo resplandor. Vigilada por innumerables ojos, la tierra de nadie es como el fiel de la balanza que separa estos dos pesos enormes.

Todo está tranquilo. En la parte de delante se alza a veces, con un siseo, una bengala que traza líneas sinuosas — es el oficial de servicio en la trinchera, que quiere reconocer el terreno. Puedo acostarme un par de horas; cerca de mi abrigo se halla de pie un centinela que, a la menor señal de inquietud, dará la voz de alarma. Para estar bien seguro le pregunto una vez más por las señales de tiro de barrera, del de exterminio y también del de ataque de gas; luego vuelvo a bajar al abrigo, al que Schüddekopf ha proporcionado entretanto un poco de comodidad, me tumbo en el camastro y me cubro la cabeza con la manta.

Primera línea

La primera mañana que aquí he pasado la he dedicado a examinar con todo detalle la posición; así podré orientarme en ella sin el menor titubeo, lo mismo de día que de noche, tanto si llueve como si nos bombardean.

El sector defendido por nosotros es el A; constituye, por tanto, el ala derecha de la posición encomendada a nuestro regimiento. Delante de nuestro sector se extiende un terreno que asciende con suavidad y en el que resaltan vagamente los pliegues de color par do claro formados por las trincheras inglesas; al fondo hay una vasta zona boscosa. Por la derecha nuestro sector enlaza con el regimiento vecino por medio de un tramo de trinchera deshabitado; por la izquierda confina con el sector de nuestro batallón ocupado por la compañía siguiente. A los dos jefes de compañía de mi derecha y de mi izquierda he ido a hacerles una visita. Varias trincheras de comunicación, anchas y semiderruidas, conducen hacia atrás hasta la línea principal de resistencia. Mas lejos todavía queda la aldea que ayer noche atravesamos,

separada de nosotros por algunas ondulaciones del terreno. En francés lleva el nombre de Puisieux-au-Mont; si no me engañan mis conocimientos, en alemán se llamaría algo así como Bergbronn. Lo único que de ella divisamos es su parte alta, en la que quedan escasos restos de paredes blancas, así como las ruinas de la iglesia, rodeadas de pelados troncos de árboles; los proyectiles han transformado aquélla en un montón de piedras de color pardo rojizo. Al parecer, los ingleses sospechan que tenemos instalado un puesto de observación de artillería en aquel montón de escombros, que domina el terreno; lo han estado bombardeando durante casi toda la mañana con granadas de grueso calibre que pasaban aullando a mucha altura por encima de nuestras cabezas.

Las trincheras se encuentran en mal estado; son anchas y poco profundas, y las lluvias las han derruido. En muchos sitios se ha intentado evitar su total desmoronamiento reforzándolas con estacas. Estas trincheras son una parte de la gran red formada por la posición disputada durante la Batalla del Somme; más tarde evacuamos esa red, tras haber volado todos los abrigos; y, finalmente, después de haber estado abandonada mucho tiempo, hemos vuelto a reconquistarla durante la gran batalla del pasado mes de marzo. Son, pues, muchos los acontecimientos que esta zona ha vivido. Por ello no existe en todo el terreno un solo paraje que no esté desgarrado por los embudos. Espesos tapices de hierba han logrado que muchos de ellos cicatricen, pero los proyectiles han vuelto a abrir recientemente numerosas heridas.

Nos hemos encontrado, por consiguiente, con una red de trincheras ya hecha, una red que tiene, por eso, la desagradable peculiaridad de estar unida con la posición enemiga por un gran número de ramales ciegos. Estos se hallan cerrados por alambres y por caballos de Frisia y defendidos por ametralladoras y centinelas; mas, a pesar de ello, sin duda constituirán los puntos de partida de todas las operaciones que aquí se lleven a cabo. Otra peculiaridad de esta posición es que falta en ella todo rastro de un obstáculo de alambre. Con esto se pretende dejar bien clara ante el enemigo nuestra voluntad ofensiva; la visión de la pelada zona avanzada ha provocado en mí, sin embargo, un sentimiento agridulce. Los tres segundos que el atacante necesita para salvar el obstáculo de alambre, durante los cuales se ve obligado a quedar enteramente al descubierto, representan una ventaja tan importante para el defensor que éste renuncia a ella de mala gana.

Por lo que respecta a los abrigos, tampoco son muchos los elogios que de ellos cabe hacer. Son eso que ahora se llama «bunker Sigfrido» — unos agujeros semicirculares excavados horizontalmente en los taludes de las trincheras. Su longitud es la de la altura normal de un hombre y están protegidos por una capa de tierra de apenas dos metros de espesor; se encuentran reforzados con una chapa curva de latón, que soporta poco más que el peso de la tierra. En ellos pueden caber, acostados uno al lado de otro, dos hombres. Quienes construyen estas jaulas se encuentran, desde luego, en una situación más favorable que quienes, soportando dentro de ellas los bombardeos, miran fijamente el techo galvanizado de su ratonera; en cualquier momento puede ésta aplastarlos si encima de ella cae un proyectil de grueso calibre. Cuando fui a visitar el sector que confina con el nuestro por la izquierda, vi a Domeyer descansando dentro de uno de estos búnkeres; estaba allí junto con su ordenanza del servicio de trincheras y encontró enseguida el lado favorable.

—Si estos artilugios no vibrasen —dijo—, serían un desastre.

La única obra de todo el sector que con un poco de buena voluntad cabe calificar de galería subterránea es la que yo habito. Esto ya sería por sí solo un motivo suficiente para cambiarla lo antes posible por otra; aun sin contar con que el lugar en que se encuentra es muy desfavorable, pues está situada detrás del ala derecha del sector vecino.

La seguridad de nuestros alojamientos ha disminuido considerablemente en comparación con tiempos anteriores, cuando nos enterrábamos en el terreno a diez metros de profundidad, y a veces a más de diez. Aquellas posiciones sí que eran espléndidas; tenían corredores subterráneos largos y cómodos como una novela de Dickens; de éstos salían, a derecha e izquierda, salas de estar, dormitorios, almacenes para la munición, pasillos de salida, pasillos transversales de comunicación; uno podía moverse por todo el sector como un topo, sin aflorar jamás a la superficie. En Monchy, además de un cómodo abrigo para las jornadas tranquilas, en el que una ancha claraboya proyectaba la luz del sol sobre mi mesa de escribir, poseía una morada subterránea a la que se bajaba por cuarenta escalones excavados en la roca gredosa;

cuando estábamos sentados allí, entregados a interminables partidas de cartas, incluso las granadas de máximo calibre se dejaban notar, en aquella profundidad, únicamente como agradables sacudidas. En una de las paredes me había hecho empotrar una cama, enorme como los lechos parecidos a cajones que usan los campesinos de Westfalia; allí dentro dormía, metido en la blanda y seca roca gredosa, aislado de todo ruido, rodeado de pesados tablones de encina. En la cabecera de mi cama colgaba una lámpara eléctrica, de modo que podía leer cómodamente hasta que me cansaba; las paredes estaban adornadas con láminas sacadas de la revista *Jugend y* todo el conjunto quedaba aislado del mundo exterior por una manta de color rojo oscuro que hacía las veces de cortina y que, colgada de unas anillas, podía correrse. A los visitantes les enseñábamos aquello como si fuera el colmo de la depravación, mientras les contábamos chistes apropiados al caso. En aquella época podía atreverme a dormir en pijama, pues una alambrada de quince pasos de ancho nos proporcionaba una gran seguridad; la pistola, que quedaba al alcance de mi mano junto a la caja de los cigarrillos, la usaba únicamente cuando, para interrumpir el aburrimiento, realizaba una patrulla. Aquella sí que fue una época estupenda.

Ahora, en cambio, la guerra se ha vuelto más móvil, y trabajos como aquéllos no merecen la pena. Es preciso confesar, además, que cuando comenzó, con la ofensiva de Verdun, la serie de las grandes batallas de material, era demasiado grande el contraste entre el seguro cobijo proporcionado por aquellas gigantescas galerías subterráneas y, por otro lado, la trinchera de lucha, que era asolada por los lanzallamas y arrasada por los impactos de las granadas. Aun prescindiendo de estas consideraciones, ocurría que, cuando se producía un ataque enemigo, la guarnición resguardada en aquellas cavernas se veía obligada a salvar, antes de hallarse en condiciones de defenderse, un camino igual al que tendría que recorrer alguien que subiese los escalones de un edificio de cuatro Pisos. Y así se daba el caso de que el enemigo propinaba un cálido recibimiento a la guarnición cuando ésta se encontraba todavía a medio camino; tal recibimiento consistía en granadas de mano y tubos incendiarios, sin que la guarnición pudiera defenderse. Esto ocurría sobre todo cuando los centinelas apostados se habían desangrado hacía ya rato, sin que nadie de los de abajo sospechase nada.

Todo esto trajo consigo que cierto día, tras un descalabro especialmente penoso que sufrimos en las alturas de Vimy, apareciese una instrucción del ejército que ordenaba volar todas las galerías subterráneas existentes y prohibía que en la primera línea se excavasen en lo sucesivo abrigos de más de dos metros de profundidad.

Quien conoce las cantidades de proyectiles arrojadas permanentemente contra las trincheras, en bombardeos que a veces duran semanas enteras, sabe lo que esa férrea orden significa. Pues tener que aguantar el fuego en cuclillas sin ninguna clase de protección, ser bombardeado ininterrumpidamente con proyectiles de tal calibre que uno solo de ellos bastaría para arrasar una aldea de medianas dimensiones, tener como única distracción la de contar maquinalmente, medio enloquecido, el número de proyectiles disparados — eso representa una prueba tan dura que casi alcanza los límites de la capacidad humana. La mencionada orden, que ha arrojado al fuego, sin la menor protección, a centenares de millares de hombres, encierra en sí una de las más grandes sentencias de muerte nunca dictadas. Pero nuestra época trabaja con medios poderosos, y, cuando se combate por un espantoso campo de escombros en el que se enfrentan dos imágenes del mundo, lo que importa no son los millares de seres humanos que tal vez podrían ser salvados de la destrucción; lo que importa es que la docena de hombres supervivientes se halle lista en el lugar preciso y pueda arrojar en un platillo de la balanza el peso decisivo de sus ametralladoras y granadas de mano.

Tras regresar al abrigo he estado estudiando el memorando de instrucciones sobre nuestro sector. Estos memorandos se parecen a esos cuadernillos, sucios de aceite y hollín, que en los talleres cuelgan de un clavo cerca de las máquinas y que se titulan «Prevención de accidentes»; sólo en un acceso de aburrimiento los toma uno de donde están. Este de aquí es instructivo, pues ha sido redactado hace poco y procura aprovechar la experiencia de los últimos ataques. Lo que pretende es dar mayor profundidad a la defensa. El atacante no debe encontrar ante sí ni una línea ni una serie de líneas, sino un espacio de fuego en donde quede paulatinamente paralizada su fuerza. El memorando da a ese espacio el nombre de «zona avanzada»; ésta se extiende desde las primeras trincheras de los centinelas hasta la línea principal de resistencia. Nosotros somos, por tanto, una parte de la guarnición de la «zona avanzada» y, en el caso de

un ataque serio, hemos de replegarnos luchando hasta la línea principal de resistencia. Nuestra misión equivale a la de un rompeolas que fragmenta y atenúa el choque de la ola que llega hinchada, antes de que vaya a estrellarse contra el bastión.

Primera línea

En la mañana de hoy me he mudado a un abrigo que descubrí ayer mientras andaba vagando por la maraña de abandonados ramales ciegos situados detrás de la primera trinchera. Para que pusiera orden en el abrigo envié por delante a Schüddekopf; luego el traslado se ha realizado con mucha rapidez.

Poseo ahora, en consecuencia, una auténtica vivienda veraniega. Es una guarida antigua, que no tiene ni escalones ni puerta y que tal vez fue construida ya a finales de 1914; parece haber estado olvidada durante mucho tiempo. El único mueble que dentro de ella hay es un banco medio podrido, construido con tres tablas delgadas; he dispuesto encima de él una capa de hierba; su agrio aroma, debido a la fermentación, llena ya en estos momentos la atmósfera.

Una vez que Schüddekopf barrió y arrojó fuera, sirviéndose de la rama de un árbol, una docena de oxidadas latas de conserva, unas cuantas botellas vacías, restos de periódicos rotos y toda una tropa de grandes cárabos de color azul acerado, tomé posesión de esta cabaña de Robinson en la que el sol se cuela a través de una cortina multicolor fabricada con enredaderas y epítimos. Dentro de ella me sentí muy a gusto.

Con poco esfuerzo podemos hacer habitables también los alrededores. Junto a la entrada hay, por ejemplo, una cavidad excavada en el talud de la trinchera; basta con tallar en forma apropiada ,sus bordes para que sea posible colocar dentro de ella una mesa v un banco, que construiremos con maderos de los que se emplean para revestir las galerías; estarán tan bien hechos que no los habrá mejores en ningún lugar de veraneo. Justo detrás del abrigo fina granada de grueso calibre ha abierto un embudo enorme; mandaré construir hasta él un pequeño pasillo de comunicación v así podré tostarme al sol sin que me moleste el ajetreo, que pronto empezará, de las idas y venidas de los enlaces.

También nivelaremos y haremos más hondo el ramal ciego, con el fin de no tener que sufrir balazos innecesarios en la cabeza. Asimismo lo alargaremos hasta el inmediato camino de aproximación y de esta manera estableceremos una comunicación continua con la primera línea. A unos cuantos traveses del lugar en que habito están construyéndose Schüddekopf y Schmidt, mi enlace (le combate, un bunker Sigfrido. En las proximidades emplazaremos un grupo de ametralladoras; así tendremos algo importante que decir en las luchas por la posición, sobre todo porque nos encontramos en un sitio elevado desde el que se domina el terreno.

Apenas nos damos ya cuenta de hasta qué punto estamos absorbidos por la lucha. Y, sin embargo, cuando caminamos, tenemos a cada paso consciencia de la amenaza. Aunque casi no prestamos atención a ello, una prudencia latente divide el suelo que pisamos en zonas claras y zonas oscuras, en campo expuesto a los tiros y campo a cubierto. De esta manera nos movemos en la naturaleza como animales que abandonan sus madrigueras y que en todo momento procuran permanecer invisibles ellos mismos y también divisar la mayor extensión posible de terreno. Si en otro tiempo, cuando nos instruían en los movimientos tácticos, nos resultaba difícil imaginarnos dentro de la realidad de la guerra, ahora sucede lo contrario. Esa realidad nos envuelve con tanta fuerza que lo que nos cuesta trabajo es ver el campo con los ojos de un paseante.

Y así, hoy he tenido casi que forzarme a mí mismo para mirar la zona que habitamos, no como un terreno de lucha, sino como un paisaje, tal como lo contempla el hombre que por él pasea. Me gusta mucho hacer esto, pues de esa manera resalta con mayor nitidez lo que de prodigioso y único hay en nuestra situación. Merced a esa mirada, el lugar en que nos encontramos adquiere en cierto modo profundidad, y al proyectarse contra su fondo se hace realmente visible nuestra situación. Una vez que

distribuí a los hombres encargados de realizar las tareas de atrincheramiento, tuve mucho tiempo de ocio para dedicarlo a eso.

Ya durante las primeras horas de la mañana lanza el sol sus rayos ardientes sobre el terreno, que está desnudo de árboles. Los campos, sobre los cuales no ha pasado la guadaña desde hace años, se encuentran enteramente cubiertos de flores silvestres; los aromas que de éstas se desprenden penetran en las trincheras como un baño hirviente compuesto de millares de esencias aromáticas mezcladas; estos aromas volátiles se funden con el áspero tono fundamental del olor de la hierba, retorcida y ensortijada por el tórrido calor. El ejército de los insectos está animado por una loca alegría; una vitalidad desbordante se ha apoderado de él. El sentido, el auténtico contenido del paisaje parece residir en ellos. Nubes de alas cristalinas cubiertas de escamas multicolores danzan por encima de las trincheras; sus infinitos zumbidos, chirridos y crujidos producen adormecimiento, son como un gran canto que uno olvida cuando se entrega a sus sueños. El aire vibra de colores múltiples y ardientes, se parece a la película que se forma sobre el plomo fundido; su esmalte es interrumpido únicamente por el color pardo terroso de los innumerables embudos. En el horizonte brillan las ruinas de Puisieux; al mirar esos restos de paredes blancas, despojados de sus techos y rodeados de esqueletos de árboles, uno podría llegar a creer que se encuentra en medio del desierto y es sorprendido por el espejismo de un oasis muerto y fantasmal. Hasta donde la vista alcanza, no hay la menor señal de la Vida; también la Muerte parece haberse ido a dormir. La calma del frente al mediodía es interrumpida apenas por el disparo de un fusil. Ningún sonido, ningún movimiento delata que aquí están ocultos regimientos enteros. Parece haber una paz profunda, y sólo la Naturaleza habla consigo misma.

Y, sin embargo, los ojos no pueden dejar de ver el conflicto que desgarra esta región, tan apropiada para que en ella se siembre y se recojan cosechas. Sin duda se encuentra en el límite entre Artois y Picardía, dos condados ricos y antiquísimos, cuya población combina en su forma de ser la fogosidad de los galos y la gravedad de los flamencos. Es un terruño viejo que da cosechas abundantes y generosas, una llanura vasta y amena que a veces se eleva en pequeñas ondulaciones, rica en aguas y cubierta de poblaciones muy próximas entre sí. Los parques de las innumerables mansiones señoriales, en torno a los cuales se cierne todavía un hálito de *Ancien Régime,* están diseñados en parte con aquel estilo ligero y monumental propio de los jardines trazados por Le Nôtre, aunque es posible que, desde hace ya mucho tiempo, quien en ellos pase sus veranos sea un industrial o un banquero de París. Las iglesias, pequeñas y numerosas, que en otro tiempo gobernaba y vigilaba con dulzura Fénélon desde su sede arzobispal de Cambrai, están siempre abarrotadas los domingos; las poblaciones, en las que la Vida se entrega a cavilaciones pesadas y gratas, muestran todavía la misma faz adormilada bajo la cual supieron encontrar los Balzac y los Stendhal unas pasiones tan ardientes y unas intrigas tan complicadas como las que se dan en cualquier parte del mundo.

Pero ahora han quedado borradas todas esas cosas, como si fueran una frágil pintura al pastel; un buril de acero ha dejado inscritas sus rayas en este país, desde aquí hasta Flandes allá abajo y hasta los Vosgos allá arriba. En sus campos se han alzado bastiones y en las derruidas aldeas están preparados y a punto cañones poderosos. Los campos de labor, en los que ahora debería crecer una cosecha dorada y abundante, han quedado cubiertos por una máscara cuya visión hace estremecer al contemplador solitario. Si alguien que ignorase del todo los acontecimientos que aquí han ocurrido fuese trasladado de repente a este lugar — sin duda barruntaría el espíritu de aniquilación que ha dejado impresos sus rasgos en este suelo y cuya frialdad atraviesa con reflejos negros incluso la brillante luz del sol.

Oh tú, parcela de la soleada Francia a la que nos han traído fuerzas que son más poderosas que nosotros — no creas que nuestro corazón permanece frío en medio de esta desolación. Completamente insoportable sería que no presintiésemos que detrás de la aniquilación llega, apremiante, una vida nueva. Tú has de soportar, igual que nosotros, una suerte que no has merecido. No serás tratada con indulgencia, como no puede ser tratada de ese modo ninguna cosa cuando lo que está en juego es la vida de los pueblos. Pues en cada una de tus aldeas silenciosas y desconocidas, que hoy son conquistadas al asalto y cuyo nombre será mañana conocido en todos los países del mundo, se está representando un fragmento de historia, un fragmento que puede ser decisivo para los países y los imperios. Debemos desterrar, por tanto, toda aflicción, pues volverán a ser cultivados los campos, volverán a ser edificadas las aldeas y

volverán a ser engendrados más seres humanos de los necesarios — pero el Tiempo y el Destino se acercan a nosotros de manera inapelable.

Primera línea

Los trabajos han quedado concluidos antes de lo pensado. Ahora estoy bien instalado, y la trinchera vuelve una vez más a dominarme con su hechizo cotidiano.

No hemos elegido un mal sitio y podemos estar contentos del lugar en que residimos. La artillería no parece prestar atención a este perdido rincón que habitamos. Nos encontramos a la sombra de sus proyectiles; éstos se cruzan a mucha altura por encima de nosotros y van a caer en algún lugar allá lejos. Casi siempre se dirigen hacia el sitio que constituye el foco de esta posición, el Bosquecillo 125, situado a nuestra izquierda y separado de nosotros por dos sectores defendidos por sus respectivas compañías; el aspecto que en algunas ocasiones ofrece es terrible. A diferencia de lo que ocurre en nuestra trinchera, los caminos de aproximación, especialmente allí donde atraviesan la aldea, sí están sometidos a un fuego intenso. Muchas hondonadas, en las que resulta difícil mantener oculto el tráfico que las recorre, son bombardeadas con proyectiles de grueso calibre tanto al amanecer como al anochecer, de modo que casi en un instante desaparecen bajo nubes de polvo y humo. Por ello hemos vuelto a tener tres heridos, además de las bajas sufridas en el primer relevo; los tres han sido alcanzados por las balas cuando transportaban el rancho.

Peor aún es la aparición de una grave gripe, cuyos virus provienen de las trincheras enemigas; es una gripe que deja extenuadas a sus víctimas de un día para otro y las hace inútiles para el combate. Casi todas las mañanas nos vemos obligados a enviar a la retaguardia a dos o tres hombres que, febriles y apáticos, permanecen acurrucados en sus búnkeres y a los que, sin duda, no volveremos a ver pronto. Si las cosas siguen así, habremos de reducir el número de las guardias — una medida arriesgada, pues no tenemos delante de nosotros ninguna alambrada que obstaculice el paso al enemigo.

Como ya he dicho, tengo la impresión de hallarme en la trinchera desde hace ya varios meses. El gran ciclo está regulado de la manera siguiente: cada compañía permanece seis días en la zona avanzada, dos días en la línea principal de resistencia, en la que hay numerosas y bien construidas galerías subterráneas, y luego cuatro días en período de descanso junto al terraplén del ferrocarril de Achiet, allí donde, la primera noche, nos estaban aguardando los guías. El período más fatigante es el que pasamos en la zona avanzada —mañana tendremos a nuestras espaldas uno de esos períodos—, pues en la línea principal de resistencia apostamos pocos centinelas.

Con pequeñas variaciones, mi jornada transcurre de la manera siguiente:

A las cinco de la mañana me despierta Schüddekopf, que ha regresado ya de Puisieux; cada madrugada el carro de la cocina acerca hasta la salida de esa aldea el café, el agua, las raciones y el correo a los hombres encargados del rancho, que allí aguardan impacientes en la oscuridad. Me levanto de un salto y sólo necesito dar un paso para estar en la trinchera. Sobre una banqueta de barro está preparado el casco de acero, lleno de agua; a su lado se hallan el vaso de beber y los útiles necesarios para el aseo. Tras haberme refrescado me siento afuera, en el banco, y bebo con toda calma el café; por desgracia, no son muchos los elogios que de él pueden hacerse. Tampoco la ración es demasiado seductora; en los últimos tiempos nos reparten con el pan una pasta gris hecha de fibras de carne molidas. Esta pasta representa, de todos modos, una cierta mejora, si se la compara con la masa amarillenta que antes nos daban y a la que pusimos el nombre de «grasa de mono»; se murmuraba que la extraían de las cabezas de los arenques. Con todo, es preciso cuidar esa pasta con tiento, pues las grandes moscas brillantes que tanto abundan en esta zona andan como locas tras ella y aprovechan cualquier ocasión para depositar allí sus rojizos paquetes de huevos. Ya lo han logrado algunas veces, aunque guardo mi ración en un botellín que se puede cerrar herméticamente. La única explicación que encuentro es que disponen de unos órganos de

puesta inverosímiles, que pueden extender a su antojo. También noté, y eso ya desde la primera noche, que un ratoncillo había estado royendo mi pan. Esta es una de las distracciones agradables que surgen en medio de este aburrimiento. Enseguida hice mis preparativos, garantizados por la experiencia; coloqué un pequeño cebo, extraje luego de un cartucho la bala, tiré casi toda la pólvora, puse como carga una bolita de papel y me aposté en el rincón más oscuro del abrigo. Aquel huésped, al que nadie había invitado, no se hizo realmente esperar mucho tiempo; de un tiro certero lo cacé. Parece que entre los ratones de los alrededores ha corrido la voz de lo ocurrido, pues desde entonces no he vuelto a ver ninguno más.

Después del café llega el momento de encender la pipa, que permanece en funcionamiento casi todo el día; luego me pongo a examinar el correo. Esta media hora es la más grata de toda la jornada. Encuentro cartas que han llegado de la patria, de las ciudades en paz; desde aquí resulta casi inimaginable que en ellas prosiga la Vida su curso acostumbrado. Uno recuerda el último permiso — y pronto surge una imagen agradable: la de una tarde pasada ociosamente caminando por el adoquinado frío, regado poco antes, de la calle de una gran ciudad. Más tarde le llega su, turno al periódico; estudio con suma atención la política, que, según Clausewitz, nosotros continuamos aquí con otros medios.

Los cañones inician casi siempre sus juegos mientras estoy entregado a esta apacible lectura matutina. Los proyectiles de grueso calibre recorren sus trayectorias a tal altura que el ruido producido por su vuelo llega hasta aquí abajo como un susurro prolongado. Luego, a intervalos de corta duración, se oye en la aldea un estampido de hierros; de entre las ruinas se levantan ruidosamente penachos de humo. También en el Bosquecillo hay mucha animación; allí explotan dos o tres minas de grueso calibre, y es como si unas montañas se estrellasen contra la tierra. Nuestra artillería envía su respuesta; disparos golpeantes, retumbantes, seguidos de un canto estridente y ponzoñoso que sisea a lo lejos y que tal vez se dirige hacia Fouquevilliers o hacia la Granja del Seto, que está en ruinas; en nuestros mapas están marcados esos lugares como los emplazamientos de las baterías enemigas. El viento trae cl ruido sordo y débil producido por las explosiones. Nubes de *shrapnels,* semejantes a tapones de algodón, se deshilachan mientras tanto sobre el terreno. Sus explosiones suenan a hojalata y las pequeñas llamaradas parecen inofensivas; pero quien se ha encontrado ya alguna vez dentro de su silbante cono sabe que son artefactos peligrosos, hechos a propósito para alcanzar blancos móviles.

Por encima de mi abrigo se han puesto entretanto a revolotear unas mariposas doradas y unas libélulas azules; se posan junto a los verdosos charcos de fango que hay en los embudos abiertos por las granadas. Una bandada de alondras comunes trina su despreocupada canción. Estoy sentado en mi banco, y tampoco yo permito que ninguna de esas cosas me importune, pues, desde hace ya mucho tiempo, los ruidos de la guerra se me han vuelto tan familiares como los campanillazos de los tranvías o los bocinazos de los automóviles en una gran ciudad. Sólo alguna vez, cuando en las cercanías resuena una explosión especialmente violenta, me alegro de haber elegido aquí un rincón tan tranquilo. Se nota la guerra larga. Hubo épocas en que nos faltaba tiempo para acudir corriendo a los lugares que se distinguían por su especial peligrosidad, por lo que aquí llamamos «aire espeso».

Schmidt, el enlace de campaña, ha entrado entretanto en la trinchera y deposita encima de mi mesa un cuaderno pequeño, estropeado por la lluvia y manchado de barro. Es el «Cuaderno de partes» del oficial de servicio en la trinchera; siempre que se produce un relevo, se entrega al sucesor ese cuaderno junto con la pistola de señales. Tal vez si alguno de ellos llegase sano y salvo a la época de la paz podría enseñarnos mejor que cualquier otra descripción, por muy buena que ésta fuese, qué era lo que de verdad ocurría en una posición de lucha. Debajo de la fecha están anotados, cada dos horas, con una letra cambiante, casi borrada por la lluvia, unos datos escuetos que se refieren al tiempo atmosférico, a los disparos, a los ruidos, a la actividad del enemigo y a los acontecimientos especiales. Con estos datos compongo un informe sucinto que el enlace de combate lleva al puesto de mando del batallón; es lo que se llama «Parte matutino». Cuando leo el cuaderno, claro está que no hay en él nada que me cause sor presa; cualquier suceso importante me lo habrían comunicado te manera inmediata.

Luego me pongo el casco te acero, me abrocho el cinturón y marcho a la trinchera; en ella reina una gran actividad. En unos lugares distribuyo o reviso los trabajos, en otros interrogo a los centinelas; hago diversas rondas —mientras las realizo voy siempre acompañado por el oficial y el suboficial te servicio— y durante ellas inspecciono todos los rincones te la maraña te la trinchera. Una parte de la tropa está

ocupada en acarrear cosas, clavar puntas, realizar trabajos te fortificación; otra se encuentra sentada al sol delante te sus agujeros y se dedica a remendar la ropa o a limpiar las armas; de otros hombres lo único que puede verse son las claveteadas suelas te sus botas; yacen en sus búnkeres como panes en un horno y descansan te la guardia nocturna. Casi todos tienen rostros juveniles y flacos, pero tostados por el sol; sus ojos son claros. Desde que se introdujo la máscara antigás han desaparecido las largas barbas que muchos llevaban antes; es probable que se las tejasen para rendir un piadoso homenaje a sus abuelos de 1871. Los rostros delgados, trabajados, que quedan medio tapados por la sombra te los grandes cascos, resultan así más apropiados a las cosas que aquí nos traemos entre manos. Es difícil imaginarse a un lanzador te granadas con un cerco te barbas parecidas a crines.

A esta hora suelen aparecer los mandos, los oficiales te Estado Mayor y los especialistas. Los artilleros tienten sus hilos te alambre, señalan puntos del terreno y regulan el tiro; el suboficial médico se fija en las letrinas; el oficial de protección contra los gases examina las máscaras, los cartuchos respiratorios, los aparatos te oxígeno. Con toda esa gente me veo obligado a entrar en contacto y, si entre ella hay superiores, me presento y luego los acompaño hasta el límite del sector. Así transcurren volando las horas te la mañana.

También yo visito con frecuencia a los jefes te las secciones y de las compañías vecinas; estamos unidos en parte por numerosos recuerdos. Como son muchas las bajas que sufrimos, una y otra vez aparecen rostros nuevos, pero asimismo se presentan viejos conocidos que han estado algún tiempo heridos y regresan ahora te los hospitales. Con estos últimos me siento enseguida a gusto, aunque nos encontremos dentro te un bunker Sigfrido y tengamos encima te la cabeza tos palmos de tierra. Hemos estado sentados juntos dentro te viviendas te campesinos te Lorena, hemos bebido juntos en tabernas te Flandes, hemos pasados juntos unas cuantas horas alegres en un bar de Bruselas. Pero no es sólo eso: también he tenido ocasión te observarlos en lugares donde el ser humano no es nata más que aquello que dentro te sí lleva. Los he visto acurrucados durante largos tías en sus embudos, los he visto en los momentos extrañamente excitados que preceden al asalto, cuanto ya el mundo danza envuelto en unas irreales luces rojas. También he visto a muchos te ellos en el momento en que los alcanzaba un proyectil y era preciso evacuarlos a rastras del campo de batalla; y sé que si esa bala certera hubiera puesto fin a sus vidas, habrían muerto con la dignidad con que hay que morir. No existe prueba mayor que ésta.

Estamos unidos, pues, por los lances vivitos, por los trabajos realizados, por la sangre derramada — ninguna otra cosa podría unirnos más. Hay entre ellos tipos magníficos; unos son taciturnos, tranquilos; otros tienen tal aire te superioridad y te finura que parecen tocar con guantes la basura te la trinchera; otros, en fin, son gente ruta, salvaje, de moto que sólo resultan imaginables entre hombres — pero en todos hay la misma energía viril. Por ello, también las conversaciones son casi siempre sosegadas, escuetas; para entendernos necesitamos pocas palabras. Cuanto me paro a pensar en el ambiente en que me encontraría ahora te no haber estallado la guerra, cuanto me imagino que estaría encadenado a una profesión, rodeado te trepadores, o pertenecería a un cuerpo te oficiales en tiempo te paz, o a una asociación estudiantil, o me hallaría rodeado te literatos en un café lleno te humo — creo que al cabo te seis meses habría echado todo a rodar para marcharme al Congo, o al Brasil, o a cualquier otro lugar en que esa gente no hubiese estropeado aún la Naturaleza. La Guerra, que tantas cosas nos quita, es generosa en este aspecto; nos educa para una comunidad masculina y vuelve a situar en el lugar que les corresponde unos valores que estaban semiolvidados.

Entretanto el sol ha ascendido en el cielo y cae ahora vertical sobre la trinchera; dentro te ella hace un calor asfixiante. Como he andado corriendo te un lato para otro, me siento fatigado y me entran ganas te volver a mi abrigo. Me he alejado mucho de él y regreso orientándome a tientas, atravesando una maraña de zanjas de comunicación abiertas a campo traviesa. No resulta nada fácil orientarse en este lugar; hace falta para ello un sentido que se va adquiriendo poco a poco. Por fin he llegado; bebo el café, ahora frío, que ha quedado de la mañana y con él como un pedazo de pan. Luego extiendo una manta en el fondo del gran embudo situado cerca del abrigo, pues suelo dormir la siesta tomando un baño de sol, aunque corro peligro de tener que salir a escape, vestido con un uniforme muy poco reglamentario, en el caso de que se produzca un repentino ataque artillero.

Luego, una vez que ha refrescado un poco, me siento a mi mesa y lo primero que hago es estudiar una

gran carpeta que contiene múltiples circulares, cartas y órdenes que regulan tanto el servicio interno como el contacto con los puestos de mando. Desde la oficina de la compañía me han enviado esa carpeta por la mañana, con el carro de la cocina; a ese mismo lugar regresará a última hora del día.

Más tarde, con toda comodidad, escribo mis apuntes personales, o leo, o bien mato el tiempo —hasta que llega el momento de la ronda vespertina— con ocupaciones de toda índole, a menudo muy pueriles, como por ejemplo, la caza de ratones. He colocado juntas numerosas botellas vacías, como si fueran bolos, y contra ellas lanzo pesadas granadas de mano inglesas de la marca Mill; cuando doy en el blanco, el ruido se asemeja al que produciría un almacén de objetos de vidrio al derrumbarse. También me organizo pequeños fuegos artificiales; para ello empleo pólvora, detonadores de bengalas luminosas y papel. Cuando la detonación es demasiado violenta, Schüddekopf, el hombre siempre taciturno, saca de su búnker, en el que suele pasar durmiendo las tardes, su plana cabeza y hace gestos de desaprobación; parece un topo asustado.

A la hora en que el sol se pone, en el momento en que sobre la parte de atrás se desencadenan violentos ataques artilleros por sorpresa y el último avión traza sus círculos por encima de nuestra posición en medio de las nubecillas de los proyectiles, realizo una breve ronda por la trinchera, en donde ya la vida comienza a despertar. Se oye el tintineo de las cacerolas y pronto salen para sus puestos los primeros centinelas nocturnos. En esos momentos hablamos en voz baja, con precaución, no porque preveamos sorpresas desagradables especiales, sino porque una larga experiencia nos ha enseñado a estar espontáneamente más despiertos a esa hora. Todo se halla en orden; regreso a mi abrigo para redactar el parte vespertino.

Las horas fijadas aquí para enviar los partes resultan cómodas. En muchas posiciones, antes, teníamos que redactar cuatro informes diarios, dos de ellos en plena noche. Cuando pienso en esto recuerdo siempre a un viejo guerrero al que tales cosas molestaban especialmente. Hace años que ese hombre se encuentra prisionero de los ingleses. Una noche se sentó a la mesa y escribió lo siguiente: «Por lo que se refiere al enemigo, ninguna novedad todavía. Sólo una ametralladora ha estado balando débilmente. En el abrigo del jefe de la compañía, ligero tintineo de vasos».

Cuando se ha hecho tan oscuro que apenas se divisan los taludes de la trinchera aparece Schüddekopf con la cacerola del rancho. A menudo ha estado expuesto al fuego enemigo durante el camino de vuelta, pero jamás ha derramado una sola gota; es dificilísimo hacerle perder la calma.

Después de la cena subo al techo de mi abrigo; junto a éste se encuentra ya un centinela de alarma. Desde allá arriba echo una mirada al oscuro terreno. La danza de las bengalas luminosas está en pleno apogeo; una ametralladora deja oír de vez en cuando su tableteo y sobre la hierba pasa entonces, con un chirrido agudo y cortante, un cordón de balas. Los alrededores están ahora llenos de seres humanos al acecho; la noche se extiende amenazadora sobre el paisaje. Fiel a una vieja costumbre, busco con la mirada a mi multicolor amiga, la estrella Orión — allí está, esperemos que en el invierno nos sea posible vernos de nuevo. Bajo al abrigo, me tiendo encima del banco, me meto entre la hierba y me cubro con la manta la cabeza, para protegerme de los bichos y del barro que cae a trozos.

Me duermo, y tengo un sueño agitado; sólo en este ambiente son imaginables los sueños que aquí tengo, poblados de seres fantasmales. A veces me despierto asustado; oigo las cantarinas trayectorias de los proyectiles allá arriba en los aires, y abajo, en la tierra, unas sacudidas sordas, pesadas. Tal vez en este instante, por la zona que queda a nuestras espaldas, se hayan lanzado al galope los espantadizos caballos de una columna de munición, o haya seres humanos revolcándose por el polvo. Enciendo un cigarrillo y a la luz temblorosa de una cerilla contemplo este triste agujero, esta pequeña, mísera y desolada madriguera, cuyas paredes podría tocar con mis brazos si los extendiese. Pero lo que ahora es terrible y amenazador es, ahí fuera, el campo de batalla, sobre el cual va empujando la Guerra sus fatigados ejércitos — y aunque este minúsculo y oscuro agujero carece de toda protección y se halla expuesto a todos los peligros en medio de la llanura, dentro de él experimento, sin embargo, una sensación de cobijo, pues es el único lugar en que me encuentro a gusto y como en mi propia casa. Y ahora, de súbito, lamento haber matado hace poco de un disparo al ratoncillo; me gustaría oír sus pequeños ruidos, sus rápidos desplazamientos.

Fuera se escucha el rumor de unos pasos que se acercan. Será Schmidt, que acude para acompañarme en la ronda nocturna. Coloco la pistola en su funda y salgo del abrigo. La luna está en lo alto del cielo; su luz blanca succiona el color, absorbe el sentido de los objetos y, pálida y mortecina, los envuelve con un tejido de cristal. Los objetos son los mismos y, sin embargo, no parecen los mismos. Incluso el rostro del enlace está blanco como una calavera. Echamos a andar con precaución; de vez en cuando dirijo la palabra a alguno de los centinelas que— están ahí de pie, silenciosos. Los pálidos reflejos de la luz en el casco, en la parte superior de las granadas de mano, en el fusil, que está preparado para disparar en cualquier momento, son lo único que hace que los centinelas destaquen entre la sombra del parapeto. La trinchera se extiende como una serpiente blanca, acechante; un estímulo pequeñísimo basta para transformarla en un monstruo que escupe fuego. Voy hasta más allá del ala derecha de nuestro sector, me adentro en el camino, no ocupado por nadie, que nos separa del sector vecino. El enlace de combate me sigue a algunos pasos de distancia; ha de auxiliarme con granadas de mano en el caso de que ante nosotros surja una patrulla enemiga infiltrada en esta zona para intentar un osado golpe de mano. Pero nada se mueve; cuando me detengo a escuchar, lo único que oigo es mi propia respiración, la brisa que agita la hierba y unos apagados disparos de fusil por el lado del Bosquecillo. Puedo retirarme a descansar.

Pero tal vez no siento todavía ninguna necesidad de dormir; con esta vida que aquí llevamos, hace ya mucho tiempo que he perdido el sentido del horario burgués. Cuando estoy cansado, me acuesto; y si he de levantarme a cualquier hora de la noche, eso no me preocupa. Si no tengo sueño, enciendo una vela y saco de la mochila uno de los libros que Schüddekopf puso en ella. A esa hora uno lee como si estuviera soñando y hubiera perdido toda relación con el sentido de ese sueño; una vida más enérgica que la de los libros me mantiene preso en sus cadenas.

Tal vez no haya ningún otro lugar en que se perciba mejor que aquí en la trinchera la manera en que el espíritu de una época se cae a pedazos, cual un astroso vestido. Hay algo de siniestro en el modo en que se tornan hueros e indiferentes pensamientos que hasta hace poco tomaba uno en serio; es como si, en medio de una enorme escombrera, uno se encontrase con los espíritus de unos conocidos ya fallecidos y mantuviese con ellos una conversación fantasmal.

Primera línea

Durante la ronda matinal por el sector ha habido un ligero fuego disperso. Las granadas vuelven a convertirse poco a poco en algo habitual. Pero jamás puede uno acostumbrarse enteramente a ellas, como tampoco puede habituarse al frío intenso, que hace tiritar, ni a la extracción de un diente, ni a ningún otro sentimiento desagradable.

A veces, durante los permisos, los conocidos le hacen a uno esta pregunta, hoy tan corriente: «Pero a usted esas cosas no le causan ya ninguna impresión, ¿verdad?»; uno hace un movimiento con la cabeza, asintiendo a lo que dicen; no quiere estropearles el agradable sentimiento de horror que experimentan y sabe, además, que les resulta imposible ponerse en la situación anímica de un ser humano expuesto a los disparos. Pero uno se guardaría muy mucho de contarle a un viejo guerrero esas cosas, pues sabe bien que el estampido de la explosión de un proyectil hace que se arroje al suelo incluso el hombre de sangre más fría; ese ruido le obliga a hacer una reverencia a la Muerte, pese a que ésta sea ya una vieja conocida nuestra.

El soldado bisoño se comporta en estas ocasiones con una despreocupación mayor; se deja intimidar poco por la explosión de un proyectil. Sólo cuando la experiencia le ha enseñado que esos artefactos son capaces de despedazar el tronco de un árbol y reducirlo a astillas, capaces de lanzar por los aires muros de piedra, capaces de partir limpiamente por la mitad un cráneo, como si fuera el tronco de una col, sólo entonces se vuelve más precavido el novato. Cada uno de los sangrientos sucesos de los que con el paso del tiempo va siendo testigo graba en su memoria una impresión; y todos esos horrores se despiertan en él cuando se acerca el rugiente canto de un proyectil. No es el ojo, sino el oído, el que insinúa el Peligro, y,

con el Peligro, la idea a él ligada de la Muerte; eso hace que el Peligro adquiera un matiz impreciso y, por lo tanto, más amenazador.

Poco a poco va aprendiendo el soldado bisoño a distinguir, de entre la enorme muchedumbre de los ruidos, aquellos que encierran un peligro para él; el primer anuncio del aleteo de un proyectil le permite adivinar ya la trayectoria que éste lleva. Logra saber qué momentos y qué lugares encierran una amenaza; al final acaba convirtiéndose en un experto en cuestiones de guerra que, cual una serpiente, es capaz de deslizarse, sin llamar la atención, por el terreno lleno de hendiduras; sus ojos y sus oídos permanecen continuamente al acecho; es como un tímido animal que se aleja de su madriguera. Esa cautela con la que el viejo guerrero sabe encontrar a tientas, casi con la seguridad propia de un sonámbulo, el mejor camino en medio de los peligros del terreno, es lo que explica que se precise dilapidar un número tan enorme de proyectiles para que uno solo acierte y mate a un ser vivo.

De cada diez mil disparos, sólo uno da en el blanco — ésta es la cuenta que se hace el soldado cada vez que vuelve a enfrentarse al espectáculo de una llanura bombardeada en la que se elevan y descienden pardos remolinos de tierra y bancos de vapores blancos van arrastrándose a ras del suelo, en tanto los hierros que sisean y revientan llenan el terreno con su canto despiadado. Pero esos cálculos no sirven de nada — entre diez mil posibilidades, los sentidos excitados se ocupan de una sola, de aquélla que acaso resulte funesta. El hombre valeroso acaba diciéndose: «¡Qué importa nada de eso! Adelante, que todo saldrá bien». Y esa esperanza lo reconforta.

El peligro posee, además, una poderosa fuerza de atracción. Se parece al vértigo; en éste el terror del abismo intensifica la salvaje tentación de la caída. Cuando el corazón ha vivido largo tiempo en calma y en seguridad, comienza a impacientarse y sale en busca del peligro como si saliese a buscar un país desconocido. Hay en el interior de todos nosotros un demón que no comienza a agitar sus alas hasta que la vida se halla amenazada.

En un libro que todo soldado debería haber leído, las Memorias del general francés Marbot, cuenta éste cómo, con ocasión de un asedio, se situó en una plataforma pétrea en la que nada se le había perdido y de la que a cada instante eran retirados heridos graves. Dice que lo que allí buscaba era disfrutar del atroz placer de sentir cómo las balas de los cañones pasaban a su lado.

En todos nosotros existe esa misma inclinación; a diario noto eso en los hombres, pues, cuando vuelven de sus recorridos por las trincheras, no se cansan de describir el modo en que la Muerte ha pasado, con un silbido, a su lado. Pero como la mayoría carece de la temeridad de Marbot, experimentan como placer esa gran excitación, no en el momento mismo en que suceden los hechos, sino más tarde. Bien es verdad que el ser humano ha sabido dar entretanto a la Muerte una figura más terrible que la que tenía en la época de Marbot, cuando aún se disparaba con pólvora negra y con balas redondas, que producían un bronco ruido, y Goethe, en Valmy, podía estudiar cómodamente en su propio cuerpo la extraña dolencia llamada «fiebre de los cañones».

Al atardecer han venido a relevarnos y hemos pasado a defender la línea principal de resistencia; aquí permaneceremos únicamente dos días. La línea principal de resistencia queda a pocos centenares de metros detrás de la primera trinchera y por eso el relevo ha sido cómodo. Estamos alojados en galerías subterráneas muy bien construidas y apostamos tan sólo algunos centinelas de observación.

Tengo la esperanza de que disminuya pronto el número de los casos de gripe. Aquí, en la línea principal de resistencia, es posible moverse con un poco más de libertad y esto resulta agradable; pienso hacer una visita a Puisieux una tarde, pues ésas suelen ser horas tranquilas. Así me evadiré por breve tiempo del ambiente de las trincheras. Si se mira bien, aquí estamos sobre un barril de pólvora, corremos más peligro que en la primera trinchera, ya que, en caso de necesidad, habremos de intervenir en el Bosquecillo 125, cuya situación es muy crítica durante estos días.

Línea principal de resistencia

De la aldea de Puisieux sale, en dirección noroeste, una larga trinchera que durante cierto trecho corre paralela al camino que va de Puisieux a Hébuterne; el suelo de ese camino está removido por innumerables proyectiles. La mencionada trinchera se desvía luego hacia el Bosquecillo 125, tras haber cortado numerosas trincheras en mejor o peor estado, así como la línea principal de resistencia. A esa trinchera le hemos puesto el nombre de «Camino de Puisieux». Ya la expresión con que nos referimos a ella indica que esa trinchera no está destinada a la lucha, sino a la comunicación. Su trazado poco curvo lo manifiesta también. Lo que en esa trinchera hay que hacer es, sobre todo, avanzar; sus curvas tienen únicamente la amplitud necesaria para que una ráfaga de *shrapnels* no barra demasiado terreno. No hay en el Camino de Puisieux esos traveses enormes que triplican la longitud de una posición y que constituyen, cada dos de ellos, una pequeña fortaleza. Carece asimismo de parapeto y de la empalizada de la que cuelgan las armas; y no tiene, en fin, las poderosas defensas traseras que, cual si fueran montañas, arrojan su sombra en lo hondo de la trinchera. Por ello el Camino de Puisieux tampoco ejerce sobre el ánimo ese hechizo tenebroso que es peculiar de la trinchera de lucha.

De noche ese camino ofrece, de todos modos, un aspecto muy animado, pues es una de las grandes arterias de nuestra posición, una de esas venas que en el mapa del enemigo están marcadas como corrientes de sangre roja o azul. En ese mapa están apuntadas unas sencillas cifras junto a los sitios donde el Camino de Puisieux se entrelaza con otras trincheras para formar una red, o alcanza el punto más alto de una colina, o se alza a su lado un árbol que llama la atención. Unidas a otras, esas cifras están colgadas, en el lado enemigo, en las paredes de hormigón de los abrigos de la artillería. Cuando al apuntador que está de servicio le gritan esas cifras, dispone de acuerdo con ellas sus dos ángulos, el de dirección y el de altura; y cuando acciona el disparador de su pieza, no conoce siquiera los lugares a los que envía sus trozos de hierro. Pero allí donde los proyectiles disparados por el apuntador explotan con una llamarada, se dispersa rápidamente una sección de hombres que acaban de ser relevados y que, llevando encima una pesada carga, se creían ya seguros, o un pelotón de soldados arroja a toda prisa los rollos de alambres y los marcos de chapa que portaban sobre sus espaldas y corren a refugiarse en las angostas cavidades en forma de hornacina excavadas en los taludes de las trincheras. Tal vez pasen por allí, en el momento de la explosión, dos hombres que llevan colgado de un palo apoyado en sus hombros un bulto extraño, de cuya envoltura salen dos manos amarillas como la cera. Notan que la Muerte que ellos mismos llevan a cuestas se lanza ahora en su persecución; por ello salen corriendo a ciegas y se meten en un ramal en el que acaban de descubrir una vieja y mohosa galería subterránea. Allí aguardan, jadeantes, hasta que afuera se hace el silencio y pueden volver a buscar al hombre que, habiendo perdido la vida, ha perdido también el miedo.

Todo el mundo se siente contento, desde luego, cuando por la noche ha dejado a sus espaldas la trinchera de comunicación; la gente lleva tanta prisa que se aprieta en silencio contra las oscuras figuras humanas con que se cruza en el camino, aun cuando sería razonable que los seres humanos que coinciden en ese lugar intercambiasen algunas palabras. En la trinchera de lucha marchan mejor las cosas; allí, al menos, la gente sabe a qué atenerse; aquí, por el contrario, reina la incertidumbre.

Pero la imagen cambia en las primeras horas del día, entre dos luces, cuando los hombres encargados de traer el rancho emprenden su peregrinación a la aldea. Marchan al descubierto, ya que prefieren caminar por arriba, a campo traviesa, por los senderos que las pisadas han ido abriendo en la hierba, que no caminar por abajo, por el sinuoso piso de la trinchera, en donde a cada instante chocan las cacerolas contra los taludes de barro. También les sigue pesando en el cuerpo la noche que acaban de pasar en vela, y se alegran de poder caminar por fin impetuosamente al aire libre. Sólo cuando los proyectiles comienzan a caer en sus cercanías se meten de un rápido salto en la trinchera; son como ratones que, siempre que el águila ratonera vuela por encima de ellos trazando círculos, desaparecen con celeridad en sus agujeros. A las balas de fusil que a veces pasan silbando a su lado sin rumbo fijo no les prestan mucha atención, pues todo está aún tan oscuro que ningún centinela avanzado enemigo puede divisarlos.

Pero cuando aquellos hombres regresan, una hora más tarde, en el mismo lugar de antes se estrella con tanta fuerza en sus cercanías una ráfaga de ametralladora, y se alzan tan próximas a ellos numerosas nubecillas de polvo, que queda claro que son ellos mismos, y sólo ellos, el blanco contra el que aquellas

balas van dirigidas. Los hombres se ven forzados entonces a meterse en las trincheras; distraídos en sus charlas, no se han dado cuenta de que la visibilidad ha ido aumentando poco a poco y es ahora tan clara como el cristal. Constituyen una buena presa para el apuntador enemigo que, malhumorado y medio dormido, está sentado al otro lado detrás de su pieza. El apuntador traza una cruz en su mapa y escribe al lado la hora; a la mañana siguiente los hombres encargados de traer el café se asombran de que caiga sobre ellos un repulsivo fuego de granadas. Tenemos tres heridos; los demás regresan con las cacerolas vacías.

A la hora en que el sol se halla en lo alto del cielo, el ramal de aproximación permanece desierto en el campo; el ser humano se ha convertido en una criatura nocturna que, de día, se muestra únicamente en los grandes instantes de la batalla. En el oeste se ha elevado un globo cautivo; queda aproximadamente encima de Bus-les-Artois y parece una insignificante mancha amarilla. Pero desde aquella altura se siguen todos nuestros movimientos y hay ojos armados de prismáticos que penetran incluso en el ramal de aproximación. Sin embargo, lo único que allí ven es acaso un enlace, o un oficial aislado, o un herido que, cojeando, se dirige hacia el puesto de socorro. La soledad es absoluta; sólo la atanasia y la aquilea mecen sus umbelas por encima del borde de la trinchera y el llantén alza sobre los desiertos caminos sus diminutas mazas de armas. Por todas partes surge de entre la hierba el chirriante cuchichí de las perdices. Gordos escarabajos que han caído dentro de la trinchera patalean en el polvo. La cogujada toma un baño de arena en los viejos embudos en donde la tierra se ha vuelto ya muy blanda; no se deja importunar por la ráfaga de *shrapnels* que levanta polvaredas en el suelo y cuyos balines se clavan en el barro, endurecido por las pisadas, del fondo de la trinchera.

Es ésta una hora que me gusta mucho, y he escogido la mañana de hoy para dar un paseo hasta el Bosquecillo 125. Pues es bueno mirar con calma un lugar al cual puede verse uno lanzado a combatir en cualquier momento. Desaparece así uno de los graves inconvenientes de esos instantes, a saber, el desconocimiento del terreno; si uno lo conoce de antemano, posee una importante ventaja sobre el atacante. Como «no disparaba» —este giro gramatical impersonal que aquí usamos es ya por sí solo un síntoma de hasta qué punto se ha convertido el combate en un suceso natural para nosotros—, como «no disparaba», y yo, por otro lado, no andaba escaso de tiempo, a mitad del camino me senté sobre una gran mata de hierba caída dentro de la trinchera y allí estuve desayunando y contemplando los animales. Luego guardé el cuchillo, que suelo llevar, como si fuera un hombre de los bosques, en una vaina cosida al pantalón, y continué mi peregrinación hacia ese Bosquecillo tristemente famoso del que tantas cosas me han contado.

No parece, ciertamente, que existan allí muchas comodidades. Los embudos se suceden sin interrupción en el suelo gredoso, que está cubierto únicamente por una delgada capa negra de humus; una gruesa película de polvillo blanco se ha depositado sobre las hojas de los míseros restos del sotobosque; tan pálida y enfermiza es su estampa que parecen haber crecido dentro de sótanos. Arbustos arrancados de raíz y ramas desgajadas de los árboles se mezclan confusamente en el suelo; en parte han caído también sobre las arrasadas trincheras, de manera que en muchos lugares es preciso caminar a rastras. Los troncos enormes de los árboles, en la medida en que no yacen por tierra, están desmochados del follaje. Los cascos de la metralla han arrancado la corteza y el sámago; sólo el agujereado cerne se alza todavía formando un ejército de pelados mástiles que parecen devorados por una enfermedad terrible. Intenté imaginarme la estampa que es fácil que lleguemos a ver, imaginarme de noche este petrificado bosque: por encima de él, bengalas luminosas, cuya luz cruda parece solidificar el sotobosque, blanco como la nieve, y transformarlo en un tejido espectral; por debajo de estos palos gigantescos, cuyas sombras se proyectan en todas las direcciones con la rapidez del rayo, un chisporroteante combate con granadas de mano y ametralladoras, un combate tan sañudo y absurdo como sólo es imaginable en este paisaje sencillo y feroz.

Un espíritu terrible ha borrado aquí todas las cosas superfluas y creado un trasfondo digno del cuadro que acabo de imaginar. Aquí el ser humano vuelve a convertirse necesariamente en un fragmento de la Naturaleza, que lo somete a sus leyes inescrutables y lo utiliza como una criatura hecha de sangre y músculos, de garras y dientes.

Son ya muchos los bosques que he visto destruidos por los proyectiles; el de Delville, el de Saint-

Pierre-Vaast, la enorme floresta de Houtholst allá arriba en Flandes, que quedó reducida a escombros en pocos días; pero en ninguno de ellos me pareció que la destrucción fuese tan horrenda como aquí. Al que más se parece el Bosquecillo 125 es al bosque de Trônes, cuyos despedazados troncos se alzaban delante de nosotros, allá en el fondo, durante los días de Guillemont. Acaso la impresión que este aislado bosquecillo produce se deba a que se destaca con nitidez de una llanura en la que no hay árboles; el fuego de los alrededores se ve obligado a concentrarse sobre él. Por esta razón sería tal vez acertado dejarlo ahí sin guarnición ninguna, y, si hubiera peligro de un ataque, duplicar entonces el fuego enemigo con el propio, de manera que ningún ser vivo pudiera mantenerse en él. O bien cabría volar primero todas las obras de defensa que en él existan y obturarlo luego mediante una campana de gases letales de escasa movilidad. Pues estos lugares son trampas para los seres humanos y en ellos desaparecen, una tras otra, las guarniciones sin dejar rastro. En estos casos lo normal es evacuarlos; aquí no se ha actuado así — habrá sus razones. La posición del Bosquecillo 125 está defendida por una compañía que tiene encomendada una misión difícil, pero claramente delimitada.

Estuve contemplando un rato el Bosquecillo desde el lugar en que desemboca en él el Camino de Puisieux; luego penetré en su interior por un ramal ciego y pronto topé con un suboficial de servicio en las trincheras. Este me previno contra aquellos lugares que desde el lado enemigo pueden ser divisados a corta distancia; caminar por ellos equivale a una muerte segura. Hace poco, mientras me hallaba realizando una visita a otra compañía, estuve en un tris de que me mataran de esa manera, que es bastante enojosa; me senté sobre una barricada que quedaba a menos de cuarenta metros de un centinela enemigo. Con este precedente, me alegré mucho de encontrar a aquel espíritu previsor y le rogué que me guiase en mi recorrido por aquellos parajes. Aquel hombre era un sargento aspirante a oficial que había llegado de la patria pocas semanas antes; por este motivo me sirvió de guía con mucho celo, lo que me resultó extraordinariamente útil.

El Bosquecillo tiene la forma aproximada de un cuadrilátero, al que se agregan algunos pequeños salientes. Casi exactamente en el punto de intersección de las diagonales de ese cuadrilátero ha sido construida en la greda una enorme galería subterránea. De ella salen en forma radial varios caminos y zanjas que desembocan en la primera línea. Esta rodea al Bosquecillo por tres de sus lados de modo que éste ocupa un resalte que se destaca nítidamente del frente. Durante el día los centinelas están apostados en la primera línea, la cual no es a menudo otra cosa que una simple zanja derruida y que en muchos trechos resulta casi irreconocible. Por la noche los centinelas se adelantan hasta el campo de embudos; con gran prudencia es preciso realizar este movimiento, que nos ha costado ya numerosas bajas, pues también los ingleses se instalan a esa misma hora en embudos desperdigados y difíciles de descubrir. Asimismo se han hecho ya prisioneros por ambas partes. La situación de estos hombres enviados a lugares inseguros es, desde luego, muy poco agradable; pero, al menos, ellos no pueden ser alcanzados por los bombardeos nocturnos que a cada hora se abaten sobre el Bosquecillo. En las primeras horas del día los hombres se ven obligados a observar con toda exactitud el tiempo que hace, pues si hay alguna claridad, aunque sea mínima, no regresan vivos. El sargento aspirante a oficial me contó que, a pesar de todos estos obstáculos, el jefe de la compañía que defiende el Bosquecillo, el alférez Vorbeck, logró hace poco la hazaña de infiltrarse a plena luz del día, acompañado de algunos hombres, en la trinchera inglesa y coger prisionero a un centinela.

Quise también conocer personalmente al bravo jefe que capitanea esta posición y que se ha incorporado hace poco a nuestro regimiento, mientras yo convalecía de mi última herida; para ello di la vuelta y por una zanja de escasa profundidad me encaminé hacia la gran galería subterránea; el camino tuvimos que hacerlo en parte a rastras y en parte agachados. Si no existiera la mencionada galería, sería impensable mantener en el Bosquecillo una guarnición. Cuatro entradas muy alejadas entre sí, y rodeadas, como si fueran conejeras, por la tierra extraída del interior, dan acceso a la galería. Los pasillos que en ella penetran descienden en una pendiente tan suave que sus constructores, sin duda muertos hace ya mucho tiempo, pudieron renunciar a cavar escalones en ellos. Lo que hicieron fue fijar con clavos en el suelo delgados listones de madera: así los moradores, sin exponerse a resbalones, pueden salir a saltos hasta la superficie como si ascendiesen por la escalera de un gallinero; aquí todo depende de unos pocos segundos.

Cuando bombardeos intensos devastan el Bosquecillo, todos los seres vivos se concentran en la galería, único lugar en que resulta posible resistir. Las estrictas normas que se refieren a las guardias prohíben ciertamente hacer eso; pero aquí no hay más vigilancia ni más normas que las que cada cual se impone a sí mismo.

Sólo cuando tuve delante de los ojos esa galería subterránea comprendí que la guarnición fuera capaz de mantenerse en el Bosquecillo. Visto desde atrás, éste se me había aparecido en muchas ocasiones como un simple remolino de vapores y tierra, un remolino que se alzaba cual un surtidor y caía luego sobre los árboles. Cuando esto ocurre, los hombres se reúnen en los pasillos de la galería subterránea y allí permanecen apretujados; con mucha frecuencia los proyectiles ciegan estos pasillos, al caer sobre ellos, y luego es preciso despejarlos recurriendo a las hachas y las azadas. Los únicos que permanecen en sus puestos son los centinelas de la zona avanzada, pero el estruendo impide que desde allí puedan comunicarse a gritos con los de la galería; nadie sabe si continúan vivos o si acaso ya han muerto desangrados. Es cierto que una bengala luminosa disparada a ras del suelo desde los dos lados, el de la galería y el de la zona avanzada, significa: «Aún seguimos aquí»; pero esta señal es demasiado delatora y no se puede repetir muchas veces. Además, al jefe de la zona avanzada le preocupa más lo que ocurre a su lado y delante que no lo que queda a sus espaldas.

Toda la atención de los hombres se dirige a captar el momento en que el fuego pierde intensidad y se desplaza hasta la parte de atrás del Bosquecillo, instalando allí un cerrojo de hierro. Pues es en ese momento cuando se ve si el enemigo ha pensado que intervengan en la lucha también los seres humanos, o sólo el material, es decir, si pretende también conquistar, o únicamente aniquilar. Antes, ese momento quedaba intercalado —se producía un silencio funesto entonces— entre las olas de fuego de la preparación artillera y el asalto propiamente dicho. Pero hoy, tras muchas enseñanzas sangrientas, el atacante recurre a todos los medios a su alcance para ocultar ese instante, para impedir que el defensor lo perciba. Hace que el fuego aumente y disminuya una y otra vez en poderosas oleadas, con el fin de que la atención quede fatigada; tiende cortinas de *shrapnels,* que se rasgan y revientan por encima de las cabezas de sus propias unidades de choque, pero que lanzan sus cargas de balines muy por delante de donde éstas se encuentran; dispara proyectiles que no explotan, bombas con espoleta retardada, bombas fumígenas, que no arrojan cascos de metralla, pero producen un efecto amenazador. Mediante esos recursos espera dejar sin respiro al defensor y hace que la aparición del ser humano siga tan inmediatamente a la aparición del fuego como el trueno al rayo.

Pues ha quedado demostrado que el ser humano posee una fuerza de resistencia mayor que la que se había sospechado; en la misma medida en que crecen sus medios crece también él; y, en este pugilato, siempre ha salido hasta ahora victoriosa la capacidad de resistir. Acercarse al ser humano resulta cada vez más difícil; lograrlo requiere una especie de preparación que toca los límites de la magia. Lanzarse rapidísimamente al asalto contra unos hombres a los que el fuego ha dejado paralizados se asemeja a una de esas hazañas circenses que sólo los más audaces y seguros consiguen realizar. Sin ningún género de duda puede afirmarse que, en esta lucha en que los ejércitos de los pueblos y los cañones, utilizados en cantidades monstruosas, se equilibran, se está iniciando una segunda modalidad de guerra, una forma superior de guerra: la de los veinte hombres que, entre diez mil, son capaces, ellos solos, de superar la fuerza de gravedad del fuego y de la tierra y de irrumpir en aquel estrato elemental —y decisivo en un sentido profundo— en que uno se enfrenta cara a cara al enemigo.

El alférez Vorbeck era, tal como me lo había imaginado, uno de esos hombres que, gracias a Dios, no son raros aquí. Pocas palabras; un puño recio; un corazón franco. Sin duda tenían ese mismo aspecto aquellos lansquenetes rubios, temerarios y bonachones que invadieron la campiña italiana a las órdenes de Frundsberger y dieron una buena paliza en Pavía a los suizos; tipos infernales y, al mismo tiempo, almas cándidas. Tienen estos hombres en su cuerpo una vitalidad que los constriñe a batirse y a pelearse por lo que ellos consideran justo. Esa vitalidad produce un efecto verdaderamente refrescante tras una época en que la norma era «vivir y dejar vivir». Cuando uno visita a esos hombres, pronto se siente contagiado por su sana risa.

Vorbeck había recibido aquella misma mañana un gran paquete de comestibles y estaba desayunando en el momento en que llegué; me invitó a participar y no me hice mucho de rogar. De una cavidad abierta

en la roca gredosa sacó también una botella y una caja de puros, de modo que pasé con él una hora muy agradable. Me di cuenta de que tenía delante de mí al hombre del que depende esta posición. Me aseguró que sus hombres eran magníficos y que aún no había tenido nunca necesidad de aplicarles su divisa: «Si tú me enseñas el trasero, yo te enseñaré los dientes»; se notaba que era la persona apropiada para tal lugar.

También le pregunté, naturalmente, por el golpe de mano que había dado y del que me había enterado por el sargento aspirante a oficial. Me dijo que pocos días antes, acompañado por su jefe de sección, el alférez Kastner, y por su ordenanza, había llegado a rastras hasta la trinchera inglesa y se había introducido en ella. Para llevar a cabo esta operación había elegido la hora del mediodía — esto es cosa que sólo se comprende si se conoce la tierra de nadie sembrada de embudos y la seguridad de los centinelas; los cuales, aturdidos a esa hora por el tremendo calor, se apoyan en el parapeto y tienen ante sus ojos otras cosas muy diferentes que el campo muerto, vibrante, que ante ellos se extiende, solitario y siempre igual, desde hace semanas. La idea de aprovechar alguna vez esa hora de somnolencia general para infiltrarse en la trinchera enemiga se le ocurre a cualquiera; es una idea tan audaz como simple, y por ello se realiza pocas veces.

Aquella aproximación a la pieza de caza, realizada a plena luz del mediodía, había tenido éxito; sin que nadie los viera, habían penetrado en la trinchera inglesa y allí se escondieron en una bifurcación cubierta de maleza. Pronto había pasado a su lado un hombre que caminaba solo y que probablemente era un centinela que se dirigía al relevo. Pero en el preciso momento en que se disponían a lanzarse sobre él para reducirlo, dio la vuelta con ojos inquisitivos —tal vez alertado por un pequeño ruido o por un oscuro presentimiento—, los descubrió y, en una acción rapidísima, arrojó contra ellos una granada de mano. Vorbeck, ciertamente, le partió enseguida el alma de un pistoletazo; pero el ruido causado por la granada de mano al estallar provocó en la maraña de las trincheras tal desasosiego que aquello parecía un avispero alborotado. Si no querían que los mataran, tenían que intentar aprovechar el instante del primer desconcierto para alcanzar de nuevo, corriendo a toda velocidad, la propia línea, situada en la linde del bosque.

Es fácil imaginar la sorpresa: tres seres humanos que de repente aparecen al descubierto en un llano cuyo único habitante es la Muerte. Eso es caza mayor. A la mencionada sorpresa se debió indudablemente el que no fueran abatidos en pocos segundos. En esta ocasión consiguieron replegarse sanos y salvos antes de que las detonaciones de los fusiles hicieran entrar en acción también a las ametralladoras. Kastner fue el único que sufrió un percance; en el momento en que saltaba dentro de la trinchera desde la parte de arriba, una bala le hizo un desgarrón en la guerrera y le rebanó la tetilla izquierda. El afectado por aquel tiro tan extraño estaba sentado con nosotros a la mesa; era un hombre flaco, profesor de letras, y explicó aquello con el mismo tono seco con que seguramente acostumbra a explicar, en tiempos de paz, los textos de Livio a sus alumnos de bachillerato.

La gente narra estas aventuras muy bien, y a menudo las he oído contar con mucha emoción; pero he observado que hay una cosa que nunca es expresada con palabras suficientemente claras en el relato: el instante en que uno, estando emboscado, divisa al ser humano a corta distancia. El estremecimiento que le recorre a uno el cuerpo en ese momento es algo que no se puede comparar con ninguna otra sensación. Sin duda ya nuestros antepasados más remotos, que aún luchaban contra animales gigantescos, tuvieron el sentimiento de que el ser humano es un adversario diferente de los demás; el encuentro con él significa una prueba durísima también para nosotros, que estamos habituados a vivir semanas enteras en medio de los horrores de la guerra. Aquí es también donde siempre se manifestará por vez primera el declive de la combatividad: durante largo tiempo la tropa podrá seguir estando en condiciones de luchar con la ayuda de las máquinas, pero ya no será capaz de soportar la colisión directa entre un hombre y otro hombre. El combate no es ganado por la máquina, sino con la ayuda de la máquina — y ésta es una gran diferencia.

Satisfecho de mi paseo, durante el cual apenas fui molestado por el fuego, regresé a nuestra línea principal de resistencia, recorriendo el Camino de Puisieux. Si es necesario, acudiré de buena gana en auxilio de los hombres de allí delante.

Línea principal de resistencia

Hoy me ha llamado la atención un extraño contraste — el que se da entre este paisaje extraordinario en que vivimos y que sin duda nunca volverá y el creciente aburrimiento que de nosotros se apodera. Todos nosotros tuvimos la sensación, cuando estalló la guerra, de que alcanzaríamos a ver con nuestros propios ojos cosas que hasta ese momento sólo habíamos leído en las novelas que describían una futura conflagración mundial. Con enorme expectación aguardábamos los sucesos que vendrían, y antes que quedarnos en casa habríamos preferido rechazar una fortuna. En aquella época casi todos los voluntarios llevaban en su mochila un cuaderno; sólo algunas páginas de él fueron escritas, y más tarde quedó abandonado en cualquier lugar, después de la primera batalla. Con frecuencia he visto cuadernos de ésos; casi siempre, en su primera página estaban escritas, con gruesos caracteres, estas palabras: «Diario de guerra»; luego venían algunas anotaciones garabateadas a toda prisa durante la instrucción impartida por los cabos, así como direcciones, cifras referentes a partidas de cartas y cosas por el estilo. Resulta casi increíble la rapidez con que el ser humano se hastía de estar participando en «acontecimientos de la historia universal».

Es, en verdad, una cosa extraña — pues qué sacrificios no haría uno por ver con sus propios ojos, por ejemplo, la batalla del bosque de Teutoburgo o el asedio de Jerusalén. Pero, en cambio, apenas nos conmueve la idea de estar asistiendo a un giro de los tiempos del que tal vez se seguirá hablando dentro de mil años. De vez en cuando deberíamos pensar en ello, sin embargo; así nos percataríamos —más allá del dolor, del hastío y del aburrimiento— del núcleo esencial en que consiste nuestra vida. Cuando uno conoce la resistencia que el ser humano opone a las exigencias históricas, parece un prodigio que pueda llegar a haber historia.

Al segundo día de encontrarnos en la línea principal de resistencia hice que me sustituyeran por algunas horas para así poder ir a la aldea de Puisieux. El tiempo era cálido y hermoso. Me llevé únicamente la máscara antigás y el bastón de paseo; el casco de acero lo sustituí por la ligera gorra de campaña. De nuevo me adentré, pero ahora en dirección contraria, por el Camino de Puisieux. Tan pronto como me fue posible lo abandoné; un seto pelado me ofrecía una mediana cobertura, de modo que salí del camino y anduve a campo traviesa; así podía contemplar desde arriba el terreno.

Todo se hallaba en calma; tan sólo dos aviones, rodeados por las nubecillas producidas por los *shrapnels,* estuvieron persiguiéndose mutuamente durante algún tiempo.

Avancé por un sinuoso sendero que atraviesa el campo de embudos que ciñe la aldea. Cuando, después de la gran Batalla del Somme, evacuamos esta región, no quedaba aquí ni la más mísera brizna de hierba; la vasta zona en que se habían desarrollado los combates estaba pelada como un lugar del Sahara. Pero, aunque las innumerables granadas habían quemado y arrancado de cuajo todas las raíces, incluso las más pequeñas, la Vida seguía estando en el suelo, gracias a los millones de semillas, y volvió a prender enseguida en la removida tierra, formando espesas alfombras vegetales. Cuando luego volvió a quedar detenida en este lugar la gran ofensiva de la primavera de 1918, la labor de los proyectiles recomenzó; primero de manera aislada, luego con una densidad cada vez mayor, grabaron sus pardas quemaduras en las alfombras verdes. Precisamente aquí, en esta zona, había quedado detenido al avance; eso se notaba en los numerosos vehículos, destrozados por los disparos, cuyos restos yacían dispersos por todos lados, y también en los cadáveres de los caballos, que ya estaban calcificados y empezaban a reducirse a menudos pedazos. Reemprender la ofensiva en este páramo fue una idea audaz; pues esta zona, en la que no hay caminos y que está llena de trincheras y setos de alambre, proporciona al defensor un bastión poderoso.

Parecido era el aspecto que ofrecía la aldea. Había allí, arrojados al borde del camino, armones de artillería cuyas partes metálicas estaban agujereadas y retorcidas; también había pilas de cajas de munición vacías, cascos perforados, fusiles rotos, mochilas desgarradas. Aquellos eran los restos y escombros de una gran ofensiva que había sido detenida por un puño de hierro, y rivalizaban con las ruinas de los edificios en obstruir las estrechas calles. En medio de tal confusión yacían utensilios pacíficos, absurdamente pacíficos: un arado, una cuchara sopera rota y una talla de madera que representaba a un santo y cuyo dorado había sido desprendido por la lluvia. El rojo pavimento de ladrillo

de los caminos había sido levantado y deteriorado por los proyectiles que allí habían hecho explosión; otros proyectiles habían dejado negras y amarillentas señales de llamas en la parte baja de las derruidas paredes.

Encontrarse solo en medio de aquellos montones de escombros era algo que le deprimía a uno. Para llegar hasta los jardines escalé la escombrera de lo que en otro tiempo había sido una casa de labor; penetré allí con cuidado, pues en los jardines hay pozos profundos cuyos brocales han sido derribados y cuyas bocas tapa la vegetación. Más de uno ha sentido en estas aldeas que el suelo se hundía bajo sus pies y ha perecido ahogado o bien se ha roto los huesos al caer y ha sido luego devorado por las ratas, que en estos lugares llevan siempre una vida muy ajetreada.

La soledad de los jardines, que parecían estar encantados y en los cuales hacía un calor bochornoso, ofrecía un aspecto más agradable. Cuando son devastados lugares en que han habitado seres humanos, pronto se instala allí el Espanto; brota de ellos un hálito que parece salir de sepulcros abiertos. Al caminante que pasa junto a ellos lo sobrecoge siempre la sensación de que allí ha quedado aniquilada una felicidad que nunca jamás volverá a florecer.

Pero la Madre Tierra triunfa, con la fuerza de su fecundidad, de todos los empeños humanos. A ella, que dispersa diez mil granos de semilla para que pueda germinar acaso uno solo, ¿qué le importan ni los hombres ni las pequeñas destrucciones que éstos causan? Allí hay un peral; un proyectil ha chocado contra su tronco y lo ha dejado reducido a astillas; pero de su tocón brota ya un haz de renuevos jóvenes. Las enredaderas han trepado por las secas ramas de su copa y las han adornado con cálices blancos. En medio de los bancales de legumbres se abre un embudo profundo; está medio lleno de agua y en ésta ha vuelto la Vida a asentarse otra vez, en forma de una verdosa capa de algas y de numerosas larvas de mosquitos que dan saltos. Y allí donde se ha conservado la tierra sólida del jardín, han irrumpido las plantas silvestres, que libran un encarnizado combate para conquistar el espacio y la luz. Los cardos —cuyas hojas parecen hechas de metal repujado—, los grasos dientes de león, los crisantemos, todos estos vegetales rebosan de energía y han conseguido sofocar ya, con pocas excepciones, a las delicadas plantas de jardín. En algunos lugares se alza todavía una col; ha recobrado su vieja fisonomía y levanta ahora hacia las alturas un retoño enorme. Un rosal lucha por escapar a la maleza que lo rodea, tan alta como un hombre; el esfuerzo que tiene que hacer para desprenderse de esa red opresora es tan grande que consume todas sus energías; las flores que echa son muy escasas y tienen pocos pétalos. También él, que hasta ahora estaba allí en su lugar, bien cuidado y ajeno a toda preocupación, ve de repente amenazada su vida. Felizmente, el arte de dar flores llenas no le ha hecho olvidar su energía primitiva. Muchas veces volverá a producir rosas; pero, si se deja aplastar en estos momentos, habrá sucumbido para siempre.

Por todas partes veía cómo el mundo vegetal se adueñaba del terreno. Las plantas se introducían, colgando, en el interior de los viejos embudos; la manzanilla, la grosella y el alhelí amarillo se habían refugiado en los restos que quedaban de las paredes; las ortigas habían tomado al asalto los montones de escombros; las losas de piedra de los caminos de los jardines habían desaparecido bajo alfombras de musgo de un color pardo dorado. Pensaba para mí que si este ansia de vivir y de crecer pudiera ser percibido por nuestros oídos, su estruendo superaría en mucho los ruidos producidos por la más grande batalla de los seres humanos.

Más tarde me metí por un agujero redondo que una granada había abierto en una pared y me encontré de súbito en un mundo del todo diferente. Era un camposanto y sobre él se había abatido la desolación como un juicio Final.

Las lápidas de las tumbas se hallaban fragmentadas; las cruces de hierro fundido, rotas; las placas de cobre —en las que estaban escritos nombres y frases piadosas—, perforadas y enrolladas como si fueran hojas. La violencia de los proyectiles había arrancado de sus sitios las pesadas losas de piedra arenisca de los panteones familiares, llenas de escudos e inscripciones, y las había partido en dos pedazos; dentro de las fosas que habían estado tapadas por aquellas losas yacían, dispersos, restos de ataúdes metálicos y rotas coronas de negras perlas de vidrio. En el centro se alzaba, junto a un ángel derribado, un oscuro ciprés de forma cónica; extrañamente, se conservaba aún en buen estado. Las hileras de las sepulturas infantiles parecían haber sido escarbadas por las garras de animales de rapiña y los pequeños rótulos de

porcelana que habían estado colocados antes en las cabeceras de esas tumbas yacían ahora dispersos por todos lados. Las ratas habían abierto por doquier sus pasadizos y sacado afuera podridos jirones de ropa. En un bloque de granito que se encontraba tirado en medio del camino estaban talladas estas palabras: *«Concession á perpétuité».*

Estuve recorriendo aquel extraño cementerio, que recordaba a una playa a la que el mar hubiera arrojado ataúdes; luego me encaminé hacia la parte más alta de la aldea, pues quería echar un vistazo a la iglesia. Lo único que de ella quedaba eran las puras piedras. Una gruesa columna que yacía medio sepultada bajo aquel montón de ruinas permitía adivinar que aquél había sido un edificio de estilo románico. Las aldeas de esta región son muy antiguas.

Desde el lugar en que me hallaba se divisaba un extenso panorama. Más allá de los blancos cimientos de la aldea, la cual quedaba en el fondo del valle parecida a un poblado desenterrado, veía en la altura de enfrente el campo de embudos, de un color verde grisáceo, por el que había venido. Los ramales de aproximación avanzaban radialmente hacía la ancha malla en que consistía el frente; iluminados por el sol del mediodía, los extremos de esa malla resultaban invisibles. La vista se extendía hasta la retaguardia del frente enemigo, pero los campos, aun los más lejanos que se podían divisar, estaban desiertos. Aisladas nubes de humo que acá y allá se alzaban hacia el cielo; como si una oculta fuerza natural las empujase, reforzaban la sensación de soledad.

De repente ascendieron unos vapores blancos; parecían surgir de un paisaje de cráteres en un astro muerto. Poco después el viento trajo hasta mí un estampido sordo, y sólo más tarde llegaron, en un orden extrañamente invertido, los aullidos de los proyectiles de grueso calibre. Si alguien había estado en los lugares en que cayeron, no le había dado tiempo a ponerse a cubierto; los proyectiles habían volado más rápidos que los ruidos producidos por su disparo. Cuando se disipó el extenso penacho de humo que se había formado, quedó a la vista un grupo de troncos pelados; sólo entonces me di cuenta de que aquello que allí delante estaba siendo bombardeado era el Bosquecillo 125. Sobre las puntas de aquellos palos semejantes a mástiles brillaron también en aquel momento, en rápida sucesión, ráfagas de *shrapnels;* eran llamitas pequeñas, que se sucedían aceleradamente y formaban bolas de vapor blanco. Su sonido llegaba apagado hasta donde me encontraba; parecían las detonaciones de una escopeta infantil.

Perdidos en la vastedad del paisaje, y separados de mí por una gran distancia, los acontecimientos que allá abajo se desarrollaban tenían un aspecto inofensivo y diminuto; me extrañó que aquella arboleda me hubiera impresionado tanto el día anterior. Si existiera un gran ser al que no le costase ningún esfuerzo abarcar de una sola mirada el espacio que desde los Alpes se extiende hasta el mar, vería todo aquel trajín como una graciosa batalla de hormigas, como un suave martilleo en una misma obra. Pero nosotros vemos únicamente una parcela minúscula, y por eso nuestro pequeño Destino nos aplasta y la Muerte se nos aparece con una figura terrible. Tan sólo podemos conjeturar que estas cosas que aquí ocurren forman parte de un gran orden, y que en algún lugar se anudan, para formar un sentido cuya unidad se nos escapa, esos hilos de los cuales pendemos y en cuyo extremo realizamos contorsiones aparentemente absurdas e incoherentes.

Achiet

Hace ya dos días que nos hallamos en período de descanso junto al terraplén del ferrocarril de Achiet. No se trata, en realidad, de un verdadero terraplén, sino de una hendidura profunda abierta en el terreno por la línea férrea. En esta zona pelada, llena de colinas suaves, esa hendidura nos proporciona, en muchos kilómetros a la redonda, el único refugio contra las miradas de los observadores que acechan desde los globos cautivos y contra los proyectiles de los cañones de largo alcance. Matorrales espesos cubren los dos taludes de esta hendidura. En el que da hacia el enemigo se han construido espaciosas galerías subterráneas y delante de las entradas se han instalado al aire libre cenadores de verano; en ellos

podemos disfrutar del buen tiempo que hace. Cuando comienzan a caer los proyectiles, nos metemos a toda prisa, con la rapidez de los ratones, en las profundidades de los pasillos de las galerías.

Yo habito un blocao, una pequeña barraca de madera que queda al nivel del suelo, aunque me han advertido que hace pocos días los cascos de metralla de una granada mataron junto a ella a un sargento. Pero tras el período de tiempo que acabo de pasar dentro de los abrigos siento, en primer lugar, necesidad de luz y de aire libre y he corrido muchos riesgos para dar satisfacción a ese deseo; y, en segundo lugar, tengo la superstición de considerar más seguros que otros aquellos lugares en que ya ha ocurrido una desgracia.

Estoy muy contento de mi vivienda; se halla medio oculta en la maleza, es seca, está resguardada de los vientos y las maderas con que está construida son viejas y sólidas. Al lado quedan todavía, desde los tiempos en que los ingleses ocupaban esta zona, algunas barracas semicirculares fabricadas con chapa ondulada.

Poco es lo que puede decirse de los alrededores; lo que vemos son las mismas colinas bajas y desnudas de árboles que hay por todas partes. A nuestra espalda queda el punto de amarre de uno de nuestros globos cautivos. Un avión inglés intentó ayer incendiarlo con proyectiles trazadores; no consiguió dar en el blanco, pero vimos cómo el observador se tiraba del globo. A pesar del fuerte viento que soplaba, aterrizó bien, pero el paracaídas lo arrastró durante cierto tiempo por el suelo. El terreno está sembrado de numerosos carros de combate destruidos e incendiados por los disparos; parecen pequeños navíos de guerra que hubieran naufragado en el fuego. Las sinuosas huellas dejadas en el blanco suelo por sus cadenas, antes de que un proyectil certero les destrozase el motor, pueden distinguirse desde gran distancia, como si estuvieran trazadas en un mapa de combate. La aldea de Achiet queda muy cerca. Se encuentra en ruinas, pero la bombardean poco; por este motivo una espesa vegetación cubre sus muros, en los que brillan por millares las flores blancas y redondeadas, parecidas a platos, del saúco.

También aquí estamos sometidos al fuego enemigo; es verdad que no nos bombardean a diario, pero lo hacen, en cambio, con piezas de artillería de marina de grueso calibre; sus proyectiles siguen una trayectoria rasante y llegan bramando con una violencia inaudita. Es probable que todas estas desgracias nos las cause un cañón de largo alcance al que todas las noches hacen avanzar por la vía del tren para que dispare contra nosotros. También hay un avión que arroja bombas de vez en cuando; no suelen dar en el blanco, pero recientemente un azar funesto quiso que una de ellas cayese en medio de quienes rodeaban a una banda del regimiento que en aquel momento estaba tocando.

Nuestros días transcurren muy cómodamente. Tenemos aquí unos mandos comprensivos que no exigen más que los servicios estrictamente precisos. Ya no ocurre lo que ocurría en los primeros años de la guerra; era indecible la cantidad de instrucción que entonces hacíamos durante las jornadas de descanso. En este punto lo más nocivo es siempre la exageración. Los hombres saben manejar bien las armas, las utilizan a diario en el combate. Basta, pues, con hacer un pequeño sacrificio, breve, pero enérgico, al espíritu de la disciplina.

Cuando uno trata con la tropa, la encuentra terriblemente cansada, aunque la intensa morenez de los rostros presta a los hombres una engañosa apariencia de salud. Muchos de los soldados pertenecientes a las últimas quintas no están aún completamente desarrollados; y como no hay posibilidad de mejorar el escaso rancho, es preciso concederles reposo, a fin de que reserven sus energías para las tareas del combate. Además, casi todos tienen metida la gripe en el cuerpo; como es lógico, en ellos tropieza con menos resistencia que en los demás. Esto explica que la gente muy joven muera con suma rapidez en los hospitales, se extinga como lamparillas, pues no posee en el cuerpo reservas suficientes. Todos nosotros tenemos la esperanza de poder gastar éstas en una única llamarada, en que se vaya a la victoria o la derrota, y no del modo lento en que ahora las consumimos.

Para hoy por la tarde había anunciado un partido de pelota; hasta hace poco tiempo este juego gustaba mucho a los hombres. Pero hoy estaban como paralíticos; apenas se movía la pelota, y quienes tenían que correr rehuían hacerlo; varias veces tuve que dar la orden de que se reanúdase el juego. Ocurría, sencillamente, que los hombres estaban demasiado cansados. En estos casos lo mejor es permitirles que se tumben en la hierba y darles una clase de teórica, o bien hacer un ejercicio de marcha sobre el terreno

para ir a ver los tanques. Es una buena ocasión para enseñarles muchas cosas.

Y tan pronto como en la cantina haya cerveza y, si fuera posible, también aguardiente, organizaremos una buena francachela en las barracas. Se contarán entonces tales chistes que .le zumbarán los oídos al capellán de la división, que vive allá atrás en Quéant, y se armará tal estruendo que los ingleses que están allí delante de Hébuterne pensarán que se les viene encima una ofensiva. Celebrará sesión la «Liga Antialcohólica»; Schüddekopf volverá a contar, adornándola mucho, la vieja historia del proyectil que, en Saint-Christ, cayó en las letrinas; el sargento Meier, que nunca pronuncia más de tres palabras al día, sacará a relucir el único chiste que conoce y que todos sabemos de memoria hace ya mucho tiempo; y yo mismo dejaré que a última hora me trasladen a mi barraca, entre grandes medidas de precaución, y allí me desvistan. Así podrán decir a la mañana siguiente:

—Oye, ¿te fijaste en el alférez? ¡Vaya curda que llevaba otra vez!

El tiempo libre de servicio lo empleo de muy diversas maneras. La primera mañana hice una excursión a caballo hasta Sapignies; fui a tomar un baño en las instalaciones que allí existen y me llevé en el zurrón ropa interior limpia. Muy cerca de donde estamos queda Cagnicourt, la aldea donde se inició el 21 de marzo de este año la gran ofensiva; los sucesos recientes parecen haber relegado ya al olvido este acontecimiento. Me di el gusto, impregnado de una melancolía extraña, de recorrer a caballo el mismo camino que entonces hicimos a pie, arrastrados por el loco entusiasmo de aquel primer día de ataque. El camino se iniciaba junto a un fosa común; en las cruces que allí había estaban escritos más de veinte nombres que me eran bien conocidos; esa tumba señala el lugar en que explotó aquel siniestro proyectil que jamás olvidará ninguno de los que entonces, como por un milagro, salieron ilesos. Y terminaba junto al mortífero lugar en que recibí, el 22 de marzo, aquella herida de la que, por causa del ardor de la refriega, no me di cuenta hasta media hora después. En treinta y seis horas avanzamos cinco kilómetros — pero aquellas horas pasaron volando, fueron como un sueño ardiente en el que se abren paisajes y ocurren cosas que escapan a toda descripción.

No puedo montar a diario a caballo, pues es preciso tratar con miramiento a los animales; también su ración de pienso es escasa. A menudo doy paseos con Domeyer, Sprenger y algunos otros conocidos de los viejos tiempos. Buscamos en el terreno nidos de perdices o bien espoletas, contra las cuales disparamos; esta diversión ha costado ya un herido grave. En las cercanías del terraplén del ferrocarril, en dirección a Ablainzeville, se encuentra un gran campamento de barracas abandonado por los ingleses; se halla medio oculto bajo grandes montones de escombros sobre los que han crecido las ortigas. Aquí dejaron los ingleses pilas de granadas y de cartuchos, que están oxidándose bajo los arbustos y las malezas. Todas las tardes vamos a ese lugar a cazar ratas. Derramamos en los agujeros pólvora de los cartuchos y luego le prendemos fuego; las ratas —unas ratas grandes y gordas, parecidas a conejillos de Indias— salen entonces disparadas. Las rematamos a bastonazos o con disparos de pistola.

Todas las noches se «cartea» —como se dice en el dialecto de Hannover— en mi barraca. Aquí el dinero apenas sirve para otra cosa que para jugárselo. De paso combatimos la gripe, es decir, trasegamos enormes cantidades de un aguardiente al que hemos dado el extraño nombre de «Este Superior»; su sabor es aún más extraño que su nombre. Hay quien dice que es alcohol metílico, pues, en cuanto uno se ha echado al coleto unos cuantos tragos, se queda profundamente adormilado. Cuando se bebe ese aguardiente suceden cosas que parecen de brujería. Así, hace poco estábamos sentados a una mesa bebiendo cuando de repente se apagó la luz por culpa de una alarma aérea. Al volver la luz, todos los que se hallaban sentados a la mesa se encontraban en la misma postura y lugar que antes; sólo el médico jefe tenía en su cabeza un enorme agujero del que brotaba sangre. Un soldado se quedó dormido en la maleza del terraplén del ferrocarril mientras andaba buscando su abrigo; allí pasó, entregado a sus sueños, un serio ataque de gases, y, como no notó consecuencias perniciosas, se jacta de haber descubierto un nuevo método para defenderse contra los gases. Domeyer se encuentra aquí en su elemento. Su entusiasmo, sin embargo, adopta a veces formas peligrosas; ayer por la noche le agujereó con disparos de pistola sus largas botas al sargento que tiene su camastro cerca del suyo; creía que estaba cazando ratas.

Achiet

Un amigo de la época escolar al que ya tenía medio olvidado y que ahora es miembro de una famosa escuadrilla de cazas se enteró de mi presencia aquí y ayer por la noche me invitó a una pequeña fiesta.

Vino a Achiet a recogerme con un coche y luego me condujo a una pequeña mansión señorial cerca de la cual está instalado el campo de aviación. La fiesta la daba el jefe de la escuadrilla, un joven teniente, para celebrar el derribo por él del vigésimo avión enemigo. Me acogieron como a un camarada más, a pesar de los peculiares celos que han surgido entre la infantería y la aviación y que en parte se basan en que cada uno considera que su misión en la guerra es más peligrosa que la del otro. Incluso nos entendimos muy bien. Sólo en una ocasión provoqué un pequeño revuelo; fue cuando hablé de «viajar a París». Esta gente no conoce la palabra «viajar»; la única que conoce es «volar». En esto se pone de manifiesto lo orgullosos que están de su nuevo arte; considero justificado ese orgullo. En otro aspecto hice la sorprendente observación de que aquí reinan una cohesión y una obvia coincidencia de pensamientos que sólo suelen encontrarse en comunidades unidas por una larga tradición. Tiene que existir un espíritu muy fuerte en unos grupos que han logrado adquirir en tan breve espacio de tiempo un perfil tan definido, un espíritu que sabe crearse poderosamente sus propias formas de manifestarse. Semejante espíritu posee una energía reproductora —pienso que en la Europa del mañana esta estirpe humana, movilizada por esta guerra, será capaz de desempeñar un papel dirigente tanto en la guerra como en la paz.

Me ha parecido entrever que estos hombres representan una forma hasta ahora desconocida de manifestarse el ser humano, una forma que vengo encontrando cada vez con más frecuencia durante el último año, a partir aproximadamente de la Batalla de Cambrai. Cuando contemplo ciertos rostros se me cae la venda de los ojos; es como si en ellos nos dirigiese su primer saludo una vida nueva, enigmática y más peligrosa, que aceptamos contentos y horrorizados.

Sé que en el arma de aviación la vida de los hombres no suele durar más de seis meses y que, por tanto, los pertenecientes a ella no hace mucho tiempo que se conocen; justo por ello me dejaron tan sorprendido la cohesión que allí reina y la fortaleza del proceso espiritual que sin duda está en el fondo de tal cohesión.

¿Qué clase de hombres son, pues, estos aviadores? Proceden de ese ejército gigantesco que, allá delante en las trincheras, está sometido a un fuego permanente, y constituyen una selección a la que ha congregado el afán de entregarse a formas de combate cada vez más audaces. También hay entre ellos soldados de caballería, figuras delgadas como yóqueis, de rostros afilados y monóculos brillantes. Se han cansado de estar inactivos en las aldeas y en las mansiones señoriales de la retaguardia y de esperar, sin hacer nada, a que se reanude el avance. Se les nota que pertenecen a familias que desde hace siglos llevan en la sangre el espíritu de los combates ecuestres y que miran con desdén, como poco adecuado a su rango, ese modo de luchar que consiste en situarse detrás de máquinas y de fusiles automáticos. Por ello se les acusa de que entienden más de cazar y disparar que de manejar los motores. Pero entre los aviadores hay también otros hombres que han nacido y crecido en las zonas llenas de humo de las grandes industrias y que desde su infancia han estado cerca de los medios y poderes propios de nuestra época. Ellos se han adentrado un poco más en este mundo nuestro que, por debajo de su superficie fría, hierve de misterios y prodigios incandescentes; estos hombres barruntan ese espíritu elemental que comienza a dar señales de vida en los átomos del acero y de los materiales explosivos y en las crepitantes chispas del encendido de una máquina. Y, sin embargo, sus pasos se orientan hacia lo sencillo; los aviadores dominan su avión como el australiano domina su bumerán. Hay, en fin, entre ellos, otros hombres en los que parecen haber resucitado, haber re-nacido de una manera extraña, los antiguos vikingos; apenas representa diferencia ninguna el que éstos de ahora suban a pájaros artificiales y los vikingos de otros tiempos subieran a naves piratas adornadas con escudos multicolores. Es cierto que han cambiado los tiempos y los medios, pero ha permanecido viva la audacia con que se enfrentan a la Muerte.

Procedan de donde procedan, a todos ellos los une la gran tensión de la lucha, ese espíritu del combate y del trabajo cruento que tal vez sea en estas pequeñas comunidades donde haya encontrado su expresión

más enérgica. Cuando uno penetra en el amplio campo de aviación, en el cual están preparados para el combate, unos junto a otros, temblorosos y rugientes, sus poderosos aparatos, siente, y de ello no le cabe la menor duda, que aquí sólo pueden resistir los corazones fuertes. Jamás estuvieron aguardando a los guerreros unos corceles más fogosos que éstos. Pero no es suficiente con que el espíritu se obligue a sí mismo a domarlos; si no percibe con placer y euforia su voz de trueno, el espíritu sucumbirá.

Sí, la gran pasión de estos guerreros es la lucha, el placer de desafiar al Destino, el placer de ser ellos mismos Destino. Eso es lo que sienten cuando, tras despegar, se lanzan hacia lo incierto como si fueran una chirriante bandada de aves de rapiña. Cuando se ciernen a unas alturas tales que desde ellas el frente aparece como una tenue red y los ojos de los combatientes de las trincheras consiguen divisarlos únicamente como una serie de puntos, en su aventurada empresa se celebran unas bodas de fuego entre el espíritu de la vieja caballería y la rigurosa frialdad de nuestras formas de trabajo. Estos hombres gozan de la ventaja de poner a prueba su energía enfrentándose a las mejores tropas del mundo en un reino nuevo, en la vastedad del espacio ilimitado cubierto de bancos de nubes. Es un torneo a muerte; en ese palenque lo único que existe es la victoria o la caída. Por eso el enfrentamiento entre ellos se parece al de unos animales que se ensañasen rabiosamente unos con otros.

Y sin embargo — hace falta algo más que audacia ciega para plantar cara a esos vuelos en círculo durante los cuales se les salpica con proyectiles trazadores, a esas cacerías en que se persiguen hasta llegar casi a rozar el suelo, a esos giros, caídas simuladas, vueltas de campana y descensos en espiral. Numerosos procesos complicados se desarrollan mientras dura ese vuelo frenético; y tal vez tenga más importancia que el lanzarse contra el adversario con la rapidez de una flecha aquella mirada de reojo, breve y preocupada, con que al mismo tiempo se rozan las temblorosas agujas de los relojes del tablero de mandos. Ello presupone una raza dotada de un cerebro frío como el hielo encima de un corazón ardiente. Por eso es de una intensidad incomparable el sentimiento de triunfo con que se ciernen sobre el enemigo que se precipita a tierra ardiendo y reducido a astillas por la presión del aire. Esta sensación de poder que todos ellos conocen es lo que los impulsa a ascender una y otra vez a las nubes.

Su vida es en muchos aspectos más cómoda que la nuestra. No conocen ni las marchas que duran semanas ni el revolcarse en medio de la suciedad, la putrefacción y la sangre. También les son ajenos los combates durante la noche o cuando hay niebla, así como las grandes mutilaciones. Con manos cuidadas, vestidos con un uniforme limpio y una ropa interior blanca como la nieve, tiran el cigarrillo y suben a sus aparatos; al cabo de una hora están de vuelta.

En las conversaciones posteriores a los vuelos es de buen tono el sacar a relucir los aspectos objetivos y profesionales de la aventura y el no entregarse al sentimentalismo, como una muchacha de servir que hubiera visto un fantasma. Esto hace que en sus charlas impere un tono seco; en ellas no encajan las cosas dudosas, no enteramente acabadas. Me producía placer verlos sentados juntos, con sus guerreras ligeras y abiertas, con sus cuellos blancos, con esos multicolores corbatines que suelen llevar y que tanto enojan al ejército de tierra. También es preciso señalar que no necesitan, para poder luchar, ese estímulo de baja categoría que es el odio. Incluso existe entre ellos y el adversario una especie de comunidad que tiende un puente por encima de los frentes trazados en la tierra, una comunidad del elemento en que se mueven y del arte que practican; es posible incluso que sea la comunidad de una misma raza activa y acometedora. Es éste un rasgo muy significativo.

Sucede a menudo —y en las zonas muy agitadas sucede casi a diario— que dejan a uno de los suyos detrás de las líneas enemigas. A estos percances se avienen como deben avenirse los soldados. Existe la costumbre de dejar una determinada cantidad de dinero para los funerales de uno mismo. Ya nuestros antepasados supieron esto: las mejores honras fúnebres son una alegre francachela. Además, ¿es que el caído no está sentado también a la mesa, a esa mesa en que lo único permanente es el cambio?

Poner esto en duda es cosa que vamos a dejársela a quienes tiemblan por su vida porque no sienten dentro de sí más que lo en ellos es mortal. Pero cada vez que uno de estos hombres voladores cae a tierra como una antorcha encendida, se da una respuesta afirmativa a una cuestión diferente de la del ser o el no ser.

Primera línea

Desde ayer por la noche me encuentro otra vez en mi sector y estoy de nuevo en mi castillo de verano, que carece de puertas. Oskar Kius, que manda ahora la Segunda Compañía y con el cual viví horas tan bellas en Hannover hace tan sólo dos semanas, me hizo entrega de ambas cosas, el sector y el castillo de verano. Tras el acto de entrega pasamos una hora juntos dentro de aquel agujero oscurísimo, sentados en el banco que hay allí. Fumamos un cigarrillo y nos entretuvimos con pequeñas bromas, que en este ambiente nos parecieron especialmente brillantes.

A veces sentimos con mucha intensidad que de las grandes ciudades permanentemente iluminadas nos separa sólo un breve viaje en tren, sólo media jornada transcurrida en un vagón restaurante. Cuando menos terrible nos parece la Muerte es cuando viene a arrancarnos de en medio de los placeres de toda índole; antes que morir en invierno preferimos morir en primavera, en la época en que están dispuestas las mesas para celebrar fiestas multicolores. Precisamente en aquellos lugares en que se encuentra cercada por la Muerte es donde la Vida brilla con colores más vivos, como los cuadros descritos por Boccaccio ante las puertas de la Florencia asolada por la peste, como el amor de los tuberculosos, como una bacanal celebrada en una nave que está hundiéndose.

Me siento feliz cuando no sufrimos bajas al hacer el relevo. Casi siempre nos cuesta sangre, y lo que causa enojo es que esa sangre no se derrame en el combate. Esta vez todo ha transcurrido felizmente; yo fui el único que pasé unos momentos desagradables a pocos pasos de Puisieux..

En estos tiempos de movimientos de masas, uno de los privilegios del jefe es que a él le está permitido caminar a solas. Yo marchaba siempre un poco más tarde que la tropa, para encontrarme realizado ya el relevo.

Inmediatamente delante del terraplén del ferrocarril vi algo que, a pesar de lo serio que era, me divirtió. Un comando de artillería aprovechaba la clara noche para segar la hierba en lo alto de una colina; los hombres que allí estaban trabajando y sus carros y caballos se destacaban del cielo como si estuvieran recortados con unas tijeras. Justo en el momento en que yo pasaba por el valle, feliz de contemplar aquella escena, estalló entre ellos una ráfaga de granadas de pequeño calibre, y todos, hombres y animales, desaparecieron en el acto, como si fueran duendes; lo único que contra el horizonte seguía destacándose era la silueta de un carro volcado.

Cuando llegué a la gran carretera que conduce a Puisieux y noté que delante de la aldea caían a intervalos bastante cortos proyectiles de grueso calibre —su eco seguía retumbando largo tiempo en el valle—, me sentí a disgusto en mi soledad y apresuré la marcha para atravesar pronto aquel sitio que no era posible rodear sin ir a parar a las malezas de los jardines, con sus pozos ocultos, sus setos de alambres espinosos y sus sótanos hundidos.

Me había fijado bien en la cadencia del tiro y había subdividido en varios fragmentos el camino que tenía que recorrer. Lo primero que había que hacer era acercarse lo más posible a aquella frontera peligrosa y aguardar la próxima explosión; luego echar a correr hasta llegar a la gran galería subterránea que en las afueras de la aldea alberga el puesto de socorro; una vez allí, aguardar a la próxima ráfaga; y, por fin, atravesar a la carrera la aldea para meterse en el Camino de Puisieux. Todo habría marchado bien si, al dar el primer salto, no hubiera perdido mi guardamapas; no quería quedarme sin él, sobre todo porque lo había heredado, durante la Gran Batalla, de un oficial de artillería inglés. Acababa de encontrarlo cuando por encima de la aldea se aproximó otro de aquellos rugidos; apenas tuve tiempo de acurrucarme detrás del tocón de un árbol cuyo tronco, destrozado por un tiro certero, se hallaba al borde del camino. En el valle, que ya estaba lleno de humo, explotaron tres proyectiles; el cuarto fue a aterrizar en la carretera. Cayó con tal virulencia que saltaron chispas y los guijarros y los cascos de metralla quedaron esparcidos por los alrededores. Aunque el peligro había pasado, intenté, arrastrado por el primer movimiento del susto, saltar al otro lado del tocón de mi árbol, pero perdí el equilibrio y caí a la cuneta, en donde quedé prendido en las secas ramas de la copa del árbol y salí malparado.

En el momento en que, más tarde, llegaba al abrigo, del que no me separaban más que unos cuantos pasos, vi que en medio de la carretera yacía alguien con los brazos extendidos. Era el centinela de las bengalas, que había sido derribado a la carretera desde su apostadero. Bajé a saltos la escalera del puesto de socorro y allí encontré al médico que estaba de guardia y que pertenecía a otro regimiento; le informé de lo que había visto e hizo que recogiesen inmediatamente al herido. Nada más echarle el primer vistazo dijo:

—No hay nada que hacer.

Para verlo no hacía falta ser médico. Un gran casco de metralla le había perforado el casco y se le había introducido en la parte posterior de la cabeza; la expresión tranquila del rostro del caído demostraba que había muerto enseguida.

No me detuve largo tiempo en aquella caverna impregnada de olor a fenol, sino que aguardé la próxima explosión de un proyectil y me apresuré a penetrar en la aldea; me sentí contento cuando pude sumergirme como un topo en los corredores de la trinchera de Puisieux. También me sentí contento cuando no necesité seguir recto aquel camino —en el Bosquecillo 125 parecía oler una vez más a chamusquina—, sino que pude torcer a la derecha y dirigirme hacia el Sector A, que permanecía en calma en medio del terreno.

Primera línea

Por la mañana me hallaba sentado de mal humor en mi banco de verano, pues aún estaba cansado de la noche, cuando oí con gran asombro que Schüddekopf silbaba una cancioncilla. Cuando un hombre nacido en los páramos de Luneburgo se pone a silbar, esto es cosa que da que pensar, igual que cuando un napolitano se vuelve taciturno. Ese hombre tiene que estar transido de una sensación de bienestar muy especial. Eso era, en efecto, lo que ocurría: a Schüddekopf «le había llegado el turno». Los hombres encargados de transportar el café habían traído a primera hora de la mañana la noticia de que se había levantado la prohibición de conceder permisos. De esta manera podrá Schüddekopf visitar durante dos semanas su pequeña granja, que está situada en el páramo entre Celle y Ülzen y en la que lo aguarda su joven esposa.

Me alegro mucho por él, pues desde que mi fiel Vinke fue herido en la Gran Batalla, y desde que su sucesor, el camarero, no regresó con el café que había ido a buscar, Schüddekopf y yo hemos convivido en el frente de una manera ejemplar. Yo hablo poco, él habla mucho menos, así es que nos llevamos perfectamente. Y, sobre todo, sé que puedo fiarme de él. Esto es muy importante, ya que el hombre armado de un fusil que más cerca me queda es él. Con su antecesor me ocurrió varias veces lo siguiente: en los momentos de peligro sabía hacerse invisible con una celeridad inexplicable. Cuando más tarde reaparecía solía contar que durante su ausencia había realizado tales hazañas heroicas y corrido tales aventuras que, en comparación con él, yo me sentía como un pobre hombre. Pero con August Schüddekopf no necesito volver la cabeza, puedo estar seguro en todo momento de que se halla detrás de mí, siempre con el mismo rostro serio. Por eso le expresé mis mejores deseos cuando, llevando encima un pesado equipaje, vino a despedirse hoy al mediodía.

Su sustituto, Otto, que ahora cuidará de mí por unos días, pertenece a un tipo humano del todo diferente. Es un buen guerrero, pero un mal soldado; tiende a ser caprichoso y aventurero, y por ello, como mínimo, llama necesariamente la atención «entre los prusianos». Y es cosa sabida que, entre éstos, siempre que alguien llama la atención la llama casi sólo desagradablemente. Creo, pues, que en tiempo de paz Otto no habría salido muchas veces del calabozo. También aquí puede decir que ha sido una suerte para él el haber venido a parar a mi lado, pues siempre he sentido debilidad por estos tipos. Es uno de esos hombres con que me encuentro repetidamente entre los voluntarios; pero a esa gente le gusta escurrir el bulto en cualquier clase de servicios. Por ello son un engorro continuo para el sargento de la compañía; en cambio, el oficial que considera —o debiera considerar— que lo decisivo es la aptitud para el combate,

se entiende mejor con tipos como Otto.

Lo conocí hace aproximadamente un año, cuando, después de la primera batalla de Flandes, nos encontrábamos en Lorena y nos enviaron refuerzos nuevos destinados a cubrir las bajas sufridas. Tal vez posea yo el don de reconocer a primera vista a los seres humanos que aún no han perdido la energía elemental; incluso diría que soy capaz de olerlos, igual que un masón huele a otro masón. También cuando vi a Otto por vez primera tuve esa sensación: «Con ese tipo pueden hacerse cosas». Esto me fue confirmado inmediatamente después, aunque de una manera inesperada. El sargento, que tenía en sus manos los documentos de traslado, me susurró por la espalda:

—Esta vez no nos han enviado un personal muy sensato, todos ellos querían escurrir el bulto y quedarse en los batallones de depósito. Ese de ahí ha sufrido sanción tras sanción, incluso ha estado ya arrestado en el calabozo.

Por ello me sentí feliz cuando poco después Otto se presentó voluntario para una operación destinada a realizar una profunda incursión en las líneas francesas. Lo seleccioné, aunque entonces teníamos muchos voluntarios, y se demostró que mi elección había sido un acierto. Aquella operación no pudo salir peor; no cogimos ningún prisionero y, en cambio, dejamos muertos o heridos en las trincheras francesas a casi todos los hombres que participaron. También a Otto lo dimos por desaparecido, pero media hora más tarde apareció. Trajo consigo una ametralladora que él solo había capturado al enemigo. Hubo disgustos con la gente del Estado Mayor y hasta el comunicado del ejército francés mencionó el asunto; la ametralladora conquistada por Otto fue lo único agradable que hubo en aquella ocasión. De aquella fecha viene una amistad que, ciertamente, encierra para mí numerosos inconvenientes.

No voy a referirme a los pequeños, pero casi diarios incordios que le puede causar a uno un tipo caprichoso como Otto, que siempre anda a la greña con sus superiores, unas veces con uno y otras con otro. Hace tiempo que habría intentado quitármelo de encima aprovechando uno de los numerosos traslados, si no hubiera sido porque siempre se interponía un combate en el cual conquistaba Otto nueva fama. No cabe duda de que hay personas que en la vida cotidiana se marchitan como peces fuera del agua; sólo espabilan cuando hay peligro y dentro de él se mueven como si se encontraran en su elemento propio.

Después de la segunda batalla de Flandes, en la que una vez más volvió a distinguirse Otto, se me ocurrió que una condecoración podría tal vez obrar milagros. En todas las profesiones se dan casos extraordinarios, hombres que se hallan condenados al fracaso cuando han de seguir los caminos trazados por el reglamento. Están perdidos si no hay en algún lugar un amigo oculto que los favorezca.

Le comuniqué al sargento que pensaba proponer a Otto, o bien para el ascenso a cabo, o bien para la Cruz de Hierro de primera clase. Enseguida noté que el sargento, al oír mis palabras, puso una cara como si acabara de morder una manzana agria. Pero, como no consentí que me apease de mi propósito, se avino, como mal menor, a la Cruz de Hierro.

No iba yo a disfrutar mucho tiempo de este éxito, sin embargo; cuando a la mañana siguiente apareció el sargento con la carpeta de las firmas, como solía hacer a diario, añadió con una sonrisa maliciosa:

—Y quiero poner además en su conocimiento que el fusilero Otto se encuentra desaparecido desde ayer por la noche, aunque no se ha llevado su equipaje; tampoco hoy se ha presentado a la hora del servicio.

Aquello constituía, desde luego, un penoso descalabro para mí y lo único que deseé fue que se hubiera marchado para siempre y no volviera a aparecer nunca más. Pero a los pocos días lo trajeron de Tourcoing, ciudad cercana a Lille, donde habíamos pasado poco antes un período de descanso. La compañía estaba haciendo instrucción en el momento en que apareció Otto; de repente sentí, antes de verlo, que todos los hombres me miraban maliciosamente, con un punto de crueldad.

Una vez que terminó la instrucción, Otto y yo marchamos a solas detrás de la columna; mientras caminábamos conseguí arrancarle la confesión de que la causa de su desaparición había sido un lío de faldas que se traía con una chica y, además, una creciente hartura de las penalidades de la vida de soldado. Todo aquello era sin duda algo muy poco pertinente, pero ¡al diablo con todo! Resolví no dejarlo

en la estacada y logré arrancarlo de las garras de un consejo de guerra; gracias a mi intervención, el jefe de nuestro batallón echó tierra al asunto y liquidó bajo mano el problema con unos cuantos días de arresto. Pero los incordios causados por Otto recomenzaron inmediatamente.

Si ahora lo he tomado de asistente, ha sido también sobre todo para alejarlo durante una temporada de las miradas del sargento. Lo necesito, además, para una pequeña operación que tengo pensado realizar pasado mañana. Pero presiento oscuramente que mis asuntos personales van a estar muy mal atendidos durante los próximos días.

Primera línea

A última hora de la tarde vino a visitarme el jefe de la compañía situada directamente a nuestra derecha, la cual pertenece a un batallón diferente del nuestro; es un alférez y quería hablar conmigo acerca del modo de defender el tramo de trinchera que separa nuestros dos sectores y que carece de guarnición.

Otto tuvo que mostrar enseguida sus habilidades y prepararnos un cazo de ponche caliente, utilizando para ello un cartucho de alcohol sólido. Mi visitante y yo nos sentamos en mi banco de verano y allí estuvimos bebiendo y fumando; como el bochorno del día continuaba aferrado a la trinchera, pronto se apoderó de nosotros esa agradable sensación de aniquilamiento que los rusos llaman, según he oído decir, «el tercer sudor». Los grillos se pusieron a cantar; mi visitante se había despojado de su guerrera y había colocado su pistola encima de la mesa. Nos sentíamos tan desfallecidos y cómodos como si estuviéramos sentados delante de una casa forestal en medio del bosque.

Me contó que en el momento de partir para la guerra pertenecía al cuerpo de zapadores y que luego se mudó a la infantería. Al comienzo de la guerra los zapadores nos llevaban mucha ventaja a los infantes en lo referente a la lucha de posiciones, una modalidad de combate que pronto iba a desempeñar un papel tan importante e inesperado. Ya en tiempos de paz habían recibido una buena instrucción acerca del modo de atacar las grandes fortificaciones y se habían familiarizado con las armas que resultan indispensables en esas tareas. Ellos fueron los primeros que trabajaron con granadas de mano y con minas, y de sus pequeños destacamentos de asalto, enviados por delante de las oleadas de atacantes, fue de donde salió luego la unidad de choque, ese puñado de hombres decididos que, cuando combaten, se atienen a una ordenadísima y rigurosísima división del trabajo y que están destinados a abrir una brecha por la cual puedan pasar luego las masas de soldados. Esta misión de los zapadores fue traspasada luego a la infantería; con ello, las dos grandes formas de combate de ésta, el fuego y el movimiento, adquirieron una complicación mucho mayor de la sospechada.

Desde el instante en que se inició la guerra de posiciones tenía que llegar para el guerrero un momento en que iba a parecerle más atractiva la actividad de los infantes que la de los zapadores; a éstos se los empleaba más en tareas de construcción que de lucha. Por ello comprendí muy bien a mi visitante cuando me contó su cambio de arma; dijo que prefería oír cómo silbaban a su alrededor las balas que no estar encargado de un parque de zapadores en la retaguardia.

Era un bello atardecer y yo estaba feliz de tener allí a aquel inesperado visitante. Pronto se le destrabó la lengua y se puso a contarme sus aventuras bélicas; lo hacía con ese tono de indiferencia que otorga una fuerza tan especial a las cosas terribles. Aquel alférez conocía la totalidad del frente, desde los Alpes hasta el mar; descubrimos que nos habíamos hallado en la misma posición ante muchas de aquellas poblaciones famosas que habían sido ardientemente disputadas. Me interesó de un modo especial el período en que había trabajado como zapador, pues sabía contar muchas cosas que hasta aquel momento me eran desconocidas. Transcribo aquí con sus propias palabras una pequeña parte de su relato:

«En Lens fue donde conocí realmente por vez primera la guerra de minas; estábamos día y noche encima de una galería subterránea cargada de explosivos, era como si nos hallásemos sobre un volcán. Por debajo del terreno se extendía una densa red de galerías pertenecientes a una explotación de carbón;

tenían varios kilómetros de longitud y ponían en comunicación los dos frentes a mucha profundidad por debajo de la superficie del terreno. Para nosotros esto era muy desagradable, pues los franceses disponían de la totalidad de los planos de las galerías de la explotación; en todo momento teníamos que estar prevenidos para enfrentarnos a patrullas enemigas que podían aparecer en nuestra retaguardia utilizando bocas desconocidas, para nosotros.

»Por debajo de las trincheras de lucha ambos bandos excavaban, partiendo de las galerías de la explotación de carbón, un denso tejido de galerías minadas. Casi a diario saltaba por los aires un tramo de trinchera; entonces había que lanzarse al asalto del embudo aún caliente, mientras de lo alto seguía cayendo una granizada de maderos y escombros. El primero que ocupaba el embudo había ganado la partida. En aquella época nos era preciso tener siempre encendido un cigarrillo; aún no poseíamos granadas de mano provistas de una espoleta de frotamiento, como ahora, sino que las granadas nos las fabricábamos nosotros mismos; de ellas pendía un pedazo de mecha al que aplicábamos el pitillo antes de lanzarlas. Tal vez usted haya llegado todavía a conocerlas, eran unas latas provistas de un mango y llenas de una carga explosiva, así como de clavos viejos y trozos de plomo. Resultaban pesadas y poco manejables, pero la persona alcanzaba por ellas quedaba hecha trizas.

»Día y noche permanecíamos abajo en las galerías, por turnos, siempre con las cargas explosivas a punto. A veces hacíamos pausas para escuchar y entonces oíamos un suave martillear, cavar y picar en todos aquellos lugares subterráneos; se parecía al ruido de la carcoma en la madera. Aquel ruido tenue y continuo nos ponía más nerviosos que el aullido de las granadas al acercarse volando durante el día. Con frecuencia el ruido sonaba muy próximo y muy claro; entonces sabíamos que un adversario invisible y medio desnudo estaba realizando muy cerca de nosotros un trabajo en el que se jugaba la vida. Quién aplastaba a quién y lo dejaba para siempre enterrado en aquellas profundidades era cosa que a menudo se decidía en cuestión de segundos. Muchas veces he estado acurrucado en el agujero, con el micrófono al oído, intentando espiar el instante en que los del otro lado interrumpían su trabajo con el fin de acercar a rastras las cajas de dinamita. Con el paso del tiempo se fueron volviendo cada vez más cautos y hacían que algunos de sus hombres siguieran trabajando hasta el último segundo para así tapar el ruido causado por el arrastre y colocación de las pesadas cargas explosivas. Vivíamos como sobre un barril de pólvora encendido, tendría usted que haber estado allí. En una ocasión apenas tuvimos tiempo de encender la mecha y echar a correr. La explosión fue tan fuerte que la onda expansiva mató a dos hombres que estaban trabajando en un pasillo transversal a trescientos metros de distancia.

»Al día siguiente, mientras estábamos trabajando en un sitio distinto, nos ocurrió algo demencial. De repente la tierra desapareció delante de nuestras azadas, la lámpara de acetileno quedó sepultada y ante nosotros se abrió un gran agujero. Antes de que nos diéramos realmente cuenta de lo sucedido, oímos a muy corta distancia unas voces nerviosas — habíamos topado con unos zapadores franceses. Como es natural, nos tiramos inmediatamente al suelo. Éramos tres; yo, que entonces era sargento aspirante a oficial, y dos zapadores; la única prenda de vestir que éstos llevaban encima eran los pantalones y se encontraban completamente desarmados. La situación era muy desagradable; olía a humo de cigarrillos y a sudor y se sentía casi corporalmente que allí muy cerca se hallaban al acecho seres humanos. Usted conoce esos instantes que preceden al combate cuerpo a cuerpo; uno jadea, pero maldice, por otro lado, la necesidad de inspirar aire. Estábamos completamente a oscuras; en medio de aquellas enormes masas de tierra se me ocurrió pensar que estaba dentro del hoyo ya excavado de mi sepultura.

»Así permanecimos a la expectativa una hora por lo menos, sin hacer el menor movimiento. Uno de los del otro lado cometió por fin la estupidez de disparar. Ahora yo tenía un blanco y vacié el cargador de mi pistola. Simultáneamente saltó hacia adelante uno de nuestros zapadores, un minero de Westfalia, y golpeó con su azada. Encendí la linterna de bolsillo y miramos a nuestro alrededor. Eran dos los franceses que allí había y los dos habían sido alcanzados por mis disparos. Dada la angostura del pasillo era casi imposible, por otro lado, no acertar. Los dos estaban muertos; a uno lo había rematado el golpe de la azada.

»Aquel desenlace feliz hizo que recobrásemos el ánimo y, como nos sentíamos picados por la curiosidad, decidimos inspeccionar un poco, en dirección al enemigo, aquel pasillo que tan de repente se había abierto delante de nosotros. Hay situaciones en que el miedo casi nos derrite; cuando estamos

metidos en ellas deseamos no volver a incurrir jamás en ninguna ligereza. Pero apenas hemos escapado sanos y salvos, tornamos enseguida a sentirnos eufóricos y, más tarde, hasta las encontramos divertidas. Avanzamos, pues, con grandes precauciones por aquel pasillo y pronto notamos una corriente de aire y oímos un ruido lejano que era como un zumbido.

»Él azar nos había regalado un descubrimiento importante. Hacía ya tiempo, en efecto, que sospechábamos la existencia de una central eléctrica subterránea, la cual, alimentada con el carbón que allí quedaba tan a mano, proporcionaba luz a las posiciones francesas y también la corriente necesaria para explosionar las malditas minas. El ruido que nosotros oíamos era sin duda el de aquella central. La corriente de aire se debía probablemente a un ventilador destinado a extraer el aire viciado de aquellos lugares subterráneos en que se trabajaba y se habitaba y que estaban bien protegidos contra cualquier clase de proyectiles.

»A la luz de la linterna de bolsillo dibujé en mi libreta de partes un croquis y emprendimos el camino de vuelta. Arrastramos los dos cadáveres hasta nuestro lado y luego camuflamos con tierra el agujero, de modo que pareciese que allí había habido un derrumbamiento. Informé de todo aquello a mi capitán, al cual se le ocurrió una buena idea. Solicitó del parque de zapadores el envío de un buen número de bombonas de acero llenas de gas comprimido; aquella misma noche llevamos las bombonas al sitio en que habíamos topado con los franceses. A la mañana siguiente, provistos de aparatos de escucha, volvimos al mismo lugar. Habíamos pedido a nuestra artillería que a partir de una determinada hora bombardease las salidas de la mina de carbón. Una vez abajo, dejamos expedito otra vez el agujero, introdujimos por él las bombonas de gas y las abrimos. Por el momento no corríamos ningún peligro, pues el ventilador aspiraba el gas con mucha rapidez; con nuestros aparatos de escucha podíamos percibir claramente su zumbido.

»Al cabo de un rato sucedió lo que habíamos previsto. Durante unos breves momentos dejó de oírse el ruido; luego recomenzó. Una vez pasado el primer instante de sorpresa, los franceses habían invertido la marcha del ventilador; intentaban empujar hacia nosotros el gas para que nos asfixiase. Cerramos entonces el agujero con todo cuidado y nos pusimos tranquilamente a desayunar, sin quitarnos los cascos de escucha. Un cuarto de hora, más o menos, estuvimos oyendo el zumbido del ventilador; es probable que el motor siguiera funcionando sin que nadie lo vigilase. Luego el zumbido se hizo más débil y al final enmudeció. Más tarde nos enteramos, por boca de prisioneros franceses, de que la guarnición había quedado totalmente liquidada, como si se tratara de una bandada de ratas, y que durante meses permanecieron apestadas todas las instalaciones de la mina de carbón. El fuego de nuestro artillería ocasionó también bajas entre el personal que afluía en masa por las bocas de las galerías».

Así estuvimos charlando hasta que se hizo tarde. Acompañé a aquel zapador en el camino de vuelta a su sector y de ese modo pude realizar acto seguido mi ronda nocturna por la posición.

Cuando regresé, las trincheras seguían llenas del bochorno del día, que pesaba como plomo. Largo tiempo estuve despierto en mi camastro, dando vueltas en la cabeza a las cosas que el zapador me había contado. Me habían hecho percatarme de que, en nuestros días, la voluntad de lucha lanza a los seres humanos unos contra otros no sólo encima de la tierra y debajo del mar y allá arriba en el aire; esa voluntad de lucha llega también hasta los abismos de la tierra. ¿Es que acaso no somos una generación plutónica que, cerrada a todos los goces del ser, está trabajando en una subterránea fragua del futuro? Eso que nosotros creamos, y eso para lo que nosotros mismos somos creados, sin duda se revelará mucho más tarde de lo que ahora podemos sospechar. Y tal vez seamos nosotros mismos los que más asombrados nos quedemos cuando lo veamos.

Primera línea

Al salir esta mañana de mi abrigo exploré el tiempo que hacía con el mismo cuidado con que lo

examina el cazador que se propone salir a batir una pieza de caza mayor. Cuando uno ha estado cuatro años en el campo de batalla, lleva el tiempo atmosférico en la sangre; pero hoy, hasta el habitante de una gran ciudad le habría notado al sol —se deslizaba liso y claro, como un disco de latón, por el borde de la trinchera— que se disponía a dar vida a una jornada calurosa y sin nubes. Esto me puso de buen humor, pues proyectaba realizar una patrulla para la que necesitaba una visibilidad total y un bochorno que aplastase bajo su peso la capacidad de vigilancia de los centinelas. Para permanecer alerta yo mismo, no recorrí la trinchera de lucha, como solía hacer, sino que me metí otra vez en mi abrigo, cuyas húmedas paredes exhalaban el frescor de un sótano.

Allí estuve mirando con suma atención un pequeño mapa trazado desde un determinado lugar del terreno por el jefe de uno de nuestros pelotones. En aquel mapa estaba dibujado el pequeño tramo de trinchera lindante con el sector muerto acerca del cual estuve charlando anteayer con el zapador. La trinchera se abomba allí, formando un embudo enorme; sus paredes han sido talladas para dejarlas perpendiculares. De esta manera se ha logrado un espacio redondo en cuyas paredes se han construido, excavando en la tierra, pequeños búnkeres Sigfrido. En ese agujero se aloja el pelotón del flanco derecho de nuestra compañía, el cual mantiene allí apostado día y noche un centinela, siempre con el fusil en la mano, y envía cada hora una patrulla a recorrer el tramo de trinchera en que no hay guarnición. El pelotón vivía muy tranquilo hasta hace pocos días; sólo de vez en cuando caía cerca de aquel lugar un disparo de *shrapnel.* Pero una mañana el centinela oyó un silbido lento e inusual y apenas tuvo tiempo de ver, antes de tirarse al suelo, una bola negra cuya forma y dimensión correspondían aproximadamente a las de una pieza de una libra de peso; aquella bola cayó al suelo en un lugar situado a sus espaldas y enseguida reventó, produciendo una especie de relámpago.

Esto se repitió en los días siguientes; había jornadas en que sólo en dos o tres ocasiones enviaba el enemigo esas bolas, pero otras veces lo hacía casi cada hora. Esto provocó entre los hombres un desasosiego, no muy intenso, pero continuo. En una ocasión el proyectil fue a caer sobre las cacerolas del rancho, que justo en aquel momento habían sido depositadas encima del través; la sopa cayó al suelo como si fluyese de unas regaderas. En otra ocasión una de aquellas bolas quemó y desgarró el capote que el jefe del pelotón había extendido sobre el talud de barro para que se secase. Y, por fin, los cascos de metralla habían herido gravemente a un hombre de la patrulla enviada por la compañía de nuestra derecha y fue preciso evacuarlo a la retaguardia.

Un silbido anunciaba, casi siempre con bastante antelación, aquellos proyectiles, que no volaban muy rápidos; pero los hombres se veían forzados a estar siempre prevenidos, con el fin de lograr ponerse a cubierto a tiempo. El nerviosismo se apoderó de ellos y se encogían, asustados, cuando un pájaro' volaba sobre la hierba o en algún lugar del frente sonaba un disparo lejano. Una mañana de niebla salieron, moviéndose a campo descubierto, a buscar uno de aquellos proyectiles y consiguieron desenterrar algunos que no habían estallado.

Encontraron unos pequeños cilindros de hierro colado, perforados en su parte central por un tubo rayado. También nosotros poseemos esa clase de proyectiles; son granadas pequeñas que se fijan en el cañón del fusil y son proyectadas por la energía del disparo. Con ellas se pretende alcanzar a un adversario que se haya ocultado en la tierra a una distancia superior a la del alcance de las granadas de mano.

En este caso los disparos resultaban doblemente fastidiosos, pues una ligera elevación del terreno impedía divisar el lugar desde donde se hacían. Por ello era imposible pagar con la misma moneda; si se hubiera podido hacer, las relaciones habrían quedado regularizadas en cierto modo, como sucede en todos aquellos lugares en que no sólo se recibe leña, sino que también se la reparte.

A continuación estuve mirando con la lupa las fotografías aéreas, pero las encontré tan sembradas de embudos que no me fue posible reconocer nada en ellas. Ni desde otros sitios de nuestra trinchera ni tampoco desde el sector vecino resultaba posible divisar la zona que quedaba detrás de aquella pequeña elevación del terreno, cuya altura no sobrepasaba la de un hombre puesto de pie. Para poder ver la pendiente del otro lado hubiera sido necesario colocarse de pie encima del borde de nuestra trinchera; tal vez así se hubiera podido observar algo — pero el observador, desde luego, no habría podido contar luego

lo observado.

Si se quería estropear la fiesta a aquellos tiradores era preciso, por tanto, acercarse a ellos con sigilo durante la noche, o bien arrastrarse con precaución, de día, hasta la cresta de la pequeña colina y matar de un disparo a uno de ellos. Estuve examinando con todo detalle el terreno y me pareció que era posible efectuar una aproximación a la luz del día. Desde los tiempos de la Batalla del Somme la zona avanzada de este área se encuentra llena de trincheras derruidas, algunas de las cuales conducen derechamente desde nuestra posición hasta la posición enemiga. Uno de esos viejos ramales de aproximación atraviesa, como si fuera una raya rectilínea, la cresta de la pequeña colina. Las inclemencias atmosféricas han hundido y medio borrado el mencionado ramal, de forma que lo único que de él queda es un surco no muy profundo de color pardo; por ambos lados comienza ya a cerrarlo la maleza que crece en la tierra de nadie. Ese surco me pareció la vía apropiada para realizar una aproximación sigilosa. El estudio de los detalles de mi plan me llevó bastante tiempo, pero al fin decidí ejecutarlo. Elegí el día de hoy y la hora del mediodía, pues en ese momento es cuando más adormilados se encuentran los centinelas.

A las doce me dirigí, pues, hacia el ala derecha de mi sector para abandonar allí la trinchera. Me acompañaba Otto, que llevaba mi arma, una carabina corta provista de mira telescópica.

—Esto le pone a uno de buen humor —dijo Otto.

—Sin duda esto le gusta a usted más que pasar el cepillo por las polainas —le repliqué, al tiempo que señalaba mis polainas de vendas, en las que se acumulaba el barro en pesados trozos.

Me despojé del cinturón e hice que Otto me cerrase bien los pasadores, para no quedar prendido por culpa de ellos en algún lugar. Até la pistola a un largo cordón de lana trenzada y me la guardé en el bolsillo superior derecho de la guerrera. Los dos nos quitamos luego los cascos, pues, a pesar de la capa de pintura gris que los cubría, sus reflejos podían resultar peligrosos a la luz del día. Del color de nuestros rostros no nos preocupamos; estaban tan quemados por el sol que, a pocos pasos de distancia, necesariamente se confundían con el suelo.

Todos los detalles los había tratado ya a fondo con Otto, de manera que, nada más llegar al lugar previsto, pudimos saltar por encima del parapeto. El avance teníamos que realizarlo deslizándonos como serpientes, esto es, apoyándonos más en las costillas que en los miembros. La zanja tenía al principio cierta profundidad, mas, para atravesar los anillos de un rollo de alambre que con sus espinosas espirales obstruía la zanja en el sentido de la longitud, nos fue preciso serpentear. Más adelante nuestros hombros quedaron a la altura del borde de la zanja y la única cobertura de que dispusimos fueron las hierbas repletas de flores que allí había.

Intercalábamos largas pausas y, tras ellas, volvíamos a avanzar a rastras, procurando siempre no mover de su sitio ni siquiera el tallito de una hierba. El suelo de barro estaba agrietado y tan caliente que casi nos quemaba las manos. El recio olor de la tierra y el fugaz aroma de las flores recocíanse juntos en aquella zanja como en una sartén plana y producían un intenso olor a fermentación; es éste un olor que sólo se llega a percibir cuando uno está de bruces sobre la tierra, como un animal, en días tan calurosos como éste. Otto me seguía inmediatamente detrás; yo no oía el menor ruido, sólo de vez en cuando sentía que su cabeza chocaba con las suelas de mis botas. Así fuimos ganando terreno lentamente, hasta que al final llegamos a lo alto de aquella pequeña elevación. Había allí un embudo reciente; sin duda lo había abierto un proyectil de espoleta muy sensible, pues era plano como un nido de cigüeñas y las llamaradas del proyectil habían quemado la hierba de los alrededores dejándola como un fieltro negro. Justo delante del embudo crecía un grupo de matas de cardos; el tamaño de sus flores rojizas era muy grande, flores de cardo tan voluminosas como aquéllas sólo las he visto aquí, donde desde hace años no pasan ni el arado ni la guadaña.

Poco a poco me fui deslizando dentro del embudo y, una vez en él, miré por encima de su borde. Las plantas formaban allí una especie de pared; para abrirme una ventana tuve que sacar la navaja y cortar un cardo. Hube de hacerlo sin producir el más mínimo ruido y tomando toda clase de precauciones, pues era muy posible que el adversario estuviera apostado a dos pasos delante de nosotros. Tras cortar el tallo con cuidado, lentamente fui haciendo desaparecer, centímetro a centímetro, la mata dentro del embudo.

Sólo entonces pude tener una visión de conjunto. Abajo en la llanura se extendían inertes las trincheras enemigas; sus perfiles danzaban en el aire ardiente que centelleaba por encima del suelo. De la muy ondulada línea enemiga salía, perpendicular a ella, una trinchera recta que ascendía por la pendiente de enfrente y venía a acabar a unos treinta pasos de donde nos encontrábamos. El final de esa trinchera estaba fortificado con alambres de espino y caballos de Frisia; por ellos había trepado la hierba, y al secarse había formado una pantalla de color amarillo pardo. Aquél era sin duda el apostadero del centinela enemigo. Me había imaginado que así serían las cosas: se trataba de la misma trinchera cuyos restos nos habían ofrecido cobertura a nosotros mientras realizábamos nuestra sigilosa aproximación. Pero en el lado enemigo no estaba muerta, sino que, hasta el lugar en que se hallaba apostado el centinela, la habían mantenido en buen estado. Tantas veces habíamos cortado con nuestros fusiles apuntados el punto desde el cual parecían salir los proyectiles enviados por el enemigo y tantas veces habíamos determinado la intersección de esas líneas, que había sospechado algo semejante a lo que estaba contemplando. Ahora veía también que una patrulla nocturna habría tenido poco éxito, pues, hasta su mismo punto de arranque, aquella trinchera avanzada estaba protegida tan densamente por alambradas que, sin una preparación artillera previa, parecía casi inatacable.

El puesto del centinela se destacaba del terreno con la claridad de un dibujo, mas el centinela mismo era totalmente invisible. Yo había contado con que, sintiéndose seguro, el centinela enemigo hubiera asomado al menos la cabeza, dejándola al descubierto; pero la maraña de los alambres repletos de hierbas ocultaba como una pared el final ciego de la trinchera, en el cual se encontraba sin duda el centinela. Sólo un poco más allá quedaba al descubierto un tramo pequeño —tal vez no tendría más de dos metros— del piso de la trinchera. Podía verlo desde arriba; era una delgada franja de barro endurecido por las pisadas y desaparecía enseguida detrás de un recodo. Esta observación no parecía importante y podía ser también la única hasta la puesta del sol; pero si se quiere estar al acecho del ser más peligroso del mundo no se puede reparar ni en tiempo ni en fatigas. Decidí, pues, aguardar y no apartar los ojos de aquel sitio.

Me puse cómodo y levanté un poco una pierna; Otto, que estaba tumbado inmediatamente detrás de mí, entendió enseguida la señal que le hacía, pues sentí cómo sobre mi muslo se deslizaba el cañón de la carabina. La elevé hasta donde yo estaba, quité el seguro y, echándome sobre el costado izquierdo, coloqué la pequeña placa de apoyo para el tiro a distancia. Nuestras carabinas son cortas y su cañón está casi completamente recubierto de madera, de forma que apenas poseen partes que puedan brillar. Por ello me atreví a empujar hacia adelante la carabina, con mucho cuidado, hasta que la boca del cañón quedó entre las matas —de los cardos. Lo único que quedaba por hacer era situar en el centro de la retícula de la mira telescópica la parte del piso de la trinchera que me era visible; una vez hecho esto, todo estaba a punto. Miré mi reloj de pulsera y me fijé bien en la hora.

¿Habría realmente un ser humano al acecho detrás de la pared de color amarillo pardo de allá abajo? No se oía ni un carraspeo, ni una tos, ni una de esas palabras o canciones susurradas a media voz con que los centinelas procuran entretener su aburrimiento — ni siquiera se oía el ruido que se produce cuando un hombre que está apoyado en el parapeto levanta un pie y se apoya en el otro. En el silencio del mediodía, y a tan corta distancia, yo habría oído el menor sonido.

Pero nada se movía ni daba señales de vida. En un determinado momento se puso a cantar una cigarra de gran tamaño, pero enseguida volvió a callarse, como asustada por su propio ruido. Más tarde apareció una bandada de mariposas de color azul celeste y empezó a jugar alrededor de las cabezas de los cardos; me parecía percibir el sonido que hacían al mover las alas. Oía el tic-tac de mi reloj y también el ruido con que, a causa del calor, caía del borde del embudo un granito de arena. No corría el menor soplo de aire y, sin embargo, una ligera onda se deslizaba de vez en cuando sobre la superficie multicolor: el Bochorno hacía una excursión.

El bochorno nos abrasaba el cráneo, ponía incandescentes el cerrojo y la chapa de la culata del arma y se aposentaba en el embudo como en la tapadera de un horno, de modo que el orden de los pensamientos comenzó a fundirse como cera. Mas por debajo del juego de los pensamientos —un juego que se extraviaba por caminos muy singulares, como ocurre en los momentos anteriores al instante de quedar dormidos— estaba al acecho la Voluntad, como un animal en un paisaje por encima del cual pasan nubes y bandadas de pájaros. Y la Voluntad se ponía en pie de un salto, con toda rapidez, cuando los tallos de

las hierbas rozaban entre sí o el oído comenzaba a entregarse a sensaciones engañosas.

Más que una reflexión, era una intuición la que nos decía: pese a la inmovilidad de este terreno muerto, detrás de esas matas de hierba está escondido un ser humano. Este sentimiento no me dejaba tranquilo un solo instante, aunque ya habían pasado más de dos horas. No me engañaría.

De repente sonó un ruido que resultaba extraño en aquel campo a la hora del mediodía; era como un tintineo causado por un roce, semejante al que se produce cuando un casco de acero o un arma rozan con los taludes de la trinchera. Sentí una mano crispada que me asía la pierna y oí detrás de mí una respiración sibilante. Durante aquellas horas Otto había estado escuchando detrás de mí con la misma atención tensa con que yo lo había hecho. Estiré el pie hacia atrás para advertirle y en aquel mismo instante una sombra de color amarillo verdoso cruzó, de atrás adelante, el sitio de la trinchera que me era visible. La aparición se esfumó en un abrir y cerrar de ojos, pero había sido claramente reconocible. Una figura humana de elevada estatura, vestida con un uniforme de color terroso, la cabeza cubierta con un casco plano algo caído hacia atrás, las dos manos aferradas al fusil que, sujeto por la correa, colgaba del cuello. Sin duda había sido el centinela que venía a hacer el relevo. Ahora pasaría un tiempo brevísimo antes de que el relevado, en su camino hacia la retaguardia, apareciese en aquel mismo lugar. Volví a enfilar el sitio con la mira telescópica, colocándolo en el centro de la retícula.

Entonces fue cuando el tiempo empezó a hacerse interminable. Detrás de la pantalla de hierbas se inició un murmullo, interrumpido a veces por una carcajada reprimida o por un tenue tintineo. Luego se elevó una minúscula nubecilla de humo — sin duda había llegado el momento, el centinela relevado había encendido una pipa o un cigarrillo para fumárselo durante el camino de vuelta. Inmediatamente después apareció, en efecto; primero enseñó el casco de acero y luego el cuerpo entero. No era tan alto como el otro; tal vez fuera un irlandés o un hijo de los suburbios de Londres. No tuvo suerte. Justo en el momento en que quedaba en la línea de mira se dio la vuelta una vez más y se quitó de la boca el cigarrillo; probablemente quería decirle al que se quedaba alguna cosa que se le había ocurrido durante los pocos pasos que había dado. No llegaría a pronunciar una sola palabra, pues mi hombro, mi mano y la culata de la carabina estaban rígidamente unidos justo en aquel instante, y también en ese mismo momento el centro de la retícula cortaba el bolsillo que aquel hombre llevaba cosido en el lado superior izquierdo de su guerrera; tan claramente se destacaba aquel bolsillo que su tela parecía tocar la boca del cañón del arma. El disparo le arrancó de la boca la palabra que pretendía decir. Lo vi desplomarse; y como había visto ya desplomarse a muchos otros, supe que no volvería a levantarse. Cayó contra el talud de la trinchera y allí se derrumbó; no estaba ya sujeto a las leyes de la vida, sino únicamente a las de la gravedad.

Inmediatamente después bajé la cabeza, que sobresalía por encima del borde del embudo, y empujé hacia atrás la carabina, que me fue arrebatada de las manos por Otto. Ahora podía correr peligro nuestro propio pellejo. Por ello, sin volvernos a mirar, intentamos desandar a rastras el camino de antes, utilizando el mismo surco por el que habíamos venido. Alguien en el otro lado sopló repetidas veces un silbato; luego se oyó un ruido especial, como de hojalata, al que siguió una explosión. Por encima de nuestras cabezas se elevaba, en volutas ensortijadas, la nube de humo producida por la explosión, mientras que a nuestro alrededor se alzaba del suelo una polvareda. Era una granada de fusil; la habían disparado con una trayectoria tan elevada que su tiempo de combustión había terminado mientras aún se encontraba en vuelo. Las balas de una ametralladora emplazada mucho más atrás pasaron en aquel momento como un látigo por entre las altas hierbas. Pero nosotros habíamos ganado ya la pendiente del otro lado y nos bastaron unos pocos saltos para llegar al lugar seguro representado por nuestra trinchera.

Sin volver la vista atrás me dirigí a mi abrigo, penetré en él y me arrojé sobre el banco; quería descansar hasta el atardecer. Allí estuve fumando cigarrillo tras cigarrillo y viendo en la penumbra cómo el hilo del humo ascendía recto, se expandía luego al llegar al techo y empujaba hacia sus rincones a las arañas de largas patas.

Durante la noche fui perseguido por un sueño que me ha atormentado con bastante frecuencia en los abrigos. Un ser humano avanza amenazador hacia mí; yo tengo encarada mi arma hacia él e intento disparar. Lo veo aproximarse cada vez más y me esfuerzo en tirar, pero mi voluntad no se transmite al

arma. Con terror acabo descubriendo que ésta no se encuentra cargada o que se ha transformado en un instrumento completamente inadecuado, como, por ejemplo, una pala o una pipa.

Primera línea

Durante la noche estuvimos oyendo cómo bombardeaban el Bosquecillo 125 con granadas de grueso calibre. El tiro se concentraba en ráfagas cortas y con ello adquiría la violencia propia de los elementos de la Naturaleza. Era como si el ruido fuera causado por unos puñetazos muy fuertes — demasiado fuertes como para lanzarlos contra seres humanos. Hacia el amanecer se desencadenó una tempestad; una acumulación de nubes pesadas la había anunciado ya el día anterior. En aquel momento parecía que nos encontrásemos dentro de una caldera enorme contra la cual cayesen martillazos a la vez por arriba y por abajo. Esto me trajo a la memoria aquella inolvidable noche de la Batalla del Somme en que la Guardia tomó al asalto Maurepas, también durante una tempestad, mientras nosotros, que nos encontrábamos entre las ruinas de Combles, pensábamos que iba a hundirse el mundo.

Echado en mi camastro, me hallaba en un estado de duermevela y esto hacía que el estruendo adquiriese un matiz onírico y siniestro. Una batería enemiga desplazó su tiro hacia la izquierda; en las cercanías de mi abrigo empezaron a caer y explotar proyectiles, provocando un balanceo del húmedo suelo y haciendo que de las paredes de mi estrecho agujero se desprendiese la arena. Dado el estado de agotamiento en que me encontraba, sólo por breves instantes conseguía desvelarme y entonces me parecía que un animal terrible caminaba fuera por el campo, en medio de la tempestad, y buscaba a tientas mi cueva para desgarrarla como si fuese un indefenso nido de pájaros. Luego se me cerraban otra vez los ojos, pero en sueños continuaba teniendo la misma sensación y mi oído percibía todo lo que ocurría. En una ocasión entró precipitadamente en mi abrigo el centinela, que estaba calado hasta los huesos, y me informó de que había visto ascender un cohete rojo; pero yo seguí echado, contento de no ser el jefe de la compañía de reserva, que ahora, en medio de aquel temporal, se vería obligado a tomar una decisión. Inmediatamente después oí una tormenta de fuego desencadenada por nuestra artillería; poco después se calmó, sin embargo — aquello no había tenido, sin duda, ninguna significación especial.

Por la mañana el paisaje ofrecía un aspecto gris e inhóspito; la tempestad había traído consigo un considerable descenso de la temperatura. Continuaron cayendo de manera intermitente fuertes chaparrones, que no permitían ver nada. Cuando Otto me traía el café, oí cómo se abría paso chapoteando en charcos de un pie de profundidad; de la cortina hecha de plantas que cierra la entrada de mi abrigo caía a chorros el agua al suelo de la trinchera. En el lugar en que el borde de ésta cortaba el cielo gris, lo único que los ojos veían eran nieblas y lloviznas; se oía un gorgoteo monótono, interrumpido a veces por el ruido causado por las pellas de barro al caer arrastradas por la lluvia; bandadas de insectos medio ahogados invadían mi habitáculo. Todas mis viejas heridas me dolían, y por ello no tenía ningunas ganas de salir fuera a mojarme; torné, pues, a envolver mis piernas en la manta y así permanecí hasta que terminé de redactar el llamado «Parte matutino». Me documenté principalmente en mi fantasía, ya que la libreta de partes del oficial de servicio en la trinchera parecía haber caído varias veces al agua y resultaba imposible descifrar lo allí anotado, aunque uno pusiera en ello su mejor voluntad.

Luego tiré el café que me había traído Otto, pues tenía sabor a barro, y me preparé una taza de té; para ello recurrí a las reservas de una lata que arrebaté al enemigo durante la Gran Batalla y que suelo utilizar con mucha parsimonia. Aquella era una mañana apropiada para dedicarme a repasar la «esponja» — así llamamos aquí a las extensas circulares, de contenido casi siempre técnico, en cuyo encabezamiento se encuentran las palabras «Muy urgente» y que solemos dejar en un rincón cualquiera del abrigo, donde acaban formando un montón. El trato que damos a esos papeles se rige, pues, por la regla que dice que no existe ningún asunto urgente que no se vuelva más urgente todavía cuando se lo deja reposar. Uno acaba echando su firma en aquellos papeles y remitiéndolos a otro sector de la compañía, donde sufren la misma suerte. Es la guerra de documentos, que durante los combates de posiciones ha alcanzado unas

proporciones desmesuradas; el soldado del frente no suele hablar especialmente bien de ella.

Tampoco hoy he podido por menos que mover desaprobadoramente la cabeza al ponerme a estudiar a fondo, dentro de este mísero habitáculo en que vivo, en cuyo techo comenzaban ya a acumularse las gotas de agua, los mencionados papeles, que no ofrecían muchas novedades. Cuando uno lee estas instrucciones que descienden hasta los últimos detalles y se extienden a la construcción de las letrinas, a la recogida de las vainas de los cartuchos y los tapones de corcho, a las fechas en que hay que arreglar la cola a los caballos, cuando uno lee estas diez mil reglas y prescripciones, no puede dejar de sentirse asombrado de la enorme cantidad de energía que aquí se despilfarra. Las innumerables demandas que nos llegan de los electricistas, de los mecanógrafos, de los encargados de las palomas mensajeras, de los artistas de variedades, de los operadores de cine, de los sepultureros, de los responsables de las instalaciones de baño, de los mozos de las cantinas, de los cartógrafos, de los bibliotecarios de campaña y sabe el cielo de cuánta gente más, todas esas demandas nos permiten adivinar la gran cantidad de peso muerto que gravita sobre esta forma de hacer la guerra. El número de los soldados combatientes disminuye día a día, mientras aumenta cada vez más el número de esa gente — parece ser algo inevitable.

Quién sabe cómo acabará todo esto. Nos internamos cada vez más en las profundidades de la guerra; se ha llegado a un estado de equilibrio en el que está excluida una decisión rápida e inequívoca. A veces pienso que con nuestra partida para el frente comenzó una guerra de cien años; la imagen de la paz parece lejana e irreal, como un sueño o un país situado en el Más Allá.

Primera línea

El tiempo ha mejorado. Sigue habiendo mucha agua dentro de las trincheras, pero la lluvia las ha liberado del calor bochornoso que en ellas se acumulaba. El enemigo ha dejado de bombardear con granadas de fusil al pelotón que ocupa nuestro flanco derecho. Parece qué los ingleses han retirado su centinela avanzado.

Una vez más hoy hemos experimentado que es preciso observar con todo cuidado cualquier cambio que se produzca en la posición. Un enlace que regresaba hacia la retaguardia ha recibido un balazo en la parte posterior de la cabeza; el percance ha ocurrido en la trinchera que une mi abrigo con la primera línea y en la que hasta ahora no habíamos sufrido ninguna desgracia. La única explicación de este hecho es la siguiente: la lluvia ha arrastrado el reborde de esa trinchera y esto le ha permitido al enemigo divisar su interior; esa trinchera sigue ligeramente la pendiente inclinada que conduce al valle. Nos habituamos al peligro igual que se habitúan a él los obreros que trabajan en las fábricas de pólvora y olvidamos con mucha facilidad las precauciones que es preciso tomar. Para tratar de impedir esas vistas al enemigo y camuflar el movimiento del personal hemos colocado encima de las trincheras numerosas estacas de las que cuelgan alambradas entretejidas de hierbas.

Durante la última noche ha sido alcanzado por un disparo en el Camino de Puisieux un caballo que arrastraba un carro cargado de minas. El carro debía llegar hasta la Trinchera del Seto, donde está escondido un lanzaminas de grueso calibre destinado a proteger el Bosquecillo.

Antes, cuando un disparo mataba un caballo, éste quedaba allí tirado, se hinchaba y apestaba la zona, hasta que se lo recubría con clorato de cal. Hoy, por el contrario, es como si viviéramos en un país habitado por buitres. Primero desaparecen grandes trozos de los lomos y de los cuartos traseros, y en el transcurso de un solo día queda separada de los huesos la casi totalidad de la carne. Esta va a parar a las cazuelas; proporciona un caldo muy consistente. También hoy ha ocurrido lo mismo. Otto, que es un auténtico lansquenete, se enteró enseguida, como es natural, del feliz suceso y se trajo la lengua del caballo; nos la hemos comido chupándonos los dedos.

Vivimos como en una fortaleza sitiada en la que hay que echar mano de los últimos recursos.

Línea principal de resistencia

Ya han transcurrido los dos días que nos toca pasar en la línea principal de resistencia. El comienzo fue alegre, pero el final ha sido triste.

La cocina nos trajo el primer día una gran cantidad de vino caliente; en una aldea de la retaguardia habían descubierto, dentro de un sótano inundado artificialmente, un gran depósito de vino y lo habían repartido entre la tropa. Lo habían preparado ateniéndose a la regla que dice: «raro, pero copioso»; pude, pues, enviar al Bosquecillo a un hombre armado con una cacerola llena de vino caliente; quería proporcionarle a Vorbeck un buen trago. Sabía que el vino sería bien recibido allí, pues por la tarde habíamos observado que entre los pelados troncos del Bosquecillo estallaban sin interrupción las granadas —todos los demás lugares de la zona permanecían en calma—, y que, cuando nuestra artillería contestó, empezaron a subir por los aires, trazando espirales, numerosas bengalas que luego caían formando estrellas dobles de color verde. De vez en cuando habían cruzado nuestra trinchera un enlace o una angarilla transportada por camilleros; y aunque nosotros estábamos tranquilamente sentados al sol de la tarde, teníamos la impresión de que las cosas no marchaban bien del todo. Sin embargo, el fuego decreció al atardecer, y pudimos disfrutar de nuestro vino caliente. Parecía estar preparado con un blanco de Burdeos de óptima calidad; además, un cocinero lleno de buenas intenciones, y más preocupado de la eficacia que del sabor, lo había reforzado añadiéndole aguardiente de ciruelas. Esto nos trajo a la memoria los pródigos tiempos que pasamos en Champaña, cuando disponíamos de bodegas intactas y llegamos a adquirir, a la edad de veinte años, unos conocimientos tan extensos de los vinos, que nuestros abuelos nos los habrían envidiado. La velada fue muy agradable en todo caso; habían aparecido Sprenger y Domeyer y, con las guerreras desabrochadas, chupaban como abejorros.

Hacia el amanecer ocurrió algo muy divertido; unas cuantas granadas que desprendían una humareda poco corriente provocaron una falsa alarma; de repente, tras habernos colocado las máscaras antigás, nos encontramos acurrucados alrededor de la mesa; parecíamos un corro de fantasmas marinos borrachos, provistos de unos enormes ojos saltones y unos picos fantásticos.

Der Stollen ist gemütlich wie ein Sarg.
Verwegne Brut drdngt sich im Neste.
Wir jagen Welt durchs Hirn, die Zeit ist karg,
Ein andrer sduft vielleicht die Reste.

Grobrindiges Gebdlk, Qualm, Schreie, Stahl;
Der Schnaps macht wie ein Axthieb trunken,
Berauscht wie Explosion, kurz und brutal;
Wir leben dreifach, Blut spritzt Funken.

An scharfen Köpfen meisselt Kerzenlicht.
Wir sind die Könige der Stunde,
Markante Rasse, Sprung steckt im Gesicht;
Tod steht, Lakai, in unsrer Runde.

[La galería subterránea tiene las mismas comodidades que un ataúd.
En el nido se apretuja una pollada temeraria.
Hacemos correr velozmente al mundo por nuestro cerebro, el tiempo es escaso.

Tal vez otro se emborrache con los restos.

Toscos maderos, humos, gritos, acero;
El aguardiente nos emborracha como un hachazo,
Nos embriaga como una explosión, breve y brutal;
Vivimos por triplicado, nuestra sangre echa chispas.

La luz de las velas esculpe cabezas afiladas.
Somos los reyes del momento,
Una raza señalada; en nuestro rostro se esconde el salto;
La Muerte, como un lacayo, nos rodea.]

Nadie tomará a mal que aquí, sumidos en la concavidad de la ola, entre peligro y peligro, agarremos por los pelos la Vida, en la medida en que nos es posible. Son pocas nuestras alegrías. En realidad sólo tenemos una: beber y divertirnos en compañía de los camaradas. Cada vez puede ser la última vez; por ello disfrutamos con una fruición salvaje, como si fuera la única vez. Aquí alargamos nuestras manos hacia todos los frutos que se nos ofrecen, para volver a extraerles todo su jugo, y sentimos con un placer muy especial la acelerada circulación de la sangre en nuestras venas. La embriaguez es para nosotros una pregunta que hacemos a la Vida; cuando a esa pregunta se le da, de una manera desenfrenada, una respuesta afirmativa, nos sentimos reconfortados. En comparación con los guerreros de otros tiempos, hoy morimos de un modo muy amorfo, muy solitario — por ello sentimos tanto más intensamente el afán de demostrarnos a nosotros mismos, en una hora de euforia, que aún queda en nosotros, frente a la Muerte, algo de aquella polícroma magnificencia que el hombre valiente tiene el don de revelar ante el cuadrilátero cerrado.

Me gustaría creer, por tanto, que ese pobre muchacho que hoy por la mañana ha muerto inesperadamente en medio de nosotros, aún pudo disfrutar ayer de una hora durante la cual quedó sustraído a este ambiente implacable que nos rodea. La mañana era tranquila; sólo en la aldea y en el Bosquecillo caían algunos proyectiles aislados. Bien porque en el lado enemigo cometieran un error al apuntar, bien porque la carga de pólvora estuviera completamente mojada o no la hubieran pesado con cuidado, lo cierto es que, de repente, cayó un proyectil certero en el lugar en que el Camino de Puisieux cruza la línea principal de resistencia; y precisamente allí se encontraba en ese momento delante de su abrigo un hombre que estaba revisando el cañón de su fusil, que acababa de limpiar.

Me comunicaron que él era el único que estaba en la trinchera, ocupado con su fusil, y que, inmediatamente después de la explosión, la onda expansiva lo arrojó lejos y bajó rodando, con una horrible herida en el cráneo, los pocos escalones del abrigo, dentro del cual estaban durmiendo otros dos hombres. Allí dentro todavía se desarrolló una escena breve, pero fantasmal. Mientras vendaban aquel cerebro destrozado, éste pareció recordar, en los escasos segundos que precedieron a su desintegración, una canción militar; desde la oscuridad de la tumba, por así decirlo, el moribundo empezó a cantar una estrofa de aquella canción.

El rumor de estos percances se propaga con mucha rapidez por la trinchera. A los cinco minutos de ocurrir la desgracia me encontraba ya en el lugar del suceso y adopté las medidas precisas. Esto es importante, pues un hondo abatimiento se apodera de la tropa cada vez que la Muerte irrumpe de un modo tan inesperado. Cuando llegué habían sacado ya al muerto a la trinchera y sus camaradas se hallaban allí de pie rodeándolo. Habían intentado vendar la herida, pero las vendas quedaban rápidamente empapadas de sangre y cubrían la cabeza como un tampón rojo e informe. También en este caso me llamó la atención esa postura de grandeza y de calma que es peculiar de los caídos al poco de morir. Esa postura se expresaba tal vez en las manos, que yacían medio cerradas encima del pecho, o tal vez, también, en el

modo de estar tendido el cuerpo, que nunca vemos en los que duermen. A menudo tengo la impresión de que en el muerto se conserva por breve tiempo la huella de un esfuerzo que lo reviste de una gran dignidad y establece una distancia inmensa entre él y nosotros.

He contemplado ya muchos cadáveres, pero no he podido acostumbrarme a su visión; también hoy por la mañana, al inclinarme sobre el muerto, me sorprendí a mí mismo adoptando una conducta extraña, que ya he observado varias veces en mí. Mis ojos se acomodaron para mirar a lo lejos, como si, mientras miraban aquel objeto cercano, no pudieran verlo con claridad. También los pensamientos están como paralizados en ese momento. Es como si por un instante se hiciera visible la entrada de una cueva y luego volviera enseguida a cerrarse. Tal vez los muertos posean una fuerza secreta, irrefutable.

Todo esto resulta enigmático y sin duda es bueno olvidarlo pronto. También he observado que en presencia de los muertos se revela la diversidad de las razas. Había allí un hombre perteneciente al pelotón del caído, un hombre llegado de alguna de nuestras provincias orientales, y que sin duda era un pietista o un seguidor de alguna secta, pues comenzó a tocar el cadáver y a hablarle y consolarlo con una voz especial. A mí aquello me resultaba extremadamente desagradable y antinatural. También los demás pensaban, al parecer, lo mismo que yo. En todo caso, oí inmediatamente estas secas palabras, que aprobé en secreto: «Cierra el pico». Ellas interrumpieron aquel irreverente balbuceo.

Achiet

Rumores extraños recorren el frente. Uno ve cómo la gente forma cortos y junta las cabezas para transmitírselos y también participa personalmente en esa forma de intercambio de noticias cuando encuentra a un viejo conocido. Se trata de la gran ofensiva contra Reims, en la que tantas esperanzas habíamos puesto y que de repente parece haber quedado sepultada sin brillo ninguno, como tantas otras esperanzas de esta guerra. Varias veces hemos vivido ya la misma situación; esto mismo ocurrió sobre todo con el ataque a Verdun: se empezó a hablar cada vez menos de él y poco a poco se fue transformando en un movimiento defensivo, hasta que quedó engullido por el trueno de la Batalla del Somme. Entonces ocurrió lo mismo que está ocurriendo ahora, los comunicados del ejército adoptaron el mismo cauto lenguaje. Y, sin embargo, los acontecimientos tenían entonces un cariz diferente. Habíamos intentado atrapar al enemigo, habíamos elegido para ello nuestro punto más fuerte; y aunque el golpe fallase, qué importaba, pronto demostraríamos de un modo enteramente distinto nuestra capacidad. Hoy no ocurre eso. Las circunstancias son las mismas, pero ya no las vemos de igual forma.

Hace poco me hallaba delante de la puerta de mi blocao y tuve una sensación muy peculiar cuando Bert concluyó con estas palabras una larga conversación que habíamos tenido:

—Las cosas marchan mal, puedes creérmelo. Ahora les llega el turno a los norteamericanos, que avanzarán como avanzamos nosotros en 1914.

Puedo afirmar que fue en ese instante cuando por vez primera me asedió este pensamiento: «¿Y si perdiéramos la guerra?».

Es un pensamiento completamente inverosímil; hasta que se llegue a la conclusión de la paz tendría que estar castigada con la pena de muerte la mera enunciación de esa idea. Y, sin embargo, se ha despertado dentro de mí; la resistencia que le he opuesto ha sido sorprendentemente escasa. Creo que durante estos días les ha ocurrido a otros muchos lo mismo que a mí.

Tampoco aquí donde estamos nosotros parecen marchar las cosas de la mejor manera. Ayer por la tarde, cuando ya teníamos listo el equipaje para partir hacia la posición, llegó la orden de que provisionalmente nos quedásemos donde estábamos. Corre el rumor de que es inminente una ofensiva; tal vez se quiera evitar de esa forma el relevo y mantener en estado de alerta unas tropas bien descansadas. Hasta ahora hemos tenido siempre que pagar caras las jornadas de descanso como éstas. Aprovecho el tiempo para poner en orden mi correspondencia.

«Querido Fritz, muchas gracias por tu carta. ¿Qué tal les va a tu pulmón y a tu brazo? Aquí nos encontramos en una posición tranquila; tengo tiempo de recuperarme de mi última herida y de recordar los hermosos días pasados en Rehburg. Casi siempre estamos al aire libre; el sol se porta bien y nos ha puesto de color cobrizo, como los indios.

»Por lo que me dices, estás tan restablecido que de vez en cuando puedes llevar al frente un tren con tropas de repuesto. Tu carta me ha mostrado que, tal como están evolucionando las cosas, esa tarea comienza a ser muy desagradable y uno puede verse envuelto en situaciones de tanta responsabilidad como las que se dan en el combate. Fuego de fusilería desde el tren, gritos salvajes, motines, amenazas: todo eso me ha traído a la memoria la obra de Zola *La débâcle,* cuyas escenas nunca creímos que pudieran darse entre los prusianos. Puedo imaginarme que te sintieras muy a gusto tras haber entregado a su división aquella banda de gente, una cuarta parte de la cual se había volatilizado.

»En la zona que queda al alcance del fuego enemigo no aparecen esas dificultades que tú has tenido; pero es bueno ocuparse de ellas con cierto detalle, al menos en teoría, especialmente porque no existen instrucciones precisas sobre este punto. Las normas del Reglamento hablan siempre del soldado tal como éste debe ser. En lo que se refiere a las excepciones, la única norma que recuerdo es una sobre el modo de tratar a los borrachos; me pareció tan clara que difícilmente cometerá ningún error nadie que la haya leído una sola vez. Precisamente esas cosas, las borracheras, ocurrían con frecuencia en tiempo de paz; tal vez el mando considerase imposibles unas situaciones como las que tú describes. Con todo, no es tan difícil resolverlas.

»En un caso como el tuyo y, en general, en cualquier situación en que haya indicios de una revuelta colectiva, se propaga un ambiente de inseguridad; al jefe no le es lícito dejarse contagiar por él. Si uno interviene con rapidez, casi siempre saldrá bien del paso con pocos medios; cuanto más tiempo deje sueltas las riendas, mayores fatigas le costará resolver el problema. Si uno ve que resulta inevitable la confrontación directa, es preciso entonces provocarla personalmente: uno puede elegir así el lugar y el momento más propicios. Hay que intentar crear el caso concreto, precisamente eso que se llama "establecer un ejemplo".

»Si uno está decidido, nunca le faltarán fuerzas para llevar a cabo lo que se propone. En los más de los casos bastará con recurrir a los suboficiales. Se solicita de ellos el nombre de los dos o tres cabecillas, se lleva uno consigo al compartimiento unos cuantos hombres armados y se aguarda la llegada a la próxima estación. Allí uno ordena a la tropa que se apee; si lo hace con tumultos y gritos, elige al tipo más alborotador y fuerte, se acerca tanto a él que no quepan dudas sobre quién es el interpelado y en voz bien alta le da una orden tajante; por ejemplo, que se desprenda del correaje o que vuelva a su compartimiento. Si no obedece, se recurre de inmediato a las armas.

»Sin embargo, cuanto más decidido esté uno a emplear la violencia, tanto menos necesitará hacerlo. Seguramente se producirá un gran silencio y se formará un amplio semicírculo en torno al interpelado; éste se verá así reducido a su simple persona, mientras que al jefe lo respaldará la autoridad del Estado. Se arresta al tipo y se hace entrega de él al jefe de la estación. Luego se ordena a la tropa que forme, exigiendo que se guarden todas las formalidades del campo de instrucción, y se la cuenta de cuatro en cuatro — ése es el mejor medio de despertar rápidamente el sentimiento de una unión articulada y de subdividir la masa en pequeñas unidades. A los hombres cuyos nombres fueron dados antes por los suboficiales se les ordena que se pongan en primera fila; si se produce el menor incidente, también a ellos se los arresta. Ahora ha llegado el momento de que el jefe pronuncie una pocas palabras, en el caso de que se crea capaz de hacerlo; de lo contrario, es mejor dejarlo. Salgo garante en todo caso de que, si has despachado el asunto con la calma necesaria, la gente leerá en los ojos tus deseos durante todo el tiempo que quede de viaje.»

Primera línea

Pese a todo, ayer por la noche hicimos el relevo. La orden de realizarlo llegó tan repentinamente como la de que nos quedásemos donde estábamos. El sector lo encontramos sin cambios. Parece, sin embargo, que sigue habiendo motivos de inquietud, pues durante toda la noche tuvimos que realizar patrullas delante de las alambradas. También yo estuve patrullando con Otto de un lado para otro durante dos horas; oímos toser a los centinelas ingleses, pero encontramos desierta la tierra de nadie. Precisamente ahora nos ha venido bien sumergirnos otra vez en el desierto. Basta con adentrarse un poco en la retaguardia para que la vida torne a verse rodeada de mil sujeciones, compromisos y dudas. Todas esas cosas desaparecen en la zona de fuego.

En el transcurso de los últimos años he pasado al aire libre tantas noches de verano que apenas puedo acordarme de cada una en particular, a no ser que en ella se llegase a un combate cuerpo a cuerpo con el enemigo. En mi memoria todas las noches se funden en una única noche. Ya ahora, cuando durante los días de permiso en casa hojeo mis Diarios, leo aquellas anotaciones como si estuvieran redactadas por la mano de otro.

En la memoria permanece, sin embargo, algo especial, que uno nota tan pronto como se adentra al descubierto en el campo de batalla. La guerra tiene su olor peculiar, su «viento» propio. Uno lo reconoce, de igual manera que, cuando sueña, se acuerda de sueños hace mucho tiempo olvidados. La guerra es uno de los ámbitos en que uno redescubre los sonidos primordiales; por ejemplo, el de la brisa, que va y viene vagando por los campos con pasos cada vez más ligeros, cada vez más apagados. No hay melodía más honda que ésta.

Primera línea

Schüddekopf ha regresado de su permiso. Al darle la bienvenida, los camaradas le han gastado las bromas que se suelen gastar a un recién casado. Estoy muy contento de que haya vuelto. En los últimos días Otto había sometido mi paciencia a unas pruebas muy duras. El único uso que de Otto puede hacerse es utilizarlo para que tire granadas de mano a las seseras de los ingleses; siento curiosidad por saber qué clase de ocupación se buscará en tiempo de paz. Hace poco he tenido en mis manos su documentación: educación en un centro tutelar, antecedentes penales por desórdenes públicos, peleas, injurias a funcionarios, contrabando. Cuando se trata de tomar al asalto un nido de ametralladoras, todas esas cosas son, a fin de cuentas, pequeñeces, y a nadie le preguntan por ellas. Pero en tiempo de paz las cosas volverán a ser diferentes.

Sería necesario disponer siempre de países donde se pudiera dar una ocupación a tipos como Otto. Contemplar cómo precisamente estos hombres dotados de unas energías tan poderosas y salvajes degeneran o, en el mejor de los casos, emigran, es un triste espectáculo. El rango de un sistema es proporcional a la cantidad de energía elemental que es capaz de acoger y emplear. No es eso lo que ocurre en los pequeños Estados actuales; en ellos predominan las castas de los tenderos y los escribientes, mientras que los soldados se han convertido en una especie de funcionarios. Quienes, viviendo en esos países, carecen de habilidad para hacer buenos negocios o buenos exámenes escolares, lo pasan mal. Esas cosas atrofian la libertad e impiden que el hombre crezca derecho. Uno nota eso en el hecho de que, incluso aquí, dentro de los abrigos, a veces lo angustian malos sueños en los que sueña que está sufriendo un examen. Tal vez un proyectil certero que cae en las cercanías lo despierta de uno de esos sueños; entonces respira aliviado al comprobar que no está realizando un examen, sino que se encuentra aquí, en Picardía, a doscientos metros de los ingleses.

Tal vez cambien las cosas, sin embargo; ganaremos la guerra y seremos dueños de vastos territorios. En las zonas periféricas siempre hay cosas que hacer; en todo momento se necesitan allí hombres. También hay en ellas muchas ínsulas, y ya Don Quijote sabía que éstas son uno de los distintivos del dominio. Si yo fuera gobernador general de Madagascar, me atrevería a dar ocupación allí a doscientos tipos como Otto; no se aburrirían un solo día.

También sería posible que penetrásemos por otras vías en el espacio en que ejercen su dominio los elementos. Nuestros medios se vuelven cada vez más osados y peligrosos, adquieren una relación cada vez más estrecha con el poder. En cosas parecidas a éstas estuve pensando hace poco, cuando traté a los aviadores. En un Estado que necesitara tripulaciones para veinte mil aeroplanos se podría colocar sin duda a muchos de estos hombres que tienen como una de sus peculiaridades el romperse más la crisma en tiempos de paz que en tiempos de guerra.

Achiet

Acabamos de vivir unas jornadas sangrientas. El período que pasamos en la posición transcurrió sin acontecimientos excitantes. Felices de poder dedicarnos a descansar a gusto, estábamos el primer día en la línea principal de resistencia cuando comenzó a animarse el ambiente. Primero hubo, como siempre, intensos bombardeos que duraron varios días; apenas podíamos pegar ojo y pronto nos encontramos en ese estado de ánimo que tiene semejanzas con el mareo que se padece en los barcos. La evolución y el agravamiento de los sucesos fueron lógica consecuencia de los preparativos.

Todo el mundo conoce el estado de ánimo que se apodera de una tropa que, tras ser relevada, ha regresado de la posición de lucha y se ha acomodado en trincheras situadas mucho más atrás. La presión que antes ejercía, excitando y abrumando los sentidos, la inmediata proximidad del enemigo, la situación del lugar y el continuo estado de alerta, comienza a ceder y deja paso a una necesidad de sosiego. Sin duda no ha desaparecido la posibilidad de que nos veamos obligados a realizar una intervención súbita; pero ésta depende ahora de unos azares más complicados que cuando estábamos en la zona avanzada, y eso tranquiliza el ánimo. También es ahora más pesado nuestro sueño; cuando estábamos en la primera línea era tan ligero que el menor ruido lo interrumpía, haciendo que los durmientes alargasen la mano hacia las armas, una cosa que se había convertido en una férrea costumbre. Por su lado, el despertar se asemeja aquí al que se disfruta en las mañanas de los domingos tras una dura semana de trabajo. Uno mantiene vínculos con el lugar en que se encuentra y son pocas las cosas que tiene que hacer; por ello se ocupa en nimiedades de toda índole para llenar un tiempo que puede volver a considerar como algo que le pertenece en propiedad. Los pelotones se sientan juntos en los apostadores o se colocan en cuclillas delante de las entradas de las galerías y se dedican a charlar; la gente fuma con deleite su pipita y lee su correspondencia. En los rostros hay una expresión como de víspera de fiesta, semejante a la que tienen los campesinos que, tras el trabajo de la jornada, se reúnen ante las puertas de sus casas; esa expresión dulcifica los rostros endurecidos por la intemperie, las fatigas y los sobresaltos. Detrás de un través suenan las prolongadas notas de una ocarina; acá, un soldado talla con la navaja su bastón, que se ha convertido en el acompañante imprescindible del hombre de las trincheras; allá, otro soldado intenta transformar la banda de conducción de una granada —banda que es de cobre— en un abrecartas que tal vez continuará conservándose todavía, varias generaciones más tarde, en un rincón de una casa campesina de los páramos de Luneburgo. No tenemos nada que beber — ¿qué otra cosa podemos hacer? La gente retorna a los hábitos sencillos del hombre primitivo; estar tumbado al sol, sentir directamente como un goce el correr del tiempo, pensar poco y dedicarse, a lo sumo, a una afición sencilla — en las aldeas lacustres de tiempos remotos los hombres no habrán vivido de modo muy diferente al nuestro, tras haber regresado de la caza o de la lucha.

Ese estado de ánimo es el que nos domina también hoy. Estoy en mangas de camisa y me encuentro sentado sobre una escalera de salida en el rincón del Camino de Puisieux, enfrascado en la lectura de una novela titulada *La pequeña rosa de los bosques o una persecución alrededor del globo terráqueo.* Debajo de donde estoy, Schüddekopf, en cuclillas delante del abrigo, raspa con su navaja de bolsillo de uso múltiple la capa de mugre que suele depositarse en las mangas de mi guerrera durante el período que pasamos en la posición. Por encima de nosotros, en una cavidad abierta en el talud de la trinchera, a la que se sube por una pequeña escalera, está de pie el centinela de las bengalas; es un huesudo alemán del

norte, típico de esa zona, y desde hace dos horas el único movimiento que ha realizado ha sido para golpear su pipa contra la culata del fusil y volver a encenderla. De vez en cuando pasa una figura gris, que camina con esos pasos lentos y arrastrados corrientes en la trinchera. La atmósfera es sofocante y reina un silencio total; la única excepción la constituye un murmullo tenue y lejano; a veces caen cerca algunos grandes proyectiles, y esto hace que el oído vuelva a recordar ese murmullo. Sobre las vastas praderas se extiende un olor a hierba quemada; aquí abajo, sin embargo, lo único que vemos son los socarrados taludes amarillos de la trinchera, cuyos granitos de arena brillan como cristales y caen a veces al piso formando pequeños riachuelos que hacen pensar en un reloj de arena. El Tiempo parece estar detenido. Pasarán aún muchas horas antes de que se acerque el carro de la cocina; su aparición nos causa siempre alegría, primero porque uno nunca se siente harto, y en segundo lugar porque es preciso que exista algo con lo cual enlazar alguna expectativa.

De repente abre la boca el silencioso centinela:

—Bengalas verdes sobre el Bosquecillo.

En estos días el color verde significa fuego de exterminio; por sí sola una bengala verde no es algo que deba ponernos nerviosos. Ocurre con bastante frecuencia que la guarnición de un tramo de trinchera solicita fuego a nuestra artillería para procurarse un poco de alivio. Pero resulta extraño que no sea más intenso el tiroteo. También nuestra artillería parece creer que se trata de uno de esos costosos fallos que suelen darse cuando el oficial de servicio en la trinchera coge un cartucho equivocado. Sólo cuando allá delante asciende a los aires una segunda estrella doble, a la que siguen otras con breves intervalos, entran en acción algunos cañones de campaña; parecen pequeños gozquecillos y son siempre los primeros que se ponen a ladrar. Pronto enmudecen, hasta que la aparición de nuevas bengalas les arranca una nueva serie de descargas. Los artilleros suelen afrontar estos incidentes con más sangre fría, pues el sentimiento de seguridad crece con la distancia.

Hemos subido a los apostaderos y desde allí dirigimos nuestros ojos hacia el Bosquecillo. No percibimos en él nada inusual; lo único que hay es un tenue penacho de polvo que se agita encima de las peladas copas de los árboles. Parece que allí caen, de manera aislada, proyectiles de grueso calibre; no son un indicio de que el enemigo esté preparando un ataque. Pero tal vez son tan molestos que nuestros hombres de allí delante esperan el alivio de que nuestra artillería bombardee las trincheras enemigas.

En el caso de que existiera realmente una amenaza de ataque, los ingleses bombardearían sin duda la aldea y también a nosotros; pues cuando se quiere acogotar en serio a alguien, se suele comenzar por bloquearlo, es decir, por separarlo cuidadosamente del mundo exterior y de todos los apoyos. «Fuego de destrucción» es la expresión correcta para decir lo que ahora parece estar sucediendo allí. Por este motivo podemos observar muy pocas cosas. Los proyectiles de grueso calibre penetran profundamente en la tierra, y sólo de vez en cuando vemos cómo una rama o un madero dan vueltas por los aires. En los primeros tiempos de la guerra habríamos creído ver infaliblemente en esos objetos a seres humanos lanzados a lo alto, pero ahora nuestra fantasía no es ya tan calenturienta.

Lo más desagradable es el sentimiento de responsabilidad, que siempre provoca un estado de ánimo lleno de dudas e inquietudes. ¿Debo dar la alarma?, ¿enviar hacia adelante una patrulla?, ¿aguardar sencillamente? Aunque una situación concreta pueda parecer muy simple, resulta siempre de una lacerante complejidad cuando las cosas se ponen serias; siempre tiene uno la sensación de haber olvidado algo muy importante. Se cometen, además, negligencias increíbles, cuya única explicación está en ese estado de ánimo tan fuera de lo corriente. El Bosquecillo ha vuelto a ocupar una vez más el centro de la atención. Es seguro que en la retaguardia se están celebrando ya conversaciones telefónicas que van y vienen de un lado y de otro. Poco después aparece también un avión; durante algunos minutos da vueltas encima del Bosquecillo como un águila que viera amenazado su nido; luego desaparece en línea recta.

Por el Camino de Puisieux aparece más tarde el primer ser humano que viene del Bosquecillo; es un enlace y marcha a ver al jefe de las tropas combatientes. Se le nota que viene directamente del fuego; su guerrera está desgarrada y en su ennegrecido rostro ha trazado el sudor unas rayas blancas. Nos pide agua y Schüddekopf le tiende una cantimplora; sin respirar se la bebe entera. No conseguimos sacarle demasiadas cosas, sólo que el Bosquecillo está siendo bombardeado con granadas de grueso calibre,

«rompedoras de galerías», como él las llama, y que allí yacen, tendidos de espaldas, numerosos hombres que han inhalado gas. Desaparece y media hora más tarde vuelve a pasar junto a nosotros; lo acompaña una unidad de camilleros que llevan a la espalda aparatos respiratorios.

Los enfermeros regresan a última hora de la tarde. Arrastran angarillas fabricadas con lonas, en las que yacen hombres de mirada fija y rostros colorados como las cerezas. De vez en cuando los depositan en el suelo y los alivian haciéndolos respirar de pequeñas bombonas de oxígeno. Este traslado de los intoxicados tiene algo de angustioso y turbador; es como si uno estuviera viendo a unas hormigas ocupadas con sus crías; transportan a otro sitio las larvas. De las grandes granadas se han escapado gases de óxido de carbono; se han acumulado en el sotobosque, donde no corre el aire, y han irrumpido luego en las galerías como arroyos venenosos.

También pasan delante de nosotros, caminando despacio y sin ruido, soldados con heridas que sangran; como nieve se destacan de los sucios uniformes las vendas. Son pocos, de todas maneras, pues el número de heridos es escaso cuando caen esos proyectiles de grueso calibre. A quien ha sido alcanzado por alguno de sus grandes cascos de metralla no se le puede prestar ya, de ordinario, ninguna ayuda. Pero, acá y allá, la onda expansiva arroja a un hombre contra un árbol, o una rama desgajada derriba a un segundo, o astillas de madera que vuelan de un lado para otro hieren a un tercero. Cuando uno mismo se encuentra en el lugar bombardeado no ve muchas de estas cosas, pues allí cada cual procura ponerse a cubierto, en la medida en que le es posible. Donde de verdad se nota la eficacia del bombardeo es aquí, donde se congregan las víctimas. Los más de los heridos parecen tan turbados e idos que no oyen las palabras que les gritamos. Otros se quedan parados y dan la impresión de estar borrachos, pues, nerviosos y riendo, cuentan multitud de cosas incoherentes. Conocemos bien ese estado de ánimo. Uno nos dice, al pasar, que un poco más allá hay un hombre tendido en la trinchera. Enviamos dos hombres a que le presten auxilio y traen a rastras una figura humana inerte en la que no podemos descubrir ninguna herida. Tal vez sea alguien intoxicado por el gas, o acaso un desertor que ha sufrido un ataque al corazón; también es posible que la onda expansiva de una granada le haya roto algún vaso sanguíneo. Lo dejamos encima de un través.

El tránsito de personas va disminuyendo poco a poco. Ha empezado a oscurecer y seguimos sentados en el cruce de trincheras formado por el Camino de Puisieux. La tarde ha pasado con una rapidez notable. Los hombres tienen deprimida la moral, pues en la oscuridad las trincheras se pueblan de misterios y los peligros parecen multiplicarse y acercarse más todavía. Cuántas veces hemos estado ya sentados como ahora en la oscuridad, unos junto a otros, antes de un asalto o de un ataque. Los hombres encargados del rancho traen una orden del jefe de las tropas combatientes: «¡Hasta las seis de la madrugada de mañana, alerta reforzada!». Schüddekopf lleva de un lado para otro el papel en que está escrita la orden y lo trae luego, una vez que lo han firmado los jefes de sección y de pelotón. Probablemente no sucederá nada; sin embargo, se generaliza un desasosiego que, en el silencio del atardecer, se percibe casi como un roce corporal.

A hora avanzada recorro una vez más la trinchera. Delante de uno de los abrigos los hombres están dedicados a enrollar los capotes, atarlos para formar así el equipaje y sujetar bien en ellos las cacerolas. Delante de otro,— un pelotón está de pie en la trinchera; alguien que se halla en medio está diciendo en voz baja:

—Así que todo el mundo se coloca el equipo de asalto de tal manera que pueda cogerlo con sólo alargar la mano. Tan pronto se dé la alerta, todo el mundo se carga el equipo a la espalda, se pone el casco de acero, coloca debajo del cinturón unas granadas de mano y, al tocar yo el silbato, sale inmediatamente del abrigo. Reparto de las guardias: número uno...

Todo parece estar en orden. Me paro una vez más delante de mi abrigo y subo a lo alto de la trinchera para echar a cuerpo limpio una mirada al terreno. El silencio es tan profundo que se oye el susurro del viento en la hierba. Resulta casi opresivo este silencio; sería mejor que sonasen al menos algunos disparos. Todavía intercambio algunas palabras con el centinela para asegurarme de que todo se halla en orden; luego bajo a mi abrigo.

Abajo hay una atmósfera sofocante, el bochorno de la jornada se ha reconcentrado en este angosto

espacio. También Schüddekopf ha tomado las medidas necesarias por si se da la voz de alerta. Junto a mi camastro están preparados el guardamapas, la pistola, la cantimplora y un morral atiborrado de cosas. Miro lo que hay dentro: medio pan, una lata de carne, un vaso de hojalata, una pipa, un paquete de tabaco, un cepillo de dientes y un delgado volumen de la editorial Reclam. En el bolsillo exterior metemos cuatro granadas de mano ovoides y también una pequeña y aplanada botella de metal que hace mucho tiempo arrebaté a un oficial inglés muerto. Siguiendo mi costumbre me siento en el camastro para quitarme las botas, hasta que de pronto caigo en la cuenta de que nos encontramos en estado de alerta. En fin, también esta noche pasará como las demás, estas situaciones se han dado ya muchas veces. Reduzco la llama de la lámpara de acetileno y, para protegerme de los ratones y de los pedazos de bario que se desprenden del techo, me cubro la cabeza con la manta.

Hace tanto calor que, embutido como estoy en el abotonado uniforme, siento que no me es posible conciliar el sueño. Los pensamientos comienzan a divagar. ¿Deberemos realmente intervenir hoy por la noche? Bah, ¿por qué precisamente hoy? Ya otras muchas veces ha sido crítica la situación. Mañana vendrán a relevarnos y serán otros los que habrán de apurar esa sopa que ahí delante se está cociendo al fuego; en demasiadas ocasiones nos ha tocado ya intervenir, es preciso que también descansemos alguna vez. El desfile de heridos que hoy por la tarde pasó a nuestro lado es el culpable de que se haya despertado en nosotros este sentimiento de inquietud. Siempre que nos hemos encontrado con tal cantidad de hombres sangrando, echados en las angarillas con las manos juntas, hemos tenido luego que creer en una intervención inmediata. Resulta extraño que los moribundos se dediquen a manipular sin descanso en sus guerreras; los médicos llaman a esto «deshilachar lana» o «sacar hilos». ¿Qué clase de pensamientos le rondarán por la cabeza a un hombre cuando, tendido en una camilla, se pone a fantasear? ¿Acaso sueños extravagantes que nadie ha contado todavía? Pero hoy no están tan mal las cosas. Lo único que ocurre es que hace un calor angustioso dentro de este abrigo, tan estrecho y lóbrego como un ataúd. Produce una sensación tonta el estar así solo, debajo de la tierra, separado de todo otro ser vivo. ¿Qué pensarán los hombres cuando el óxido de carbono penetra como un río en los pasillos de las galerías?

Los pensamientos se descarrían y empiezan a ocuparse con granadas, explosiones y sepultamientos por derrumbamientos de tierra. ¿Por qué, de repente, se hace tan difícil el respirar? Ah, sí, es que estamos en pleno ataque a una pequeña aldea de Flandes; su incendiado campanario se yergue, como una llama espléndida, detrás de unos árboles verdes y nuestro asalto ha sido tan salvaje que nos falla la respiración. Pero hemos ido demasiado lejos; ahora nos encontramos cercados por la derecha y por la izquierda y el enemigo nos zurra con sus ametralladoras, cuyos proyectiles son claramente visibles como pequeñas bolas blancas y rojas. Las blancas podemos esquivarlas, pero no así las rojas, que son mortales. Nos vemos forzados a replegarnos en medio del tiroteo. Por fin nos detenemos en una hondonada cubierta de malezas. Nos persiguen unas granadas demoledoras que parecen estar dotadas de razón, pues revientan relampagueantes en todos los lugares a que nos dirigimos.

—¡Pobre Hensch! —oigo que dice a mi lado una voz desconocida-; también él ha caído. Ahí está todo su cerebro.

Me vuelvo a mirar y encima de una planta parecida a un cardo diviso una masa gris dentro de la cual se encuentra la blanca espoleta de latón de una granada. No, aquí no se puede permanecer, ¡hay que irse! Mientras voy corriendo a toda velocidad noto un golpe en la cabeza y presiento que he sido alcanzado por un casco de metralla de grandes dimensiones; lo advierto en que cada vez me resulta más difícil concebir un pensamiento. Ay, no sabía yo cuántas fatigas se encierran en los pensamientos; vivimos cual seres de las profundidades marinas, ignorantes de los enormes pesos que soportamos. Sigo corriendo, a pesar de todo, hasta que me encuentro a salvo junto a una cocina de campaña. Allí se ha congregado ya un buen número de fugitivos; están hambrientos y aguardan a que se levante la tapadera del caldero. Me encomiendan que les llene de arroz los platos. Incapaz de pensar, coloco debajo del caldero mi cabeza, en vez de los platos. Luego vuelvo a echar los granos de arroz en los platos y, horrorizado, me doy cuenta de que en medio de los granos flotan pequeños grumos de sangre. Lleno de miedo, intento removerlos con las manos, para que los demás no lo noten, pues tengo la sensación de estar a merced de su maldad, ya que, por mucho que me esfuerce, soy incapaz de concebir el más mínimo pensamiento, incapaz de buscar razones con que poder disculparme y defenderme.

Por suerte, antes de que se den cuenta del engaño me encuentro ya en otro lugar. Estamos en un enorme complejo ferroviario, junto al que se destaca de la oscuridad, como una cinta blanca, la carretera. Los raíles son de cobre rojo; impulsados por una fuerza artificial, vamos rodando por ellos a tal velocidad que en las curvas nuestra cabeza casi roza el suelo. Iluminados por las luces multicolores de pequeñas lámparas de señales, los raíles brillan débilmente; a nuestro lado pasan danzando puentes y postes. Somos dos las personas que aquí estamos; por el raíl de mi izquierda me va persiguiendo un amigo que quiere tocarme con su mano. Más que nuestra mortífera velocidad me angustia la visión de una gran bomba, en forma de pera, que junto con nosotros se mueve por la carretera con una seguridad siniestra, elástica. La bomba tiene la misma forma que los flotadores de corcho usados por los pescadores de caña; incluso lleva pintados los mismos anillos rojos. Al rodar produce un leve zumbido, como si fuera un insecto artificial; y no cabe duda de que sus movimientos están misteriosamente coordinados no sólo con nuestra marcha, sino también con nuestro estado interior. Lo que está sucediendo es en cierta medida electrizante, y en un momento de lucidez consigo calar el juego. La bomba está encendida y lo único que falta es un contacto mínimo, que se producirá tan pronto como mi amigo me toque. Sin embargo, cuanto más aumento mi velocidad para poder escapar, mayor es la seguridad con que funciona el mecanismo. A gritos intento explicarle a mi amigo lo que está sucediendo, pero es inútil; hemos alcanzado ya una marcha que supera la velocidad del sonido. A medida que su mano se aproxima a mi hombro veo que se acerca también el punto en que, a lo lejos, la carretera corta el terraplén del ferrocarril. Allí la carretera tuerce y los raíles pasan por encima de ella por un puente. Hemos llegado ya a éste y la oscilante bomba choca contra él, como un fulgor rojo, en el preciso momento en que la mano de mi amigo me toca. El suelo se abre bajo nuestros pies y un relámpago nos lanza por los aires entre raíles, cascos de metralla y vigas de hierro.

En el momento en que va a aparecer una nueva imagen de ese sueño me despierto. La lámpara de acetileno está apagada; dentro de este espacio minúsculo hace el mismo calor y reina la misma oscuridad que en un horno. Me quito del rostro la manta, me desabrocho el cuello de la guerrera e intento respirar. En los abrigos he tenido a menudo sueños parecidos al que acabo de relatar; no son agradables. El aire enrarecido y las paredes que casi se tocan los propician sin duda.

Noto en las sienes el latido de la sangre. En vano intento orientarme en el espacio y lograr a la vez una idea clara sobre un confuso ruido que se oye fuera. Son golpes breves, seguidos de unos temblores de tierra. No cabe duda; a no ser que yo siga soñando, estamos sometidos a un bombardeo. En ese momento se oyen en la escalera unos pasos torpes y Schüddekopf entra precipitadamente.

—¡Alerta, bengalas rojas encima del Bosquecillo 125!

Me pongo el casco, Schüddekopf me abrocha el cinturón, y luego, medio aturdido todavía, subo las escaleras tambaleándome.

Fuera la oscuridad es completa, pero al menos hace fresco; sin duda hay ya rocío en la hierba. El duelo artillero está en su apogeo; allí delante hay un hervor, parece una caldera en ebullición. Por encima del parapeto brillan de repente unos fuegos artificiales producidos por bengalas luminosas de todos los colores. De la aldea llega el eco del estruendo causado por las descargas de nuestros cañones; se oyen unos estampidos metálicos, como si las bocas de fuego estuvieran emplazadas inmediatamente detrás de las trincheras. En medio de esos estampidos explotan muy cerca de nosotros las granadas enemigas, que llegan siseando con una trayectoria breve. Hay una barahúnda infernal, no es posible tener un solo pensamiento claro. Con un aullido, el centinela vuelve a gritarnos desde su puesto:

—¡Bengalas rojas ahí enfrente!

Inmediatamente después veo cómo también en mi campo de visión se eleva la señal de color rojo sangre. Permanece quieta unos segundos, como un místico signo de conjuro en medio de este aquelarre, como un ojo que anuncia desgracias y del que se desprenden lágrimas ardientes.

Sin duda fue para situaciones como ésta para las que inventó Napoleón la expresión «coraje de las dos de la madrugada». No es posible imaginar nada más siniestro que un terreno nocturno como el de ahora, con su ejército de apariciones ígneas y con sus ruidos, que parecen sonar confusamente en una lejanía muerta y que de repente se aproximan, dando un salto, hasta una cercanía aniquiladora, cual si volasen polvorines por los aires. En la confusión existente no es posible distinguir los lugares peligrosos; ciego y

furioso como un elemento de la Naturaleza, el Peligro está en todas partes. Abandonado e indefenso se encuentra el individuo dentro de ese espacio de fuego, dentro de esas relampagueantes tinieblas. A esto se añade que es preciso pensar y actuar, adoptar en unos segundos decisiones irrevocables. Estas cosas son casi siempre muy simples, pero ¿de qué sirven cuando uno se encuentra en una situación anímica en la que apenas logra recordar su propio nombre?

Pero aquí las cosas están claras: somos la compañía que debe acudir obligatoriamente en auxilio del Bosquecillo 125, hemos visto la señal que anuncia el ataque enemigo y, en consecuencia, tenemos que salir hacia adelante. La tropa se encuentra ya en la trinchera, en la que se oyen innumerables gritos nerviosos; a veces quedan ahogados por un proyectil que explota en las cercanías. Los cascos, los fusiles y las granadas de mano producen un característico tintineo al chocar entre sí; los jefes de pelotón aúllan los nombres de su gente; mucho más atrás se llama ya a gritos a los enfermeros. Y en medio de todo esto se acercan una y otra vez los silbidos de los proyectiles y dentro de la trinchera cae como un aguacero la tierra que ha sido lanzada a lo alto. Hay un desorden tan grande que parece el incendio de un teatro.

En el cruce de nuestra trinchera con el Camino de Puisieux tropiezo con el jefe de un pelotón; le encargo que permanezca allí y cuide de que nadie se escabulla. Luego se da la orden de avanzar, que lentamente va transmitiéndose a aquella barahúnda de personas. Me pregunto si la orden llegará correctamente, y aun si llegará siquiera, hasta el último hombre; pero ahora no queda tiempo para comprobarlo. Sentimos como un alivio el poder echar a andar. Tan pronto como uno puede moverse un poco, aunque sea en dirección a la más grande desgracia, tiene ya una mayor sensación de que le es posible actuar sobre el Destino.

En toda esta zona la única línea bien organizada que lleva hacia adelante es el Camino de Puisieux, y eso explica que se encuentre sometido a un fuego intenso. Como va directo hacia el enemigo y es visible en toda su longitud, resulta más fácil de batir que las trincheras, cuyo trazado es transversal a la dirección del fuego. Es importante, en consecuencia, dejar atrás ese trecho de terreno lo más rápidamente posible. Avanzamos a pequeños saltos y en los lugares que ofrecen una mediana cobertura intercalamos pausas para descansar. Por eso, desde el comienzo nuestra línea se subdivide en pequeños grupos. Schüddekopf me sigue de cerca, naturalmente, y lo mismo hace Schmidt; de las tinieblas surge repentinamente también Otto, lanzando un grito incomprensible, aunque en realidad debería estar con su pelotón.

La trinchera ha sufrido ya un gran cambio en este breve espacio de tiempo. Nuestros pies se hunden en la tierra blanda que cubre su piso y tropiezan en las grandes pellas de tierra que se han desprendido de los taludes. En muchos sitios los proyectiles certeros de grueso calibre que han explotado muy cerca de la trinchera la han hundido; en otros, allí donde sus taludes estaban reforzados con troncos redondos, se encuentra tan obstruida que durante algunos trechos cortos nos vemos obligados a correr al descubierto. A menudo la llena una humareda densa, cuyas blancas nubes destacan de la oscuridad produciendo confusión; el funesto y penetrante olor de las explosiones nos oprime el pecho. Al igual que todos los olores, también éste despierta recuerdos, pero ninguno agradable. En el enfebrecido cerebro brillan de repente innumerables momentos parecidos a éste, recuerdos que no afloran a la superficie, pero que hace que la noche se vuelva aún más oscura y se pueble de sombras inquietantes.

De vez en cuando surge una llamarada próxima y deslumbradora, luego el Peligro engulle todo lo demás. En muchos sitios del terreno relampaguean las lenguas de fuego de los *shrapnels,* las cuales se suceden con celeridad; su luz de color rojo sangre arranca a la oscuridad bancos de oscilantes bolas de vapor. Las granadas de pequeño calibre lanzan a lo alto conos de fuego parecidos a chorros llenos de salpicaduras; por encima de ellos centellea, como sobre cálices letales, el hierro ardiente. Entre los compases rápidos y regulares de estas explosiones se intercala el más lento y pesado de los proyectiles de grueso calibre; sus conos de humo se extienden como nubes volcánicas y dan lugar a unas formaciones enormes y sombrías.

Cuando en los lugares intransitables abandonamos la trinchera, tenemos ante la vista el espectáculo de la llanura nocturna bombardeada; casi parece demasiado formidable ese espectáculo como para que puedan producirlo seres humanos. Hemos ganado ya mucho terreno y por ello vemos ahora casi en círculo las bengalas disparadas desde la primera línea —ésta traza una curva en dirección al Bosquecillo-;

parecen unos fuegos artificiales multicolores e iluminan con luces variadas y fantasmagóricas los vapores del combate que van arrastrándose por el suelo. Hasta donde alcanza la vista cruzan la oscuridad apariciones ígneas que en muchos lugares se concentran para formar islotes de un encendido color rojo. Los disparos centellean en todo el círculo del horizonte; sus llamaradas iluminan con brillantes fulgores las nubes. Esos relámpagos describen un vasto y convulso círculo que corta los frentes y parece reunir a amigos y enemigos en una misma obra de destrucción. El conjunto produce la impresión de un jubiloso triunfo de los elementos, de una ígnea erupción de la Tierra misma; frente a ello, el ser humano, que en pequeñas hordas oscuras cruza a la carrera las sombras, representa un papel minúsculo e insignificante.

Cuando se piensa que en esta vasta planicie bombardeada se esconden únicamente unos pocos centenares de defensores, apretujados en unidades diezmadas por las enfermedades y las bajas, la fuerza de resistencia aparece como algo enigmático y prodigioso. La tarea que cada individuo tiene que realizar se le impone por sí misma con todo su peso; no puede decirse que exista ni un mando ni nadie que vigile el cumplimiento de las órdenes. Sólo de vez en cuando, en los momentos en que cruzamos lugares totalmente aplanados, hallo tiempo para volverme a mirar, y lo que entonces diviso es una irregular cadena de sombras que se pierde en la oscuridad y que, a la luz de las explosiones, se dispersa por todos lados con rapidez. Cuando aparece alguna breve pausa en el estruendo de los múltiples ruidos, se oye el tintineo de las armas al chocar entre sí y se escuchan también gritos apresurados y llamadas de socorro. Es extraño que la mera actividad de correr produzca un efecto excitante. Ya sea porque la sangre circula por las venas en oleadas más impetuosas, o porque la voluntad está tan ocupada que no queda tiempo de sentir miedo — lo cierto es que el esfuerzo realizado provoca poco a poco un encarnizamiento anhelante, el cual se lanza directamente hacia el Peligro y ni siquiera estima necesario esquivarlo.

En un determinado momento veo que Otto cae al suelo al hacer explosión un proyectil, pero vuelve a alzarse rápidamente lanzando maldiciones y prosigue su carrera; esto se repite varias veces. No nos percatamos ya de la existencia del Peligro, no nos preocupa; somos como toros delante de los cuales se ha estado agitando durante demasiado tiempo un trapo rojo. Podemos percibir ya esos gritos breves y rechinantes que suenan siempre en estas ocasiones y de los que, más tarde, no podemos recordar que también nosotros los hayamos proferido. Es como si hubiera un presentimiento infalible acerca de la proximidad del Enemigo, una capacidad de adivinación que sólo en estos instantes poseemos, y en ninguno más. Es una rabia demencial que para desahogarse tiene que encontrar un blanco y se imagina estar próxima a él. Los terroríficos preparativos, que turban el ánimo, han transportado al ser humano a un estado tal, que es ya incapaz de atender a su propia seguridad y comienza a actuar como un ser en el que no pueden hacer blanco las balas.

Hemos llegado a una depresión del terreno en la que antes confluían sin duda, como en el centro de una tela de araña, varias trincheras; los proyectiles la han dejado reducida ahora a una simple hondonada poco profunda. Está completamente llena de troncos derribados, rotos maderos de los utilizados para reforzar las galerías y alambres de espino confusamente enrollados. Nos encontramos tan cerca de las bengalas que el terreno se nos aparece iluminado por una luz continua, pero que cambia con suma rapidez.

Inmediatamente delante de nosotros vemos el Bosquecillo; los troncos de sus árboles aparecen y desaparecen como espectros, surgiendo de una hirviente y lechosa muralla de vapor; el último obstáculo que de él nos separa es un muro de fuego y tierra. En una de las pendientes de la hondonada encontramos el primer muerto en esta zona desierta; está tendido de bruces, con los miembros dislocados. Confusamente distinguimos una herida espantosa que parece haberle arrancado toda la parte posterior de la cabeza. Otto se inclina sobre él para darle la vuelta.

En ese preciso instante se precipita sobre nosotros desde arriba, a una velocidad increíble, un ruido semejante a un pesado aleteo; es como si un grifo quisiera lanzarse sobre nosotros para despedazarnos. No queda tiempo de ponerse a cubierto antes de que se produzca la explosión del proyectil; con una violencia devastadora choca contra el borde superior de la pendiente de la hondonada y nos tira al suelo. Por fortuna, el cono que produce se eleva recto; los cascos de metralla barren el aire por encima de nuestras cabezas, únicamente aquellos que han ascendido verticalmente, unidos a grandes pellas de tierra, caen poco después junto a nosotros. El golpe breve y metálico de los cascos de metralla se destaca

claramente del sordo estrépito producido por las masas de tierra. El proyectil ha estado a punto de alcanzarnos; si hubiera explotado unos pasos más atrás, ahora, renegridos e inmóviles, yaceríamos desparramados alrededor de un ardiente cráter calcinado, como uno más de los desconocidos grupos de cadáveres que el soldado que va vagando en medio del tiro de tambor mira deprisa con una mirada fugaz.

El primero en levantarse es Otto. Ha perdido su casco de acero, y sobre el rostro, que, pálido y exangüe, parece tallado en hueso, le caen los cabellos. Con ojos inmóviles mira en redondo y luego apunta con el brazo extendido hacia el Bosquecillo.

—¡Esos perros!

Sus palabras actúan como una locura contagiosa que arrastra consigo los últimos jirones de razón. Sólo ahora empezamos a sentir a nuestro adversario como un poder hostil y corpóreo que se esconde tras esta oleada de impresiones. Nos llegan refuerzos: portadores de granadas de mano y los sirvientes de una ametralladora irrumpen desde atrás en la hondonada; pronto se apretuja en ella una aglomeración de seres humanos vociferantes. Todos han sucumbido a una danzarina excitación y hasta Schüddekopf, modelo y ejemplo de la calma nórdica, profiere gritos breves, ininteligibles, que recuerdan las entrecortadas voces con que en las regatas animan los timoneles a sus tripulaciones.

Y de repente, sin que se haya dado ninguna orden ni adoptado ningún acuerdo, todo el mundo comienza a moverse deprisa hacia el Bosquecillo. Ya no necesitamos entendernos con palabras o gestos, somos un solo ser, fundido en una unidad, un ser al que guían otras fuerzas. Si fuera la fría razón la que nos dirigiese, ¿cómo íbamos a lanzarnos contra ese muro de fuego? Nadie oye ya el siseo de los pedazos de hierro que pasan volando junto a nuestros cráneos, nadie piensa ya en agacharse o en tirarse al suelo para esquivar así su Destino. En un minuto se ha alcanzado la linde del Bosquecillo.

El instante en que la hilera de figuras humanas desdibujadas en el humo se sumerge en el lugar cuya revuelta tierra ha absorbido ya tanta Sangre es el momento decisivo. Sin él, los estruendos y fragores de la maquinaria, que parecen devorar todo lo demás, serían únicamente un juego inerte, serían tan sólo como una erupción de volcanes en un desierto mundo de cráteres. Pero todas las energías de acero y de fuego dilapidadas esta noche pueden quedar confirmadas o abolidas por un centenar de seres humanos.

De un salto se salva la arrasada trinchera que circunda el Bosquecillo; nos recibe una confusa mezcla de troncos abatidos, ramas desgajadas y alambre espinoso en el que han quedado prendidas las malezas arrancadas; todas esas cosas nos arrancan del cuerpo a jirones los uniformes. Pero pronto vuelve a haber más espacio despejado entre los troncos, y el blanco fondo de los innumerables embudos difunde una luz mortecina a cuyo resplandor se hacen claramente visibles los árboles. La cortina de fuego queda ahora detrás de nosotros; nos rodea un silencio que a cada instante se vuelve más amenazador. Schüddekopf, Otto y los demás se han perdido en la espesura; el único hombre que a mi lado veo es un joven recluta llegado hace pocos días del depósito. Con sus brazos estrecha una ametralladora y me pregunta a gritos dónde están los ingleses; sin duda piensa que esa ciencia guarda relación con los galones de las hombreras.

Una serie de golpes sordos que se suceden con rapidez a nuestra derecha me quita de la boca la respuesta. Han sido granadas de mano. Inmediatamente después se eleva siseante una bengala luminosa y empiezan a oírse unas tenues detonaciones producidas por disparos de fusil; son confusas e irregulares, como si alguien estuviera derramando un saco de guisantes. Nuestros camaradas han topado sin duda con el enemigo. De nuevo echamos a correr; vamos tropezando en las raíces levantadas y cayendo cuan largos somos dentro de los embudos, mientras por todos lados desgarran el aire las detonaciones breves y secas de los proyectiles que chocan contra los árboles. Es claro que nos hemos perdido, pues de repente nos encontramos en campo abierto.

Pero también parecen llegar ahora los otros; vemos una serie de figuras humanas, cargadas con bultos, que se van sucediendo apresuradamente en la puntiaguda esquina del Bosquecillo. No estamos muy lejos de ellas; las llamamos a gritos, pero no parecen prestarnos atención. Sólo una se da la vuelta y empieza a caminar hacia nosotros; luego se queda parada. Su silueta se destaca vagamente contra el cielo, que las primeras luces del día comienzan a colorear de gris.

¿Pero qué es eso? Agarro con una mano crispada el brazo de mi acompañante y ambos nos dejamos

caer lentamente al suelo. A punto hemos estado de ir a caer en manos del enemigo; menos mal que en el último momento hemos reconocido el plano casco de acero que lleva puesto en la cabeza el hombre que está allí al otro lado.

—¡El Tommy!

—¿Disparo?

—¡Adelante!

El arma inicia su labor; delante de la boca del cañón danzan llamitas amarillas, y el estruendo producido por los disparos vuelve a llenarnos de un sentimiento de rabiosa seguridad. En un instante queda vacío el único cargador. ¿Habremos dado a alguien? Eso esperamos; sin embargo, no podemos saberlo, pues los fantasmas han desaparecido como barridos por una esponja. Aguzamos las orejas para percibir los gritos de los heridos, pero estamos ensordecidos por los ecos de los disparos, que han dejado dentro de nuestro cráneo una vibración como de cuerdas metálicas pulsadas. Sin duda actuamos bien al replegarnos a rastras, con mucho cuidado, de embudo en embudo, hasta la linde del bosque, pues ya empieza a clarear.

En el Bosquecillo se nota ahora un gran bullicio; poco a poco ha ido llegando casi toda la compañía. Los jefes de sección y de pelotón intentan reagrupar sus hombres, pero nadie los escucha; se oye el alboroto de una alegría vociferante, como al final de una fiesta salvaje tras la que se anuncia ya el retorno a la gris realidad.

Ha cesado el fuego de barrera; las descargas, semejantes a ladridos, de algunos pequeños cañones que parecen estar emplazados inmediatamente detrás de las trincheras, producen un ruido casi tranquilizante, si se lo compara con el *inferno* de esta noche. A través de los despellejados troncos, que se conservan enhiestos como columnas de una catedral destruida, divisan nuestros ojos el mar de embudos; ha quedado congelado en una turbulencia siniestra y trae a la memoria los relatos acerca de lugares malditos, cuyo alboroto infernal se desvanece con el canto del gallo. Por encima de la vasta llanura, en la cual han quedado grabados como en una cera parduzca los innumerables proyectiles, sobrenada, igual que el tesoro de naves hundidas en un huracán, un amasijo de objetos cuyo número y desorden hacen aún más honda la impresión de abandono. Tanques que un proyectil certero ha partido en dos pedazos o que se han quedado atascados en embudos enormes, de modo que su parte posterior se yergue vertical hacia el cielo; equipajes tirados; cacerolas y cascos agujereados; fusiles; latas de conserva; mantas y capotes desgarrados; cadáveres de hombres y caballos: todas esas cosas son como una inmensa ropavejería dispersada por un puño que ya no conoce valores — dispersada en el vertedero de un molino espantoso que hace pasar por sus muelas todas las cosas de este mundo y, una vez machacadas, las escupe de nuevo.

Cuando uno ha vivido largo tiempo en estos parajes, que quedarán para siempre en la memoria, llega a pensar que existe una relación profunda entre el humor y el espanto; ambos coinciden en lo grotesco y, unidos, se manifiestan también a veces en lo personal, en esos sangrientos cinismos en que busca refugio el ser humano.

Un cierto tono grotesco hay también en los gritos y en la loca alegría de estos hombres sobreexcitados por las emociones de esta noche, cuyos uniformes están desgarrados y sucios y cuyos rostros se hallan cubiertos por una máscara de humo y sangre seca; todo eso está en violenta contradicción con la terrible frialdad del paisaje que nos rodea. Estos hombres hacen pensar en un grupo de borrachos caminando vociferantes, con las primeras luces del día, por los desolados suburbios de una ciudad; pero es comprensible lo que hacen; todo el mundo se alegra de seguir vivo, y nadie regido hasta hace muy poco por unos instintos salvajes puede reconvertirse de golpe en un soldado que se comporta de acuerdo con las reglas de su oficio.

Ha llegado, con todo, el momento de poner orden, si no se quiere que ocurra todavía alguna desgracia. Tenemos que ocupar la linde del bosque, averiguar quiénes faltan, establecer contacto con los demás y adelantar un destacamento de seguridad. En el lado enemigo, donde sin duda han logrado hacerse entretanto una idea más clara de la situación, comienza a disparar una ametralladora; nos obliga a tomar posición y a resguardarnos en las trincheras, pues también nosotros hemos vuelto poco a poco a valorar los peligros. La ametralladora nos causa bajas; un hombre cae de espaldas mientras expele ese estertor

terrible y prolongado con que el soplo vital se escapa del cuerpo. Otro comienza a quejarse y es preciso meterlo con cuidado en la trinchera. Una bala le ha perforado el muslo. Estas heridas en la carne parecen inofensivas, pero ya varias veces he visto cómo provocaban una muerte rápida, en el caso de una lesión de la arteria femoral. También aquí es una mala señal que el herido comience a tener escalofríos.

Mientras estamos ocupados en vendarlo vienen hacia nosotros Vorbeck y Kastner; van acompañados por dos portadores de granadas de mano y nos agradecen el rápido apoyo que les hemos prestado esta noche. Podemos estar contentos. No siempre logramos romper los cerrojos y tuvimos que permanecer mano sobre mano, mientras el enemigo estrangulaba a la guarnición, que se hallaba inmediatamente delante de nosotros. Encendemos unos cigarrillos y nos contamos mutuamente los acontecimientos vividos.

Me entero de que ayer por la tarde el enemigo estuvo preparando su ofensiva mediante el lanzamiento de granadas de grueso calibre, destinadas sin duda a destruir la gran galería subterránea, y que luego, en plena noche, hubo un ataque artillero por sorpresa. Ante esto, la guarnición lanzó rápidamente a lo alto bengalas rojas. El diluvio de proyectiles hacía que resultase completamente impensable ocupar la totalidad del Bosquecillo, por lo que la tropa se concentró en la galería y se dispuso a aguardar lo que viniera; unos se sentaron en los escalones y otros permanecieron de pie en las entradas. Dos de éstas fueron hundidas por los proyectiles y hubo que dejarlas expeditas otra vez; también en la tercera entrada los cascos de metralla y los balines de los *shrapnels* hirieron a algunos centinelas. Cuando el fuego saltó a la parte trasera del Bosquecillo, la tropa se repartió por los embudos de los alrededores. Alumbrados por el resplandor de cohetes de color blanco, dispararon contra algunas sombras que atravesaban con rapidez la zona, pero no percibieron nada más. Por eso, cuando Vorbeck oyó las granadas de mano que nosotros lanzábamos por su espalda, creyó que había sido cercado. Las bajas sufridas por sus hombres han sido menos numerosas de lo que cabía presumir a la vista de las enormes cantidades de proyectiles caídos sobre el Bosquecillo. En cambio, hasta este momento no ha regresado ni uno solo de los hombres de la guarnición de la zona avanzada. Es posible que allí no haya ya nadie vivo.

Pido información a los hombres de mi compañía que lanzaron las granadas de mano y me dicen que también ellos vieron únicamente unas sombras que tenían forma humana y desaparecieron sin dejar rastro. Cabe suponer, pues, que el ataque lo llevó a cabo una sola patrulla enemiga, la cual, o bien quería explorar el terreno para una operación posterior de mayor envergadura, o bien esperaba que su golpe de mano tuviese un desenlace feliz. Si se piensa en el escaso número de hombres que han intervenido en la operación, resulta enigmática la enorme cantidad de medios dilapidados.

—Sólo por divertirse no habrán lanzado a los aires la mitad de un emprésito de guerra —digo.

Malhumorado, Vorbeck me replica con un gruñido:

—Dentro de poco no se podrá hablar aquí de ningún tipo de diversión.

—Sí, pero algún significado habrá de tener todo esto.

—¿Algún significado? Oigame, ¿le gustaría que todas las noches fuesen tan agradables como la de hoy? Claro, usted ha estado disfrutando de un auténtico veraneo en su Sector A. Nosotros, por el contrario, apenas hemos pegado ojo en las cuatro últimas semanas, cada vez que estábamos en posición. Habrá usted notado que la artillería inglesa es de mayor potencia que la nuestra. Y los ingleses no se alimentan sólo de colinabos como nosotros.

Además, en el lado enemigo hay un regimiento nuevo y descansado cada dos semanas. Si no pueden conseguir con una gran ofensiva lo que buscan, intentarán destruirnos poco a poco, desmigajarnos como un pastel blando, y el resultado final será el mismo. Los ingleses se han vuelto prácticos de una vez, y, si pueden fumigarnos, economizan sangre. Lo de hoy por la noche ha sido, con toda seguridad, un pequeño destacamento que prentendía averiguar si estábamos ya tiernos.

Puede que Vorbeck tenga razón. Seguro que tiene razón. Este modo de actuar es el más sencillo y el más seguro para los ingleses, que poseen poca experiencia en el manejo de grandes masas de tropas. Y como a partir de la Gran Batalla —durante la cual el mundo pareció girar otra vez en favor nuestro y se mostró por vez primera el modo en que hay que librar una batalla con los medios propios de nuestra

época— el enemigo ha vuelto a imponernos las leyes de actuación, nos vemos obligados, queramos o no queramos, a adaptarnos a esas modalidades de combate. Pero resulta notable que en esta guerra, que comenzó con una serie de rayos, la estrategia del agotamiento haya venido a sustituir otra vez a la estrategia del derrocamiento. El agotado león parece aún demasiado peligroso como para osar enfrentarse a él en campo abierto.

Sobre las diez de la mañana llega un enlace del jefe de las tropas combatientes y nos comunica la orden de que nos repleguemos y tomemos posición en el cerrojo de protección de la artillería. La compañía se reagrupa y por secciones va saliendo del Bosquecillo, tomando el Camino de Puisieux.

—Hasta la vista —nos grita Vorbeck.

—Pero esperemos que no sea aquí —le replico.

A plena luz del día es cuando verdaderamente se divisa en toda su amplitud la devastación causada por el bombardeo. Más tarde habré de preguntarme una y otra vez cómo logramos atravesarlo. Volvemos a pasar junto al muerto que estaba tendido en la pequeña hondonada; en el intervalo ha sido arrojado desde el talud hasta el fondo de la trinchera, de modo que nos vemos obligados a pasar, uno a uno, por encima de él.

Ya empieza a hacer calor. Sobre las escasas superficies de hierba de la zona intermedia trinan las alondras; ningún bombardeo es capaz de expulsarlas de aquí. Se ha disipado la embriaguez que animaba a la tropa después de que irrumpiera en el Bosquecillo; concentrados en sí mismos, los hombres van deslizándose a lo largo de los taludes de la trinchera y, cuando hay atascos o colisiones, desahogan su mal humor sobre la persona que camina delante de ellos.

Detrás de mí marcha el recluta que hoy por la mañana enfiló rápidamente su ametralladora contra el inglés, antes de que se borrase de nuestra vista. Está pálido como un niño que no ha dormido. Ha sido ésta la primera acción en que ha participado y le digo:

—Cuando estaba en el depósito de reclutas seguro que no se imaginaba de esta manera las cosas.

—Pero, qué dice, mi alférez; en realidad me las había imaginado mucho más impresionantes.

Habré de tomar nota de este joven, parece bueno. Su respuesta me trae a la memoria el instante en que yo, hombre de tierra adentro, estuve por vez primera a orillas del mar y quedé decepcionado por las olas: me había imaginado que tendrían por lo menos cien metros de altura. Y ni siquiera tenían la altura de una torre, tal como aparecían en los libros. La fantasía juvenil plantea grandes exigencias a la realidad. Pero así fue también como en otro tiempo partimos nosotros hacia el frente; nada podía parecernos bastante impresionante. Y aunque nos hubieran enviado a pasar tres meses de permiso en casa, habría vuelto a aparecer esa euforia, ese ánimo exaltado, al cual no es fácil que satisfagan las cosas.

El cerrojo de protección de la artillería corta —el Camino de Puisieux a algunos centenares de metros por detrás de la línea principal de resistencia. Del cruce mismo salen algunos pasillos que llevan a la galería subterránea en que habita el jefe de las tropas combatientes; alrededor de ella zumban los mensajeros y los enlaces como abejas alrededor de su colmena. Son bastante míseros los abrigos que hay en el cerrojo de protección; unos pocos escalones conducen a la parte de abajo, y están cubiertos por una masa de tierra de apenas un metro de espesor. Abajo el aire es infesto y huele a moho. Estas madrigueras son una parte de las innumerables que en esta zona existen y que permanecen deshabitadas y descuidadas hasta que una modificación en el juego de fuerzas les otorga de repente importancia. Antes de acomodarnos en ellas es preciso redistribuir la compañía, dar aviso a la cocina, traer de la línea principal de resistencia los equipajes que allí dejamos, redactar los partes, en suma, despachar una enorme cantidad de pequeñeces. A la una llega la comida hasta aquí delante, y media hora más tarde he resuelto ya todos los asuntos, de modo que podría envolverme en la manta y echarme a dormir — si no me despertase de golpe, asustándome, el ruido de un nuevo bombardeo, que me incita a salir a la trinchera.

Desde aquí no se divisa el Bosquecillo; queda oculto detrás de una pequeña elevación del terreno. Ante nuestros ojos se extiende, en cambio, la aldea, cuyos jardines llegan hasta las trincheras en que nos encontramos. Como un nubarrón gravita sobre la aldea el fuego; hará pasar malos ratos a la pequeña guarnición que allí habita, refugiada bajo la delgada cobertura de los sótanos que aún se conservan

intactos. Una explosión de especial virulencia tapa de vez en cuando la furiosa tormenta de los proyectiles; luego llegan zumbando hasta aquí los pesados cascos de metralla, que con un chasquido se clavan en el barro.

Las granadas parecen venir de muy lejos; se deslizan por el aire en enjambres y producen un susurro insidioso, que fluye sin interrupción, como si se estuviera llenando de agua una cuba. En cambio, los proyectiles de las baterías alemanas, emplazadas junto a la aldea y detrás de ella, atraviesan el espacio con un siseo chirriante, venenoso; el cielo parece cubierto por una cambiante red de líneas de fuerza, que turba y aturde los sentidos. También en la zona intermedia las explosiones proyectan a lo alto un parduzco bosque de surtidores de tierra. Muchos de esos conos son verticales y puntiagudos como chopos; otros se extienden enormes y ramosos como viejas encinas; otros, en fin, se quedan a ras de tierra, son anchos y dentados como matas espesas cuyos haces azotara la tempestad contra el suelo. Es un espectáculo como sólo en las grandes ocasiones lo ofrece la Naturaleza: en una tempestad, en un huracán o en un incendio — uno puede estar contemplándolo sin notar que pasa el tiempo.

Dos hombres salen de la aldea; avanzan al descubierto y son seguramente enlaces. Una mirada imparcial los ve como si fueran unos enanos que osaran adentrarse en un jardín encantado. De vez en cuando se arrojan al suelo; inmediatamente después se eleva junto a ellos la tierra como una antorcha encendida. Es como si unas hormigas estuvieran abriéndose a tientas un camino a través de esta zona desértica. Acaban sumergiéndose en una trinchera.

La intensidad del fuego es cada vez mayor. El cortante siseo de las granadas se vuelve más y más denso, no deja un solo espacio vacío y se condensa en un tejido sonoro que en sus bordes se desgarra con un rugido. Sin respiro combaten las dos artillerías enfrentadas, como dos fauces infernales que tratasen de devorarse la una a la otra con una furia cada vez mayor. Este monótono retumbar y machacar parece haberse convertido en un ingrediente del paisaje; unido como va a la nube de polvo de grano menudo que se traga los rayos solares, le otorga un carácter sombrío y amenazador. Del rugiente oleaje de los ruidos se destacan algunos islotes batidos por el estruendo: Puisieux-au-Mont, más a la derecha Bucquoy, y oculto detrás de una arboleda, pero siempre presente, el Bosquecillo 125. De la aldea fluyen hasta el valle blancas moles de humo; dentro de ellas hay convulsiones rojizas, como si aquello fuera una masa hirviente. Ha cesado el tráfago de heridos y de camilleros entre el Bosquecillo y la aldea; no se divisa un solo ser vivo. El rugiente remolino del exterminio ha alcanzado esa virulencia que con toda seguridad permite deducir que ahora intervendrán en la acción seres humanos. La consciencia, que se esforzaba en absorber y ordenar las impresiones, comienza a fallar, empieza a diluirse en ese estrépito que la envuelve y que se parece a una esfera en que no existieran ni un arriba ni un abajo. Se ha llegado a ese punto en que uno se coloca en un rincón y se pone a mirar absorto delante de sí, o se mueve de otra manera, con una despreocupada seguridad.

En ese instante aparece un enlace del jefe de las tropas combatientes y me grita al oído la orden de alerta. Para enterarme de lo que ocurre lo acompaño hasta el gran abrigo, que dista sólo unos pasos del lugar en que estamos. En muchos lugares de la trinchera hay, tendidos en el suelo, muertos, así como heridos graves; en sus inexpresivas miradas se les nota a estos últimos que han abandonado ya toda esperanza de salir con vida. En el sitio en que el Camino de Puisieux alcanza el punto más elevado de la colina hay una abertura que permite divisar la primera línea; ésta se ofrece a la vista como una compacta muralla de humo y polvo por encima de la cual centellean unos fuegos artificiales formados por multicolores luces de magnesio. El abrigo, uno de los pocos puntos de orientación en este desierto rugiente, está abarrotado de seres humanos. En las escaleras bullen los heridos, depositados allí por los camilleros hasta que se produzca una pausa en el fuego. Entre ellos se apretuja la masa de los hombres no encuadrados en unidades cerradas; hacia estos islotes afluyen en busca de una mayor seguridad, como los animales cuando hay una inundación. Están apelotonados; en cuclillas, sobre los escalones: son los enfermeros, los centinelas de las bengalas, los telefonistas, los encargados de transmitir noticias, en suma, todos aquellos que habitan solos en el desierto y a los que ninguna unidad compacta retiene en un lugar determinado. Solos son incapaces de hacer frente a este diluvio de impresiones aniquiladoras. La moral es baja, la gente está desanimada y susurra observaciones llenas de preocupación, que quedan tapadas por

los gritos estridentes de los heridos cuando una explosión especialmente cercana y violenta sacude esta caverna y la hace balancearse como una nave en peligro.

Aquí debajo de la tierra, a la luz de las velas que una y otra vez apaga la onda expansiva de las explosiones, la salvaje embestida de éstas, que afuera hace estragos, encuentra su reflejo en las personas. El hervidero de figuras grises, a través del cual se abren paso con gran dificultad los enlaces, recuerda los cuadros de Breughel; los hombres tienen abatida la moral, como si se hubiera dictado una sentencia de muerte. La gran proximidad del Peligro se expresa en los caracteres: al flemático se le ve encogido, mirando absorto delante de sí; al sanguíneo, dispuesto en todo momento a entregarse al pánico o a provocarlo; al colérico se le oye lanzar maldiciones a cada nueva explosión; y al melancólico, lamentar su suerte. Los marcos de madera que refuerzan la parte alta de la galería están ya doblados hacia dentro como cajas de cerillas; cada nueva sacudida hace que por entre los maderos se deslicen arena y pedazos de tierra y que los que se hallan en pie en los escalones de arriba intenten empujar hacia abajo a la apretujada muchedumbre; cuando esto ocurre, la gente pisotea a los heridos y alcanza su mayor intensidad el alboroto. A empellones va penetrando de fuera adentro el Espanto, sin encontrar ninguna resistencia. Lo que ante todo causa un efecto desmoralizador es una clase especial de proyectiles que explotan en las cercanías; lo que nos aterroriza no es tanto su detonación súbita como la presión del gas y los golpes ensordecedores.

De nada valen las exhortaciones en lugares donde se halla reunida, como ocurre en esta galería, una muchedumbre de seres humanos nerviosos hasta el paroxismo; para llegar hasta abajo me veo obligado, pues, a utilizar el mismo método que emplean los enlaces: sin preocuparme ni de las maldiciones ni de los gritos, paso por encima de la cabezas y los cuerpos dando trompicones, y con los movimientos de un nadador me voy abriendo paso hacia la parte de abajo. La aglomeración no es tan brutal en el lugar en que se encuentra el comandante; está sentado y puede a cada momento encomendar a alguien una determinada misión de lucha. Hay enlaces de combate y jefes de patrulla que intentan dar sus informes; otros aguardan respuestas. En distintos rincones de esta caverna, en la que el polvo, los vapores y las nubes de humo de los cigarros reducen la luz de las velas a unas bolitas temblorosas, intentan realizar sus tareas el oficial ayudante del regimiento, el jefe de la compañía de ametralladoras, el oficial de enlace de la artillería y el oficial del servicio de transmisiones.

El jefe de las tropas combatientes está sentado a una mesa diminuta; desde hace veinticuatro horas no ha tenido un solo instante de reposo, y sin duda tampoco va a tenerlo pronto. En el rostro se le nota que la permanencia en este agujero infernal consume sus energías. Aun prescindiendo del ruido del bombardeo, que sólo de un modo sordo y confuso, pero amenazador, como el oleaje de un mar invisible, llega hasta aquí dentro; y prescindiendo también de las sacudidas, que hacen que oscile la tierra y tiemblen los maderos de la construcción; y asimismo de los gritos de la masa apretujada en los estrechos pasillos; aun prescindiendo de todo eso, al jefe de las tropas combatientes lo mantienen nervioso los contradictorios informes que le traen tanto los enlaces como los heridos que regresan de la zona avanzada, los cuales se encuentran todavía sometidos a la sugestión del combate y describen con colores chillones, cada uno a su modo, un cuadro diferente. Hace ya mucho tiempo que quedaron destruidos los medios de comunicación; los hilos del teléfono están cortados; los aparatos de señales, destrozados; las palomas mensajeras, agotadas. Y de este modo, encerrados como están en anillos de fuego, todos los otros sentimientos se hallan dominados por los de la inseguridad y la incertidumbre. La permanencia dentro de cavernas mal ventiladas —una permanencia que limita la percepción sensible a los informes aportados por cerebros sobreexcitados— imprime cada vez más al mando el sello de un trabajo que es preciso realizar en circunstancias muy desfavorables, con cálculos basados en probabilidades e indicios.

Me presento al comandante, que me pone al corriente de la situación; es poco halagüeña. El adversario se ha infiltrado en el regimiento vecino situado a nuestra izquierda. La noticia ha llegado hasta el puesto de mando de ese regimiento y desde allí ha venido hasta aquí. Eso tiene que haber ocurrido, por tanto, hace ya más de dos horas. También nuestro sector ha sido hundido; su guarnición se ha hecho fuerte en los ramales de comunicación situados inmediatamente delante de la línea principal de resistencia y ha levantado allí barricadas; se están produciendo combates con granadas de mano. Las únicas tropas de refuerzo que quedan son las de mi compañía, la cual hace ya mucho tiempo que no cuenta ni siquiera con

los hombres necesarios para formar una sección completa.

Descubro a Domeyer y a Oskar, que han venido a recoger órdenes. Cuando el primero intentaba inspeccionar la situación existente en el sector vecino de la izquierda, se encontró metido en un horrible fuego de granadas; perdió a su acompañante y él mismo fue herido en una mano. Oskar me habla de la encarnizada ofensiva inglesa con granadas de mano; me entero de que ya se encuentra en posesión de los ingleses nuestro pequeño abrigo, dentro del cual hemos pasado tantas horas durante las semanas anteriores.

—La situación se está poniendo crítica —me susurra-; anda, toma, recobra fuerzas, he logrado salvar esta botella. No sé ni dónde tengo la cabeza. Cuando llegaron los ingleses, lo primero que hice fue arrancar de un manojo de granadas de mano una de ellas, pero las cintas se habían enganchado. Cuando vi que las granadas comenzaban a echar humo, apenas tuve tiempo de dar un salto y esconderme detrás de un través, antes de que volasen por los aires. Luego me puse a balancear una granada de mano, a la que había quitado el seguro, y empecé a contar, como si estuviera en el campo de instrucción: «ventiuno, veintidós»; y así hubiera seguido contando, hasta que me hubiese estallado en la mano, si alguien que estaba detrás de mí no me hubiera gritado: «tírala, tírala!». Otro hombre que andaba por allí, y que estaba muy nervioso, al tirar de la cinta larga cebó la carga explosiva, que aún seguía dentro de la trinchera, de manera que dos de nuestros hombres volaron por los aires; ya te digo, había allí un alboroto que no te puedes hacer ni idea. Han vuelto a tomarnos bien tomado el pelo los ingleses.

—Desde luego, han vuelto a darnos una buena paliza —asegura una voz quejumbrosa a nuestra espalda.

—En fin, cuando salgamos de ésta... —opina un tercero, pero lo dice con tal tono de voz que claramente se nota que no cree en esa posibilidad.

Son exactamente las mismas frases que, en ocasiones similares a ésta, han sido dichas ya centenares de veces en el regimiento.

Un recién llegado penetra en este momento en el angosto espacio; llega de fuera y pasa por encima de la muralla formada por los cuerpos humanos. Está herido y aún no lo han vendado; la herida, oculta bajo el cabello, ha inundado de sangre una de las caras de su rostro; chorros y salpicaduras de sangre han caído sobre el uniforme y llegado hasta las botas. La sangre parece seguir fluyendo todavía, pues, para que no le ciegue los ojos, aquel hombre aprieta una oreja contra un hombro. En la mano lleva un casco de acero, rajado por una larga hendidura. A pesar de su aspecto terrible posee una cierta majestuosidad. En su apostura y en sus ojos brillantes se le nota que no es uno de ésos que se dejan intimidar por la sangre cuando corre, sino de esos otros a los que ésta, como un primer sacrificio derramado en honor del dios de la guerra, vuelve aún más coléricos y salvajes. En la penumbra de la luz de las velas, que proporciona a su sangre un color oscuro, como de flores casi negras, y que hace juguetear alrededor de su cabello un áureo resplandor, el recién llegado aparece, entre los apretujados habitantes de esta caverna, como el mensajero de una raza más libre y más valerosa, de una raza que, si hay que morir, prefiere hacerlo fuera, a la luz del día. La noticia que trae suena como un último saludo de guerreros que han caído combatiendo como hombres, sosteniendo ante sus ojos una sola imagen, la del deber.

—Mi comandante —dice—, he de poner en su conocimiento que se ha perdido el Bosquecillo 125. Hemos sufrido numerosas bajas. De un tiro en la cabeza han muerto el jefe de la compañía y el alférez Kastner. Lo que queda de la compañía se ha hecho fuerte en la Trinchera del Seto y mantiene esta nueva posición. Necesitamos granadas de mano y munición de ametralladora.

Se ha hecho el silencio; hasta los heridos han escuchado callados estas palabras. Para todos nosotros ha sido el Bosquecillo la encarnación suprema de esta posición, un símbolo como lo era, en épocas pretéritas, una bandera desgarrada por las balas. Y de igual modo que una bandera era entonces algo más que un ennegrecido pedazo de seda clavado a un palo, también ese pedazo de tierra arrasado y machacado por los proyectiles ha llegado a ser para nosotros algo más que un lugar carente de nombre, al que por ello fue preciso añadir un número con el fin de poder distinguirlo de los demás lugares. Los más de nosotros somos personas sencillas, gente que no sabría dar más que una respuesta confusa si alguien le preguntara por el origen de esta guerra o por sus grandes objetivos y sus grandes causas. Y si alguien les dijera a

estos hombres que carece de toda importancia la pérdida o la ganancia de una parcela de terreno tan mezquina como ésa, sin duda no sería mucho lo que podrían replicar. A pesar de todo, sentirían que ese terreno representa algo más que una mezcla de greda y arena plantada de astillados troncos de árboles, cuya situación es determinable en un mapa y cuya superficie puede ser medida — de igual manera que la Cruz de Hierro que muchos llevan en su pecho significa para ellos algo más que un trozo de hierro con un borde plateado. El Bosquecillo 125 despertaría en estos hombres el recuerdo de marchas difíciles, de pesadas semanas de trabajo, de guardias nocturnas durante las cuales ese pedazo de tierra se destacaba en la oscuridad como un llameante alto horno, y de días en que sus ojos lo veían aplastado bajo el peso de nubes de proyectiles. El nombre del Bosquecillo 125 no se les aparecería como un nombre cualquiera, sino como un nombre que se graba al rojo vivo en la memoria y que evoca tal cantidad de acciones y sentimientos que, al mencionarlo, todos los detalles se vuelven insignificantes, como cuando contemplamos uno de esos sepulcros megalíticos que se han conservado de tiempos remotos. Esos hombres sentirían también que ese Bosquecillo no puede ser un lugar como otro cualquiera, porque cada uno de los pasos que en él dieron hubo de ser comprado con la vida, y porque el gran destino de los pueblos fue allí vivido y sufrido en el destino del individuo. Lo que el mensajero de los pocos supervivientes de la guarnición del Bosquecillo acaba de decir suena como una sentencia dictada por un Poder superior, pero como una sentencia de la que uno no tiene por' qué avergonzarse, a pesar de lo dura que es.

El comandante empieza a dictar al oficial ayudante del regimiento órdenes breves, que son escritas en papeles especiales. También a mí me entregan uno. La orden que recibo me manda llevar munición a los hombres que se encuentran en la Trinchera del Seto y luego dirigirme con mi compañía hasta el Camino de Elbing, para instalar un cerrojo en la izquierda de la posición. Provisionalmente queda descartado todo intento de reconquistar el Bosquecillo. En esta maraña de trincheras que por todos lados comienza a desmoronarse, ya es bastante aferrarse a un lugar con un diminuto número de combatientes y lograr que no se venga completamente abajo la posición.

Y así comienza de nuevo la marcha por el Camino de Puisieux; en él volvemos a encontrar, tendidos en el suelo, muertos cuyos rostros y uniformes se hallan cubiertos por el polvo gris que durante el bombardeo se ha depositado sobre ellos y ha sorbido su sangre. El fuego continúa, pero ya no está concentrado en un punto concreto, para apoyar unas acciones ofensivas concretas, sino que cae de modo disperso sobre toda la llanura; se parece a una tempestad que se va disipando entre rayos cuyos truenos retumban largamente. Apenas hemos atravesado la línea principal de resistencia notamos que ya no nos pertenece el Bosquecillo; con sus destrozados postes se destaca, negro, del cielo del oeste, un cielo que arde con los rayos del sol poniente. Casi en toda su longitud el Camino de Puisieux conduce directo hacia él; las detonantes explosiones de los proyectiles que, a nuestra derecha y a nuestra izquierda, se estrellan en el borde de la trinchera y chirrían en enjambres alrededor de nuestros cascos de acero indican que el enemigo está observando nuestra marcha. Los proyectiles nos obligan a avanzar a saltos, de uno en uno, en los cortos tramos sinuosos de la trinchera y a salvar a rastras sus partes rectas. Los numerosos estallidos secos que nos acompañan de cerca, y cuyo sonido sólo es comparable al ¡crac! que produce un gran madero al romperse, nos ponen aún más nerviosos que el fuego de la artillería, pues en ellos se manifiesta de un modo directo una voluntad hostil. Los hombres que tienen que ir arrastrando las ametralladoras y las cajas de munición provocan atascos, lo que hace que aumente el nerviosismo. Esta amenaza que se cierne sobre la única vía de acceso de que disponemos permite adivinar que estamos pendientes de un hilo.

Por fin llegamos a una posición intermedia que nos permite caminar erguidos. Hemos de movernos sin causar ningún ruido, pues el adversario puede estar muy cerca. Adoptando muchas precauciones, dejando largos intervalos entre los hombres, atravesamos agachados un tramo de trinchera poco profundo en el cual parece haberse desarrollado la fase final del encarnizado combate cuerpo a cuerpo por el Bosquecillo.

Todos los embudos están sembrados de grises granadas de mano provistas de mango y de bolas de hierro negras y estriadas. En los parapetos hay cajas llenas de granadas de mano; las más han quedado dispersas por el suelo; se ve que los hombres tiraron de ellas apresuradamente. Dentro de los grandes

agujeros abiertos por las granadas de la artillería pueden versé por todas partes unos hoyos pequeños, negros y calcinados, que tienen forma de plato: ahí fue donde reventaron las granadas de mano en medio del revoltijo de los combatientes. En los cadáveres se pone de manifiesto el efecto producido por el hierro al estallar y dispersarse —a esa distancia eleva por los aires a los alcanzados y luego los deja caer inertes al suelo-; yacen por tierra, tendidos unos al lado de otros, o amontonados, en aquellas mismas posturas en que la Muerte los derribó. Sus rostros y sus cuerpos se hallan agujereados por los cascos de metralla; sus uniformes, quemados y ennegrecidos por las llamaradas de las explosiones. Los rostros de quienes yacen de espaldas están desfigurados; sus ojos se hallan muy abiertos, como si estuvieran viendo una catástrofe a la que no se le adivina ninguna salida. Quienes los perseguían les iban pisando tan de cerca los talones que las granadas de mano que lanzaban contra ellos desde atrás pasaban, en su trayectoria, por encima de sus cabezas e iban a caer delante de sus pies, de modo que en sus últimos momentos se vieron rodeados por unos anillos llameantes de los que era imposible evadirse. La granada de mano que uno de los perseguidos sigue aún aferrando crispadamente en su puño muestra que éstos, en su carrera, fueron dejando caer al suelo granadas preparadas para estallar; con ello pretendían levantar a sus espaldas una barrera de fuego — pero no pudieron detener su Destino. En el lugar en que yace el último de los perseguidos se apila, delante de un embudo gigantesco, una montaña de brillantes vainas de latón. Sin duda fue ahí donde estuvo actuando el apuntador de la ametralladora que detuvo el avance de los ingleses. Disparó contra el lugar en que más denso era el revoltijo de gente. La Muerte ha recogido una cosecha abundante; a las figuras vestidas con uniforme gris se agregan quienes lo llevan de color de barro; casi todas estas últimas yacen derribadas de espaldas, y sus rostros, cuyos ojos miran fijamente hacia arriba, tienen una expresión completamente distinta de la de los demás caídos.

Los últimos atacantes están tendidos en una especie de dique de arena poco profundo, parecido a los que los niños se construyen con sus manos a orillas del mar. Entre sus cuerpos se encuentran, dispersos acá y allá, alargadas vainas de cartuchos y proyectiles semejantes a flechas. Sin duda se han defendido con granadas de fusil y disparos aislados, hasta que los derribó el enjambre de balas de nuestra ametralladora. En el sitio en que esta hondonada compuesta de embudos se cruza con la Trinchera del Seto yace muerto —tal vez fuera el último en caer— el oficial inglés que mandaba esta unidad de choque; aún conserva en la mano su revólver Colt. Ninguna herida se aprecia en su cuerpo; el impecable uniforme y el correaje meticulosamente ajustado contrastan de un modo extraño con el salvaje desorden que lo rodea. Ni siquiera ha perdido la gorra, que lleva puesta en lugar del casco de acero. Me inclino sobre él y en la oscuridad del atardecer leo estas palabras en la visera de su gorra, que es una especie de cinta abombada: «Otago-Rifles». El rostro de este oficial me mira con una fijeza sañuda; entre sus labios, que se han vuelto azules, enseña los dientes. Un tipo valiente, sin duda, que se abalanzó como un león sobre este tramo de trinchera.

Aquí no se está bien, sin embargo. Es como si un furioso elemento de la Naturaleza, como si un volcán que hace un momento todavía estuviera en plena actividad, se hubiera quedado congelado. Además, resulta muy difícil creer que no puedan ya tener ni pensamientos ni voluntad estos muertos, que hace muy poco vivían aún la exaltación más salvaje de sus existencias y que ahora yacen ahí cual si una varita mágica los hubiera tocado. Pues, a pesar de todo, son seres y no meras cosas. Una y otra vez se sorprende uno a sí mismo echando a hurtadillas miradas de soslayo, como si quisiera asegurarse de que están de verdad completamente quietos en sus sitios y no realizan ningún movimiento. Uno se siente inclinado a atribuir intenciones ocultas y pérfidas a los silenciosos habitantes de este lugar, unos habitantes parecidos a seres humanos y sujetos a unas leyes del todo desconocidas; no está completamente seguro de que sean incapaces de llevar a la práctica sus intenciones. Aunque ocurriese cualquier cosa, uno no se asombraría de nada. No es en las horas más ruidosas cuando el Horror recorre el campo de batalla.

A la derecha de la hondonada se encuentra la desviación de la Trinchera del Seto. Está tallada profundamente en el terreno, como un barranco, y corre a lo largo de un seto totalmente despojado de su follaje por los proyectiles. Ese seto es el que ha dado nombre a la trinchera; sin duda sirvió en otros tiempos como cerca de un pastizal para el ganado. Sólo necesitamos avanzar por ella unos cincuenta pasos para toparnos con la guarnición que la vigila; apenas es suficiente para defender una barricada que a toda prisa ha sido construida. La guarnición ha cerrado con rollos de alambre un trecho de la trinchera y

por detrás de ellos ha derribado los taludes, alzando con la tierra caída una especie de bastión. Algunos tiradores instalados en los embudos del terreno circundante forman a derecha y a izquierda una prolongación de esta cabecera de resistencia. Una galería subterránea que queda algunos pasos detrás de la barricada, y dentro de la cual se ha fortificado la parte de la tropa que no está de guardia, constituye un importante punto de apoyo de esta inteligente organización. Delante de la entrada de la galería se alza una pila de granadas de mano; desde aquí se proporciona munición nueva a los combatientes. Este pequeño islote está, pues, bien asegurado; se apoya en un individuo decidido, como ocurre siempre en estos casos. Es un sargento joven, que está de pie a la entrada de la galería. Hace años que lo conozco; se hallaba a mi lado en el momento en que recibió un balazo en un pierna, cuando en Flandes avanzábamos hacia las ruinas de la aldea de Langemarck. Me alegra que haya sobrevivido a esa herida. También aquí ha demostrado ser un digno adversario del oficial inglés que yace en el suelo a nuestras espaldas, en el cruce de la trinchera.

Nos vemos forzados a saludarnos en voz baja; aunque, realmente, en este paisaje se extingue por sí misma cualquier palabra despreocupada dicha en voz alta. Una segunda barricada cierra la trinchera a pocos pasos de donde nos encontramos; también detrás de ella hay al acecho hombres armados. Tan cerca se hallan unos de otros los combatientes de ambos bandos que cualquier descuido puede tener consecuencias fatales. El sargento y yo regresamos hasta el cruce, donde están parados los portadores de las cajas de munición, y les indicamos el sitio en que han de descargarlas.

Me entero de que Vorbeck y Kastner cayeron ya en el lugar donde el Camino de Puisieux deja el Bosquecillo; ambos murieron de un tiro en la cabeza disparado por un fusil de infantería. Me viene a la memoria el «¡ Hasta la vista! » que hoy por la mañana me gritaron en el Bosquecillo cuando me iba; pregunto dónde están los cadáveres y me dicen que han quedado en manos del enemigo. Uno se ve invadido y atormentado por un sentimiento de extrañeza al tener que imaginarse borrado y extinguido a un ser humano al que muy poco tiempo antes ha conocido en plena posesión de sus fuerzas. Resulta imposible creerlo, y una y otra vez se sorprende uno a sí mismo imaginándoselo vivo todavía. Uno tiene la sensación de que falta algo, de que se ha perdido alguna cosa que forma parte de la personalidad propia. Las palabras «como si fuera un trozo de mí mismo» son las que mejor expresan ese sentimiento.

—¿Cree usted —pregunto al sargento— que podrá seguir resistiendo aquí?

—Mi alférez —me responde—, no dispongo más que de doce hombres, pero puedo confiar en ellos; son excelentes soldados. Hoy por la noche se podrá resistir, ya que los Tommys no están aún bien orientados en este terreno, pero mañana por la mañana...

Sí, mañana por la mañana, si no llegan refuerzos, la situación puede llegar a ser crítica. Y, por lo que parece, estamos enteramente solos dentro de esta oscura ratonera. Nos invade una angustiosa sensación de abandono, que nos sube cuerpo arriba hasta llegar al cuello y estrangularnos. Como si no quisiera que nos oyese el oficial inglés que está tendido a nuestros pies, le susurro a mi interlocutor:

—¿Ha establecido contacto con los flancos? ¿En qué situación se hallan esos contactos?

Me responde, también con un susurro:

—En el Camino de Puisieux queda todavía un pelotón de nuestra compañía. Pero entre él y nosotros hay por lo menos quinientos pasos de terreno que no están defendidos por nadie. Hacia la izquierda he enviado hace una hora a un hombre, que no ha regresado. Creo que en ese flanco no queda ya nadie.

¿Hacia la izquierda? ¡Pero si en ese lado está precisamente el Camino de Elbing! ¡Buena puede armarse esta noche! Un confuso sentimiento de esperanza me hace preguntar todavía:

—¿Que no ha regresado? ¿Es que acaso habrá seguido caminando hasta llegar a la cocina de campaña?

—No, no, eso está excluido. Era el enlace de combate del jefe de las tropas combatientes. Uno de nuestros mejores hombres.

Vaya, vaya. Uno de nuestros mejores hombres. ¿Muy cerca de aquí, en el Camino de Elbing, que forma el cuarto brazo de este cruce y que se abre como un portal oscuro y amenazador? ¿No ha regresado? Todo esto sugiere, desde luego, que no necesariamente regresan todos los que ahí dentro se pierden. Ya ha oscurecido del todo. ¿Qué dice la orden que nos dieron? Dirigirse hasta el Camino de

Elbing para instalar un cerrojo en la izquierda de la posición. En ese lugar los ingleses tendrán algo importante que decir, indudablemente.

Ya ha sido entregada la munición y con ello está cumplida la primera parte de la misión que se nos ha encomendado. El sargento y yo nos ponemos de acuerdo en permanecer en contacto toda la noche; si las cosas empeoran mucho nos reagruparemos en este cruce. Una bengala sube por los aires. Sale de la barricada enemiga, pero produce la impresión de haber sido disparada desde en medio de nosotros mismos. Cae chisporroteando encima del empinado parapeto y colorea con una luz cruda la humareda dentro de la que se extingue con un siseo; su rojizo resplandor se refleja en los cascos de acero de los hombres, que están con una rodilla en tierra unos al lado de otros. Este nocturno y unitario brillo súbito de los cascos ejerce siempre una acción tranquilizadora, produce la impresión de una guardia férrea, silenciosa. Los ojos creen ver por un instante las cúpulas de acero que soportan la carga del combate.

Ahora llega el momento de ejercer nuestro oficio. Es preciso distribuir la tropa de tal manera que entre un hombre y el siguiente quede un amplio espacio; de esta manera, si se llega al combate cuerpo a cuerpo, habrá un tramo despejado en donde podrá cada uno moverse libremente y no se producirá enseguida un desconcierto a causa de la aglomeración del primer atasco; dadas la oscuridad y la estrechez de las trincheras, eso tendría, si ocurriera, consecuencias funestas. Para que ocupen los primeros puestos y actúen como granaderos es preciso seleccionar a hombres ágiles y dotados de un coraje innato; también en la cola hay que colocar a un suboficial decidido, que cuide de que nadie se retrase, de que el movimiento no se detenga y de que a través de la cadena formada por los hombres sean enviadas hacia adelante, con una cadencia regular, las granadas de mano. Hay que situar en el sitio apropiado a los hombres armados con fusiles dotados de bocachas para disparar granadas, de modo que puedan lanzarlas contra el adversario por encima de las cabezas de quienes los preceden; también es preciso colocar en su lugar a los tiradores de ametralladoras y de pistolas ametralladoras; en la oscuridad, sólo pueden disparar hacia lo alto. Hay que pensar asimismo en los enlaces, en los hombres responsables de las cargas explosivas, en los que llevan las cizayas, en los que llevan las pistolas de señales, en los que llevan las cajas de munición, en los que llevan los morrales llenos de granadas de mano y, en fin, en los que llevan los zapapicos. Acá y allá los hombres se intercambian cosas, mudan de lugar — uno ha de hacerse el distraído y dejar que permanezcan juntos quienes deseen hacerlo, aunque ello perturbe el orden; es más importante que hagan una buena pareja las personas que van juntas que no las armas que portan.

Cuento los hombres que están a la entrada de la trinchera y me salen poco más de cincuenta; pero han sido cribados por docenas de batallas y en varios años de práctica se han familiarizado con todas las modalidades de combate. No poseen ya la ciega furia de los primeros tiempos; el lugar de esa furia han venido a ocuparlo una experiencia y una sangre fría que los hacen no menos terribles. Este período tardío, y acaso último, de la guerra se ha encarnado en la figura de un combatiente purificado por el fuego; esa figura será sin duda la que quedará fundida con la imagen de la Gran Guerra. Con una unidad de choque compuesta de tales hombres y armada con las armas con que ellos lo están se puede plantar cara a cualquier adversario. Es ésta una sensación tranquilizadora.

¡Adelante, pues! Nos acoge el tenebroso portal del Camino de Elbing y nos hundimos en las sombras de la trinchera; está tan oscura que casi no podemos ver la propia mano, aunque nos la pongamos delante de los ojos. Nos presta apoyo el sargento al que hube de dejar atrás en su barricada; con intervalos breves va disparando casi a ras de la trinchera bengalas blancas en la dirección que llevamos; su resplandor ilumina el camino. El avance es lento. Todos ponen mucho cuidado en no rozar con su cuerpo los taludes de la trinchera y en evitar los chirridos del hierro. También nos auxilia la guarnición de la barricada; con un continuo fuego de ametralladora intenta tapar los ruidos que nosotros podamos producir. El enemigo no tarda en replicar; atraídas por los disparos de nuestra ametralladora, pronto se oyen las sordas explosiones de las granadas de mano. A los pocos pasos hay un muerto que obstruye el camino. Si es el enlace que antes envió el sargento, pronto lo alcanzó su sino. Un delgado tejido de alambre está colocado en la trinchera inmediatamente detrás del lugar en que yace el muerto; ahora es preciso redoblar la cautela. Otto, que va el segundo en la fila como granadero, corta cuidadosamente con su cizaya el tejido y dobla hacia atrás las puntas de los alambres.

¡Adelante! Otro cadáver; luego, un pequeño montón de tierra, que bloquea la trinchera.

—¡Alto!

Los hombres se van pasando en voz baja la orden, mientras un gélido escalofrío recorre las espaldas. No es agradable la atmósfera que aquí reina. Detrás de mí oigo una respiración jadeante; dos granadas de mano que alguien lleva en el cinturón chocan entre sí y, al chocar, producen un suave tintineo.

Los sucesos que luego vienen se desarrollan con gran celeridad. Inmediatamente delante de nosotros se oye una tenue llamada; un sofocado tintineo metálico la sigue de inmediato. Sobre el montón de tierra cae un objeto —es como si alguien hubiera lanzado un pedazo de madera— y explota casi en el mismo momento de caer. Simultáneamente se alza un confuso griterío compuesto de muchas voces; se alza tanto en nuestro lado como en el lado enemigo, de manera que parece brotar de una única masa compacta. Con un silbido se eleva por los aires un enjambre de bengalas de encendido color rojo; luego se despliega radiante por encima de nosotros. Un cielo bajo, sembrado de centelleantes estrellas, nos rodea. Tiramos de las mechas rápidas de las granadas de mano y las arrojamos al azar hacia adelante; las diferentes detonaciones se unen formando una única explosión prolongada, que hace que la trinchera tiemble y quede cubierta por una blanquísima nube de vapor. Girando en espiral asciende a las alturas una señal amarilla, que luego deja caer escamas incandescentes; sin duda es la señal de tiro de barrera para la artillería inglesa; los truenos de ésta quedan tapados por el estruendo que nosotros producimos. Se desencadena una tormenta de fuego por delante y por detrás de donde nos encontramos; son ametralladoras y nos envuelven en un rugiente manto de disparos. En medio de todo ese estruendo se desliza el chirrido de los disparos de los fusiles que lanzan granadas; como un golpe en la espalda sentimos cada uno de esos chirridos; parecidas a piezas de una libra de peso, las granadas de fusil silban junto a los cascos. Sacos llenos de granadas de mano van pasando de hombre en hombre hacia adelante; un número cada vez mayor de proyectiles penetra dando vueltas en la plateada nube, para romperse luego entre fulgores rojos.

Es *imposible* que no quede aniquilado todo en este vendaval. Vamos dando saltos detrás de las explosiones, nos introducimos en la humeante brecha que ellas abren. Nos bastan unas pocas zancadas para salvar la barricada enemiga; detrás de ella yacen dos muertos ingleses; están rodeados de granadas de mano no utilizadas y de fusiles tirados. Murieron en el acto. Sus miembros están aún flexibles, no se han puesto rígidos todavía; es como si se hubieran echado a dormir. La visión de estos cuerpos provoca en nosotros una alegría salvaje, nos enardece. Así, pues, también quienes se enfrentan a nosotros son únicamente carne y sangre. Tan alta es nuestra moral que estaríamos dispuestos a plantar cara al diablo mismo. ¡Adelante, pues!

Una vez derribada la entrada nos resulta posible recorrer deprisa la posición como si caminásemos por un pasillo oscuro. Hemos ido a parar a un sector cuyo trazado es regular y esto facilita nuestra labor de limpieza. Numerosos y recios traveses, que forman meandros, quiebran el trazado recto de la trinchera; entre un recodo y el siguiente hay siempre, por tanto, un tramo recto de unos ocho pasos de largo. Ese tramo es el que hay que batir con granadas de mano; una sola basta para derribar a quienes no han quedado ya desgarrados por los cascos de la metralla. El asalto se articula en golpes de breve duración: primero damos un salto hacia adelante y nos quedamos agazapados detrás de uno de los enormes bloques de los traveses y, mientras realizamos esas operaciones, intentamos batir el recorrido ulterior de la trinchera; luego volvemos a dar otro salto hacia adelante, que coincide con el trueno de los proyectiles que arrojamos. Con el sentimiento sabemos perfectamente, gracias a nuestra múltiple práctica, cuál es el tiempo de combustión de esos proyectiles. Como con la llama de un soplete vamos adentrándonos en el oscuro espacio; este trabajo, que se desarrolla en silencio, lo realizamos por fases y su única regulación consiste en exclamaciones como: «salto», «lanzamiento», «granadas de mano», «atención», «fuera la cabeza», «otra vez», «atrás», «tocado». A veces vemos elevarse unas bolas negras desde lugares que se hallan a la distancia de dos o tres traveses de aquel junto al cual nos encontramos; son claramente visibles dentro del plateado vapor y es preciso fijarse bien en ellas para poder esquivarlas con ágiles saltos. Este juego consistente en lanzar proyectiles es un juego a vida o muerte. Mientras uno se entrega a él no ve al adversario, el cual nunca está, sin embargo, a más de diez o doce pasos de distancia; lo más que uno distingue son dos o tres sombras fugitivas que se pierden detrás de un recodo; entonces intenta lanzar por encima de ellas unas cuantas granadas de mano, para cortarles la retirada o empujarlas hacia su propia

perdición. El tiempo de combustión de las granadas inglesas es muy corto; por ello no pueden dejarlas caer al suelo mientras van corriendo y cubrirse de ese modo las espaldas; si lo hicieran, se expondrían a sí mismos a un peligro. Esto es una ventaja para nosotros, que nos vemos obligados, en cambio, a retener en la mano durante algunos segundos nuestras armas arrojadizas después de haberlas cebado, con el fin de que el impacto coincida con la explosión y no le quede al adversario tiempo de esquivarla. El lanzamiento de más peligro es aquel en que el proyectil explota mientras aún va volando y lo hace por encima del suelo a la altura de un hombre. A eso lo llamamos «lanzar *shrapnels»;* es un extraño espectáculo ver cómo, en medio de la excitación del combate, balancea un hombre su granada de mano como si fuera una batuta y calcula con precisión el tiempo necesario para que su eficacia sea completa y mortal.

Detrás de casi todos los traveses junto a los que pasamos dando saltos, nuestros ojos —que están más atentos al aire que al suelo— ven de refilón un muerto cuya sangre brota de numerosas heridas abiertas por los delgados y agudos cascos de metralla. No es una muerte dolorosa; es un choque violento que arrebata a la vez la consciencia y la vida. Al saltar por encima de un muerto al que uno jamás ha visto vivo nota una sensación especial; es como si tuviera ante sus ojos el esperado resultado de un cálculo inteligente y le diese su última aprobación. Uno no ha arrojado en vano la muerte en la oscuridad como si arrojase un afilado anzuelo.

.También detrás de nosotros se trabaja con ahínco. Unas sacudidas sordas revelan que allí hay otros hombres que arrojan cargas explosivas dentro de las galerías de las que nosotros no hemos podido ocuparnos; así no surgirán sorpresas a nuestra espalda. En ese aspecto hemos escarmentado en propia carne. A intervalos regulares nuestros hombres disparan desde atrás, por encima de nuestras cabezas, bengalas luminosas, con el fin de que podamos ver; los tiradores de granadas de fusil hacen fuego por encima de nosotros. De hombre a hombre van pasando las granadas de mano; detrás de los traveses son emplazadas las ametralladoras. A veces ocurre que de uno de los hombres de atrás se apodera un acceso de furia; entonces aparece en medio de los granaderos —que dan saltos hacia atrás y hacia adelante—, toma el mando y él solo consigue limpiar unos cuantos traveses. Uno de esos hombres grita: «¡Sitio para el papaíto!», como si estuviera en una romería y se dispusiera a arrojarse en medio del tumulto.

Largo tiempo dura esta encarnizada cacería. Es posible que en la realidad sean sólo unos pocos minutos, pero se hallan tan henchidos de acontecimientos que no es posible calcular su duración, como en un sueño que transcurre con la rapidez del rayo. En el fondo ocurre siempre lo mismo; cada través plantea idéntico problema y esto produce una monotonía llena de tensión, como en un juego sencillo pero terrible.

Acaba por romperse el contacto con el adversario, al cual hemos ido empujando sin dejarle respiro. Esta nueva situación encierra para nosotros un peligro mayor que la lucha misma; en ésta teníamos sobre los fugitivos la ventaja del tiempo que ellos necesitaban para darse la vuelta y defenderse; éramos superiores a ellos por la sensación de seguridad que anima siempre al perseguidor. Ahora el hilo se ha roto y nos vemos forzados a avanzar a tientas y con mucha precaución, como en un edificio a oscuras. Se extinguen las bengalas luminosas, se hace el silencio, y sólo en ese momento oímos que la artillería está realizando un intenso trabajo. La gran masa de fuego queda muy lejos todavía, pues en los Estados Mayores ignoran aún quién es el dueño de estas trincheras. En el otro lado las noticias serán tan confusas como en el nuestro. Lo único que saben es que la infantería se ha enzarzado en un combate cuerpo a cuerpo. Por otros ruidos que oímos nos damos cuenta de que no somos los únicos en haber agarrado al adversario por el cuello. También en otras partes del campo de batalla resuenan las crepitaciones delgadas y agudas de los fusiles, que se mezclan con los sordos estampidos de las granadas de mano; estos últimos quedan ahogados en la estrechez de las trincheras. Delante y detrás de nosotros se alzan los gritos de los heridos; es un lamento monótono, parecido a un acompasado canto ascendente y descendente, como una invocación dirigida a un Poder desconocido.

Con la pistola en la mano hemos ido avanzando a tientas por una serie de traveses; al final encontramos cerrada la trinchera por una nueva barricada levantada a toda prisa. Delante de esa barricada se repite el mismo juego de antes. Pero aquí somos nosotros los que nos encontramos en situación de inferioridad; el adversario nos recibe con tal diluvio de granadas de mano y granadas de fusil que el fuego danza delante de nuestros ojos y nos vemos obligados a retroceder precipitadamente. Los hombres que marchan en primer lugar, al dar la vuelta, se abalanzan sobre quienes los siguen y provocan con ello un

ciego desconcierto. Por fortuna el adversario no se da cuenta de lo que ocurre, pues, de lo contrario, organizaría una carnicería en esta masa de hombres apretujados. La gente dispara las armas a ciegas y deja encima del parapeto, de un modo insensato, granadas de mano cebadas, que al explotar nos llenan de barro y de fuego. Como si fuera una serpiente furiosa, una siseante bengala da vueltas de un lado para otro entre nuestras piernas. Algunos hombres intentan escalar el talud y son arrastrados hacia abajo por otros que se agarran a sus piernas, o bien caen por sí mismos dentro de aquel hervidero de gente.

El movimiento acaba fluyendo hacia atrás. Los ánimos se calman y es preciso pensar en lo que va a suceder ahora. A pesar de la prisa que llevaban, los ingleses han sabido escoger una posición que les favorece. Inmediatamente detrás de su barricada puede verse el pliegue de una trinchera que corta en ángulo recto el Camino de Elbing. Están, pues, en condiciones de apostar a sus tiradores en un amplio frente; su fuego se concentra en el lugar que queda delante de su barricada. Si no queremos que nos den un buen vapuleo, habremos de mantenernos alejados de ellos, fuera, al menos, del alcance de sus granadas de fusil. Derribamos dos traveses y los convertimos en barricadas; si a ellos agregamos el recodo podemos doblar nuestro frente de combate. Los traveses distan aproximadamente unos treinta pasos el uno del otro. El segundo es el que propiamente nos sirve de defensa; la misión del primero consiste en obligar al adversario a que por unos instantes deje completamente al descubierto su cuerpo, iluminado por el resplandor de las bengalas, si se decide a atacarnos.

Mientras ocupamos la primera barricada arrancamos del talud una alambrada que allí hay y con ella cerramos el espacio muerto situado entre los dos traveses. Luego fijamos en esa alambrada unas cuantas cargas explosivas, que podremos hacer estallar desde la segunda barricada tirando de unos largos cordeles. Los centinelas se repliegan entonces detrás de esta barricada. Abrimos un estrecho pasillo de comunicación hasta un profundo embudo que queda a unos metros de distancia y en él se instalan los sirvientes de una ametralladora; así al menos podremos disparar algo de flanco. A lo largo de toda la trinchera coloco en los apostaderos y delante de las galerías subterráneas a hombres armados de fusiles con bocachas para disparar granadas; se inicia entonces una escaramuza con granadas de fusil. Como las bengalas empiezan a escasear, por el momento nos vemos obligados a servirnos de la iluminación de los ingleses; este problema de la iluminación es uno de ésos que se rigen por una especie de acuerdo tácito entre los adversarios. Luego envío hacia atrás a dos hombres para que establezcan contacto con el sargento y traigan un pequeño lanzagranadas que hemos visto abandonado en el cruce de la Trinchera del Seto con el Camino de Elbing. Ese lanzagranadas reforzará nuestra posición, ya que puede arrojar con bastante precisión proyectiles de tres libras de peso hasta una distancia de trescientos pasos.

Llega entonces el momento de echar un vistazo a la trinchera conquistada. Tampoco nos es posible dejar sin cobertura los apostaderos de la parte de atrás, pues bien puede ser que se encuentres en manos inglesas las trincheras situadas a nuestra derecha y a nuestra izquierda. Uno de nuestros flancos corre menos peligro, pues a todo lo largo de él se extiende una alambrada; el otro carece, en cambio, de cualquier defensa y un ataque por sorpresa desde él tendría para nosotros efectos exterminadores. Es preciso también instalar cerrojos y asegurar mediante centinelas las pequeñas trincheras laterales que salen de la principal y que con las prisas pasamos por alto en el primer momento. Crece la Inseguridad; desde todos los lados nos acecha el Peligro.

Los heridos que son incapaces de caminar han sido ya puestos a cubierto dentro de una gran galería subterránea. Casi todos han sido alcanzados por metralla de granadas de fusil; grande es el daño ocasionado por una granada de mano que hizo explosión en medio de la gente apretujada. A nuestros camaradas hemos de evacuarlos cuando menos hasta el Camino de Puisieux; aquí se hallan expuestos a muchos peligros, y todo el que alguna vez ha estado herido sabe cuánto desea uno verse en lugar seguro cuando no puede valerse por sí mismo.

Ignoramos qué ocurrirá al amanecer, cuando el adversario se dé cuenta de su superioridad y le lleguen refuerzos desde su retaguardia. Antes de nada debo enviar un parte a nuestro comandante, para así poder aprovechar lo más posible la noche. Hay que informar a nuestra artillería de cuál es la nueva posición que ocupamos; también debemos cerrar de algún modo las grandes brechas que se abren entre nuestros distintos nidos defensivos. Aún ignoro, desde luego, cómo se podrá lograrlo. Esta extraña modalidad de combate, en la que los ingleses van devorando de una forma lenta y sistemática nuestras debilitadas

posiciones, resulta posible únicamente porque ellos tienen una capacidad ofensiva segura de su triunfo y que es varias veces superior a la nuestra. Pocos son los objetivos que aquí se alcanzan con contraataques aislados.

Me acomodo, pues, dentro de una gran galería subterránea; aún sigue llena de los humos sofocantes producidos por una carga explosiva. Allí garabateo mi informe al jefe de las tropas combatientes; quien lo llevará será Schmidt, que ha sido herido por un casco de metralla de una granada de mano. Más no se puede hacer; en lo que se refiere a todo lo demás, lo único que cabe es aguardar. Si los ingleses se atreven a lanzar mañana temprano un segundo ataque —cosa posible—, tal vez podamos defendernos todavía; pero seremos como una isla batida por todos los lados. Según las circunstancias, podremos resistir dos, tres días, hasta que se evapore el agua de refrigeración de las ametralladoras, se agoten las municiones, y la trinchera sea arrasada y reducida a pedazos por los lanzaminas y cañones emplazados a nuestro alrededor. Esto es algo que ha ocurrido ya varias veces; no es una perspectiva agradable, pero es menester prepararse para ella. Cuando en otros tiempos leíamos relatos acerca de asedios y resistencias hasta el último hombre, imaginábamos cosas muy diferentes de lo que estamos viviendo. Pero en el fondo es lo mismo, sólo que aquí los acontecimientos no resultan tan brillantes, sino que transcurren con mucha lentitud, en soledad, y nadie cantará luego nuestras hazañas, pues nadie podrá contar estos últimos y supremos esfuerzos que aquí se realizan antes de que la Muerte plante su estandarte en este revuelto y machacado trocito de trinchera en que nos encontramos. Al pensar en esto nos invade a veces un escalofrío.

Por el momento lo mejor es fumarse una pipita. La acerco a una vela que en una cavidad de la pared ha encendido el previsor Schüddekopf; ha permanecido siempre detrás de mí, como si fuera mi sombra, mientras han durado los acontecimientos que acabo de relatar. El tabaco me lo facilita uno de los ingleses que nos hacen compañía y que conservan la misma postura que tenían cuando los fulminó la carga explosiva. La chapa que lleva en su gorra es de un regimiento colonial; y como unos pocos pasos más allá hay cadáveres de los «Otago-Rifles», está claro que nos enfrentamos a unas fuerzas llenas de coraje. Buena cosa sería poder dormir un par de horas, mas no cabe pensar en ello, a pesar de que me encuentro en un estado de extenuación. También cuando, después de un combate, permanece uno largo tiempo en alojamientos cómodos, ocurre que la completa tranquilidad del sueño no reaparece hasta pasadas algunas semanas.

Lo único que queda es, pues, tumbarse en el suelo con la pipa en la boca y mirar fijamente el techo. A mi alrededor están tumbados también los demás camaradas; se hallan en los mismos sitios en que se dejaron caer y aguardan a que desde la parte de arriba llegue la llamada anunciadora del relevo. Se han envuelto en sus capotes y descansan inmóviles, con el casco en la cabeza. Sólo los ojos delatan que aún queda vida en ellos. Esta subterránea madriguera iluminada por luces trémulas provoca en nosotros una sensación de soledad extrema. Dentro de este angosto espacio, en el que el tiempo no pasa y en el que caen como en un sueño profundo los ruidos y martillazos de las armas que hacen fuego, se ha instalado la parálisis de una embriaguez mortal. Pesados como el plomo, los cuerpos reposan en el fondo, y los pensamientos, que parecen no tener ya ninguna vinculación con esos cuerpos, juguetean en la superficie cual peces brillantes. El Gran Cansancio se manifiesta en la sensación de que no es uno mismo el que está ahí y en la asombrosa obviedad de esa sensación. ¿En qué piensa uno en esos momentos? Propiamente casi no piensa, ya que los pensamientos, que son de una extrañeza prodigiosa, parecen llegar de fuera y se dedican a jugar con la fatigada voluntad, como moscas que revolotean en torno a un cuerpo muerto. Pero uno no olvidará la expresión de los ojos que, fijos y pensativos, reposan dentro de sus órbitas por encima de los pómulos salientes.

Una vez más aumentan de súbito los ruidos de fuera; esto nos obliga a salir precipitadamente con las armas en la mano. A la luz indecisa del amanecer han realizado los ingleses un ataque contra nuestra barricada, que ha sido rechazado. Las blancas nubes de vapor de las granadas de mano se ciernen todavía sobre el tramo de trinchera no ocupado, por encima del cual se entrecruzan las ráfagas de las ametralladoras. Inmóviles, los apuntadores están inclinados sobre sus tableteantes armas; inmediatamente detrás del pequeño pliegue del terreno yace muerto un centinela; su uniforme está desgarrado por los cascos de metralla. Es la imagen habitual de las luchas de barricadas; a veces dura varios días, siempre

igual; lo único que cambia es la cifra de los muertos, que lentamente va aumentando, luego nos llega una orden del jefe de las tropas combatientes. Dice que es preciso recuperar el borde delantero de la zona avanzada hasta la línea principal de resistencia; el batallón que hasta ahora se encontraba en período de descanso vendrá a ocupar esa posición; nosotros podemos evacuar la Trinchera del Seto y replegarnos hasta el terraplén del ferrocarril, donde deberemos ocupar una posición de contención. Es tiempo de hacerlo, pues de nuevo vuelven a caer cerca de nosotros las primeras granadas.

La situación está totalmente aclarada y la gran maquinaria es puesta en movimiento para una nueva jornada de trabajo.

Sauchy

Antes de que vinieran a relevarnos hicimos frente una vez más al Bosquecillo. Avanzando por la Trinchera de la Hondonada, y sin que se realizara previamente una preparación artillera, intentamos rodearlo, pero el adversario nos rechazó. Más tarde, tras un intenso bombardeo previo, entramos en acción en la Trinchera del Seto y en el Camino de Puisieux; se trataba de realizar, junto con la compañía de asalto, un ataque frontal contra el Bosquecillo. Tampoco esta vez nos acompañó la suerte. El destacamento que avanzaba por el Camino de Puisieux fue detenido con cargas explosivas, y nosotros, los que nos hallábamos en la Trinchera del Seto, sufrimos primero numerosas bajas causadas por nuestra propia artillería, y luego, mientras avanzábamos, nos vimos súbitamente rodeados por una compañía de neozelandeses; surgida de la tierra como por ensalmo, esa compañía apareció en terreno descubierto y nos batió tan intensamente con granadas de mano que sólo unos pocos escaparon con vida de esa carnicería. Más tarde estuvimos defendiendo durante dos días un ignoto tramo de trinchera, en el que al final había más cadáveres que supervivientes, hasta que vinieron a relevarnos tropas del 164° Regimiento. No queda tiempo para describir con detenimiento estos hechos y sería, además, una interminable repetición de lo mismo. Ya ahora empiezan a difuminarse en la memoria los detalles aislados.

Pero esta vez sí hemos sido relevados. En Achiet, donde nos apeamos de los vehículos la primera vez que llegamos a esta zona, nos estaban ya aguardando los camiones. Pronto nos vimos recorriendo el mismo trayecto de entonces, un trayecto que atraviesa desolados campos de batalla y pasa junto a aldeas destruidas y cruces plantadas en tumbas solitarias. Nos espera un futuro incierto, pues numerosas experiencias nos han enseñado que cuando nos destinan a la reserva es que nos enfrentamos a una gran batalla. Y cuanto más poderosa es la unidad a la que nos adscriben como reserva, tanto más breve suele ser el período de descanso, ya que al aumentar la amplitud del frente aumenta también el número de los puntos críticos. Tampoco es ésta una época tranquila; lo atestiguan los truenos de la ofensiva enemiga que se nos viene encima y cuyos ecos resuenan a nuestras espaldas.

Allí detrás, donde los relámpagos cruzan incesantemente el aire, dejamos también el Bosquecillo 125; sus últimos restos son machacados ahora por el fuego de nuestra propia artillería. El recuerdo de las pocas semanas que allí hemos pasado se fundirá muy pronto con las impresiones de nuevas vivencias sangrientas que van yuxtaponiéndose a intervalos cada vez más breves, como las imágenes de un sueño de fuego.

Lo que allí ha sucedido carece de importancia si se lo compara con los grandes acontecimientos de esta época, mas para nosotros y para nuestro destino ha tenido un peso enorme. Incluso hemos perdido esa posición; sin embargo, en este aspecto nadie puede dirigirnos el menor reproche. Lo que se podía hacer se hizo.

El horizonte de los embudos y de las trincheras es —un horizonte estrecho. Su alcance no es mayor que el de una granada de mano; lo que uno ve allí se le queda bien grabado. Contra ese fondo horrible se yergue el combatiente, el hombre sencillo, anónimo, sobre el cual gravitan el peso y el destino del mundo. En los bordes de fuego situados más allá de todo límite procrea ese hombre — en la noche solitaria

procrean el Hombre y la Tierra. Yo he visto su rostro bajo el brillante borde del casco cuando la Muerte se alzaba amenazadora ante él. Lo he visto caer muerto; su imagen y su legado permanecen en mi corazón.

El estallido de la guerra de 1914

Me gusta recordar las semanas anteriores a la guerra; se caracterizaron por una atmósfera de euforia y laxitud como la que suele preceder a las tormentas de verano. La actitud de la gente era más franca y despreocupada de lo normal, pero sus ocupaciones seguían discurriendo por los cauces habituales. Por eso, y no obstante lo que estaba ocurriendo, tampoco mi familia dejó de emprender, como todos los años, el habitual viaje de veraneo hacia la isla de Juist.

Esta vez no había acompañado yo a mis padres y hermanos; me había quedado en nuestra solitaria casa a fin de preparar con calma el examen final de bachillerato. Sentía deseos de librarme pronto de los bancos escolares, que me resultaban cada vez más agobiantes. Por mi modo de ser tendía hacia una amplitud y libertad vitales que presumía, sin duda con razón, que eran irrealizables en la aburguesada Alemania. Un año antes había intentado ya un golpe de fuerza; me había escapado de casa al amparo de la noche, para correr aventuras por el mundo. Como les suele suceder a los fugitivos adolescentes, muy pronto fui devuelto a casa. Mi padre, hombre de sentido práctico, había cerrado un pacto conmigo; primero haría el examen final de bachillerato y luego me dedicaría a recorrer el mundo a mi gusto y capricho. Esta agradable perspectiva espoleaba considerablemente mi diligencia.

Había realizado ya grandes progresos en mis estudios cuando, hacia el final de las vacaciones escolares, en aquel día de agosto tan henchido de significado, subí al tejado de nuestra granja; aquel edificio había sido pasto de las llamas el año anterior y ahora estaban reparándolo. Allí se encontraba trabajando Robert Meier, nuestro jardinero, acompañado de un obrero desconocido para mí, que nos había enviado por algunos días una empresa fabricante de cubiertas de tejado a prueba de fuego. Mientras aquellos dos hombres clavaban en los cabrios los tableros de la cubierta, yo les hacía compañía y charlaba con ellos.

Desde aquel tejado se podía divisar en toda su amplitud el antiquísimo paisaje de llanuras en que estaba situada nuestra casa. Hacia el este, cerraba el horizonte un lago de grandes dimensiones llamado el Mar de Steinhude; hacia el oeste, la mirada se perdía en una extensa zona pantanosa en la cual, según contaban viejas tradiciones, un ejército de Germánico había sufrido un descalabro. Por el sur penetraban en la llanura las últimas estribaciones de los montes del Weser; y hacia el norte se extendía la planicie por los páramos de Nienburg, sembrados de oscuros bosques de pinos. El campo de visión abarcaba, pues, todos los elementos de este paisaje que yo sentía como mi verdadera patria.

Sentados en el tejado, que los rayos del sol habían recalentado, nos hallábamos entregados a nuestra charla, cuando pasó por la parte de abajo, montado en su bicicleta, el cartero, tal como solía hacer siempre a aquella hora. Sin bajarse, nos gritó estas tres palabras: «¡Orden de movilización!». Sin duda hacía ya horas que el telégrafo estaba difundiendo incesantemente esas mismas palabras por todos los rincones del país.

El tejador acababa de alzar el martillo para dar un golpe. Detuvo su movimiento y con toda suavidad depositó la herramienta sobre el tejado. En ese instante entraba en vigor para él un calendario diferente. Había cumplido ya el servicio militar y en los próximos días tendría que presentarse a su regimiento. Meier pertenecía a la reserva de reemplazo y también para él era inminente el llamamiento a filas. Yo tomé la resolución de participar en la guerra como voluntario, decisión que adoptaban a aquella misma hora centenares de miles de hombres.

Nuestro pequeño y pacífico grupo se había convertido de golpe en un grupo de soldados, y eso mismo

ocurría en todos los sitios de Alemania en que estuviesen reunidos unos cuantos hombres. Recogimos las herramientas y acordamos tomar un trago en la aldea. Cuando llegamos ante el ayuntamiento vimos que ya estaba expuesta en el tablón de anuncios la orden de movilización. En la taberna no se notaba ninguna excitación especial — al campesino de la baja Sajonia le es ajena la exaltación, su elemento propio es la tenaz fuerza de la tierra. No regresamos a casa hasta bastante tiempo después; mientras caminábamos por la solitaria carretera íbamos cantando la hermosa canción que dice:

Auf auf Kameraden von der Infanterie,
es gilt für unser Leben...

[Arriba, arriba, camaradas de la infantería,
hemos de luchar por nuestra vida...]

Mis padres regresaron al día siguiente; todos los lugares de veraneo se habían quedado vacíos de repente. Por la tarde fui en tren a Hannover para inscribirme en un regimiento. De vez en cuando veía junto a los raíles unos peleles rellenos de paja que se bamboleaban al viento. Los guardavías habían colgado al zar Nicolás.

Por la Plaza de Ernesto-Augusto pasaba desfilando un regimiento que marchaba al frente. Los soldados cantaban, entre sus filas se habían introducido señoras y muchachas y los adornaban con flores. Desde entonces he visto muchas multitudes arrebatadas de entusiasmo; ningún otro ha sido tan hondo y poderoso como el de aquel día.

A la mañana siguiente me dirigí al cuartel del 74° Regimiento de Infantería, que encontré sitiado por millares de voluntarios. Era completamente imposible avanzar dentro de aquella muchedumbre. Por fin al tercer día conseguí llegar hasta el 73^0 Regimiento de Fusileros; allí me declararon apto y me apuntaron en las listas. Una vez resuelto el problema de mi inscripción, un escribiente me gritó, cuando ya me marchaba:

—¿Y usted qué es? ¿Está en el último curso de la enseñanza media? ¿Quiere hacer también el bachillerato?

En medio de la agitación en que me encontraba se me había olvidado del todo aquella cuestión, que tampoco me parecía ya tan importante. De todos modo hice que me extendieran un certificado, y así fue cómo durante cinco días sufrí, junto con otros compañeros de infortunio, una serie de exámenes escritos y orales. Como es natural, las pruebas fueron fáciles; en realidad resultaba menos difícil aprobar que suspender. Aun así, hubo entre nosotros un ave de mal agüero que logró realmente esto último. Una vez que me matriculé en la universidad de Heidelberg, quedé libre de toda clase de preocupaciones.

Durante las semanas siguientes me despertaba de muy buen humor por las mañanas — en especial cuando la noche anterior había estado soñando que aún no tenía aprobado el examen final de bachillerato. En realidad sólo había una cosa que me desazonaba; me llenaban de angustia las noticias que los periódicos traían acerca de nuestras victorias. Según ellos, algunas patrullas de la caballería alemana habían divisado ya las torres de París; si las cosas continuaban progresando de ese modo, ¿qué iba a quedar para nosotros? Pues también nosotros queríamos oír el silbido de las balas y vivir esos instantes que cabe calificar como el bautismo propiamente dicho del varón.

La ansiada orden llegó por fin; el 6 de octubre debía presentarme en el cuartel. Las semanas de instrucción transcurrieron con rapidez; pasaba los días en el páramo de Vahrenwald o en la Plaza de Waterloo; las noches, como es natural, con buenos camaradas o con una chica. Aprendí a disparar y desfilar y entablé también conocimiento con la disciplina prusiana. Y si bien es cierto que al principio choqué violentamente con ella, con todas y cada una de sus normas, le debo más que a todos los maestros de escuela y a todos los libros del mundo.

De repente, el 27 de diciembre nos pusieron en estado de alerta; el frente nos estaba aguardando.

Cargados con un pesado equipaje y, sin embargo, eufóricos como en un día de fiesta, desfilamos hacia la estación del ferrocarril. En el bolsillo de mi guerrera había guardado una libreta delgada; estaba destinada a mis anotaciones diarias. Sabía que nunca más volverían las cosas que nos aguardaban y me encaminaba hacia ellas con suma curiosidad. También tendía, por mi propia manera de ser, a observar las cosas; desde muy pronto sentí predilección por los telescopios y los microscopios, instrumentos con que se ve lo grande y lo pequeño. Y entre los escritores admiraba desde siempre a los que, además de poseer unos ojos agudos para todo lo visible, se hallaban dotados también de un instinto para lo invisible.

Cuando llegó el tren comenzaba a oscurecer. Entre cánticos nos sumergimos en la noche. Cuando con luces y ruidos pasábamos rodando junto a las aldeas y las solitarias casas de labor, sin duda los padres que allí estaban sentados a las mesas con sus hijos decían:

—Son soldados. Marchan a la guerra.

Y tal vez los niños preguntaban:

—¿La guerra... ? ¿Qué es eso?